La acumulación del capital

Rosa Luxemburg

Edicions internacionals Sedov



Índice

Prólogo

El presente trabajo, me fue inspirado en la *Introducción a la Economía Política*, obra de vulgarización en la que llevo ya mucho tiempo trabajando, constantemente interrumpida por mi labor en la escuela del Partido y por mis campañas de agitación. En enero de este año, después de las elecciones al Parlamento, al acometer nuevamente aquel trabajo para terminar, por menos en sus líneas generales, esta vulgarización de la teoría económica marxista, me salió al paso una dificultad inesperada. No conseguía exponer con suficiente claridad el proceso global de la producción capitalista en su aspecto concreto, ni sus límites históricos objetivos. Ahondando en el asunto, llegué a la conclusión de que no se trataba simplemente de una dificultad de exposición, sino que ésta envolvía un problema teóricamente relacionado con la doctrina del volumen II de *El Capital* de Marx, y que, además, trascendía a la practica de la política imperialista actual y a sus raíces económicas. He intentado formular con toda exactitud científica este problema. Si lo hubiese conseguido, mi trabajo no tendría solamente un interés teórico puro, sino que encerraría también, a mi parecer, cierta importancia para nuestra lucha práctica contra el imperialismo.

ROSA LUXEMBURG
Diciembre, 1912

PRIMERA PARTE:
El problema de la reproducción

CAPITULO I
Objeto de esta investigación

Entre los servicios imperecederos prestados por Marx a la economía política teórica figura su modo de plantear el problema de la reproducción del capital social en conjunto. Es significativo que en la historia de la economía política sólo aparezcan dos intentos de exposición exacta de este problema: en sus comienzos, el del padre de la escuela fisiocrática, Quesnay, y al final el de Carlos Marx. Durante el periodo intermedio, el problema no deja de preocupar a la economía política burguesa, pero ésta, con todo, no llega siquiera a planteárselo en su pureza, separado de los problemas semejantes que con él se cruzan, ni mucho menos a resolverlo. No obstante, dada la importancia fundamental de este problema, cabe afirmar hasta cierto punto que sólo teniendo en cuenta estos intentos es posible seguir en general las vicisitudes de la economía científica.

¿En qué estriba el problema de la reproducción del capital total? Reproducción, en el sentido literal de la palabra, es sencillamente producción nueva, reiteración, renovación del proceso de producción. Y a primera vista, parece que no se ve por qué ha de ser necesario distinguir el concepto de la reproducción de la producción para todos comprensible, ni por qué ha de emplearse para designarlo una expresión nueva y desconcertante. Pero, cabalmente, la repetición, la renovación constante del proceso de producción, nos brinda ya de por sí un elemento de importancia. En primer termino, la reiteración regular de la producción es el supuesto y fundamento general del consumo regular, y por tanto la condición previa de la existencia cultural de la sociedad humana bajo todas sus formas históricas. En este sentido, el concepto de la reproducción encierra un elemento entrelazado a las formas de la cultura. La producción no podrá reiterarse, no seria posible la reproducción, si como resultado de los periodos de producción anteriores no quedaran en pie determinadas, condiciones previas, materias primas, fuerzas de trabajo. Pero en las fases primitivas de la civilización, cuando el hombre comienza a dominar la naturaleza exterior, esta posibilidad de renovar la producción depende en mayor o menor escala del azar. Mientras la caza o la pesca constituyen la base principal de la existencia de la sociedad, la reiteración regular de la producción se ve frecuentemente interrumpida por períodos de hambre general. En algunos pueblos primitivos, los requisitos para que la reproducción sea un proceso regular reiterado encuentran desde muy

temprano expresión tradicional y socialmente obligatoria en ciertas ceremonias de carácter religioso. Así, según las minuciosas investigaciones de Spencer y Gillen, el culto totemista de los negros australianos no es, en el fondo, más que la tradición cristalizada en ceremonias religiosas de ciertas medidas reiteradas regularmente desde tiempos inmemoriales para la adquisición y conservación de sus elementales medios de vida. Pero sólo el cultivo de la tierra, la utilización de los animales domésticos y la ganadería para fines alimenticios hacen posible la alternativa regular de producción y consumo que constituyen la nota característica de la reproducción. En este sentido, el concepto de la reproducción encierra algo más que la mera reiteración, implica ya un cierto nivel en el dominio de la naturaleza exterior por la sociedad, o, dicho en términos económicos, un cierto nivel en la productividad del trabajo.

Por otra parte, el proceso de la producción es, en todos los grados de la evolución social, una unidad formada por dos elementos distintos, aunque íntimamente relacionados: las condiciones técnicas y las sociales, es decir, de la relación de los hombres con la naturaleza y de las relaciones de los hombres entre sí. La reproducción depende en igual grado de ambos factores. Ya hemos dicho hasta qué punto se halla supeditada a las condiciones técnicas del trabajo humano y es resultado de un cierto nivel en la productividad del trabajo. Pero no menos decisivas son las formas sociales de producción imperantes. En una tribu agraria comunista primitiva, la reproducción y con ella todo el plan de la vida económica correrán a cargo de la totalidad de aquellos que trabajan y de sus órganos democráticos; el decidir cuándo han de comenzar los trabajos, su organización, el velar porque se reúnan diversos factores: materias primas, instrumentos y fuerzas de trabajo, y finalmente, el determinar el alcance y plan de la reproducción, son fruto de la colaboración organizada de todos dentro de la comunidad. En una explotación a base de esclavos o en un feudo señorial, la reproducción se arranca a la fuerza y está reglamentada en todos sus detalles sobre un régimen de dominio personal, régimen que no conoce más frontera que el derecho del poder señorial centralizado a disponer de una cantidad más o menos grande de fuerzas de trabajo ajenas. En la sociedad organizada a base de la producción capitalista, la reproducción presenta un aspecto completamente peculiar, como resulta ya a simple vista en ciertos fenómenos salientes. En todos los demás tipos de sociedad históricamente conocidos, la reproducción se emprende de un modo regular tan pronto como lo consienten las condiciones previas; es decir, tan pronto como se reúnen los medios de producción y las fuerzas de trabajo necesarios. Sólo influencias exteriores, por ejemplo, una guerra devastadora o una gran peste, al producir una gran despoblación y con ella el aniquilamiento en masa de la población obrera y de los medios de producción disponibles, hacen de vez en cuando que en los pueblos antiguos no se repita, o sólo se repita en pequeña escala, la reproducción, durante períodos más o menos largos. Fenómenos semejantes se dan en parte o pueden darse cuando el plan de la producción se determina despóticamente. Cuando el capricho de un faraón del antiguo Egipto encadenaba durante años y años a miles de fellahs a la empresa de levantar pirámides, cuando en el Egipto moderno un Ismael Pachá manda a 20.000 fellahs a trabajar al canal de Suez en prestación personal, o cuando el emperador Chihoang-ti, fundador de la dinastía Tsin, 200 años antes de la era cristiana, dejaba morir de hambre y agotamiento a 400.000 hombres e invertía una generación entera en levantar la Gran Muralla de China en la frontera septentrional de su Imperio, quedaban sin cultivo grandes extensiones de tierra y la vida económica normal se interrumpía durante largos años. Pero estas interrupciones del proceso de producción respondían, en todos estos casos, a causas perfectamente claras y tangibles, que radicaban todas en el hecho de que un soberano dispusiese a su antojo del plan total de reproducción. En las sociedades de producción capitalista las cosas ocurren de otro modo. Durante ciertas épocas, vemos que aun dándose todos los medios materiales de producción y todas las fuerzas de trabajo necesarias para llevar a cabo la reproducción, las necesidades de la sociedad quedan insatisfechas, a pesar de lo cual la reproducción se interrumpe totalmente o sólo se desarrolla dentro de límites reducidos. Aquí, la responsabilidad por las dificultades con que tropieza el proceso de reproducción no radica en las intromisiones despóticas de nadie en el plan económico. Lejos de ello, la reproducción, en estos casos, no depende solamente de las condiciones técnicas, sino de una condición puramente social: la de que sólo se produzcan aquellos artículos que pueden contar con la seguridad absoluta de encontrar comprador, de ser cambiados por dinero, y no de cualquier modo, sino con una ganancia de tipo usual. La ganancia como fin último y determinante es, pues, el factor que preside en esta sociedad no sólo la producción, sino también la reproducción; es decir, no sólo el cómo y el por qué del proceso del trabajo y la distribución de los productos, sino también el alcance y el sentido en que el proceso de trabajo

ha de reanudarse, una vez que el período anterior de trabajo haya llegado a su término. Allí donde la producción presenta forma capitalista, la presenta también, necesariamente, la reproducción.[1]

El proceso de reproducción de la sociedad capitalista toma, por tanto, en virtud de la forma de un problema muy singular y complejo, factores puramente históricos y sociales. Ya en los rasgos externos del proceso de reproducción capitalista se advierte su peculiaridad histórica específica total, puesto que abarca no sólo la producción, sino también la circulación (proceso de cambio), comprendiendo a ambas.

La producción capitalista es esencialmente una producción de incontables productores privados sin plan regulador alguno, siendo el cambio el único nexo social que los vincula. Por tanto, para la determinación de las necesidades sociales, la reproducción sólo puede contar con las experiencias del período de trabajo anterior; pero estas experiencias son experiencias privadas de productores individuales que no revisten una expresión social sintética. Además, no son nunca experiencias positivas y directas sobre las necesidades de la sociedad, sino experiencias indirectas y negativas que únicamente permiten, partiendo del movimiento de los precios, sacar conclusiones sobre el exceso o carencia de los productos elaborados en relación con la demanda. Ahora bien, la reproducción se reanuda siempre por los productores privados aprovechando estas experiencias extraídas del período de producción anterior. Según esto, en el período siguiente sólo puede darse igualmente un exceso o un defecto siguiendo cada rama de la producción su propia ruta, con lo cual puede resultar en unas, un exceso y en otras, en cambio, un defecto. Teniendo en cuenta, sin embargo, la mutua dependencia técnica de casi todas las ramas de la producción, un aumento o una disminución de los valores de uso producidos en algunas de las grandes ramas directivas, provoca el mismo fenómeno en la mayor parte de las restantes. Así resulta alternativamente, de tiempo en tiempo, un sobrante general y una falta general de productos en relación con la demanda de la sociedad. Todo lo cual hace que la reproducción en la sociedad capitalista adopte una forma peculiar diferente a la de todos los tipos históricos de producción que le han precedido. En primer lugar, cada una de las ramas productivas realiza un movimiento hasta cierto punto independiente, que, de tiempo en tiempo, conduce a interrupciones más o menos largas en la reproducción. En segundo lugar, las desviaciones de la reproducción en las diversas ramas con respecto a las necesidades sociales se suman, produciendo periódicamente un desequilibrio total, e inmediatamente una paralización general de la reproducción. La reproducción capitalista ofrece, por tanto, una fisonomía muy peculiar. Mientras la reproducción en cualquiera de las formaciones económicas precedentes (prescindiendo de violentas intervenciones externas) transcurre como un círculo interrumpido, uniforme, la reproducción capitalista sólo puede ser representada (para emplear una conocida expresión de Sismondi) como una serie continuada de espirales distintas, cuyas curvas, pequeñas al principio, son cada vez mayores, y muy grandes al final, a lo que sigue una contracción, y la próxima espiral comienza de nuevo con curvas pequeñas para recorrer el mismo ciclo, hasta que éste se interrumpe. Es decir, se trata de un proceso continuamente repetido.

La periodicidad con que ocurre la mayor extensión de la reproducción, y su contracción e interrupción parcial, es decir, lo que se designa como el ciclo periódico del restablecimiento o coyuntura baja, prosperidad o coyuntura alta y crisis es la peculiaridad más saliente de la reproducción capitalista.

Es, sin embargo, muy importante determinar de antemano que si bien la periodicidad de coyunturas de prosperidad y de crisis representa un elemento importante de la reproducción, no constituye el problema de la reproducción capitalista en su esencia. Las alternativas periódicas de coyuntura o de prosperidad y de crisis son las formas específicas que adopta el movimiento en el sistema económico capitalista; pero no el movimiento mismo. Para exponer en su verdadero aspecto el problema de la reproducción capitalista tenemos que prescindir, por el contrario, de las alternativas periódicas de prosperidad y de crisis. Por extraño que esto pueda parecer, es un método perfectamente racional; más aún, el único método científico posible de investigación. Para plantear y resolver en su pureza el problema del valor tenemos que prescindir de las oscilaciones de los precios. Vemos que la economía vulgar trata siempre de resolver el problema del valor con referencia a las oscilaciones de la demanda y la oferta. La

[1] C. Marx, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1972.

economía clásica, de Smith a Marx, por el contrario, ha manifestado que las oscilaciones interdependientes entre la demanda y la oferta sólo pueden explicar cómo el precio se desvía del valor, pero no el valor mismo. Para hallar el valor de las mercancías, tenemos que abordar el problema bajo el supuesto de que la oferta y la demanda se equilibran, es decir, que el precio y el valor de las mercancías coinciden. Por tanto, el problema científico del valor comienza, justamente, allí donde cesa la acción de la oferta y la demanda. Ocurre con referencia al problema de la reproducción del capital social en conjunto exactamente lo mismo. Las coyunturas de prosperidad y de crisis periódicas hacen que la reproducción capitalista, por regla general, oscile en torno a las necesidades y capacidad adquisitiva de la sociedad, alejándose de ellas unas veces hacia arriba, y otras veces por debajo de ellas, llegando casi hasta la paralización total del proceso. Pero si se toma un período considerable, todo un ciclo con coyunturas distintas de prosperidad y de crisis, es decir, de suprema tensión de la reproducción y de un relajamiento e interrupción, vemos que se equilibran, y la medida del ciclo nos da la magnitud media de la reproducción. Esta media no es sólo un producto mental, teórico, sino también un hecho real, objetivo. Pues, a pesar de las intensas oscilaciones de las coyunturas, a pesar de las crisis, las necesidades de la sociedad se satisfacen bien o mal, la reproducción sigue su camino ondulante y las fuerzas productivas se desarrollan cada vez más. ¿Cómo se realiza esto si prescindimos de las alternativas de crisis y prosperidad? Aquí comienzan las dificultades, intentándose por algunos resolver el problema de la reproducción por referencia a la periodicidad de las crisis, lo cual es propio en el fondo de la economía vulgar, del mismo modo que lo es el intento de resolver el problema del valor por las oscilaciones de la oferta y la demanda. No obstante, ya veremos cómo los economistas muestran siempre, sin percatarse de su error, inclinación a involucrar en el problema de la crisis el problema de la reproducción apenas se lo planteen, limitando la perspectiva y alejándose así ellos mismos de la solución. Cuando en adelante hablemos de reproducción capitalista, ha de entenderse siempre la media resultante de las oscilaciones ocurridas dentro de un ciclo.

La producción capitalista se realiza por un número ilimitado y fluyente de productores privados independientes, sin ningún control social, salvo la observancia de las oscilaciones de los precios, y sin otro nexo que el cambio de mercancías. ¿Cómo, de hecho, resulta de estos movimientos incontables e inconexos la producción total? Al plantear así la cuestión (y ésta es la primera forma general bajo la cual se ofrece inmediatamente el problema) se olvida que en este caso los productores privados no son simples productores de mercancías, sino productores capitalistas, igualmente que la producción total de la sociedad no es una producción encaminada, en general, a la satisfacción de las necesidades del consumo, ni una sencilla producción de mercancías, sino producción capitalista. Veamos qué alteraciones en el problema implica dicho olvido.

El productor, que no sólo produce mercancías, sino capital, debe engendrar, ante todo, plusvalía. La plusvalía es el fin último y el motivo impulsor del productor capitalista. Las mercancías elaboradas, una vez vendidas, no sólo deben suministrar a aquél el capital anticipado, sino un excedente sobre él, una cantidad de valor a la que no corresponde gasto alguno de parte suya. Desde el punto de vista de esta creación de plusvalía, a sus espaldas y contra las fábulas que invente para sí y el resto del mundo sobre el capital fijo y circulante, el capital adelantado por el capitalista se divide en dos partes: una que representa sus gastos en medios de producción, local de trabajo, materias primas y auxiliares, etc., y otra parte que se invierte en salarios. A la primera parte, que traspasa su valor, mediante el proceso de trabajo, al producto sin alteración alguna, llama Marx parte constante del capital; a la segunda, que por apropiación de trabajo no pagado se incrementa creando plusvalía, parte variable del capital. Desde este punto de vista la composición del valor de toda mercancía elaborada en el sistema capitalista responde normalmente a la fórmula

$c+v+p$

expresando c el valor del capital constante, es decir, la parte de valor incorporado a la mercancía por el trabajo objetivado, nuevo contenido de los medios de producción gastados, v el capital variable, es decir, la parte del capital invertida en salarios, significando finalmente p la plusvalía, es decir, el aumento de valor procedente de la parte no pagada del trabajo asalariado. Las tres partes del valor se hallan reunidas en la figura concreta de la mercancía elaborada, considerándose como unidad cada uno de los ejemplares así como la masa total de

mercancías, lo mismo que se trate de tejidos de algodón o de representaciones de ballet, de tubos de hierro o de periódicos liberales. La elaboración de mercancías no constituye un fin para el productor capitalista, y sí un medio para apropiarse plusvalía. Pero mientras la plusvalía esté oculta en la mercancía es inútil en manos del capitalista. Después de producirla necesita realizarla, transformarla en su pura figura de valor, es decir, en dinero. Para que esto acontezca y el capitalista se apropie de la plusvalía en su forma de dinero, todo el capital anticipado debe perder la forma de mercancía y volver a él en forma de dinero. Sólo entonces, es decir, cuando la masa total de mercancías se haya enajenado conforme a su valor, por dinero, se habrá conseguido el fin de la producción. La fórmula

$$c+v+p$$

que antes se refería a la composición cuantitativa del valor de las mercancías, se refiere ahora del mismo modo a la del dinero obtenido por la venta de aquéllas: una parte de él (c) restituye al capitalista sus anticipos en medios de producción consumidos, otra (v) en salarios, siendo la última (p) el sobrante esperado, es decir, la "ganancia líquida" del capitalista en dinero contante[2]. Esta transformación del capital, de su forma originaria que constituye el punto de partida de toda producción capitalista, en medios de producción inanimados y vivos (es decir, materias primas, instrumentos y mano de obra a través del proceso productivo); de éstos en mercancía, mediante la incorporación de trabajo vivo, y finalmente su transformación en dinero por medio del proceso de cambio, y aún más, en una cantidad de dinero mayor que la lanzada a la circulación en el estadio inicial; esta rotación del capital no sólo es necesaria para la producción y apropiación de plusvalía. La verdadera finalidad e impulso motriz de la producción capitalista no es conseguir plusvalía en general, en cualquier cantidad, en una sola apreciación, sino plusvalía ilimitada, en cantidad creciente cada vez mayor. Pero esto no puede realizarse más que por el medio mágico enunciado: por la producción capitalista, es decir, por la apropiación de trabajo asalariado no pagado en el proceso de la elaboración de mercancías, y por la venta de las mismas. Por esto, la producción constantemente renovada, la reproducción como fenómeno regular, constituye en la sociedad capitalista un elemento totalmente nuevo, desconocido en las formaciones económicas precedentes. En todos los demás modos de producción históricos conocidos, el elemento determinante de la reproducción son las necesidades de consumo incesantes de la sociedad, sean éstas las necesidades de consumo, democráticamente determinadas, de la totalidad de los trabajadores en una cooperativa agraria comunista, sean las necesidades, determinadas despóticamente, de una sociedad de clases antagónicas, de una economía a base de esclavitud, de un coto señorial, etc. En el sistema capitalista el productor individual (y sólo de él aquí se trata) para nada tiene en cuenta las necesidades de la sociedad, su capacidad de consumo. Para él sólo existe la demanda con capacidad adquisitiva y ésta únicamente como factor imprescindible para la realización de la plusvalía. Por todo ello, la elaboración de productos para el consumo, que satisfagan las necesidades que la capacidad adquisitiva de la sociedad permita, es un mandato ineludible para el capitalista individual que le obliga a reanudar constantemente la reproducción; pero es también un rodeo desde el punto de vista del impulso motriz propiamente dicho, que es, repetimos, la realización de la plusvalía. El robo de la plusvalía, trabajo no pagado, es lo que en la sociedad capitalista hace de la reproducción en general un *perpetuum mobile*. Por su parte la reproducción, cuyo punto de partida en el sistema capitalista lo constituye siempre el capital, y el capital en su forma pura de valor, es decir, en su forma de dinero, sólo puede seguir su curso, cuando los productos del período anterior, las mercancías, se transforman a su vez en dinero, mediante la venta. Por tanto, para los productores capitalistas la primera condición del proceso reproductivo es la realización de las mercancías elaboradas en el período de trabajo anterior.

Enfocamos ahora otro aspecto sustancial del problema. La determinación de la magnitud del proceso reproductivo depende (en el sistema económico capitalista) del arbitrio y criterio del empresario individual. Pero su impulso motriz es la apropiación de plusvalía, y ello en progresión geométrica. Ahora bien, una mayor celeridad en la apropiación de plusvalía sólo es posible en virtud de un incremento en la producción capitalista que crea la plusvalía. En la

[2] En esta exposición suponemos que la plusvalía es idéntica al beneficio del empresario, lo que es cierto con referencia a la producción total, que es la que únicamente interesa en los sucesivo. También prescindimos de la escisión de la plusvalía en sus elementos: beneficio del empresario, interés del capital, renta de la tierra, ya que de momento carece de importancia para el problema de la reproducción.

producción de plusvalía la gran empresa se encuentra en todos sentidos en posición ventajosa frente a la pequeña empresa. Así, pues, el sistema capitalista no sólo engendra una tendencia permanente a la producción general, sino también de incremento constante del proceso reproductivo, renovándose la producción en escala siempre creciente.

Hay algo más. En el sistema capitalista no es sólo la apetencia de plusvalía del capitalista en sí lo que impulsa incesantemente la reproducción, sino que el propio sistema transforma dicho proceso reproductivo en una exigencia, en una condición de existencia económica ineludible para los capitalistas individuales. Bajo el régimen de la concurrencia el arma más importante del capitalista individual en su lucha por un puesto en el mercado es la baratura de las mercancías. Pero todos los métodos duraderos para rebajar los costos de producción de las mercancías (que no logran por depresión de los salarios o prolongación de la jornada de trabajo un aumento de la plusvalía y pueden tropezar con diversos obstáculos) se resuelven en una ampliación de la producción. Trátese de ahorrar edificios e instrumentos, o de aplicar medios de producción de mayor rendimiento, o de reemplazar en gran escala el trabajo manual por máquinas, o de aprovechar rápidamente una coyuntura favorable del mercado para adquirir materias primas baratas, en todos los casos la gran empresa ofrece ventajas frente a la pequeña y la media.

Estas ventajas aumentan proporcionalmente a la extensión de la empresa. Por esa razón la concurrencia misma impone a las otras necesariamente un progreso análogo al realizado por una parte de las explotaciones capitalistas, o por el contrario las condena a languidecimiento y extinción. Resulta así una tendencia incesante a ampliar la reproducción que se extiende mecánicamente, como en ondas, sobre toda la superficie de la producción privada.

Para el capitalista individual el incremento de la reproducción se manifiesta al transformar en capital una parte de la plusvalía apropiada que acumula. La acumulación, por tanto, la transformación de la plusvalía en capital activo, es la expresión capitalista de la reproducción ampliada.

La reproducción ampliada no es una invención del capital. Más bien constituye de antiguo la regla en toda formación social histórica en que se manifiesta un progreso económico y cultural. La reproducción simple (la simple repetición invariable y constante del proceso productivo) es ciertamente posible y puede observarse durante largos períodos de la evolución social. Así, por ejemplo, en las comunidades agrarias primitivas en que se equilibra el crecimiento de población no por un aumento gradual de la producción, sino por emigración periódica de las generaciones nuevas y por el emplazamiento de nuevas comunidades filiales igualmente reducidas que se bastan a sí mismas. Igualmente, en India o China los antiguos talleres de artesanos ofrecen el ejemplo de una repetición tradicional del proceso productivo adoptando la misma forma y amplitud a través de las generaciones. Pero en todos estos casos la reproducción simple es un índice del estancamiento económico y cultural predominante. Todos los progresos decisivos del proceso de trabajo y los monumentos de civilizaciones fenecidas, como las grandes obras hidráulicas del Oriente, las pirámides egipcias, las calzadas militares romanas, las artes y ciencias griegas, el desarrollo de los oficios y las ciudades en la Edad Media, hubieran sido imposibles sin una reproducción ampliada, pues sólo el aumento gradual de la producción más allá de las necesidades inmediatas, y el crecimiento constante de la población y sus necesidades, crean la base económica que es prerrequisito indispensable a todo progreso cultural. Particularmente el cambio, y con él la aparición de la sociedad escindida en clases y sus progresos históricos, hasta la aparición del sistema capitalista, serían inconcebibles sin reproducción ampliada. Pero en la sociedad capitalista se añaden a la reproducción ampliada algunos caracteres nuevos. En primer término se convierte ésta, como ya se ha indicado, en exigencia ineludible para el capitalista individual. La reproducción simple, e incluso el retroceso en la reproducción, no quedan excluidos ciertamente del sistema de producción capitalista, antes bien, constituyen momentos en toda crisis, tras las tensiones igualmente periódicas de la reproducción ampliada en la coyuntura máxima. Pero el movimiento general de la reproducción (por encima de las oscilaciones y alternativas cíclicas) va en la dirección de una ampliación incesante. Para el capitalista individual la imposibilidad de marchar a compás de este movimiento general, significa la eliminación de la lucha por la concurrencia, la bancarrota.

Estudiemos otro ángulo de la cuestión. En todas las formaciones sociales en que predomine o exista en toda su fuerza una economía natural (en una comunidad agraria de la India o en una

villa romana esclavista o en el coto feudal del Medievo) el concepto y el fin de la reproducción ampliada se refieren medularmente a la cantidad de productos, a la masa de los artículos de consumo elaborados. El consumo como fin domina la extensión y el carácter, tanto del proceso de trabajo en particular como de la reproducción en general. Por el contrario, en el sistema capitalista la producción no está, esencialmente, encaminada a satisfacer necesidades: su fin inmediato es la creación de valor, dominando dicho fin todo el proceso de la producción y la reproducción. La producción capitalista no es producción de artículos de consumo, ni de mercancías en general, sino de plusvalía. Por tanto, para los capitalistas, reproducción significa tanto como incremento de la producción de plusvalía. Cierto que la producción de plusvalía se realiza bajo la forma de producción de mercancías, y, por tanto, en último término, de producción de artículos para el consumo. Pero en la reproducción estos dos puntos de vista (el de la producción de plusvalía y el de la producción de artículos para el consumo) se separan constantemente de la productividad del trabajo. La misma magnitud de capital y de plusvalía se manifestará al traducirse la productividad en una cantidad mayor de artículos de consumo. Por consiguiente, el incremento del proceso productivo y la elaboración de una masa mayor de valores de uso no es por sí sola, todavía, reproducción ampliada en sentido capitalista. A la inversa; el capital, hasta ciertos límites, puede conseguir una mayor plusvalía sin alterar la productividad del trabajo, intensificando el grado de explotación (por ejemplo, rebajando los salarios) sin elaborar una cantidad mayor de productos. Pero en éste como en aquel caso se crea igualmente lo necesario a la reproducción ampliada, a saber: plusvalía, tanto como dimensión de valor como suma de cantidades de medios de producción materiales. Por regla general el aumento de la producción de plusvalía se logra invirtiendo más capital, y esto se logra transformando en capital una parte de la plusvalía apropiada. En este sentido es indiferente que la plusvalía capitalista se aplique a la ampliación de la antigua empresa o se destine a nuevas explotaciones independientes. Por tanto, la reproducción ampliada, en el sentido capitalista, expresa específicamente el crecimiento del capital por capitalización progresiva de la plusvalía, o como Marx lo llama, por acumulación de capitales. La fórmula general de la reproducción ampliada bajo el régimen del capital es, pues, la siguiente:

$$(c+v) + p/x + p'$$

siendo p/x la parte capitalizada de la plusvalía apropiada en el período de producción anterior y p' la plusvalía nueva sacada del capital adicionado. Esta plusvalía nueva se capitaliza a su vez en parte. El flujo constante de esta apropiación y capitalización de plusvalía, que se condicionan mutuamente, constituye el proceso de la reproducción ampliada en el sentido capitalista.

Pero estamos por lo pronto sólo frente a la fórmula general abstracta de la reproducción. Consideremos, sin embargo, más de cerca las condiciones concretas que se requieren para la realización de esa fórmula.

La plusvalía apropiada, una vez que, en el mercado, ha perdido con fortuna la forma de mercancía, se manifiesta como una suma determinada de dinero. En esta forma posee la figura absoluta de valor con que puede comenzar su carrera como capital. Ahora bien, con dinero no se puede crear ninguna plusvalía; para que la parte de plusvalía destinada a la acumulación se capitalice realmente, ha de adoptar la figura concreta que la capacita para actuar como capital productivo, es decir, como capital que haga posible la apropiación de nueva plusvalía. Para ello es necesario que al igual que el capital primitivo anticipado se escinda en dos partes, una constante, expresada en medios de producción muertos, y una variable, expresada en salarios. Sólo entonces podrá ser comprendido, como el capital originalmente adelantado, dentro de la fórmula

$$c+v+p$$

Pero para esto no basta la apetencia acumulativa del capitalista, ni tampoco su ahorro y "sobriedad", "virtudes que le permiten destinar a la producción la mayor parte de su plusvalía", en vez de gastarla toda, alegremente, en lujo y placeres. Para ello se requiere más propiamente que encuentre en el mercado las figuras concretas que piensa dar a su nuevo acrecentamiento de capital, es decir, en primer lugar: justamente los medios de producción materiales (materias primas, máquinas, etc.), que necesita para el género de producción por él

planeado y elegido, para dar, en fin, a la parte constante del capital forma productiva. Pero también, en segundo lugar, es preciso que pueda transformar aquella porción de capital que constituye la parte variable y para esto son necesarias dos cosas: en primer lugar, que en el mercado de trabajo haya en número suficiente la mano de obra que le hace falta para poner en movimiento la nueva adición de capital, y luego (puesto que los obreros no pueden vivir de dinero) que existan también en el mercado los medios de subsistencia adicionales contra los cuales los nuevos trabajadores ocupados puedan cambiar la parte variable del capital obtenida de los capitalistas.

Dadas estas condiciones previas, el capitalista puede poner en movimiento su plusvalía capitalizada y hacer que, como capital, engendre en el proceso nueva plusvalía. Pero con esto no está resuelto definitivamente el problema. Por el momento, el nuevo capital, y la plusvalía creada, se encuentran aún bajo la forma de una nueva masa adicional de mercancías de cualquier género. En esta figura el nuevo capital está sólo adelantado, y la plusvalía por él creada se encuentra en una forma inútil para el capitalista. Para que el nuevo capital cumpla su fin en la vida, ha de borrarse su figura de mercancía, y volver, junto con la plusvalía por él engendrada, bajo su forma pura de valor, en dinero, a manos del capitalista. Si esto no se consigue, el nuevo capital y la nueva plusvalía se han perdido entera o parcialmente, la capitalización de la plusvalía ha fracasado, y la acumulación no se verifica. Para que la acumulación se realice efectivamente, es, pues, absolutamente necesario que la masa adicional de mercancías elaborada por el nuevo capital conquiste un puesto en el mercado y realice su valor en dinero.

Vemos, pues, que la reproducción ampliada bajo condiciones capitalistas, o lo que es igual, la acumulación del capital, está ligada a una serie de condiciones específicas, que son las siguientes: *Primera condición*: la producción debe engendrar plusvalía, pues la plusvalía es la forma única en que es posible bajo el sistema capitalista el acrecentamiento de la producción. Esta condición ha de cumplirse en el proceso de producción mismo, en la relación entre capitalista y obrero, en la producción de mercancías. Segunda condición: para que la plusvalía destinada a la ampliación de la reproducción sea apropiada, una vez cumplida la primera condición, ha de ser realizada, transformada en dinero. Esta condición nos lleva al mercado de mercancías, donde las probabilidades de cambio deciden sobre el destino ulterior de la plusvalía, y por tanto también de la futura reproducción. Tercera condición: suponiendo que se haya logrado realizar las plusvalía, y una parte de la plusvalía realizada se haya transformado en capital destinado a la acumulación, el nuevo capital ha de tomar forma productiva, es decir, transformarse en medios de producción y mano de obra, y, además, la parte de capital cambiada por la mano de obra ha de adoptar a su vez la forma de medios de subsistencia para los trabajadores. Esta condición nos lleva de nuevo al mercado de mercancías y al mercado de trabajo. Si entonces ocurre lo necesario, si sobreviene la reproducción ampliada de las mercancías se añade la cuarta condición: la masa adicional de mercancías que representa el nuevo capital, junto con la nueva plusvalía, ha de ser realizada, transformada en dinero. Sólo al ocurrir esto, se ha verificado la reproducción ampliada en sentido capitalista. Esta última condición nos lleva una vez más al mercado.

Así, la reproducción capitalista, lo mismo que la producción, va constantemente del taller al mercado, de la oficina particular y de la fábrica, a las que está "prohibido el acceso" y en las que la voluntad soberana del capitalista individual es la ley suprema, al mercado, al que nadie prescribe leyes, y donde no hay voluntad ni razón que se impongan. Pero justamente en la arbitrariedad y anarquía que reinan en el mercado encuentra el capitalista individual su dependencia con respecto a la totalidad de los miembros individuales productores y consumidores que forman la sociedad. Para ampliar su reproducción necesita medios de producción adicionales y obreros, así como medios de subsistencia para éstos; ahora bien, la existencia de todo ello depende de elementos, circunstancias, procesos que se realizan a espaldas suyas y con entera independencia de su persona. Para poder realizar su masa de productos aumentada necesita un mercado más amplio, pero el aumento de la demanda en general como en particular con respecto a su género de mercancías, es algo frente a lo cual él es impotente en absoluto.

Las condiciones enumeradas, todas las cuales expresan la contradicción inmanente entre producción y consumo privados, y el nexo social que existe entre ambos, no son elementos

nuevos que se presenten por primera vez en la reproducción. Son un aspecto de las contradicciones generales de la producción capitalista. Se manifiestan, sin embargo, como dificultades particulares del proceso de reproducción y ello por las siguientes razones: desde el punto de vista de la reproducción y, particularmente, de la reproducción ampliada, el sistema capitalista aparece en su curso como un proceso, no sólo en sus caracteres fundamentales, sino también en las características propias a cada uno de sus períodos de producción. Por consiguiente, desde este punto de vista, el problema, en términos generales, se plantea así: ¿cómo puede encontrar cada capitalista individual los medios de producción y los obreros que necesita, cómo puede dar salida en el mercado a las mercancías que ha hecho producir, no habiendo control ni plan sociales que pongan en armonía la producción y la demanda? La contestación es que, por una parte, la apetencia de plusvalía que sienten los capitalistas individuales y la concurrencia entablada entre ellos, así como los efectos automáticos de la explotación y concurrencia capitalistas, se encargan tanto de que se elaboren todo género de mercancías y por tanto medios de producción, como de que en general haya a disposición del capital una masa creciente de obreros proletarizados. Por otra parte, la carencia de plan se manifiesta en que la coincidencia de demanda y oferta, en todas las esferas, sólo se realiza momentáneamente, merced a desviaciones y oscilaciones de los precios; y al juego cruel de la ley de la oferta y la demanda, con su secuela obligada: la crisis.

Desde el punto de vista de la reproducción el problema se presenta de otro modo: ¿cómo es posible el suministro en el mercado de medios de producción y mano de obra que se realizan sin plan alguno? ¿Cómo es posible que las condiciones del mercado, que varían sin plan ni cálculo posible, aseguren al capitalista individual medios de producción, mano de obra y posibilidades de mercado que corresponden en cada caso a las necesidades de su acumulación, y que aumentan, por tanto, en una determinada medida? Precisemos más la cosa. Según la fórmula por nosotros conocida, el capitalista produce en la siguiente proporción:

$$40c+10v+10p$$

siendo el capital constante cuatro veces mayor que el variable y el tipo de plusvalía 100 por 100. En este caso la masa de mercancías representará un valor de 60. Supongamos que el capitalista se halla en situación de capitalizar la mitad de su plusvalía y la añade al antiguo capital, conservando éste la misma composición. El período de producción siguiente se expresaría en la fórmula

$$44c+11v+11p=66$$

Supongamos que el capitalista se halla nuevamente en situación de capitalizar la mitad de su plusvalía y así los demás años. Para que pueda realizarlo es menester que halle no sólo en general, sino en la progresión determinada, medios de producción, mano de obra y mercado que correspondan a los progresos de su acumulación.

CAPITULO II
Análisis del proceso de reproducción, según Quesnay y Adam Smith

Hasta ahora hemos considerado la reproducción desde el punto de vista del capitalista individual típico, representante y agente de la reproducción que se realiza por una serie de empresas privadas. Este modo de enfocar el problema nos ha hecho ver ya bastantes dificultades. Sin embargo, éstas son pocas comparadas con las que aparecen inmediatamente cuando pasamos de la consideración del capitalista individual a la de la totalidad de los capitalistas.

Ya una ojeada superficial muestra que la reproducción capitalista como todo social, no puede ser concebida mecánica y simplemente como la suma de las diversas reproducciones capitalistas privadas. Hemos visto, por ejemplo, que uno de los supuestos fundamentales de la reproducción ampliada del capitalista individual es una ampliación correspondiente de su posibilidad de venta en el mercado. Ahora bien, el capitalista individual puede lograr esta ampliación no por extensión absoluta de los límites del mercado en general sino a través de la competencia, a costa de otros capitalistas individuales; de modo que uno aprovecha lo que significa pérdida para otro o varios otros capitalistas excluidos del mercado. Como resultado de este proceso, lo que para un capitalista es reproducción ampliada, constituye para otro un descenso en la reproducción. Un capitalista podrá realizar reproducción ampliada, otros ni siquiera la simple, y la sociedad capitalista en conjunto sólo podrá registrar un desplazamiento local, pero no una modificación cuantitativa de la reproducción. Análogamente, la reproducción ampliada de un capitalista puede efectuarse por medios de producción y obreros que han quedado libres por las quiebras, es decir, por el cese total o parcial de la reproducción de otros capitalistas.

Estos acontecimientos diarios prueban que la reproducción del capital social es algo en conjunto distinto de la reproducción aumentada ilimitadamente del capitalista individual, que los procesos de reproducción de los capitales individuales se entrecruzan incesantemente y que a cada momento pueden anularse entre sí en mayor o menor grado. Por tanto, antes de investigar el mecanismo y las leyes de la producción capitalista es necesario plantear la siguiente cuestión: ¿qué debemos comprender por reproducción del capital total? Ello en primer término; y después, si es posible representarnos un cuadro de la producción total, extrayéndolo de entre la confusión de los movimientos incontables de los capitales individuales, teniendo en cuenta que se modifican a cada instante conforme a las leyes incontrolables y numerosísimas, que unas veces se ejecutan de forma paralela mientras que otras se cruzan y aniquilan. ¿Es que hay, en general, un capital total de la sociedad? y, si existe, ¿qué representa este concepto en realidad? Este es el primer problema que ha de plantearse el investigador científico al estudiar las leyes de la reproducción. El padre de la escuela fisiocrática, Quesnay, que con la impavidez y simplicidad clásicas abordó, en los comienzos de la economía política y del orden económico burgués, el problema, aceptó como sobreentendida la existencia del capital total como una dimensión real, actuante. Su famoso *Tableau economique*, no descifrado por nadie hasta Marx, pone de manifiesto en pocos números el movimiento de reproducción del capital total, a propósito del cual Quesnay manifiesta, al propio tiempo, que ha de ser concebido bajo la forma del cambio de mercancías, es decir, como proceso de circulación. El *Tableau* muestra de qué manera el producto anual de la producción nacional, que se expresa como una determinada magnitud de valor, se distribuye, por virtud del cambio, de tal modo que la producción puede comenzar de nuevo. Los incontables actos de cambio individuales se reúnen, resumiéndose, en la circulación entre grandes clases sociales funcionalmente determinadas.[3]

Según Quesnay, la sociedad se compone de tres clases: la productiva, formada por los labradores; la estéril, que abarca a todos los que trabajan fuera de la agricultura, en la industria, comercio, profesiones liberales, y la clase de los propietarios territoriales, junto con el soberano y los perceptores de diezmos. El producto nacional total aparece en manos de la clase

[3] *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972.

productiva en forma de una masa de medios de subsistencia y materias primas por valor de 5.000 millones de libras. De ellas, 2.000 millones constituyen el capital de explotación anual de la agricultura, 1.000 millones el desgaste anual del capital fijo y 2.000 millones constituyen la renta líquida que va a parar a los propietarios territoriales. Aparte de este producto total, los labradores (que aquí se representan como arrendatarios de un modo puramente capitalista) tienen en sus manos 2.000 millones de libras en dinero. La circulación se realiza de manera que la clase de arrendatarios paga como renta a los propietarios 2.000 millones en dinero (el resultado del período de circulación anterior). El propietario territorial emplea 1.000 millones en adquirir de los arrendatarios medios de subsistencia y con los otros 1.000 millones compra a la clase estéril productos industriales. A su vez los arrendatarios con los 1.000 millones que les han correspondido compran productos industriales, y entonces la clase estéril, de los 2.000 millones que se hallan en sus manos, emplea 1.000 millones en materias primas, etc., para reemplazar al capital de explotación anual y con los otros 1.000 millones compra medios de subsistencia. De esta manera al final el dinero ha vuelto a su punto de partida, a la clase de arrendatarios, y el producto se ha dividido entre todas las clases, de tal modo que se halla asegurado el consumo de todos y al mismo tiempo las clases productiva y estéril renuevan sus medios de producción y la de los propietarios percibe su renta. Se dan todos los supuestos de la reproducción, se han cumplido todas las condiciones de la circulación, y la reproducción puede seguir su curso regular.[4] Cuán deficiente y primitiva es esta exposición, a pesar de toda la genialidad del pensamiento, lo veremos en el curso de la investigación. Hay que destacar aquí que Quesnay, en el umbral de la economía política científica, no albergó dudas con respecto a la posibilidad de exponer la rotación del capital total social y su reproducción. Pero ya con Adam Smith, a medida que se hace un análisis más profundo de las condiciones del capital, comienza la confusión en los claros y grandes rasgos de la representación fisiocrática. Smith echó abajo todo el fundamento de la exposición científica del proceso total capitalista, elaborando aquel falso análisis del precio que durante tan largo tiempo ha dominado en la economía burguesa; según él, el valor de las mercancías expresa la cantidad de trabajo en ellas empleado; pero, al mismo tiempo, el precio sólo está formado por tres componentes, a saber: salario, beneficio del capital y renta de la tierra. Como esto evidentemente ha de referirse también a la totalidad de las mercancías, al producto nacional, nos encontramos con el desconcertante descubrimiento de que el valor de las mercancías elaboradas por la producción capitalista en su totalidad, representa, es cierto, todos los salarios pagados y los beneficios del capital junto con la renta; es decir, la plusvalía total, y puede por tanto reemplazarla; pero, al mismo tiempo, notamos que al capital constante empleado en la elaboración de las mercancías no corresponde ninguna parte de valor de la masa de las mismas (v + p, tal es, según Smith, la fórmula de valor del producto capitalista total.) “Estas tres partes [dice Smith explicando su pensamiento con el ejemplo del trigo] (salario del trabajo, beneficio del empresario y renta de la tierra) parecen agotar inmediatamente o en primer término la totalidad del precio de los cereales. Cabría acaso considerar necesaria todavía una cuarta parte para compensar el desgaste del ganado de labor y de las herramientas. Pero ha de tenerse en cuenta que el precio de todos los medios de producción está constituido a su vez en la misma forma; así, el precio de un caballo destinado al trabajo está formado: primero, por la renta del suelo en que es alimentado; segundo, por el trabajo empleado en su cría, y tercero, por el beneficio capitalista del arrendatario que ha adelantado tanto la renta del suelo como los salarios. Por tanto, si bien el precio del cereal contiene el valor del caballo así como su alimento, mediata o inmediatamente se resuelve en los tres elementos mencionados: renta de la tierra, trabajo y beneficio del capital.[5] Enviándonos de este modo Smith de Herodes a Pilatos, como dice Marx, resuelve siempre el capital constante en v + p. Cierto que Smith ha tenido ocasionalmente dudas y recaídas en la opinión opuesta. En el segundo libro, dice: “Se ha expuesto en el primer libro que el precio de la mayor parte de las mercancías se divide en tres partes, una de las cuales paga el salario, otra el beneficio del capital y una tercera la renta de la tierra; cubriendo

[4] Véase análisis del *Tableau economique* en el *Journal de l'Agriculture, du commerce et des finances* por Dupont, 1766, página 605 y siguientes de la edición hecha por Oncken de las obras de F. Quesnay. Quesnay hace notar expresamente que la circulación por él descrita tiene como supuesto dos condiciones: una circulación comercial sin obstáculos y un sistema tributario que sólo grave la renta: “Pero estos requisitos son condiciones *sine quabus non*; suponen que la libertad de comercio sostiene la venta de las producciones a un buen precio. Y suponen, por otra parte, que el cultivador no tiene que pagar directa o indirectamente otros gravámenes que pesen sobre la renta. Una parte de la cual, por ejemplo, las dos séptimas partes, debe constituir el ingreso del soberano.” (Edición citada, página 311)

[5] Adam Smith, *Naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*.

así los gastos de producción de la mercancía y su transporte al mercado. Si este es el caso para cada una de las mercancías consideradas particularmente, lo propio ha de poder decirse de las mercancías que representan en conjunto el rendimiento anual de la tierra y el trabajo de cada país. El precio o valor de cambio total de este rendimiento anual ha de resolverse en las mismas tres partes y distribuirse entre los distintos habitantes del país como salario de su trabajo, beneficio de su capital o renta de su tierra." En este punto vacila Smith y sigue inmediatamente.

"La renta bruta de una finca privada se compone de lo que paga el arrendatario, y la neta de lo que resta al propietario deducidos los gastos de administración, reparaciones y otros; o bien, de lo que puede destinar sin daño de su finca a la parte de su caudal reservado al consumo inmediato, a la mesa, casa, mobiliario y diversiones. Su verdadera riqueza no está en relación con su renta bruta, sino con su renta neta."

Pero Smith sólo introduce aquí una parte del valor del producto total correspondiente al capital constante, para volver a excluirla luego por la resolución en salarios, beneficios y rentas. Finalmente, se atiene a su explicación:

"… De la misma manera que las máquinas, instrumentos, etc., que constituyen el capital fijo del individuo o de la comunidad, no representan una parte de la renta bruta y de la neta, así el dinero, por medio del cual la renta total de la sociedad se distribuye regularmente entre todos los miembros de ésta, no representa en sí mismo un elemento de aquella renta."

Por consiguiente, el capital constante (al que Smith llama fijo) se coloca en el mismo plano que el dinero y no entra en el producto total de la sociedad (su "renta bruta"), no existe como una parte del valor del producto total.

Con tan frágiles cimientos su teoría cae por tierra al más ligero embate de la crítica. Es evidente que de la circulación, del cambio mutuo del producto total así compuesto, sólo puede conseguirse la realización de los salarios (v) y de la plusvalía (p), pero no se puede reemplazar el capital constante, y la reiteración del proceso reproductivo se hace así imposible. Cierto que Smith sabía perfectamente, y no se le ocurría negarlo, que todo capitalista individual necesita para la explotación además de un fondo de salarios, esto es, capital variable, un capital constante. Pero en el análisis del precio mencionado para la producción capitalista, desaparecía enigmáticamente, sin dejar huellas, el capital constante, con lo cual el problema de la reproducción del capital total estaba mal enfocado desde el principio. Es obvio que si el aspecto más elemental del problema, la explicación del capital total social había naufragado, tenía que estrellarse el análisis entero. La teoría errónea de Adam Smith posteriormente fue recogida por Ricardo, Say, Sismondi y otros, y todos tropezaron al considerar el problema de la reproducción con esta dificultad elemental: la explicación del capital total.

Otra dificultad se sumaba a la anterior desde el comienzo del análisis científico. ¿Qué es el capital total de la sociedad?

Tratándose del individuo la cosa es clara: sus gastos de explotación y su capital. El valor de su producto (dentro del marco capitalista, esto es, del régimen de trabajo asalariado) además de sus gastos totales le reporta un sobrante, la plusvalía, que no reemplaza su capital, sino que constituye su renta líquida y que puede consumir entera sin daño de su capital, esto es, de su fondo de consumo. Cierto que el capitalista puede "ahorrar" una parte de esta renta, no gastarla, sino convertirla en capital. Pero esto es otra cosa, es un nuevo proceso, la formación de un nuevo capital, que a su vez es reemplazado junto con el sobrante en la reproducción siguiente. Pero en todo caso y siempre el capital del individuo es lo que se necesita anticipar para producir, y renta lo que consume el capitalista. Si preguntamos a un empresario qué son los salarios que paga a sus obreros, la respuesta será: son, evidentemente, una parte del capital de explotación. Pero si preguntamos qué son estos salarios para los obreros que los perciben, la respuesta no puede ser: son capital; para los obreros los salarios percibidos no son capital, sino renta, fondo de consumo. Tomemos otro ejemplo: un fabricante capitalista elabora en su fábrica máquinas; su producto es anualmente un cierto número de máquinas. Pero en este producto anual, en su valor, se encierra tanto el capital adelantado por el fabricante como la renta líquida obtenida. Por tanto, una parte de las máquinas por él fabricadas representa su

renta y está destinada a constituir esta renta en el proceso de circulación, en el cambio. Pero el que compra sus máquinas a nuestro fabricante no las compra evidentemente como renta, para consumirlas, sino para utilizarlas como medios de producción; para él estas máquinas son capital. No son medios de consumo privado, sino medios necesarios para su producción.

Con estos ejemplos llegamos al resultado de que lo que para uno es capital para el otro es renta y a la inversa. ¿En estas condiciones, cómo puede concebirse algo que sea el capital total de la sociedad? Casi toda la economía científica hasta Marx deducía que no existía capital social alguno.[6] En Smith observamos todavía en ese punto titubeos y contradicciones e igualmente en Ricardo. En cuanto a Say dice categóricamente:

"De este modo se distribuye el valor total de los productos en la sociedad. Digo el valor *total*: pues si mi beneficio sólo representa una parte del valor del producto en cuya elaboración he tomado parte, el resto constituye el beneficio de los que han contribuido a producirlo. Un fabricante de tejidos compra lana a un arrendatario; paga salarios a diversas clases de obreros y vende el paño así producido en un precio que le reintegra sus gastos y le deja un beneficio. Considera como beneficio, como fondo de su renta tan sólo lo que le queda como renta líquida, después de deducidos sus gastos. Pero estos gastos no eran más que adelantos que hace a los otros productores de las diversas partes de la renta y de los que se compensa con el valor bruto del paño. Lo que ha pagado al arrendatario por la lana era renta del labrador, de sus gañanes, del propietario de la finca. El arrendatario sólo considera como producto neto suyo lo que le queda una vez que ha pagado a sus obreros y a su propietario; pero lo que les ha satisfecho constituía una parte de la renta de estos últimos: era el salario de los obreros, el precio del arrendamiento del propietario, era por tanto para los unos la renta del trabajo, para el otro la renta de su tierra. Y lo que reemplaza todo esto es el valor del paño. No cabe representarse una parte del valor de este paño que no haya servido para satisfacer una renta. Su valor entero se ha agotado en ello."

"Se ve, por ello, que la expresión producto líquido sólo puede aplicarse a empresarios individuales, pero que la renta de todos los individuos reunida o de la sociedad es igual al producto bruto nacional de la tierra, de los capitales y de la industria [Say llama así al trabajo]. Esto aniquila (*ruine*) el sistema de los economistas del siglo XVIII (fisiócratas) que sólo consideraban como renta de la sociedad el producto líquido del suelo y deducían de aquí que la sociedad sólo podía consumir un valor correspondiente a este producto líquido, como si la sociedad no pudiera consumir todo el valor por ella creado."[7]

Say fundamenta esta teoría de un modo peculiar. Mientras Smith trataba de suministrar la prueba refiriendo cada capital privado a sus lugares de producción para resolverlo en mero producto del trabajo, pero lo concebía, con rigor capitalista, como una suma de trabajo pagado y no pagado, como v + p, y llegaba así a resolver, finalmente, el producto total de la sociedad en v + p, Say transforma con ligereza estos errores clásicos en vulgares equivocaciones. La demostración de Say descansa en que el empresario en todos los estadios productivos paga los medios de producción (que constituyen un capital para él) a otras gentes, a los representantes de estadios anteriores de la producción, y en que estas gentes se guardan una parte de lo que se les ha pagado como renta suya propiamente dicha, y emplean otra parte como reembolso de los gastos por ellos adelantados, para pagar sus rentas a otras personas. La cadena indefinida de procesos de trabajo de Smith, se transforma en Say en una cadena indefinida también de mutuos adelantos sobre rentas y devolución de estos adelantos sacada de la renta de los productos; aquí el obrero aparece enteramente equiparado al empresario; en el salario recibe como "adelanto" su renta y la paga a su vez con trabajo realizado. Así, el valor definitivo del producto total social es una suma de rentas "adelantadas", y el proceso del cambio la entrega y devolución de estos adelantos. La superficialidad de Say se hace patente en que para ilustrar el engranaje social de la reproducción capitalista, utiliza el ejemplo de la fabricación de relojes, una rama que era entonces (y lo es hoy todavía en parte) pura manufactura, en la que los "obreros" figuran a su vez como pequeños empresarios y el proceso de producción de la plusvalía está disimulado por una serie de actos correspondientes a la producción simple de mercancías.

---

[6] Acerca de Rodbertus, con su concepto específico de "El capital nacional", véase más adelante en la Sección Segunda.

[7] S. B. Say. *Traité d'Economie Politique*, libro II, capítulo V, 8ª edición. París, 1976, página 376.

De este modo Say hace más grave la confusión y los errores de Adam Smith: toda la masa de productos elaborada anualmente por la sociedad se resuelve en pura renta; por tanto, se consume anualmente en su totalidad. La reiteración de la producción sin capital, sin medios de producción aparece como un enigma, la reproducción capitalista como un problema insoluble.

Si se estudia la trayectoria que ha seguido el problema de la reproducción desde los fisiócratas hasta Adam Smith, no puede desconocerse la existencia de un progreso parcial neutralizado por un retroceso también parcial. Lo característico del sistema económico de los fisiócratas era su supuesto de que sólo la agricultura engendraba excedente, es decir, plusvalía, siendo por tanto el trabajo agrícola el único productivo (en sentido capitalista). Correspondiendo a ello vemos en el *Tableau economique* que la clase "estéril" de los obreros manufactureros sólo crea los 2.000 millones de valor que consume en materias primas y medios de subsistencia. En consecuencia, en el cambio, las mercancías manufacturadas se dividen íntegramente entre las clases de los arrendatarios y de los propietarios, mientras la clase manufacturera misma no consume sus propios productos. Así, pues, la clase manufacturera sólo reproduce propiamente en el valor de sus mercancías el capital circulante consumido, sin crear una renta. La única renta de la sociedad que excede a todos los gastos de capital y pasa a la circulación, es engendrada en la agricultura y consumida por la clase de los propietarios en figura de renta de la tierra, mientras los arrendatarios sólo reciben su capital anticipado: 1.000 millones de intereses de capital fijo y 2.000 millones de capital de explotación circulante. En segundo lugar, llama la atención el que Quesnay sólo acepta la existencia del capital fijo en la agricultura, y lo llama *avances primitives* a diferencia de los *avances annuelles*. Según él, al parecer, la manufactura trabaja sin capital fijo alguno, sólo emplea capital circulante en su rotación anual y, por tanto, su masa de mercancías cada año no deja una parte de valor para compensación del desgaste de capital fijo (edificios, instrumental).[8]

Frente a estas evidentes deficiencias, la escuela clásica inglesa significa ante todo el progreso decisivo, porque considera como productivo todo género de trabajo, esto es, descubre la creación de plusvalía tanto en la manufactura como en la agricultura. Hemos dicho la escuela clásica inglesa, porque Smith en este punto, al lado de declaraciones claras y decididas en el sentido indicado, cae otras veces, tranquilamente, en el modo de ver fisiocrático; sólo con Ricardo la teoría del valor por el trabajo recibe la más alta y consecuente elaboración que podía alcanzar dentro de los límites de la concepción burguesa. Desde entonces tenemos que admitir en la manufactura la producción anual de un incremento del capital anticipado, de una renta líquida, esto es, de una plusvalía, lo mismo que en la agricultura.[9] Por otra parte, Smith, llevando a sus lógicas conclusiones el descubrimiento de que todo género de trabajo, tanto en la manufactura como en la agricultura, es productivo y crea plusvalía, descubre que también el trabajo agrícola, además de la renta para la clase de los propietarios de la tierra, ha de crear un excedente para la clase de arrendatarios por encima de sus gastos totales de capital. Así surgió también, junto al reembolso del capital anticipado, una renta anual para la clase de los arrendatarios.[10] Finalmente, Smith, laborando sistemáticamente con los conceptos empleados

[8] Por lo demás, debe anotarse que Mirabeau en sus Explications al Tableau, menciona en un pasaje, expresamente, el capital fijo de la clase estéril: "los *avances primitives* de esta clase para establecimiento de manufacturas, instrumentos, máquinas, molinos, forjas y otras fábricas… 2.000.000.000" (*Tableau Economique avec ses explications,* Mil sept cent soixante, página 82). Cierto que en su desconcertante esbozo del *Tableau* el propio Mirabeau no tiene en cuenta este capital fijo de la clase estéril.

[9] Smith formula esto en términos generales: "The value which the workmen add to the materials, therefore resolves itself in this case into two parts; of which the one pays their wages, the other the profits of their employer upon the whole stock of materials and wages which he advanced" (*Wealth of Nations*, edición Mc. Culloch 1928, tomo 1, página 83). "El valor que los obreros agregan a los materiales se divide, por tanto, en este caso en dos partes, una de las cuales paga sus salarios y la otra los beneficios de su empresario sobre la totalidad del capital adelantado para materiales y salarios." Y en el libro II, cap. III, refiriéndose especialmente al trabajo industrial: "… El trabajo de un obrero de fábrica añade al valor de las materias primas por él elaboradas el de su propio sustento y la ganancia de su empresario; en cambio el de un criado no aumenta el valor de nada. Aunque el obrero de fábrica percibe de su empresario por adelantado el salario, en realidad no causa a éste costo alguno, pues, por regla general, le devuelve una ganancia adicional por el valor acrecido del objeto elaborado." (lugar citado, I, página 341)

[10] "Los hombres dedicados al trabajo agrícola… reproducen, según esto, no sólo un valor igual a su propio consumo o al de los capitales que les dan ocupación junto a la ganancia capitalista como los obreros de fábrica, sino uno mucho mayor. Además del capital del arrendatario junto con toda su ganancia, reproducen también regularmente la renta para el propietario del suelo." (lugar citado, I, página

por Quesnay de *avances primitives* y *avances annuelles*, bajo los nombres de capital fijo y circulante, ha puesto en claro entre otras cosas que la producción manufacturera, aparte del circulante, necesita un capital fijo, exactamente lo mismo que la agricultura, y por tanto, necesita también una parte correspondiente de valor para reemplazar el desgaste de aquel capital. Así, pues, Smith se hallaba en el mejor camino para poner en orden los conceptos de capital y renta de la sociedad y expresarlos con exactitud. La mayor claridad a que ha llegado en este aspecto se evidencia en la siguiente fórmula:

"Aunque el producto anual total de la tierra y del trabajo de un país está destinado indudablemente en último término, al consumo de sus habitantes y a suministrar a los mismos una renta; al salir del suelo o de las manos de los trabajadores productivos se divide naturalmente en dos partes. Una de ellas, a menudo la mayor, está destinada ante todo a reemplazar un capital o a renovar los medios de sustento, materias primas y mercancías elaboradas, y otra parte a crear una renta, bien para el propietario de este capital como ganancia suya o para otro como su renta de la tierra."[11]

"La renta bruta de todos los habitantes de un gran país abraza el producto total anual de su suelo y su trabajo, y su renta neta es lo que queda después de deducidos: primero, los costos de mantenimiento de su capital fijo y luego de su capital circulante, o lo que pueden destinar sin daño de su capital al consumo inmediato, a su sostenimiento, comodidades y goces. Su riqueza efectiva no está, pues, en relación con su renta bruta, sino con su renta neta."[12]

Aquí los conceptos de capital y renta totales aparecen formulados de un modo más general y riguroso que en el *Tableau economique*. Liberada la renta de su enlace unilateral con la agricultura, el capital, en sus dos formas de fijo y circulante, se convierte en base de la producción social total. En vez de la división, que induce a error, de dos sectores productivos, agricultura y manufactura, han pasado al primer término otras categorías de significación funcional: la diferencia entre capital y renta, la diferencia entre capital fijo y circulante. Partiendo de aquí pasa Smith al análisis de la relación mutua y transformaciones de estas categorías en su dinámica social: en la producción y circulación, esto es, en el proceso de reproducción de la sociedad. Surge aquí una distinción radical entre el capital fijo y el circulante desde el punto de vista social: "Todos los gastos de mantenimiento del capital fijo deben ser evidentemente eliminados de la renta neta de la sociedad. Ni las materias primas necesarias para el sostenimiento de sus máquinas, instrumentos, edificios, etc., ni el producto del trabajo empleado en su creación pueden constituir nunca una parte de la misma. El precio de este trabajo constituirá, es cierto, una parte de la renta neta total, pues los trabajadores ocupados podrán aplicar sus salarios a la parte de su caudal reservada al consumo inmediato; pero en otras clases de trabajo tanto su precio como su producto corresponderán a esta parte de caudal: su precio al de los obreros, y su producto, a otras personas cuyos medios de subsistencia, comodidades y distracciones, son aumentados por el trabajo de aquellos obreros."[13]

Aquí se encuentra Smith con la importante distinción entre obreros que elaboran medios de producción y los que elaboran medios de consumo. Con respecto a los primeros hace notar que la parte de valor que crean en compensación de sus salarios viene al mundo en figura de medios de producción (como materias primas, máquinas, etc.), es decir, que la parte del producto destinada a renta de los trabajadores existe en una forma natural que no puede servir para el consumo. Por lo que toca a la última categoría de trabajadores, hace notar Smith que en este caso, a la inversa, el producto entero, es decir, tanto la parte de valor en él contenida que reemplaza a los salarios (la renta) de los trabajadores, como la parte restante (Smith no lo dice así, pero su conclusión debía ser: así como la parte que representa el capital fijo consumido) aparecen en figura de artículos de consumo. Veremos más adelante cuán cerca ha

377)

[11] Ciertamente, Smith ya en el párrafo siguiente transforma el capital completamente en salarios, en capital variable: "That part of the annual produce of the land labour of any country which replaces a capital, never is immediately employed to maintain any but productive han It pays the wages of productive labour only. That which is inmediately destined for constituting a revenue, either as profit or as rent, may maintain indifferently either productive or un productive hands." (Edición Mc. Culloch, tomo II, página 98)

[12] *Wealth of Nations,* edición citada, I, página 292.

[13] *Wealth of Nations*, edición citada I, página 292.

estado aquí Smith del punto cardinal del análisis, partiendo del cual Marx ha acometido el problema. Pero la conclusión general a la que se refiere Smith sin indagar más la cuestión fundamental es ésta: en todo caso lo que está destinado a la conservación y renovación del capital fijo de la sociedad, no puede ser contado como renta neta de la sociedad.

Otra cosa acontece con el capital circulante:

“Aun cuando los gastos totales de mantenimiento del capital fijo queden así excluidos necesariamente de la renta neta de la sociedad, esto no ocurre con el capital circulante. De los cuatro elementos de éste (dinero, subsistencias, materias primas y artículos elaborados), los tres últimos se le substraen, como queda expuesto, regularmente y se aplican, bien al capital fijo bien al patrimonio de la sociedad reservado para el consumo inmediato. Toda parte de estas mercancías de consumo que no se aplica a la conservación del capital fijo, afluye al patrimonio reservado al consumo y forma una parte de la renta neta de la sociedad. Por consiguiente, el mantenimiento de estos tres elementos del capital circulante, sólo resta a la renta neta de la sociedad una parte de su producto anual, igual a lo que es necesario para el mantenimiento fijo.”[14]

Se ve que Smith lo ha mezclado todo en la categoría del capital circulante, todo menos el capital fijo ya empleado, y tanto las sustancias alimenticias y las materias primas, como el valor de mercancías no realizadas aún (es decir, incluyendo una vez más las mismas sustancias alimenticias y materias primas, y sin tener en cuenta que algunas de dichas mercancías, conforme a su forma natural, sirven para reemplazar al capital fijo), haciendo confuso y dubitativo su análisis del capital circulante. Pero al lado de esta confusión y a pesar de ella hace otra distinción importante:

“A este respecto el capital circulante de la sociedad se comporta de distinta manera que el de un particular. El último no forma en modo alguno parte de su renta neta, que tiene que salir exclusivamente de la ganancia. Pero aunque el capital circulante de cada cual forma una parte del de su comunidad, no está excluido por eso tan plenamente de la renta neta de esta comunidad.”

Smith explica lo dicho por el ejemplo siguiente:

“Aunque todas las mercancías que un comerciante tiene en su tienda no puedan ser incluidas dentro del patrimonio reservado para su consumo inmediato, pueden serlo para otras personas, que con ayuda de una renta obtenida en otras fuentes y sin disminuir su capital pueden reintegrar al comerciante el valor de sus mercancías junto con la ganancia.”

Con esto Smith ha elaborado categorías fundamentales con respecto a la reproducción y movimiento del capital social total. Capital fijo y circulante, capital privado y social, renta privada y renta social. Medios de producción y de consumo aparecen puestos de relieve como grandes categorías, en parte indicadas en su cruzamiento real, objetivo, en parte ahogadas en las contradicciones subjetivas, teóricas, del análisis de Smith. El esquema sobrio, severo y de la transparencia clásica de los fisiócratas, se disuelve aquí en una confusión de conceptos y relaciones que parecen un caos a primera vista. Pero en este caso se advierten ya rasgos del proceso de reproducción social, nuevos, más profundos, modernos y vivos que en Quesnay, aunque sin terminar, como el esclavo de Miguel Ángel en su bloque de mármol.

Este es uno de los aspectos que Smith estudia con respecto al problema. Pero al mismo tiempo lo considera desde otro ángulo completamente distinto, desde el punto de vista del análisis del valor. Justamente la teoría según la cual todo trabajo es creador de valor, así como la distinción rigurosamente capitalista de todo trabajo en pagado (que reemplaza el salario), y no pagado (que crea plusvalía); así como, finalmente, la estricta división de la plusvalía en sus categorías fundamentales, beneficio y renta de la tierra (todos ellos progresos sobre el análisis fisiocrático) indujeron a Smith a su curiosa afirmación de que el valor de todas las mercancías consta de salario, beneficio y renta de la tierra, o dicho más brevemente en la forma marxista, de $v + p$. De aquí deducía que también la totalidad de las mercancías elaboradas anualmente por la sociedad se dividía en su valor total en estas dos partes: salarios y plusvalía. Desaparece así

[14] *Wealth of Nations*, edición citada, I, página 254.

de pronto completamente la categoría de capital, y la sociedad no produce más que renta, más que artículos, que son totalmente consumidos por la misma. La producción sin capital se erige en enigma y el análisis del problema en conjunto da un paso atrás con respecto a los fisiócratas.

Los sucesores de Smith toman su doble teoría por el lado más erróneo. Mientras las importantes sugerencias para un planteamiento exacto del problema, que Smith da en el libro segundo, permanecen intactas hasta Marx, el análisis del precio del primer libro, fundamentalmente falso, es recibido como cara herencia por la mayoría de sus sucesores; y, o se acepta sin reflexión, como hace Ricardo, o se fija en un dogma superficial, como hace Say. Donde en Smith había dudas fructíferas y contradicciones sugestivas, en Say aparece un arrogante inmóvil filisteísmo. Para Say la observación smithiana de que lo que para uno es capital puede ser para otro renta, se convierte en un motivo para declarar absurda toda distinción entre capital y renta con un criterio social. En cambio, el absurdo de que el valor total de la producción anual se convierta en renta y sea consumida es elevado por Say a la categoría de dogma con validez absoluta. Como, según él, la sociedad consume anualmente su producto total, el proceso reproductivo, que actúa sin medios de producción, se convierte en una repetición anual del milagro bíblico: la creación del mundo de la nada.

En este estado permaneció el problema de la reproducción hasta Marx.

CAPITULO III
Crítica del análisis de Smith

Los resultados a que había llegado el análisis de Smith pueden expresarse resumidos, en los siguientes puntos:

1.- Hay un capital fijo de la sociedad, ninguna de cuyas partes entra en la renta neta de la misma. Este capital fijo lo forman “las materias primas con que han de mantenerse en uso las máquinas, los útiles e instrumentos industriales”, y “el producto del trabajo requerido para transformar estas materias primas en la forma demandada”. Desde el momento en que Smith opone este capital fijo a aquél destinado a la producción de medios directos de subsistencia, transforma de hecho el capital fijo en lo que Marx ha llamado constante, es decir, aquella parte del capital que consiste en todos los medios de producción materiales en contraposición al trabajo.

2.- Hay un capital circulante de la sociedad. Pero después de haber separado la parte de capital “fijo” (es decir, constante), sólo queda la categoría de los medios de subsistencia, los cuales no constituyen para la sociedad capital alguno, sino renta neta, fondo de consumo.

3.- El capital y la renta neta de los individuos no coinciden con el capital y la renta neta de la sociedad. Lo que para la sociedad sólo es capital fijo (entendiéndose constante), para los individuos no puede ser capital, sino renta, fondo de consumo, que se manifiesta en las partes de valor del capital fijo, salarios para los obreros y beneficios para los capitalistas. A la inversa, el capital circulante de los individuos puede no ser para la sociedad capital, sino renta, en cuanto representa medios de subsistencia.

4.- El producto total social anualmente elaborado no contiene en su valor ni un átomo de capital, sino que se resuelve en tres clases de renta: salarios de trabajo, beneficios del capital y renta de la tierra.

El que quisiera representarse, partiendo de los fragmentos de ideas aquí mencionados, el cuadro de la reproducción anual del capital total social y su mecanismo, desesperaría pronto. Como, no obstante todo ello, el capital social se renueva constantemente todos los años, el consumo de todos es asegurado por la renta y, al mismo tiempo, surgen puntos de vista con respecto al capital y la renta, es posible, mediante el análisis llegar a una solución. Pero es preciso representarse toda la confusión de ideas y la variedad de puntos de vista para darse cuenta de la enorme importancia del aporte de Marx a la solución del problema.

Comencemos con el último dogma de Smith, que bastaba por sí solo para hacer que fracasase la economía política clásica en el estudio del problema de la reproducción. La raíz de la bizarra representación de Smith, según la cual el valor del producto total de la sociedad tenía que agotarse plenamente en salarios, beneficios y rentas de la tierra, se encuentra justamente en su concepción científica de la teoría del valor. El trabajo es la fuente de todo valor. Considerada como valor toda mercancía es producto del trabajo y nada más. Pero todo trabajo realizado como trabajo asalariado (esta identificación del trabajo humano con el trabajo asalariado capitalista es justamente lo clásico en Smith) es al mismo tiempo sustitución de los salarios pagados y sobrantes de trabajo no pagado, lo que constituye un beneficio para los capitalistas y una renta para los propietarios. Lo que es cierto con referencia a cada mercancía ha de serlo también para la totalidad de ellas. La provisión total de mercancías anualmente producidas por la sociedad, no es como valor más que el producto del trabajo tanto pagado como no pagado, y por tanto se divide en salarios, beneficios y rentas. Cierto que en cada trabajo son además necesarias materias primas, instrumentos, etc. Pero estas materias primas e instrumentos no son tampoco más que productos de trabajo, en parte pagado, en parte no pagado. Por mucho que retrocedamos, por muchas vueltas que demos, en el valor o precio de todas las mercancías no hallaremos nada que no sea puro trabajo humano. Pero todo trabajo se divide en una parte que reemplaza los salarios y otra que va a parar a los capitalistas y propietarios

territoriales. No hay más que salarios y beneficios; pero hay no obstante capital, capital de los individuos y capital de la sociedad. ¿Cómo salir de esta notoria contradicción? Que se plantea aquí un problema teórico extremadamente difícil, lo prueba el rigor con que el propio Marx tuvo que ahondar en la materia sin avanzar de momento ni hallar una salida, como es fácil advertir en sus *Teorías sobre la plusvalía*, I, páginas 179, 252. Sin embargo, logró hallar brillantemente la solución y ello sobre la base de su teoría del valor. Smith tenía plena razón: el valor de todas las mercancías en particular, y de todas ellas reunidas, no representa más que trabajo. Tenía también razón al decir: todo trabajo (desde un punto de vista capitalista) se divide en pagado (que reemplaza los salarios) y no pagado (que va a parar como plusvalía a las diversas clases propietarias de los medios de producción). Pero olvidaba, o más bien pasaba por alto, el hecho de que el trabajo con la propiedad de crear valor nuevo, posee también la de trasladar el antiguo valor objetivado en los medios de producción, a las nuevas mercancías elaboradas con ayuda de los mismos. Una jornada de trabajo de 10 horas no puede crear un valor superior a 10 horas, y estas 10 horas desde el punto de vista capitalista se dividen en pagadas y no pagadas, en v + p. Pero la mercancía elaborada en estas 10 horas representará un valor mayor que el de la jornada de 10 horas. Contendrá además el valor de la harina, del desgaste del horno, de los locales de trabajo, combustibles, etc., en suma, todos los medios de producción necesarios para la panadería. El valor de la mercancía sólo quedaría expresado plenamente en v + p si el hombre trabajase en el aire, sin materias primas, sin instrumentos de trabajo, sin talleres. Pero como todo trabajo material presupone algún medio de producción que es a su vez producto de un trabajo anterior, tiene que transferir también al nuevo producto este trabajo anterior.

No se trata aquí de un proceso que sólo ocurra en la producción capitalista, sino de los principios básicos en que se asienta el trabajo humano, con absoluta independencia de la forma histórica de la sociedad. Operar con instrumentos de trabajo elaborados por ella misma es el rasgo característico y fundamental de la sociedad humana civilizada. El concepto de trabajo anterior que precede a otro nuevo y le sirve de base de operación, expresa el enlace progresivo entre el hombre y la naturaleza, la cadena perdurable de los esfuerzos sociales, cuyo comienzo se pierde en la aurora de los orígenes del hombre y cuyo término sólo puede llegar con el aniquilamiento de toda la humanidad civilizada. Por tanto, hemos de representarnos todo trabajo humano como realizándose con medios de trabajo que son a su vez producto de un trabajo anterior. Por consiguiente, en todo producto se encuentra no sólo el trabajo vivo, presente, que le presta su figura última, sino también el anterior incorporado a la materia, y que el trabajo nuevo le transfiere a aquél. En la producción de valor, esto es, en la producción de mercancías, a la que pertenece también la capitalista, este fenómeno no desaparece, sino que recibe una expresión específica. Se manifiesta en el doble carácter del trabajo productor de mercancías, que de una parte como trabajo útil, concreto, de cierto género, crea el objeto útil, el valor de uso; de otra parte como trabajo abstracto, general, socialmente necesario, crea valor. En su primera condición hace lo que el trabajo humano ha hecho siempre: incorporar al nuevo producto el trabajo anterior que se encuentra en los medios de producción utilizados, sólo que este trabajo anterior aparece ahora como valor, como valor antiguo. En su segunda condición crea valor nuevo, que en el sistema capitalista se divide en trabajo pagado y no pagado, v + p. Así, pues, el valor de toda mercancía debe contener tanto valor antiguo (que el trabajo en su condición de trabajo, útil, concreto, traslada de los medios de producción a la mercancía) como valor nuevo que el mismo trabajo en su condición de socialmente necesario crea al consumirse, objetivándose en el producto.

Smith no podía hacer esta distinción, porque no distinguía este doble carácter del trabajo en su función creadora de valor; Marx, en un pasaje, cree incluso que en este error fundamental de la teoría smithiana del valor se encuentra el origen de su extraño dogma, según el cual todo valor se agota en v + p.[15] La no distinción entre ambos aspectos del trabajo productor de mercancías, el concreto, útil y el abstracto, socialmente necesario, constituye en efecto una de las notas más relevantes, no sólo de la teoría del valor de Smith, sino de toda la escuela clásica.

Sin preocuparse de las consecuencias sociales que pudieran resultar, la economía clásica ha reconocido que el trabajo humano era el único agente creador de valor, y ha elaborado esa teoría hasta el grado de claridad con que se nos presenta en Ricardo. Pero la diferencia

[15] *El Capital*, tomo II, FCE, México, 1972.

esencial entre la teoría del valor de Ricardo y la de Marx (una diferencia que no sólo no han advertido los economistas burgueses, sino que también la mayoría de los popularizadores de la doctrina de Marx pasan por alto) está en que Ricardo, de acuerdo con su concepción general de la economía a la manera del derecho natural, creía que la creación de valor era también una cualidad natural del trabajo humano, del trabajo individual, concreto del individuo.

Esta concepción se manifiesta más patente aún en Smith, quien, por ejemplo, establece que "el instinto de cambio" es una particularidad de la naturaleza humana, después de haberlo indagado en vano entre los animales, entre los perros, etc.

Por lo demás, Smith, aunque dude de la existencia del "instinto de cambio" en los animales, reconoce al trabajo animal la propiedad de crear valor como el humano, particularmente allí donde ocasionalmente reincide en la concepción fisiocrática.

"Ningún otro capital de la misma magnitud pone en movimiento una cantidad mayor de trabajo productivo que el del labrador. No sólo sus obreros, sino también su ganado de labor, son trabajadores productivos. Según esto, los hombres y animales empleados en el trabajo agrícola, no sólo reproducen, como los obreros de fábrica, un valor igual a su propio consumo o al de los capitales empleados, junto con la ganancia del capitalista, sino uno mucho mayor. Además del capital del colono y su ganancia, reproducen también, regularmente, la renta de la tierra."[16]

Aquí se pone de manifiesto de un modo patente que Smith consideraba que la creación de valor era una cualidad fisiológica del trabajo, una expresión del organismo animal del hombre. Así como la araña saca de su cuerpo la tela, así el hombre trabajador crea valor. El hombre trabajador crea objetos útiles, es, por naturaleza, productor de mercancías; del mismo modo la sociedad humana descansa por naturaleza en el cambio, siendo la producción de mercancías la forma económica normal del hombre.

Sólo Marx reconoció en el valor una relación social particular, producida bajo determinadas condiciones históricas, llegando así a distinguir los dos aspectos del trabajo productor de mercancías: el concreto, individual, y el trabajo social indiferenciado, con cuya distinción la clave del enigma aparece con claridad deslumbradora.

Para distinguir *estáticamente* en el seno de la economía burguesa el doble carácter del trabajo, el hombre trabajador y el productor de mercancías creador de valor, necesitaba Marx, antes, distinguir dinámicamente en la sucesión histórica al productor de mercancías del hombre de trabajo en general, es decir, reconocer la producción de mercancías simplemente como una forma histórica determinada de la producción social. En una palabra, para descifrar el jeroglífico de la economía capitalista, Marx tuvo que abordar la investigación en dirección opuesta a la seguida por los clásicos, partiendo no de la creencia de que la forma de producción burguesa era lo normal, lo normal humano, sino del convencimiento de que se trataba de algo históricamente perecedero; tuvo que transformar la indagación metafísica de los clásicos en su contrario: la dialéctica.[17]

Con esto se comprende que para Smith era imposible distinguir claramente los dos aspectos del trabajo creador de valor, que de una parte traslada al producto nuevo el valor objetivado en los medios de producción, y de otra parte crea al propio tiempo un valor nuevo. Nos parece, no obstante, que su dogma, según el cual el valor total se agota en la fórmula v + p procede además de otra fuente. No puede suponerse que Smith haya perdido de vista el hecho de que toda mercancía elaborada contiene no sólo el valor creado en su producción inmediata, sino también el valor de todos los medios de producción empleados en fabricarla. Precisamente al enviamos con su reducción del valor total a v + p de un estadio de producción a otro anterior, de Herodes a Pilatos, como dice Marx, demuestra que tiene conciencia plena del hecho. Lo asombroso en ello es únicamente que resuelve constantemente el antiguo valor de los medios de producción en v + p, haciendo que finalmente se agote en la fórmula todo el valor contenido en la mercancía.

---
16 A. Smith, *Wealth of Nations*, edición citada, I, página 376.
17 R. Luxemburg, *Die Neue Zeit*, tomo II, página 184.

Así en el pasaje ya citado acerca del precio de los cereales: “En el precio de los cereales, por ejemplo, una parte paga la renta de la tierra para el propietario, otra los salarios o el sustento de los obreros y el ganado de labor, y la tercera la ganancia del colono. Las tres partes parecen agotar inmediatamente o en último término el precio entero del cereal. Podría quizá considerarse necesaria una cuarta parte para compensar el desgaste del ganado y de los utensilios económicos. Pero hay que tener en cuenta que el precio de todos estos utensilios económicos está integrado a su vez por las mismas tres partes: 1ª) la renta del terreno en que ha brotado; 2ª) el trabajo empleado en él, y 3ª) la ganancia del colono que ha adelantado, tanto la renta de la tierra como los salarios. Si el precio del cereal contiene tanto el precio del caballo como el de su sustento, se resolverá mediata o inmediatamente en los tres elementos mencionados: renta de la tierra, trabajo y ganancia del capital.” Lo que confundía a Smith era, a nuestro entender, lo siguiente:

1.- Todo trabajo se realiza con determinados medios de producción. Pero lo que en un trabajo dado es medio de producción (materia prima, instrumento, etc.), es a su vez producto de un trabajo anterior. Para el panadero la harina es un medio de producción al que añade nuevo trabajo. Pero la harina misma ha salido del trabajo del molinero, en el cual no era medio de producción, sino exactamente lo mismo que ahora el pan elaborado, producto. En este producto se presuponía el trigo como medio de producción, pero si retrocedemos un grado más hallaremos que para el labrador el trigo no era medio de producción, sino producto. No puede hallarse ningún medio de producción que contenga valor que no sea producto de un trabajo anterior.

2.- En el modo de producción que estudiamos, todo capital empleado desde el principio hasta el fin en la elaboración de cualquier mercancía, puede resolverse en último término en una cierta cantidad de trabajo objetivado.

3.- Así, pues, el valor total de las mercancías, comprendiendo todos los gastos de capital, se resuelve sencillamente en una cierta cantidad de trabajo. Y lo que rige para cada mercancía debe de regir también para la totalidad de la masa de mercancías elaborada anualmente por la sociedad: también su valor total se resuelve en una cantidad de trabajo realizado.

4.- Todo trabajo realizado en forma capitalista se descompone en dos partes: trabajo pagado, que reemplaza los salarios, y no pagado, que crea beneficios y rentas, esto es, p1usvalía. Todo trabajo realizado en forma capitalista corresponde a la fórmula v + p.[18]

Todas las tesis anteriores son perfectamente exactas e irrefutables. El que Smith las haya comprendido prueba el rigor y decisión de su análisis científico, y su progreso con respecto a los fisiócratas en la manera de concebir el valor y la plusvalía. Sólo que al llegar a la tesis tercera cometía a veces en la conclusión el grosero error de sostener que el valor total de la masa de mercancías elaborada anualmente, se resolvía en la cantidad del trabajo realizado en el año, mientras en otros pasajes pone de manifiesto que sabe perfectamente que el valor de las mercancías elaboradas por la nación en un año encierra necesariamente también el trabajo de años anteriores, esto es, el trabajo objetivado en los medios de producción consumidos productivamente.

Y, sin embargo, la conclusión sacada por Smith de las cuatro tesis perfectamente exactas arriba enunciadas, según la cual el valor total de cada mercancía, como el de la masa anual de mercancías de la sociedad, se agota en la fórmula v + p, tenía que ser completamente falsa. Smith identifica la tesis verdadera: todo el valor de las mercancías no expresa más que trabajo social, con la falsa: todo valor no expresa más que v + p. La fórmula v + p expresa la misión del trabajo bajo condiciones económicas capitalistas, su doble función de reemplazar, por una parte, el capital variable (los salarios) y crear, por otra, plusvalía para los capitalistas. El trabajo asalariado realiza esta función durante su empleo por los capitalistas, y al realizar en dinero el valor de la mercancía, el capitalista, al mismo tiempo que recoge el capital variable adelantado para los salarios, se guarda en el bolsillo la plusvalía. Así, pues, v + p expresa la relación entre

[18] Prescindimos de que en Smith se interpone también en ocasiones la concepción inversa conforme a la cual el precio de las mercancías no se resuelve en v + p, sino que es el valor de las mercancías el que se compone de v + p. Este *quid pro quo* es más importante para la teoría smithiana del valor que respecto a lo que nos interesa aquí su fórmula.

obrero asalariado y capitalista, una relación que termina con la elaboración de la mercancía. Una vez vendida la mercancía y transformada en dinero por los capitalistas, la relación v + p se ha extinguido sin dejar huella en la mercancía. A la mercancía y a su valor no se les nota en qué proporción su valor está creado por trabajo pagado o no pagado, el único hecho indiscutible es la circunstancia de que la mercancía contiene una cierta cantidad de trabajo socialmente necesario, lo que se pone de manifiesto en el cambio. Así, pues, para el cambio, como para el consumo de la mercancía, es completamente indiferente que el trabajo que representa se descomponga en v + p o no. Sólo su cantidad de valor juega un papel en el cambio y sólo su estructura concreta juega un papel en el consumo. La fórmula v + p no hace, pues, más que expresar, por decirlo así, la relación íntima entre capital y trabajo. Las cosas ocurren de otro modo con respecto a la parte del capital empleada en medios de producción, al capital constante. El capitalista, además de trabajo asalariado, tiene que adquirir medios de producción, porque todo trabajo para ponerse en actividad necesita ciertas materias primas, instrumentos, edificios. El carácter capitalista, que tiene también esta condición del proceso productivo, se manifiesta en que estos medios de producción aparecen como *c*, como capital, es decir: 1º) como propiedad de una persona distinta que el trabajador, separada de la capacidad de trabajo, como propiedad de los que no trabajan; 2º) como mero adelanto, inversión de capital para crear plusvalía. El capital constante *c*, sólo aparece aquí como base de v + p. Pero el capital constante expresa todavía algo más, la función de los medios de producción en el proceso de trabajo humano con independencia de toda forma histórico-social. Materias primas e instrumentos para el trabajo las necesita en la misma medida el habitante de la Tierra del Fuego para fabricar su canoa familiar, que la comunidad campesina de la India para labrar sus tierras; el fellah egipcio para cultivar las suyas, como los constructores de las Pirámides de Egipto; el esclavo griego en la pequeña manufactura ateniense, tanto como el siervo de la gleba feudal y el moderno trabajador asalariado. Los medios de producción creados ya por el trabajo humano son la expresión del contacto del mismo con la naturaleza y constituyen, por tanto, una condición previa general eterna, del proceso productivo. Así, pues, la magnitud en la fórmula c + v + p expresa un determinado papel de los medios de producción, que no cesa al terminar el trabajo. Al paso que, tanto para el cambio como para el consumo de las mercancías, es totalmente indiferente que sean fruto de trabajo pagado o no pagado, de trabajo asalariado, de esclavos, de siervos o de cualquier otro trabajo, para el consumo de las mercancías es de importancia decisiva el que sean medios de producción o artículos necesarios para la vida. El hecho de que para la elaboración de una máquina se emplee trabajo pagado y no pagado, sólo tiene importancia para el fabricante de la máquina y sus obreros; para la sociedad que adquiera la máquina a través del cambio, sólo tiene importancia su calidad de medio de producción, su función en el proceso productivo. Ninguna sociedad ha podido olvidar el importante papel de los medios de producción, como tampoco la necesidad de elaborar los medios de producción necesarios para el período siguiente. Y sólo de este modo la sociedad capitalista puede adueñarse todos los años de su producción de valor según la fórmula v + p; es decir, que sólo puede realizar la explotación del trabajo asalariado cuando existe la cantidad de medios de producción necesarios para formar el capital constante, como fruto del período de producción anterior. Esta relación específica de cada uno de los períodos de producción con el siguiente que constituye el elemento básico y fundamental del proceso de reproducción en la sociedad, y que consiste en que una parte de los productos de cada período está destinada a crear medios de producción para el siguiente, fue ignorada por Smith. En los medios de producción no le interesaba su papel específico dentro del proceso productivo, cómo se utilizaban, sino tan sólo el hecho de que eran un producto del trabajo asalariado capitalista, como cualquier otra mercancía. El papel capitalista específico del trabajo asalariado en el proceso de producción de la plusvalía le ocultaba totalmente el papel básico fundamental de los medios de producción en el proceso de trabajo. Su mirada, empañada por prejuicios burgueses, no penetraba tras la relación social particular entre trabajo asalariado y capital, y la relación general entre hombre y naturaleza. Aquí parece hallarse el verdadero origen del dogma de Adam Smith, según el cual el valor de la producción social anual en su totalidad se resuelve en la fórmula v + p. Smith olvidaba que *c*, como miembro de la fórmula c + v + p, es la expresión necesaria de un hecho social básico: la explotación capitalista de trabajo asalariado.

Así, pues, el valor de toda mercancía ha de expresarse en la fórmula

$$c + v + p$$

Ahora, se pregunta en qué sentido puede aplicarse esto a la totalidad de las mercancías de una sociedad. Examinemos las dudas de Smith, particularmente en lo referente a que el capital fijo y circulante, así como la renta del individuo, no coinciden con las mismas categorías desde el punto de vista social; lo que para unos es capital circulante no es para otros capital, sino renta, por ejemplo, los adelantos para salarios. Esta afirmación descansa en un error. Cuando el capitalista paga salarios a los trabajadores, no entrega capital variable, que pasa a manos del obrero para transformarse en renta, sino que entrega la forma de valor de su capital variable contra su forma natural, la fuerza-trabajo. El capital variable está siempre en poder del capitalista: primero en forma de dinero, luego en forma del trabajo que ha comprado, más tarde en figura de una parte de valor de las mercancías elaboradas, para volver finalmente a él después de la transformación de las mercancías en forma de dinero, más el incremento. Por otra parte, el obrero no llega a poseer nunca el capital variable. Para él la fuerza-trabajo no es nunca capital, sino patrimonio (patrimonio para trabajar, el único que posee). Cuando la ha enajenado percibiendo dinero en calidad de salario, este dinero no es tampoco para él capital, sino el precio de la mercancía que ha vendido. Finalmente, el hecho de que el obrero compre artículos alimenticios con los salarios percibidos tiene tan poco que ver con la función que este dinero ha desempeñado como capital variable en manos del capitalista, como el uso privado que hace cada vendedor de una mercancía con el dinero por ella recibido. Por consiguiente, no es el capital variable del capitalista el que se convierte en renta del trabajador, sino el precio de la mercancía vendida por el obrero, su fuerza-trabajo, mientras el capital variable continúa antes y después en poder del capitalista y como tal funciona.

Tan falsa como ésta es la idea de que la renta (plusvalía) del capitalista, que, por ejemplo, reside en máquinas aún no vendidas, como sucede a menudo a los fabricantes de las mismas, es capital fijo para otro, para el comprador de las máquinas. Lo que constituye la renta del fabricante de máquinas no son las máquinas o una parte de ellas, sino la plusvalía en ellas encerrada, esto es, el trabajo no pagado de sus trabajadores asalariados. Después de la venta de la máquina esta renta continúa, como antes, en poder del fabricante de máquinas; no ha hecho más que cambiar su apariencia transformándose de máquina en dinero. A la inversa, el comprador de la máquina no adquiere por la compra la propiedad de su capital fijo, pues éste ya lo tenía en su poder en figura de un cierto capital monetario. Al comprar la máquina no ha hecho más que dar a su capital la figura material que necesitaba para hacerla funcionar productivamente. Antes de la venta de la máquina, como después de ella, la renta (la plusvalía) sigue en poder del fabricante de máquinas, y el capital fijo en poder del otro, del comprador capitalista de la máquina. Exactamente igual que en el primer ejemplo, el capital variable está siempre en poder del capitalista y la renta en poder del obrero.

Lo que ha ocasionado la confusión de Smith y todos sus sucesores es haber mezclado en el cambio capitalista de mercancías la forma de uso de las mercancías con sus relaciones de valor, y, además, el no haber separado las diversas circulaciones de capital y mercancías que se entrecruzan constantemente. El mismo acto de cambio de mercancías puede ser visto en un aspecto como circulación de capital, y en otro como simple cambio de mercancías para la satisfacción de las necesidades de consumo. El aserto falso, lo que para uno es capital es, para el otro, renta y a la inversa, se reduce pues a la afirmación exacta: lo que para uno es circulación de capital para el otro es simple cambio de mercancías y a la inversa. Con esto no se hace más que poner de manifiesto la capacidad de transformación del capital en su curso y el entrecruzamiento de diversas esferas de interés en el proceso de cambio social, pero no queda abolida por ello la existencia bien delimitada del capital, tanto en su figura constante como en la variable, en contraposición a la renta.

Y, no obstante, Smith con sus afirmaciones de que el capital y la renta del individuo no coinciden plenamente con estas categorías de la sociedad se aproxima mucho a la verdad; pero para descubrir claramente el nexo hubiera necesitado algunos eslabones intermedios más.

CAPITULO IV
El esquema marxista de la reproducción simple

Consideremos la fórmula

c+v+p

como expresión del producto total social. ¿Tenemos que vérnoslas simplemente con una construcción teórica, con un esquema abstracto, o esta fórmula posee un sentido real en su aplicación a la sociedad? ¿Acaso tiene una existencia social objetiva?

El capital constante *c* ha sido formulado por primera vez teóricamente como categoría de significación fundamental por Marx. Pero ya el propio Smith, que trabaja exclusivamente con las categorías de capital fijo y circulante, transforma de hecho e inconscientemente el capital fijo en un capital constante, es decir, comprende como tal no sólo medios de producción que tardan varios años en desgastarse, sino también otros que anualmente se consumen enteramente en la producción.[19] Su mismo dogma, según el cual el valor total se resuelve en v + p y la argumentación empleada para demostrarlo le llevan a distinguir dos categorías de las condiciones de producción, el trabajo vivo, y todos los medios de producción inanimados. Por otra parte, cuando, sacándolo de los capitales y rentas individuales, trata de construir el proceso de reproducción social, en realidad sólo queda como capital "fijo" el constante.

Cada capitalista individual emplea en la producción de sus mercancías ciertos medios de producción materiales: edificios, materias primas, instrumentos. Para la elaboración de la totalidad de las mercancías es evidentemente necesaria la totalidad de los medios de producción empleados por los capitalistas individuales. La existencia de estos medios de producción en la sociedad es un hecho completamente real, aunque existan en forma de capitales individuales privados. La forma capitalista específica se manifiesta en que los medios de producción materiales actúan como *c*, como capital, es decir, como propiedad de los que no trabajan, como polo opuesto de las fuerzas de trabajo proletarias, como contrafigura del trabajo asalariado. El capital variable *v* es la suma de los salarios, pagados de hecho en la sociedad durante la producción anual. Este hecho tiene también una existencia objetiva, real, aun cuando se manifieste en un número ilimitado de salarios individuales. En toda sociedad el número de los obreros empleados en el proceso productivo y su conservación anual es una cuestión de importancia básica. La forma capitalista específica de esta categoría como tal capital variable, *v*, quiere decir: 1.- que los medios de subsistencia de los obreros se les ofrecen como salario, es decir, como precio de su fuerza-trabajo, la cual pasa a ser propiedad del capitalista, de otros que no trabajan, pero que poseen los medios de producción materiales; 2.- que aunque aparezca como una suma de dinero, es simplemente forma de valor de los medios que necesitan los obreros para su subsistencia. La *v* expresa tanto que los obreros son "libres" (en doble sentido; libres personalmente y "libres" de todos los medios de producción) como que la producción de mercancías es la forma general de producción en la sociedad de que se trata.

Finalmente, *p* (p1usvalía) representa la suma total de todas las p1usvalías conseguidas por los capitalistas individuales. En toda sociedad se realiza plustrabajo, que se realizará, por ejemplo, incluso en la sociedad socialista. Y esto en triple sentido: para mantener a los que no trabajan (incapaces para el trabajo, niños, ancianos, inválidos, funcionarios públicos y profesionales que no intervienen directamente en el proceso de producción)[20]; como reserva contra accidentes

[19] En este pasaje como en los siguientes, para simplificar, hablamos siempre de producción anual, lo que en la mayoría de los casos sólo puede aplicarse a la agricultura. La producción industrial y la rotación del capital no necesitan coincidir con los cambios de años.

[20] En una sociedad regulada conforme a un plan, basada en la propiedad común de los medios de producción, no es menester que la división del trabajo entre el trabajo espiritual y el material esté ligada a categorías particulares de la población. Pero se manifestará constantemente en la existencia de un cierto número de personas que trabajan espiritualmente y necesitan ser sostenidas materialmente, pudiendo los individuos alternar en el ejercicio de estas diversas funciones.

fortuitos que ponen en peligro la recogida anual de la masa de productos (malas cosechas, incendios, inundaciones); y, finalmente, como fondo acumulativo, a tenor del crecimiento de la población, o de una mayor complejidad de las necesidades. La forma capitalista se manifiesta de dos modos: 1.- en que el plustrabajo se realiza como plusvalía, esto es, en forma de mercancía realizable en dinero; 2.- en que aparece como propiedad de poseedores de los medios de producción, que no trabajan.

Por último, las dos cifras v + p representan igualmente una magnitud objetiva de validez general: la suma total del trabajo vivo ejecutado por la sociedad en el transcurso de un año. Toda sociedad humana, cualquiera que sea su forma histórica, tiene que interesarse por este hecho, tanto en relación con los resultados obtenidos, como con los trabajadores existentes y disponibles en general. También la división en v + p es algo general, independiente de las formas históricas de la sociedad. El carácter capitalista de esta división no sólo se manifiesta en las particularidades cualitativas de ambos elementos que ya se han puesto de relieve, sino también en su relación cuantitativa, en que *v* muestra la tendencia a ser rebajada al mínimo fisiológico y social necesario para la existencia de los trabajadores y que *p* a su vez propende a crecer a costa de *v* y en proporción con ella.

Finalmente, la última circunstancia expresa la peculiaridad dominante de la producción capitalista: el hecho de que la creación y apropiación de la plusvalía es el verdadero fin y el impulso motriz de esta producción.

Como se ve, las relaciones que sirven de base a la fórmula capitalista del producto total tienen validez general, y en toda forma económica organizada conforme a una reglamentación consciente por parte de la sociedad; ya sea por la totalidad de los trabajadores y sus órganos democráticos en una sociedad comunista, o por los poseedores y su poder despótico en una sociedad que descanse en el dominio de clase. En la forma de producción capitalista no existe esencialmente una regulación planificada. La totalidad de los capitales y de las mercancías de la sociedad consiste realmente en una suma de incontables mercancías y capitales individuales diseminados.

Surge así la cuestión de si estas sumas implican en la sociedad capitalista algo más que un mero agregado estadístico, de carácter inexacto y oscilante. Pero, desde el punto de vista de toda la sociedad, se ve que la existencia individual completamente autónoma e independiente de las empresas capitalistas privadas es simplemente la forma históricamente condicionada, mientras el nexo social es la base. A pesar que los capitales individuales actúan con plena independencia, y que falta totalmente una regulación social, el movimiento total de todos los capitales se realiza como un todo unitario. También este movimiento total se manifiesta en formas específicamente capitalistas. Al paso que en toda forma de producción organizada conforme a un plan, la regulación se refiere ante todo a la relación entre el trabajo total realizado y a realizar, y los medios de producción (en los términos de nuestra fórmula: entre [v + p] y c) o entre la suma de los medios de subsistencia necesarios y los medios de producción necesarios, en el régimen capitalista el trabajo social necesario para la conservación de los medios de producción inanimados, así como del trabajo vivo, se trata como capital, al que se contrapone la plusvalía realizada, *p*. El nexo entre estas dos magnitudes m y (c + v) es una proporción real, objetiva, tangible, de la sociedad capitalista, es la *tasa media de beneficio* que corresponde a cada capital privado como una parte de un todo común, el capital social, que le asigna el beneficio como parte que le corresponde, por su magnitud, de la plusvalía total creada por la sociedad, sin consideración a la cantidad de hecho conseguida por él. Por consiguiente, el capital social total y su contrapartida, la plusvalía total social, no son sólo magnitudes reales de existencia objetiva, sino que su relación, el beneficio medio, dirige y guía (por medio de un mecanismo de la ley del valor) el cambio entero, es decir, las relaciones cuantitativas de cambio de las diversas clases de mercancía, con independencia de sus relaciones de valor. Rige a su vez el beneficio medio: la división social del trabajo, esto es, el reparto de porciones correspondientes de capital y trabajo a las esferas productivas individuales, y el desarrollo de la productividad del trabajo, estimulando por una parte a los capitales individuales e incitándolos a realizar trabajos de exploración a fin de superar para sí el nivel del beneficio medio, y, por otra parte, incorporando los progresos logrados por el individuo a la producción total, etc. En una palabra: el capital social domina completamente, por medio

de la tasa media de beneficio, los movimientos en apariencia independientes de los capitales individuales.[21]

Así, pues, la fórmula c + v + p no sólo se acomoda a la composición de valor de cada mercancía individual, sino también a la totalidad de las mercancías producidas en una sociedad capitalista. Pero esto se refiere tan sólo a la relación de valor. Más allá se acaba la analogía.

La mencionada fórmula es completamente exacta cuando queremos analizar en sus elementos el producto total de una sociedad que produce en forma capitalista, como producto del trabajo de un año; *c* nos muestra cuánta cantidad de trabajo realizado anteriormente entra, en figura de medios de producción, en el producto de este año; *v* + *p* designa la parte del producto creada exclusivamente el último año por trabajo nuevo; finalmente, la relación entre *v* y *p* indica el reparto de la cantidad anual de trabajo social entre los trabajadores y los que no trabajan. Este análisis es exacto y decisivo también para la reproducción del capital individual, sin consideración alguna a la figura material del producto por él creado. Entre los capitalistas de la industria de maquinaria lo mismo *c* que *v* que *p* reaparecen indistintamente en figura de máquinas o accesorios. En la rama azucarera *c*, *v* y *p* salen del proceso de producción en forma de azúcar. Cuando se trata de propietarios de un circo se manifiestan en los encantos corporales de las bailarinas y de los excéntricos. Se diferencian entre sí en el producto indistinto sólo como sus partes alícuotas de valor. Y esto basta perfectamente para la reproducción del capital individual. Pues la reproducción del capital individual comienza con la figura del capital, su punto de partida es una cierta suma de dinero que brota de la realización del producto elaborado. La fórmula c + v + p es la base para la distribución de aquella suma de dinero en una parte destinada a la compra de medios de producción materiales, otra a la de trabajo y una tercera al consumo personal del capitalista, en el caso de que, como suponemos, se realice la reproducción simple; o sólo en parte al consumo personal, y en parte al incremento del capital, en el caso de que se tratase de una reproducción acumulativa. Se comprende por sí mismo que para iniciar la reproducción de hecho hay que ir al mercado con el capital así dividido para adquirir los supuestos materiales de la producción: materias primas, instrumentos, etc., así como trabajadores. Que luego el capitalista individual encuentre efectivamente en el mercado los medios de producción y los trabajadores que necesita para su negocio, le parece tan obligado al capitalista individual como a su ideólogo científico, el economista vulgar.

Otra cosa acontece con la producción total social. Desde el punto de vista social el cambio de mercancías sólo puede efectuar una transferencia, un desplazamiento de las diversas partes del producto total, pero no puede alterar su composición objetiva. Lo mismo antes que después de este desplazamiento, la reproducción del capital total sólo puede tener lugar cuando en el producto total salido del último proceso productivo se encuentren: 1º, medios de producción suficientes; 2º, medios de subsistencia bastantes para el sostenimiento del número anterior de obreros; 3º, *last not least*, los medios necesarios para el sustento de la clase capitalista conforme a su estado. Aquí nos vemos conducidos a una nueva esfera; pasamos de puras relaciones de valor a aspectos materiales de la cuestión. Lo que importa ahora es la figura que adopta en el consumo el producto total social. Lo que para los capitalistas individuales es indiferente, para la totalidad de los capitalistas es motivo de serios cuidados. Mientras al capitalista individual le es en absoluto indiferente que la mercancía por él producida sea máquina, azúcar, abono químico o periódico liberal, siempre que consiga sacarle su capital más la plusvalía, a la totalidad de los capitalistas les importa extraordinariamente que su producto total tenga una figura de consumo determinada, que en este producto total se encuentren tres cosas: medios de producción para la reiteración del proceso de trabajo, medios de subsistencias simples para el sostenimiento de la clase obrera y medios de subsistencia de calidad, con el lujo necesario, para el sostenimiento de la totalidad de los capitalistas. E incluso la necesidad en este sentido no es algo general y vago, sino que se halla determinada

[21] "Cuando se habla del punto de vista social y, por tanto, se enfoca el producto total de la sociedad, que incluye tanto la reproducción del capital social como el consumo individual, no debe caerse en el método que Proudhon copia de la economía burguesa, viendo el problema como si una sociedad basada en el régimen capitalista de producción perdiese, al ser enfocada en bloque, como totalidad, este carácter económico, específico e histórico. Por el contrario, en este caso, nos enfrentamos con el capitalista global, Es como si el capital total de la sociedad fueses el capital de una gran sociedad por acciones formada por todos los capitalistas individuales. En esta sociedad anónima ocurre, como en tantas otras, que todo accionista sabe lo que mete en ella, pero *no* lo que ha de sacar. (Marx, Carlos; *El Capital*, tomo II, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, página 386)

cuantitativamente con plena exactitud. Si preguntamos cuál ha de ser la cuantía de los artículos de estas tres categorías que necesita el total de los capitalistas, obtenemos un cálculo exacto (suponiendo siempre la reproducción simple que tomamos como punto de partida) en la composición de valor del producto total del último año. La fórmula c + v + p que hasta ahora hemos tomado, tanto para el capital total como para el capital individual, como una mera división cuantitativa del valor total, es decir, de la cantidad de trabajo encerrada en el producto anual de la sociedad, aparece ahora al mismo tiempo como base de la división material del producto. Es evidente que para realizar la reproducción con la misma amplitud, el capitalista total ha de hallar en su nuevo producto total tantos medios de producción como corresponden a la magnitud *c*, tantos medios de subsistencia sencillos para los obreros como corresponde a la suma de salarios *v* y tantos medios de subsistencia de calidad y sus anejos como corresponde a la magnitud *p*. Por consiguiente, la composición de valor del producto social anual se traduce en la forma material de este producto de la manera siguiente: el *c* total de la sociedad debe reaparecer bajo la forma de una determinada cantidad de medios de producción; el *v*, de medios de subsistencia para los obreros, y el *p*, de artículos de consumo para los capitalistas, a fin de que sea posible la reproducción simple.

Aquí venimos a parar a una diferencia tangible entre el capitalista individual y el total. El primero reproduce siempre su capital variable y constante y su plusvalor: 1º apareciendo las tres partes en un producto unitario de la misma forma material; 2º en una forma completamente indiferente cuya estructura varía en cada capitalista individual. El capitalista total reproduce cada parte de valor de su producto anual en una forma material diferente: *c* como medios de producción, *v* como medios de subsistencia de los trabajadores y *p* como artículos de consumo para los capitalistas. Vimos que para la reproducción del capital individual sólo eran decisivas relaciones de valor, presupuestas las condiciones materiales como manifestación sobreentendida del cambio de mercancías. Para la reproducción del capital total se unen relaciones de valor con puntos de vista materiales. Es por lo demás claro que el capital individual sólo puede atender a puntos de vista de puro valor, sin ocuparse de las condiciones materiales, mientras que el capital total, a la inversa, tiene en cuenta el aspecto material de la cuestión. Si el *c* total de la sociedad no se reproduce anualmente bajo la forma de la misma masa de medios de producción, sería inútil que el capitalista individual acudiese al mercado con su *c* realizado en dinero; no hallaría las condiciones materiales necesarias para su reproducción individual. Por tanto, desde el punto de vista de la reproducción no salvamos la situación con la fórmula general c + v + p para el capital total, lo que a su vez constituye una prueba de que el concepto de reproducción es objetivo y algo más que una mera descripción superficial del concepto producción. Debemos, pues, hacer distinciones de carácter material, y en vez de considerar el capital total como un todo unitario, representarlo en sus tres subdivisiones fundamentales, o para simplificar, y como esto teóricamente no produce de momento daño alguno, en dos divisiones: como producción de medios de producción y como producción de medios de subsistencia para trabajadores y capitalistas. Cada una de estas divisiones ha de ser considerada separadamente, sin faltar en ninguna de ellas a las condiciones fundamentales de la producción capitalista. Pero al mismo tiempo desde el punto de vista de la reproducción tenemos que hacer resaltar el nexo que enlaza ambas divisiones. Pues sólo consideradas en sus mutuas relaciones se manifiestan como las bases de la reproducción del capital social total en conjunto.

Así, pues, en la exposición del capital total y su producto total se verifica un cierto desplazamiento si partimos del capital individual. Cuantitativamente, como magnitud de valor, el *c* de la sociedad se compone exactamente de la suma de los capitales individuales constantes, y se refiere en igual forma a las otras dos cifras, *v* y *p*. Pero su forma de manifestación se ha desplazado. Mientras el *c* de los capitales individuales reaparece después del proceso de producción como partícula de valor de un infinito y abigarrado número de objetos de consumo, en el producto total aparece, por decirlo así, concentrado en una determinada masa de medios de producción. E igualmente *v* y *p*, que en los capitales individuales reaparecen como segmentos de una masa de mercancías de la más abigarrada apariencia, en el producto total aparecen concentrados en cantidades correspondientes de medios de subsistencias para obreros y capitalistas. Este es también un hecho con el que estuvo a punto de tropezar Smith en sus consideraciones sobre la no congruencia de las categorías capital fijo, capital circulante y renta en los capitalistas individuales y en la sociedad.

Hemos llegado a los siguientes resultados:

1.- La producción total de la sociedad puede expresarse, lo mismo que la del capitalista individual, en la fórmula c + v + p.

2.- La producción social se divide en dos sectores: de medios de producción y de subsistencia.

3.- Ambos sectores son objeto de una explotación capitalista, es decir, se basan en la producción de plusvalía, y, por tanto, la fórmula c + v + p puede aplicarse también en cada uno de ellos.

4.- Ambas secciones se hallan en mutua dependencia y, por tanto, ha de haber entre ellas determinadas relaciones de cantidad. Una de ellas ha de elaborar todos los medios de producción de los dos sectores, y la otra todos los medios de subsistencia para los obreros y capitalistas de ambos.

Partiendo de estos puntos de vista construye Marx la fórmula siguiente de la reproducción capitalista:

4.000 c + 1.000 v + 1.000 p = 6.000 medios de producción
2.000 c + 500 v + 500 p = 3.000 medios de consumo

Los números de estas fórmulas expresan magnitudes de valor, esto es, cantidades de dinero, que en sí mismas son arbitrarias, pero cuyas proporciones son exactas. Las dos secciones se distinguen por la forma que adopta el uso de las mercancías elaboradas. Su circulación respectiva se realiza del modo siguiente: la I sección suministra medios de producción para toda la producción, esto es, tanto para sí como para la II; de aquí se sigue ya que para que la reproducción se verifique normalmente (se supone siempre que se trata de la reproducción simple, en las antiguas dimensiones) el producto total de la primera sección (6.000 I) debe ser igual en valor a la suma de los capitales constantes de ambas secciones (I 4.000 c + II 2.000 c). Análogamente, la segunda sección suministra medios de subsistencia para la sociedad entera, esto es, tanto para los trabajadores como para los capitalistas de las dos secciones. De aquí se sigue que para que el consumo y la producción prosigan sin dificultad y para que se renueven en las dimensiones anteriores, es necesario que la cantidad total de medios de subsistencia suministrada por la segunda división sea igual, en valor, al importe de las rentas de todos los obreros, empleados y capitalistas de la sociedad (en este caso 3.000 II = [l.000 v + l.000 p] I + [500 v + 500 p] II).

En realidad, no hemos hecho aquí más que expresar en relaciones de valor lo que constituye la base, no sólo de la reproducción capitalista sino de la reproducción de toda sociedad. En toda sociedad productora, cualquiera que sea su forma social (en las primitivas comunidades de los Bakairi del Brasil, en el gran oikos con esclavos de Timón de Atenas o en los cotos feudales del Imperio de Carlomagno) la cantidad de trabajo disponible de la sociedad ha de distribuirse de tal modo que se elaboren en ella en cantidad suficiente tanto medios de producción como de subsistencia. Y los primeros han de bastar tanto para la elaboración directa de medios de subsistencia como para el reemplazo futuro de los medios de producción mismos; y en cuanto a los medios de subsistencia han de ser suficientes para el sostenimiento de los obreros ocupados en su elaboración y en la de los medios de producción, y, además, para el sustento de todos los no trabajadores. En tal sentido el esquema de Marx da en toda su amplitud la base general absoluta de la reproducción social, salvo que aquí el trabajo socialmente necesario aparece como valor, los medios de producción como capital constante, el trabajo necesario para el sustento de los obreros como capital variable, y el requerido para el sustento de los no trabajadores como plusvalía.

Pero en la sociedad capitalista la circulación entre las dos grandes secciones descansa sobre el cambio de mercancías, sobre el cambio de equivalentes. Los obreros y capitalistas de la sección I sólo pueden recibir de la sección II tantos medios de subsistencia como los que pueden suministrar sus medios de producción. Pero la demanda de medios de producción de la sección II, se mide por la magnitud de su capital constante. Se sigue de aquí, pues, que la suma del capital variable y de la plusvalía en la producción de los medios de producción (en

este caso l.000 v I + l.000 p I), debe ser igual al capital constante en la producción de los medios de subsistencia.

Debe añadirse además una advertencia substancial a lo arriba expuesto. El capital constante que figura en sus dos secciones no es en realidad, más que una parte del capital constante empleado por la sociedad. Este se divide en capital fijo (edificios, instrumentos, animales de labor) que actúa en varios períodos de producción, pero que sólo entra en cada uno de ellos en el producto con una parte de su valor (en relación con su desgaste), y el capital circulante (materias primas, materias auxiliares, combustibles y alumbrado), que en cada período de producción entra en el nuevo producto con todo su valor. Para la reproducción sólo cuenta la parte de los medios de producción que entra realmente en la producción de valor; la parte restante del capital fijo que permanece fuera del producto y continúa actuando ha de ser tenida ciertamente en cuenta, pero puede no incorporarse a una exposición exacta de la circulación social, sin que padezca la exactitud de dicha exposición. Esto puede ser probado fácilmente.

Supongamos que el capital constante 6.000 *c* de la I y II secciones, que entra de hecho en el producto anual, se compone de 1.500 *c* capital fijo y de 4.500 *c* circulante, representando los 1.500 *c* fijo el desgaste anual de los edificios, máquinas, animales de labor, etc. Supongamos que este desgaste anual sea igual al 10 por 100 del valor total del capital fijo de ambas secciones. Tendríamos entonces en las dos secciones 15.000 *c* capital fijo + 4.500 *c* circulante, y, por tanto, el capital total social sería 19.500 *c* + 1.500 *v*. Pero el capital fijo, cuya duración (con un desgaste anual de un 10 por 100) es de 10 años, ha de ser reemplazado transcurridos éstos. Entre tanto, cada año pasa a la producción social una décima parte de su valor. Si el capital total fijo de la sociedad se gastase en la misma proporción y tuviera la misma duración, en nuestro caso habría de renovarse totalmente cada 10 años. Pero no es este el caso. Las distintas formas de consumo hacen que partes diversas del capital fijo duren unas menos y otras más, ya que el desgaste y duración son del todo distintos para los diversos integrantes del capital fijo. Resulta de aquí, que tampoco es menester, en modo alguno, renovar el capital fijo en su forma concreta, en su totalidad, sino que continuamente en distintos puntos de la producción social se va verificando un reemplazo de partes del capital fijo, mientras otras partes continúan actuando en su misma forma. Por consiguiente, el desgaste de un 10 por ciento del capital fijo supuesto en nuestro ejemplo, no significa que cada 10 años haya de verificarse de una vez la reproducción del capital fijo por valor de 15.000 *c*, sino que anualmente, por término medio, ha de verificarse la renovación y reemplazo de una parte del capital total de la sociedad que corresponde a la décima parte del valor de este capital. Esto es, que en la sección I, que ha de cubrir la totalidad de medios de producción utilizados por la sociedad ha de verificarse anualmente junto con la reproducción de todas las materias primas y auxiliares, etc., del capital circulante por valor de 4.500, la fabricación de objetos de uso del capital fijo, a saber, edificios, máquinas, etc., por valor de 1.500 que corresponde al desgaste efectivo de dicho capital; en resumen, el total 6.000 *c* que figura en el esquema. Si la sección primera continúa renovando así anualmente una décima parte del capital fijo, se hallará que cada 10 años se ha reemplazado el capital fijo entero de la sociedad y que, por tanto, en el esquema se ha tenido perfectamente en cuenta también la reproducción de aquella de sus partes que habíamos dejado aparte en cuanto a su valor.

En la práctica, este proceso se manifiesta en que cada capitalista, una vez realizadas las mercancías, aparta una cierta cantidad de su producción anual para amortización del capital fijo. Estas diversas cantidades anuales han de alcanzar una cifra de cierta importancia para que el capitalista renueve, en efecto, su capital fijo, esto es, lo reemplace por otros ejemplares de mayor rendimiento. Pero esta actividad alternativa, que consiste en que por un lado se apartan anualmente cantidades de dinero para la renovación del capital fijo, y por otra se aplica periódicamente la suma acumulada para la renovación efectiva, no coincide en todos los capitalistas individuales, de modo que cuando unos están todavía acumulando, otros han realizado ya el reemplazo. De este modo se verifica cada año la renovación de una parte del capital fijo. La forma monetaria del proceso no hace, en este caso, más que enmascarar el proceso real que caracteriza la reproducción del capital fijo.

Y esto es perfectamente explicable si se considera detenidamente. El capital fijo interviene sin disputa en el proceso de producción en su totalidad, pero sólo como una masa de objetos de uso. Edificios, máquinas, ganado de labor se utilizan en el proceso de trabajo en toda su

corporeidad. Ahora bien, en la producción de valor (y en esto consiste justamente su peculiaridad como capital fijo) sólo entran por una parte de su valor. Como en el proceso de la reproducción (suponiendo la reproducción simple) sólo importa reemplazar en su forma natural los valores consumidos de hecho, tanto en medios de subsistencia como en medios de producción, reponiéndolos en su forma natural, el capital fijo sólo tiene importancia para la reproducción en la medida en que ha entrado en las mercancías producidas. El resto del valor encarnado en la totalidad del capital fijo tiene una importancia decisiva para la producción como proceso de trabajo, pero no existe para la reproducción anual de la sociedad como proceso de capitalización.

Por lo demás, el proceso que aquí se manifiesta en proporciones de valor es aplicable exactamente a cualquier otra sociedad que no produzca para el mercado. Si, por ejemplo, para la construcción del famoso lago Moeris, junto con los canales del Nilo que lo complementan en el antiguo Egipto, aquel lago maravilloso del que Herodoto refiere que estaba “hecho por manos”, fue necesario, digamos, un trabajo de 1.000 fellahs durante 10 años; y si para la conservación de la mayor obra hidráulica del mundo se requería el trabajo de otros 100 fellahs (ya se comprende que las cifras son arbitrarias), cabe decir que el pantano de Moeris, con sus canales, se reproducía cada 100 años, sin que en realidad se construyese de una vez en su totalidad cada siglo. Es esto tan cierto, que cuando con las alternativas tormentosas de la historia política y de las invasiones extranjeras sobrevino el habitual abandono de las antiguas obras de arte, como, por ejemplo, se observa incluso en la India inglesa; cuando desapareció el sentido de la necesidad de mantener la cultura antigua, se hundió también con el tiempo el lago Moeris, con agua, diques y canales, con las pirámides en el centro, el coloso sobre ellas y otras maravillas, sin dejar huella alguna, como si no hubiera existido nunca. Diez líneas en Herodoto, una mancha en el mapa del mundo de Ptolomeo, y reminiscencias de antiguas culturas y grandes pueblos y ciudades, sólo atestiguan que un día brotó vida abundante de la grandiosa obra hidráulica, allí donde hoy se extienden desiertos de arena en la Libia interior o marismas abandonadas a lo largo de la costa.

En un caso tan sólo podría parecernos insuficiente o con lagunas el esquema marxista de la reproducción simple desde el punto de vista del capital fijo, y es si nos retrotraemos al período de producción en que fue creado el capital fijo total. En efecto, la sociedad posee más trabajo realizado que la parte del capital fijo que entra en el valor del producto anual y es reemplazado. En los números de nuestro ejemplo el capital total social no equivale a 6.000 c + 1.500 v como en el esquema, sino a 19.500 c + 1.500 v. Cierto que en realidad del capital fijo, que suponemos asciende a 15.000 c, se reproducen anualmente 1.500 c en figura de medios de producción correspondientes. Pero otro tanto es consumido también al año en la misma producción. A los diez años, es cierto, se renovará en absoluto todo el capital fijo como una suma de objetos. Pero a los diez años, como dentro de cada año, la sociedad posee un capital fijo de 15.000 c, al paso que sólo produce anualmente 1.500 c, o sea que posee un capital constante total de 19.500, siendo así que sólo elabora 6.000 c. Evidentemente este sobrante de 13.500 de capital fijo ha de haberlo producido con su trabajo; posee más trabajo anterior acumulado que el que resulta de nuestro esquema de la reproducción. Toda la jornada de trabajo anual social se apoya, como sobre su base, sobre una jornada de trabajo anual previa acumulada. Pero con esta cuestión acerca del trabajo anterior, que es la base de todo el trabajo actual, nos situamos en el “comienzo de todos los comienzos” que en la evolución económica del hombre rige igual que en la evolución natural de la materia. El esquema de la reproducción no quiere ni debe representar el momento inicial, el proceso social en *statu nascendi*, sino un aspecto de su desarrollo, un eslabón en la infinita cadena de la existencia. El trabajo anterior es siempre el supuesto del proceso social de la reproducción, por lejos que le sigamos retrospectivamente. Así como el trabajo social no tiene término, tampoco tiene comienzo. Los comienzos de las bases del proceso de reproducción se pierden en aquel crepúsculo legendario de la historia de la civilización en que se pierde también la historia del lago de Herodoto. Con el progreso técnico el desarrollo de la cultura transforma los medios de producción: paleolíticos toscos son reemplazados por instrumentos pulimentados; herramientas de piedra por elegantes utensilios de bronce y hierro; instrumentos de mano por máquinas de vapor. Pero en medio de toda la mudanza en la figura de los medios de producción y en las formas sociales del proceso productivo, la sociedad posee constantemente como base de su proceso de trabajo una cierta cantidad de trabajo anterior objetivado que sirve de fundamento para la reproducción anual.

En la forma de producción capitalista el trabajo anterior acumulado en los medios de producción toma la figura de capital y al inquirir los orígenes del trabajo anterior que constituye el fundamento del proceso reproductivo, nos vemos obligados a indagar la génesis del capital. Esta es mucho menos legendaria que la del capital de la llamada acumulación primitiva, antes bien se halla registrada en la historia moderna con caracteres sangrientos. Pero el hecho de que no podemos representarnos la reproducción simple de otra manera que bajo el supuesto del trabajo anterior acumulado, que excede a la masa del trabajo rendido anualmente para el mantenimiento de la sociedad, toca el punto débil de la reproducción simple, y prueba que es una mera ficción no sólo para la producción capitalista, sino para el progreso de la cultura en general. Para representarnos exactamente esta ficción (en el esquema) tenemos que aceptar como supuesto suyo los resultados de un proceso productivo anterior, que es imposible se limitara a la reproducción simple, sino que más bien se hallaba ya encaminado a la reproducción ampliada. Para explicar este hecho con un ejemplo, podemos comparar el capital fijo total de la sociedad con un ferrocarril. La duración y también el desgaste anual de las diversas partes del ferrocarril varían mucho. Algunas partes, como viaductos y túneles, pueden durar siglos, las locomotoras, decenios, el resto del material rodado se consumirá en plazos muy breves, una parte de él en pocos meses. Resulta, sin embargo, un cierto desgaste medio que será, digamos de treinta años, y que por tanto anualmente supone la pérdida de 1/30 del total. Ahora bien, esta pérdida de valor se reemplaza constantemente por la reproducción parcial del ferrocarril (que puede figurar en el capítulo de reparaciones), en cuanto que hoy se renueva un vagón, mañana una parte de la locomotora, pasado mañana un trozo de rail. De esta manera, al cabo de treinta años (en nuestro supuesto), el antiguo ferrocarril se sustituye por uno nuevo, rindiendo un año con otro la sociedad la misma cantidad de trabajo, y realizándose por tanto la reproducción simple. Sólo que así puede reproducirse simplemente el ferrocarril, pero no producirse. Para utilizarlo y sustituir lentamente su desgaste gradual por el uso, es menester construirlo alguna vez del todo. Se puede reparar a trozos el ferrocarril, pero no se le puede hacer utilizable fragmentariamente (hoy un eje, mañana un vagón). Pues esto es justamente lo que caracteriza al capital fijo, el que entra constantemente como valor de uso, en cada momento, en el proceso de trabajo. Por consiguiente, para darle su forma de uso la sociedad tiene que concentrar de una vez considerables cantidades de trabajo en su construcción. Tiene que concentrar en dos o tres años en la construcción del ferrocarril (para hablar empleando los números de nuestro ejemplo) una masa de trabajo de treinta años igual a la empleada en reparaciones. Por consiguiente, en este período tiene que rendir una cantidad de trabajo superior a la media, esto es, tiene que recurrir a la reproducción ampliada, después de lo cual (construido el ferrocarril) puede volver a la reproducción simple. Es cierto que no es menester que el capital fijo total empleado en cada caso por la sociedad haya de ser elaborado de una vez. Pero los instrumentos de trabajo más importantes, edificios, medios de transporte, construcciones agrícolas, etc., requieren para su construcción un gasto de trabajo concentrado, lo cual puede aplicarse tanto al moderno ferrocarril y al aeroplano como a la masa de piedra sin pulimentar y al molino de mano. De lo expuesto se deduce que la reproducción simple en sí misma sólo puede concebirse alternando periódicamente con la reproducción ampliada, lo que no sólo está condicionado por el crecimiento de la población en general, sino por la forma económica del capital fijo o de los medios de producción que en toda sociedad corresponden al capital fijo.

Marx no se ocupa directamente de esta contradicción entre la forma del capital fijo y de la reproducción simple. Hace resaltar únicamente la necesidad de una “superproducción constante, es decir, de una reproducción ampliada en conexión con la cuota irregular de desgaste del capital fijo, que es mayor unos años y otros menor, lo cual ocasionaría un déficit en la reproducción, en el caso de que se practicase rigurosamente la reproducción simple. Así, pues, considera aquí la reproducción ampliada desde el punto de vista del fondo de seguros de la sociedad para el capital fijo, no desde el punto de vista de su producción misma.[22]

En una coyuntura distinta confirma, a nuestro entender, Marx la transformación de la renta en capital; en el tomo II, parte 2ª de las *Teorías sobre la plusvalía*, trata de la singular reproducción del capital fijo, cuyo reemplazo en sí mismo suministra ya un fondo de acumulación, y saca las siguientes conclusiones:

[22] *El Capital*, tomo II, FCE, México, 1972.

“Pero a lo que aquí queremos ir a parar, es a lo siguiente: si el capital total empleado en la construcción de máquinas fuese bastante grande para reemplazar el desgaste anual de la maquinaria, produciría muchas más máquinas de las que anualmente se necesitan, pues el desgaste existe en parte *idealiter*, y *realiter* sólo ha de reemplazarse *in natura*, al cabo de una serie de una serie de años. Este capital así empleado suministra anualmente una masa de maquinaria existente para nuevas colocaciones de capital y que se anticipa a ellas. Por ejemplo: durante este año comienza su fabricación el constructor de máquinas. Durante el año suministra 12.000 libras esterlinas de maquinaria. Así, durante los 11 años siguientes, con reproducción simple de la maquinaria producida por él solo tendría que producir por valor de 1.000 libras cada año, e incluso esta producción anual no se consumiría anualmente. Todavía menos si emplea todo ese capital. Para que éste mantenga su curso y se limite a reproducirse anualmente de un modo constante, es necesaria una nueva ampliación continua de la producción que necesita estas máquinas. Todavía más si él mismo acumula. Por consiguiente, aun cuando en esta esfera de producción el capital en ella invertido se limite a reproducirse, en las demás esferas de producción es necesaria una acumulación constante.”[23]

Podemos considerar al fabricante de máquinas del ejemplo de Marx, como la esfera de producción del capital fijo de la sociedad total. En este caso se deduce de lo expuesto que manteniendo en esta esfera la reproducción simple, es decir, que si la sociedad aplica anualmente la misma cantidad de trabajo a la elaboración del capital fijo (lo que es prácticamente imposible), ha de realizar anualmente en las demás esferas una ampliación de la producción. Pero si sólo realiza la reproducción simple, sólo debe emplear para el mero reemplazo del capital fijo, una vez creado, una parte pequeña de capital dedicado a su creación. O (para formular a la inversa la cosa) para realizar grandes inversiones de capital fijo, aun bajo el supuesto de la reproducción simple, la sociedad tiene que recurrir a una reproducción ampliada periódica.

Con el progreso de la cultura cambia la forma y se incrementa el valor de los medios de producción, o más exactamente, el trabajo social en ellos acumulado. La sociedad necesita, además del trabajo requerido para su sostenimiento inmediato cada vez más jornadas de trabajo y más obreros destinados a la elaboración de medios de producción en escala cada vez mayor. ¿Cómo se expresa esto en el proceso de reproducción? ¿Cómo saca la sociedad (bajo condiciones capitalistas) de su trabajo anual más capital que el que antes poseía? Esta cuestión nos lleva ya a la reproducción ampliada, de la que no tenemos que ocuparnos aún.

[23] Marx, Carlos, *Teorías sobre la plusvalía* (en el caso de esta obra de Marx no hemos recurrido a la edición castellana [*Teorías sobre la plusvalía*, Tres Volúmenes, Fondo de Cultura Económica, México, 1980] ya que difiere sustancialmente de la primera edición manejada por Rosa Luxemburgo para su obra, edición realizada por Kautsky en los años 1905-1910, N d E).

CAPITULO V
La circulación del dinero

Hasta ahora, al considerar el proceso de reproducción hemos prescindido totalmente de la circulación del dinero. No hemos prescindido del dinero como expresión y medida de valor; antes al contrario, todas las relaciones del trabajo social se tomaban y medían como expresadas en dinero. Ahora, es también necesario examinar el esquema de la reproducción simple desde el punto de vista del dinero como medio de cambio.

Como ya creía el viejo Quesnay, para comprender el proceso de la producción de la propiedad social, además de ciertos medios de producción y consumo, es menester presuponer una cierta suma de dinero.[24] Ahora bien, con referencia a dicho postulado, cabe preguntar dos cosas: ¿en qué manos ha de hallarse esta suma y cuál ha de ser su cuantía? Lo primero que no ofrece duda es el hecho que los obreros asalariados perciben su salario en dinero para adquirir con él medios de subsistencia. Socialmente en el proceso de reproducción esto significa que los obreros perciben meros libramientos sobre un fondo de medios de subsistencia, que les son atribuidos en toda sociedad, cualquiera que sea su forma de producción histórica. Pero la circunstancia de que los trabajadores no reciben en este caso directamente sus medios de subsistencia, sino por cambio de mercancías, es tan esencial para la forma capitalista de producción, como el que no se pongan directamente bajo el mando de los poseedores de los medios de producción sobre la base de una relación personal de dependencia de trabajo, sino por medio del cambio de mercancías, vendiendo su trabajo. La venta del trabajo y la compra libre de los medios de subsistencia por los trabajadores son los elementos esenciales de la producción capitalista. Ambas cosas se expresan e intermedian por la forma monetaria del capital variable *v*.

El dinero, por tanto, entra ante todo en la circulación merced al pago de los salarios. Por consiguiente, los capitalistas de ambas secciones, todos los capitalistas, tienen que arrojar ante todo a la circulación dinero, cada cual según el monto de los salarios por él pagados. Los capitalistas de la sección I deben hallarse en posesión de 1.000 en dinero; los capitalistas de la sección II, de 500, para pagar a sus obreros. De este modo en nuestro esquema entran en la circulación dos cantidades de dinero: (I) 1.000 *v* y (II) 500 *v*. Ambas se invierten por los obreros en medios de subsistencia, esto es, en productos de la sección II. Así se mantiene el trabajo, es decir, se reproduce el capital variable de la sociedad en su forma natural, y este capital es la base del resto de la reproducción del capital. Al mismo tiempo, de este modo los capitalistas II, colocan 1.500 de su producto total, 500 a los propios obreros, 1.000 a los de la otra sección. Los capitalistas II adquieren por virtud de este cambio 1.500 en dinero, de los cuales 500 han vuelto a ellos como propio capital variable, que podrá volver a circular como tal, es decir, que habrá cerrado por de pronto su ciclo. Pero 1.000 representan una nueva adquisición, sacada de la realización de una tercera parte del propio producto. Con estos 1.000 en dinero los capitalistas II adquieren de los capitalistas I medios de producción para renovar el capital constante desgastado. Por esta adquisición la sección II ha renovado la mitad del capital constante necesario (II *c*) en forma natural, y a cambio de ello la suma de dinero 1.000 ha pasado a los capitalistas I. Para éstos no es más que su propio dinero pagado como salario a sus obreros lo que vuelve a ellos después de dos actos de cambio, para poder funcionar luego como capital variable, con lo cual queda agotado por de pronto el movimiento de esta suma de dinero. Sin embargo, la circulación social no ha llegado a su término. Los capitalistas I no han realizado todavía su plusvalía, que ostenta la forma de medios de producción, para comprar

[24] Así. pues. en su séptima consideración al *Tableau*, dice Quesnay, después de haber polemizado con la teoría mercantilista del dinero que equipara éste a la riqueza: “La masa de dinero no puede aumentar en una nación sino en tanto que esta reproducción crece ella misma; de otro modo el acrecentamiento de la masa de dinero no podía hacerse más que en perjuicio de la reproducción anual de las riquezas. No es, pues, por la mayor o menor cantidad de dinero por lo que se debe juzgar la opulencia de los Estados: así se estima que un peculio igual a la renta de los propietarios de las tierras es mucho más que suficiente para una nación agrícola en que la circulación se haga regularmente y el comercio se ejerza con confianza y en plena libertad.” (*Analyse du Tableau économique*, Edición Oncken, páginas 324-325)

medios de subsistencia para sí, y los capitalistas II no han renovado todavía la otra mitad de su capital constante. Estos dos actos de cambio coinciden tanto en su cuantía de valor como materialmente, pues los capitalistas I obtienen los medios de subsistencia de la sección II para la realización de su plusvalía, I 1.000 *p*, suministrando por su parte en cambio a los capitalistas II los medios de producción, II 1.000 *c*, que les faltan. Pero para que se verifique este cambio se requiere una nueva suma de I dinero. Cierto que podemos arrojar a la circulación algunas veces más las sumas de dinero anteriormente puestas en movimiento, a lo que nada habría que objetar teóricamente. Pero en la práctica no es posible, porque las necesidades de consumo de los capitalistas han de satisfacerse con tanta continuidad como las de los obreros; ambas corren, por tanto, paralelas con el proceso de reproducción y necesitan sumas particulares de dinero para cambiarse. Por todo lo cual los capitalistas de ambas secciones, todos los capitalistas, además de una cantidad de dinero para el capital variable necesitan disponer de dinero para realizar la plusvalía en objetos de consumo. Por otra parte, en la producción y antes de la realización del producto total, es necesario también la adquisición continuada de ciertas partes del capital constante, su parte circulante (materias primas y auxiliares, alumbrado, etc.). Resulta de aquí que así como los capitalistas I han ce disponer de ciertas cantidades de dinero para cubrir su propio consumo, los capitalistas II han de tenerlas también a su disposición para satisfacer sus necesidades de capital constante. Por tanto, el cambio de (I) 1.000 *p* en medios de producción contra (II) 1.000 *c* en medios de subsistencia, adopta forma de dinero, adelantado en parte por los capitalistas I para sus necesidades de consumo y en parte por los capitalistas II para sus necesidades de producción.[25] De la suma de dinero 1.000 necesaria para este cambio, puede adelantar 500 cada una de las secciones capitalistas, o pueden dividírsela en otra proporción, en todo caso hay dos cosas seguras: 1º, la suma total común de que dispongan ha de ser suficiente para realizar el cambio entre I 1.000 *p* y II 1.000 *c*; 2º, sea cual fuere el modo como se halla distribuída la suma de dinero, tras el cambio total social realizado cada uno de los grupos capitalistas vuelve a tener en sus manos la misma suma de dinero que ha arrojado en la circulación. Esto puede aplicarse en general a la circulación social total. Una vez realizada la circulación, el dinero vuelve siempre a su punto de partida, de modo que verificados todos los cambios los capitalistas han conseguido dos cosas: en primer lugar han cambiado sus productos, cuya forma natural les era indiferente, por otros, cuya forma natural necesitan, bien como medio de producción, bien como medio de propio consumo, y en segundo lugar ha vuelto a sus manos el dinero lanzado por ellos a la circulación para verificar estos cambios.

Desde el punto de vista de la circulación simple de mercancías es éste un fenómeno incomprensible. En ella, por el contrario, mercancía y dinero cambian constantemente de lugar, la posesión de la mercancía excluye la posesión del dinero, el dinero ocupa constantemente el puesto que la mercancía deja vacante y a la inversa. Esto es perfectamente aplicable a todo acto individual del cambio de mercancías, bajo cuya forma se realiza la circulación social. Pero ésta es algo más que un cambio de mercancías, es circulación de capital y es característico y esencial de ésta que no sólo vuelve a manos de los capitalistas el capital como magnitud de valor con su incremento, la plusvalía, sino que al mismo tiempo sirve a la reproducción social; esto es, asegura la forma natural del capital productivo (medios de producción y trabajo) y el sostenimiento de los no trabajadores. Como todo el proceso social de la circulación parte de los capitalistas, que se hallan tanto en posesión de los medios de producción, como del dinero necesario para la circulación, al final de cada ciclo el capital social ha de volver a hallarse todo en sus manos, distribuido entre cada grupo y cada capitalista individual en la medida de sus inversiones. En manos de los trabajadores el dinero sólo se encuentra pasajeramente, para facilitar el cambio entre la forma monetaria y la forma natural del capital variable; en manos de los capitalistas es la forma en que se manifiesta una parte de su capital, y, por tanto, ha de volver a ellos constantemente. Hasta ahora sólo hemos considerado la circulación en cuanto se verifica entre las dos grandes secciones de la producción. Pero queda todavía sobrante: del producto de la primera sección, 4.000 en forma de medios de producción, que permanecen en ella para renovar su propio capital constante, 4.000 *c*; en la segunda sección 500 en medios de subsistencias, que permanecen igualmente en la misma sección, como medios de consumo de la propia clase capitalista, por valor de su plusvalía II 500 *p*. Y como la producción es capitalista

[25] Carlos Marx, *El Capital*, tomo II, sólo toma como punto de partida para este cambio el gasto de dinero de los capitalistas II. Como hace observar con acierto Engels en una nota, esto no modifica el resultado final de la circulación, pero como respuesta de la circulación social ello no es exacto; más acertada es la exposición que hace el mismo Marx más adelante.

en ambas secciones, es decir, producción privada no regulada, la distribución del propio producto de cada sección entre sus capitalistas individuales (de los medios de producción de la sección I o de los medios de consumo de la sección II) sólo puede realizarse a través del cambio de mercancías, esto es, por un gran número de actos de compraventa entre capitalistas de la misma sección. Por tanto, este cambio requiere igualmente la existencia de ciertas cantidades de dinero en poder de los capitalistas de ambas secciones, tanto para el reemplazo de los medios de producción en I 4.000 *c*, como para la de los medios de consumo de la clase capitalista en II 500 *p*. Esta parte de la circulación no ofrece en sí ningún interés particular, pues ostenta el carácter de circulación simple de mercancías, ya que en ella tanto compradores como vendedores pertenecen a una misma categoría de agentes de producción, y sólo determinan el desplazamiento de dinero y mercancías dentro de la misma clase y sección. Análogamente, el dinero necesario para esta circulación ha de hallarse de antemano en manos de la clase capitalista, y constituye una parte de su capital.

Hasta ahora la circulación del capital total social, aun teniendo en cuenta la circulación del dinero, no ofrecía en sí nada extraordinario. Que para esta circulación es necesario que se halle en poder de la sociedad una cierta suma de dinero, ha de aparecer evidente de antemano por dos razones. En primer lugar, la forma general de producción capitalista es la producción de mercancías, lo que lleva consigo la circulación de dinero, y en segundo lugar, la circulación del capital se basa en la transformación constante de sus tres formas: capital dinero, capital productivo y capital mercancía. Para que sean posibles estas transformaciones, es menester que exista dinero que pueda representar el papel de capital monetario. Y finalmente, como este dinero actúa como capital (en nuestro esquema sólo analizamos la producción capitalista), en cualquier forma ha de hallarse en posesión de la clase capitalista, que lo arroja a la circulación, para recibirlo nuevamente de la misma.

Sólo un detalle puede extrañar a primera vista. Si todo el dinero que circula en la sociedad es puesto por los capitalistas, se deduce que los capitalistas tienen que adelantar el dinero para la realización de su propia plusvalía. La cosa se presenta como si los capitalistas como clase tuvieran que pagar su propia plusvalía con su propio dinero, y como éste tiene que hallarse en posesión de la clase capitalista antes de la realización del producto de cada período de producción, puede parecer a primera vista que la apropiación de plusvalía no descansa, como ocurre de hecho, sobre el trabajo no pagado de los obreros asalariados, sino que es un resultado del simple cambio de mercancías, para el cual la clase capitalista misma suministra el dinero en igual cantidad. Una breve reflexión disipa la falsa apariencia. Según el curso general de la circulación la clase capitalista se encuentra antes y después en posesión de su dinero, que vuelve a ella o permanece en sus manos, mientras por otra parte ha adquirido y consumido medios de subsistencia por el mismo importe. Téngase en cuenta que nos mantenemos siempre fieles al supuesto fundamental del esquema de la reproducción: reproducción simple, esto es, renovación de la producción en la antigua escala, y empleo de toda la plusvalía producida en artículos de consumo para la clase capitalista.

Por lo demás, la falsa apariencia desaparece completamente si en vez de estacionarnos en un período de reproducción, consideramos varios períodos en su sucesión y encadenamiento. Lo que los capitalistas ponen hoy en circulación como dinero para realizar su propia plusvalía, no es otra cosa sino la figura en dinero de la plusvalía procedente del período de producción anterior. Si bien el capitalista ha de adelantar dinero de su propio bolsillo para comprar sus medios de subsistencia (mientras la nueva plusvalía producida se encuentra en forma natural inaprovechable, o su forma natural aprovechable en manos extrañas), el dinero que ahora se adelanta a sí mismo vino a su bolsillo como resultado de la realización de su plusvalía obtenida en el período anterior. Y este dinero volverá a él cuando haya realizado la nueva plusvalía que ahora aparece en forma de mercancía. Por consiguiente, en el transcurso de varios períodos resulta que la clase capitalista saca regularmente de la circulación, además de todas las formas naturales de su capital, sus propios medios de consumo, permaneciendo al mismo tiempo en su poder, sin merma, su cantidad de dinero originaria.

Para el capitalista resulta, del carácter de la circulación del dinero, que no puede nunca transformar íntegramente su capital monetario en medios de producción, sino que tiene que dejar siempre aparte una cantidad de capital en forma de dinero para capital variable, y además

para la adquisición continuada de medios de producción en el transcurso del período productivo. Sin olvidar el dinero suficiente para su consumo personal.

De aquí resulta para el proceso de reproducción del capital social total la necesidad de la producción y reproducción del material monetario. A las dos grandes secciones de la producción social, la producción de medios de producción y la producción de medios de consumo, debiera añadirse como sección tercera la producción de medios de cambio, de los que es característico que no sirven ni para la producción ni para el consumo, sino que manifiestan el trabajo social en mercancías que no son susceptibles de uso. Es verdad que el dinero y la producción de dinero, así como el cambio y la producción de mercancías, son mucho más antiguos que la forma de producción capitalista. Pero sólo en esta última la circulación del dinero se ha convertido en forma general de la circulación social, y con ello en elemento básico del proceso reproductivo social. La exposición de la producción y reproducción del dinero en su enlace orgánico con las otras dos secciones de la producción social, suministraría los lineamientos del proceso total capitalista en sus aspectos esenciales.

Es cierto que aquí nos separamos de Marx. Marx coloca la producción de oro (para simplificar se reduce a la obtención del oro la producción total de dinero) en la primera sección de la producción social. “La producción de oro figura, como la de metales preciosos en general, en el sector I, es decir, en la categoría que engloba la producción de medios de producción.”[26] Esto sólo es cierto en cuanto que se trate de producción de oro en el sentido de producción de metal, es decir, de metal para fines industriales (alhajas, dientes de oro, etc.). Pero como dinero el oro no es metal, sino encarnación del trabajo abstracto social, y, como tal, ni es medio de producción ni de consumo. Por lo demás, una ojeada al esquema de la reproducción muestra a qué errores tenía que conducir la confusión de los medios de cambio con medios de producción. Si junto a las dos secciones de la producción social ponemos la representación esquemática de la producción anual de oro (en el sentido de material dinerario), obtenemos las tres series siguientes:

4.000 c + 1.000 v + 1.000 p = 6.000 medios de producción
2.000 c + 500 v + 500 p = 3.000 medios de consumo
20 c + 5 v + 5 p = 30 material-dinero (*o*)

La cuantía de valor elegida por Marx como ejemplo, no corresponde en manera alguna a la cantidad de dinero que circula anualmente en la sociedad, sino tan sólo a la parte anualmente reproducida, esto es, al desgaste anual de material monetario, que es una magnitud constante, siempre que no varíe la escala de la reproducción social, la duración de la rotación del capital, o la rapidez de la circulación de mercancías. Si, como Marx quiere, consideramos la tercera serie como parte integrante de la primera, resulta la siguiente dificultad. El capital constante de la tercera sección, 20 *c*, consiste en medios de producción reales concretos, como en las otras dos (edificios, instrumentos, materias auxiliares, vasijas, etc.); pero el producto de esta sección, 30 material-dinero, que representa dinero, no puede actuar en ningún proceso de producción en su forma natural como capital constante. Si, pues, añadimos este producto 30 material-dinero como parte integrante al producto de la primera sección 6.000 medios de producción, tendremos un déficit social de medios de producción del mismo valor, que hará imposible la reproducción en la misma escala en la sección primera o en la sección segunda. Según lo supuesto hasta aquí (que constituye la base de todo el esquema marxista) el producto de cada una de las dos secciones en su forma material destinado al uso es el punto de partida de la reproducción en conjunto, las proporciones del esquema se basan en este supuesto sin el cual se disuelven en el caos. Así, el primer nexo de valor fundamental descansaba en la ecuación: I 6.000 medios de circulación = I 4.000 c + II 2.000 c. Esto no puede regir para el producto III 30 material-dinero, pues el dinero no puede ser empleado (en la proporción I 20 c + II 10 c) por las dos secciones como medio de producción. El segundo nexo fundamental derivado del primero descansaba en la ecuación I 1.000 v + 1.000 p = II 2.000 c. Para la producción de oro esto significaría que saca tantos medios de producción de la sección II como medios de producción le suministra. Pero esto tampoco es exacto. Cierto que la producción de oro saca del producto social total tanto medios de producción concretos que utiliza como capital constante, como medios concretos de consumo para sus obreros y capitalistas, y ello por el importe de su capital variable y su plusvalía. Pero su propio producto no puede actuar como medio de producción en

[26] Marx, Carlos; *El Capital*, tomo II, FCE, México, 1972, página 418.

ninguna producción, como no puede entrar como medio de subsistencia en el consumo humano. Por consiguiente, colocar la producción de dinero en la sección I vulneraría todas las proporciones de valor y materiales del esquema de Marx.

El intento de Marx de introducir la producción de oro como parte de la sección I (medios de producción) le lleva a resultados peligrosos. El primer acto de circulación entre esta nueva subsección, a la que Marx llama I oro [I*o*][27], y la sección II (medios de consumo) consiste, como de ordinario, en que los obreros de la sección I*o*, con el dinero obtenido por sus salarios de los capitalistas (5 v) compran medios de consumo de la sección II. El dinero así utilizado no es todavía producto de la nueva producción, sino dinero acumulado de los capitalistas I*o* procedente de la masa de dinero que se hallaba anteriormente en el país, lo que es correcto. Pero ahora Marx hace que los capitalistas II, con los 5 percibidos en dinero compren a I*o* 2 de oro "como material de mercancía", saltando así la producción de dinero a la producción industrial de oro, lo que tiene tan poco que ver con el problema de la producción de dinero como la producción de cepillos para los zapatos. Pero como de los supuestos I*o*, 5 *v* queda un resto de 3, con el que los capitalistas II no saben qué hacer, pues no pueden utilizarlo como capital constante, Marx hace que esta cantidad de dinero se atesore. Pero para que no se produzca con ello ningún déficit en el capital constante de II, que ha de ser cambiado totalmente contra medios de producción I (v + p), Marx halla el siguiente subterfugio: "este dinero debe transferirse íntegramente de II*c* a II*p*, ya exista éste en medios de subsistencia o en artículos de lujo, trasfiriéndose a cambio de ello el correspondiente valor-mercancías de II*p* a II*c.* Resultado: que una parte de la plusvalía se acumulará como tesoro en dinero."[28] Todo lo cual es bastante extraño. No habíamos tenido en cuenta al comienzo más que la reproducción del desgaste anual del material monetario, y aparece de pronto, sin embargo, un atesoramiento de dinero, esto es, un sobrante de dicho material. Este sobrante surge (no se sabe por qué) a costa de los capitalistas de la sección productora de medios de subsistencia, que han de privarse (no para ampliar su propia producción de plusvalía, sino para que haya medios de subsistencia bastantes para los trabajadores) de la producción de oro.

Pero esta virtud cristiana se les recompensa bastante mal a los capitalistas de la sección II. No sólo a pesar de su "abstinencia" no pueden ampliar su producción, sino que ni siquiera están en condiciones de emprender su producción en la anterior escala. Pues, aunque el "valor y mercancías" correspondientes sea transportado de II p a II c, no importa sólo el valor, sino la forma material concreta de este valor, y como ahora una parte del producto de I consiste en dinero que no puede ser utilizado como medio de producción, la sección II, a pesar de la abstinencia, no puede renovar completamente su capital constante. De esta manera resultaría vulnerado el supuesto del esquema, la reproducción simple, en dos direcciones: atesoramiento de la plusvalía y déficit del capital constante. Estos resultados logrados por Marx prueban que es imposible que la producción de oro sea incluida en una de las dos secciones de su esquema sin destruir ni vulnerar su esencia. Esto acontece ya por virtud del primer cambio entre las secciones I y II. La investigación acerca del cambio de oro nuevo producido dentro del capital constante de la sección I, que se había propuesto Marx, no se encontraba en el manuscrito, como hace resaltar Engels. Hubiera aumentado aún más las incompatibilidades. Por lo demás, Marx mismo confirma nuestra concepción y agota la cuestión con dos palabras al decir tan sobria como certeramente: "el dinero en sí mismo no es un elemento de la reproducción efectiva"[29]

Hay además una razón de peso para presentar la producción del dinero como una sección III particular de la producción total social. El esquema marxista de la reproducción simple rige como base y punto de partida del proceso de reproducción, no sólo para la economía capitalista, sino también (mutatis mutandis) para todo orden económico planificado, por ejemplo, el socialista. Por el contrario, la producción de dinero desaparece con la forma de mercancía de los productos, es decir, con la propiedad privada de los medios de producción. Constituye los "falsos costos" de la economía anárquica del capitalismo, un peso específico de la sociedad a base de economía privada, que se pone de manifiesto en el gasto anual de una cantidad considerable de trabajo para la elaboración de productos que no sirven ni para la producción ni para el consumo. Este gasto de trabajo de la sociedad que se produce en la

[27] Véase: *El Capital*, tomo II, FCE, México, 1972, página 418 (N d E).
[28] Marx, Carlos; *El Capital*, tomo II, FCE, México, 1972, página 419.
[29] Marx, Carlos; *El Capital*, tomo II, FCE, México, 1972, página 419.

forma capitalista, y que desaparece en una economía socialmente regulada, halla una expresión más exacta considerado como sección independiente en el proceso general de la reproducción del capital total. Y es indiferente en este sentido que nos representemos un país que produce oro por sí mismo o que lo obtiene del extranjero. En el último caso, lo único que ocurre es que se cambia por oro una cantidad de trabajo objetivado igual a la necesaria directamente para su producción.

Se ve por lo dicho que el problema de la reproducción del capital total no es tan simple como resulta a menudo considerado desde el punto de vista de las crisis, en cuyo caso la cuestión se plantea aproximadamente en estos términos: ¿cómo es posible que en una economía de incontables capitales individuales sin plan concertado se cubran por la producción total de la sociedad sus necesidades totales? Suponiendo luego que la contestación ha de ser dada por las oscilaciones permanentes de la producción en torno a la demanda, esto es, en las alternativas periódicas de prosperidad y crisis. En esta concepción que trata el producto social total como una masa indiferenciada de mercancías y la necesidad social de una manera abstrusa, se olvida lo más importante, la característica específica de la forma capitalista de producción. Como hemos visto, el problema de la reproducción capitalista encierra un buen número de proporciones exactas, que se refieren tanto a las categorías capitalistas específicas como (*mutatis mutandis*) a las categorías generales de trabajo humano y cuya combinación, tanto en su contradicción como en su coincidencia, constituye el verdadero problema. El esquema de Marx es la solución científica del mismo.

Tenemos ahora que preguntarnos qué significación real tiene el esquema del proceso de reproducción analizado. Según este esquema, el producto total social entra por entero en la circulación, se satisfacen todas las necesidades de consumo, la reproducción se realiza sin obstáculos, la circulación del dinero sigue a la circulación de mercancías, el ciclo del capital social se cierra exactamente. ¿Qué ocurre en realidad? Las proporciones del esquema dan una base exacta de la división del trabajo social dentro de una producción dirigida con arreglo a un plan y considerada desde el punto de vista de la reproducción simple, es decir, de una producción cuya magnitud es constante. En la economía capitalista falta toda organización planificada del proceso total. Por eso nada transcurre en él exactamente conforme a la fórmula matemática, como ocurre en el esquema. Antes bien, el ciclo de la producción se realiza en medio de constantes desviaciones de las proporciones del esquema, lo que se pone de manifiesto:

* en la oscilación diaria de los precios;
* en las constantes alzas y bajas de los beneficios;
* en las incesantes fluctuaciones del capital de una rama de producción a otra;
* en un movimiento pendular, periódico, cíclico de la reproducción entre superproducción y crisis.

Pero no obstante todas estas desviaciones, el esquema representa la media social necesaria en torno a la cual se realizan aquellos movimientos, y a la que tienden constantemente después de haberse alejado de ella. Esta media hace que los movimientos vacilantes de los capitalistas individuales no degeneren en un caos, sino que sean referidos a una norma determinada que asegura la existencia de la sociedad, no obstante la carencia de un plan concertado.

Si se compara el esquema marxista de la reproducción con el *Tableau économique* de Quesnay, salta en seguida a la vista, tanto los puntos de contacto que los acercan como el abismo que los separa. Estos dos esquemas señalan el principio y el fin de la economía política clásica y son los dos únicos intentos para expresar exactamente el movimiento general del consumo y la producción capitalista en su enlace mutuo y en sus relaciones con los incontables productores y consumidores privados. Ambos reducen la abigarrada confusión, obra del movimiento de los capitales individuales, a aquellos lineamientos básicos en que está anclada la posibilidad de la existencia y desarrollo de la sociedad capitalista a pesar de su funcionamiento anárquico sin sujeción a regla. Ambas reúnen el doble punto de vista que se halla en el fondo del movimiento total del capital social: el ser al mismo tiempo como movimiento de capital, producción y apropiación de plusvalía, y como movimiento social, producción y consumo de necesidades materiales de la existencia cultural humana. En ambas,

la circulación de los productos como circulación de mercancías caracteriza el proceso total, y en ambas el movimiento del dinero no hace más que manifestarse como expresión externa, aparente, de la circulación de mercancías.

Pero en la exposición de estos lineamientos fundamentales hay una profunda diferencia. El *Tableau* de Quesnay convierte, sin duda, en punto cardinal de la producción total la producción de plusvalía, pero concibe todavía la plusvalía bajo la forma ingenua feudal de la renta de la tierra y es, por tanto, parcial en el análisis de conjunto.

Igualmente hace de una distinción material en la masa del producto total otro punto básico de la reproducción social, pero la concibe dentro de la ingenua oposición entre productos agrícolas y manufacturados, tomando así diferencias exteriores, en las materias con que tiene que habérselas el hombre trabajador, por categorías fundamentales del proceso de trabajo humano en general.

Así, pues, en Marx la producción de plusvalía es captada en su forma pura, general y absoluta. Al mismo tiempo las condiciones materiales externas de la producción son tenidas en cuenta con la distinción fundamental entre medios de producción y medios de consumo, y la proporción entre ambos es reducida a una proporción exacta de valor.

Si se pregunta por qué la solución del problema, tan felizmente iniciada por Quesnay, fracasó en los economistas burgueses posteriores, y qué es lo que era necesario para llegar al enorme progreso que significa el análisis marxista, hallamos dos razones substanciales y previas. Ante todo, el esquema marxista de la reproducción descansa en la distinción clara y precisa de ambos aspectos del trabajo en la producción de mercancías: el trabajo concreto útil que crea determinados valores de uso y el trabajo abstracto general humano que crea valores sociales necesarios. Este pensamiento genial de la teoría del valor de Marx, que entre otras cosas ha hecho posible la solución del problema del dinero, le condujo también a la separación y unión de los dos puntos de vista dentro del proceso total de la producción: el punto de vista del valor y el de las relaciones materiales. En segundo lugar, el esquema tiene como base la distinción precisa entre capital constante y variable, que es la que permite descubrir el mecanismo interior de la producción de plusvalía y establecer una proporción de valor exacta entre ella y las otras dos categorías de la producción: medios de producción y medios de consumo.

A todos estos puntos de vista se aproximó la economía clásica posterior a Quesnay y particularmente en Smith y Ricardo. En Ricardo la teoría del valor recibió aquella forma rigurosa que hace que frecuentemente se la confunda incluso con la marxista. Desde el punto de vista de su teoría del valor, Ricardo ha visto también que era falsa la resolución del precio de todas las mercancías en v + p hecha por Smith, y que ha producido tantos daños en el análisis de la reproducción, pero no se preocupó más de esto, como en general no dio gran importancia al problema de la reproducción total en general. E incluso el análisis ricardiano significó en cierto sentido un retroceso con respecto a Smith, del mismo modo que éste, en parte, había significado un retroceso con respecto a los fisiócratas. Si Ricardo ha elaborado con más precisión y unidad las categorías fundamentales de la economía burguesa: valor, salario, plusvalía, capital, que sus predecesores, las ha trazado, en cambio, de un modo más rígido. Smith tenía mucha más comprensión para los nexos vitales, para el gran movimiento del todo. Si no le importaba en ocasiones dar para el mismo problema dos soluciones, o incluso tres o cuatro, como ocurre con el problema del valor, y contradecirse tranquilamente en las diversas fases del análisis, justamente sus contradicciones le llevaban a considerar el todo desde puntos de vista diversos y a comprenderlos en su dinámica. La barrera con que tenían que chocar ambos (Smith y Ricardo) era su horizonte burgués limitado. Para comprender las categorías fundamentales de la producción capitalista, valor y plusvalía, en su movimiento vivo como un proceso social de reproducción, se debía tomar este movimiento históricamente y considerar a las categorías mismas como formas históricamente condicionadas de relaciones generales de trabajo. Con esto queda dicho que el problema de la reproducción del capital total sólo podía ser resuelto por un socialista. Entre el *Tableau économique* y el esquema de la reproducción del segundo tomo de *El Capital* se encuentra no sólo en el tiempo, sino también en el contenido, la grandeza y decadencia de la economía burguesa.

CAPÍTULO VI
La reproducción ampliada

Las deficiencias del esquema de la reproducción simple son claras: expone las leyes de una forma de reproducción que dentro de las condiciones capitalistas de producción sólo puede realizarse con carácter fortuito. Lo consubstancial a la economía capitalista, más que a ninguna otra, no es la reproducción simple, sino la ampliada.[30] No obstante, el esquema conserva toda su significación científica. Y ello en dos sentidos. En la práctica, aun tratándose de la reproducción ampliada, la inmensa mayoría del producto total cae bajo el punto de vista de la reproducción simple. La última constituye la amplia base sobre la que se verifica en cada caso la extensión de la producción más allá de las barreras anteriores. Asimismo, teóricamente el análisis de la reproducción simple constituye el punto de partida inevitable de toda exposición científica exacta de la reproducción ampliada. Por todo lo cual, el esquema de la reproducción simple del capital social total conduce inevitablemente al problema de la reproducción ampliada del capital total.

Conocemos ya la peculiaridad histórica de la reproducción ampliada sobre base capitalista, a saber, su carácter acumulativo, que es forma específica y, al mismo tiempo, condición previa de su existencia. Es decir: la producción total social (que sobre base capitalista es una producción de plusvalía) sólo puede ser ampliada en cada caso en el sentido y en la medida en que el capital, hasta entonces activo, de la sociedad se incremente por obra de la plusvalía por él producida. El destino de una parte de la plusvalía, y de una parte creciente, a fines productivos y no al consumo personal de la clase capitalista, es la base de la reproducción ampliada.

Elemento de la reproducción ampliada del capital social total (al igual que en la reproducción simple antes supuesta) es la reproducción del capital individual, ya que la producción total (ya se la considere como simple o como ampliada) de hecho sólo se realiza bajo la forma de incontables movimientos independientes de reproducción de capitales privados e individuales. El primer análisis agotador de la acumulación de capital individual está dado en el tomo I de *El Capital*, de Marx, sección séptima, capítulos XXII y XXIII. Trata allí Marx de la división de la plusvalía en capital y renta; de las circunstancias que independientemente de la división de la plusvalía en capital y renta determinan la acumulación del capital, como grado de explotación de los obreros y productividad del trabajo; del crecimiento del capital fijo en proporción al circulante como elemento de la acumulación, y, finalmente, de la formación progresiva del ejército industrial de reserva como consecuencia y condición al mismo tiempo del proceso de acumulación. Entre tanto analiza Marx dos humoradas de la economía burguesa con relación a la acumulación: la “teoría de la “abstinencia” de la economía vulgar, interesada en demostrar que la división de la plusvalía en capital y renta, y, por tanto, la acumulación misma, es un acto heroico de los capitalistas, y el “error” de la economía clásica, según el cual toda la parte capitalizada de la plusvalía se destina exclusivamente “a ser consumida por trabajadores productivos”, es decir, se emplea en salarios para nuevos obreros. Esta premisa errónea, que olvida totalmente que toda ampliación de la producción ha de manifestarse no sólo en el aumento del número de los trabajadores ocupados, sino también en el aumento de los medios materiales de producción (edificios, instrumentos, por lo menos y en todo caso materias primas), descansa evidentemente en el falso “dogma” de Adam Smith ya tratado. También la creencia de que para ampliar la producción bastaba emplear más capital y salarios, descansaba en la confusión por virtud de la cual el precio de todas las mercancías se resuelve (prescindiendo totalmente del capital constante) en salarios y plusvalía. Es curioso que Ricardo

---

[30] No sólo el supuesto de la reproducción simple conforme al cual I (v + p) = II c, es incompatible con la producción capitalista, lo que por lo demás no excluye que tomando un ciclo industrial de 10-11 años, algún año ofrezca una reproducción total menor que la anterior, es decir, que no haya ni siquiera re-producción simple en comparación con el año precedente, sino que aun dentro del crecimiento anual natural de la población sólo podría darse reproducción simple en el caso que contribuyesen a consumir los 1.500 que representan la plusvalía total, un número correspondiente de servidores improductivos. Sería en cambio imposible en tal caso la acumulación del capital, esto es, la verdadera producción capitalista.

a pesar de haber comprendido, al menos ocasionalmente, el error de la doctrina smithiana, haya recogido su equivocada conclusión cuando dice: "Hay que comprender que todos los productos de un país son consumidos; pero hay una enorme diferencia según sean consumidos por aquellos que reproducen otro valor o por los que no lo reproducen. Cuando decimos que se ha ahorrado renta y se ha convertido en capital, queremos decir que la parte de la renta de la que se dice que se ha convertido en capital es consumida por trabajadores productivos en vez de serlo por trabajadores improductivos." Tras esta singular representación que hace consumir todos los productos elaborados por los hombres y que, por tanto, no deja lugar alguno en el producto total social para los medios de producción, instrumentos y máquinas, materias primas y edificios, no fungibles, la reproducción ampliada se realiza de un modo extraño; en vez de producirse objetos de lujo para la clase capitalista con la parte capitalizada de la plusvalía, se producen medios de subsistencia simples para nuevos obreros. La teoría clásica no conoce más desplazamiento que el que tiene lugar dentro de la producción de medios de consumo en la reproducción ampliada. Que haya sido para Marx un juego destruir este error elemental de Smith y Ricardo, es fácil de comprender. De la misma manera que en la reproducción simple, al mismo tiempo que la elaboración de medios de subsistencia en cantidad suficiente para capitalistas y obreros ha de verificarse el reemplazo regular del capital constante (de los medios de producción materiales), en la ampliación de la producción también una parte del nuevo capital ha de destinarse al aumento de la parte constante del capital, es decir, de los medios de producción materiales. Aquí hay que tener presente, además, otra ley descubierta por Marx: la parte constante del capital, siempre olvidada por la economía clásica, aumenta de continuo en relación con la parte variable empleada en salarios. Esta es sólo la expresión capitalista de los efectos generales de la productividad creciente del trabajo. Con el progreso técnico, el trabajo está en condiciones de poner en movimiento cada vez en menor tiempo medios de producción cada vez mayores y convertirlos en productos. En el régimen capitalista esto significa un descenso creciente de los gastos de trabajo, de lo empleado en salarios, en relación con los gastos empleados en los medios de producción. Por tanto, la reproducción ampliada, frente al supuesto de Smith y Ricardo, no sólo ha de comenzar siempre con la diferenciación de la parte capitalizada de la plusvalía en capital constante y variable, sino que en esta diferenciación se destinará, merced al progreso técnico de la producción, una parte cada vez relativamente mayor al capital constante y una relativamente menor al variable. Este constante cambio cualitativo en la composición de capital constituye la manifestación específica de la acumulación del capital, es decir, de la reproducción ampliada sobre base capitalista.[31]

El otro aspecto de este constante desplazamiento en la relación existente entre el capital constante y el variable es lo que Marx llama la formación de un exceso relativo de población obrera, esto es, en relación con las necesidades medias y aprovechamiento del capital, y, por tanto, superflua o suplementaria. La producción de esta reserva siempre presente de obreros industriales no ocupados (en el sentido amplio de la palabra, con inclusión de los proletarios que dependen del capital comercial), la cual es a su vez el supuesto necesario para las súbitas ampliaciones de la producción en las épocas de coyuntura favorable, está contenida en las condiciones específicas de la acumulación del capital.[32]

[31] "Así, pues, al progresar la acumulación, cambia la proporcione entre el capital constante y el variable, si originariamente era de 1 : 1, ahora se convierte en 2 : 1, 3 : 1, 4 :1, 5: 1, 7 :1, etc., por donde, como el capital crece, en vez de invertirse en fuerza de trabajo ½ de su valor toal sólo se van invirtiendo, progresivamente, 1/3, ¼, 1/5, 1/6, 1/8, etc., invirtiéndose en cambio 2/3, ¾, 4/5, 5/6, 7/8, etc., en medios de producción. Y como la *demanda de trabajo* no depende del volumen del capital total, sino solamente del capital variable, *disminuye progresivamente a medida que aumenta el capital total*, en vez de crecer en proporción a éste, como antes suponíamos. Decrece en proporción a la magnitud del capital total y en progresión acelerada, conforme aumenta esta magnitud. Es cierto que al crecer el capital total crece también el capital variable, y por tanto la fuerza de trabajo absorbida por él, pero en una *proporción* constantemente *decreciente*. Los intervalos durante los cuales la acumulación se traduce en un simple *aumento* de la producción sobre la base técnica existente, van siendo cada vez más cortos. Ahora, para absorber un determinado número adicional de obreros y aun para conservar en sus puestos, dada la metamorfosis constante del capital primitivo, a los que ya trabajan, se requiere una *acumulación cada vez más acelerada de capital total*. Pero no es sólo esto. Además, *esta misma acumulación y centralización creciente se trueca,* a su vez, en fuente de nuevos cambios en cuanto a la composición del capital, impulsando nuevamente el descenso de capital variable para hacer que aumente el constante." (Marx, Carlos, *El Capital*, tomo I, FCE, México, 1972, páginas 532-533)

[32] "El curso característico de la industria moderna, la línea (interrumpida sólo por pequeñas oscilaciones) de un ciclo decenal de períodos de animación media, producción a todo vapor, crisis y estancamiento, descansa en la constante formación, absorción más o menos intensa y reanimación del ejército industrial

Por consiguiente, hemos de deducir de la acumulación del capital individual los siguientes cuatro elementos de la reproducción ampliada:

1.- La extensión de la reproducción ampliada es, dentro de ciertos límites, independiente del crecimiento del capital, pudiendo exceder de éste. Los métodos que a ello conducen son: aumento de la explotación de los trabajadores y de las fuerzas naturales, aumento de la productividad del trabajo (en la última va incluido el aumento de la eficacia del capital fijo).

2.- El punto de partida de toda acumulación efectiva es la división de la parte de la plusvalía que se va a capitalizar en capital constante y variable.

3.- La acumulación como proceso social va acompañada de un desplazamiento constante de la relación entre el capital constante y el variable, aumentando constantemente la parte del capital invertida en instrumentos de producción a un ritmo más acelerado que la parte invertida en salarios.

4.- El otro factor y condición del proceso acumulativo es la formación del ejército industrial de reserva.

Estos elementos, sacados ya del movimiento de reproducción del capital individual, constituyen un gran paso sobre el análisis de la economía burguesa. Pero ahora se trata de exponer la acumulación del capital total, partiendo del movimiento del capital individual. Conforme al esquema de la reproducción simple, sería menester poner ahora, en relación exacta para la reproducción ampliada, bajo el punto de vista de la acumulación, tanto los puntos de vista del valor de una producción de plusvalía, como los puntos de vista materiales del proceso del trabajo (producción de medios de producción y producción de medios de consumo).

La diferencia decisiva que existe entre la reproducción ampliada y la simple, estriba en que en ésta la clase capitalista consume toda la plusvalía, mientras en aquélla una parte de la plusvalía se resta al consumo personal de sus propietarios, pero no para ser atesorada, sino para convertirse en capital activo, para ser capitalizada. Pero para que esto último pueda ocurrir, realmente se requiere que el nuevo capital adicional encuentre las condiciones materiales que hagan posible su funcionamiento. Por consiguiente, aquí hay que tener en cuenta la composición concreta del producto total social. Téngase presente que ya Marx dice en el tomo I de *El Capital*, cuándo considera la acumulación del capital individual:

"En primer lugar, la producción anual debe suministrar todos aquellos objetos (valores de uso) con los que han de reponerse los elementos materiales del capital consumidos en el transcurso del año. Deducidos estos elementos queda el producto neto o producto excedente que encierra la plusvalía. ¿En qué consiste este producto excedente? ¿Acaso en objetos destinados a satisfacer las necesidades y los apetitos de la clase capitalista y a entrar, por tanto, en su fondo de consumo? Si fueses así, la plusvalía se gastaría toda ella alegremente, sin dejar ni rastro, y no habría margen más que para la reproducción simple."

"Para acumular, es forzoso convertir en capital una parte del trabajo excedente. Pero, sin hacer milagros, sólo se pueden convertir en capital los objetos susceptibles de ser empleados en el proceso de trabajo; es decir, los medios de producción, y aquellos oros con que pueden mantenerse los obreros, o sean, los medios de vida. Por consiguiente, una parte del trabajo excedente anual deberá invertirse en crear los medios de producción y de vida adicionales, rebasando la cantidad necesaria para reponer el capital desembolsado. En una palabra, la plusvalía sólo es susceptible de transformarse en capital, porque el producto excedente cuyo valor representa aquélla, encierra ya los elementos materiales de un nuevo capital."[33]

Ahora bien; no bastan medios de producción adicionales y medios de subsistencia adicionales para los obreros, se requieren además obreros adicionales para poner en marcha la producción

de reserva o superpoblacion obrera. A su vez, las alternativas del ciclo industrial se encargan de reclutar la superpoblación, actuando como uno de sus agentes de reproducción más activos." (Marx, Carlos, *El Capital*, tomo I, FCE, México, 1972, página 535)

[33] Marx, Carlos, *El Capital*, tomo I, FCE, México, 1972, página 489.

ampliada. Pero esta condición no ofrece, según Marx, dificultad alguna. "El mecanismo de la propia producción capitalista se cuida también de resolver este problema, al reproducir a la clase obrera como una clase supeditada al salario, cuyos ingresos normales bastan no sólo para asegurar su conservación, sino también para garantizar su multiplicación. Lo único que tiene que hacer el capital es incorporar a los medios de producción adicionales contenidos ya en la producción anual estas fuerzas de trabajo supletorias que la clase obrera le suministra todos los años, en diferentes edades, y con ellos se habrá operado la conversión de la plusvalía en capital."[34]

Tenemos aquí la primera solución dada por Marx al problema de la acumulación del capital total. En el tomo I de E Capital no vuelve a ocuparse de este aspecto de la cuestión, y sólo al final del tomo II de su obra fundamental trata de nuevo el problema: el último capítulo (XXI) está consagrado a la acumulación y reproducción ampliada del capital total.

Consideremos ahora de cerca la exposición esquemática de la acumulación hecha por Marx. Siguiendo el modelo del esquema de la reproducción simple, que ya conocemos, construye Marx un esquema de la reproducción ampliada. Una comparación entre ambos nos permitirá destacar con claridad su diferencia.

Supongamos que el producto total anual de la sociedad constituye un valor total de 9,000 (pudiendo entenderse millones de horas de trabajo, o expresado en forma capitalista, en dinero, la cantidad que se quiera). Supongamos que este producto total está distribuido del siguiente modo:

4.000 c + 1.000 v + 1.000 p = 6.000
2.000 c + 500 v + 500 p = 3.000
Total………… 9.000

La primera sección representa medios de producción; la segunda, medios de subsistencia. Una ojeada muestra que en este caso sólo puede verificarse reproducción simple. Los medios de producción elaborados en la primera sección son iguales a la suma de los medios de producción consumidos realmente en las dos secciones, cuya simple renovación es necesaria para que se repita la producción en la escala anterior. Por otra parte, el producto entero de la sección de medios de subsistencia es igual a la suma de salarios y plusvalía en ambas secciones; esto muestra que los medios de subsistencia de que se dispone no permiten más que la ocupación del número anterior de trabajadores, y al mismo tiempo que toda la plusvalía se ha empleado en medios de subsistencia, es decir, se ha gastado en el consumo personal de la clase capitalista.

Pero ahora tomemos el mismo producto total de 9.000 en la siguiente composición:

4.000 c + 1.000 v + 1.000 p = 6.000
1.500 c + 750 v + 750 p = 3.000
Total………... 9.000

Dos discrepancias saltan aquí a la vista. La cantidad de medios de producción elaborada (6.000), excede en 500 al valor de los efectivamente consumidos en la sociedad (4.000 c + 1.500 c). Al mismo tiempo, la cantidad de medios de subsistencia elaborados (3.000) en comparación con la suma de los salarios pagados, es decir, las necesidades de los obreros (1.000 v + 750 v) y de la plusvalía obtenida (1.000 p + 750 p) representa un déficit de 500. Se sigue de aquí (puesto que queda excluida la disminución del número de obreros empleados) que el consumo de la clase capitalista debe ser menor que la plusvalía por ella percibida. Con ello se han cumplido las dos condiciones previas necesarias en la producción capitalista para que se dé una reproducción ampliada: una parte de la plusvalía apropiada no se consume, sino que se destina a fines productivos, y al mismo tiempo se elaboran en mayor cantidad medios de producción para que la plusvalía capitalizada pueda destinarse efectivamente a la ampliación de la producción.

[34] Marx, Carlos, *El Capital*, tomo I, FCE, México, 1972, página 490.

Así como en el esquema de la reproducción simple hemos hallado que sus condiciones sociales básicas se encierran en la siguiente proporción exacta: el valor de la suma de los medios de producción elaborados (productos de la sección I) ha de ser igual al capital constante de ambas secciones, mientras la suma de los medios de subsistencia elaborados (producto de la sección II) es igual a la suma del capital variable y la plusvalía en ambas secciones, en la reproducción ampliada hemos de aceptar una doble relación inversa. El supuesto general de la reproducción ampliada es: el valor del producto de la sección I es mayor que el capital constante de ambas secciones juntas; el valor del producto de la sección II es, por el contrario, menor que la suma del capital variable y de la plusvalía de ambas secciones.

Pero con esto no hemos agotado ni con mucho el análisis de la reproducción ampliada; antes bien, apenas nos iniciamos en él.

Ahora nos toca seguir las proporciones derivadas del esquema en su funcionamiento ulterior, en el curso de la circulación y en la continuidad del proceso reproductivo. Mientras la reproducción simple puede compararse a un círculo que se recorre constantemente de nuevo, la reproducción ampliada se asemeja, según Sismondi, a una espiral que cada vez asciende más. Consideraremos detenidamente las curvas de esa espiral. Ahora bien, la primera cuestión básica que se plantea es ésta: ¿cómo se realiza, dados los supuestos ya conocidos, la acumulación efectiva en ambas secciones, de modo que los capitalistas capitalicen una parte de su plusvalía y al mismo tiempo encuentren las condiciones previas materiales necesarias de la reproducción ampliada?

Marx explica el problema con ayuda de la siguiente exposición esquemática:

Supongamos que la mitad de la plusvalía I es acumulada. Tendremos entonces que los capitalistas invierten 500 para su consumo, y convierten en capital otros 500. Como sabemos, para funcionar, este capital adicional de 500 tiene que dividirse en constante y variable. Supongamos que a pesar de la mayor amplitud de la producción la proporción entre ambos sigue siendo la misma que en el capital original, esto es, 4 : 1. En tal caso, los capitalistas de la sección I distribuirán su capital adicional de 500 de tal modo que adquieran nuevos medios de producción por valor de 400 y nuevos obreros por valor de 100. La compra de nuevos medios de producción por 400 no ofrece ninguna dificultad, pues sabemos que la sección I ha elaborado ya 500 medios de producción sobrantes. Por tanto 4/5 de ellos se emplearon dentro de la sección I para realizar la ampliación de la producción. Pero el aumento correspondiente del capital variable en 100 en dinero no basta; los trabajadores adicionales deben encontrar también los medios de subsistencia correspondientes, y éstos sólo pueden sacarse de la sección II. Por consiguiente, ahora se desplazará la circulación entre las dos grandes secciones. Primeramente, en la reproducción simple, la sección I sacaba de la segunda por valor de 1.000 medios de subsistencia para los propios trabajadores, ahora necesita sacar 100 más. Por consiguiente, la sección I comenzará de esta manera la reproducción ampliada:

4.400 c + 1.100 v.

Por su parte, la sección II, con la venta de los 100 medios de subsistencia adicionales, se encuentra en situación de adquirir una cantidad equivalente de medios de producción suplementarios de la sección I. De hecho, en la sección I han quedado justamente 100 del sobrante total del producto y los adquiere la sección II, para proceder a su vez a una ampliación de la producción. Pero tampoco aquí puede hacerse gran cosa con el solo aumento de medios de producción; para ponerlos en movimiento son necesarios obreros adicionales. Supongamos también que se mantiene la composición anterior del capital y que, por tanto, la relación entre el capital constante y el variable es 2 : 1; en tal caso, para que actúen los 100 medios de producción adicionales se requieren nuevos obreros por valor de 50. Pero para estos nuevos obreros se requieren también nuevos medios de subsistencia por el importe de sus salarios, medios que suministra la propia sección II. Por tanto, del producto total de la sección II han de emplearse, además de los medios de subsistencia adicionales por valor de 100 para los nuevos obreros de la sección I, otros 50 más para los propios obreros de la sección II. Por consiguiente, la sección II comienza la reproducción ampliada con los siguientes términos:

1.600 c + 800 v

Ahora, el producto total de la sección I (6.000) ha entrado completamente en la circulación: 5.500 eran necesarios para la simple renovación de los medios de producción antiguos de ambas secciones, 400 se emplearon para ampliar la producción de la sección I, 100 para el mismo objeto en la sección II. Por lo que toca al producto total de la sección II (3.000), 1.900 se han empleado para el aumento de obreros en ambas secciones. Los 1.100 restantes sirven para el consumo personal de los capitalistas, que gastan así su plusvalía en esta distribución: 500 en la sección I, 600 para los capitalistas de la sección II, que de su plusvalía de 750 sólo han capitalizado 150 (100 para medios de producción y 50 para salarios de trabajadores).

Ahora puede verificarse la producción ampliada. Si conservamos la misma cuota de explotación que en el capital original, 100 por 100, en el período siguiente se dará:

4.400 c + 1.100 v + 1.100 p = 6.600
1.600 c + 800 v + 800 p = 3.200
Total……….. 9.800

El producto total de la sociedad ha pasado de 9.000 a 9.800; la plusvalía de la sección I, de 1.000 a 1.100; la de la sección II, de 750 a 800. El fin de la ampliación capitalista de la producción, la producción aumentada de plusvalía, se ha alcanzado. Al mismo tiempo, la composición material del producto total social da un sobrante de medios de producción (6.600) sobre los efectivamente consumidos (4.400 + 1.600), así como un déficit de medios de subsistencia (3.200) en comparación con los salarios pagados (1.100 v + 800 v) y la plusvalía conseguida (1.100 p + 800 p). Con esto surge, tanto un fundamento material, como la necesidad de emplear una parte de la plusvalía, no en el consumo de la clase capitalista, sino en la ampliación renovada de la producción, tal como se dijo anteriormente.

La segunda ampliación de la producción y el acrecentamiento de la obtención de la plusvalía resulta también por sí misma con sus proporciones matemáticas exactas. La acumulación del capital, una vez iniciada, lleva mecánicamente más allá de sí misma. El círculo se ha transformado en una espiral que continúa ascendiendo cada vez más, como bajo la presión de una ley natural susceptible de medida matemática. Si en los años siguientes suponemos la misma capitalización de la mitad de la plusvalía en la sección I, conservando la misma composición del capital y el mismo grado de explotación, tendremos la siguiente progresión en la reproducción del capital total.

Segundo año:
4.840 c + 1.210 v + 1210 p = 7.260
1.760 c + 880 v + 880 p = 3.520
Total……….. 10.780

Tercer año:

5.324 c + 1.331 v + 1.331 p = 7.986
1.936 c + 968 v + 968 p = 3.872
Total……… 11.858

Cuarto año:

I. 5.856 c + 1.464 v + 1464 p = 8.784
II. 2.129 c + 1.065 v+ 1.065p= 4.259
Total…………. 13.043

Quinto año:

6.442 c + 1.610 v + 1.610 p = 9.662
2.342 c + 1.172 v + 1.172 p= 4.686
Total……….. 14.348

Así, en cinco años, la acumulación del producto total social ha pasado de 9.000 a 14.348, el capital total social de 5.500 c + 1.750 v = 7.250 a 8.784 c + 2.782 v = 11.566, y la plusvalía de 1.00 p + 750 p = 1.750 p a 1.610 + 1.177 = 2.782, habiendo aumentado la plusvalía consumida personalmente, pasando de 1.100 al principio de la acumulación a 732 + 754 = 1.477 en el último año.[35] Por consiguiente, la clase capitalista ha capitalizado más, ha sufrido más "abstinencias", y no obstante ha vivido con mayor holgura. La sociedad se ha enriquecido materialmente; se ha enriquecido en medios de producción, en medios de subsistencia, y al mismo tiempo en sentido capitalista: produce una plusvalía cada vez mayor. El producto total entra plenamente en la circulación social, destinándose una parte a la ampliación de la reproducción, otra a fines de consumo. Las necesidades de acumulación del capital se cubren al mismo tiempo con la composición material del producto social total. Ocurre como Marx lo expuso en el primer tomo de *El Capital*: la plusvalía acrecida puede ser convertida en capital, porque el plusproducto social viene de antemano al mundo en la figura de medios de producción, una figura que no permite más uso que su empleo en el proceso de producción. Paralelamente se realiza la ampliación de la reproducción observando estrictamente las leyes de la circulación: el mutuo suministro de ambas secciones de la producción con medios de producción y medios de subsistencia adicionales, se verifica por la vía del cambio de equivalentes, de mercancías, posibilitando y condicionando la acumulación de una sección la acumulación de la otra. El complicado problema de la acumulación se ha transformado así en una progresión cuyo esquema es de asombrosa sencillez. La serie de acumulaciones iniciadas pueden proseguirse hasta el infinito. Basta para ello observar las siguientes reglas: al aumento del capital constante en la primera sección debe corresponder siempre un aumento determinado de su capital variable, pero con éste está dado de antemano la cuantía que puede tener el aumento del capital constante en la sección II; a su vez éste debe ir acompañado de un aumento correspondiente del capital variable. Finalmente, con la magnitud del capital variable aumentado se da siempre la parte de la suma total de medios de subsistencia que queda disponible para el consumo personal de la clase capitalista. También se hallará que esta cantidad de medios de subsistencia que queda para el consumo privado de los capitalistas coincide exactamente, en su valor, con el de la parte no capitalizada de la plusvalía en ambas secciones.

La continuación del desarrollo esquemático de la acumulación bajo las dos sencillas reglas enunciadas no tiene límites, como queda dicho. Ahora bien, ¿no habremos llegado a resultados tan asombrosamente sencillos, porque nos hemos limitado a hacer meros ejercicios matemáticos de adición y sustracción que no podían ofrecernos sorpresas? ¿No habremos comprobado que la acumulación puede prolongarse hasta el infinito sin traba alguna, porque el papel permite, paciente, que se le llene de ecuaciones matemáticas? A fin de aclarar si es así o no, consideraremos las condiciones sociales concretas de la acumulación.

[35] *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972.

CAPITULO VII
Análisis del esquema marxista de la reproducción ampliada

La primera ampliación de la producción ofrecía este aspecto:

4.400 c + 1.100 v + 1.100 p = 6.600
1.600 c + 800 v + 800 p = 3.200
Total…………. 9.800

Aquí se manifiesta claramente la mutua dependencia de la acumulación en ambas secciones. Pero esta dependencia tiene una naturaleza particular. La acumulación parte de la sección I, la sección II no hace más que seguir el movimiento, y la amplitud de la acumulación está determinada únicamente por la sección I. Marx pone aquí la acumulación al día en cuanto hace que capitalice en I la mitad de la plusvalía y en II sólo la que es necesaria para asegurar la producción y acumulación en I. Al mismo tiempo hace consumir a los capitalistas de la sección II 600 p, mientras los capitalistas de la sección I que se apropian un valor doble y una plusvalía mucho mayor, sólo consumen 500 p. Al año siguiente, hace que los capitalistas de la sección I capitalicen nuevamente la mitad de su plusvalía y "obliga" a los capitalistas de la sección II a capitalizar más que en el año anterior y, arbitrariamente, tanto como necesita la sección I, por lo cual quedan para los capitalistas de la II esta vez 560 p, menos que el año anterior, lo que constituye sin duda un resultado bastante extraño de la acumulación. Marx describe el proceso de la manera siguiente

"Supongamos ahora que en I se siga acumulando en la misma proporción, es decir, que se inviertan como renta 550 *p* y se destinen 550 *p* a ser acumulados. En primer lugar, se repondrán 1.100 I*v* por 1.100 II*c*, y además deberán realizarse 550 I*p* en la misma cantidad de mercancías de II; es decir, en total 1.650 I (*v* + *p*). Pero el capital constante de II que ha de ser repuesto será solamente = 1.600; los 50 restantes deberán completarse, por tanto, con 800 II*p*. Si, por el momento, prescindimos aquí del dinero, tenemos como resultado de esta transacción:

I 4.400*c* + 550*p* (que han de capitalizarse); además, en el fondo de consumo de los capitalistas y de los obreros, 1.650 (*v* + *p*), realizados en mercancías de II*c*.

II 1.650*c* (o sea, 50 añadidos, según lo expuesto más arriba, de II*p*) + 800*v* + 750*p* (fondo de consumo de los capitalistas).

Pero si se mantiene en II la antigua proporción entre *v* y *c*, habrá que desembolsar para 50*c* otros 25*v*, los cuales deberán tomarse de los 750*p*; y así tendremos:

II 1.650*c* + 825*v* + 725*p*.

En I hay que capitalizar 550*p*; si se mantiene la proporción anterior, 440 de ellos serán capital constante y 110 capital variable. Estos 110 deberán salir eventualmente de los 725 II*p*, es decir, que medios de consumo por valor de 110 serán consumidos por los obreros de I en vez de serlo por los capitalistas de II, lo cual quiere decir que estos últimos se verán obligados a capitalizar los 110*p* no consumidos por ellos. Así quedarán libres de los 725 II*p*, 615 II*p*. Pero si II convierte estos 110 en capital constante adicional, necesitará un nuevo capital variable adicional de 55, que habrá de salir también de su plusvalía; descontándolo de 615 II*p*, quedarán libres 560 para el consumo de los capitalistas de II, con lo que tendremos, después de efectuar todas las transferencias reales y potenciales, como valor capital:

(4.400*c* + 440*c*) + (1.100*v* + 110*v*) = 4.840*c* + 1.210*v*= 6.050
(1.600*c* + 50*c* + 110*c*) + 800*v* + 25*v* + 55*v*) = 1.760*c* + 880*v*= 2.640
Total…………. 8.690"[36]

[36] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 455.

Hemos insertado esta larga cita, porque muestra claramente de qué modo Marx en este punto impone la acumulación en la sección I a costa de los capitalistas de la sección II. Con la misma dureza procede con los capitalistas en la sección de medios de subsistencia en los años siguientes. En el tercer año, según la misma regla. Hace que acumulen 264 p y que consuman 616, esta vez más que en los dos años anteriores. En el cuarto año hace que se capitalicen 290 p y se consuman 678, en el quinto acumulan 320 p y consumen 745 p. Al mismo tiempo, Marx incluso dice: "Para que la cosa se desarrolle normalmente, la acumulación en II deberá operarse más rápidamente que en I, pues de otro modo la parte de I (*v* + *p*) que ha de cambiarse por mercancías de II*c* aumentará más aprisa que II*c*, que es lo único por lo que puede cambiarse."[37] Pero las cifras enumeradas muestran que en la sección II no sólo no se verifica una acumulación más rápida, sino más bien una acumulación más oscilante, pudiendo tomarse como regla lo siguiente: Marx hace avanzar la acumulación haciendo que la sección I produzca sobre una base más amplia; la acumulación de la sección II sólo aparece como consecuencia y condición de la otra, en primer lugar para hacerse cargo de los medios de producción sobrantes, y en segundo lugar para suministrar el excedente de los medios de consumo requerido para los trabajadores adicionales. La iniciativa del movimiento está constantemente de parte de la sección I, la segunda desempeña un papel pasivo. Así, los capitalistas de la sección II sólo pueden acumular tanto como sea necesario para la acumulación de la primera y tienen que consumir en relación con ello mientras que la sección I capitaliza siempre la mitad de la plusvalía y consume la otra mitad, lo que da por resultado una ampliación regular de la producción y del consumo personal de la clase capitalista, el doble movimiento de la sección II se verifica a saltos del siguiente modo:

En el año 1 se capitaliza 150,	consume 600
En el año 2 se capitaliza 240,	consume 560
En el año 3 se capitaliza 264,	consume 616
En el año 4 se capitaliza 290,	consume 678
En el año 5 se capitaliza 320,	consume 745

No existe ninguna regla visible en esta acumulación y consumo, ambas se limitan a seguir las necesidades de la acumulación en la sección I. Que los números absolutos del esquema de cada una de las ecuaciones sean arbitrarios cae de su peso y no disminuye su valor científico. Lo que importan son las proporciones que deben expresar relaciones exactas. Pero las proporciones de acumulación de la sección I, dictadas por una clara construcción, parecen viciadas con una construcción totalmente arbitraria de las proporciones de la sección II, y esta circunstancia es apropiada para inducir a un examen que nos permita profundizar en el análisis.

Podría, sin embargo, suponerse que sólo se trata de un ejemplo elegido con escasa fortuna. El propio Marx no se conforma con el esquema citado, sino que en seguida agrega un segundo ejemplo para explicar el movimiento de la acumulación. Los números de la ecuación aparecen dispuestos del siguiente modo:

5.000 c + 1.000 v + 1.000 p = 7.000
1.430 c + 285 v + 285 p = 2.000
Total………… 9.000

Vemos aquí que, a diferencia del ejemplo anterior, se da en ambas secciones la misma composición del capital, siendo la relación del constante al variable de 5: 1. Esto presupone: desarrollo ya considerable de la producción capitalista y, en consecuencia, de la productividad del trabajo social; considerable ampliación, ya anterior, de la escala productiva; finalmente, desarrollo de todas las circunstancias que producen una relativa superpoblación de la clase obrera. No hacemos, pues, como en el primer ejemplo, la primera transición inicial de la producción simple a la ampliada, que por lo demás sólo tiene un valor teórico abstracto, sino que tomamos el movimiento de acumulación en pleno desarrollo, en un grado de evolución ya elevado. En sí mismos estos supuestos son perfectamente admisibles y no modifican tampoco las reglas que nos guiaron al desarrollar la espiral de la reproducción. También aquí Marx toma como punto de partida la capitalización de la mitad de la plusvalía de la sección 1:

[37] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 455.

"Supongamos ahora que la clase capitalista I consuma la mitad de la plusvalía = 500 y acumule la otra mitad. En este caso, habría que invertir (1.000*v*+500*p*) I = 1.500 en 1.500 II*c*. Como aquí II*c* solamente = 1.430, habrá que añadir 70 sacados de la plusvalía, restando esto de 285 II*p*. Tendremos por tanto:

5.000*c* + 500*p* (a capitalizar) + 1.500 (*v*+*p*) en el fondo de consumo de los capitalistas y obreros.
1.430*c* +70*p* (a capitalizar) + 285*v* + 215*p*.

Como aquí 70 II*b* son anexionados directamente por II*c*, se necesita para poner en movimiento este capital constante adicional un capital variable de 70/5=14; estos 14 se deducen, pues, también de 215 II*p*; quedan 210 II*p*, y así tenemos:

II (1.430c + 70c) + (285v + 14v) + 201p."[38]

Tras estas primeras disposiciones puede realizarse la capitalización. Se verifica del modo siguiente:

En la sección I los 500 p que se capitalizan se dividen en 5/6 = 417 c, 1/6 = 83 v. Los 83 v deducen un importe igual de II p que compra elementos del capital constante, es decir, que se añade a II c. Un aumento en 83 de II c determina un aumento de II v en 1/5 de 83 = 17. Tenemos, por tanto, el siguiente movimiento:

I. (5.000 c. + 417 p) + (1.000 v + 83 p) v = 5.417 e + 1.083 v = 6.500
II. (1.500 c + 83 p) + (299 v + 17 p) v = 1.583 c + 316 v = 1.899

En la sección I el capital ha aumentado de 6.000 a 6.500, es decir, en 1/12, en la II de 1.715 a 1.899, es decir, ni siquiera en 1/9.

La reproducción sobre esta base al año siguiente, da al final del año:

5.417 c + 1.083 v + 1.083 p = 7.583
1.583 c + 316 v + 316 p = 2.215
Total………….. 9.798

Si se continúa acumulando en la misma proporción, tendremos al final del segundo año:

5.869 c + 1.173 v + 1.173 p = 8.215
1.715 c + 342 v + 342 p = 2.399
Total………….. 10.614

y al final del tercer año:

6.358 c + 1.271 v + 1.271 p = 8.900
1.858 c + 371 v + 371 p = 2.600
Total………… 11.500

En tres años el capital total social ha aumentado de 6.000 I + 1.715 II = 7.715 a 7.629 I + 2.229 II = 9.858; el capital total ha pasado de 9.000 a 11.500.

A diferencia de lo que ocurría en el primer ejemplo, aquí la acumulación progresa uniformemente en ambas secciones; en adelante se capitaliza la mitad de la plusvalía y se consume la mitad. Por consiguiente, lo arbitrario del primer ejemplo parece radicar únicamente en las series de números mal elegidas. Sin embargo, tenemos que examinar sin obstáculos los datos de la acumulación y comprobar si representan algo más que operaciones aritméticas realizadas con números hábilmente elegidos.

Lo que salta a la vista como regla general de la acumulación, tanto en el primer como en el segundo ejemplo, es siempre lo siguiente: para que pueda realizarse la acumulación, la

[38] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 457.

segunda sección necesita ampliar el capital constante en la misma proporción en que la primera realiza el aumento de la parte consumida de la plusvalía, e igualmente debe aumentar el capital variable. Como se ve en el ejemplo del primer año, el capital constante de la segunda sección debe realizar una adición de 70. ¿Por qué? Porque este capital representaba hasta entonces 1.430. Pero si los capitalistas de la sección I quieren acumular la mitad de su plusvalía (1.000) y consumir la mitad, necesitan para sí y para sus obreros medios de subsistencia por valor de 1.500, y ambos sólo pueden adquirirlos cambiando en la sección II contra el propio producto, los medios de producción. Pero como la sección II sólo cubría su propia necesidad de medios de producción por el importe del propio capital constante (1.430), el cambio sólo puede verificarse en el caso de que la sección II se resuelva a aumentar en 70 su capital constante, es decir, a ampliar la propia producción, lo que no puede realizarse más que por capitalización de una parte correspondiente de la plusvalía. Si ésta representa en la sección II 285 p, 70 han de ser transformados en capital constante. Aquí se da el primer paso en la ampliación de la producción en la sección II como condición y consecuencia de una ampliación del consumo de los capitalistas de la sección I. Prosigamos. Hasta ahora, la clase capitalista está capacitada para gastar en su consumo personal la mitad de la plusvalía (500). Para capitalizar la otra mitad tiene que distribuir los 500 conforme a la composición anterior, es decir, destinando 417 al capital constante y 83 al variable. La primera operación no ofrece dificultad alguna: los capitalistas de la sección I poseen en su propio producto un sobrante de 500, consistente en medios de producción cuya forma natural los capacita para ser admitidos directamente en el proceso de producción; así se forma una ampliación del capital constante de la sección I, basada en el importe correspondiente del producto propio de esta sección. Pero para que los 83 correspondientes puedan funcionar como capital variable es menester contar con medios de subsistencia para los nuevos obreros por el mismo importe. Aquí se manifiesta, por segunda vez, la dependencia en que se encuentra la acumulación en la sección I de la que tiene lugar en la II: la primera obliga a tomar de la segunda medios de subsistencia para sus obreros por valor de 83 más que antes. Como esto, a su vez, sólo acontece mediante el cambio de mercancías, esta necesidad de la sección I sólo puede ser satisfecha a condición de que, por su parte, la sección II se declare dispuesta a aceptar productos de la primera, es decir, medios de producción por valor de 83. Como con los medios de producción no puede hacerse otra cosa que emplearlos en el proceso de producción, resulta para la sección II la posibilidad y al mismo tiempo la necesidad de ampliar una vez más el capital constante por valor de 83, con lo cual se quitan 83 de la plusvalía de esta sección al consumo personal y se aplican a la capitalización. El segundo paso en el incremento de la producción de la sección II está condicionado por el aumento del capital variable en la primera. Dándose entonces en la sección I todas las condiciones materiales de la acumulación, puede verificarse la reproducción ampliada. En cambio, en la segunda sólo se ha realizado de momento una doble ampliación del capital constante. De ella resulta que si los medios de producción nuevamente adquiridos han de ser realmente utilizados, es necesario un aumento correspondiente del número de obreros. Manteniendo las proporciones aceptadas hasta aquí para el nuevo capital constante de 153 (70 + 83), se requiere un nuevo capital variable de 31 (14 + 17). Con esto queda dicho que es menester capitalizar un importe equivalente de plusvalía. Luego el fondo de consumo de los capitalistas de la sección II (101) resulta como resto de la plusvalía (285 p) después de deducido el doble aumento del capital constante (70 + 83) Y el aumento correspondiente del variable (14 + 17), en total 184. Tras operaciones semejantes en el segundo año de la acumulación en la sección II, la plusvalía se distribuye en 158 para capitalización y 158 para el consumo de los capitalistas, en el tercer año 172 y 170.

Hemos considerado el proceso con tanta atención, y lo hemos seguido paso a paso, porque de él se deduce con claridad que la acumulación de la sección II depende completamente y está dominada por la acumulación de la primera. Es cierto que esta dependencia no se manifiesta en los desplazamientos arbitrarios en la distribución de la plusvalía en la sección II, como sucedía en el primer ejemplo del esquema de Marx, pero el hecho mismo persiste, incluso cuando la plusvalía se reparte ahora tan exactamente en dos mitades, una para fines de capitalización y otra para fines de consumo personal. A pesar de esta equiparación numérica de la clase capitalista en ambas secciones, se ve claramente que todo el movimiento de acumulación es originado y realizado activamente por la sección I, mientras la II se limita a acompañarla pasivamente. Esta dependencia encuentra también expresión exacta en la siguiente regla: la acumulación sólo puede verificarse en ambas secciones al mismo tiempo si la sección de medios de subsistencia amplía su capital constante en la misma proporción en

que los capitalistas de la sección de medios de producción amplían su capital variable y su fondo personal. Esta proporción (incremento II c = incremento I v + incremento I p) es la base matemática del esquema de la acumulación de Marx, cualesquiera que sean las proporciones numéricas en que se formule.

Tenemos que examinar ahora si esta regla rigurosa de la acumulación capitalista tiene realidad objetiva.

Volvamos primeramente a la reproducción simple. Como se recordará, el esquema de Marx era el siguiente:

4.000 c + 1.000 v + 1.000 p = 6.000 medios de producción
2.000 c + 500 v + 500 p = 3.000 medios de consumo
Total………….. 9.000 producción total

También aquí hemos establecido determinadas proporciones en que descansa la reproducción simple. Estas proporciones eran:

1.- El producto de la sección I es igual en valor a la suma de los dos capitales constantes de las secciones I y II.

2.- Resulta de la proporción anterior, que el capital constante de la sección II es igual a la suma del capital variable y de la plusvalía de la sección I.

3.- Y de las dos precedentes, que el producto de la sección II es igual a la suma de los dos capitales variables y plusvalía de ambas secciones.

Estas proporciones del esquema corresponden a las condiciones de la producción capitalista (reproducción simple). Así, por ejemplo, la proporción 2ª está condicionada por la producción de mercancías, esto es, por la circunstancia de que los empresarios de cada sección sólo pueden obtener los productos de la otra a cambio de equivalentes. El capital variable y la plusvalía de la sección I juntos expresan los medios de subsistencia que necesita esta sección. Estos medios han de cubrirse con los productos de la sección II, pero sólo pueden obtenerse a cambio de valores iguales del producto I, es decir, medios de producción. Como la sección II no puede hacer con este equivalente, a causa de su forma natural, otra cosa que emplearlo en el proceso de producción como capital constante, queda dada con esto la magnitud del capital constante de la sección II. Si existiese aquí una desproporción; si, por ejemplo, el capital constante de II fuese mayor que (v + p) I, no podría ser transformado completamente en medios de producción, pues la sección I necesitaría menos medios de subsistencia. Si el capital constante II fuese menor que (v + p) I, los obreros de esta sección no podrían ser ocupados en la escala de antes, o los capitalistas no podrían consumir su plusvalía entera. En cualquiera de los casos se habrían vulnerado los supuestos de la reproducción simple.

Pero estas proporciones no son meros ejercicios matemáticos, ni están condicionadas simplemente porque la producción sea una producción de mercancías. Para convencernos de ello, tenemos un medio sencillo. Por un momento representémonos, en vez de la producción capitalista, la socialista; esto es, una economía regulada conforme a un plan, en la que la división social del trabajo ha sustituido al cambio. En esta sociedad habría asimismo una división del trabajo en producción de medios de producción y en producción de medios de subsistencia. Supongamos, además, que el nivel técnico del trabajo determina que 2/3 de trabajo social se destinen a la elaboración de medios de producción y un tercio a la de medios de subsistencia. Supongamos que en estas condiciones son necesarias para el sostenimiento de toda la parte trabajadora de la sociedad, anualmente, 1.500 unidades de trabajo (días, meses o años) así distribuidas: 1.000 en la sección de medios de producción, 500 en la de medios de subsistencia; gastándose cada año medios de producción de períodos de trabajo anteriores que representan el producto de 3.000 unidades de trabajo. Pero esta tarea de trabajo no basta para la sociedad, pues el sostenimiento de todos los miembros no trabajadores (en el sentido material, productivo) de la sociedad (niños, ancianos, enfermos, funcionarios públicos, artistas y científicos) exige un suplemento considerable de trabajo. Aparte de esto, toda sociedad civilizada necesita un fondo de reserva contra accidentes de

naturaleza elemental. Supongamos que el sostenimiento de los no trabajadores, junto con el fondo de reserva, demanda tanto trabajo como el sostenimiento de los trabajadores. En este caso, resultará el siguiente esquema de una producción regulada:

4.000 c + 1.000 v + 1.000 p = 6.000 medios de producción
2.000 c + 500 v + 500 p = 3.000 medios de subsistencia

representando *c* los medios de producción materiales usados expresados en la jornada de trabajo social, *v* la jornada de trabajo socialmente necesaria para el sostenimiento de los trabajadores, *p* la necesaria para el sostenimiento de los no trabajadores, junto con el fondo de reserva.

Si examinamos ahora las proporciones del esquema tendremos los siguientes resultados. No hay aquí producción de mercancías, ni por tanto cambio, pero sí división del trabajo social. Los productos de la sección I se destinan en la cantidad necesaria a los trabajadores de la II; los de la sección II a todos los trabajadores y no trabajadores (de ambas secciones), así como al fondo de seguros, no porque haya aquí cambio de equivalentes, sino porque la organización social dirige conforme a un plan de proceso total, y es menester que sean cubiertas las necesidades existentes, ya que la producción no conoce otro fin que el de cubrir justamente las necesidades sociales.

No obstante, las proporciones conservan su validez absoluta. El producto de la sección I tiene que ser igual a I c + II c, lo cual significa sencillamente que en la sección I es menester renovar anualmente todos los medios de producción gastados por la sociedad en su proceso de trabajo anual. El producto de la sección II ha de ser igual a la suma (v + p) I + (v + p) II; esto significa que la sociedad elabora anualmente tantos medios de subsistencia como corresponde a las necesidades de todos sus miembros, trabajadores y no trabajadores, junto con reservas para el fondo de seguros. Las proporciones del esquema aparecen igualmente naturales y necesarias en un sistema económico regulado conforme a un plan o en un sistema capitalista basado en el cambio de mercancías y en la anarquía de la producción. Se ha demostrado la validez social objetiva del esquema, si bien, por ser justamente reproducción simple, tanto en la sociedad capitalista como en la regulada es un mero postulado teórico, y en la práctica sólo se presenta por excepción.

Representémonos una sociedad capitalista y tomemos el esquema del segundo ejemplo de Marx. Desde el punto de vista de la sociedad regulada, la cosa no ha de mirarse naturalmente desde la sección I, sino desde la II. Figurémonos que la sociedad crece rápidamente, con lo cual resulta una demanda creciente de medios de vida para trabajadores y no trabajadores. Esta demanda crece tan rápidamente, que (dejando de momento a un lado los progresos de la productividad del trabajo) se necesita una cantidad constantemente aumentada de trabajo para la elaboración de medios de subsistencia. Supongamos que la cantidad de medios de subsistencia necesarios, expresada en el trabajo social a ella incorporado, aumenta de año en año, digamos, en proporción de 2.000, 2.215, 2.399, 2.600, etc. Para elaborar esta cantidad creciente de medios de subsistencia, se requiere técnicamente una masa creciente de medios de producción que aumenta de año en año (medida en jornadas de trabajo social) en la siguiente proporción: 7.000, 7.583, 8.215, 8.900, etc. Supongamos que sea necesario para esta ampliación de la producción un rendimiento de trabajo anual de 2.570, 2.798, 3.030, 3.284 (los números corresponden a las sumas respectivas de [(v + p) I + (v + p) II], y finalmente, que la distribución de trabajo anual sea tal que la mitad se aplique al sostenimiento de los trabajadores, una cuarta parte al sostenimiento de los no trabajadores y una última cuarta parte a la ampliación de la producción del año siguiente. Tenemos así para la sociedad socialista las proporciones del segundo esquema de Marx y la reproducción ampliada. De hecho sólo es posible una ampliación de la producción en cualquier sociedad, y, por tanto, en la regulada, cuando: 1º, la sociedad dispone de un número cada vez mayor de obreros; 2º, cuando el sostenimiento inmediato de la sociedad en cada periodo de trabajo no requiere toda su jornada de trabajo, de modo que una parte puede dedicarse al porvenir y a sus exigencias, y 3º, cuando de año en año se elabora una masa de medios de producción creciente, sin la cual no es posible realizar una ampliación progresiva de la reproducción.

Considerado desde estos puntos de vista conserva, pues, también el esquema marxista de la reproducción ampliada *mutatis mutandi* su validez objetiva para la sociedad regulada.

Examinemos ahora la validez del esquema para la economía capitalista. En este caso, tenemos que preguntarnos ante todo: ¿cuál es el punto de partida de la acumulación? Desde este punto de vista tenemos que seguir la dependencia relativa del proceso de acumulación en ambas secciones de la producción. Sin duda, en la sociedad capitalista la sección II depende de la I en cuanto que su acumulación está condicionada por la existencia de una cantidad correspondiente de medios de producción adicionales, y a la inversa, la acumulación de la sección I lo está por la necesidad que tiene de una cantidad adicional correspondiente de medios de subsistencia para nuevos obreros. Pero de aquí no se sigue que baste el cumplimiento de ambas condiciones para que se realice efectivamente la acumulación en ambas secciones y se verifique de año en año de un modo completamente automático, como parece según el esquema de Marx. Las condiciones indicadas de la acumulación, no son sino condiciones sin las que la acumulación no puede verificarse. También la voluntad de acumulación puede darse tanto en la sección I como en la II. Pero la voluntad y las condiciones técnicas previas de la acumulación no bastan en una economía capitalista. Para que haya una acumulación de hecho, es decir, para que la producción se amplíe, es necesaria otra condición: que se amplíe la demanda con capacidad de pago de mercancías. Ahora bien, ¿de dónde viene la demanda constantemente creciente en que se fundamenta la ampliación progresiva de la producción en el esquema marxista?

De momento hay una cosa clara: no es posible que provenga de los capitalistas de las secciones I y II, es decir, de su consumo personal. Por el contrario, la acumulación consiste justamente en que los capitalistas no consuman personalmente una parte (y una parte más o menos creciente en absoluto) de la plusvalía, sino que creen con ella bienes. Ciertamente, el consumo personal de los capitalistas crece con la acumulación, puede crecer incluso según el valor consumido, pero, en todo caso, lo que se destina al consumo de los capitalistas es sólo una parte de la plusvalía. El fundamento de la acumulación es justamente que los capitalistas no consuman plusvalía. ¿Para quién produce esta otra parte acumulada de la plusvalía? Según el esquema de Marx, el movimiento parte de la sección I, de la producción de medios de producción. ¿Quién necesita estos medios de producción aumentados? El esquema responde: los necesita la sección II para poder elaborar más medios de subsistencia. ¿Pero quién necesita los medios de subsistencia aumentados? El esquema responde: justamente la sección I, porque ahora ocupa más obreros. Nos movemos indudablemente en un círculo vicioso. Elaborar más medios de consumo simplemente para poder alimentar más obreros, y elaborar más medios de producción simplemente para dar ocupación a aquel aumento de obreros, es un absurdo desde el punto de vista capitalista. Ciertamente, para el capitalista individual el obrero es tan buen consumidor, es decir, tan buen comprador de su mercancía (si puede pagar), como un capitalista o como cualquier otro miembro de la sociedad. En el precio de la mercancía que vende al obrero, el capitalista individual realiza su plusvalía exactamente igual que en el precio de cualquier mercancía vendida a otro comprador. Pero no sucede así desde el punto de vista de la clase capitalista en conjunto. Ésta sólo da a la clase obrera un libramiento sobre una parte exactamente determinada del producto total por el importe del capital variable. Por tanto, si los obreros pueden comprar medios de subsistencia, le devuelven a la clase capitalista la suma de salarios que han recibido de ella hasta el total del capital variable. No pueden dar nada más, más bien algo menos, en el caso que puedan "ahorrar", para independizarse, para hacerse pequeños empresarios, lo que constituye, sin embargo, una excepción. Una parte de la plusvalía la consume la clase capitalista misma en forma de medios de subsistencia, y se guarda en el bolsillo el dinero mutuamente cambiado. ¿Pero quién le toma los productos en que está incorporada la otra parte capitalista de la plusvalía? El esquema responde: en parte, los capitalistas mismos en cuanto elaboran nuevos medios de producción, para ampliar éstos; en parte, nuevos obreros que son necesarios para el empleo de aquellos nuevos medios de producción. Pero en el sistema capitalista, para hacer que trabajen nuevos obreros con nuevos medios de producción hay que tener antes un fin para la ampliación de la producción, una nueva demanda de los productos que se quiere elaborar.

Quizá la respuesta sea: esta demanda creciente la suministra el aumento natural de la población. De hecho, en nuestra investigación hipotética de la reproducción ampliada en una sociedad socialista, hemos partido del crecimiento de la población y sus necesidades. Pero, en

ella, las necesidades de la sociedad era base suficiente, como es también el único fin de la producción. En la sociedad capitalista el problema ofrece otro aspecto. ¿De qué población se trata cuando hablamos de su aumento? No conocemos aquí (en el esquema de Marx) más que dos clases de población: capitalistas y obreros. El aumento de la clase capitalista queda ya comprendido en la magnitud absoluta creciente de la parte por ella consumida de la plusvalía. Pero, en todo caso, no puede consumir enteramente la plusvalía, pues entonces volveríamos a la reproducción simple. Quedan los obreros. También la clase obrera aumenta por crecimiento natural. Pero este crecimiento en sí mismo para nada le interesa a la economía capitalista como punto de partida de necesidades crecientes.

La producción de medios de subsistencia para cubrir las necesidades de I *v* y II *v* no es fin en sí misma, como en una sociedad en que los trabajadores y la satisfacción de sus necesidades constituyan el fundamento del sistema económico. En la economía capitalista no se producen en la sección II tantos medios de subsistencia porque haya de ser alimentada la clase obrera de las secciones I y II. A la inversa. Pueden alimentarse en cada caso tantos obreros en las secciones I y II, porque su capacidad de trabajo puede ser utilizada en las condiciones existentes en el mercado. Es decir, el punto de partida de la producción capitalista no es un número determinado de obreros y sus necesidades, sino que estas magnitudes mismas son "variables dependientes", que oscilan constantemente en virtud de las posibilidades capitalistas de beneficio. Se pregunta, pues, si el crecimiento natural de la población trabajadora significa también un nuevo crecimiento de la demanda, con capacidad de pago por encima del capital variable. No puede ser éste el caso. En nuestro esquema, la única fuente de dinero para la clase trabajadora es el capital variable. Por tanto, el capital variable comprende ya, previamente, el crecimiento de la clase trabajadora. Una de dos: o los salarios están calculados de tal modo que sustenten también a la descendencia de los trabajadores, y, en ese caso, la descendencia no puede incluirse nuevamente como base del consumo ampliado, o no es éste el caso, y entonces deben suministrar trabajo los obreros jóvenes, la descendencia, para percibir salario y medios de subsistencia; En tal caso, la descendencia trabajadora se halla incluida en el número de los obreros ocupados. El crecimiento natural de la población no puede explicarnos, por tanto, el proceso de acumulación en el sistema marxista.

Sin embargo, la sociedad (incluso bajo el régimen capitalista) no se compone solamente de capitalistas y obreros asalariados. Además de estas dos clases hay una gran masa de población: propietarios territoriales, empleados, profesionales liberales: médicos, abogados, artistas, científicos; la Iglesia con sus ministros, y, finalmente, el Estado con sus funcionarios y ejército. Todas estas capas de población no pueden contarse como capitalistas ni obreros asalariados en sentido categórico y, sin embargo, han de ser alimentadas y sostenidas por la sociedad. ¿Será, pues, la demanda de estas capas de la población, que no son capitalistas ni trabajadores, la que hace necesaria la ampliación de la producción? Pero considerada más de cerca esta solución se advierte su falacia. Los propietarios territoriales como consumidores de la renta (esto es, de una parte de la plusvalía capitalista), han de ser contados evidentemente entre la clase de los capitalistas, y su consumo se ha tenido ya en cuenta con el de la clase capitalista, ya que hemos considerado la plusvalía en su forma primaria indivisa. Los profesionales reciben su dinero, es decir, sus créditos, contra una parte del producto social casi siempre directa o indirectamente de manos de los capitalistas, que les satisfacen con migajas de su plusvalía. En tal sentido, su consumo puede contarse dentro del de la clase capitalista. Lo mismo ocurre con los sacerdotes, salvo que éstos perciben en parte sus emolumentos también de los trabajadores, y, por tanto, de los salarios. Finalmente, el Estado, con sus funcionarios y ejército se mantiene de los impuestos, y éstos gravan, bien la plusvalía, bien los salarios. En general, no hay (dentro de los límites del esquema de Marx) más que dos fuentes de renta en la sociedad: salarios de los trabajadores y plusvalía. Así, todas las capas de la población enumeradas, fuera de los capitalistas y de los obreros, sólo pueden figurar dentro de una de estas dos clases en cuanto consumidores. El propio Marx rechaza como un subterfugio la referencia a estas terceras personas como compradores: "1º Todos los miembros de la sociedad que no intervienen directamente en el proceso de reproducción, con o sin trabajo, sólo pueden obtener directamente su parte en el producto anual de mercancías (y, por tanto, sus medios de consumo de manos de las clases entre las que se reparte de primera mano el producto: obreros productivos, capitalistas industriales y terratenientes. En este sentido, sus rentas se derivan *materialiter* del salario (de los obreros productivos), de la ganancia o de la renta del suelo y aparecen, por tanto, como rentas derivadas, por oposición a éstas, que son

rentas originales. Pero, por otra parte, quienes reciben estas rentas que llamamos derivadas y que lo son en el sentido indicado, las perciben en gracia a su función social, como reyes, curas, profesores, prostitutas, caudillos guerreros, etc., razón la cual pueden considerar también estas funciones como las fuentes originales de sus rentas."[39] Frente a los que se refieren a los consumidores de interés del capital y renta de la tierra como compradores, dice Marx: "Pero si la parte de la plusvalía de las mercancías que el capitalista industrial se halla obligado a ceder a otros copropietarios de la plusvalía en concepto de renta del suelo o de intereses no es realizable a la larga mediante la venta de las mercancías, se vendrá a tierra también el pago de la renta o de los intereses y, por tanto, ni el terrateniente ni el financiero pueden actuar, mediante su desembolso como *dei ex machina* para invertir en dinero a su antojo determinadas partes de la reproducción anual. Y los mismo acontece con los gastos de todos los llamados obreros improductivos, funcionarios públicos, médicos, abogados, etc., y de cuantos, bajo una u otra forma del "gran público", prestan a los economistas el "servicio" de explicar lo que no son capaces de explicar ellos."[40]

Como, por consiguiente, no se pueden descubrir dentro de la sociedad capitalista clientes visibles para las mercancías en que se incorpora la parte acumulada de la plusvalía, no queda más que un recurso: el comercio exterior. Sin embargo, surgen varias objeciones contra este método de considerar al comercio exterior como una cómoda salida para productos, con los que no se sabe qué hacer en el proceso de reproducción. La referencia al comercio exterior va a parar únicamente al subterfugio de trasladar de un país a otro la dificultad con que se ha tropezado en el análisis, pero sin resolverla. El análisis del proceso de reproducción no se refiere, en general, a un solo país capitalista, sino al mercado capitalista mundial, para el que todos los países son interiores. Marx hace resaltar esto expresamente ya en el primer tomo de *El Capital*, al tratar de la acumulación: "Aquí, hacemos caso omiso del comercio de exportación, por medio del cual un país puede cambiar artículos de lujo por medios de producción y de vida, o viceversa. Para enfocar el objeto de nuestra investigación en toda su pureza, libre de todas las circunstancias concomitantes que puedan empañarlo, tenemos que enfocar aquí todo el mundo comercial como si fuese una sola nación y admitir que la producción capitalista se ha instaurado ya en todas partes y se ha adueñado de todas las ramas industriales sin excepción."[41]

El análisis ofrece la misma dificultad, si consideramos la cosa desde otro punto de vista. En el esquema marxista de la acumulación se presupone que la parte de la plusvalía social destinada a capitalizarse viene al mundo en la forma natural que condiciona y permite su aplicación a la acumulación. En una palabra, la plusvalía sólo es transformable en capital, "porque el producto excedente cuyo valor representa aquélla, encierra ya los elementos materiales de un nuevo capital."[42], expresado en las cifras del esquema:

5.000 c + 1.000 v + 1.000 p = 7.000 medios de producción
1.430 c + 285 v + 285 p = 2.000 medios de consumo

Aquí puede ser capitalizada la plusvalía en la cuantía de 560 *p*, pues consiste de antemano en medios de producción. Pero a esta masa de medios de producción corresponde una masa sobrante de medios de subsistencia por valor de 114 *p*, y, por tanto, en conjunto pueden ser capitalizados 674 *p*. Pero el proceso aquí aceptado de simple traslado de los medios de producción correspondientes al capital constante y de los medios de subsistencia al capital variable, contradice las bases de la producción capitalista de mercancías. La plusvalía, cualquiera que sea su forma natural, no puede trasladarse directamente a la acumulación en el lugar de la producción, sino que ha de ser previamente realizada, cambiada por dinero.[43] La plusvalía de la sección I por valor de 500 puede ser capitalizada, pero para este fin es menester

[39] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 332.
[40] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 406.
[41] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1972, página 489. Nota 2.
[42] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1972, página 489.
[43] Prescindimos aquí de casos en los que una parte del producto, por ejemplo el carbón, en las minas de carbón, puede volver directamente, sin cambio, al proceso de producción. Son estos casos excepcionales en el conjunto de la producción capitalista. Véase Carlos Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, tomo II, parte 2ª, página 255 y ss. [Rosa Luxemburg trabajaba con la edición de las *Teorías* hecha por Kautsky]

que sea primeramente realizada, necesita borrar su forma natural y adoptar su pura forma de valor antes de transformarse en capital productivo. Esto se refiere a todos los capitalistas individuales, pero se aplica también a la totalidad de los capitalistas, pues la realización de la plusvalía en pura forma de valor es una de las condiciones fundamentales de la producción capitalista, y en el estudio total de la reproducción "… no debe caerse en el método que Proudhon copia de la economía burguesa, viéndole problema como si una sociedad basada en el régimen capitalista de producción perdiese, al ser enfocada en bloque, como totalidad, este carácter económico, específico e histórico. Por el contrario, en este caso, nos enfrentamos con el capitalista global."[44] Por tanto, la plusvalía ha de adoptar incondicionalmente la forma del dinero, necesita desprenderse de la forma del plusproducto antes de que vuelva a adoptarla para el fin de la acumulación. ¿Pero qué son y quiénes adquieren el plusproducto de las secciones I y II? Para realizar la plusvalía de las secciones I y II ha de existir ya un mercado. Pero con esto sólo se habría transformado la plusvalía en dinero. Para que esta plusvalía realizada pueda emplearse luego en ampliar la producción, en la acumulación, se requiere la probabilidad de un mercado futuro aún mayor que se encuentra igualmente fuera de las secciones I y II. Este mercado para el plusproducto se ha de aumentar cada año en proporción a la cuota acumulada de plusvalía. O a la inversa: la acumulación sólo puede verificarse en la proporción en que aumenta el mercado fuera de las secciones I y II.

[44] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 386.

CAPITULO VIII
Intentos de solución de la dificultad por Marx

Nos encontramos con que prescindir por completo de la circulación del dinero en el esquema de la reproducción ampliada, que nos hizo aparecer tan sencillo el proceso de la acumulación, conlleva grandes dificultades. En el análisis de la reproducción simple este procedimiento se hallaba plenamente justificado. Allí donde la producción se verificaba exclusivamente para el consumo y se hallaba calculada sobre él, el dinero sólo servía de intermediario, presto a desaparecer, de la distribución del producto social entre los diversos grupos de consumidores y de la renovación del capital. Aquí, en la acumulación, la forma monetaria juega una función esencial: ya no sirve meramente como intermediario en la circulación de mercancías, sino como forma en que se presenta el capital, como elemento de la circulación del capital. La transformación de la plusvalía en forma de dinero es el supuesto económico esencial de la acumulación capitalista, aunque no sea un elemento esencial de la reproducción efectiva. Por tanto, entre la producción y la reproducción hay aquí dos metamorfosis del plusproducto: el desprendimiento de la forma de uso y luego la adopción de la forma natural correspondiente a los fines de la acumulación. No importa que se trate de lapsos de tiempo entre los diversos períodos de producción. Sean, si se quiere, meses, o bien crúcense si se desea las metamorfosis de diversas porciones de la plusvalía en las secciones I y II en su sucesión en el tiempo. Lo que estas sucesiones de años significan en realidad no son sectores de tiempo, sino sucesiones de transformaciones económicas. Pero esta sucesión ha de mantenerse, sea mayor o menor el tiempo que requiera, si ha de mantenerse también el carácter capitalista de la acumulación. Por este camino llegamos de nuevo a la cuestión: ¿quién realiza la plusvalía acumulada?

El mismo Marx siente que hay una laguna en su sistema exteriormente perfecto de la acumulación y acomete varias veces el problema desde diversos aspectos. Oigámosle:

"En el libro I expusimos cómo se desarrolla la acumulación con respecto al capitalista individual. Al convertirse en dinero el capital-mercancías se convierte también en dinero el producto sobrante en que toma cuerpo la plusvalía. Esta plusvalía ya convertida en dinero es invertida de nuevo por el capitalista en los elementos naturales adicionales de su capital productivo. De este modo, en el siguiente ciclo de producción el capital incrementado arroja un producto incrementado. Y lo que sucede con el capital individual tiene que suceder también necesariamente con la producción anual en su conjunto, del mismo modo que al estudiar la reproducción simple veíamos que la sucesiva cristalización en dinero de los elementos fijos consumidos por el capital individual que se atesoraban para volver a invertirse se expresaba también el reproducción anual de toda la sociedad."[45]

Más adelante estudia Marx el mecanismo de la acumulación justamente desde este punto de vista, es decir, desde el punto de vista de que la plusvalía antes de ser acumulada ha de pasar por la forma monetaria.

"Cuando el capitalista A, por ejemplo, vende las cantidades de producto-mercancías sucesivamente producidas por él durante un año o una larga serie de años, va convirtiendo también sucesivamente en dinero, la parte del producto-mercancías en que toma cuerpo la plusvalía, o sea, el producto sobrante, y con él la plusvalía misma producida bajo la forma de mercancías, va atesorando gradualmente este dinero y se forma así un nuevo capital-dinero potencial; potencial en cuanto a su función de llegar a invertirse en elementos del capital productivo. Pero, en realidad, se limita a una simple operación de atesoramiento, la cual no constituye de por sí un elemento de la verdadera reproducción. De momento, lo que hace es, simplemente, ir retirando sucesivamente dinero circulante de la circulación, lo que, naturalmente, no excluye la posibilidad de que el dinero circulante que encierra en sus arcas fuese ya de suyo (antes de entrar en circulación) parte de otro tesoro. Este tesoro de A, que es potencialmente un nuevo capital-dinero, no representa una riqueza social adicional, lo mismo que no la representaría si se invirtiese en artículos de consumo. Es, sencillamente, dinero

[45] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 435.

retirado de la circulación, que por tanto se movía dentro de ella, ya se hallase acumulado antes como parte de un tesoro o fuese la forma-dinero del salario, el exponente en dinero de medios de producción o de otras mercancías cualesquiera, el medio de circulación del capital constante o de la renta de un capitalista. No representa nueva riqueza, de mismo modo que el dinero, considerado desde le punto de vista de la circulación simple de mercancías, no es exponente, no ya del valor que en él existe, sino de un valor diez veces mayor por el hecho de circular diez veces al cabo del día, de realizar diez valores-mercancías distintos. Las mercancías existen sin el dinero y éste sigue siendo lo que es (mejor dicho, tiende incluso a disminuir por el desgaste), ya describa una rotación o diez. Sólo en la producción de oro (siempre y cuando que el producto oro encierre producto sobrante, materialización de plusvalía) se crea nueva riqueza (dinero potencial), y sólo en la medida en que entra en circulación todo el nuevo producto-dinero incrementa el material-dinero de los nuevos capitales-dinero potenciales."

"Aunque no sea una riqueza social nueva, adicional, esta plusvalía atesorada en forma de dinero representa nuevo capital-dinero potencial, gracias a la función con vistas a la cual se atesora. (Más adelante veremos que el nuevo capital-dinero puede surgir también por otro camino, que no es este de la conversión gradual de la plusvalía en dinero.)"

"El dinero se retira de la circulación y se va atesorando mediante la venta de las mercancías no seguida de compra. Por tanto, si esta operación se concibiese como realizada de un modo general, no se ve de dónde habrían de salir los compradores, puesto que en el transcurso de este proceso (que no hay más remedio que concebir como general, ya que todo capital individual puede perfectamente hallarse en trance de acumulación) todo el mundo querrá vender para atesorar y nadie querrá comprar."

"Si nos presentásemos el proceso de circulación entre las diversas partes de la reproducción anual como un proceso en línea recta (lo cual sería falso, puesto que, con pocas excepciones, se halla formado siempre por movimientos mutuos de retroceso), habría que comenzar por el productor de oro (o de plata) que compra sin vender y partir del supuesto de que todos los demás le venden a él. En este caso, iría pasando a sus manos todo el producto sobrante anual de la sociedad (en que toma cuerpo toda la plusvalía) y todos los demás capitalistas se distribuirían proporcionalmente entre sí su producto sobrante existente por naturaleza en dinero, la orificación natural de la plusvalía, pues la parte del producto del productor de oro llamada a reponer su capital en funciones está ya destinada y se ha dispuesto de ella. En estas condiciones, la plusvalía del productor de oro producida en este metal precioso sería el único fondo del que los demás capitalistas podrían sacar la materia necesaria para convertir en oro su producto sobrante anual. Tendría que ser, por tanto, en cuanto a su magnitud de valor, igual a toda la plusvalía anual de la sociedad, que ahora se encierra en su crisálida, atesorándose. Este supuesto tan absurdo sólo sirve para explicar la posibilidad de un atesoramiento general y simultáneo, que haría que la reproducción no avanzase ni un paso más por parte de los productores de oro."

"Pero antes de poder resolver esta *aparente dificultad*, debemos distinguir…"[46]

Aquí llama Marx aparente a la dificultad de realizar la plusvalía. Pero toda la investigación ulterior hasta casi el final del segundo tomo de *El Capital* está dedicada a la superación de esta dificultad. Primeramente Marx trata de resolver la cuestión haciendo referencia al atesoramiento inevitable que resulta, en la producción capitalista, de la separación de diversos capitales constantes en el proceso de la circulación. Como diversas inversiones individuales de capitales se encuentran en distintas edades, y una parte de las inversiones no se renueva nunca más que al cabo de un período considerable, resulta que periódicamente algunos capitalistas individuales renuevan sus inversiones mientras otros, en cambio, constituyen reservas de la venta de sus mercancías hasta que éstas han llegado a la cuantía necesaria para la renovación del capital fijo. Así, sobre la base capitalista, el atesoramiento va siempre paralelo al proceso reproductivo social, como expresión de la rotación del capital fijo. "Supongamos que *A* venda, por ejemplo, a *B* (que puede representar a uno o más compradores) 600 (= 400c + 100v +100p). Le vende mercancías por valor de 600 por 600 en dinero, de los cuales 100 representan la plusvalía retirada por él de la circulación, atesorada en dinero; pero estos 100 no son sino la forma-dinero del producto sobrante en que tomaba cuerpo un valor de 100. El

[46] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, páginas 436-437.

atesoramiento no es nunca producción ni puede representar, por tanto, ningún incremento de la producción. La acción del capitalista que atesora consiste simplemente en retirar de la circulación el dinero obtenido mediante la venta del producto sobrante por valor de 100, en retenerlo y guardárselo. Y esta operación no la realiza solamente *A*; se realiza también en numerosos puntos de la periferia de la circulación por *A*', *A*'', *A*''', etc., es decir, por otros capitalistas que trabajan con el mismo celo que aquél en esta obra de atesoramiento. […] Pero *A* sólo realiza este atesoramiento siempre y cuando que aparezca (con respecto a su producto sobrante) solamente como vendedor y no actúe posteriormente como comprador. Por tanto, su atesoramiento tiene como condición previa su producción sucesiva de procuro sobrante, materialización de su plusvalía destinada a convertirse en dinero. En ciertos casos, en que la circulación sólo se enfoca dentro del sector I, la forma natural del producto sobrante igual que la del producto global de que aquél forma parte, es forma natural de un elemento del capital constante del sector I, es decir, pertenece a la categoría de los medios de producción de medios de producción. A qué conduce esto, es decir, qué función cumple en manos de los compradores *B*, *B*', *B*'', etc., hemos de verlo en seguida."

"Por el momento, importa tener presente lo que sigue: Aunque A retire de la circulación dinero para su plusvalía y lo atesore, lanza a ella mercancías sin retirar otras a cambio, lo que permite a *B*, *B*', *B*'', etc., por su parte, lanzar dinero a la circulación y retirar de ella mercancías solamente. En ciertos caos, estas mercancías se destinan, lo mismo por su forma natural que por su función, a incorporarse como elemento fijo o circulante al capital constante de *B*, *B*', etc. A esto nos referiremos más de cerca cuando tratemos del comprador del producto sobrante, *B*, *B*', etcétera."[47]

El proceso aquí descrito no es nuevo para nosotros. Marx lo ha expuesto ya detalladamente al tratar de la reproducción simple, ya que es imprescindible para explicar de qué modo el capital constante de la sociedad se renueva bajo las condiciones de la reproducción capitalista. Por esa razón no se advierte con facilidad cómo ha de ayudarnos ese proceso para resolver la dificultad particular con que tropezamos en el análisis de la reproducción ampliada. Dicha dificultad era la siguiente: una parte de la plusvalía no se consume por los capitalistas, sino que se convierte en capital para ampliar la producción, es decir, se dedica a los fines de la acumulación. Ahora se pregunta, ¿dónde están los compradores de este producto sobrante que los capitalistas no consumen, y que los trabajadores pueden consumir todavía menos, pues su consumo se halla cubierto con el importe del capital variable en cada caso? ¿Dónde está la demanda para la plusvalía acumulada, o como reza la fórmula de Marx, de dónde procede el dinero para pagar la plusvalía acumulada? En vano se hace referencia, para contestar, al proceso del atesoramiento, consecuencia obligada de la renovación separada, gradual y temporal del capital constante en los diversos capitalistas, pues no se ve la relación de estas cosas entre sí. Si B, B', B", etc., compran medios de producción a sus colegas A, A', A", para renovar el capital constante efectivamente consumido, nos encontramos en los límites de la reproducción simple y la cosa no tiene nada que ver con nuestra dificultad. Pero si se supone que la adquisición de medios de producción por B, B', B", etc., sirve al incremento de su capital constante para fines de acumulación, se suscitan en seguida varias preguntas. Ante todo, ¿de dónde sacan B, B', B", el dinero para comprar el plusproducto sobrante de A, A', A"? Ellos a su vez sólo han podido adquirir dinero por venta del propio plusproducto. Antes de que adquieran nuevos medios de producción para ampliar sus empresas, es decir, antes de que aparezcan como compradores del plusproducto que se va a acumular, es menester que se hayan desprendido de su propio plusproducto, esto es, que hayan aparecido como vendedores. ¿Y a quién han vendido B, B', B" su plusproducto? Como se ve, la dificultad no se ha suprimido, sino solamente desplazado de A, A', A" a B, B', B".

Hay, sin embargo, un momento en el análisis en el que parece que la dificultad se halla resuelta. Tras un pequeño paréntesis, Marx reanuda el hilo de la investigación del siguiente modo:

"En el caso que estamos examinando, este producto sobrante se halla formado desde le primer momento por medios de producción. Al llegar a manos de *B, B', B"*, etc. (I), este producto sobrante funciona como capital constante adicional, pero virtualmente ya lo es antes de ser vendido, en manos de los atesoradotes *A, A', A"*, etc. (I). Si nos fijamos solamente en el

[47] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, páginas 438-439.

volumen de valor de la reproducción por parte I, nos seguiremos moviendo dentro de los límites de la reproducción por parte de I, nos seguiremos moviendo dentro de los límites de la reproducción simple, pues no se ha puesto en movimiento ningún capital adicional para crear este capital constante adicional virtual (el producto sobrante) ni un trabajo sobrante mayor que el invertido sobre la base de la reproducción, La diferencia, aquí, estriba solamente en la forma del trabajo sobrante empleado en la naturaleza concreta de su específica modalidad útil. Este trabajo ha sido invertido en medios de producción par II*c*; es decir, se ha invertido en medios de producción para II*c*; es decir se ha invertido en medios de consumo, En la reproducción simple se partía del supuesto de que toda la plusvalía de I se invertía como renta, es decir, en mercancías de II; sólo consistía, pues en medios de producción destinados a reponer el capital constante II*c* en su forma natural. Por tanto, para que la reproducción simple se convierta en reproducción en escala ampliada es necesario que la producción del sector I se halle en condiciones de fabricar menos elementos del capital constante para II y más, en cambio, para I. Este tránsito, que no siempre se efectuará sin dificultades, es facilitado por el hecho de que ha una serie de productos de I que pueden servir como medios de producción en ambos sectores."

"De aquí se desprende, pues, que (fijándonos exclusivamente en el volumen del valor) dentro de la reproducción simple se produce el sustrato material de la reproducción es escala ampliada,. Este sustrato consiste, sencillamente, en la producción directa de medios de producción, en la creación de un capital adicional virtual de I, a base del trabajo sobrante desplegado por la clase obrera de este mismo sector. La creación de un capital-dinero adicional virtual por parte de *A, A', A''* (I) (mediante la venta sucesiva de su producto sobrante, creado sin desembolso alguno de dinero del bolsillo de los capitalistas) no es aquí, por tanto, más que la simple forma-dinero de los medios de producción adicionalmente producidos en el sector I."[48]

Aquí parece haberse desvanecido la dificultad. La acumulación no necesita nuevas fuentes de dinero. Anteriormente, los capitalistas gastaban para sí mismos su plusvalía, y necesitaban, por tanto, tener en su poder una cantidad de dinero correspondiente, pues sabemos ya por el análisis de la reproducción simple que la clase capitalista necesita poner en circulación el dinero necesario para la realización de su plusvalía. Ahora la clase capitalista emplea una parte de su dinero (B, B', B", etc.) en adquirir, en vez de medios de consumo, nuevos medios adicionales de producción para ampliar su producción. Con esto se concentra dinero por la misma cantidad en manos de la otra parte de los capitalistas (de A, A', A'', etcétera). "Este atesoramiento (si se exceptúa el caos de que el productor de oro interviene como comprador) no presupone en modo alguno una riqueza adicional de metales preciosos, sino simplemente un cambio de función del dinero que hasta ahora venía circulando. Hasta hace poco, venía funcionando como medio de circulación; ahora, funciona como tesoro, como un nuevo capital-dinero virtual en formación."[49]

Con esto habríamos resuelto, al parecer, la dificultad. Pero no es difícil encontrar qué circunstancia es la que nos ha facilitado la solución: Marx coge aquí la acumulación en su evolución primaria, en *statu nascendi*, cuando acaba de brotar de la reproducción simple. El importe de valor de la producción no se ha ampliado aún, únicamente se han ordenado de otro modo su disposición y sus elementos materiales. No es, pues, sorprendente que parezcan también suficientes las fuentes de dinero. Pero la solución que hemos hallado tiene una existencia efímera: es sólo válida para el tránsito de la reproducción simple a la ampliada, es decir, para un caso puramente teórico que no se da en la realidad. Ahora bien, una vez establecida la acumulación y arrojando cada período de producción al mercado una masa de valor mayor que el anterior, se pregunta: ¿dónde están los compradores para estos valores adicionales? La solución que hemos hallado no nos sirve en este caso; considerada de cerca nos abandona en el mismo momento en que parecía habernos sacado de dudas. Si consideramos la acumulación justamente en el instante en que está brotando del seno de la reproducción simple, su primer supuesto será una disminución del consumo de la clase capitalista. En el mismo momento en que hallamos la posibilidad de efectuar, con los medios de circulación anteriores, una ampliación de la producción, perdemos en la misma proporción consumidores antiguos. Por tanto, ¿para quién ha de hacerse la ampliación de la producción, esto es, quién comprará mañana a B, B', B" (I) el exceso de producción elaborado ("a fuerza de ahorrar dinero") para adquirir con él nuevos medios de producción de A, A', A" (I)?

[48] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, páginas 441-442-
[49] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 442.

El propio Marx vuelve inmediatamente a la cuestión acerca de dónde sacan el dinero B, B', B" para comprar a A, A', A" su plusproducto.

"Cuando los productos producidos por *B*, *B'*, *B*'', etc. (I) vuelven a incorporarse en especie a su proceso de producción se comprende de suyo que una parte proporcional de su propilo producto sobrante se transfiere directamente (sin que medie circulación) a su capital productivo, entrando en él como elemento adicional del capital constante. En esta parte proporcional, no convierten en dinero, por tanto, el producto sobrante de *A*, *A*', etc. (I). Prescindiendo de esto, ¿de dónde sale el dinero? Sabemos que forman su tesoro, como *A*, *A*', etc., mediante la venta de sus respectivos productos sobrantes, habiendo llegado a la meta, al momento en que su capital-dinero virtual, acumulado como tesoro, puede funcionar como un capital-dinero adiciona efectivo. Pero con esto nos vemos dentro de un círculo vicioso. El problema sigue residiendo en saber de dónde sale el dinero que *B, B'*, etc. (I) retiraron antes de la circulación para acumularlo."[50]

La respuesta que Marx da en seguida parece ser también de sorprendente sencillez. "Sabemos ya por examen de la reproducción simple que los capitalistas de los sectores I y II deben contar con una determinada masa de dinero para invertir su producto sobrante. Allí, el dinero, destinado simplemente a ser invertido como renta en medios de consumo, refluía a los capitalistas a medida que los desembolsaban para hacer circular sus respectivas mercancías; aquí reaparece el mismo dinero, pero con distinta función, *A*, *A*', etc., y *B*, *B*', etc. (I) se cambian entre sí el dinero para convertir el producto sobrante en capital-dinero virtual y lanzan de nuevo a la circulación, por turno, el capital-dinero nuevamente formado como medio de compra."[51]

Y hemos vuelto a caer en la reproducción simple. Es exacto que los capitalistas A y los capitalistas B acumulan siempre una provisión de dinero para renovar de tiempo en tiempo su capital constante (fijo) y se ayudan mutuamente para realizar su producto. Pero este tesoro que así se acumula no cae del cielo. No es más que la lenta acumulación del valor del capital fijo trasladado gradualmente a los productos, que se realiza por fragmentos con la venta de aquéllos. De este modo, el tesoro acumulado sólo puede bastar para la renovación del antiguo capital y es imposible que sirva además para adquirir un capital constante adicional. No habríamos salido de los límites de la reproducción simple. O bien, se agrega como nueva fuente adicional de dinero una parte de los medios de circulación que hasta ahora servían a los capitalistas para su consumo personal y que ahora van a ser capitalizados. Pero con esto volvemos al momento excepcional, breve, sólo teóricamente concebible: el tránsito de la reproducción simple a la ampliada. La acumulación no pasa de este salto, no hacemos, en efecto, más que movernos dentro de un círculo vicioso. Y era de prever, pues el planteamiento mismo de la cuestión es equivocado. En el problema de la acumulación no se trata de saber de dónde viene el dinero, sino de dónde viene la demanda para el producto adicional que brota de la plusvalía capitalizada. No es una cuestión técnica de la circulación del dinero, sino una cuestión económica del capital total social. Pues incluso si prescindiésemos de la cuestión de que únicamente se ha ocupado hasta ahora Marx: ¿de dónde sacan B, B', etc. (I), dinero para comprar medios de producción adicionales de A, A', etc. (I)? Tras la acumulación efectuada surge la cuestión mucho más importante: ¿a quién van a vender ahora B, B', etc. (I) su plusproducto aumentado? ¡Finalmente, Marx hace que se vendan unos a otros sus productos!

"Los diversos *B*, *B*', *B*'', (I), cuyo nuevo capital-dinero virtual entra en funciones como capital-dinero activo, pueden comprarse y venderse mutuamente, los unos a los otros, sus productos (partes de sus productos sobrantes). En la medida en que lo hagan, el dinero desembolsado para la circulación del producto sobrante (en el desarrollo normal del proceso) refluirá a *B*, *B*', *B*'', etc., en la misma proporción en que lo hayan desembolsado para la circulación de sus mercancías respectivas."[52]

Por tanto, ésta no es una solución, pues, en último término, los B, B', B", etc. (I), no han renunciado a una parte del consumo y ampliado su producción para comprarse luego unos a otros su producto aumentado (en medios de producción). Por otra parte, esto sólo es posible en

[50] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 444.
[51] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 444.
[52] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 445.

proporciones limitadas. Según el supuesto de Marx, dentro de I existe una cierta división del trabajo conforme a la cual A, A', A", etc. (I) elaboran medios de producción de medios de producción, mientras B, B', B", etc. (I) elaboran medios de producción de medios de consumo. Por tanto, si el producto de A, A', etc. pudiera permanecer dentro de la sección I, el producto de B, B', B", etc., por su forma natural está destinado de antemano a la sección II (elaboración de medios de subsistencia). La acumulación en B, B', etc. nos lleva, pues, a la circulación entre las secciones I y II. Con esto, la marcha misma del análisis marxista confirma que si ha de realizarse acumulación dentro de la sección I, en último término (directa o indirectamente) ha de existir una demanda aumentada de medios de producción en la sección de medios de subsistencia. Aquí, pues, entre los capitalistas de la sección II tenemos que buscar los que tengan que adquirir el producto adicional de la sección I.

De hecho, el segundo intento de Marx para resolver el problema se dirige a la demanda de los capitalistas de la sección II. Su demanda de medios de producción adicionales sólo puede tener el sentido de que aumenten su capital constante IIc. Pero entonces salta claramente a la vista toda la dificultad.

"Supongamos ahora que *A* (I) convierta en dinero su producto sobrante mediante la venta a un *B* del sector II. Esto sólo puede ocurrir si *A* (I), después de vender a *B* (II) medios de producción, no compra posteriormente medios de consumo; es decir, mediante una venta unilateral por su parte. Ahora bien, en la medida en que II*c* sólo puede cambiar su forma de capital-mercancías por la forma natural de capital productivo constante, cambiando no sólo I*v*, sino también una parte al menos de I*p* por una parte de II*c*, el cual II*c* existente bajo la forma de medios de consumo, y como *A* convierte en dinero su I*p* por el hecho de que este cambio no se realiza, sino que nuestro *A* sustrae a la circulación el dinero obtenido de II por la venta de su I*p*, en vez de invertirlo en la compra de medios de consumo de II, nos encontramos con que si bien en manos de *A* (I) se forma un capital-dinero virtual adicional, por otra lado una parte del capital constante de *B* (II) igual en cuanto a su volumen de valor se inmoviliza en forma de capital-mercancías, sin poder invertirse en la forma natural de capital constante productivo. Dicho en otros términos: una parte de las mercancías de *B* (II), y además, *prima facie*, una parte sin cuya venta su capital constante no puede revertirse íntegramente a su forma productiva, se ha hecho invendible; con respecto a ella existe, por tanto, superproducción, al cual entorpece también con respecto a ella la reproducción, incluso en escala igual."[53]

El intento de acumulación por parte de la sección I por venta del plusproducto sobrante a la sección II, ha conducido a un resultado totalmente inesperado; un déficit de parte de los capitalistas II que ni siquiera pueden reanudar la reproducción simple. Llegado a este punto capital, Marx ahonda en el análisis para llegar a la sustancia de la cosa.

"Examinemos ahora un poco más de cerca la acumulación en el sector II.
La primera dificultad que surge con respecto a IIc, es decir, a la reversión de una parte del capital-mercancías de II a la forma natural del capital constante de II, se refiere a la reproducción simple. Tomemos el esquema anterior:
1.000*v* + 1.000*p*) I se cambian por:
2.000 II*c*.
Supongamos ahora, a título de ejemplo, que la mitad del producto sobrante de I, o sean 1.000/2 *p* o 500 I*p*, se incorporen de nuevo, como capital constante, al sector I: esta parte del producto sobrante retenida en I no puede reponer parte alguna de II*c*. En vez de invertirse en medios de consumo (y aquí, en este sector de la circulación entre I y II se efectúa -a diferencia de la reposición de 1.000 II*c* por 1.000 I*v* operada por medio de los obreros del sector I- un verdadero intercambio y, por tanto, un doble cambio de lugar de las mercancías), aquella suma deberá actuar en forma de medios adicionales de producción en I. No podrá desempeñar esta función en I y en II simultáneamente. El capitalista no puede invertir el valor de su producto sobrante en medios de consumo y, al mismo tiempo, consumir productivamente el producto sobrante, es decir, incorporarlo a su capital productivo. Por consiguiente, en vez de 2.000 I (*v*+*p*) sólo podrán invertirse en 2.000 II*c* 1.500, o sean (1.000*v* + 500*p*) I; tendremos, por tanto, 500II*c* que no podrán revertir de su forma-mercancías a la forma de capital productivo (constante) de II."[54]

[53] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 446.
[54] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 447 y 448.

Hasta ahora nos hemos convencido más de la existencia de la dificultad, pero no hemos adelantado paso alguno para su solución. Por lo demás, en el análisis que Marx emplea siempre para aclarar el problema de la acumulación, entra como base la ficción de un tránsito inicial de la reproducción simple a la ampliada, es decir, el momento en que nace la acumulación, en vez de coger a ésta en pleno curso. Ahora bien, en esta ficción, que mientras considerábamos la acumulación dentro de la sección I nos ofreció, por un momento al menos, una solución aparente, los capitalistas de la sección I se encontraban, de pronto, renunciando a una parte de su consumo privado de ayer, con una nueva provisión de dinero en la mano, con la que podían comenzar la capitalización; la misma ficción, al considerar la sección II no hace otra cosa que aumentar más la dificultad. Pues aquí la "renuncia" de parte de los capitalistas de la sección I se traduce en una dolorosa pérdida de consumidores, sobre cuya demanda se había calculado la producción. Los capitalistas de la sección II, con los cuales queríamos experimentar si no constituirían los adquirentes tan buscados del producto sobrante de la acumulación en la sección I, no nos pueden sacar de la dificultad, tanto más cuanto que ellos mismos se encuentran en apuro y de momento no saben aún adónde acudir con su propio producto no vendido. Se ve a qué dificultades conduce hacer que la acumulación la realicen unos capitalistas a costa de otros.

Marx recurre luego a un intento para eludir la dificultad, pero pronto lo rechaza él mismo como un subterfugio. Cabría quizás considerar el sobrante invendible que resulta de la acumulación en la sección I como una reserva de mercancías, necesaria para el año siguiente. A esto replica Marx con su escrupulosidad habitual: "1) Que esta formación de reservas y su necesidad rigen para todos los capitalistas, tanto los de I como los de II. Considerados como simples vendedores de mercancías, sólo se distinguen por el hecho de vender mercancías de distintas clases. El *stock* de mercancías II presupone un *stock* anterior de mercancías. Si se descuida uno de estos dos *stocks*, se descuidará también necesariamente el otro. Y si se tienen en cuenta por igual los dos, no se alterarán los términos del problema. 2) Del mismo modo que el año actual se cierra, por parte de II, con un *stock* de mercancías para el año siguiente, se ha iniciado con un *stock* de mercancías en el mismo sector, transmitido por el año anterior. Por tanto, al analizar la reproducción anual (reducida a su expresión más abstracta), deberemos tacharlo las dos veces dejando a este año su producción íntegra, en la que va incluido lo que se transfiere como *stock* de mercancías recibido por él del año anterior y obtendremos así, en realidad, el producto global de un año medio, como objeto de análisis. El simple hecho de que la dificultad que se trata de soslayar no nos saliese al paso al estudiar la reproducción simple, demuestra que se trata de un problema específico planteado solamente por la distinta reagrupación (con respecto a la reproducción) de los elementos de I, de una distinta reagrupación sin la cual no podría existir en modo alguno una reproducción en escala ampliada."[55]

Pero la última observación se dirige contra el mismo intento de Marx, pretendiendo resolver la dificultad específica de la acumulación por elementos que pertenecen ya a la reproducción simple, esto es, con aquel atesoramiento en poder de los capitalistas ligado con la lenta rotación del capital fijo, que antes, dentro de la sección I, debía explicarnos la acumulación.

Marx pasa a la exposición esquemática de la reproducción ampliada, pero inmediatamente, en el análisis de su esquema, tropieza con la misma dificultad en una forma algo modificada. Supone que los capitalistas de la sección I acumulan 500 p, pero que a su vez los de la sección II tienen que transformar 140 p en capital constante para hacer posible la acumulación a aquéllos, y pregunta:

"Por tanto, II deberá comprar con dinero contante 140 I*p*, sin que este dinero refluya a él mediante la venta posterior de su mercancía a I. Y éste es un proceso que se repite constantemente en cada nueva producción anual, siempre que se trate de reproducción en escala ampliada. ¿Dónde está, para ello, la fuente del dinero en II?"[56]

En lo que sigue Marx trata de encontrar esta fuente de dinero por diversos lados. Primeramente, considera de cerca el gasto de los capitalistas de la sección II por capital

[55] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 449.
[56] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 451.

variable. Este se da ciertamente en forma de dinero, pero no puede sustraerse a su fin, que es la compra de trabajadores para servir aquellos medios de producción adicionales. "Este movimiento constantemente repetido de flujo y reflujo de y al punto de partida (al bolsillo del capitalista) no aumenta en lo más mínimo el dinero que se mueve dentro de este ciclo. No es ésta, pues, una fuente de la acumulación de dinero; este dinero no puede ser sustraído tampoco a esta circulación para formar un capital-dinero atesorado, virtualmente nuevo."[57] Marx pasa revista luego a todas las razones concebibles, para rechazarlas. "Pero, veamos si no es posible obtener aquí una pequeña ganancia"[58], exclama, e investiga si los capitalistas no podrán llegar a ahorrar capital variable, y por tanto hallar una nueva fuente de dinero para fines de acumulación, haciendo descender los salarios de sus obreros por debajo de la media normal. Pero pronto rechaza dicha ocurrencia. "Pero no debe olvidarse que el salario normal realmente abonado (y que *caeteris Paribas* determina la magnitud del capital variable) no se paga, ni mucho menos, por una bondad del capitalista, sino porque, en ciertas y determinadas condiciones, no hay más remedio que pagarlo, Con ello queda eliminado este tipo de explicación."[59] Estudia, incluso, métodos disimulados de "ahorros" en el capital variable para hacer notar al final: "Es la misma operación que ser realiza en el apartado anterior, aunque disfrazada y ejecutada aquí por medio de un rodeo. Debe rechazarse, por tanto, lo mismo que aquélla. El salario a que aquí nos referimos es el salario real y no el salario nominal."[60] De esta manera, todos los intentos de sacar del capital variable una nueva fuente de dinero para fines de acumulación no ofrecen resultados: "Nada de se puede hacer, pues, en cuanto a la finalidad mencionada con los 376 II*v*."[61]

A continuación Marx se dirige a la reserva de dinero que los capitalistas de la sección II guardan en el bolsillo para la circulación de su propio consumo, para ver si se halla aquí una cantidad de dinero para fines de capitalización. Pero él mismo califica este intento de "más inconveniente" que los anteriores: "Aquí, sólo se enfrentan capitalistas del mismo sector, que se compran y venden unos a otros los medios de consumo por ellos producidos. El dinero necesarios para estos cambios funciona solamente como medio de circulación y debe, en el desarrollo normal de las cosas, refluir a los interesados en la medida en que ha sido lanzadlo por ellos a la circulación, para recorrer una y otra vez, constantemente, esta misma órbita."[62] Luego sigue todavía un intento que naturalmente pertenece a la categoría de aquellos subterfugios que Marx rechaza sin contemplaciones: explicar la acumulación de capital en dinero en manos de un capitalista de la sección II engañando a otros capitalistas de la misma sección en la venta mutua de medios de consumo. No vale la pena ocuparse de esta suposición.

Sigue luego un intento serio.

"El otro camino consiste en que parte de II*p* representada por medios de vida necesarios se convierte directamente en nuevo capital variable dentro del sector II."[63]

Cómo ha de sacarnos este aserto de la dificultad, esto es, cómo ha de poner en marcha la acumulación, no se ve del todo claro. Pues: 1º La formación de capital variable adicional en la sección II de nada nos sirve, ya que todavía no hemos producido el capital constante II sobrante, y precisamente estamos tratando de hacerla posible; 2° En la investigación se trataba ahora de descubrir en II una fuente de dinero para adquirir medios de producción sobrantes de I, y no de colocar de algún modo el propio producto sobrante de II en la propia producción; 3° Si el intento ha de significar que los medios de subsistencia de que se trata pueden ser aplicados de nuevo como capital variable en la producción de II, "directamente", es decir, sin intermedio del dinero, con lo cual quedaría libre para fines de acumulación la cantidad de dinero correspondiente del capital variable, hemos de rechazarlo. La producción capitalista excluye en condiciones normales la remuneración directa del trabajador con medios de subsistencia; la forma monetaria del capital variable, la transacción autónoma entre el obrero como comprador de mercancías y los productores de medios de consumo, es uno de los

[57] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 451.
[58] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 451.
[59] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 452.
[60] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 452.
[61] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 453.
[62] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 453.
[63] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 453.

fundamentos esenciales de la economía capitalista. El mismo Marx lo acentúa con otro motivo: "Sabemos que el verdadero capital variable, incluyendo el adicional, se halla formado por fuerza de trabajo. No es el capitalista de I el que compra a II artículos de primera necesidad para almacenarlos o los acumula para destinarlos a la fuerza de trabajo adicional que ha de emplear, como tenía que hacer el esclavista. Son los propios obreros quienes tratan con II."[64] Lo dicho puede aplicarse a los capitalistas de la serie II, exactamente como a los de la I. Con esto queda agotado el mencionado intento de Marx.

Para terminar, nos remite a la última parte de *El Capital*, en el tomo II, que Engels ha puesto como IV, como "Notas complementarias", donde encontramos esta breve explicación:

"La fuente primitiva de dinero para II es $v + p$ de la producción de oro I, cambiado por una parte de II*c*; sólo en la medida en que el productor de oro acumula plusvalía o la convierte en medios de producción de I, es decir, en la medida en que amplía su producción, evita que su $v + p$ entre en II; por otra parte, en la medida en que la acumulación de dinero por parte del mismo productor de oro conduce en último resultado a la reproducción en escala ampliada, la parte de la plusvalía de la producción de oro que no se invierte como renta se incorpora al capital variable adicional del productor de oro en II y estimula aquí un nuevo atesoramiento o da a comprar nuevos medios de I, sin vendérselos de nuevo directamente."[65]

Así, fracasados todos los intentos posibles para explicar la acumulación, después que hemos sido llevados de Herodes a Pilatos, de A I a B I, de B I a B II, nos encontramos finalmente entre los mismos productores de oro, cuya intervención calificaba Marx de mal gusto al principio de su investigación. Con esto termina el análisis del proceso de reproducción y el II tomo de *El Capital*, sin haber dado a la dificultad la solución tanto tiempo buscada.

[64] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 457-458.
[65] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 464.

CAPITULO IX
La dificultad desde el punto de vista del proceso de circulación

A mi entender, el análisis de Marx tenía el defecto de que pretendía resolver el problema equivocadamente planteando la cuestión de las "fuentes de dinero". Pero, en realidad, se trata de una demanda efectiva, del análisis de una cuestión de mercancías, no de las fuentes del dinero necesarias para su pago. Con respecto al dinero como medio de la circulación, al considerar el proceso de la reproducción en conjunto, tenemos que suponer que la sociedad capitalista dispone siempre de la cantidad de dinero necesaria para su proceso circulatorio, o que sabe buscar sucedáneos para ella. Lo que hay que explicar son los grandes actos de cambio sociales provocados por necesidades económicas reales. Ciertamente, no debe olvidarse que la plusvalía capitalista, antes de poder ser acumulada ha de pasar incondicionalmente por su forma-dinero. Sin embargo, tratemos de hallar la demanda económica de plusproducto sin preocuparnos de la procedencia del dinero. Pues, como el propio Marx dice en otro pasaje: "La existencia del dinero de una parte provoca, de la otra, su reproducción ampliada, sencillamente porque se da su posibilidad aun *sin* dinero; pues el dinero de por sí no constituye un elemento de la reproducción real."[66]

Que la cuestión de la "fuente de dinero" para la acumulación es un planteamiento estéril del problema, se ve en Marx mismo, con otro motivo.

La misma dificultad le preocupaba ya en el II tomo de *El Capital* al investigar el proceso de la circulación. Ya en el estudio de la reproducción simple, al llegar a la circulación de ésta, pregunta:

"Pero el capital-mercancías, antes de volver a convertirse en capital productivo y antes de que pueda invertirse la plusvalía que encierra, necesita convertirse en dinero. ¿De dónde sale este dinero? Es un problema que parece difícil a primera vista y que ni Tooke ni ningún otro autor han contestado, hasta hoy."[67]

Y con toda resolución va hasta el fondo de la cosa: "Supongamos que el capital circulante de 500 libras esterlinas desembolsado en forma de capital-dinero, cualquiera que sea su período de rotación, represente el capital global circulante de la sociedad, es decir, de la clase capitalista, y que la plusvalía ascienda a 100 libras. ¿Cómo se las arregla la clase capitalista, en su conjunto, para sacar constantemente de la circulación 600 libras esterlinas, si sólo lanza a ella, constantemente 500?"[68]

Nótese que estamos aquí en la reproducción simple, en la cual la plusvalía total es empleada por la clase capitalista en su consumo personal. Por consiguiente, la cuestión debía formularse de antemano de este modo más preciso: ¿cómo pueden los capitalistas, después de haber puesto en circulación para capital constante y variable en total 500 libras esterlinas en dinero, hacerse con sus medios de consumo más el valor de la plusvalía = 100 libras esterlinas? Se ve en seguida que las 500 libras esterlinas que sirven constantemente para la adquisición de medios de producción y el pago de los obreros, no podían servir al mismo tiempo para cubrir el consumo personal de los capitalistas. ¿De dónde viene, pues, el capital adicional de 100 libras esterlinas que los capitalistas necesitan para la realización de su propia plusvalía? Marx rechaza en seguida todos los refugios teóricos que pudieran intentarse para resolver la cuestión:

"No debemos, pues, intentar rehuir la dificultad mediante evasivas más o menos plausibles."

"Por ejemplo: por lo que se refiere al capital circulante constante, es evidente que no todos lo invierten simultáneamente. Mientras que el capitalista a vende su mercancía y el capital desembolsado reviste, por tanto, para él, la forma de dinero, para el comprado *B*, por el

[66] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 436.
[67] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 296.
[68] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 296.

contrario, su capital existente en forma de dinero, asume ahora la forma de los medios de producción producidos precisamente por *A*. El mismo acto por medio del cual *A* restituye a su capital-mercancías, vuelve a convertirlo de la forma-dinero en medios de producción y fuerza de trabajo; la misma suma de dinero funciona en este proceso de doble lado como en cualquier simple acto de compra *M – D*. Por otra parte, al mismo tiempo que *A* vuelve a convertir el dinero en medios de producción, compra mercancías a *C* y éste paga con su dinero a *B*, etc. El fenómeno quedaría, pues, explicado de este modo. Pero:"

"El carácter capitalista del proceso de producción no modifica en modo alguno las leyes establecidas con respecto a la cantidad del dinero circulante en la circulación de mercancías (Libro I, cap. III [pp. 96 ss.])."

"Por tanto, cuando se dice que el capital circulante de la sociedad que debe desembolsarse en forma de dinero asciende a 500 libras esterlinas ya se tiene en cuenta que, si bien, por una parte, es ésta la suma que debe desembolsarse de una vez, por otra parte esta suma pone en movimiento más capital productivo de 500 libras esterlinas, puesto que funciona alternativamente como fondo de dinero de varios capitales productivos. Por consiguiente, esta explicación presupone ya como existente el dinero cuya existencia trata de explicar."

"También podría decirse que el capitalista *A* produce artículos que el capitalista *B* consume individual e improductivamente. Que el dinero de *B* sirve, por tanto, para convertir en capital-dinero el capital-mercancías de *A*, convirtiendo en dinero al mismo tiempo la plusvalía de *B* y el capital constante circulante de *A*. Pero con ello daríamos por resuelto, aun más directamente que en el caso anterior, el problema que se trata de resolver, a saber: de dónde saca *B* este dinero para atender a su renta, cómo convierte en dinero por sí mismo esta parte que representa la plusvalía de su producto."

"Podría decirse, asimismo, que la parte del capital variable circulante que *A* desembolsa constantemente para pagar a sus obreros le refluye constantemente de la circulación, quedando constantemente en sus manos, inmovilizado para el pago de salarios, sólo una parte variable. Sin embargo, entre la inversión y la recuperación transcurre un determinado tiempo, durante el cual el dinero empleado para el pago de salarios puede servir también, entre otras cosas, para la realización monetaria de la plusvalía. Pero sabemos, en primer lugar, que cuanto mayor sea el tiempo que haya de transcurrir, mayor tiene que ser también, necesariamente, la masa de la reserva de dinero que el capitalista *A* ha de tener constantemente disponible. Y, en segundo lugar, los obreros invierten el dinero, compran con él mercancías, realizan, por tanto, monetariamente, en una parte proporcional, la plusvalía que en esas mercancías se contiene. Por consiguiente, el mismo dinero desembolsado en forma de capital variable sirve también, proporcionalmente, para convertir en dinero la plusvalía. No podemos entrar aquí más a fondo en este problema; diremos únicamente que el consumo de toda la clase capitalista y de las personas improductivas que giran alrededor de ella discurre paralelamente con el consumo de la clase obrera, por cuya razón los capitalistas tienen que lanzar dinero a la circulación a la par con el que lanzan los obreros, para invertir su plusvalía como renta, lo cual supone una cantidad igual de dinero que se sustrae a la circulación. La explicación que acabamos de dar no haría sino reducir la cantidad necesaria, pero no la suprimiría."

"Finalmente, podría decirse que constantemente se lanza a la circulación una gran cantidad de dinero en las primeras inversiones de capital fijo, el cual sólo se va sustrayendo a ella gradual y fragmentariamente, a lo largo de los años, por los mismos que lo ponen en circulación. ¿No puede esta suma bastar para convertir en dinero la plusvalía? A esto debe contestarse que en la suma de las 500 libras esterlinas (en la que se incluye también el atesoramiento para el fondo de reserva necesario) va implícito ya su empleo como capital fijo, ya sea por el mismo que la pone en circulación o por otro cualquiera. Además, la suma invertida para la adquisición de los productos que sirven de capital fijo entraña ya el supuesto de que ha sido pagada también la plusvalía contenida en estas mercancías, y de lo que se trata es precisamente de saber de dónde proviene este dinero."[69]

A este último aserto hemos de consagrar una atención particular. Pues aquí Marx se niega a recurrir al atesoramiento para la renovación periódica del capital fijo como explicación de la

[69] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, páginas 296-297-298.

realización de la plusvalía, incluso en la reproducción simple. Más tarde, cuando se trata de la realización mucho más difícil de la plusvalía en la acumulación, recurre, como hemos visto, por vía de intento, repetidamente, a esta explicación, que él mismo había rechazado.

Luego viene la solución, que resulta un tanto imprevista:

"La contestación general a esta pregunta ya se ha dado: cuando se pone en circulación una masa de mercancías de *x* x 1.000 libras esterlinas la cantidad de dinero necesaria para esta circulación no cambia en lo más mínimo por el hecho de que en el valor de esta masa de mercancías se contenga o no una plusvalía, de que la tal masa de mercancías se haya producido o no sobre bases capitalistas. Llegamos, pues, a la conclusión de que el *problema de por sí no existe*. Partiendo de una serie de consideraciones dadas, ritmo de circulación del dinero, etc., se necesita una determinada suma de dinero para que circule el valor-mercancías de *x* x 1.000 libras esterlinas, independientemente del hecho de que al productor directo de estas mercancías le corresponda una cantidad mayor o menor de su valor. El problema que aquí pueda existir, suponiendo que exista alguno, coincide con el problema general, que es el de saber de dónde proviene la suma de dinero necesaria para la circulación de las mercancías dentro de un país."[70]

La respuesta es perfectamente exacta. La cuestión ¿de dónde viene el dinero para la circulación de la plusvalía? se halla comprendida en la cuestión general: ¿de dónde viene el dinero para poner en circulación una cierta masa de mercancías en el país? La división del valor de estas mercancías en capital constante, capital variable y plusvalía no existe desde el punto de vista de la circulación del dinero como tal, ni tiene sentido desde ese punto de vista. Por consiguiente, desde el punto de vista de la circulación del dinero o de la simple circulación de las mercancías "no existe el problema"; pero sí desde el de la reproducción social en conjunto; sólo que no debe formularse de manera que la respuesta nos devuelva a la circulación simple de mercancías, donde el problema no se presenta. Por tanto, no hay que preguntar ¿de dónde viene el dinero necesario para realizar la plusvalía? sino: ¿dónde están los consumidores para la plusvalía? Que el dinero ha de hallarse en poder de estos consumidores y ha de ponerse por éstos en circulación se comprende por sí mismo. Pero Marx vuelve constantemente sobre el problema.

"A partir de ahora, sólo existen dos puntos de partida: el capitalista y el obrero. Todas las demás categorías de personas tienen que obtener el dinero para los servicios que presten de estas dos clases o son, en la medida en que lo perciban sin contraprestación alguna, coposeedores de plusvalía en forma de renta, de interés, etc. Pero el hecho de que la plusvalía no se quede íntegramente en el bolsillo del capitalista industrial, sino que deba repartirla con otras personas, nada tiene que ver con el problema de que estamos tratando. Lo que interesa es saber cómo convierte en dinero su plusvalía y no cómo se distribuye luego el dinero así obtenido. Por consiguientes, para nuestro caso es como si el capitalista fueses poseedor único y exclusivo de la plusvalía. En cuanto al obrero, ya hemos dicho que es simplemente un punto de partida secundaria, pues el punto primario de partida del dinero que aquél lanza a la circulación es el capitalista. El dinero desembolsado primeramente como capital variable se halla ya describiendo su segunda rotación cuando el obrero lo emplea en comprar y pagar sus medios de subsistencia."

"La clase capitalista constituye, pues, el punto de partida único de la circulación monetaria. Si necesita 400 libras esterlinas para pagar medios de producción y 100 para pagar fuerza de trabajo, lanza a la circulación 500 libras. Pero la plusvalía contenida en el producto, suponiendo que su cuota sea de 100 por 100, es igual a un valor de 100 libras esterlinas. ¿Cómo puede retirar constantemente 600 libras, si no lanza a ella constantemente más que 500? De la nada no sale nada. La clase capitalista en su conjunto no puede retirar de la circulación lo que no ha lanzado previamente a ella."[71]

Más adelante rechaza todavía Marx una salida que pudiera intentarse para la explicación del problema: recurrir a la velocidad de circulación del dinero que permite con menos dinero poner en circulación una masa mayor de valor. El recurso no conduce naturalmente a nada, pues la

[70] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 298.
[71] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 298.

velocidad de circulación del dinero entra ya en cuenta cuando se supone que para la masa de mercancías son necesarias libras esterlinas. A esto sigue, finalmente, la solución del problema.

"En realidad, por paradójico que ello pueda parecer a primer vista, es la propia clase capitalista la que pone en circulación el dinero que sirve para realizar la plusvalía que en las mercancías se contiene. Pero, bien entendido que no lo lanza a la circulación como dinero desembolsado, es decir, como capital. Lo lanza como medio de compra para su consumo individual. No es, por tanto, dinero adelantado por ella, aunque constituya el punto de partida de su circulación."[72]

Esta solución clara y agotadora es lo que mejor prueba que el problema no era aparente. Tampoco descansa en que hayamos descubierto una nueva "fuente de dinero" para realizar la plusvalía, sino en que hemos encontrado a los consumidores de esta plusvalía. Según el supuesto marxista, estamos aquí aún en el terreno de la reproducción simple. Esto significa que la clase capitalista emplea toda su plusvalía en el consumo personal. Como los capitalistas son consumidores de la plusvalía, no es paradójico, sino más bien evidente, que han de tener en el bolsillo el dinero necesario para apropiarse la forma natural de la plusvalía, los objetos de consumo. El acto de circulación, del cambio, resulta como una necesidad del hecho de que los capitalistas individuales no pueden consumir (como los propietarios de esclavos) directamente su plusvalía individual, o el plusproducto individual. Más bien, por regla general, su forma natural material excluye este consumo. Pero la plusvalía total de todos los capitalistas se encuentra expresada (bajo el supuesto de la reproducción simple) en el producto social, en una masa correspondiente de medios de consumo para la clase capitalista, del mismo modo que a la suma total de los capitales variables corresponde una masa de igual valor de medios de subsistencia para la clase trabajadora, y que al capital constante de todos los capitalistas individuales reunidos corresponde una masa de valor igual de medios de producción materiales. Para cambiar la plusvalía, que no puede ser consumida individualmente por la masa correspondiente de medios de subsistencia, es necesario un acto doble de la circulación de mercancías: la venta del propio plusproducto y la compra de los medios de subsistencia del plusproducto social. Como estos dos actos se verifican exclusivamente dentro de la clase capitalista, entre capitalistas individuales, el dinero intermediario no hace más que pasar de manos de un capitalista a las de otro y se mantiene siempre en el bolsillo de la clase capitalista. Como la reproducción simple lleva al cambio constantemente las mismas masas de valores, sirve para la circulación de la plusvalía cada año la misma cantidad de dinero y, a lo sumo, con un escrúpulo excepcional podría plantearse la cuestión: ¿cómo ha venido a parar a los bolsillos de los capitalistas esta masa de dinero que sirve para intermediar el propio consumo de los capitalistas? Pero esta cuestión se resuelve en otra más general: ¿de dónde vino a manos de los capitalistas el primer capital en dinero, aquel capital en dinero, una parte del cual necesita conservar para el consumo personal después de aplicarlo en inversiones productivas? Pero planteada así la cuestión, entra en el capítulo de la llamada "acumulación primitiva", es decir, de la génesis histórica del capital y excede del marco del análisis del proceso de circulación y de reproducción.

La cosa es, pues, clara e inequívoca, siempre que nos mantengamos en el terreno de la reproducción simple. Aquí, el problema de la realización de la plusvalía está resuelto por el supuesto mismo, propiamente se halla ya anticipado en el concepto de la reproducción simple. Ésta descansa justamente en el hecho que toda la plusvalía se consume por la clase capitalista, y con ello queda dicho que ha de ser también comprada por ella, es decir, que los capitalistas individuales han de adquirirla unos de otros.

"En este caso [dice Marx], se partía del supuesto de que la suma de dinero que el cap8talista lanza a la circulación para atender a su consumo individual hasta que su capital empieza a refluir, equivale exactamente a la plusvalía por él producida y que, por tanto, ha de ser convertida en dinero. Es, indudablemente, en lo que se refiere al capitalista individual, una hipótesis arbitraria. En cambio, tener que ser necesariamente cierta con respecto a la clase capitalista en su conjunto, a base de la reproducción simple. Expresa simplemente lo que expresa este sistema de reproducción, a saber: que se consume improductivamente toda la plusvalía, pero sólo ésta, sin tocar en lo más mínimo al capital constitutivo inicial."[73]

[72] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 299.
[73] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 301.

Pero la reproducción simple como base capitalista es en la economía teórica una magnitud imaginaria, una magnitud tan justificada e imprescindible científicamente como $\sqrt{-1}$ en la matemática. Sin embargo, el problema de la realización de la plusvalía no queda con esto resuelto en modo alguno para la realidad, esto es, para la reproducción ampliada o acumulación, y esto lo confirma el mismo Marx por segunda vez tan pronto como sigue adelante en su análisis.

¿De dónde viene el dinero para la realización de la plusvalía bajo el supuesto de la acumulación, esto es, del no consumo, de la capitalización de una parte de la plusvalía? La primera respuesta dada por Marx, dice así:

"En primer lugar, el capital-dinero adicional necesario para la función del capital productivo creciente es suministrado por la parte de la plusvalía realizada lanzada a la circulación por los capitalistas como capital-dinero, en vez de ser puesta en circulación como forma-dinero de la renta. El dinero se halla ya en manos de los capitalistas. Lo único que difiere es su empleo."[74]

Esta explicación nos es ya conocida por la investigación del proceso de reproducción, e igualmente lo es su insuficiencia. La respuesta se apoya exclusivamente en el momento del tránsito primero de la reproducción simple a la acumulación; ayer todavía los capitalistas consumían toda su plusvalía, tenían, por tanto, en el bolsillo la suma de dinero correspondiente para su circulación. Hoy se deciden a "ahorrar" y a colocar productivamente una parte de su plusvalía, en lugar de gastarla alegremente. Para ello, les basta emplear de un modo distinto una parte de su fondo personal de dinero, presuponiendo que se hayan producido medios de producción en vez de lujo. Pero el tránsito de la producción simple a la ampliada es una ficción teórica no menos que la reproducción simple del capital. Marx continúa, por lo demás, en seguida:

"Como resultado del funcionamiento del capital productivo adicional, se pone en circulación, a modo de producto suyo, una masa adicional de mercancías. Con esta masa adicional de mercancías se lanza a la circulación, al mismo tiempo, una parte del dinero adicional necesario para su realización, siempre y cuando, concretamente, que el valor de esta masa de mercancías sea igual al valor del capital productivo consumido para producirla. Esta masa adicional de dinero se desembolsa precisamente como un capital-dinero adicional y refluye, por tanto, a manos del capitalista mediante la rotación de su capital. Y aquí vuelve a presentarse el mismo problema que nos salía la paso más arriba: ¿de dónde sale el dinero adicional para realizar la plusvalía adicional existente ahora bajo forma de mercancías."[75]

Pero ahora que el problema está planteado con toda precisión nuevamente, en vez de una solución se nos da la siguiente respuesta inesperada:

"Y la respuesta general a esta pregunta es también la misma que arriba. La suma de precios de la masa de mercancías circulante aumenta, no porque hayan subido los precios de una masa de mercancías, sino porque la masa de las mercancías que ahora se hallan en circulación es compensada por una baja de los precios. El dinero adicional necesario para la circulación de esta masa mayor de mercancías, de valor superior, debe obtenerse de uno de dos modos: o economizando todavía más en la masa de dinero circulante (bien mediante el mecanismo de la compensación de pagos, etc., bien empleando medios que aceleren la circulación de las mismas monedas), o poniendo en circulación una parte del dinero atesorado. Esto último no implica solamente el empleo activo como medio de compra o de pago del capital-dinero que hasta ahora permanece ocioso, o bien la circulación activa para la sociedad del capital-dinero utilizado como fondo de reserva, sin dejar de cumplir esta función con respecto a su poseedor (como ocurre con los depósitos bancarios, empleados constantemente para hacer préstamos), sino además que los fondos monetarios de reserva estancados se economicen."[76]

Esta solución viene a reducirse a la explicación siguiente: la reproducción capitalista bajo las condiciones de una acumulación que se halla en curso y va creciendo, arroja al mercado un valor cada vez mayor de mercancías. Para poner en circulación esta masa de mercancías,

[74] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 308.
[75] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 308.
[76] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, páginas 308-309.

cuyo valor aumenta, es necesaria una cantidad cada vez mayor de dinero. Y esta masa creciente de dinero ha de ser adquirida. Todo esto es indudablemente exacto y claro, pero con ello el problema de que se trataba no queda resuelto, sino evaporado.

Una de dos. O se considera al producto total social (de la economía capitalista) simplemente como una masa de mercancías de determinado valor, como una “papilla” de mercancías, o bajo las condiciones de la acumulación sólo se ve un crecimiento de esta masa indistinta de mercancías y su valor. En tal caso bastará probar que para la circulación de esta masa de valor es necesaria una cantidad de dinero correspondiente, que esta cantidad de dinero ha de aumentar cuando la masa de valor crece, salvo que el incremento de valor esté compensado por el aceleramiento del giro y por economías. Y si se preguntase, finalmente, de dónde venía todo el dinero, podría responderse con Marx: de las minas de oro. Este es también un punto de vista, el punto de vista de la circulación simple de mercancías. Pero para esto no hacía falta introducir conceptos como los de capital constante y variable, plusvalía, etc., que no pertenecen a la circulación simple de mercancías, sino a la circulación de capital y a la reproducción social, y entonces no haría falta preguntar de dónde viene el dinero para realizar la plusvalía social; en primer lugar, para la reproducción simple y, en segundo término, para la ampliada. Semejante cuestión no tiene sentido ni contenido desde el punto de vista de la circulación simple de mercancías y dinero. Pero planteadas estas cuestiones y llevada la investigación por el carril de la circulación de capital y de la reproducción social, no puede buscarse la respuesta en la esfera de la circulación simple de mercancías, para declarar después (ya que aquí no existe el problema ni puede ser resuelto): el problema está resuelto hace tiempo, no existe.

Por consiguiente, Marx, al plantear la cuestión ha estado equivocado desde el principio. No tiene finalidad alguna preguntar: ¿de dónde viene el dinero para realizar la plusvalía?, siendo la pregunta que debe formularse: ¿de dónde viene la demanda, dónde está la necesidad con capacidad de pago para la plusvalía? Si la cuestión se hubiese planteado así desde el principio, no hubiesen sido necesarios tan largos rodeos para poner claramente de manifiesto que se podía o no se podía resolver. Bajo el supuesto de la simple reproducción, la cosa es bastante sencilla: puesto que la plusvalía entera es consumida por los capitalistas, son ellos los adquirentes, constituyen la demanda para la plusvalía social en toda su amplitud y, por tanto, deben tener en el bolsillo el dinero necesario para la circulación de la plusvalía. Pero justamente del mismo hecho resulta con evidencia que tratándose de la acumulación, esto es, de la capitalización de una parte de la plusvalía, no es posible que la clase capitalista misma compre toda su plusvalía, la realice. Es exacto que es menester procurarse dinero bastante para realizar la plusvalía capitalizada, si es que ha de ser realizada. Pero no es posible que este dinero salga del bolsillo de los capitalistas mismos. Más bien, precisamente por el supuesto de la acumulación, no serían compradores de su plusvalía aun cuando (en abstracto) tuviesen dinero bastante en el bolsillo. Pero entonces, ¿quién ha de constituir la demanda de las mercancías en las que se contiene la plusvalía capitalizada?

“Fuera de esta clase no existe, según el supuesto de que aquí se parte (régimen general y exclusivo de producción capitalista), más clase que la obrera. Todo lo que la clase obrera compra equivale a la suma de sus salarios, a la suma del capital variable desembolsado por la clase capitalista en su totalidad.”
[…]

“Por tanto, la suma de *x* x 100 libras esterlinas jamás permitirá a la clase obrera comprar la parte del producto que representa el capital constante, y mucho menos aún la parte en que se contiene la plusvalía de la clase capitalista. Con las *x* x 100 libras esterlinas, los obreros no pueden comprar nunca más que una parte de valor del producto social igual a la parte de valor que representa el valor el capital variable desembolsado.”[77]

La realización de la plusvalía, fuera de las dos únicas clases existentes en la comunidad, parece tan necesaria como imposible. La acumulación del capital ha caído en un círculo vicioso. En el segundo tomo de *El Capital* no hallamos tampoco solución alguna al problema.

Ahora bien, si se preguntase por qué no se halla la solución de este importante problema de la acumulación capitalista en *El Capital* de Marx, hay que tener en cuenta ante todo la

[77] Max, Carlos, *El Capital*, FCE, México, 1972, página 311.

circunstancia de que el segundo tomo de *El Capital* no es una obra terminada, sino un manuscrito interrumpido en plena tarea.

Ya la forma externa, sobre todo del último capítulo de este tomo, muestra que se trata más bien de anotaciones para el pensador, que de resultados finales destinados al esclarecimiento de los problemas. Este hecho nos lo confirma suficientemente el testigo de mayor excepción, el editor del segundo tomo, Federico Engels. En su introducción al segundo tomo informa del siguiente modo sobre el estado de los trabajos preparatorios y manuscritos dejados por Marx que debían servir de base al mismo:

“La mera enumeración de los materiales manuscritos legados por Marx para el libro II demuestra con qué tremendo rigor, con qué severa actitud crítica para consigo mismo se esforzaba aquel hombre en ahondar hasta la última perfección sus grandes descubrimientos económicos, antes de darlos a la publicidad; esta actitud crítica para consigo mismo rara vez le permitía adaptar la exposición, por su contenido y su forma, a su horizonte visual, que los nuevos estudios iban ampliando constantemente. Veamos ahora cuáles son estos materiales:

En primer lugar, un manuscrito titulado “Contribución a la crítica de la economía política”, 1.472 cuartillas en cuarto en 23 cuadernos, escrito de agosto de 1861 a junio de 1863. Es la continuación del primer cuaderno del mismo título publicado en Berlín en 1859. Trata hasta agotarlos, en las cuartillas 1-220 (cuadernos I-V) y luego en las páginas 1.159-1.472 (cuadernos XIX-XXIII), los temas de la conversión del dinero en capital que se investigan en el libro I de la obra y es la primera versión con que contamos acerca de estos temas. Las páginas 973-1.158 (cuadernos XVI-XVIII) se ocupan del capital y la ganancia, de la cuota de ganancia, del capital comercial y del capital-dinero; es decir, de temas que luego habrán de desarrollarse en el manuscrito del libro III. En cambio, los temas tratados en el libro II, al igual que muchos de los que se tratarán más tarde en el libro III, no aparecen todavía agrupados de un modo especial. Estos temas son tratados de pasada, sobre todo en la sección que forma el cuerpo principal del manuscrito: páginas 220-972 (cuadernos VI-VX): “Teorías sobre la plusvalía”. En esta sección se contiene una historia crítica detallada de lo que constituye el punto cardinal de la economía política: la teoría de la plusvalía, y junto a ella desarrolla el autor, polemizando con sus antecesores, la mayoría de los puntos que más tarde habrán de investigarse, de un modo especial y en su concatenación lógica, en los manuscritos de los II y III. Es mi propósito editar como IV de *El Capital* la parte crítica de este manuscrito, después de eliminar de él los numerosos pasajes incluidos ya en los libros II y III. Este manuscrito es algo verdaderamente precioso, pero inutilizable para la presente edición del libro II.

Viene luego, por su fecha, el manuscrito del libro III, escrito, por lo menos en su mayor parte, en 1864 y 1865. Hasta que no hubo terminado, en lo esencial, este manuscrito, Marx no acometió la redacción del libro I, del volumen primero de la obra, publicado en 1867. Este manuscrito del libro III es el que me ocupo en la actualidad de preparar para la imprenta.

Del período siguiente (el posterior a la publicación del libro I), tenemos, para el libro II, una colección de cuatro manuscritos en folio, señalados por el propio Marx con los número I a IV. El manuscrito I (150 páginas), que data probablemente de 1865 o 67, es la primera redacción independiente, aunque más o menos fragmentaria, del libro II, en su arden actual. Tampoco de este manuscrito era posible utilizar nada. El manuscrito III está formado, en parte por un conjunto de citas y referencias a los cuadernos de extractos de Marx (la mayoría de ellas realtivas a la primera sección del libro II) y en parte por el estudio de algunos puntos concretos y principalmente por la crítica de las tesis de A. Smith sobre el capital fijo y el capital circulante y sobre la fuente de la ganancia; figura en él, además, un estudio de la relación entre la cuota de plusvalía y la cuota de ganancia, que pertenece al libro III. Las referencias han suministrado pocos hallazgos nuevos, y las versiones, tanto las del libro II como las del III, habían quedado ya superadas por redacciones posteriores, razón por la cual hubieron de dejarse a un lado, en su mayoría. El manuscrito IV es una elaboración, lista para ser entregada a la imprenta, de la sección primera y de los primeros capítulos de la sección segunda del libro II, y lo hemos utilizado también cuando le ha llegado el turno. Aunque se comprobó que había sido redactado antes que el manuscrito II, se le podía utilizar con ventaja para la parte correspondiente de dicho libro, por ser más acabado de forma; bastaba con incorporarle algunas adiciones del manuscrito II. Este último manuscrito es la única versión más o menos acabada del libro II y

data de 1870. Las notas para la redacción final, a que en seguida nos referimos, dicen expresamente: “Debe tomarse como base la segunda versión.”

Después de 1870, sobrevino una nueva pausa, debida principalmente a enfermedades. Como de costumbre, Marx ocupó este tiempo en estudios: agronomía, el régimen rural norteamericano y principalmente ruso, el mercado de dinero y el sistema bancario, y por último las ciencias naturales, la geología y la fisiología, y sobre todo ciertos trabajos matemáticos emprendidos por cuenta propia, forman el contenido de los numerosos cuadernos de extractos de esta época. A comienzos de 1877, Marx sintiose ya los suficientemente repuesto para acometer de nuevo su trabajo más importante. Algunas referencias y notas de los cuatr5os manuscritos ya mencionados como base para una refundición del libro II, cuyo comienzo se contiene en el manuscrito V (56 páginas en folio), datan de fines de marzo de 1877. Este manuscrito contiene los primeros cuatro capítulos y aparece todavía poco desarrollado; algunos puntos esenciales se tratan en notas al pie del texto; la materia está reunida más bien que ordenada, pero es la última exposición completa de esta parte, la más importante de la sección primera. Un primer intento de sacar de aquí una redacción apta para ser entregada a la imprenta lo tenemos en el manuscrito VI (*posterior* a octubre de 1977 y anterior a julio del 78); solamente 17 páginas en cuarto, que abarcan la mayor parte del primer capítulo, y un segundo ensayo (el último) en el manuscrito VII, “2 de julio de 1878”, 7 páginas en folio solamente.

Por aquel entonces, Marx parecía haberse dado ya cuenta de que no alcanzaría a elaborar de un modo capaz de satisfacerle plenamente los libros II y III, si no se operaba un cambio completo en su estado de salud. En efecto, los manuscritos V a VII presentan con harta frecuencia las huellas de una lucha violenta contra las enfermedades que le atenazaban. El fragmento más difícil de la sección primera aparece redactado de nuevo en el manuscrito V; el resto de la sección primera y toda la sección segunda (con excepción del capítulo XVII) no presentaban grandes dificultades teóricas; en cambio, el autor consideraba la sección tercera, la reproducción y circulación del capital social, apremiantemente necesitada de una nueva elaboración. En efecto, en el manuscrito II se estudiaba la reproducción, primero sin tener en cuenta la circulación en dinero que le sirve de vehículo y luego tomando ésta en consideración. Era necesario eliminar esto y, en general, reelaborar toda la sección de modo que se ajustase al horizonte visual ampliado del autor. De este modo surgió el manuscrito VIII, un cuaderno de 70 páginas en cuarto solamente; pero basta confrontar la sección III, en el texto impreso, después de dejar a un lado los fragmentos interpolados del manuscrito II, para darse cuenta de todo lo que Marx fue capaza de condensar en tan poco espacio.

Tampoco este manuscrito es más que un estudio previo del tema, con la finalidad primordial de fijar y desarrollar los nuevos puntos de vista logrados en relación con el manuscrito II y omitiendo los puntos acerca de los cuales no había nada nuevo que decir. También, aquí se incorpora y amplía un fragmento esencial correspondiente al capítulo XVII de la sección segunda y que, en cierto modo, entra ya en la sección tercera. La ilación se interrumpe con frecuencia y la exposición aparece a ratos llena de lagunas y es, sobre todo al final, absolutamente fragmentaria. Pero lo que Marx se propuso decir aparece dicho, de un modo o de otro.

Tales son los materiales con que contamos para la composición del libro II y de los cuales, según una frase de Marx a su hija Eleanor poco antes de morir, yo debía “sacar algo”.”[78]

Hay que admirar el “algo” que Engels ha sabido hacer con un material así estructurado. Pero de su detallada información resulta con toda claridad lo que a nosotros interesa: que de las tres secciones que forman el tomo II, las que estaban más dispuestas para la imprenta eran las dos primeras, la que trata del ciclo del capital en dinero y mercancías y de los costes de circulación y de la rotación del capital. En cambio, para la tercera sección, que trata de la reproducción del capital total, sólo existe una reunión de fragmentos que a Marx mismo le parecían “necesitar urgentemente” una reelaboración. Pero justamente el último capítulo de esta sección, el XXI, que trata de la acumulación y la reproducción ampliada es el menos terminado de todo el libro. Sólo comprende en total 35 páginas impresas y queda interrumpido en mitad del análisis.

---

[78] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, páginas 7, 8, 9 y 10.

Además de esta circunstancia externa tuvo gran influencia, a mi entender, otro factor. La investigación del proceso de reproducción social arranca en Marx, como hemos visto, del análisis de Adam Smith, que ha fracasado, entre otras cosas por aceptar el falso aserto de que el precio de todas las mercancías está compuesto de v + p. La discusión de este dogma domina todo el análisis del proceso de reproducción de Marx. Marx consagra toda su atención a demostrar que el producto total social ha de servir, no sólo al consumo por el importe de las diversas fuentes de renta, sino también a la renovación del capital constante. Pero como la forma teórica más pura para esta argumentación no se da en la reproducción ampliada, sino en la simple, Marx considera predominantemente la reproducción desde un punto de vista justamente opuesto a la acumulación: bajo el supuesto de que la plusvalía entera es consumida por los capitalistas. Testimonio de hasta qué punto el análisis de Marx se halla dominado por la polémica contra Smith, es el hecho de que en el curso de todo su trabajo vuelva a esta polémica incontables veces. Así, ya en el tomo I están consagrados a ella la sección 7, capítulo XXII, páginas 551-554; en el tomo II, las páginas 335 a 370, páginas 409-412, páginas 451-453. En el tomo III, Marx insiste en el problema de la reproducción total, pero se precipita en seguida sobre el enigma de Smith y le consagra todo el capítulo XLIX, (páginas 387-388) y también el L (páginas 388 a 413). Finalmente, en las *Teorías sobre la plusvalía* encontramos nuevamente ataques minuciosos contra el dogma smithiano en el tomo I, páginas 164-253; tomo II, páginas 92, 95, 126, 233-262. Repetidamente acentúa y subraya el mismo Marx que veía justamente en el problema de la sustitución del capital constante sacada del producto total social la cuestión más difícil e importante de la reproducción. De este modo, el otro problema, el de la acumulación, la realización de la plusvalía para fines de capitalización, quedó en segundo término y finalmente apenas fue desflorado por Marx.

Dada la gran importancia de este problema para la economía capitalista, no es extraño que los economistas burgueses se hayan ocupado de él una y otra vez. Los intentos de resolver la cuestión vital de la economía capitalista, la de si la acumulación del capital es prácticamente posible, vuelven constantemente en el curso de la historia y la economía. Vamos a ocuparnos ahora de estos intentos históricos para resolver la cuestión, tanto de los anteriores como de los posteriores a Marx.

SEGUNDA PARTE
Exposición histórica del problema

PRIMER ASALTO
Controversias entre Sismondi-Malthus y Say-Ricardo Mac Culloch

CAPITULO X
La teoría sismondiana de la reproducción

Las primeras serias dudas de que el orden capitalista fuese algo semejante a la divinidad, surgieron en la ciencia económica burguesa bajo la impresión inmediata de las primeras crisis inglesas en 1815 y 1818-19. Todavía las circunstancias que habían conducido a estas crisis eran propiamente externas, y en apariencia casuales. En parte, se debían al bloqueo continental napoleónico, que aisló a Inglaterra artificialmente durante algún tiempo de sus mercados europeos, y favoreció en breve tiempo un desarrollo importante de la industria sobre el territorio de los estados continentales; en parte, al agotamiento material del continente por la larga guerra, lo que al acabarse el bloqueo continental disminuyó la demanda que se esperaba para los productos ingleses. Sin embargo, estas primeras crisis bastaron para poner ante los ojos de los contemporáneos con todo su horror el reverso de la medalla de la mejor de todas las formas sociales. De un lado, mercados sobresaturados, almacenes llenos de mercancías que no encontraban comprador, numerosas quiebras; de otro, una terrible miseria de las masas obreras. Todo esto surgía por primera vez ante los ojos de los teóricos que se habían hecho portavoces entusiastas de las bellezas armónicas del *laissez faire* burgués. Todos los informes comerciales, revistas, narraciones de viajeros contemporáneos hablan de pérdidas de los comerciantes ingleses. En Italia, Alemania, Rusia, Brasil, los ingleses se desprendían de sus acopios de mercancías con una pérdida de 1/4 hasta 1/3. En 1818, se lamentaban en El Cabo de Buena Esperanza de que todas las tiendas estuvieran llenas de mercancías europeas, que se ofrecían a precios más bajos que en Europa, sin conseguir desprenderse de ellas. Lamentaciones semejantes venían de Calcuta. Cargamentos de mercancías enteros volvían de Nueva Zelanda a Inglaterra. En los Estados Unidos no había, según el informe de viaje de un contemporáneo, "de un cabo a otro de este enorme y floreciente territorio, ninguna ciudad ni

mercado en que la masa de las mercancías expuestas para la venta no excediese con mucho a las posibilidades de los compradores, aunque los vendedores se esforzasen en atraer a los clientes con amplios créditos y numerosas facilidades de pago, pagos a plazo y permuta”.

Al mismo tiempo, resonaba en Inglaterra el grito de desesperación de los trabajadores. En la *Edimbur Review* de mayo de 1820, se inserta la solicitud de los tejedores de Nottingham, que contiene las siguientes palabras: “... con una jornada de 14 a 16 horas diarias de trabajo sólo ganamos de 4 a 6 chelines a la semana, de cuya suma tenemos que alimentar a nuestras mujeres e hijos. Hacemos constar, además, que a pesar de haber tenido que sustituir con pan y agua o patatas con sal, la sana alimentación que antes se veía en abundancia en las mesas inglesas, frecuentemente nos vemos obligados, después del trabajo agotador de un día entero, a enviar a nuestros hijos a la cama con hambre para no oír sus gritos pidiendo pan. Declaramos solemnemente que durante los últimos 18 meses, apenas hemos tenido una vez el sentimiento de la saciedad.”[79]

Casi al mismo tiempo alzaron su voz en una repulsa violenta contra la sociedad capitalista, Owen en Inglaterra y Sismondi en Francia. Pero mientras Owen, como inglés práctico y ciudadano del primer Estado industrial, se hizo el apóstol de una reforma social en gran escala, el pequeño burgués suizo se perdió en amplias acusaciones contra las imperfecciones del orden social existente y contra la economía clásica. Pero con ello, justamente Sismondi ha dado peores ratos a la economía burguesa que Owen, cuya actividad práctica, fecunda, se dirigió directamente al proletariado.

Que fue Inglaterra, y particularmente la primera crisis inglesa, la que dio ocasión a Sismondi para su crítica social, lo describe él mismo detalladamente en el prólogo de la primera edición de sus *Nouveaux principes d’économie politique ou de la richesse dans ses rapports avec la population*. (La primera edición apareció en 1819, la segunda ocho años después).

“Fue en Inglaterra donde resolví este problema. Inglaterra ha producido los economistas más famosos. Sus doctrinas se exponen hoy allí todavía con redoblado calor. La competencia general, o el deseo de producir cada vez más y cada vez a precio más barato, es desde hace mucho tiempo el sistema dominante en Inglaterra. Yo he atacado ese sistema como peligroso, ese sistema que ha acelerado los enormes progresos de la industria inglesa, pero cuyo curso ha precipitado a los obreros en una espantosa miseria. He creído mi deber situarme junto a estas convulsiones de la riqueza, para reflexionar una vez más sobre mis asertos y compararlos con los hechos.”

“El estudio de Inglaterra ha fortalecido en mí las tesis mantenidas en los *Nouveaux principes*. En este sorprendente país, que encierra una gran experiencia, susceptible de ser aprovechada por el resto del mundo, he visto aumentar la producción y disminuir los goces. La masa del pueblo parece olvidar allí, lo mismo que los filósofos, que el crecimiento de las riquezas no es el fin de la economía política, sino el medio que sirve para favorecer la dicha de todos. Yo he buscado esta dicha en todas las clases, pero no he podido hallarla en parte alguna. En efecto, la alta aristocracia inglesa ha llegado a un grado de riqueza y lujo que sobrepasa cuanto puede verse en todos los demás pueblos. Pero ella misma no disfruta de la abundancia que parece

[79] El interesante documento se encuentra reproducido en el escrito *Observations on the Injurius Consecuences of the Restrictions upon Foreign Commerce. By a Member of the late Parlament*. Londres, 1820. Este escrito librecambista pinta en general con los colores más sombríos la situación de los obreros en Inglaterra. Aduce, entre otros, los siguientes hechos “... Las clases manufactureras de la Gran Bretaña han sido reducidas súbitamente de la abundancia y prosperidad a los extremos de pobreza y miseria. En uno de los debates de la última sesión del Parlamento, se comprobó que los salarios de los tejedores de Glasgow y sus cercanías, que cuando estaban más altos habían ascendido a una media de 25 o 26 chelines semanales, se habían reducido a 10 chelines en 1816, y en 1819 a la negra pitanza de 5 con 6 peniques o 6 chelines. Desde entonces no han aumentado.” En Lancashire los jornales semanales de los tejedores oscilaban, según el propio testimonio, entre 6 y 12 chelines, con una jornada de 15 horas, mientras “niños medio hambrientos” trabajaban de 12 a 16 horas diarias por 2 o 3 chelines a la semana. La miseria en Yorkshire era incluso mayor en lo que cabe. Con respecto a la solicitud de los obreros de Nottingham, dice el autor que había estudiado personalmente su estado, llegando a la conclusión que las manifestaciones de los obreros no exageraban en lo más mínimo. (*The Edimburgh Review*, mayo, 1820, XLVI, páginas 331 y ss.)

haber adquirido a costa de las otras clases; le falta la seguridad: la privación se hace notar más en cada familia, que la abundancia. Entre esta aristocracia titulada y no titulada ocupa el comercio una posición sobresaliente, sus empresas abrazan el mundo entero, sus empleados desafían el hielo polar y los rigores del trópico, mientras los jefes, que disponen de millones, se reúnen en la Bolsa. Al mismo tiempo, las tiendas exponen mercancías en todas las calles de Londres y de las demás grandes ciudades de Inglaterra, suficientes para el consumo del universo. ¿Pero brinda acaso la riqueza al comerciante inglés algún género de dicha? No, en ningún país son tan frecuentes las quiebras. En ninguna parte se disipan con tanta rapidez a todos los vientos estos enormes patrimonios, cada uno de los cuales sería suficiente para un empréstito a la nación, para la conservación de un reino o de una república. Todos se lamentan de que los negocios son difíciles y poco productivos. Hace pocos años, dos crisis terribles han arruinado a una parte de los banqueros, y el daño se ha extendido a todas las manufacturas inglesas. Al mismo tiempo, otra crisis ha arruinado a los colonos, haciendo sentir sus repercusiones en el pequeño comercio. Por otra parte, este comercio, no obstante su enorme extensión, no puede ofrecer plaza a los jóvenes, todas las colocaciones están ocupadas, y tanto en las capas altas como en las bajas de la sociedad, la mayor parte ofrece trabajo sin poder obtener un salario."

"¿Ha sido ventajoso para los pobres este bienestar nacional, cuyos progresos materiales deslumbran la vista de todos? Nada más falso. El pueblo en Inglaterra no tiene comodidad en el presente ni seguridad en el porvenir. Ya no hay labradores en el campo; se les ha sustituido por jornaleros; apenas hay en las ciudades artesanos o pequeños industriales independientes, sólo existen obreros de fábrica. El peón [léase trabajador asalariado, R. L.], para emplear una palabra creada por este sistema, no tiene oficio; percibe sencillamente un salario y como este salario no es uniforme en todas las épocas, casi todos los años se ve forzado a pedir una limosna del fondo de los pobres."

"Esta rica nación ha hallado más ventajoso vender todo el oro y plata que poseía, y realizar toda su circulación por medio de papel. De esta manera se ha privado de la ventaja más importante del medio de pago, la estabilidad de los precios; los poseedores de documentos de crédito contra bancos provinciales corren diariamente peligro de verse arruinados por frecuentes y en cierto modo epidémicas quiebras de los banqueros, y el Estado entero se halla expuesto a las mayores oscilaciones en sus relaciones patrimoniales cuando una invasión extranjera o una revolución conmueva el crédito del banco nacional. La nación inglesa ha hallado más económico renunciar a los sistemas de cultivo que requerían mucho trabajo manual y ha despedido a la mitad de los cultivadores que habitaban sus campos, lo mismo que a los artesanos de las ciudades; los tejedores dejan el puesto a los *power looms* (máquina de tejer a vapor) y sucumben al hambre; ha encontrado más económico someter a todos los obreros al salario más bajo con que pueden subsistir, de modo que los obreros que ya sólo son proletarios no tienen miedo a precipitarse en una miseria aún mayor criando familias cada vez más numerosas; ha hallado más económico no nutrir a los irlandeses más que con patatas y darles harapos para vestirse, y así cada barco trae diariamente legiones de irlandeses que trabajan a precios más bajos que los ingleses y expulsan a éstos de todas las industrias. ¿Cuáles son, pues, los frutos de esta enorme riqueza acumulada? ¿Ha tenido otro efecto que el de comunicar a todas las clases cuidados, privaciones y el peligro de un hundimiento completo? ¿No ha sacrificado Inglaterra el fin a los medios al olvidar a los hombres por las cosas?"[80]

Hay que confesar que este espejo, puesto ante la sociedad capitalista hace justo ahora cien años, nada deja de desear en claridad y plenitud. Sismondi pone el dedo en todas las llagas de la economía burguesa: ruina de la pequeña industria, despoblación del campo, proletarización de las capas medias, empobrecimiento de los obreros, desplazamiento de los obreros por la maquinaria, paro, peligros del sistema de crédito, contrastes sociales, inseguridad de la existencia, crisis, anarquía. Su escepticismo recio y penetrante sonó como una aguda nota discordante en el complaciente optimismo de la vulgar cantinela de las armonías económicas que se expandía ya en Inglaterra y en Francia, representada allí por Mac Culloch, aquí por J. B. Say, y que dominaba toda la ciencia oficial. Es fácil figurarse qué honda y dolorosa impresión tenían que producir expresiones como las siguientes:

[80] Sismondi, J. C. L, *Nouveaux principes d'économie politique*.

“El lujo sólo es posible cuando se compra con el trabajo de otro; el trabajo esforzado es sólo posible cuando se busca no el goce ligero, sino la satisfacción de necesidades vitales.” (I, 60).

“Aunque la invención de las máquinas, que multiplican las fuerzas del hombre, es un beneficio para la humanidad, la distribución injusta de sus dones lo convierte en azote de los pobres.” (I, 21).

“El beneficio del empresario no es más que un robo al obrero; no gana porque su empresa produzca más que lo que cuesta, sino porque no paga lo que cuesta, porque no concede al obrero una remuneración suficiente por su trabajo. Una tal industria es un mal social, precipita a los que trabajan en la miseria extrema, mientras asegura que sólo otorga el beneficio corriente del capital al director.” (I, 71).

“De los que reparten la renta nacional, unos adquieren cada año un nuevo derecho a ella por un nuevo trabajo; los otros han adquirido de antiguo un derecho permanente por un trabajo anterior que hace más productivo el trabajo anual.” (I, 86).

“Nada puede impedir que cada nueva invención en la mecánica aplicada haga disminuir la población trabajadora. Está expuesta constantemente a este peligro, y la sociedad burguesa no tiene ningún remedio para ello.” (II, 258).

“Sin duda, vendrá un tiempo en que nuestros nietos nos consideren, por haber dejado sin garantía a las clases trabajadoras, como no menos bárbaros que a las naciones que trataban a estas mismas clases como esclavos” (II, 337).

Sismondi acomete, pues, la crítica de frente; rechaza todo intento de embellecimiento y todo subterfugio que trate de disculpar los lados sombríos, por él descubiertos, del enriquecimiento capitalista, como daños temporales de un período de transición, y termina su investigación con la siguiente nota contra Say: “Desde hace siete años vengo exponiendo esta enfermedad del cuerpo social y siete años hace que no cesa de aumentar. En un sufrimiento tan prolongado no puedo ver meros “trastornos que acompañan siempre a las transiciones”, y creo que habiendo llegado al origen de la renta he mostrado que los males que sufrimos son consecuencia necesaria de defectos de nuestra organización, que en modo alguno están en camino de cesar,”

La fuente de todos los males la ve Sismondi en la desproporción entre la producción capitalista y la distribución de la renta por ella condicionada, y por aquí acomete el problema de la acumulación que a nosotros nos interesa.

El tema dominante en su crítica de la economía clásica es éste: la producción capitalista tiende a una ampliación ilimitada sin importarle el consumo, siendo medido éste por la renta. “Todos los economistas modernos [dice] han reconocido de hecho que el patrimonio público, en cuanto no es más que la reunión del patrimonio privado, nace, aumenta, se distribuye, se aniquila por los mismos fenómenos que el de cualquier particular. Todos sabían muy bien que en un patrimonio privado la parte que merece particular consideración es la renta, que el consumo o el gasto se han de regir por la renta, si no se quiere destruir el capital. Pero como en el patrimonio público el capital del uno se convierte en la renta del otro, se encontraban perplejos para decidir qué es capital y qué es renta, y por ello han encontrado más sencillo dejar a la última totalmente aparte en sus cálculos. Prescindiendo de determinar una dimensión tan esencial, Say y Ricardo han llegado a la creencia de que el consumo es una potencia ilimitada, o que al menos sus límites se hallan determinados únicamente por la producción, siendo así que, de hecho, está limitado por la renta. Han creído que toda riqueza productiva encuentra siempre consumidores, y ello ha animado a los productores a echar sobre los mercados esta superproducción que hoy causa la miseria del mundo civilizado, en vez de hacerles ver que sólo podían contar con aquellos consumidores que tienen una renta.”

Por consiguiente, Sismondi pone como base de su concepción una teoría de la renta. ¿Qué es renta y qué es capital? A esta distinción consagra la mayor atención y la llama “la cuestión más abstracta y difícil de la economía política”. El cuarto capítulo del libro II está consagrado a esta cuestión. Sismondi comienza, como de costumbre, la investigación con una robinsonada. Para

el “hombre individual” la distinción entre capital y renta era “todavía oscura”, sólo en la sociedad se hizo “fundamental”. Pero también en la sociedad esta distinción resulta muy difícil, y ello por la fábula que ya conocemos de la economía burguesa, conforme a la cual “lo que para uno es capital se convierte para el otro en renta” y a la inversa. Sismondi repite esta confusión causada por Smith, y que Say había elevado a dogma y a justificación legítima de la pereza mental y la superficialidad, fielmente: “La naturaleza del capital y de la renta se mezclan constantemente en nuestro espíritu: vemos que lo que para uno es renta se convierte para otro en capital, y que el mismo objeto, al pasar de una mano a otra, recibe las más diversas designaciones, mientras su valor, que se separa del objeto consumido, parece una dimensión suprasensible que el uno gasta y el otro cambia, que en el uno perece con el objeto mismo y en el otro se renueva y dura tanto como la circulación.” Tras esta introducción que tanto promete, se precipita sobre el difícil problema y declara: toda riqueza es producto del trabajo. La renta es una parte de la riqueza, luego tiene que tener el mismo origen. Es “corriente” reconocer tres clases de renta, a las que llama renta de la tierra, beneficio del empresario y salarios, y que proceden de tres fuentes distintas: “la tierra, el capital acumulado y el trabajo”. Por lo que se refiere al primer aserto es, desde luego, erróneo; en sentido social se entiende por riqueza la suma de objetos útiles, valores de uso, pero éstos no son únicamente producto del trabajo, sino también de la naturaleza que suministra materia para ellos y apoya al trabajo humano con sus fuerzas. En cambio, la renta constituye un concepto de valor, es la amplitud de la disposición del individuo o de los individuos sobre una parte de la riqueza o del producto social total. Al considerar Sismondi la renta social como una parte de la riqueza social podría suponerse que entendía por renta de la sociedad su fondo de consumo efectivo anual. La parte restante no consumida de la riqueza sería, en tal caso, el capital social, y así nos acercaríamos, al menos con contornos imprecisos, a la distinción buscada sobre base social entre capital y renta. Pero ya inmediatamente acepta Sismondi la distinción “corriente” de tres clases de renta, una de las cuales sólo procede del “capital acumulado” mientras en las otras al lado del capital intervienen además “la tierra” y “el trabajo”. El concepto del capital vuelve a perderse en seguida en una nebulosa. Pero sigamos con Sismondi. Se esfuerza el autor en explicar el origen de las tres clases de renta que delatan una base social antagónica. Con acierto toma como punto de partida un cierto grado de productividad del trabajo:

“Gracias a los progresos de la industria y de la ciencia, que han sometido todas las fuerzas de la naturaleza al hombre, los obreros pueden elaborar todos los días más y más de lo que necesitan para su consumo.” Pero después de haber hecho resaltar aquí justamente la productividad del trabajo como el supuesto imprescindible y el fundamento histórico de la explotación, da, acerca del origen efectivo de la explotación, una explicación típica en el sentido de la economía burguesa: “... pero al mismo tiempo en que su [del trabajador] trabajo crea riqueza, ésta, si la gozase, le haría menos capaz para el trabajo; así, la riqueza casi nunca queda en poder de aquél, que se ve obligado a emplear sus manos para ganarse la vida”. Después que ha hecho de este modo, completamente de acuerdo con los ricardianos y malthusianos, de la explotación y la posición de clases el acicate imprescindible de la producción, viene a parar al verdadero fundamento de la explotación: la separación de la fuerza de trabajo de los medios de producción:

“En general, el obrero no ha podido conservar la propiedad de la tierra, y el suelo tiene una fuerza productiva que el trabajo humano ha regulado, según las necesidades del hombre. El que posee suelo sobre el que se realiza trabajo, retiene como remuneración de las ventajas que se deben a esta fuerza productiva una parte de los frutos del trabajo en cuya producción ha colaborado su terreno.” Esta es la renta. Luego sigue:

“En el estado actual de la civilización, el obrero no ha podido conservar la propiedad de un acopio suficiente de los medios de consumo que necesita para subsistir el tiempo que media entre la ejecución de su trabajo y el momento en que encuentre un comprador para él. No posee las materias primas, que frecuentemente han de ser traídas de muy lejos. Todavía menos posee las costosas máquinas que han aliviado su trabajo y lo han hecho infinitamente más productivo. El rico, que posee estos artículos de alimentación, estas materias primas, estas máquinas, puede prescindir del trabajo, pues, en cierto modo, el señor del trabajo es aquel que suministra medios para el mismo. Como compensación de las ventajas que ha puesto a disposición del obrero, se lleva la mayor parte de los frutos del trabajo.” Esta es la ganancia del capital. Lo que queda de la riqueza después de lo que le han quitado el

propietario de la tierra y el capitalista, es salario del trabajo, renta del trabajador. Y Sismondi añade: "Se consume, pues, sin que se renueve." A propósito del salario, como a propósito de la renta, Sismondi considera no renovarse como la característica de la renta, a diferencia del capital. Pero esto sólo es exacto con referencia a la renta de la tierra y a la parte consumida de la ganancia del capital; en cambio, la parte del producto social consumido como salario se renueva, sin duda; se renueva en la fuerza de trabajo del obrero asalariado, siendo para él la mercancía que puede llevar siempre de nuevo al mercado para vivir de su renta, y siendo para la sociedad el capital variable que ha de reaparecer siempre en la reproducción total de cada año, si esta reproducción anual no ha de hacerse con déficit.

Pero basta con lo dicho. Hasta ahora sólo hemos observado dos hechos: la productividad del trabajo permite la explotación de los trabajadores por no trabajadores; que el trabajador esté separado de los medios de producción, hace que la explotación del trabajador sea el fundamento efectivo de la distribución de la renta. Lo que no sabemos todavía es lo que es renta ni lo que es capital, y Sismondi se propone explicarlo. Así como hay gente que sólo saben bailar si comienzan en el rincón de la chimenea, así Sismondi tiene que partir siempre de su Robinson. "A los ojos del hombre individual la riqueza no era otra cosa que una reserva acumulada con previsión. Sin embargo, distinguía ya dos cosas en este almacenamiento: una parte que almacenaba para emplearla después en su consumo inmediato o casi inmediato, y otra parte que había de emplearse en una nueva producción. Así, una parte de su trigo había de alimentarle hasta la cosecha futura, y otra parte, destinada a la siembra, había de producir frutos al año siguiente. La formación de la sociedad y la introducción del cambio permitían aumentar casi hasta el infinito esta semilla, esta parte fecunda de la riqueza acumulada: a esto se llama capital."

Esto sólo merece un calificativo: galimatías. Por la analogía de la semilla identifica aquí Sismondi medios de producción y capital, lo que es falso en dos sentidos. En primer lugar, los medios de producción no son capital en sí mismos, sino sólo bajo circunstancias históricas perfectamente determinadas; en segundo lugar, el concepto de capital no se agota con el de medios de producción. En la sociedad capitalista (supuesto todo lo demás de que Sismondi ha prescindido) los medios de producción no son más que una parte del capital, el capital constante.

Lo que ha extraviado aquí a Sismondi, es evidentemente el intento de poner en armonía el concepto del capital con puntos de vista materiales de la reproducción social. Anteriormente, cuando tenía a la vista a los capitalistas individuales, contaba entre los elementos del capital, además de los medios de producción, los medios de subsistencia del trabajador, lo que a su vez desde el punto de vista de la reproducción del capital individual es equivocado. Pero cuando luego intenta asir los fundamentos materiales de la reproducción social y parte hacia la distinción verdadera entre medios de consumo y de producción, el concepto de capital se le escapa de entre las manos.

Pero el mismo Sismondi siente que con medios de producción solos no pueden verificarse ni la producción ni la explotación; más aún, tiene la sensación justa de que el punto central de la relación de explotación se halla precisamente en el cambio con el trabajo mismo. Y después que acababa de reducir el capital a capital constante, al momento siguiente lo reduce a capital variable.

"El cultivador que había apartado todo el trigo que creía necesitar hasta la próxima cosecha, vio que sería más ventajoso para él vender el sobrante para alimentar otros hombres que trabajasen para él la tierra e hiciesen granar nuevos cereales; otros que hilasen su lino y tejiesen su lana", etc. "En esta actividad, el cultivador cambiaba una parte de su renta contra capital, y en efecto, el capital nuevo se forma siempre así.[81] El grano que había cosechado por encima de lo que necesitaba para alimentarse durante su trabajo, y por encima de lo que necesitaba sembrar para mantener la explotación a la misma altura, constituía una riqueza que podía gastar, dilapidar, consumir en el ocio, sin empobrecerse por ello; era una renta, pero si la utilizaba para el sustento de nuevos trabajadores o la cambiaba contra trabajo o contra los

[81] "Al hacer esta operación, el cultivador cambiaba una parte de su renta en un capital; en efecto, éste es siempre el modo de formar un capital nuevo." *Nouveaux principes*, etc., 2ª edición página 88.

frutos del trabajo de sus obreros manuales, de sus tejedores, de sus mineros, se convertía en un valor duradero que se multiplicaba y podía crecer: se convertía en capital.”

Aquí andan mezcladas en revuelta confusión la verdad y el error. Para mantener la producción a la antigua altura, esto es, para la reproducción simple, se impone la necesidad del capital constante, aunque, cosa extraña, este capital constante se reduzca exclusivamente a capital circulante (semillas), descuidando en cambio enteramente la reproducción del fijo. Sin embargo, para la ampliación de la reproducción, para la acumulación, es también aparentemente superfluo el capital circulante: toda la parte capitalizada de la plusvalía se trueca en salarios para nuevos obreros, que manifiestamente trabajan al aire sin medios de producción de ningún género. La misma idea la formula Sismondi más claramente aún en otro pasaje: “El rico se cuida, pues, del bienestar del pobre cuando hace ahorros de su renta y la añade a su capital, pues al realizar el reparto de la producción anual, se guarda todo lo que llama renta para su propio consumo, y en cambio abandona todo lo que llama capital al pobre como renta” (1ugar citado, I, 84). Pero al mismo tiempo Sismondi hace resaltar con acierto el secreto del beneficio del empresario y el momento en que nace el capital: la plusvalía nace del cambio entre capital y trabajo, del capital variable; el capital nace de la acumulación de la plusvalía.

Pero con todo esto no hemos adelantado gran cosa en la distinción entre capital y renta. Sismondi intenta ahora exponer los diversos elementos de la producción y de la renta distribuidos en porciones correspondientes del producto total social: “El empresario, lo mismo que el cultivador, no destina toda su riqueza productiva a la siembra; emplea una parte de ella en edificios, máquinas, herramientas, que hacen el trabajo más fácil y fecundo; de la misma manera que una parte de la riqueza del cultivador afluye a los trabajos permanentes que aumentan la fertilidad del suelo. Así vemos nacer las diversas clases de riqueza y separarse poco a poco. Una parte de la riqueza que la propiedad ha acumulado se emplea por cada uno de sus poseedores en hacer más remunerador el trabajo, haciendo que sea consumido poco a poco, y también en incorporar al trabajo humano las fuerzas ciegas de la naturaleza; a esto se llama el capital fijo, y dentro de él se comprende las roturaciones, los canales y obras de riego, las fábricas y máquinas de todas clases. Otra parte de la riqueza se destina a ser consumida para renovarse en el valor ya creado, cambiando sin cesar su forma, pero conservando su valor; esta parte, a la que se llama capital circulante, comprende las semillas, las materias primas destinadas a la elaboración y los salarios. Finalmente, una tercera parte de la riqueza se separa de esta segunda: el valor en el cual la obra acabada excede a los anticipos hechos. Este valor, al que se ha llamado la renta del capital, se halla destinado a ser consumido sin reproducción.”

Después de haberse intentado aquí laboriosamente la división del producto total social conforme a las categorías inconmensurables, capital fijo, capital circulante y plusvalía, se ve a renglón seguido que, cuando Sismondi habla de capital fijo, quiere decir propiamente capital constante, y cuando habla de capital circulante quiere decir variable, pues “todo lo elaborado” está destinado al consumo humano, pero el capital fijo sólo se consume “indirectamente”, y, en cambio, el capital circulante “sirve al fondo destinado al sustento del trabajador en forma de salario”. Con esto parece que nos hemos aproximado nuevamente un tanto a la división del producto total en capital constante (medios de producción), capital variable (medios de subsistencia del obrero) y plusvalía (medios de subsistencia del capitalista). No obstante, hasta ahora las explicaciones de Sismondi sobre este objeto, que él mismo califica de fundamental, no pueden vanagloriarse de una claridad particular, y, en todo, caso no se advierte en esta confusión progreso alguno más allá del “bloque de ideas” de Adam Smith.

Sismondi mismo siente esto y trata de poner en claro con un suspiro, que “este movimiento de la riqueza es plenamente abstracto y exige una atención muy sostenida para su comprensión”; intenta aclarar el problema “tratándolo del modo más sencillo”. Volvamos, pues, al rincón de la chimenea, es decir, a Robinson, salvo que Robinson es ahora padre de familia y *pionier* de la política colonial.

“Un granjero, aislado en una colonia lejana, al borde de un desierto, ha cosechado en un año cien sacos de grano. No hay en las cercanías mercado alguno adonde pueda llevarlo; es menester que este grano sea consumido en el plazo de un año si ha de tener valor para el granjero; pero éste, junto con toda su familia, no puede consumir más que treinta sacos; tal

será su gasto, el cambio de su renta. Estos treinta sacos no se vuelven a reproducir para nadie. Luego atraerá obreros, les hará roturar bosques, desecar pantanos y poner en cultivo una parte del desierto. Estos obreros consumirán otros treinta sacos; para ellos, ese será su gasto y estarán en situación de hacerlo como precio de su renta, es decir, de su trabajo; para el granjero será un cambio, habrá cambiado estos treinta sacos en capital fijo. [Aquí Sismondi transforma el capital variable nada menos que en fijo. Lo que quiere decir es esto: por estos treinta sacos que perciben como salario, los obreros elaboran medios de producción que el granjero empleará en ampliar el capital fijo.] Le quedan todavía 40 sacos, que sembrará este año, en vez de los 20 sembrados en el año anterior; éste será su capital puesto en rotación, que se habrá duplicado. De este modo se han consumido los 100 sacos, pero 70 de ellos han sido colocados con seguridad y reaparecerán considerablemente aumentados, unos en la próxima cosecha, los demás en las cosechas siguientes. El aislamiento del granjero que hemos elegido como ejemplo, nos hace advertir aún mejor los límites de semejante actividad. Si en este año sólo ha podido consumir 60 sacos de los 100 cosechados, ¿quién comerá al año siguiente los 200 sacos producidos por el aumento de la siembra? Se dirá: su familia, que se ha multiplicado. Ciertamente, pero las generaciones humanas no se multiplican tan aprisa como las subsistencias. Si nuestro granjero tuviese brazos bastantes para duplicar cada año su actividad, se doblaría cada año su cosecha, mientras su familia sólo podría hacerlo cuando más cada veinticinco años."

A pesar de la puerilidad del ejemplo, al final aparece la cuestión decisiva: ¿dónde están los compradores para la plusvalía capitalizada? La acumulación del capital puede aumentar ilimitadamente la producción de la sociedad. Pero ¿qué sucede con el consumo de la sociedad? Este se halla determinado en la renta de diversas clases. La importante materia se expone por Sismondi en el capítulo V del libro II: "División de la renta nacional entre las diversas clases de ciudadanos."

Aquí intenta de nuevo Sismondi dividir en partes el producto total de la sociedad: "Desde este punto de vista, la renta nacional consta de dos partes. Una comprende la producción anual, y es la utilidad que surge de la riqueza; la segunda es la capacidad de trabajo que resulta de la vida misma. Bajo el nombre de riqueza comprendemos ahora tanto la propiedad territorial como el capital, y bajo el nombre de utilidad comprendemos tanto la renta neta que se entrega a los propietarios, como la ganancia de los capitalistas." Por consiguiente, todos los medios de producción considerados como "riqueza" son apartados de la "renta nacional"; pero la última se divide en plusvalía y fuerza de trabajo, o más exactamente, en equivalente del capital variable. Tendríamos, pues, según esto, aunque no claramente distinguida, la clasificación en capital constante, capital variable y plusvalía. Pero a renglón seguido, Sismondi entiende por "renta nacional" el producto total anual social: "igualmente la producción anual o el resultado de todos los trabajos del año consta de dos partes: una es la utilidad que se deriva de la riqueza, la otra es la capacidad de trabajar que equiparamos a la parte de la riqueza contra la cual es dada, en cambio, o a los medios de subsistencia de los trabajadores". Aquí, el producto total de la sociedad se escinde conforme a su valor en dos partes: capital variable y plusvalía; el capital constante desaparece y nos encontramos dentro del dogma smithiano, según el cual el precio de todas las mercancías se resuelve en v + p (o se compone de v + p) o, con otras palabras, el producto total sólo consiste en medios de consumo (para obreros y capitalistas).

Partiendo de aquí, aborda Sismondi el problema de la realización del producto total. Como por una parte la suma de la renta de la sociedad se compone de salarios y beneficios de capital, así como de rentas de la tierra, esto es, está representada por v + p, mientras por otra parte el producto total de la sociedad se resuelve igualmente por su valor en v + p, "la renta nacional y la producción anual se equilibran" y tienen que ser iguales (en valor); "toda la producción anual se consume anualmente, pero como se consume en parte por obreros que dan a cambio su trabajo, la transforman en capital (variable) y la producen de nuevo, la otra parte es consumida por capitalistas que dan en cambio su renta". O "la totalidad de la renta anual está destinada a cambiarse contra la totalidad de la producción anual". Finalmente, Sismondi saca de aquí en el capítulo VI del libro II: "Mutua determinación de la producción por el consumo y de los gastos por la renta", y formula la siguiente ley exacta de la reproducción: "La renta del año pasado debe pagar la producción de este año." Bajo tales supuestos, ¿cómo ha de realizarse la acumulación capitalista? Si el producto total ha de ser consumido completamente por los obreros y capitalistas, no salimos evidentemente de la reproducción simple, y el problema de la

acumulación es insoluble. De hecho, la teoría de Sismondi viene a declarar imposible la acumulación. Pues ¿quién ha de comprar el producto sobrante en el caso de ampliación de la reproducción, si toda la demanda social se halla representada por la suma de los salarios de los obreros y por el consumo personal de los capitalistas? Por lo demás, Sismondi formula la imposibilidad objetiva de la acumulación en el siguiente aserto: "Según esto, ha de decirse que no es nunca posible cambiar la totalidad de la producción del año [habiendo reproducción ampliada, R. L.] contra la totalidad de la del año anterior. Si la producción crece, aumentando gradualmente, el cambio de cada año ha de causar una pequeña pérdida, que al mismo tiempo representa una bonificación para el futuro." En otras palabras: la acumulación debe echar al mundo todos los años, al tratar de realizar el producto total, un sobrante que no puede colocarse. Pero Sismondi se espanta ante esta última consecuencia y se salva "en la línea media" de modo poco comprensible: "Si esta pérdida es pequeña y se distribuye bien, la soportan todos sin lamentarse de su renta. Justamente en esto consiste la economía del pueblo, y la serie de estos pequeños sacrificios aumentan el capital y el patrimonio nacional" Si, por el contrario, se realiza la acumulación desconsideradamente, el sobrante invendible aumenta hasta adquirir caracteres de calamidad pública y se produce la crisis. Así, el remedio pequeño burgués de la atenuación de la acumulación constituye la selección propuesta por Sismondi. La polémica contra la escuela clásica que defendía el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas y la ampliación de la producción, es un tema obligado de Sismondi, y su obra entera está consagrada a luchar contra las consecuencias fatales del impulso ilimitado hacia la acumulación.

La exposición de Sismondi ha demostrado su incapacidad para comprender como un todo el proceso de reproducción. Prescindiendo del fracaso de su intento de distinguir socialmente las categorías capital y renta, su teoría de la reproducción adolece del error fundamental, tomado de Adam Smith, de creer que el producto total anual desaparece totalmente en el consumo personal, sin dejar una parte para la renovación del capital constante de la sociedad, así como suponer que la acumulación sólo consiste en transformar la plusvalía capitalista en capital variable adicional. No obstante, cuando críticos posteriores a Sismondi, como, por ejemplo, el marxista ruso Ilich,[82] creen poder desdeñar con una sonrisa superior la teoría de la acumulación de Sismondi, considerándola como una "insensatez" y subrayando su error fundamental en el análisis del valor del producto total, sólo prueban que ellos a su vez no se han dado cuenta del problema crucial que trataba en su obra. Que con tener en cuenta en el producto total el valor que corresponde al capital constante no está resuelto ni con mucho el problema de la acumulación, lo probó mejor que nada más tarde el propio análisis de Marx, que fue el primero en descubrir aquel grosero error de Adam Smith. Pero todavía más claramente lo probó una circunstancia en el destino reservado a las teorías de Sismondi. Con su concepción, Sismondi se ha visto envuelto en la controversia más acerada con los representantes y vulgarizadores de la escuela clásica: con Ricardo, Say y Mac Culloch. Ambos bandos representaban aquí dos puntos de vista opuestos: Sismondi, la imposibilidad de la acumulación; Ricardo, Say y Mac Culloch, por el contrario, su ilimitada posibilidad. Pero en cuanto a aquel error smithiano ambos partidos se encontraban en el mismo terreno. Lo mismo que Sismondi, los contradictores prescindían también del capital constante en la reproducción y nadie ha convertido tan pretenciosamente en dogma inalterable la confusión smithiana con respecto a la resolución del producto total como Say.

Esta regocijada circunstancia debía bastar propiamente para demostrar que no estamos ni con mucho en situación de resolver el problema de la acumulación del capital, sólo con saber, gracias a Marx, que el producto total social, además de medios de subsistencia para el consumo de obreros y capitalistas (v + p), ha de contener medios de producción (c) para el reemplazo de lo consumido, y que, por consiguiente, la acumulación no consiste simplemente en el aumento del capital variable, sino también en el del constante. Más tarde veremos a qué nuevo error con respecto a la acumulación ha conducido la acentuación intensa de la parte del capital constante en el proceso de reproducción. Pero aquí baste indicar el hecho de que el error smithiano con respecto a la reproducción del capital total no constituía una debilidad especial de la posición de Sismondi, sino el terreno común en que tuvo lugar la primera controversia en torno al problema de la acumulación. De aquí se sigue únicamente que la economía burguesa acometió el complicado problema de la acumulación sin tener resuelto el problema elemental de la reproducción simple; y es que la investigación científica con

[82] Vladimir Ilich, *Estudios y artículos económicos*, Petersburgo, 1899.

frecuencia marcha en extrañas líneas zigzagueantes y con frecuencia acomete los últimos pisos del edificio antes de haber terminado los cimientos. En todo caso indica qué dificultad le había puesto Sismondi con su crítica de la acumulación a la economía burguesa, que ésta no haya podido vencerle no obstante las transparentes deficiencias de su deducción.

CAPITULO XI
Mac Culloch contra Sismondi

Las imprecaciones de Sismondi contra la desconsiderada extensión del capitalismo en Europa provocaron una oposición resuelta desde tres lados: en Inglaterra, la escuela de Ricardo; en Francia, J. B. Say, que dio un aire vulgar a las doctrinas de Smith, y los sansimonistas. Mientras que los razonamientos del inglés Owen, que acentuaba los aspectos sombríos del sistema industrial, y particularmente las crisis, coincidían en muchas cosas con los de Sismondi, la escuela del otro gran utopista, Saint-Simon (que se preocupaba principalmente del pensamiento universal, de la expansión de la gran industria, del despliegue ilimitado de las fuerzas productivas del trabajo humano), se sintió vivamente intranquilizada por las amonestaciones de Sismondi. Pero aquí lo que nos interesa es la controversia entre Sismondi y los ricardianos, fecunda desde el punto de vista teórico. En nombre de los ricardianos, ya en octubre de 1819, es decir, poco tiempo después de la publicación de los *Nouveaux principes*, emprendió Mac Culloch en la *Edimburgh Review* una polémica anónima contra Sismondi, que al parecer fue aprobada por el propio Ricardo.[83] A esta polémica replicó Sismondi, en 1820, en los *Annales de Jurisprudence* de Rossi, bajo el título "Examen sobre esta cuestión: ¿aumenta en la sociedad junto con la capacidad de producir la capacidad para consumir?"[84]

El mismo Sismondi contesta en su respuesta que la polémica giraba en torno a los aspectos sombríos de las crisis comerciales. "La verdad que ambos buscamos [por lo demás, Sismondi no sabía al contestar quién era el anónimo de la *Edimburgh Review*] es en los momentos actuales de la más alta importancia. Puede considerarse como fundamental para la economía política. Se impone una decadencia general en el comercio, en las manufacturas e incluso, en algunos países al menos, en la agricultura. El daño es tan prolongado, tan extraordinario, ha entrado el infortunio en familias tan numerosas, y en todas ellas la inquietud y el desaliento, que aparecen en peligro las bases del orden económico. Se han dado otras explicaciones opuestas de esta decadencia que ha producido tan gran desconcierto. Habéis trabajado demasiado, dicen unos; habéis trabajado demasiado poco, dicen los otros. El equilibrio, dicen los primeros, sólo se restablecerá, sólo retornarán la paz y el bienestar, cuando hayáis consumido todo el sobrante de mercancías no vendidas que pesan sobre el mercado, y cuando en el porvenir acomodéis vuestra producción a la demanda de los compradores; el equilibrio sólo se restablecerá, dicen los otros, si duplicáis vuestros esfuerzos para acumular y

[83] El artículo de la *Edimburgh Review* iba dirigido, en realidad, contra Owen. En 24 páginas impresas debate enérgicamente sobre los siguientes escritos: *A New View of Society, or Essays on the Formation of Humen Character, Observations on the Effects of the Manufacturing System, Two Memorials on Behalf of the Working Classes, presented to the Governments of America and Europe*, y, para acabar, *Three Tracts and an Account of Public Proceedings relative to the Employment of the Poor*. El anónimo trata de hacer ver claramente a Owen que sus ideas de reforma en modo alguno aciertan con las verdaderas causas de la miseria del proletariado inglés, pues estas causas son; el tránsito al cultivo de terrenos improductivos (¡teoría ricardiana de la renta de la tierra!), los aranceles sobre los granos, y los grandes impuestos que pesan tanto sobre los colonos como sobre los fabricantes. Por consiguiente el librecambio y el *laissez faire* son el alfa y el omega. Si no se ponen obstáculos a la acumulación, cada aumento de la producción creará por sí solo un aumento de la demanda. Aquí se inculpa a Owen con referencias a Say y James Mill de "plena ignorancia"; "tanto en su razonamiento como en sus planes, Mr. Owen se muestra profundamente ignorante de todas las leyes que regulan la producción y distribución de la riqueza". Y de Owen pasa también el autor a Sismondi, formulando la controversia en los siguientes términos: "... Él (Owen) cree que cuando la competencia no está obstaculizada por normas artificiales y se permite a la industria fluir por sus canales naturales, el uso de maquinaria puede aumentar las existencias de algunos artículos de riqueza por encima de la demanda, y creando un exceso de todos los artículos, dejar sin trabajo a las clases obreras. Esta posición es para nosotros fundamentalmente falsa, y como el celebrado M. de Sismondi insiste vigorosamente sobre ella en sus *Nouxeaux principes d'économie politique*, tenemos que solicitar licencia de nuestros lectores para poner de manifiesto su falacia y demostrar que el poder de consumo aumenta necesariamente a medida que lo hace el poder productivo." *Edimburgh Review*, octubre, 1819, página 470.

[84] El título del artículo reza en el original; "Examen de cette question: le pouvoir de consommer s'accroit-il toujours dans la société avec le pouvoir de produire?" Nos ha sido imposible conseguir los *Anales* de Rossi, pero el artículo lo reproduce íntegro Sismondi en su segunda edición de los *Nouveaux principes*.

reproducir. Os engañáis si creéis que nuestros mercados están demasiado llenos; sólo está llena la mitad de nuestros almacenes, llenemos también la otra mitad; estas nuevas riquezas se cambiarán unas por otras y se infundirá nueva vida al comercio.” Sismondi ha destacado aquí y formulado con gran claridad el punto candente de la controversia.

De hecho, toda la posición de Mac Culloch está ligada al aserto de que el cambio es en realidad cambio de mercancías con mercancías. Por tanto, cada mercancía no sólo representa una oferta, sino a su vez una demanda. El diálogo tomaba la siguiente forma: Mac Culloch: “Demanda y oferta sólo son expresiones correlativas y mudables. La oferta de una clase de bienes determina la demanda de bienes de otra. Así se produce una demanda de una determinada cantidad de productos agrícolas cuando se ofrece en cambio contra ellos una cantidad de productos industriales cuya elaboración ha costado otro tanto, y, por otra parte, surge una demanda efectiva de esta cantidad de productos industriales cuando se ofrecen en cambio una cantidad de productos agrícolas que han originado los mismos gastos.”[85] La finta del discípulo de Ricardo es clara: prescinde de la circulación del dinero y hace como si las mercancías se comprasen y pagasen inmediatamente con mercancías.

Nos vemos de pronto transportados de las condiciones de una producción capitalista altamente desarrollada a las épocas del primitivo trueque comercial, tal como hoy puede florecer aún en el interior de África. El origen de la mixtificación estriba en que en la circulación simple de mercancías, el dinero sólo desempeña el papel del intermediario. Pero precisamente la intercalación de este intermediario, que en la circulación M-D-M (mercancía – dinero – mercancía) ha separado ambos actos, la compra y la venta, haciéndolos independientes temporal y espacialmente, trae consigo que no es menester que toda venta vaya seguida inmediatamente de compra, y, en segundo lugar, que la compra y la venta no se hayan ligado en modo alguno a las mismas personas, antes bien, sólo en raros casos excepcionales tendrán lugar entre las mismas *personae dramatis*. Pero justamente este supuesto contradictorio es el que hace Mac Culloch, al contraponer como compradores y vendedores de un lado a la industria, de otro lado a la agricultura. La generalidad de las categorías a las que introduce en el cambio tomadas en su totalidad, vela aquí la verdadera descomposición de esta división social del trabajo que conduce a incontables actos de cambio privados, en los que la coincidencia de las compras y ventas de las mercancías recíprocas, pertenece a los casos excepcionales más raros. La concepción simplista que tiene Mac Culloch del cambio de mercancías, hace totalmente incomprensible el significado económico y la aparición histórica del dinero, al convertir a la mercancía en dinero, prestándole capacidad inmediata de cambio.

Por lo demás, la respuesta de Sismondi es poco sagaz. Para convencernos de que la exposición del cambio de mercancías hecha por Mac Culloch no sirve para la producción capitalista, nos lleva... a la feria de libros de Leipzig.

“A la feria de libros de Leipzig concurren todos los libreros de Alemania, cada uno con cuatro o cinco obras que expone, habiendo impreso de cada obra una edición de 500 o 600 ejemplares. Cada uno de ellos los cambia contra otros libros y vuelve a casa con 2.400 tomos, que son los 2.400 que ha llevado a la feria. Sólo que lo que había llevado eran cuatro obras distintas y trae a casa ejemplares de 200. Esta es la correlativa y mudable demanda y producción del discípulo de Ricardo: el uno compra al otro, el uno paga al otro, el uno es consecuencia del otro, pero en nuestra opinión, en la del librero y del público, la demanda y el consumo no han empezado aún. El libro malo, aunque se haya cambiado en Leipzig sigue permaneciendo sin vender [¡Grave error de Sismondi éste!, R. L.]; se quedará en los armarios del librero, bien porque nadie sienta necesidad de él, bien porque esta necesidad se halle ya satisfecha. Los libros cambiados en Leipzig sólo se venderán si los libreros encuentran particulares que, no sólo los apetezcan, sino que estén también dispuestos a realizar un sacrificio para retirarlos de la circulación. Estos únicamente constituyen la verdadera demanda.” A pesar de su ingenuidad, el ejemplo muestra claramente que Sismondi no se deja extraviar por la finta de su adversario y sabe de qué se trata en el fondo.[86]

[85] *Ibídem*, página 470.

[86] Por lo demás, la feria de libros de Leipzig utilizada por Sismondi como microcosmos del mercado capitalista mundial celebró una gloriosa resurrección cincuenta y cinco años más tarde en el Sistema científico de Eugenio Dühring. Engels, en su crítica del infortunado genio universal, explica esta ocurrencia, diciendo que Dühring aparece en ella como “genuino literato alemán”, en cuanto que trata de

Mac Culloch hace luego un intento de pasar de la consideración del cambio abstracto de mercancías a realidades sociales concretas: “Supongamos, por ejemplo, que un labrador ha adelantado a 100 obreros alimentos y vestido, y que éstos han producido para él substancias alimenticias suficientes para 200 hombres, mientras, por su parte, un fabricante ha adelantado a 100 obreros alimento y vestido, habiéndole éstos elaborado vestidos para 200 personas. En tal caso, el labrador, deducido el alimento y vestido para sus propios obreros, dispondrá aún de alimento para otros 100, mientras el fabricante, deducido el vestido de sus propios obreros, cuenta con otros 100 para el mercado. En este caso, ambos artículos serán cambiados; las sustancias alimenticias sobrantes determinan la demanda de vestidos, y el exceso de vestidos la de sustancias alimenticias.”

No se sabe qué admirar más en esta hipótesis: el mal gusto de la construcción que invierte lo que sucede en la realidad, o la desaprensión con que se inserta ya en las premisas lo que se había de demostrar, para darlo después por “demostrado”. La feria de libros de Leipzig parece al lado de esto un modelo de pensamiento profundo y realista. Para probar que para todo género de mercancías puede crearse a cada momento una demanda ilimitada, Mac Culloch toma como ejemplo los productos que pertenecen a las más apremiantes y elementales necesidades de todos los hombres: el alimento y el vestido. Para demostrar que las mercancías pueden llevarse al cambio en cualquier cantidad en consideración a las necesidades de la sociedad, escoge un ejemplo en el que las dos cantidades de producto se acomodan de antemano exactamente a las necesidades, y en las que, por tanto, no hay, socialmente, sobrante alguno, no obstante lo cual llama un “sobrante” a la cantidad socialmente necesaria, un sobrante medido por la necesidad personal de los productores de su propio producto, y demuestra así brillantemente que cualquier “sobrante” de mercancías puede ser cambiado por un “sobrante” correspondiente de otras mercancías. Para demostrar, finalmente, que el cambio entre mercancías producidas privadamente (a pesar de que sus cantidades, gastos de producción e importancia para la sociedad, han de ser, naturalmente, distintos) puede, no obstante, realizarse, recoge como ejemplo de antemano dos cantidades de mercancías exactamente iguales con costos de producción exactamente iguales y una necesidad general para la sociedad exactamente igual. En suma, para demostrar que en la economía privada capitalista que funciona sin plan no puede haber crisis, construye una producción rigurosamente regulada, en la que no existe superproducción alguna.

Pero lo más ingenioso del ocurrente Mac es otra cosa. El debate gira en torno al problema de la acumulación. Lo que obsesionaba a Sismondi y lo que preocupaba a Ricardo y sus epígonos, era lo siguiente: ¿dónde se encuentran compradores para el sobrante de mercancías, cuando una parte de la plusvalía en vez de ser consumida privadamente por el capitalista se capitaliza, esto es, se emplea en ampliar la producción por encima de la renta de la sociedad? ¿Qué se hace de la plusvalía capitalista?, ¿quién compra las mercancías en que se halla incorporada? Así preguntaba Sismondi, y la perla de la escuela de Ricardo, su representante oficial en la cátedra de la universidad londinense, la mayor autoridad para los ministros ingleses del partido liberal y la City, el magnífico Mac Culloch, respondía construyendo un ejemplo en el cual no se produce plusvalía alguna. Sus “capitalistas” sólo se afanan por la agricultura y la fabricación; el producto social entero junto con el “sobrante” sólo cubre las necesidades de los obreros, los salarios; mientras el “labrador” y el “fabricante” hambrientos y desnudos dirigen la producción y el cambio.

Ante esto exclama Sismondi con impaciencia justificada: “En el momento en que estamos investigando, ¿qué es lo que se hace del excedente de producción sobre el consumo de los obreros?; no puede prescindirse de ese sobrante que constituye el beneficio necesario del trabajo y la pacificación necesaria del empresario.”

Pero el economista vulgar multiplica su falta de gusto haciendo que el lector dé por bueno “que hay “miles de labradores” que proceden tan genialmente como aquél e igualmente “miles de fabricantes””. Como es natural, el cambio se verifica también a gusto de todos. Finalmente, “a

---

aclarar crisis industriales efectivas con crisis imaginarias del mercado de libros de Leipzig, la tormenta en el mar con la tempestad en el vaso de agua; pero no sospecha que el gran pensador en este caso, como en otros muchos, por el comprobados, no ha hecho más que aprovecharse tranquilamente de lo de otro.

consecuencia de un empleo más hábil del trabajo y de la introducción de máquinas", hace que la productividad del trabajo aumente justamente en el doble, y ello de tal manera "que cada uno de los mil labradores que adelantan a sus 100 obreros alimentación y vestido, recibe substancias alimenticias ordinarias para 200 personas, y además azúcar, tabaco, vino iguales en valor a este alimento", mientras cada fabricante percibe por un procedimiento análogo, junto a la cantidad de vestidos que percibía, "cintas, puntillas y batista", las cuales "cuesta producidas una suma igual, y, por consiguiente, tendrán un valor en cambio igual a estos 200 vestidos". Después que de este modo ha invertido totalmente la perspectiva histórica, suponiendo primero propiedad privada capitalista con trabajo asalariado, y luego en un estudio ulterior aquel grado de productividad del trabajo que hace posible la explotación, supone que estos progresos de la productividad del trabajo se realizan en todos los terrenos con el mismo ritmo, que el plusproducto de cada rama de producción contiene exactamente el mismo valor, que se distribuye exactamente entre el mismo número de personas; a continuación hace que los diversos plusproductos se cambien entre sí, ¡Y ved!, todo se cambia sin dificultad, sin dejar resto alguno, a gusto de todos. Al mismo tiempo Mac Culloch añade a las muchas cosas peregrinas de su hipótesis el hacer que sus "capitalistas", que hasta entonces vivían del aire y ejercían su profesión en traje de Adán, en adelante se alimentasen exclusivamente de azúcar, tabaco y vino, y cubriesen sus cuerpos únicamente con cintas, puntillas y batistas.

Pero lo más ingenioso está también en la pirueta con que elude el verdadero problema. ¿Qué se hace de la plusvalía capitalizada, esto es, de la plusvalía que no se aplica al propio consumo de los capitalistas, sino al incremento de la producción? Tal era el problema. Y Mac Culloch responde a él, una vez prescindiendo en absoluto de la producción de plusvalía, y otra vez dedicando toda la plusvalía a la producción de lujo. ¿Y quién es ahora el que adquiere la nueva producción de lujo? Según el ejemplo de Mac Culloch, evidentemente los capitalistas (sus labradores y fabricantes), pues fuera de ellos sólo quedan en su ejemplo trabajadores. Según esto, nos encontramos con el consumo de la plusvalía entera para fines personales de los capitalistas, o con otras palabras, con la reproducción simple. Así, pues, Mac Culloch responde a la pregunta acerca de la capitalización de la plusvalía prescindiendo de toda ella, o suponiendo, en el momento en que surge plusvalía, la reproducción simple en vez de la acumulación. El hecho de que hablase, no obstante, de reproducción ampliada, no es más, como antes al tratar del supuesto "sobrante", que una finta. Primero construye un caso absurdo, para sugerir luego al lector la aparición del plusproducto como un incremento de la producción.

Ahora bien, Sismondi no era capaz de seguir estos movimientos del contorsionista escocés. Después de haber hostigado paso a paso a su adversario y haberle demostrado su "evidente equivocación", se confunde él mismo al llegar al punto decisivo de la controversia. A la perorata anterior hubiera debido contestar tranquilamente a su adversario: Distinguido amigo: mis respetos para su flexibilidad espiritual, pero usted trata de escabullirse entre los dedos como una anguila. Mi pregunta es: ¿quién va a adquirir el producto sobrante, si los capitalistas en vez de derrochar toda su plusvalía la aplican a fines de acumulación, esto es, a ampliar la producción? Y usted me responde: pues bien, realizarán esa ampliación de la producción en objetos de lujo y esos objetos de lujo los consumirán, naturalmente, ellos mismos. Pero esta es una prestidigitación. Pues si los capitalistas se gastan la plusvalía en objetos de lujo para ellos mismos, la consumen y no acumulan. Pero de lo que se trata es de si la acumulación es posible, y no del lujo personal de los capitalistas. Por tanto, dé usted, si puede, una respuesta clara, o váyase allí donde crecen el vino y el tabaco o, si lo prefiere, la pimienta.

En vez de hostigar así a su adversario, Sismondi pasa de pronto a consideraciones éticas, patéticas y sociales, y exclama: ¿quién va a representar la demanda, quién va a disfrutar, los señores rurales y urbanos o sus obreros? En su nueva hipótesis (de Mac Culloch), tenemos un sobrante de productos, una ganancia salida del trabajo. ¿A quién corresponde? Y él mismo contesta con la siguiente retahíla:

"Sabemos ciertamente (y la historia del comercio nos lo enseña suficientemente) que no es el obrero el que obtiene provecho de la multiplicación de los productos del trabajo: su salario no se acrece. El mismo Ricardo ha dicho una vez que no podía ser, si es que había de continuar el incremento de la riqueza pública. Una experiencia horrible nos enseña, por el contrario, que el salario es disminuido casi siempre en relación con este crecimiento. ¿Pero en qué consiste entonces el efecto del aumento de las riquezas para el bienestar público? Nuestro autor ha

supuesto miles de labradores que disfrutan, mientras trabajan cientos de miles de obreros del campo; mil fabricantes que se enriquecen, mientras cientos de miles de trabajadores están a sus órdenes. Por tanto, la dicha que del aumento de los goces ligeros del lujo puede resultar sólo se atribuye a una centésima parte de la nación. ¿Estaría esta centésima parte destinada a consumir el sobrante entero del producto de la clase obrera, en situación de hacerlo también si esta producción por el progreso de las máquinas y de los capitales crece sin cesar? En el supuesto del autor, el labrador o fabricante, cada vez que se duplica el producto nacional, tiene que centuplicar su consumo. Si la riqueza nacional es hoy, gracias a la invención de tantas máquinas, cien veces mayor que en la época en que se limitaba a cubrir los costos de producción, cada señor necesita consumir productos que serían suficientes para el sustento de 100.000 obreros." Y aquí Sismondi cree haber aprehendido a su vez la iniciación de las crisis: "Supongamos literalmente que un rico puede consumir los productos elaborados por 10.000 obreros, entre ellos las cintas, puntillas, artículos de seda, cuyo origen nos ha revelado el autor. Pero un hombre solo no podría consumir en la misma proporción los productos de la agricultura, los vinos, el azúcar, las especies que Ricardo hace surgir en el cambio [Sismondi, que sólo posteriormente supo quién era el anónimo de la *Edimburgh Review*, sospechaba evidentemente, al principio, de Ricardo], sería demasiado para la mesa de un hombre solo. No podrá venderse, o más bien, no podrá mantenerse la proporción entre los productos agrícolas y fabricados que aparecen como base de todo su sistema."

Advertimos, pues, cómo Sismondi se deja engañar por la finta de Mac Culloch. En vez de rechazar que se esquivase la pregunta acerca de la acumulación con una referencia a la producción de lujo, sigue a su adversario a este terreno sin notar la desviación del campo, y sólo encuentra dos cosas que objetarle. En primer lugar, hace a Mac Culloch un reproche moral por mantener que la plusvalía favorezca a los capitalistas y no a la masa de los trabajadores, y se pierde así en una polémica contra las bases de la economía capitalista. En segundo lugar, desde este sendero desviado, halla inesperadamente de nuevo el camino hacia el problema originario que ahora plantea de este modo: es decir, que los capitalistas consumen ellos mismos la plusvalía entera en objetos de lujo. Está bien. ¿Pero es que un hombre puede ampliar su consumo tan rápida e ilimitadamente como los progresos de la productividad del trabajo hacen aumentar el plusproducto? Aquí Sismondi abandona su propio problema, y en vez de fijar la dificultad de la acumulación capitalista en la falta de otros consumidores que no sean los obreros ni los capitalistas, encuentra un obstáculo para la reproducción simple en los límites físicos de la capacidad de consumo de los capitalistas mismos. Como la capacidad adquisitiva de los capitalistas para objetos de lujo no se desarrolla paralelamente a la productividad del trabajo, esto es, al incremento de la plusvalía, tienen que resultar superproducción y crisis. Ya hemos señalado en los *Nouveaux principes* de Sismondi este razonamiento, y en ello tenemos la prueba de que él mismo no veía siempre con absoluta claridad el problema. No es extraño. Sólo es posible penetrar con toda plenitud el problema de la acumulación, cuando se ha resuelto el problema de la reproducción simple. Y ya hemos visto que éste no era el caso de Sismondi.

A pesar de todo, Sismondi, en este primer encuentro con los epígonos de la escuela clásica, manifestó su calidad, mostrándose superior a sus adversarios, a quienes, finalmente, ha vencido. Si Sismondi desconocía los fundamentos más elementales de la reproducción social, y descuidaba, en el sentido del dogma smithiano, el capital constante, su enemigo no lo hace mejor: para Mac Culloch no existe tampoco el capital constante, sus labradores y fabricantes sólo "adelantan" alimentos y vestidos para sus obreros, y el producto total de la sociedad consiste únicamente en alimentación y vestido. Si en este error elemental coinciden ambos, Sismondi aventaja infinitamente a Mac Culloch por su agudo sentido social, que le permite captar las contradicciones de la forma de producción capitalista. El ricardiano se ha quedado finalmente sin responder al escepticismo de Sismondi con relación a la posibilidad de realización de la plusvalía. Igualmente es superior Sismondi cuando le lanza al rostro la hartura satisfecha de armonista y apologista, para el que "no hay ningún exceso de la producción sobre la demanda, ninguna contracción del mercado, ningún dolor", el grito de angustia de los proletarios de Nottinghan, cuando comprueba que la introducción de las máquinas crea necesariamente "una población excedente" y, finalmente y en particular, cuando pone de relieve la tendencia general del mercado mundial capitalista con sus contradicciones. Mac Culloch niega en absoluto la posibilidad de una superproducción general y contra la superproducción parcial tiene en el bolsillo el remedio seguro.

“Puede objetarse [dice] que el supuesto de que la demanda aumenta siempre en relación con la producción, no puede explicar las contradicciones y desequilibrios que engendra un comercio desordenado. A lo que contestamos tranquilamente: una contracción es la consecuencia del crecimiento de una clase particular de mercancías al que no corresponde un crecimiento proporcional de las mercancías que pudieran servirles de contravalor. Mientras nuestros mil labradores y otros tantos fabricantes cambian sus productos y se ofrecen mutuamente un mercado, mil nuevos capitalistas que se suman a la sociedad, y cada uno de los cuales ocupa en el cultivo cien obreros, pueden producir sin duda una contracción inmediata del mercado de productos agrícolas, porque falta un crecimiento simultáneo de la producción de mercancías manufacturadas que debieran cambiarse por los productos agrícolas. Pero si la mitad de estos nuevos capitalistas se hacen fabricantes, elaborarán artículos manufacturados suficientes para adquirir el producto bruto de la otra mitad. El equilibrio está restablecido de nuevo y 1.500 labradores cambiarán sus productos correspondientes con 1.500 fabricantes con la misma facilidad con que anteriormente cambiaban los suyos los 1.000 labradores y los 1.000 fabricantes.” A esta farsa grotesca que se mueve en el aire “tranquilamente”, Sismondi responde haciendo referencia a los desplazamientos y revoluciones reales que en el mercado mundial se realizaban ante sus ojos:

“Se ha extendido el cultivo a países salvajes, y las revoluciones políticas, los cambios en el sistema hacendístico, la paz, han hecho fondear de pronto en los puertos de los antiguos países agrícolas barcos con cargamentos que equivalían a casi la totalidad de sus cosechas. Las enormes provincias que Rusia ha civilizado modernamente en la costa del mar Negro; Egipto, que ha sufrido un cambio de gobierno; la Berbería, donde se ha prohibido la piratería, han volcado de pronto los graneros de Odesa, Alejandría y Túnez en los puertos de Italia y han traído consigo un tal exceso de grano, que a lo largo de toda la costa el labrador trabaja con pérdidas. Inquieta al resto de Europa lo que una revolución semejante, causada por la enorme extensión de la nueva tierra puesta en cultivo en las orillas del Missisipi, pudiera producir. Hasta la influencia de Nueva Zelanda puede ser un día ruinosa para la industria inglesa, si no con relación a las subsistencias para las cuales el transporte es demasiado caro, sí con respecto a la lana y a los demás productos agrícolas cuyo transporte es más fácil.” ¿Y cuál era el consejo de Mac Culloch frente a esta crisis agraria en el sur de Europa? ¡Que se hiciesen fabricantes la mitad de los nuevos labradores! A esto responde Sismondi: “Ese consejo sólo puede darse en serio a los tártaros de Crimea o al fellah egipcio” y agrega: “No ha llegado todavía el momento de implantar nuevas fábricas en países ultramarinos o en Nueva Zelanda.” Se ve que Sismondi se daba claramente cuenta de que la industrialización de los países de ultramar no era más que una cuestión de tiempo. Pero también ve perfectamente que la extensión del mercado mundial no es una solución de la dificultad, sino que será causa de que se produzca en grado más elevado, de que habrá de producir crisis más hondas aún. Sienta de antemano que el reverso de la tendencia expansionista del capitalismo es una intensificación mayor de la competencia, una anarquía aún mayor de la producción. E incluso pone el dedo sobre la causa fundamental de las crisis, formulando claramente en un pasaje la tendencia de la producción capitalista a desarrollarse por encima y a pesar del mercado mismo: “Se ha anunciado frecuentemente [dice al final de su réplica a Mac Culloch] que se restablecería el equilibrio y comenzaría de nuevo el trabajo, pero siempre una demanda única desarrolló un movimiento que excedió con mucho a las necesidades reales del comercio, y a esta nueva actividad sucedió pronto una contracción más penosa todavía.”

A la profundidad de visión de Sismondi, a su análisis de las contradicciones efectivas del movimiento del capital, el vulgar economista de la cátedra de Londres no ha podido oponer más que alusiones a la armonía y su danza entre los 1.000 labradores adornados de cintas y los 1.000 fabricantes animados por el vino.

CAPÍTULO XII
Ricardo contra Sismondi

Para Ricardo, evidentemente, el asunto no quedaba liquidado con la réplica de Mac Culloch a las objeciones teóricas de Sismondi. A diferencia del "farsante escocés", como le llama Marx, Ricardo buscaba la verdad y observaba la modestia genuina de un gran pensador.[87] Que la polémica de Sismondi contra él mismo y contra su "discípulo" había hecho una gran impresión en Ricardo, lo prueba su cambio de frente en el problema de las máquinas y sus efectos. Justamente, pertenece a Sismondi el mérito de haber puesto por primera vez ante los ojos de la teoría clásica el reverso de la medalla en la debatida cuestión de la armonía. En el libro IV de sus *Nouveaux principes*, en el capítulo IV, que trata "De la división del trabajo y de las máquinas", así como en el libro VII, que lleva el título significativo: "Las máquinas producen una población excedente", había atacado Sismondi la doctrina a la que los apologistas de Ricardo habían prestado su adhesión y conforme a la cual las máquinas ofrecían a los obreros asalariados tanto trabajo o incluso más que la totalidad del trabajo vivo desplegado por ellas. Sismondi combate con ardor esta llamada teoría de la compensación. Sus *Nouveaux principes* se habían publicado en 1819, dos años después de la obra fundamental de Ricardo. En la tercera edición de sus *Principes*, en el año 1821, esto es, ya después de la polémica entre Mac Culloch y Sismondi, intercaló Ricardo un nuevo capítulo, en el que reconoce valerosamente su error y declara su acuerdo completo con Sismondi: "Que la opinión de la clase trabajadora, según la cual la aplicación de las máquinas es evidentemente dañina a sus intereses, no descansa en prejuicio ni error, sino que coincide con las leyes fundamentales de la economía pública y del Estado." Al mismo tiempo siéntese inducido, lo mismo que Sismondi, a ponerse a cubierto contra la sospecha de que combata el progreso técnico, pero, menos radical que Sismondi, se salva manifestando que el mal sólo se produce lentamente: "Para esclarecer la ley fundamental, he supuesto que la mejora de la maquinaria fue descubierta de pronto y aplicada en toda su extensión. Pero en realidad estas invenciones aparecen gradualmente y actúan más bien como aplicación de capital ahorrado y acumulado que no haciendo retirar capital de sus inversiones anteriores."

Inquietaba a Ricardo y no le dejaba sosiego el problema de las crisis y de la acumulación. En el último año de su vida, en 1823, estuvo algunos días en Ginebra para discutir con Sismondi personalmente sobre este asunto, y como fruto de aquellos coloquios apareció en mayo de 1824 en la *Revue Encydopédique* el artículo de Sismondi: "Sur la balance des consommations avec les productions."[88]

En sus *Principes*, Ricardo había aceptado la doctrina de la armonía de Say acerca de la relación entre producción y consumo; y en el capítulo XXI dice: "Say ha demostrado suficientemente que no hay capital por grande que sea que no pueda ser empleado en un país, pues la demanda sólo tiene la producción como límite. Nadie produce, salvo con la intención de consumir personalmente su producto o de venderlo, y sólo se vende con la intención de comprar otros bienes que puedan servirle inmediatamente para su consumo, o bien para

[87] Es significativo el hecho de que Ricardo, que gozaba ya entonces del mayor prestigio por sus escritos económicos, escribiera a un amigo, cuando en 1819 se le eligió para el Parlamento: "Sabrá usted que me siento en la Cámara de los Comunes. Temo que no serviré allí de mucho. He intentado dos veces hablar, pero lo hacía con gran azoramiento, y desespero de poder dominar alguna vez el miedo que me acomete al oír el sonido de mi voz." Sin duda, semejantes "azoramientos" eran completamente desconocidos para el charlatán de Mac Culloch.

[88] Sismondi nos cuenta a propósito de esta discusión: "Monsieur Ricardo, cuya muerte reciente ha afligido profundamente, no sólo a su familia y amigos, sino a todos los que ha ilustrado con su saber, a todos los que ha caldeado con sus nobles sentimientos, se detuvo algunos días en Ginebra el último año de su vida. Discutimos juntos, por dos o tres veces, acerca de esta cuestión fundamental sobre la que nos hallábamos en oposición. El aportó a su examen la urbanidad, la buena fe, el amor de la verdad que le distinguían, y una claridad que hubiera sorprendido a sus discípulos mismos, habituados a los esfuerzos de abstracción que exigía de ellos en el gabinete." El artículo "Sur la balance" figura impreso en la segunda edición de los *Nouveaux principes*, tomo II, página 408.

emplearse en una producción futura. Por consiguiente, el que produce será o bien consumidor de su producto, o bien comprador o consumidor de los productos de otro."

Contra esta concepción de Ricardo, polemizó vivamente Sismondi ya en sus *Nouveaux principes* y el debate oral giró en torno a dicha cuestión. Ricardo no podía negar un hecho, la crisis que acababa de producirse justamente en Inglaterra y en otros países. Tratábase únicamente de su explicación. Es digno de notar la clara y precisa posición que adoptaron ambos, Sismondi y Ricardo, al principio de su debate, eliminando la cuestión del comercio exterior. Sismondi comprendía perfectamente el significado y la necesidad del comercio exterior para la producción capitalista y su necesidad de expansión. En esto no cedía en nada a la escuela librecambista ricardiana. E incluso la sobrepujaba considerablemente por la concepción dialéctica de esta tendencia expansiva del capital; afirmó, en consecuencia, que la industria "se ve forzada a buscar salida para sus productos en mercados extranjeros, donde la amenazan transformaciones aún mayores"[89]. Profetizó, como hemos visto, la aparición de una concurrencia peligrosa para la industria europea en los países ultramarinos, lo que sin duda tenía un mérito considerable hacia el año 1820, y delata la visión profunda de Sismondi sobre las relaciones del capital dentro de la economía mundial. No obstante, Sismondi estaba muy lejos de hacer depender exclusivamente el problema de la realización de la plusvalía, el problema de la acumulación, del comercio exterior, y ello como única posibilidad de salvación, como le atribuyen críticos ulteriores. Por el contrario, Sismondi dice expresamente ya en el libro II, capítulo VI: "Para poder seguir con mayor facilidad estos cálculos y para simplificar estas cuestiones, hemos prescindido hasta ahora totalmente del comercio exterior, y supuesto que una nación vive totalmente aislada, la sociedad humana misma es esta nación, y todo lo que es verdad con respecto a una nación sin comercio lo es también con respecto al género humano." Con otras palabras, Sismondi planteaba su problema exactamente en los mismos términos en que después lo ha hecho Marx; considerando todo el mercado mundial como una sociedad que produce exclusivamente en forma capitalista. En lo cual, también estuvo de acuerdo con Ricardo: "Eliminaremos ambos [dice] del problema: la circunstancia de que una nación venda más a los extranjeros de lo que compra de ellos, y las consecuencias que de ello necesariamente se derivan. No tenemos que decidir acerca de si las alternativas de una guerra o de la política pueden suministrar a una nación nuevos consumidores; hay que probar que es ella misma la que crea cuando aumenta su producción." Aquí Sismondi ha formulado el problema de la realización de la plusvalía con toda precisión, tal como después se nos aparece mucho más tarde en la economía. Por su parte, Ricardo sostiene de hecho (siguiendo como hemos visto y veremos aún las huellas de Say) que la producción crea su propio mercado.

La tesis formulada por Ricardo en la controversia con Sismondi decía:

"Supongamos que 100 cultivadores producen 1.000 sacos de grano y 100 fabricantes de lana elaboran 1.000 varas de tela; prescindamos de todos los demás productos que sean útiles a los hombres, de todos los eslabones intermedios entre ellos, y supongamos, además, que se encuentran solos en el mundo y cambian sus 1.000 varas contra sus 1.000 sacos. Si aceptamos que las fuerzas productivas del trabajo progresan en una décima parte a consecuencia de los progresos de la industria, los mismos hombres cambiarán 1.100 varas contra 1.100 sacos, y cada uno de ellos resultará mejor vestido y mejor nutrido; un nuevo progreso eleva el cambio a 1.200 varas contra 1.200 sacos, y así sucesivamente; el crecimiento de la producción eleva siempre los goces de los productores."[90]

Profundamente avergonzados hemos de reconocer que las deducciones del gran Ricardo se hallan aquí en cuanto es posible a un nivel más bajo que las del escocés Mac Culloch. Estamos invitados nuevamente a asistir como espectadores a una armónica y graciosa contradanza entre "varas" y "sacos", en la cual se presupone simplemente aquello que debiera ser probado: su proporcionalidad. Pero, más aún, se han dejado sencillamente fuera todos los supuestos del problema implicado. La cuestión, el objeto de la controversia (para no olvidarlo), consistía en determinar quién consume y adquiere el sobrante de productos que surge cuando los capitalistas elaboran mercancías por encima del consumo de sus obreros y de su propio consumo, esto es, cuando capitalizan una parte de la plusvalía y la destinan a ampliar la producción, a aumentar el capital. A esto responde Ricardo no aludiendo siquiera al aumento

[89] Libro IV, capítulo IV: "La riqueza comercial sigue al aumento de la renta."
[90] *Nouveaux principes*, segunda edición, página 416.

de capital. Lo que nos muestra en las diversas etapas de la producción es una simple elevación gradual de la productividad del trabajo. Conforme a su supuesto, con el mismo número de trabajadores, se producen al comienzo 1.000 sacos de grano y 1.000 varas de tela, luego 1.100 y 1.100 varas, después 1.200 sacos y 1.200 varas, y así sucesivamente. Prescindiendo de la aburrida representación de esta marcha uniforme, como la de un ejército, por ambas partes, y de la coincidencia incluso del número de objetos entre los que ha de verificarse el cambio, para nada se habla en todo el ejemplo de incremento del capital. Lo que tenemos aquí ante los ojos no es reproducción ampliada, sino reproducción simple, en la que únicamente crece la masa de los valores de uso, pero no el valor del producto total social. Y lo que importa para el cambio no es la masa de valores de uso, sino simplemente la magnitud de su valor, y ésta, en el ejemplo de Ricardo, permanece invariable, inmóvil, aunque en apariencia se realice una ampliación del proceso productivo. Finalmente, no existen en Ricardo las categorías de la reproducción de que se trata. Mac Culloch hace que sus capitalistas produzcan su plusvalía y vivan del aire, pero, al menos, reconoce la existencia de los trabajadores y menciona su consumo. En Ricardo, ni siquiera se habla de los trabajadores, y la distinción entre capital variable y plusvalía no existe. Frente a esto, poco importa que Ricardo prescinda totalmente del capital constante lo mismo que su discípulo, queriendo resolver el problema de la realización de la plusvalía y de la acumulación del capital, partiendo del hecho de que existe una cierta cantidad de mercancías que se cambian unas por otras.

Sismondi, sin percibir el total desplazamiento del campo de batalla, se esfuerza honradamente en proyectar sobre la tierra llana las fantasías de su famoso huésped y contradictor, ante cuyos supuestos, como él, lamenta: “Hay que prescindir del tiempo y del espacio como suelen hacer los metafísicos alemanes” y descomponerlas en sus contradicciones invisibles. Realiza la hipótesis ricardiana, según la cual “la sociedad en su organización efectiva incluye trabajadores desposeídos, cuyo salario se fija por la competencia y a quienes su señor puede despedir cuando no los necesita”, pues (hace notar Sismondi con tanto acierto como modestia) “justamente sobre esta organización económica se apoyan nuestros argumentos”. Y descubre las varias dificultades y conflictos que van ligados a los progresos de la productividad del trabajo en el régimen capitalista. Demuestra que las transformaciones de la técnica del trabajo aceptadas por Ricardo han de conducir socialmente a la siguiente alternativa: o se despide una parte correspondiente de obreros en relación con el crecimiento de la productividad, y en ese caso tenemos de un lado un sobrante de productos y del otro paro y miseria, esto es, un reflejo fiel de la sociedad presente, o el producto sobrante se emplea para el sustento de obreros en una nueva rama de producción: la producción de lujo. Llegado aquí, Sismondi muestra decisiva superioridad sobre Ricardo. Recuerda de pronto la existencia del capital constante y entonces es él quien acomete en un cuerpo a cuerpo al clásico inglés: “Para fundar una nueva manufactura, una manufactura de lujo, se requiere también un nuevo capital; hay que construir máquinas, encargar materias primas, tiene que intervenir un comercio lejano, pues los ricos no se conforman de buen grado con los goces que se producen en su vecindad. Ahora bien, ¿dónde encontramos este nuevo capital, que es acaso mucho más considerable que el que pide la agricultura? Nuestros obreros de lujo no han llegado a comer el grano de nuestros cultivadores, a gastar los vestidos de nuestras manufacturas, no existen aún, acaso no hayan nacido todavía; sus industrias aún no funcionan, las materias primas que tienen que elaborar no han llegado de la India; todos aquellos a quienes deben distribuir su pan aguardan en vano.” Ahora Sismondi tiene en cuenta el capital constante no sólo en la producción de lujo, sino también en la agricultura, y más adelante argumenta frente a Ricardo: “Hay que prescindir del tiempo para suponer que aquel cultivador que por un invento de la mecánica o una industria rural puede aumentar en un tercio la fuerza productiva de sus obreros, encontrará también capital suficiente para aumentar en 1/3 su producción, sus herramientas, aperos de labranza, ganado, granero y el capital circulante necesario para esperar sus ingresos.”

Rompe aquí Sismondi con la fábula de la economía clásica, conforme a la cual cuando hay ampliación de capital todo el capital suplementario se gasta exclusivamente en capital variable, y se separa en ello claramente de la teoría de Ricardo, lo que, dicho sea de paso, no le impidió dejar pasar sin retocarlos, tres años más tarde, en la segunda edición de sus *Nouveaux principes*, todos los errores que se apoyan en aquella doctrina. Así, pues, a la simple doctrina de la armonía opone Sismondi dos puntos decisivos: de una parte, las dificultades objetivas del proceso de la reproducción ampliada, que en la realidad capitalista no se produce con la facilidad manifestada en la hipótesis abstrusa de Ricardo, y de otra parte, el hecho de que todo

progreso técnico y el subsiguiente aumento de la productividad del trabajo social bajo condiciones capitalistas se impone siempre a costa de la clase trabajadora y se compra con sus sufrimientos y todavía, en un tercer punto importante, muestra Sismondi su superioridad sobre Ricardo: frente a las limitaciones de éste que no le permiten concebir fuera de la economía burguesa ninguna otra forma social, Sismondi atalaya el amplio horizonte histórico desde una concepción dialéctica: “Nuestros ojos [exclama] se han habituado de tal modo a esta nueva organización de la sociedad, a esta competencia general que degenera en antagonismo entre la clase rica y la trabajadora, que no podemos imaginarnos ningún otro género de existencia. Es absurdo oponerme las faltas de los sistemas anteriores. En efecto, se han sucedido dos o tres en la organización de las clases inferiores; ¿pero por qué, si después de haber hecho algún bien al principio, han causado luego horribles tormentos al género humano, vamos a deducir que hoy contamos con el sistema justo, que no descubriremos el defecto capital del sistema de los asalariados, como hemos descubierto el del sistema de la esclavitud, del vasallaje, de los gremios? Cuando estos tres sistemas regían, tampoco se concebía su sustitución: la mejora del orden existente parecía tan imposible como ridícula. Sin embargo, época llegará en que nuestros nietos nos consideren tan bárbaros como nosotros a las naciones que han tratado como esclavas a las clases obreras.” La profundidad de su visión histórica ha sido demostrada por Sismondi plenamente al distinguir con precisión epigramática el papel del proletariado en la sociedad moderna. Con no menos hondura expone frente a Ricardo el carácter económico peculiar del sistema esclavista y de la economía feudal respectivamente, así como la relatividad de su significación histórica, y por último, al afirmar la tendencia general dominante de la economía burguesa: el “separar plenamente todo género de propiedad de todo género de trabajo”, Tampoco el segundo encuentro de Sismondi con la escuela clásica marcó un triunfo para su adversario.[91]

[91] Por tanto, cuando el señor Tugan-Baranowsky, en interés del punto de vista Say-Ricardo por él defendido, y al referirse a la controversia entre Sismondi y Ricardo, afirma que Sismondi se vio “forzado a reconocer la exactitud de la doctrina por él combatida y a hacer a su adversario todas las concesiones necesarias”, que Sismondi “abandonó su propia teoría que ha hallado hasta ahora tantos partidarios”, y que “el triunfo en esta controversia correspondió a Ricardo” (***Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra***, 1901, página 176), incurre en una ligereza de juicio (llamémosla así) de la que no conocemos muchos ejemplos en obras científicas serias.

CAPÍTULO XIII
Say contra Sismondi

El artículo contra Ricardo publicado por Sismondi en la *Revue Encyclopédique* de mayo de 1824, atrajo por fin a la palestra al entonces *prince de la science économique*, al pretendido representante, heredero y popularizador de la escuela smithiana en el continente: J. B. Say. En julio del mismo año, Say, que habría ya polemizado contra la concepción de Sismondi en sus cartas a Malthus, replicó en la *Revue Encyclopédique* con un artículo titulado "Sobre el equilibrio entre el consumo y la producción", al que Sismondi hizo seguir por su parte una breve dúplica. Así, la sucesión de los torneos polémicos se desarrollaba en realidad a la inversa de la línea genealógica de las teorías. Porque había sido Say el primero que había comunicado a Ricardo aquella doctrina del equilibrio, por la gracia de Dios, entre producción y consumo que el segundo había transmitido a su vez a Mac Culloch. En efecto, ya en 1803 había escrito Say en su *Traité d'économie politique*, libro I, capítulo XXII: "De los mercados", el siguiente principio lapidario: "... se pagan productos con productos. Por consiguiente, cuando una nación tiene demasiados productos de una clase, el medio de darles salida es crear productos de otra clase."[92] Aquí tenemos la fórmula más conocida de la mixtificación que la escuela de Ricardo y la economía vulgar aceptaron como la piedra angular de la doctrina de la armonía.[93] La obra principal de Sismondi era en el fondo una continuada polémica contra el principio. Ahora, en la *Revue Encyclopédique*, Say arremete con el arma del adversario y da, en forma desconcertante, el siguiente viraje: "Si se advierte que toda sociedad humana, gracias a la inteligencia y a las ventajas que le ofrecen las fuerzas de la naturaleza y las artes, puede producir de todas las cosas apropiadas para la satisfacción de sus necesidades y la multiplicación de sus goces una cantidad superior a la que esa sociedad es capaz de consumir, entonces yo preguntaría: ¿cómo es posible que no conozcamos ninguna nación completamente provista y que incluso en aquellas que pasan por florecientes las siete octavas partes de la población carezcan de una serie de productos considerados indispensables, no ya en sus familias ricas, sino en un hogar modesto? Vivo momentáneamente en un pueblo, situado en una de las comarcas más ricas de Francia. Sin embargo, sobre 20 casas hay 19 al entrar en las cuales sólo advierto una alimentación grosera y que carecen de todo lo que corresponde al bienestar de la familia, de todas las cosas que los ingleses llaman "confortables"[94], etcétera.

Admírese el descaro del distinguido Say. Había sido él quien había afirmado que en la economía capitalista no podía haber dificultades, ni excedentes, ni crisis, ni miseria, pues las mercancías se compraban mutuamente, y bastaba producir cada vez más para resolverlo todo con entera satisfacción. En sus manos, este principio se había convertido en dogma de la teoría de la armonía, que sustenta la economía vulgar. Sismondi, en cambio, había protestado enérgicamente, exponiendo lo insostenible de este criterio; había señalado que no es realizable cualquier cantidad de mercancías, sino que la renta de la sociedad en un momento dado (v + p)

---

[92] "El dinero no desempeña más que un oficio pasajero en este doble cambio. Terminados los cambios, se halla que se ha pagado productos con productos. Por consiguiente, cuando una nación tiene demasiados productos de una clase, el medio de darles salida es crear productos de otra clase." (J. B. Say, *Traité d'économie politique*, París, 1803, Tomo I, página 154).

[93] En realidad, tampoco le pertenecía aquí a Say más que la fijación pretenciosa y dogmática del pensamiento expresado por otros. Como hace notar Bergmann en su *Historia de las teorías de las crisis* (Stuttgart, 1895), ya en Josiah Tucker (1752), Turgot (en sus notas a la edición francesa del libelo de Tucker). Quesnay, Dupont de Nemours y en otros, se encuentran manifestaciones completamente análogas acerca de la identidad entre oferta y demanda, así como del equilibrio natural entre ambas. No obstante, el "lamentable" Say, como le llama Marx en una ocasión, reclama para sí, como superarmónico, la honra del gran descubrimiento de la *théorie des debouchés* (la teoría de los mercados) y modestamente, compara su obra con el descubrimiento de la teoría del calor, de la palanca y del plano inclinado. (Véase su introducción y su in dice de materia en la 6ª edición de su *Traité*, 1841: "La teoría de los cambios y de los mercados (tal como se desarrolla en esta obra) es la que transformará la política del mundo", páginas 51 y 616.) James Mili desarrolla el mismo punto de vista en su *Commerce defended*, publicado en 1808. Marx le llama el verdadero padre de la teoría del equilibrio natural entre producción y venta.

[94] *Revue Éncyclopédique*, tomo XXIII, julio se 1824, página 20.

representaba el límite extremo de realización de la cantidad de mercancías. Pero como los salarios de los trabajadores se rebajaban al mínimo estricto para la existencia, y la capacidad de consumo de la clase capitalista tenía también sus límites naturales, el acrecentamiento de la producción llevaba al estancamiento del mercado, a una crisis y a una miseria aún mayor para las masas populares. Entonces viene Say y replica con ingenuidad magníficamente fingida: si usted afirma que pueden producirse demasiados productos, ¿cómo es posible que haya en nuestra sociedad tantos menesterosos, tantos harapientos, tantos hambrientos? Explicadme, ¡oh Dioses Olímpicos!, este absurdo de la naturaleza. Say, cuya propia posición se basa sobre todo en el truco de prescindir de la circulación del dinero y operar con un cambio directo de mercancías, atribuye ahora a su adversario hablar de un exceso de productos, no en relación con los medios adquisitivos de la sociedad, sino con sus necesidades efectivas. Sin embargo, Sismondi no había dejado la menor duda precisamente sobre este punto cardinal de sus deducciones. En el libro II, capítulo XI de sus *Nouveaux príncipes*, dice expresamente: "Aun en el caso de que la sociedad cuente con un gran número de personas mal alimentadas, mal vestidas, mal alojadas, sólo apetece lo que puede comprar, pero sólo puede comprar con su renta."

Algo más adelante, el propio Say lo reconoce, pero al mismo tiempo hace objeto a su contrincante de una nueva imputación: "Lo que falta en una nación [dice] no son los consumidores, sino los medios para comprar. Sismondi cree que estos medios serán más considerables si los productos son más escasos y, por lo tanto, más caros y su elaboración reporta a los obreros un salario mayor."[95] Say intenta aquí reducir a la vulgaridad de su propio sistema, mejor dicho, de su propia charlatanería, la teoría de Sismondi, el cual había atacado los fundamentos mismos de la organización capitalista, la anarquía de su producción y todo su sistema de distribución. Transforma así los *Nouveaux principes* en un alegato en favor de la "rareza" de las mercancías y de los precios caros. Frente a ello entona un himno de alabanza a la marcha ascendente de la acumulación capitalista, y afirma que siendo más animada la producción y más numerosos los obreros, aumentará el volumen de la producción y "las naciones estarán provistas mejor y su forma más general", con cuyo motivo ensalza la situación de los países de mayor desarrollo industrial, comparada con la miseria medieval. Por el contrario, las "máximas" de Sismondi serían muy peligrosas para la sociedad burguesa: "¿Por qué pide la investigación de leyes que obligarían al empresario a garantizar la existencia de los obreros que emplea? Semejante investigación paralizaría el espíritu de empresa. Ya el mero temor de que el Estado pudiera inmiscuirse en contratos privados constituye un flagelo y pone en peligro el bienestar de una nación."[96] Frente a esta charlatanería apologética de Say, Sismondi retrotrae el debate una vez más a su base: "Indudablemente, yo no he negado nunca que Francia haya doblado su población y multiplicado su consumo desde los días de Luis XIV, como él me reprocha; sólo he afirmado que la multiplicación de los productos constituye un bien cuando esos productos son apetecidos, pagados, usados, y que constituye, en cambio, un mal cuando no se los apetece y toda la esperanza del productor consiste en quitarle los consumidores a una industria en competencia con la suya. He procurado mostrar que el curso natural de las naciones consiste en el aumento progresivo de su dicha y, por lo tanto, de su demanda de nuevos productos y de los medios para pagarlos. Pero las consecuencias de nuestras instituciones, de nuestra legislación, que han despojado a la clase trabajadora de toda propiedad y toda garantía, han estimulado simultáneamente un trabajo desordenado que no está en proporción con la demanda ni con la capacidad adquisitiva y que, a consecuencia de ello, intensifica aún más la miseria." Y cierra el debate invitando al armónico satisfecho a reflexionar sobre la situación "que presentan los pueblos ricos, en los cuales la miseria pública aumenta incesantemente al mismo tiempo que la riqueza material, y en los cuales la clase que lo produce todo se ve, día a día, colocada en condiciones de no poder gozar de nada". Con esta disonancia estridente de las contradicciones capitalistas termina el primer combate en torno al problema de la acumulación del capital.

[95] *Revue Encyclopédique*, página 121.

[96] Say acusa a Sismondi, en el siguiente lance patético. de ser el enemigo mortal de la sociedad burguesa "contra la organización moderna de la sociedad, organización que, despojando al hombre que trabaja de toda propiedad, salvo la de sus brazos, no le da garantía alguna contra una competencia dirigida en su perjuicio. ¡Cómo! ¡Porque la sociedad garantiza a todo género de empresarios la libre disposición de sus capitales, es decir, de su propiedad, ha de despojar al hombre que trabaja! Lo repito; nada más peligroso que las ideas que conducen a regular el empleo de la propiedad." Porque (dice Say) "los brazos y las facultades […] ¡son también propiedad'".

Si se lanza una ojeada al curso y a los resultados de esta primera controversia, se pueden comprobar dos puntos:

1.- A pesar de toda la confusión del análisis de Sismondi, se pone de manifiesto su superioridad, tanto frente a la escuela de Ricardo como frente al supuesto jefe de la escuela smithiana. Sismondi considera las cosas desde el punto de vista de la reproducción, y, en lo posible, procura abarcar, en sus relaciones recíprocas dentro del proceso total de la sociedad, conceptos de valor, como capital y renta, y elementos objetivos, como medios de producción y medios de consumo. En ello, del que más cerca se encuentra es de Adam Smith. Sólo que destaca conscientemente como el tono fundamental de su análisis las contradicciones del proceso total, que en Smith aparecen como contradicciones teóricas subjetivas, y formula el problema de la acumulación del capital como el punto medular y la dificultad fundamental. En esto, Sismondi representa un progreso indudable sobre Smith. En cambio, Ricardo con sus epígonos, e igualmente Say, no salen en todo el debate de los conceptos de la circulación simple de mercancías; para ellos sólo existe la fórmula M-D-M (mercancía-dinero-mercancía), que falsifican además en un cambio directo de mercancías, pretendiendo haber agotado con esta sabiduría estéril todos los problemas del proceso de reproducción y acumulación. Esto significa retroceder hasta antes de Smith, y frente a tal estrechez mental lleva Sismondi resuelta ventaja. Precisamente como crítico social muestra aquí mucho más sentido para las categorías de la economía burguesa que los apologistas jurados de esta economía, del mismo modo que más adelante, como socialista, Marx ha mostrado, hasta en los detalles, una comprensión infinitamente más perspicaz de la *differentia specifica* del mecanismo económico capitalista que toda la economía política burguesa. Cuando Sismondi (en el libro VII, capítulo VII) exclama contra Ricardo: "¡Cómo!, ¿la riqueza lo es todo y el hombre nada?", se manifiesta no sólo la debilidad "ética" de su concepción pequeñoburguesa en comparación con la objetividad rigurosamente clásica de Ricardo, sino también la mirada del crítico que, aguzada por el sentimiento social, percibe las conexiones sociales vivas de la economía, y también, por tanto, sus contradicciones y dificultades; frente a ello se alza la rígida estrechez de la concepción abstracta de Ricardo y su escuela. La controversia sólo ha servido para subrayar que Ricardo y los epígonos de Smith no estaban en situación, no ya de resolver el enigma de la acumulación que Sismondi les había propuesto, sino ni siquiera de comprenderlo.

2.- Pero la solución del enigma se hizo imposible, porque toda la discusión se apartó hacia una vía secundaria y se centró en torno al problema de las crisis. El estallido de la primera crisis dominaba, como era natural, la discusión; pero, como era natural también, impidió que ambas partes se dieran cuenta del hecho que las crisis no constituyen el problema de la acumulación, sino meramente su forma específica exterior, meramente un elemento en la forma cíclica de la reproducción capitalista. Resultó de aquí que el debate tuvo que acabar en un doble *quid pro quo*: una de las partes deducía directamente de las crisis la imposibilidad de la acumulación; la otra, directamente del cambio de mercancías, la imposibilidad de las crisis. El curso ulterior de la evolución capitalista había de reducir por igual al absurdo ambas deducciones.

Pero con todo, la crítica de Sismondi continúa siendo de gran importancia histórica como la primera llamada teórica de alarma contra la dominación del capital; esa crítica muestra la descomposición de la economía clásica, incapaz de resolver los problemas que ella misma había engendrado. Al proferir su grito de angustia contra las consecuencias del régimen capitalista, Sismondi no era seguramente un reaccionario en el sentido que le entusiasmase la situación precapitalista, aunque en ocasiones se complazca en exaltar las formas patriarcales de producción en la agricultura y la industria frente al régimen capitalista. Contra semejante inculpación se defiende repetida y enérgicamente, por ejemplo, en su artículo contra Ricardo de la *Revue Encyclopédique*: "Oigo ya la objeción de que me opongo al perfeccionamiento de la agricultura, de las artes y a todos los progresos del hombre; de que prefiero sin duda la barbarie a la civilización, ya que el arado es una máquina y la azada otra aún más antigua, y que, con arreglo a mi sistema, el hombre sólo hubiera debido trabajar la tierra con sus manos. No he dicho nada parecido, y de una vez para siempre he de protestar contra que se imputen a mi sistema consecuencias que yo mismo no he sacado. No he sido comprendido ni por los que me atacan, ni por los que me defienden, y con tanta frecuencia me he sentido ruborizado ante mis aliados como ante mis adversarios. Entiéndase bien: mis objeciones no se dirigen contra las máquinas ni contra el progreso de la civilización, ni contra las invenciones, sino contra la

organización actual de la sociedad, una organización que, despojando a los trabajadores de toda propiedad que no sea la de sus brazos, no les proporciona la menor garantía contra la competencia, contra el comercio insensato que acaba siempre en daño suyo y que les condena irremisiblemente a la condición de víctima.” El punto de partida de la crítica de Sismondi lo constituyen, sin duda, los intereses del proletariado y le asiste pleno derecho cuando formula así su tendencia fundamental: “Sólo deseo inquirir los medios para asegurar el fruto del trabajo a aquel que realiza el trabajo; los provechos de la máquina, al que pone la maquina en actividad.” Verdad que cuando tiene que explicar más detenidamente la organización social a que aspira, elude la cuestión y reconoce su incapacidad: “Qué nos corresponde hacer, es una cuestión de dificultad ilimitada que no tenemos hoy en modo alguno la intención de tratar. Deseamos convencer a los economistas, tan completamente como lo estamos nosotros, sobre que su ciencia ha seguido hasta ahora un camino equivocado. Pero no tenemos confianza bastante en nosotros mismos para mostrarles el verdadero camino: sería pretender de nuestro espíritu un esfuerzo demasiado grande pedirle que exponga la organización de la sociedad tal corno debe ser: ¿Dónde habría un hombre bastante fuerte para imaginar una organización que aún no existe, para ver el porvenir, cuando ya cuesta bastante esfuerzo ver lo existente?” Esta confesión franca de su incapacidad para penetrar más allá del capitalismo en el porvenir, no es deshonrosa seguramente para Sismondi hacia el año 1820, en una época en que el dominio del gran capital industrial acababa de traspasar el umbral de la historia y cuando la idea del socialismo sólo era posible en forma utópica. Pero como, de este modo, Sismondi no podía ir más allá del capitalismo ni tampoco retroceder, sólo le quedaba a su crítica el camino intermedio pequeñoburgués. El escepticismo respecto a la posibilidad del desarrollo pleno del capitalismo y, por tanto, de las fuerzas productivas, condujo a Sismondi a pedir diques contra la acumulación, a pedir que se moderase el paso de carga en la expansión del régimen capitalista. Y en esto estriba el lado reaccionario de su crítica.[97]

[97] Marx, al historiar la oposición contra la escuela de Ricardo y su descomposición, roza sólo brevemente a Sismondi. En un pasaje dice: “Excluyo aquí a Sismondi de mi ojeada histórica, porque la critica de sus opiniones corresponde a una parte que sólo podré tratar después de este escrito, al movimiento real del capital (competencia y crédito).” (*Teorías sobre la plusvalía*, tomo III, página 52.) No obstante, algo más allá, con motivo de Malthus. Marx le dedica también a Sismondi un pasaje que en sus grandes rasgos es completo: “Sismondi tiene el sentimiento intimo de que la producción capitalista está en contradicción consigo misma; de que, por una parte, sus formas, sus relaciones de producción estimulan el desarrollo desenfrenado de la fuerza productiva y de la riqueza; de que, por otra parte, estas relaciones se hallan condicionadas; de que las contradicciones entre valor de uso y valor de cambio, mercancía y dinero, compra y venta, producción y consumo, capital y trabajo asalariado, etc., asuman proporciones tanto mayores cuanto más se desarrolla la fuerza productiva. Siente sobre todo la contradicción fundamental; de una parte, desarrollo desencadenado de la fuerza productiva y aumento de la riqueza, que, consistente en mercancías. ha de reducirse a dinero; de otra parte, como fundamento, limitación de la masa de productores a los medios de subsistencia necesarios. Por eso, para él las crisis no obedecen, como para Ricardo, al azar, sino que son el estallido esencial en gran escala y en períodos determinados, de contradicciones inmanentes. Pero Sismondi vacila constantemente. ¿Debe el Estado encadenar las fuerzas productivas para adecuarlas a las condiciones de la producción, o bien adaptar las condiciones de la producción a las fuerzas productivas? En el aprieto, se refugia a menudo en el pasado, convirtiéndose en *laudator temporis acti*, y para conjurar las contradicciones le agradaría también regular de otro modo la renta en relación al capital o la distribución en relación a la producción, sin comprender que las relaciones de distribución son sólo las de producción *sub alia specie*. Juzga resueltamente las contradicciones de la producción burguesa, pero no las comprende y tampoco, por tanto. el proceso de su descomposición. [¿Cómo podía comprenderlo cuando esta producción se estaba apenas formando? R. L.] Pero lo que hay en el fondo de su doctrina es, de hecho, el presentimiento de que a las fuerzas productivas desarrolladas en el seno de la sociedad capitalista deben corresponder condiciones materiales y sociales de creación de la riqueza y nuevas formas de apropiación de esta riqueza; que las formas burguesas de esa apropiación son sólo transitorias y contradictorias y que en ellas la riqueza sólo recibe una existencia antitética, y aparece siempre simultáneamente a su contrario. Es una riqueza que tiene siempre como condición la pobreza y que sólo se desarrolla usando a ésta.”

En *Miseria de la Filosofía*, Marx contrapone en algunos pasajes Sismondi a Proudhon. pero sólo se expresa sobre él en el breve párrafo siguiente: “Los que, como Sismondi, quieren volver a proporciones adecuadas de la producción, conservando al mismo tiempo los fundamentos actuales de la sociedad, son reaccionarios, pues, para ser consecuentes, deben aspirar también al retorno de todas las demás condiciones de la industria de épocas anteriores” En la *Critica de la economía* política se menciona dos veces brevemente a Sismondi: una de ellas se le juzga como el último clásico de la economía burguesa de Francia, parangonándosele a Ricardo en Inglaterra; el otro pasaje destaca que Sismondi acentuó contra Ricardo el carácter social específico del trabajo que crea valor. Finalmente. en el *Manifiesto Comunista*, se cita a Sismondi como el jefe del socialismo pequeñoburgués.

CAPÍTULO XIV
Malthus

Contemporáneamente con Sismondi, Malthus sostenía a su vez una lucha parcial contra la escuela de Ricardo. Tanto en la segunda edición de su obra como en su polémica, Sismondi se refiere repetidas veces a Malthus como testimonio. En la *Revue Encyclopédique* invoca a menudo a Malthus como a su testigo fundamental.

"Por otra parte, Malthus en Inglaterra ha sostenido (contra Ricardo y Say), como yo he intentado hacerlo en el continente, que el consumo no es la consecuencia necesaria de la producción, que las necesidades y los deseos de los hombres son ciertamente ilimitados; pero estas necesidades y estos deseos sólo pueden ser satisfechos en cuanto van unidos a medios de cambio. Hemos afirmado que no basta crear estos medios de cambio para que pasen a manos de los que tienen estos deseos o necesidades; que incluso es frecuente el caso de que crezcan en la sociedad los medios de cambio mientras disminuye la demanda de trabajo, el salario, y que entonces los deseos y necesidades de una parte de la población no pueden ser satisfechos y el consumo baja igualmente. Finalmente, hemos sostenido que el signo indudable del bienestar de la sociedad no es la producción creciente de riquezas, sino la demanda creciente de trabajo, o la oferta creciente del salario que se paga como compensación al trabajo, Ricardo y Say no han negado que la demanda creciente de trabajo sea un signo de bienestar, pero han sostenido que la demanda tenía que nacer con seguridad del crecimiento de la producción.

"Malthus y yo negamos esto. Afirmamos que estos dos aumentos son consecuencias de causas independientes entre sí, e incluso en ocasiones, opuestas. En nuestra opinión, el mercado se encuentra excesivamente lleno cuando no ha precedido una demanda de trabajo a la producción y no le ha seguido; en tal caso, una nueva producción es causa de su carencia y no de un goce."

Estas manifestaciones hacen pensar en una amplia coincidencia y hermandad de armas entre Sismondi y Malthus, al menos en su oposición frente a Ricardo y su escuela. Marx considera como un plagio de los *Nouveaux principes*, publicados un año antes, o sea, en 1820 los *Principes of Political Economy* de Malthus. Sin embargo, en la cuestión que nos interesa existe entre ambos, en muchos casos, una verdadera oposición.

Sismondi critica la producción capitalista, arremete impetuosamente contra ella, es su acusador. Malthus es su apologista y no porque como Mac Culloch o Say niegue sus contradicciones, sino porque las eleva brutalmente al rango de ley natural, declarando además que son sagradas. El punto de vista que guía a Sismondi son los intereses de los trabajadores, el fin a que se encamina, aunque en forma general y vaga, es a una reforma radical de la distribución. Malthus es el ideólogo de los intereses de aquella capa de parásitos de la explotación capitalista, que se alimentan de la renta de la tierra y del Estado, y el fin que defiende es la atribución de la mayor cantidad posible de plusvalía a estos "consumidores improductivos". El punto de vista general de Sismondi es predominantemente ético, de reforma social. "Corrige" a los clásicos, haciendo resaltar frente a ellos que "el único fin de la acumulación es el consumo" y propugna que se atenúe la acumulación. Malthus, por el contrario, declara rudamente que la acumulación es el único fin de la producción y defiende la acumulación sin límites por parte de los capitalistas, que quiere ver completada y asegurada por el consumo ilimitado de sus parásitos. Finalmente, el punto de partida de Sismondi era el análisis del proceso de reproducción, la relación entre el capital y la renta con una medida social.

Malthus parte en su oposición a Ricardo de una absurda teoría del valor y de una teoría vulgar de la plusvalía de ella derivada, que quiere explicar el beneficio capitalista por el sobreprecio sobre el valor de las mercancías.[98] Malthus combate en una crítica detenida el principio de la

[98] Marx, Carlos, *Teorías sobre la plusvalía*, Tomo III, páginas 1-29, donde se analiza detenidamente la teoría del valor y el beneficio de Malthus.

identidad entre oferta y demanda en el capítulo VI de sus *Definitions in Political Economy*, que dedica a James Mill. Mill decía en sus *Elements of Political Economy*, página 233: "¿Qué se piensa necesariamente cuando decimos que oferta y demanda se acomodan una a otra? Decimos que bienes elaborados con una gran cantidad de trabajo se cambian por bienes elaborados con la misma cantidad de trabajo. Si se acepta este supuesto, todo lo demás es claro. Así, si un par de zapatos se elabora con la misma cantidad de trabajo que un sombrero, al cambiar entre sí el sombrero y los zapatos se acomodarán una a otra la oferta y la demanda. Si ocurriese que los zapatos caen, en comparación con el sombrero, eso significaría que habían sido llevados al mercado más zapatos que sombreros. En tal caso, existirían los zapatos con una abundancia más que necesaria. ¿Por qué? Porque una cierta cantidad de trabajo en zapatos no podría ya cambiarse contra la misma cantidad de trabajo en otros productos. Pero por la misma razón habría una cantidad insuficiente de sombreros, porque se cambiarían una cierta suma de trabajo en sombreros contra una suma mayor del trabajo en zapatos."

Contra estas banales tautologías, Malthus emplea dos argumentos. En primer término, hace observar a Mill que su construcción está montada en el aire. Puede ocurrir, de hecho, que manteniéndose inalterable la proporción de cambio entre sombreros y zapatos puedan existir, no obstante, ambos en una cantidad excesiva en comparación con la demanda. Y esto se manifestará en que ambos se venderán en precios que estén debajo de los costos de producción (con un beneficio prudencial). "¿Puede decirse en este caso [pregunta], que la oferta de sombreros corresponde a la demanda de sombreros, o la oferta de zapatos a la demanda de los mismos, si tanto unos como otros existen en cantidades excesivas, ya que no pueden cambiarse bajo las condiciones que aseguren su oferta constante?"[99]

Por consiguiente, Malthus contrapone aquí a Mill la posibilidad de una superproducción general: "En comparación con los costos de producción pueden subir o bajar todas las mercancías (en la oferta) al mismo tiempo."[100]

En segundo lugar, protesta contra la manera tan en uso, tanto en Mill como en Ricardo y sus epígonos, de acomodar sus tesis al cambio directo de productos. "El cultivador de lúpulo [dice] que lleva, por ejemplo, al mercado 100 sacos de lúpulo, piensa tanto en la oferta de sombreros y zapatos como en las manchas del Sol. ¿En qué piensa entonces? ¿Y qué quiere percibir a cambio de su lúpulo? Mr. Mill parece creer que revelaría la mayor ignorancia de la economía política quien supusiera que quería dinero. No obstante, no tengo inconveniente, aun con el peligro de que se me acuse de esa ignorancia, de declarar, que es justamente dinero lo que él (el cultivador) necesita."

Pues tanto la renta que tiene que pagar el dueño de la tierra, como los jornales de los trabajadores, como finalmente las materias primas e instrumentos que necesita para cultivar sus plantaciones, sólo pueden ser cubiertos con dinero. En esto insiste Malthus con gran detenimiento. Incluso encuentra "asombroso" que economistas de fama prefieran acudir a los ejemplos más osados e imposibles, que aceptar el cambio en dinero.[101]
Por lo demás, Malthus se conforma con describir el mecanismo, en virtud del cual una oferta demasiado grande origina una limitación de la producción, y a la inversa, por la caída de los precios por debajo del costo de producción. "Pero esta tendencia a liquidar, por el curso natural de las cosas, la superproducción o la infraproducción, no prueba que no existan estos males."

Se ve que Malthus, a pesar de su punto de vista, opuesto en la cuestión de las crisis, se mueve en el mismo círculo que Ricardo, Mill Say y Mac Culloch: para él sólo existe igualmente el cambio de mercancías. El proceso reproductivo de la sociedad en sus grandes categorías y

[99] Malthus, *Denitions in Political Economy*, 1823, página 51.
[100] Malthus, *Definitions in Political Economy*, 1823, página 64.
[101] "Supongo que temen a que se les inculpe de pensar, que la riqueza consistía en dinero. Pero si es verdad que la riqueza no consiste en dinero, también es verdad que el dinero es el agente más poderoso de distribución de la riqueza, y todos los que en un país donde la totalidad de los cambios se realizan prácticamente con dinero, continúen tratando de explicar los principios de la demanda y la oferta y las variaciones de salarios y beneficios, refiriéndose principalmente a sombreros, zapatos, grano, vestidos, etc., tienen que fracasar necesariamente," (Lugar citado, página 60, nota)

relaciones, que ocupaba completamente la atención de Sismondi, no se tiene aquí para nada en cuenta.

Dadas tantas oposiciones en la concepción fundamental, lo común entre la crítica de Sismondi y la de Malthus consistía, simplemente, en lo que sigue:

1.- Ambos rechazan contra los ricardianos y Say el principio del equilibrio preestablecido entre consumo y producción. 2.- Ambos sostienen la posibilidad de crisis no sólo parciales, sino generales.

Aquí se acaba el acuerdo. Si Sismondi busca la causa de la crisis en el bajo nivel de los salarios y en la limitada capacidad de consumo de los capitalistas, Malthus, por el contrario, convierte los salarios bajos en una ley natural del movimiento de población, pero encuentra sustitución para el consumo limitado de los capitalistas en el consumo de los parásitos de la plusvalía, como la nobleza territorial y el clero, cuya capacidad de absorción de riqueza y lujo no tiene límite: la Iglesia tiene buen estómago.

Y si ambos, Malthus y Sismondi, por la salud de la acumulación capitalista y para salvarla del aprieto, buscan una categoría de consumidores que compran sin vender, Sismondi la busca para dar salida al sobrante del producto social sobre el consumo de los obreros y de los capitalistas, esto es, a la parte capitalizada de la plusvalía, y Malthus para que se produzca el beneficio. Por lo demás, cómo los perceptores de rentas y los beneficiarios del Estado, que tienen que recibir sus medios de compra principalmente de manos de los capitalistas, han de ayudar a éstos a la apropiación del beneficio por la adquisición de mercancías con un sobreprecio, es, naturalmente, un secreto de Malthus. Dadas oposiciones tan considerables, la comunidad de armas entre Malthus y Sismondi ha sido bastante superficial. Y si como dice Marx, Malthus ha convertido en caricatura malthusiana los *Nouveax principes* de Sismondi, Sismondi sismondiza demasiado las críticas de Malthus contra Ricardo, no haciendo resaltar más que lo que hay de común entre ellos. Por otra parte, en ocasiones, sucumbe a la influencia de Malthus, como cuando hace suya, en parte, la teoría malthusiana del gasto del Estado, como un remedio de la acumulación; aquí contradice abiertamente a su propio punto de partida.

En resumen, Malthus no dice nada original con respecto al problema de la reproducción, ni lo ha comprendido; en su controversia con los ricardianos gira, como éstos en su controversia con Sismondi, en torno a los conceptos de la circulación simple de mercancías. En la contienda entre él y la escuela de Ricardo tratábase del consumo improductivo de los parásitos de la plusvalía; era una querella por el reparto de la plusvalía, no una lucha sobre los fundamentos sociales de la reproducción capitalista. La construcción de Malthus se viene abajo tan pronto como descubrimos sus errores en la teoría del beneficio. La crítica de Sismondi se mantiene, pero, incluso aceptando la teoría del valor ricardiano con todas sus consecuencias, su problema queda sin resolver.

SEGUNDO ASALTO
Controversia entre Rodbertus y von Kirchmann

CAPITULO XV
La teoría de la reproducción de von Kirchmann

También la segunda polémica en torno al problema de la acumulación fue vigorizada por acontecimientos de la época. Así como Sismondi había sido estimulado en su oposición contra la escuela clásica por la primera crisis inglesa y los daños producidos a la clase obrera, Rodbertus, casi 25 años más tarde, recibe el impulso para su crítica de la producción capitalista, del movimiento obrero revolucionario que había surgido entretanto. El alzamiento de los tejedores de Lyon y el movimiento de los cartistas en Inglaterra, constituyen una protesta contra la más perfecta de todas las formas de la sociedad; mucho más enérgica que los difusos espectros que había sacado a escena la primera crisis. El primer escrito de Rodbertus sobre temas económico-sociales, que procede probablemente de fines del cuarto decenio, y que fue escrito para la *Augsburger Allgen. Zeitung*, pero que no fue publicado por dicho periódico, ostenta el significativo título; "Las demandas de las clases trabajadoras", y comienza con las palabras; "¿Qué quieren las clases trabajadoras? ¿Podrán las demás impedirles que lo consigan? ¿Desean la quiebra total de la cultura moderna? Que un día la historia presentaría estas cuestiones con gran apremio lo sabían hace mucho tiempo las personas reflexivas. Las asambleas de los cartistas y las escenas de Birmingham lo han mostrado a todo el mundo." Poco después, a mediados de siglo, el fermento de las ideas revolucionarias había de manifestarse, en Francia, en las más diversas sociedades secretas y escuelas socialistas (los proudhonistas blanquistas, los partidarios de Cabet, Luis Blanc, etc.), y producir en la revolución de febrero, en la proclamación del "derecho al trabajo" en los días de junio, la primera gran batalla entre los dos mundos de la sociedad capitalista, una explosión de las contradicciones sociales que hizo época. En lo que toca a la otra forma visible de estas contradicciones, a las crisis, en los días de la segunda controversia disponíase de un caudal de observación incomparablemente más abundante que a fines del primer cuarto de siglo. El debate entre Rodbertus y von Kirchmann tuvo lugar bajo las impresiones inmediatas de las crisis de 1837, 1839, 1847, e incluso de la primera crisis mundial de 1857 (el interesante escrito de Rodbertus *Las crisis comerciales y las dificultades hipotecarias de los propietarios territoriales* procede del año 1858). Por consiguiente, las contradicciones interiores de la economía capitalista se ofrecían a los ojos de Rodbertus de muy diverso modo que en los tiempos en que Sismondi alzó su voz, significando una crítica estridente de las doctrinas armónicas de los clásicos ingleses y sus vulgarizadores, tanto en Inglaterra como en el continente.

Por lo demás, una cita del escrito más antiguo de Sismondi sirve para atestiguar que la crítica de Rodbertus estaba bajo el influjo directo de la de aquél. Rodbertus conocía perfectamente la literatura francesa contemporánea de oposición contra la escuela clásica, y quizá algo menos la muy numerosa inglesa, en cuya circunstancia, como es sabido, tiene sus débiles raíces la leyenda que circula en el mundo de los profesores alemanes acerca de la llamada "prioridad" de Rodbertus con respecto a Marx en la "fundamentación del socialismo". Así, el profesor Diehl escribe en su bosquejo sobre Rodbertus en el *Diccionario de las ciencias del Estado*; "Rodbertus debe ser considerado como el verdadero fundador del socialismo científico en Alemania, pues, ya antes de Marx y Lassalle había suministrado en sus escritos de los años 1839 y 1842 un sistema socialista completo, una crítica del smithianismo, una nueva base teórica y un proyecto de reforma social" Todo esto tranquilamente y en el mayor temor de Dios en el año 1901 (2ª edición), después de todo y a pesar de todo lo que habían escrito Engels, Kautsky y Mehring para destruir la leyenda de los profesores. Por lo demás, que el "socialista" Rodbertus, monárquico, nacionalista y prusiano, el comunista para dentro de 500 años y partidario actual de un coeficiente fijo de explotación del 200 por 100, tenía que conseguir, de

una vez para siempre, la palma de la "prioridad" frente al "demoledor" internacional, Marx, ante la consideración de todos los sabios alemanes de la economía política, se comprende fácilmente. Tal sentencia no puede ser ya modificada ni por las demostraciones más concluyentes. Pero aquí nos interesa otro aspecto del análisis de Rodbertus. El mismo Diehl continúa del siguiente modo su panegírico: "... pero Rodbertus no sólo abrió camino al socialismo, sino que toda la ciencia económica le debe estímulo e impulso; muy particularmente la economía política teórica, por la crítica de los economistas clásicos, por la nueva teoría de la distribución de la renta, por la distinción de las categorías lógicas e históricas del capital, etc."

Vamos a ocuparnos aquí de la última de estas grandes hazañas del Rodbertus del "etc.".

La controversia entre Rodbertus y von Kirchmann fue provocada por el escrito fundamental del primero: *Zur Erkenntnis unserer Staatswirtschaftlichen Zuständ* (Para el conocimiento de nuestra situación económica y política) del año 1842. Von Kirchmann replicó en las *Demokratische Blätter* (Hojas Democráticas) en dos artículos: "Sobre la renta de la tierra en el aspecto social", y "La sociedad de cambio". Hubo contrarréplica de Rodbertus en 1850 y 1851 con las *Soziale Briefe* (Cartas sociales). La discusión se entabló en el mismo campo teórico en que se había desarrollado, treinta años antes, la polémica entre Malthus-Sismondi y Say-Ricardo-Mac Culloch. Rodbertus había expresado ya, en su primer escrito, el pensamiento que en la sociedad actual, con la productividad creciente del trabajo, el salario representa una cuota cada vez menor del producto nacional, pensamiento que hizo aparecer como propio, y que desde entonces y hasta su muerte, es decir, durante tres decenios, no hizo más que reproducir con variaciones. En esta cuota decreciente del salario ve Rodbertus la raíz común de todos los males de la economía actual, principalmente el pauperismo y las crisis, a los que denomina "la cuestión social del presente".

Von Kirchmann no está de acuerdo con esta explicación. Atribuye el pauperismo a los efectos de la renta de la tierra, y las crisis, a la falta de mercado para los productos. Sostiene que "la mayor parte del mal social no está en la falta de producción, sino en el almacenamiento de productos"; en que "cuanto más puede producir un país, cuantos más medios tiene a su disposición para satisfacer todas las necesidades, tanto más expuesto está a los peligros de la miseria y privación". También la cuestión obrera está incluida aquí, pues "el supuesto derecho al trabajo se resuelve, en último término, en una cuestión de mercado de productos". "Se ve [concluye von Kirchmann] que la cuestión social es casi idéntica a la cuestión de la venta de los productos. Hasta los males de la tan maltratada concurrencia desaparecerían si hubiera salida segura de productos; sólo quedaría entonces de ella lo mejor; quedaría el estímulo para producir mercancías buenas y baratas, desapareciendo la lucha a sangre y fuego que sólo tiene por causa el hecho antes enunciado."[102]

La diferencia entre el punto de vista de Rodbertus y el de Kirchmann salta a la vista. Rodbertus ve la raíz del mal en una distribución deficiente del producto nacional; von Kirchmann, en los límites del mercado de la producción capitalista. No obstante, la confusión de von Kirchmann, particularmente en lo que toca a su representación idílica de una competencia capitalista reducida a un estímulo loable para producir las mercancías mejores y más baratas, así como a la solución en el problema de mercados del "famoso derecho al trabajo", muestra, en parte, menor incapacidad para ver el punto vulnerable de la producción capitalista, la limitación del mercado, que Rodbertus aferrándose a la cuestión de la distribución. Es, pues, von Kirchmann el que esta vez recoge de nuevo el problema que anteriormente había puesto Sismondi en el orden del día. Sin embargo, von Kirchmann no está de acuerdo en modo alguno con el esclarecimiento y función del problema de Sismondi; más bien está de parte de sus opositores. No sólo acepta la teoría ricardiana de la renta, el dogma smithiano "de que el precio de las mercancías sólo se compone de dos partes, del interés del capital y el salario del trabajo" (von Kirchmann cambia la plusvalía por "interés del capital"), sino también el principio de Say y Ricardo, conforme al cual los productos sólo se compran con productos, y la producción constituye el propio mercado, de tal modo, que cuando parece haberse producido demasiado

[102] Rodbertus cita, literalmente, con gran extensión los argumentos de Kirchmann. Según manifestación del editor, no se puede encontrar un ejemplar completo de las *Demokratische Blätter* (Hojas democráticas) con el artículo original.

de un lado, es que de otro se ha producido demasiado poco. Se ve que von Kirchmann sigue las huellas de los clásicos, pero en su “edición alemana” y con todo género de peros y reservas. Así, von Kirchmann halla, primeramente, que la ley formulada por Say y el equilibrio natural entre producción y demanda “no agota la realidad”, y añade: “Hay, además, otras leyes en la circulación que impiden la pura realización de estos principios y cuyo descubrimiento es lo único que puede explicar el actual exceso de los mercados, y acaso permita descubrir la manera de remediar este gran daño. Creemos que hay tres circunstancias en el sistema social presente que acusan estas contradicciones entre aquella ley indiscutible de Say y la realidad.” Estas circunstancias son: la distribución demasiado desigual de los productos (como vemos aquí, von Kirchmann se aproxima, en cierto modo, al punto de vista de Sismondi), las dificultades que ofrece la naturaleza del trabajo humano en la producción bruta y, finalmente, las deficiencias del comercio como operador intermediario entre la producción y el consumo. Sin entrar en los dos últimos “obstáculos” de la ley de Say, consideremos la argumentación de von Kirchmann en relación con el primer punto:

“La primera circunstancia [dice] puede expresarse aproximadamente diciendo que el salario es algo bajo y con ello sobreviene una contracción del mercado. Para quien sepa que los precios de las mercancías sólo se componen de dos partes, del interés del capital y el salario, este aserto podrá parecerle extraño: si el salario es bajo, son bajos también los precios de las mercancías, y si aquél es alto, éstos lo serán también. [Se ve que von Kirchmann acepta el dogma smithiano incluso en su forma más absurda; no es que el precio se resuelva en salario y plusvalía, sino que se compone de ellos como una simple suma, forma en la que Smith se había alejado más que en ninguna otra de su teoría del valor.] Así, pues, salario y precio se hallan en proporción directa y se equiparan. Inglaterra sólo ha suprimido los derechos de importación a los cereales, la carne y otras substancias alimenticias, para hacer bajar los salarios y poner aquí a los fabricantes en situación de vencer, gracias al abaratamiento de las mercancías en los mercados mundiales, a todos sus competidores. Sin embargo, esto, sólo en parte, es exacto y no toca en la proporción en que se reparte el producto entre capital y trabajo. En la distribución demasiado desigual entre ambos se encuentra la razón primera y principal del por qué la ley de Say no se cumple en la realidad; de por qué, a pesar de la producción en todos los ramos, los mercados en conjunto sufren exceso de mercancías.” Kirchmann ilustra detalladamente esta afirmación con un ejemplo. Siguiendo el modelo de la escuela clásica nos encontramos, naturalmente, transportados a una sociedad aislada, imaginaria, que ofrece a la economía política un objeto propicio, aunque no precisamente grato.

Imaginemos un lugar (nos sugiere von Kirchmann) que cuente con 903 habitantes justos, 3 empresarios con 300 obreros cada uno. El lugar satisface todas las necesidades de sus habitantes con producción, para sí mismos, dividida en tres empresas: una se ocupa del vestido; la segunda, de la alimentación, alumbrado, combustible y materias primas; la tercera, de habitación, mobiliario e instrumental. En cada una de estas tres secciones el empresario suministra “el capital y las materias primas”. La remuneración del obrero se hace en cada una de ellas de modo que éstos perciben como salario la mitad del producto anual, y el empresario la otra mitad “como interés de su capital y como beneficio de empresario”. La cantidad de producto suministrada por cada empresa basta exactamente para cubrir todas las necesidades de los 903 habitantes. Así, pues, este lugar encierra “todas las condiciones de un bienestar general” para el total de los habitantes, y, por tanto, todos se disponen alegres y animosos al trabajo. Pero, a los pocos días, alegría y satisfacción se convierten en lamentos generales y rechinar de dientes; en la dichosa isla de von Kirchmann pasa algo que allí se esperaba tanto como el desmoronamiento del cielo: estalla una verdadera crisis comercial e industrial moderna. Los 900 obreros sólo tienen el vestido, alimento y habitación justamente necesarios, mientras que los tres empresarios se encuentran con sus almacenes llenos de vestidos y materias primas y con sus viviendas desocupadas. Se lamentan entonces de falta de mercado. Los obreros, a la inversa, se quejan de satisfacer insuficientemente sus necesidades. ¿Y de dónde y por quién vienen illae lacrimae? ¿Quizá, porque, como suponen Say y Ricardo, hay muchos productos de una clase y pocos de otra? En modo alguno, responde von Kirchmann: en el “lugar hay cantidades proporcionadas de todas las cosas, que, reunidas, bastarían exactamente para satisfacer la totalidad de las necesidades sociales”. ¿De dónde viene, pues, el “obstáculo”, la crisis? El obstáculo se encuentra única y exclusivamente en la distribución. Pero esto debe ser disfrutado en las propias palabras de von Kirchmann: “El obstáculo que impide que no se verifique este sencillo cambio se encuentra pura y exclusivamente en la dis-

tribución de estos productos; la distribución no es igual entre todos, sino que los empresarios conservan en su poder, en concepto de interés del capital y beneficio, la mitad y sólo les dan la otra mitad a sus obreros. Es claro, por tanto, que el obrero de vestidos sólo podrá cambiar con la mitad de su producto la mitad de los productos de alimentación y habitación, y así sucesivamente. Es claro que los empresarios no podrán desprenderse de sus otras mitades, porque no le queda a ningún obrero un producto que pueda ser cambiado por ellas. Los empresarios no saben adonde ir con su acopio de mercancías, y los obreros no saben adonde dirigirse con su hambre y su desnudez." y los lectores (añadimos) no saben adonde ir con las elucubraciones de von Kirchmann. Lo pueril de su ejemplo nos precipita, en efecto, de un enigma en otro enigma.

En primer lugar, no hay modo de saber con qué fundamento y para qué fin se finge esta triple distribución de la producción. Que en los ejemplos análogos de Ricardo y Mac Culloch se enfrentaran a menudo los labradores a los fabricantes, proviene, a mi entender, tan sólo de la representación anticuada que de la reproducción social tenían los fisiócratas; representación, recogida por Ricardo, a pesar de que, con su teoría del valor, opuesta a la de los fisiócratas, había perdido todo sentido, y a pesar de que Smith había adelantado ya terreno en el conocimiento de los fundamentos reales y efectivos del proceso de reproducción social. No obstante, hemos visto que aquella distinción fisiocrática entre economía e industria se había mantenido tradicionalmente en la economía teórica como base de la reproducción, hasta que Marx introdujo su distinción decisiva entre los dos capítulos sociales: producción de medios de producción y producción de medios de consumo. En cambio, las tres secciones de von Kirchmann no tienen sentido alguno comprensible. Se mezclan los instrumentos con muebles, materias primas con substancias alimenticias, los vestidos forman una sección aparte, y es evidente, por tanto, que esta clasificación no está fundada en puntos de vista objetivos de reproducción, sino que es obra de la pura fantasía. Lo mismo se pudiera haber fingido una sección de substancias alimenticias, vestidos y edificios, otra de drogas medicinales y otra tercera de cepillos de dientes. Es claro que a von Kirchmann sólo le importaba indicar la división social del trabajo y presuponer, para el cambio, algunas masas de productos, en lo posible, de las mismas dimensiones. Pero el cambio mismo, sobre el que gira toda la argumentación, no desempeña en el ejemplo de von Kirchmann papel alguno, ya que lo que se distribuye no es valor, sino masas de productos, de valores de uso como tales. Por otra parte, en el interesante "lugar" creado por la fantasía de von Kirchmann se verifica, en primer término, la distribución de los productos, pudiendo sobrevenir después de realizada la distribución, el cambio general, mientras en el terreno real de la producción capitalista, como es sabido, pasa a la inversa; aquí es el cambio el que inaugura y equilibra la distribución del producto. Al propio tiempo, en la distribución de von Kirchmann pasan las cosas más peregrinas. Es verdad que el precio de los productos y, por tanto también, el del producto total social, sólo se compone, "como se sabe", de "salario e interés del capital", sólo de v + p y, por tanto, el producto total va íntegro a la distribución individual entre obreros y empresarios; pero para su perdición von Kirchmann ha recordado pasajeramente que toda producción requiere algo así como instrumentos y materias primas. Y, en efecto, introduce de matute en su "lugar" materias primas entre las substancias alimenticias, e instrumentos entre muebles. Y entonces se pregunta a quién corresponderán en la distribución general estas cosas indigeridles: ¿A los obreros como salario, a los capitalistas como beneficio del empresario? Ambas partes darían rendidamente las gracias. Y en semejantes condiciones surge el punto culminante de la fantasía: el cambio entre los obreros y los empresarios. El acto fundamental de cambio entre obreros asalariados y capitalistas es transformado por von Kirchmann de un cambio entre trabajo vivo y capital, en un cambio de productos. No es el primer acto el cambio entre fuerza de trabajo y capital variable, sino el segundo: la realización del salario percibido del capital variable, el que ocupa el punto central del mecanismo, y a la inversa, todo el cambio de mercancías de la sociedad capitalista se reduce a esta realización del salario. Pero ahora viene lo más espléndido: considerado atentamente este cambio entre trabajadores y empresarios, situado en el punto candente de la vida económica, no hay tal cambio, no se verifica. Pues una vez que todos los obreros han recibido su salario en especie, esto es, en la mitad de su propio producto, el cambio sólo puede realizarse entre los obreros mismos; éstos cambian entre sí sus salarios, consistentes en vestidos para unos, substancias alimenticias para otros, muebles para los terceros, de modo que cada obrero realiza la tercera parte de su salario en alimentos, vestidos y muebles. Este cambio no tiene ya nada que ver con los empresarios. Éstos, a su vez, tienen en sus manos su plusvalía, que consiste en la mitad de todos los vestidos, substancias alimenticias y muebles

elaborados por la sociedad, y no saben adonde ir con su caudal. Pero este daño, obra de von Kirchmann, no se remediaría por ninguna distribución del producto, por generosa que fuera. Antes al contrario, cuanto mayor fuera la porción del producto social atribuida a los obreros, tanto menos tendrían que ver en su cambio con los empresarios: sólo aumentaría en extensión el cambio mutuo de los obreros entre sí. Ciertamente, se contraería, en proporciones correspondientes, el montón de plusvalía que pesa sobre los empresarios, pero no porque se hubiera facilitado el cambio de este plusproducto, sino porque disminuiría la plusvalía misma. Ni antes ni después podría hablarse de un cambio del plusproducto entre obreros y empresarios. Hay que confesar que la cantidad de puerilidades y absurdos económicos reunidos en un espacio relativamente pequeño, excede incluso a aquella medida que puede concederse a un fiscal prusiano (von Kirchmann lo era, como es sabido, castigado, por cierto, disciplinariamente dos veces, dicho sea en honor suyo). No obstante, von Kirchmann después de estos preliminares que tan poco prometen, acomete directamente el asunto. Comprende que el hecho de no poder dar salida a la plusvalía depende de su propia premisa: de la forma concreta que adopta para el uso el plusproducto. En vista de ello hace que los empresarios, con la mitad de la cantidad de trabajo social de que se han apropiado en concepto de plusvalía, elaboren, no "mercancías ordinarias" para los obreros, sino mercancías de lujo. Como "es condición de la mercancía de lujo hacer posible que el consumidor consuma más capital y más fuerza de trabajo que las mercancías ordinarias", estos tres empresarios, completamente solos, consiguen consumir toda la mitad del trabajo rendido por la sociedad, en puntillas, coches elegantes y cosas semejantes. Ahora no queda ya nada sin vender, la crisis se ha superado afortunadamente, se ha terminado para siempre la superproducción; capitalistas y obreros viven con seguridad y el remedio maravilloso de von Kirchmann, que ha realizado todos estos beneficios y establecido el equilibrio entre producción y consumo, se llama ¡lujo! En otras palabras: el consejo que el buen hombre da a los capitalistas, que no saben qué hacer con su plusvalía irrealizable, es éste: que se la coman ellos mismos. Sin embargo, en la sociedad capitalista el lujo no es una invención reciente. A pesar de lo cual florecen en él las crisis. ¿De dónde viene esto? "La respuesta sólo puede ser [nos enseña von Kirchmann] que esta paralización del mercado en el mundo real sólo procede de que hay todavía demasiado poco lujo, o, en otras palabras, de que los capitalistas consumen poco; ellos, que poseen medios para el consumo." Pero esta sobriedad inadecuada de los capitalistas viene de una virtud falsamente aconsejada por la economía política: de la tendencia a ahorrar para fines del "consumo productivo". En otras palabras: las crisis proceden de la acumulación; tal es la tesis fundamental de von Kirchmann. La demuestra también con un ejemplo de conmovedora síntesis. Supongamos el caso, dice, "el caso considerado como el mejor por la economía política", de que los empresarios digan: no queremos gastar hasta el último céntimo nuestras rentas en pompa y lujo: queremos invertirlas en nueva producción. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que establecen empresas nuevas de todas clases en las cuales se elaboran productos, y con cuya venta pueden conseguirse los intereses (von Kirchmann quiere decir: beneficio) de aquel capital ahorrado de las rentas no consumidas de los tres empresarios. Según esto, los tres empresarios se deciden a no consumir más que el producto de 100 obreros, esto es, a limitar considerablemente su lujo y a emplear la fuerza de trabajo de los 350 obreros restantes con el capital utilizado por éstos, para montar nuevas empresas productoras. ¿Surge aquí la cuestión de saber en qué empresas productoras han de emplearse estos fondos? "Los tres empresarios sólo pueden optar entre implantar nuevas empresas para la producción de mercancías ordinarias, o para producir mercancías de lujo", ya que, según la suposición de von Kirchmann, el capital constante no se reproduce, y el producto social total sólo consiste en medios de consumo. Pero con ello los empresarios se ven colocados ante el dilema ya conocido: si producen "mercancías ordinarias" surge una crisis, pues los obreros no pueden adquirir estos medios de subsistencia sobrantes, ya que se les ha dado la mitad del valor del producto, y si producen mercancías de lujo, tienen que consumirlas ellos mismos. *Tertiur non datur*. Tampoco el comercio exterior modifica el dilema, pues el efecto del comercio sólo consiste en "aumentar la multiplicidad de las mercancías del mercado interior" o incrementar la productividad. "Por tanto, o bien estas mercancías exteriores son mercancías ordinarias, y entonces el capitalista no las compra y el obrero no puede comprarlas porque no posee medios para ello, o bien son mercancías de lujo, y en tal caso el obrero tendrá aún más dificultades para comprarlas; el capitalista no las compra tampoco por su aspiración a ahorrar." Por primitiva que sea la argumentación, se expresa en ella claramente el pensamiento fundamental de von Kirchmann y la obsesión de la economía teórica: en una sociedad compuesta exclusivamente de trabajadores y capitalistas, la acumulación parece imposible. Von

Kirchmann saca la consecuencia de esto combatiendo resueltamente el “ahorro”, el “consumo productivo” de la plusvalía, polemizando vivamente con la economía política clásica, que defiende estos errores, y predicando el aumento del lujo con el de la productividad de trabajo como remedio contra las crisis. Se ve que, si von Kirchmann en sus premisas teóricas era una caricatura de Ricardo-Say, en sus conclusiones es una caricatura de Sismondi. Era, no obstante, necesario darse claramente cuenta del planteamiento del problema hecho por von Kirchmann para poder hacerse cargo de la contracrítica de Rodbertus y del resultado de la controversia.

CAPITULO XVI
Rodbertus y su crítica de la escuela clásica

Rodbertus ahonda más que von Kirchmann. Busca las raíces del mal en los fundamentos mismos de la organización social y declara una guerra encarnizada a la escuela librecambista dominante. Sus ataques no van, ciertamente, contra el comercio libre de mercancías o contra la libertad industrial, que acepta plenamente, sino contra los manchesterianos, contra el *laissez faire* en las relaciones sociales interiores de la economía. En aquella época, después del primer período entusiasta de la escuela clásica, había alcanzado ya el predominio aquella apología descarada, cuya expresión más lograda se encuentra en el economista fabulosamente vulgar, ídolo de todos los filisteos, el señor Federico Bastiat con sus "armonías". Pronto surgieron tras él los diversos Schulze pálidos imitadores en alemán del profeta francés de la armonía. Contra estos "comisionistas del librecambio" se dirige la crítica de Rodbertus. "Las cinco sextas partes de la nación [exclama en su *Primera Carta Social* a von Kirchmann (1850)] quedan hasta ahora excluidas, por la escasez de su renta, de la mayoría de los beneficios de la civilización y, además, sucumben de cuando en cuando a los más terribles zarpazos de miseria real, hallándose siempre expuestos a este riesgo amenazador. Son ellas, sin embargo, las creadoras de toda la riqueza social. Su trabajo comienza al salir el sol y termina cuando se pone; se prolonga hasta la noche misma, y nada puede alterar este destino. Sin poder aumentar su renta pierden incluso el tiempo que hubiera debido quedarles para el cultivo de su espíritu. Admitamos que el progreso de la civilización haya exigido hasta ahora tantos sufrimientos. De pronto, súbitamente brilla la posibilidad de modificar esta necesidad triste en una serie de inventos admirables; inventos que hacen más que centuplicar la capacidad de trabajo humano. La riqueza nacional (el patrimonio nacional en relación con la población) aumenta a consecuencia de eso en proporción creciente. Y yo pregunto: ¿puede haber una consecuencia más natural, una demanda más justa que la de obtener también alguna ventaja de este crecimiento para los creadores de la antigua y la nueva riqueza? ¿No han de tener derecho a que se aumente su renta o se rebaje su jornada de trabajo; o a que pasen, cada vez, en mayor número, a las filas de aquellos afortunados que gozan principalmente de los frutos del trabajo? La economía política, o mejor dicho, la economía nacional, sólo ha podido realizar lo contrario. Mientras crece la riqueza nacional, crece también el empobrecimiento de aquellas clases, son necesarias, incluso, leyes especiales que se opongan al aumento de la jornada de trabajo. Finalmente, el censo de las clases trabajadoras crece en proporción mayor que el de las otras. ¡Pero no es sólo esto! La capacidad de trabajo centuplicada que no ha podido dar alivio alguno a las cinco sextas partes de la nación, es, además, periódicamente, el espanto de la última sexta parte y, en consecuencia, de la sociedad entera. ¡Qué contradicciones, pues, particularmente en el terreno económico! Y qué contradicciones en el terreno social en general. ¡La riqueza social aumenta y este aumento va acompañado de una acentuación de la pobreza! Aumenta el poder de creación de los medios de producción, y la consecuencia es su paro. La situación social pide la elevación del nivel material de vida de las clases trabajadoras a la misma altura que su situación política, mas la realidad responde con un rebajamiento mayor. La sociedad necesita que su riqueza crezca sin trabas, y los actuales directores de la producción tienen que ponerle obstáculos para no aumentar la pobreza. ¡Sólo hay una cosa en armonía! Al absurdo de la situación corresponde el de la clase dominante; absurdo, que consiste en buscar el fundamento de este mal allí donde no se encuentra. El egoísmo, que con demasiada frecuencia se envuelve en el ropaje de la moral, denuncia, como causa del pauperismo, los vicios de los trabajadores. Atribuye a su supuesta mala administración y despilfarro lo que es obra de hechos inevitables, y, cuando no puede menos de reconocer la inculpabilidad, eleva al rango de teoría la necesidad de la pobreza. Predica sin descanso a los obreros el *ora et labora*; considera como deber suyo la sobriedad y el ahorro, y, a lo sumo, agrega a la miseria del trabajador esa violación del derecho que constituyen las cajas de ahorro forzoso. No ve que un poder ciego convierte la oración del trabajador en una maldición contra el paro forzoso; que el ahorro es una imposibilidad o una crueldad y que, finalmente, la moral no surte nunca efecto en boca de quienes ha dicho el poeta "que beben en secreto vino y en público predican beber agua"."[103]

[103]Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo III, páginas 172-174, 184.

Si estas valerosas palabras, escritas treinta años después de Sismondi y Owen, veinte años después de las acusaciones de los socialistas ingleses de la escuela de Ricardo y, finalmente, después del movimiento cartista de la batalla de junio y (*last but not least*) de la publicación del *Manifiesto Comunista*, no pueden pretender una significación innovadora, en cambio, es imposible negarles su importancia en la fundamentación científica de tales acusaciones. Rodbertus desarrolla aquí un sistema, que puede ser reducido a las siguientes proposiciones sintéticas:

La altura a que históricamente ha llegado la productividad del trabajo junto con las "instituciones del derecho positivo', es decir, la propiedad privada, gracias a las leyes de un "comercio abandonado a sí mismo", han producido una serie de fenómenos absurdos e inmorales. Son estos:

1.- El valor de cambio en lugar del "valor constituido", "normal", y con ello el actual dinero metálico en lugar de un dinero de papel "de acuerdo con su idea" o "dinero de trabajo". "La primera [verdad] es que todos los bienes económicos son producto de trabajo, o como se suele decir, que sólo el trabajo es productivo. Pero este principio significa ya que el valor del producto es siempre igual al costo de un trabajo, o, con otras palabras, que el trabajo podía constituir ya hoy una medida de valor. La verdad es más bien "que éste no es todavía un hecho de economía pública, sino solamente una *idea*."[104]

"Si el dinero pudiera constituirse según el trabajo que el producto ha costado, todavía cabría representárselo; sería como un recibo escrito sobre la materia más barata, sobre trapos, como una hoja arrancada de aquel libro de contabilidad general que contuviese el valor producido por cada cual, y que sirviese como crédito contra una cantidad de valor igual a la parte del producto nacional que llegase a la distribución. Si el valor, por cualquier circunstancia, no ha podido ser constituido o no puede serlo todavía, el dinero tiene que arrastrar consigo aquel valor que ha de liquidar, llevándolo como prenda o fianza, es decir, el dinero ha de consistir en un bien valioso, en oro o plata."[105] Pero, tan pronto como surge la producción capitalista de mercancías, se invierte el orden de todas las cosas. "La constitución del valor tiene que pesar, porque puede ser ya sólo valor de cambio."[106] Y "porque el valor no puede ser constituido, tampoco el dinero puede ser meramente dinero, ni responder plenamente a su idea".[107] "Si hubiera una compensación justa en el cambio, el valor de cambio de los productos tendría que ser igual a la cantidad de trabajo que hubiesen costado; habrían de cambiarse, en los productos, cantidades de trabajo siempre iguales." Pero aun suponiendo que cada cual produjera justamente los valores de uso que otro necesita, "serían necesarios, ya que se trataba de conocimiento y voluntad humanos, un cálculo, compensación y fijación exactos de las cantidades de trabajo contenidas en los productos cambiados, y la existencia de una ley a las que se sometieran los que cambian."[108]

Como es sabido, Rodbertus acentúa con insistencia su prioridad sobre Proudhon en el descubrimiento del "valor constituido", prioridad que puede concederse tranquilamente. Esta "idea" era hasta tal punto un fantasma, que ya mucho tiempo antes de Rodbertus había producido teóricamente sus frutos en Inglaterra, y había sido enterrada en la práctica. Esta "idea" no era más que una transmutación utópica de la teoría de valor de Ricardo. Y ello ha sido demostrado suficientemente por Marx en su *Miseria de la filosofía* y por Engels en el prólogo a este mismo libro. No es menester, por tanto, insistir.

2.- De la "economía de intercambio" resultaba la "degradación" del salario al rango de mercancía, en vez de ser una cuota fija de participación en el producto según el valor de costo. Rodbertus, con un atrevido salto histórico deriva su ley del salario directamente de la esclavitud, con lo cual considera el carácter específico que la producción de mercancías impone a la explotación como una mentira engañosa y lo condena desde el punto de vista moral. "Mientras los productores mismos eran propiedad de los no productores, mientras existía

[104] *Ibídem*, Tomo II, páginas 104-103.
[105] *Ibídem*, Tomo I, página 99.
[106] *Ibídem*, Tomo I, página 175.
[107] *Ibídem*, Tomo I, página 176.
[108] *Ibídem*, Tomo II, página 65.

la esclavitud, era exclusivamente la ventaja privada del 'señor' la que determinaba literalmente la magnitud de aquella parte (de la participación del obrero). Desde que los productores han alcanzado la plena libertad personal, pero nada más, ambas partes se ponen de acuerdo, previamente, acerca del salario. El salario es, como hoy se dice, objeto de un "contrato libre", es decir, de la competencia. Con esto el trabajo es sometido, naturalmente, a las mismas leyes de valor de cambio a que se hallan también sometidos los productos; él mismo recibe valor de cambio; la magnitud del salario depende del juego de la oferta y la demanda." Después de haber invertido así las cosas y haber deducido de la competencia, el valor de cambio de la fuerza de trabajo, a continuación deduce también, naturalmente, su valor de su valor de cambio: "Bajo el imperio de las leyes del valor de cambio, el trabajo recibe una especie de "valor de costo", que ejerce una fuerza de atracción sobre su valor de cambio: el importe del salario. Es ésta la magnitud del salario necesaria para "mantenerlo en uso", es decir, otorgarle la fuerza para su propia prosecución, aun cuando sólo en su descendencia: el llamado "sustento necesario"." Pero tampoco esto es en Rodbertus una fijación de leyes económicas objetivas, sino solamente de indignación moral. Rodbertus llama "cínica" a la afirmación de la escuela clásica, según la cual "el trabajo no tiene más valor que el del salario que recibe", y se propone descubrir "la serie de errores que han conducido a esta conclusión crasa e inmoral".[109] "Una apreciación tan deshonrosa como aquella que hacía estimar el salario como el sustento necesario, o como si se tratase de la reparación de una máquina, ha existido también respecto al trabajo convertido en mercancía de cambio. Ese principio de todos los bienes, de un "precio natural" o de "costo", como si se tratase del producto mismo, ha puesto este precio natural, estos costos de trabajo, en la cantidad de bienes necesaria para volver a llevar el trabajo al mercado." Este carácter de mercancía y la correspondiente valoración de la fuerza de trabajo, no son más que extravíos malignos de la escuela del librecambio, y en vez de insistir como los discípulos ingleses de Ricardo sobre la contradicción que existe en el seno de la producción capitalista de mercancías entre la determinación del valor del trabajo y la determinación del valor por el trabajo, Rodbertus, como buen prusiano, acusa a la producción capitalista de mercancías de contradecirse… con el derecho político vigente. "¡Qué insensata, indescriptible contradicción la de aquellos economistas [exclama] que quieren que los obreros decidan su posición jurídica dentro de los destinos de la sociedad, y al mismo tiempo siguen tratándoles económicamente como simples mercancías!"[110]

Sólo queda objetar: ¿Por qué los obreros consienten una injusticia tan insensata y patente? Objeción que Hermann, por ejemplo, presentaba contra la teoría del valor de Ricardo: "¿Qué hubieran debido hacer los obreros si al quedar en libertad no hubieran querido consentir aquella medida? Representémonos su situación. A los obreros se les dio la libertad desnudos o vestidos de harapos, sin más que su fuerza de trabajo. Con la desaparición de la esclavitud o de la servidumbre de la gleba, había desaparecido también la obligación jurídica del señor de alimentarlos o de cuidar de sus necesidades más elementales. Pero sus necesidades habían quedado, y tenían que vivir. ¿De dónde iban a sacar para vivir? ¿Coger una parte del capital existente en la sociedad y producir con ella lo necesario para su sustento? Pero el capital de la sociedad pertenecía ya a otros, y los guardianes del "derecho" no lo hubieran consentido." ¿Qué les quedaba hacer, pues, a los trabajadores? Sólo una alternativa: o derribar el derecho imperante de la sociedad o volver a unas condiciones económicas semejantes a las anteriores, aunque variase su situación jurídica; retornar a sus antiguos señores, los poseedores de la tierra y el capital, y percibir, como salario, lo que antes habían percibido como sustento. Para dicha de la humanidad y del Estado prusiano, los trabajadores fueron "bastante cuerdos" para no "sacar de sus carriles" a la civilización, prefiriendo someterse ricamente a las miserables exigencias de "sus antiguos señores", Surgió, así, el sistema capitalista del salario y la ley del salario como "esclavitud aproximada", como un producto del abuso de poder de los capitalistas, así como de la docilidad pacífica de los proletarios, si hemos de atenernos a las innovadoras explicaciones teóricas del mismo Rodbertus, que, como se sabe, ha sido "saqueado" teóricamente por Marx. Con respecto a esta teoría del salario, es en todo caso indiscutible la "prioridad" de Rodbertus, pues los socialistas ingleses y otros críticos sociales habían analizado el sistema de salarios mucho menos grosera y primitivamente. Lo más original, en todo ello, es que Rodbertus no utiliza todo el aparato de su indignación moral sobre el origen y leyes económicas del sistema de salarios para pedir, como consecuencia, la supresión de la espantosa injusticia, de la "contradicción insensata e indescriptible". ¡De ninguna manera!

[109] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo I, páginas 182-184.
[110] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo II, página 72.

Repetidamente tranquiliza a sus congéneres para que no tomen seriamente sus rugidos contra la explotación: no es un león, sino simplemente Schnoch, el carpintero. Sólo es necesaria la teoría ética de la ley del salario para sacar de ella esta otra conclusión.

3.- De la determinación del salario por las “leyes de valor de cambio”, resulta que, con el progreso de la productividad del trabajo, la participación del obrero en el producto es cada vez menor. Hemos llegado aquí al punto de Arquímedes del “sistema” de Rodbertus. La “cuota decreciente de salarios” es la más importante idea “original”, la que repite desde su primer escrito social (probablemente en 1839) hasta su muerte y que “reclama” como su propiedad. Cierto que esta “idea” era una sencilla consecuencia de la teoría del valor de Ricardo; cierto es que se halla implícita en la teoría del fondo de salarios que dominó la economía burguesa desde los clásicos hasta la aparición de *El Capital* de Marx. Sin embargo, Rodbertus cree haber sido en este “descubrimiento” una especie de Galileo de la economía política, y recurre a su “cuota decreciente del salario” para explicar todos los males y contradicciones de la economía capitalista. De la cuota decreciente de salario dedujo, pues, ante todo, el pauperismo, que para él constituye, junto con las crisis, “la cuestión social”. Y sería oportuno recomendar a la atención de los modernos debeladores de Marx, el hecho de que no ha sido Marx, sino Rodbertus quien se halla mucho más cerca de ellos; él, Rodbertus, que ha formulado una teoría del empobrecimiento, y ello en la forma más grosera, haciendo de ella, a diferencia de Marx, no un fenómeno complementario, sino el punto central de la “cuestión social”. Véase, por ejemplo, su demostración del empobrecimiento absoluto de la clase obrera en la *Primera Carta Social* a von Kirchmann. Luego la “cuota decreciente del salario debe servir también para explicar el otro fenómeno fundamental de la ‘cuestión social’”: las crisis. Aquí, Rodbertus acomete el problema del equilibrio entre consumo y producción y toca el complejo entero de los puntos debatidos sobre los que había versado ya la contienda entre Sismondi y la escuela de Ricardo.

El conocimiento de las crisis se hallaba apoyado naturalmente, en Rodbertus, en un material de hechos mucho más abundante que en Sismondi. En su *Primera Carta Social* inserta ya una descripción detallada de las cuatro crisis: 1818-19, 1825, 1837-39 y 1847. Gracias a una observación más amplia, Rodbertus pudo ver, aunque imperfectamente, la esencia de las crisis con más profundidad de lo que les fue posible a sus predecesores. Así, ya en 1850, formula la periodicidad de las crisis; su retorno con intervalos cada vez más breves, y con mayor intensidad: “En proporción al aumento de la riqueza ha aumentado siempre lo horrible de estas crisis; se han hecho más numerosas las víctimas por ellas devoradas. La crisis de 1818-19, a pesar de haber despertado ya el espanto del comercio y las preocupaciones de la ciencia, fue relativamente insignificante comparada con la de 1825-26. La última infirió tales daños al patrimonio de Inglaterra, que los más famosos economistas dudaban de que pudiera restablecerse totalmente. A pesar de esto, fue sobrepujada aún por la crisis de 1836-37. A su vez, las crisis de 1839-40 y 1846-47 produjeron mayores estragos que las precedentes. A juzgar por las experiencias de que disponemos hasta aquí, las crisis vuelven con intervalos cada vez más breves. Desde la primera hasta la tercera crisis transcurrieron 18 años; desde la segunda a la cuarta, 14; desde la tercera a la quinta, 12. Ya aumentan los síntomas de una próxima nueva desgracia, incluso cuando indudablemente, el año 1848 ha contenido su desencadenamiento.”[111] Más adelante Rodbertus hace la observación de que, en general, los precursores de las crisis suelen ser un florecimiento extraordinario de la producción, grandes progresos técnicos de la industria: “Todas las crisis han venido después de un período sobresaliente de florecimiento industrial.”[112] Utilizando la historia de las crisis, describe cómo “las mismas se producen sólo tras un acrecentamiento importante de la productividad”.[113] Rodbertus combate la opinión vulgar que quiere reducir las crisis a dificultades de dinero y crédito, y critica toda la legislación equivocada de Peel sobre los billetes de Banco; fundamenta detalladamente su opinión en el artículo: “Las crisis comerciales y las dificultades hipotecarias del año 1858”, en el que, entre otras cosas, dice: “Es pues, también equivocado considerar las crisis comerciales sólo como crisis de dinero, bolsa o crédito. Sólo se presentan así exteriormente, en su primera aparición.” También es notable el ojo penetrante de Rodbertus cuando aprecia la significación del comercio exterior en conexión con el problema de las crisis. Lo mismo que Sismondi, señala la necesidad de expansión para la producción capitalista, pero agrega al mismo tiempo que, con ello, sólo se consigue que crezcan las dimensiones de las crisis

[111] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo III, páginas 110-111.
[112] *Ibídem*, Tomo III, página 108.
[113] *Ibídem*, Tomo I, página 62.

periódicas. “El comercio exterior [dice en *Para el esclarecimiento de la cuestión social*, Segunda parte, cuaderno 1] guarda con los entorpecimientos del comercio interior una relación análoga a la de la beneficencia con el pauperismo; en último término, no hacen más que crecer con aquél.”[114] Y en el artículo citado “Las crisis comerciales y dificultades hipotecarias del año 1858”: “Lo único que se puede emplear para prevenir futuros desencadenamientos de las “crisis” es el arma de doble filo, que consiste en desarrollar el mercado exterior. La mayor parte de las veces el violento impulso hacia tal desarrollo no es más que la excitación enfermiza de un órgano dañado. Como en el mercado interior uno de los factores, la productividad, aumenta eternamente, y el otro, “el poder de compra”, se mantiene eternamente igual para la mayor parte de la nación, el comercio debe tratar de suplir con mercados exteriores la limitación del último. Lo que calma esta sed aplaza, al menos, una nueva aparición del mal. Cada nuevo mercado exterior equivale, por eso, a una tregua de la cuestión social. Del mismo modo actúan los colonizadores en países no cultivados. Europa se crea un mercado donde antes no lo había. Pero este medio no hace, en substancia, más que entretener el mal. Cuando los nuevos mercados están llenos, la cuestión vuelve a su antiguo punto de partida: al factor limitado del poder de compra que se halla frente al factor ilimitado de la productividad, y lo único que se ha hecho ha sido apartar la nueva crisis del mercado menor para que aparezca en el mayor, en dimensiones aún más amplias y con choques aún más violentos. Y, como la tierra es limitada y, por tanto, ha de cesar alguna vez la conquista de nuevos mercados, tiene que cesar también el simple aplazamiento de la cuestión. Tiene que ser resuelta, definitivamente, algún día.”[115]

---

[114] *Ibídem*, Tomo III, página 108.

[115] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo I, página 236. Es interesante ver cómo Rodbertus, no obstante sus lamentaciones éticas sobre la suerte de las infelices clases trabajadoras, en la práctica se presentaba como un profeta extraordinariamente frío y realista de la política colonial capitalista en el sentido y espíritu de los actuales “pangermanistas”. “Desde este punto de vista”, escribe en una nota al pasaje citado, “puede arrojarse una rápida ojeada sobre la importancia de la apertura de Asía y principalmente de China y Japón, los mercados más ricos del mundo, así como del mantenimiento de la India bajo el dominio inglés. La cuestión social gana, así, tiempo [el tonante vengador de los explotados descubre aquí ingenuamente a los usufructuarios de la explotación el medio de conservar el mayor tiempo posible su “insensato y criminal error”, su concepción “inmoral”, su “injusticia clamorosa”], pues [esta resignación filosófica es incomparable] los tiempos presentes carecen para resolver este problema, no sólo de desinterés y seriedad moral, sino también de penetración. Es cierto que una ventaja económico-política no es un título jurídico bastante para justificar invasiones violentas. Pero, por otra parte, es insostenible la estricta aplicación del moderno derecho natural e internacional a todas las naciones de la Tierra, cualquiera que sea el grado de cultura a que pertenezcan, [¿Quién no piensa en las palabras de Dorina en el *Tartufo* de Moliere? “*Le ciel défend, de vraie, certains contentements, mais il y a avec lui des accomodements*...”] Nuestro derecho internacional es un producto de la cultura ético-cristiana; por eso, ya que todo derecho se basa en la reciprocidad, sólo puede constituir una medida para las relaciones entre naciones que pertenecen a esta misma cultura. Su aplicación más allá de estos límites es sentimentalismo natural e internacional del que los horrores indios debieran habernos curado. La Europa cristiana debiera más bien asimilar algo del sentimiento que movió a los griegos y romanos a considerar como bárbaros a todos los otros pueblos de la Tierra. Entonces despertaría en las modernas naciones europeas aquel impulso universal que llevaba a los antiguos a difundir su cultura por el *orbis terrarum*. Reconquistarían Asia por medio de una acción común. A esta comunidad irían ligados los mayores progresos sociales, la sólida fundamentación de la paz europea, la reducción de los ejércitos, una colonización de Asia en el estilo de la antigua Roma; en otras palabras, una verdadera solidaridad de los intereses en todos los campos de la vida social.” El profeta de los explotados y oprimidos se convierte casi en un poeta ante la visión de la expansión colonial capitalista. Y este ímpetu poético es tanto más digno de aprecio cuanto que la “cultura ético-cristiana” se cubría justamente, en ese entonces, de gloria con hechos como la guerra del opio contra China y los “horrores chinos”, es decir, las matanzas perpetradas por los ingleses durante la sofocación sangrienta del alzamiento de los cipayos. En su *Segunda Carta Social* del año 1850, Rodbertus, decía, es cierto, la sociedad carecía de “la fuerza moral” para resolver la cuestión social, es decir, para modificar la distribución de la riqueza, la historia “tendría que volver a blandir sobre ella el látigo de la revolución” (lugar citado, página 83). Ocho años más tarde prefiere, como buen cristiano, blandir el látigo de la política colonial ético-cristiana sobre los indígenas de esos países. Es también congruente que el “verdadero fundador del socialismo científico en Alemania” fuese asimismo un fervoroso partidario del militarismo y su frase acerca de la “reducción de los ejércitos” sólo hubo de tomarse como una licencia poética en el fragor de la elocuencia. En su *Para el esclarecimiento de la cuestión social*, Segunda parte, tercer cuaderno, expone que “el peso de los impuestos nacionales gravita constantemente hacia abajo; tan pronto aumentando el precio de los bienes comprados con el salario, tan pronto haciendo presión sobre el dinero con que el salario se paga”, por lo cual, el servicio militar obligatorio, “considerado desde el punto de vista de un gravamen del Estado, no es ni siquiera un impuesto, sino que equivale a la confiscación por varios años de toda la renta”. A lo que se apresura a añadir: “Para no dar lugar a malas interpretaciones advierto que soy un partidario decisivo de

También ha tenido en cuenta la anarquía de la producción capitalista privada, como factor de las crisis, pero considerándola sólo entre otros factores, no como la verdadera causa de las crisis en general, sino como fuente de un determinado género de crisis. Así, acerca de la aparición de las crisis en el famoso *punto* de von Kirchmann dice: “Ahora bien, no quiero asegurar que este género de paralización del mercado se dé también en la realidad. El mercado es hoy grande, las necesidades y ramas de la producción son muchas, la productividad es importante, los síntomas de la apetencia son oscuros y engañosos, los empresarios desconocen mutuamente la extensión de su producción; por consiguiente, puede acontecer, fácilmente, que éstos se equivoquen al medir una determinada necesidad de mercancías y llenen con exceso el mercado.” Rodbertus declara también categóricamente que estas crisis sólo pueden ser remediadas con una organización planificada de la economía, una “inversión total” de las actuales relaciones de propiedad, la reunión de todos los medios de producción “en manos de una única autoridad social”. Cierto que también aquí se apresura a añadir, para tranquilidad de los ánimos, que prejuzgar la posibilidad de semejante situación es posible, “pero en todo caso sería la única posibilidad de impedir esta clase de paralizaciones del mercado’’. Subraya, pues, aquí que hace responsable a la anarquía de la producción actual, sólo de una forma determinada parcial de las crisis.

Rodbertus se burla del principio del equilibrio natural entre producción y consumo de Say-Ricardo, y lo mismo que Sismondi pone el acento sobre el poder adquisitivo de la sociedad, que hace depender, a su vez, como éste, de la distribución de la renta. Sin embargo, no acepta la teoría de las crisis de Sismondi, sobre todo en sus conclusiones finales, y se sitúa en resuelta oposición frente a ella. Mientras Sismondi veía la fuente del mal en la extensión ilimitada de la producción, sin tener en cuenta la limitación de la renta, y en consecuencia, dedicándose al encauzamiento de la producción, Rodbertus defiende, a la inversa, la extensión más fuerte e ilimitada posible de la riqueza, de las fuerzas productivas. Para él la sociedad necesita aumentar su riqueza sin ninguna clase de obstáculos. Quien rechaza la riqueza de la sociedad, rechaza su poder, su progreso; con éste, su virtud. Quien pone obstáculos a su incremento, los pone a su progreso. Todo aumento del saber, querer y poder de la sociedad va unido a un aumento de la riqueza.[116]

Desde este punto de vista, Rodbertus fue un ardoroso defensor del sistema de los Bancos de emisión, que consideraba como base imprescindible para la rápida e ilimitada expansión de la actividad de inversión de capitales. Tanto su artículo sobre las dificultades hipotecarias del año 1858, como el trabajo publicado ya en 1845 sobre la crisis monetaria prusiana, están consagrados a esta demostración. Pero en ellas se dirige polémicamente contra las amonestaciones de Sismondi, tomando aquí también la cosa primeramente a su manera ético-utópica. “Los empresarios [declama] no son esencialmente más que funcionarios económico-políticos, que no hacen más que cumplir con su deber para hacer trabajar, poniendo en tensión todas las fuerzas, los medios de producción nacionales que les ha confiado la institución de la propiedad. El capital, lo repito, pues, sólo existe para la producción.”

Más tarde, con mayor objetividad: “¿O se quiere que ellos [los empresarios] conviertan en crónicos los daños casuales, empleando, desde el principio y constantemente, fuerzas menores a las que poseen realmente, para conseguir de esta manera un grado más bajo de violencia a cambio de una duración incesante del mal? Aun cuando fuésemos bastante insensatos para darles este consejo, no podrían seguirlo. ¿Cómo iban a reconocer aquellos productores mundiales estos límites, ya enfermizos, del mercado? Todos producen sin saber nada unos de otros, en los rincones y cabos más diversos de la Tierra para un mercado alejado centenares de millas, con fuerzas tan gigantescas que la producción de un mes basta para traspasar aquellos limites: ¿cómo cabe pensar que una producción tan escindida y no obstante tan poderosa pueda alcanzar a tiempo su equilibrio exacto? ¿Dónde están, por ejemplo, las instituciones, las oficinas de estadística que les ayuden en semejante labor? Pero lo más grave

nuestra constitución actual militar [esto es, de la constitución militar prusiana de la contrarrevolución] por mucho que se pueda oprimir a las clases trabajadoras y por elevados que parezcan los sacrificios económicos que se piden en compensación a las clases acomodadas,” (Lugar citado Tomo III, página 34.) No, Schmock no es, decididamente, un león.

[116] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo III, página 182.

es que lo único que posee la sensibilidad del mercado es el precio con sus altas y bajas. Sólo que el precio no es como un barómetro que anuncia, de antemano, la temperatura del mercado, sino como el termómetro, que no hace más que medirla. Tan pronto como baja el precio, se ha traspasado el límite y ha venido el mal."[117] Estas observaciones, entre ambas diferencias esenciales en la concepción de las crisis, dirigidas indudablemente contra Sismondi, revelan las diferencias esenciales que existían entre ambos en la concepción de las crisis. Por eso, cuando Engels dice en el *Anti-Dühring* que la explicación de las crisis por deficiencia de consumo enunciada por Rodbertus procede de Sismondi, en rigor se equivoca. Rodbertus sólo tiene de común con Sismondi la oposición contra la escuela clásica, así como la explicación de las crisis, en general, por la distribución de la renta. Pero también en este punto Rodbertus sigue sus manías peculiares. No es el nivel bajo de las rentas de la masa obrera lo que determina la sobreproducción, ni tampoco la capacidad limitada de consumo de los capitalistas, como decía Sismondi, sino simplemente el hecho que la renta de los trabajadores representa, con el progreso de la productividad, una parte cada vez menor del valor del producto. Rodbertus advierte claramente a su contradictor que las paralizaciones del mercado no proceden de la escasez de la participación de las clases trabajadoras: "Represéntese usted [le dice a von Kirchmann] estas participaciones tan pequeñas que sólo les sirvan a sus poseedores para cubrir las necesidades mínimas de la vida; pero si usted se limita a fijar las participaciones en la cuota que representan dentro del producto nacional y luego hace que aumente la productividad, tendrá el recipiente fijo de valor capaz de recoger un contenido cada vez mayor, el bienestar constantemente creciente de las clases trabajadoras. Por el contrario, si se representa la participación de las clases trabajadoras todo lo grande que se quiera, pero de modo que aumentando la productividad desciendan, representando una cuota cada vez menor del producto nacional, estas participaciones hasta que no hayan retrocedido a su escasez actual, podrán proteger a sus poseedores de privaciones demasiado grandes, pues el contenido productivo será siempre considerablemente mayor que hoy; pero tan pronto como comiencen a bajar vendrá la insatisfacción que culmina en nuestras crisis comerciales y que, sin culpa de los capitalistas, sólo se producen porque éstos ajustan las dimensiones de su producción a las medidas dadas por la participación."[118]

Por consiguiente, la verdadera causa de las crisis es la "cuota decreciente del salario", y el único remedio contra ellas es la disposición legal, según la cual la participación de los trabajadores en un producto nacional debe representar una cuota fija e inmutable. Hay que comprender bien de esta grotesca ocurrencia para dar el valor que merece a su contenido económico.

[117] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo III, página 231.
[118] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo I, página 59.

CAPÍTULO XVII
Análisis de la reproducción por Rodbertus

Por consiguiente, ¿qué quiere decir Rodbertur, ante todo, cuando dice que la disminución de la participación del trabajador haya de producir "en seguida" sobreproducción y crisis comerciales? Esta manera de ver sólo es comprensible si se presupone que Rodbertus se representa el "producto nacional" como compuesto de dos partes: la participación de los trabajadores y la de los capitalistas, esto es, v + p, cambiándose una parte contra otra. En efecto, Rodbertus habla, a veces, casi en este sentido, como cuando, por ejemplo, dice en la *Primera Carta Social*: "La pobreza de las clases trabajadoras no permite nunca que su renta sea una base para una producción incrementada. El exceso de productos, que en manos de los obreros no sólo mejoraría su posición, sino que al mismo tiempo constituiría un peso para hacer aumentar el valor del resto que les quedaba a los empresarios, colocando a éstos en condiciones de proseguir su explotación en las mismas dimensiones, baja tanto en poder de los empresarios, que hasta hace perder valor al producto entero y en el mejor caso abandona a los obreros a su conciencia habitual."[119] El "peso" que en manos de los obreros "aumenta el valor del resto que les queda a los empresarios", no puede significar aquí más que demanda. Con esto habríamos llegado felizmente al famoso *punto* de von Kirchmann, en que los obreros realizan con los capitalistas un cambio de salario contra el plusproducto, y en el que por esta causa las crisis surgen porque el capital variable es pequeño y la plusvalía grande. De esta extraña representación ya se ha hablado arriba. Sin embargo, en otros pasajes, Rodbertus inserta una concepción distinta. En la *Cuarta Carta Social* interpreta su teoría en el sentido que el constante juego entre la proporción de la demanda, representada por la participación de la clase obrera, y la constituida por la participación de la clase capitalista, tiene que ser causa de una desproporción crónica entre producción y consumo. "¿Y qué ocurriría si los empresarios tratasen de mantener constantemente dentro de sus límites aquellas participaciones, y si éstas fuesen disminuyendo constantemente poco a poco en los obreros que constituyen la mayoría de la sociedad de un modo imperceptible, pero irresistible? ¿Qué sucedería si disminuyesen en estas clases en la misma proporción en que aumentase su productividad? ¿No sucedería que mientras los capitalistas organizaban y tenían que organizar la producción, conforme a las dimensiones anteriores de las participaciones para hacer general la riqueza, producían, no obstante, por encima de las participaciones existentes hasta entonces y causaban, así, una insatisfacción constante que terminaba en una paralización del mercado?"[120]

Según esto, tenemos que explicarnos la crisis del siguiente modo: el producto nacional consiste en un número de "mercancías ordinarias", como dice von Kirchmann, para los obreros, y mercancías más lujosas para los capitalistas. La cantidad de aquéllas está representada por la suma de los salarios; la de éstas, por la plusvalía total. Si los capitalistas organizan su producción conforme a este principio, y la productividad sigue aumentando, al momento siguiente tiene que resultar una desproporción. Pues la participación de los obreros de hoy, no es ya la de ayer, sino menor; si ayer la demanda de "mercancías ordinarias" formaba las 6/7 partes del producto nacional, hoy sólo forma ya las 5/7 partes, y los empresarios que habían organizado su producción contando con 6/7 partes de "mercancías ordinarias" tendrán que comprobar, con dolorosa sorpresa, que han elaborado una séptima parte de más. Pero si adoctrinados por esta experiencia, mañana disponen de tal modo su producción que sólo elaboran mercancías ordinarias por valor de los 5/7 del producto nacional total, van camino de un nuevo desengaño, pues mañana la participación del salario en el producto nacional no representará, seguramente, más que las 4/7 partes, etcétera.

Esta original teoría levanta en seguida una serie de dudas. Si nuestras crisis comerciales sólo proceden de que la "cuota del salario" de la clase obrera, el capital variable, constituye una parte cada vez menor del valor total del producto nacional, la ley fatal lleva en sí misma el remedio del mal causado por ello, pues la sobreproducción se refiere a una parte cada vez menor del producto total. Rodbertus gusta, es cierto, de emplear las expresiones "enorme mayoría" de los consumidores, "gran masa popular", cuya participación es cada vez mayor,

[119] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo III, Página 176.
[120] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo I, páginas 53, 57.

pero en la demanda lo que importa no es el número de las cabezas, sino el valor que representan. Y este valor constituye, según el mismo Rodbertus, una parte cada vez menor del producto total. De este modo, la base económica de las crisis es cada vez más reducida y sólo queda la cuestión de saber cómo es posible que, a pesar de ello, las crisis sean, como Rodbertus asegura, en primer lugar más generales, y en segundo lugar cada vez más violentas. Además, si la "cuota del salario" es una de las partes del producto nacional, la otra parte es, según Rodbertus, la plusvalía. Lo que pierde el poder de compra de la clase obrera lo gana el poder de compra de la clase capitalista; si *v* es cada vez menor, *p* es, en cambio, cada vez mayor. Según el mismo esquema de Rodbertus, esto no puede alterar el total del poder de compra de la sociedad. Pues él mismo dice: "Sé perfectamente que, en último término, la cantidad en que disminuye la participación de los obreros, acrecen las participaciones de los perceptores de rentas [en Rodbertus 'renta' equivale a plusvalía]; que, por tanto, a la larga y en conjunto, el poder de compra permanece igual. Pero, con relación al producto llevado al mercado, ha sobrevenido ya la crisis siempre antes de que pueda ejercer efecto aquel incremento."[121] Por tanto, a lo sumo, puede tratarse de que así como en las "mercancías ordinarias" hay siempre un exceso, en las mercancías de lujo para los capitalistas surge siempre un defecto. Rodbertus viene aquí a parar, inesperadamente, siguiendo el mismo camino de la teoría Say-Ricardo tan ardorosamente combatida por él: la de que la superproducción de un lado, corresponde siempre a la subproducción del otro. Y como las participaciones en el valor del producto nacional de la clase trabajadora y de los capitalistas se desplazan constantemente en perjuicio de los primeros, resultaría que nuestras crisis comerciales, en conjunto, tendrían, cada vez más, el carácter de subproducción periódica y no de superproducción. Pero dejemos este enigma. Lo que resulta claro de todo eso es que Rodbertus se figura el producto nacional, en cuanto a su valor, como compuesto únicamente de dos partes: *v* y *p*, compartiendo aquí totalmente la concepción y tradición de la escuela clásica, a la que combate con tanto encono, embelleciéndola aún más con la idea que la plusvalía entera es consumida por los capitalistas. Esto lo declara con palabras precisas en varios pasajes, por ejemplo, en la *Cuarta Carta Social*: "Conforme a esto, para hallar primero precisamente el principio de la renta en general [de la plusvalía], el principio de la división del producto del trabajo en salario y renta, es menester abstraerse de los fundamentos que determinan la escisión de la renta en general en renta de la tierra y renta del capital",' y en la *Tercera Carta Social*: "Renta de la tierra, beneficio del capital y salario, lo repito, son rentas. Propietarios, capitalistas y obreros quieren vivir de ellas, es decir, satisfacer con ellas sus necesidades humanas inmediatas. Por consiguiente, los bienes en que se perciben las rentas han de ser utilizables para este fin." Nadie ha formulado en tales términos la falsificación de la economía capitalista como una producción destinada a fines del consumo directo, y en este punto Rodbertus merece indudablemente la palma de la "prioridad". No sólo frente a Marx, sino frente a todos los economistas vulgares. Para no dejar la menor duda en el ánimo del lector acerca de esta confusión, poco más adelante, en la misma carta, coloca la plusvalía capitalista como categoría económica a la misma altura que la renta del antiguo dueño de esclavos: "Al primer estado [la esclavitud] va unida la economía natural más simple; la parte del producto del trabajo que se ha quitado a la renta del obrero o esclavo, y que constituye la propiedad del señor o propietario se atribuirá íntegra como renta al propietario de la tierra, del capital, de los obreros y del producto del trabajo; conceptualmente, ni siquiera podrá distinguirse entre renta de la tierra y beneficio del capital. Con el segundo estado surge la economía monetaria más complicada; la parte del producto del trabajo que se ha quitado ahora a la renta de los obreros libres, y que corresponde a la propiedad de la tierra y del capital, será repartida, a su vez, entre los propietarios del producto bruto y los del producto fabricado; finalmente, la renta única del estado anterior habrá de dividirse en renta de la tierra y beneficio del capital."[122] La diferencia económica más saliente entre la explotación bajo el régimen de la esclavitud y la moderna explotación capitalista, está, para Rodbertus, en la escisión de la plusvalía que se ha "quitado" a la "renta de los trabajadores" en renta de la tierra y beneficio del capital. El hecho decisivo de la producción capitalista no es la forma histórica específica de la distribución del nuevo valor entre capital y trabajo, sino el reparto de la plusvalía, indiferente para el proceso de producción entre sus diversos usufructuarios. Salvo este reparto, la plusvalía capitalista, en conjunto, continúa siendo lo mismo que la "renta única" del propietario de esclavos: ¡un fondo privado de consumo del explotador!

[121] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo I, página 206.
[122] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo II, página 144.

Cierto que Rodbertus vuelve a contradecirse en otros pasajes y se acuerda del capital constante, así como de la necesidad de renovación en el proceso de reproducción. Toma, pues, en vez de la división del producto total en v + p, la división en c + v + p. En su *Tercera Carta Social* dice, acerca de las formas de reproducción de la economía de la esclavitud: "Como el dueño habrá de cuidarse de que una parte del trabajo de los esclavos se destine a mantener en el mismo estado o a mejorar los campos, rebaños e instrumentos en la agricultura y fabricación, lo que hoy se llama "sustitución del capital" se realizará de modo que una parte del producto nacional se aplique inmediatamente a la economía sin intervención del cambio e incluso ni siquiera del valor de cambio para mantener en su estado anterior el patrimonio."[123] Y pasando a la reproducción capitalista: "Por tanto, se emplea ahora una *parte del valor* del producto del trabajo en mantener el estado actual del patrimonio o en "sustituir el capital"; se destina una *parte de valor* representada por el dinero que reciben los trabajadores como salario para su sustento y, finalmente, quedará una *parte de valor* en manos de los propietarios de la tierra, capital y producto del trabajo como ingreso o renta de éstos."[124]

Tenemos aquí claramente formulada la división tripartita: capital constante, capital variable y plusvalía; e igualmente la fórmula cada vez más clara en esta tercera carta como peculiaridad de su "nueva" teoría: "Así, pues, según esta teoría, siendo suficiente la productividad del trabajo, aquella parte del valor del producto que queda como renta, realizada la sustitución del capital, se ha distribuido, a causa de la propiedad del suelo y del capital, entre obreros y propietarios como salario y renta",[125] etcétera. En este punto Rodbertus ha hecho, al parecer, un franco progreso en el análisis del valor del producto total sobre la escuela clásica, pues, en efecto, más adelante critica directamente el "dogma" de Smith. Causa asombro a este respecto que los sabios admiradores de Rodbertus, los señores Wagner, Dietzel, Diehl y compañía, no hayan hecho notar la "prioridad" de su favorito con respecto a Marx en un punto tan importante de la teoría económica. En realidad, esta prioridad es tan aparente como la de la teoría del valor. Incluso donde Rodbertus llega, al parecer, a un conocimiento verdadero, no puede sostenerse ni un instante, pues inmediatamente suelta una mala interpretación o, al menos, una deformación. Por lo demás, se ve bien claro que Rodbertus no sabía qué hacer con la división tripartita del producto nacional, a la que había llegado a tientas, precisamente por su crítica del dogma de Smith, y dice: "Usted sabe que todos los economistas, ya desde Adam Smith, dividen el valor del producto en salario, renta de la tierra y beneficio del capital, y que, por tanto, la idea de fundar la renta de las diversas clases y, particularmente, las partes de la renta en una división del producto, no es nueva. Pero los economistas pierden en seguida el rumbo. Todos ellos (sin exceptuar siquiera la escuela de Ricardo) cometen, ante todo, la falta de no concebir como unidad al producto entero, al bien terminado, al producto nacional total del que participan obreros, propietarios y capitalistas, considerando la división del producto bruto como una división particular en que toman parte sólo dos copartícipes. Así, estos sistemas van al mero producto bruto y al mero producto fabricado, aislados entre sí, como bienes particulares de renta. Yerran, en segundo lugar (con excepción de Ricardo y Smith en este caso), al tomar el hecho natural de la colaboración imprescindible entre el trabajo y la materia, es decir, el suelo, por un hecho económico. Yerran también al tomar el hecho social de que en la división del trabajo se emplee el capital en el sentido actual de la palabra, por un hecho originario. Así fingen una relación económica fundamental, en la cual, habida cuenta de la división de la propiedad del suelo, del capital y del trabajo, se concibe también las participaciones de estos distintos propietarios de tal modo que la renta de la tierra salga de la colaboración del suelo (que el propietario territorial presta para la producción), el beneficio del capital de la colaboración del capital empleado en ella por el capitalista y, finalmente, el salario de la colaboración del trabajo. La escuela de Say, que es la que más refinadamente ha tejido este error, ha elaborado incluso el concepto de un servicio productivo del suelo, del capital y del trabajo, para explicar con semejante principio productivo la participación en el producto. Con esto va ligada, finalmente, en tercer lugar, la incongruencia de que, mientras el salario y las participaciones de la renta se deducen del valor del producto, a su vez el valor del producto se deduce del salario y de las participaciones de la renta, basándose así recíprocamente uno en otro. En algunos esta incongruencia se manifiesta tan claramente que se pone de relieve en

123 *Ibídem*, página 146.
124 *Ibídem*, página 155.
125 Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo II, p´gina 233.

dos capítulos sucesivos: “El influjo de las rentas sobre los precios de producción” y “El influjo de los precios de producción sobre la renta”.[126]

Tras estas excelentes observaciones críticas, la última de las cuales es particularmente aguda y, en cierto sentido, anticipa la crítica correspondiente del tomo II de *El Capital* de Marx, Rodbertus acepta tranquilamente el error fundamental de la escuela clásica y sus servidores vulgares: el total olvido de la parte del valor del producto total necesaria para la sustitución del capital constante de la sociedad. Esta confusión fue también la que le allanó el camino para empeñarse en una extraña crítica contra la “cuota decreciente del salario”.

El valor del producto total social en la forma de producción capitalista se divide en tres partes, una de las cuales corresponde al valor del capital constante; la otra, a la suma de salarios, esto es, al capital variable, y la tercera, a la plusvalía total de la clase capitalista. Ahora bien, dentro de esta composición del valor, la parte que corresponde al capital variable se hace cada vez relativamente menor, y ello por dos razones. Primero, la relación de *c* con (v+p), es decir del capital constante con el nuevo valor, cambia en el interior de c+v+p, en este sentido *c* no deja de crecer relativamente mientras que (v+p) no deja de disminuir. Esta es una expresión sencilla de la productividad creciente del trabajo humano, que tiene validez para todas las sociedades económicamente progresivas con independencia de sus formas históricas, y sólo significa que el trabajo vivo está en situación de elaborar, cada vez más, medios de producción en un tiempo cada vez más breve, convirtiéndolos en objetos de uso. Como (v + p) desciende con relación al valor total del producto, desciende también *v* como parte del valor del producto total. Resistirse, querer contener este descenso, equivale, en otras palabras, a oponerse al progreso de la productividad del trabajo y sus efectos generales. Al mismo tiempo, se produce dentro de (v + p) un desplazamiento en el sentido de que *v* se va haciendo relativamente menor y *p* relativamente mayor, esto es, que del valor nuevo creado corresponde a los salarios una parte cada vez menor, y los capitalistas se apropian de una parte cada vez mayor como plusvalía. Esta es la expresión capitalista específica de la productividad creciente del trabajo, la cual dentro de las condiciones capitalistas de producción tiene la misma validez absoluta que aquella primera ley. Pretender impedir por medios estatales que *v* sea cada vez menor que *p*, equivale a prohibir que la productividad creciente del trabajo, que disminuye los costos de producción de todas las mercancías, se refiera también a la mercancía fundamental, fuerza de trabajo; significa querer exceptuar a esta mercancía de los efectos económicos del progreso técnico. Más aún: la “cuota decreciente del salario” no es más que otra expresión de la cuota creciente de plusvalía que representa el medio más fuerte y efectivo para contener el descenso del coeficiente de beneficio, y representa, por eso, el motivo impulsor de la producción capitalista en general, como del progreso técnico dentro de esta producción. Suprimir, por consiguiente, la “cuota decreciente del salario” por medios de legislación equivale a eliminar el motivo impulsor de la economía capitalista, privarla de su principio de vida. Pero presentémonos la cosa concretamente. El capitalista individual, la propiedad capitalista no considera el valor del producto como una suma de trabajo social necesario, y no está en situación de aceptarlo así. El capitalista lo considera como una forma derivada y exasperada por la competencia de los costos de producción. Mientras el valor del producto se divide en las partes de valor c+v+p, los costos de producción en la conciencia del capitalista se componen a la inversa de c+v+p. Y en esta forma transmutada y derivada se le aparecen: 1º, como desgaste de su capital fijo; 2º, como la suma de sus gastos de capital circulante más los de los salarios de los obreros; 3º, como la cuota media “corriente”, esto es, media de beneficio de su capital total. Ahora bien, supongamos que el capitalista sea forzado por una ley de las que elabora Rodbertus a sostener una “cuota fija de salario frente al valor total del producto”. La ocurrencia sería tan ingeniosa como si se pretendiese fijar, por una ley, que en la elaboración de todas las mercancías la materia prima no debía variar nunca de un 1/3 del precio total de las mercancías. Es evidente que la idea fundamental de Rodbertus, de la que estaba tan orgulloso y sobre la que edificaba como sobre un nuevo descubrimiento de Arquímedes, y con la que quería curar radicalmente la producción capitalista, considerada en su terreno y en todos sus aspectos, es un contrasentido patente, al que sólo se puede llegar merced a aquella confusión sobre la teoría del valor que culmina en Rodbertus en el incomparable aserto: “El producto debe tener ahora [en la sociedad capitalista] valor de cambio, como debía haber tenido valor de uso en la antigua economía.”[127] ¡En la antigua sociedad había que comer pan y carne para

[126] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo II, página 226.
[127] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo II, página 156.

poder vivir, pero ahora se sacia uno con saber el precio de la carne y el pan! Pero lo que con más claridad se manifiesta en la idea persistente de la "cuota de salario fija" de Rodbertus, es su incapacidad para comprender la acumulación capitalista.

De las citas hechas hasta aquí puede ya deducirse que Rodbertus, de acuerdo con su conclusión errónea de que el fin de la producción capitalista es la elaboración de objetos de consumo para satisfacer "necesidades humanas", tiene exclusivamente a la vista la reproducción simple. De aquí que hable siempre tan sólo de la "sustitución del capital" y de la necesidad de capacitar a los capitalistas para proseguir "sus explotaciones en el mismo grado que hasta aquí". Pero su idea fundamental va directamente contra la acumulación del capital. Fijar la cuota de plusvalía, impedir su crecimiento, equivale a paralizar la acumulación del capital. De hecho, para Sismondi como para von Kirchmann, la cuestión del equilibrio entre producción y consumo era una cuestión de acumulación, esto es, de reproducción capitalista ampliada, cuya posibilidad negaban los dos. Ambos derivaban de la acumulación los trastornos que se producen en el equilibrio de la reproducción. Sólo que uno recomendaba, como remedio, la atenuación de las fuerzas productivas en general, y el otro, su aplicación creciente a la producción de lujo: el consumo completo de la plusvalía. Rodbertus sigue aquí sus propios caminos. Mientras aquéllos tratan de explicarse, con más o menos éxito, el *fenómeno* de la acumulación capitalista, Rodbertus lucha contra el *concepto*.

"Los economistas han repetido desde Smith, formulando como verdad general y absoluta, que el capital sólo surge por ahorro y acumulación."[128] Rodbertus sale ahora a batallar contra este "error" y en 60 páginas demuestra detalladamente que el capital no surge por ahorro, sino por trabajo; que el "error" de los economistas en lo referente al ahorro provenía de que creían equivocadamente que la productividad era condición del capital, y este error provenía de otro: a saber que el capital es capital.

Von Kirchmann, por su parte, comprendía muy bien qué es lo que hay detrás del "ahorro" capitalista. Muy claramente explica: "La acumulación de capital no consiste, como es sabido, en el mero amontonamiento de provisiones o en la colección de metales y dinero para tenerlos inaprovechados luego en los sótanos del propietario, sino que quien quiere ahorrar lo hace para aplicar de nuevo, con provecho, por sí mismo o por intermedio de otros, la suma ahorrada como capital, para sacar de ella rentas. Estas rentas sólo son posibles si estos capitales se emplean en nuevas empresas capaces de rendir, por medio de sus productos, aquellos intereses indispensables. Uno construye un barco; otro edifica un granero; el de más allá cultiva un pastizal; el cuarto encarga una nueva máquina de hilar; el quinto compra más cuero y toma más oficiales para ampliar su taller de zapatería, etc. Sólo en esta aplicación puede reportar intereses el capital ahorrado [equivale a beneficios], lo que constituye el fin último de todo ahorro."[129] Lo que describe aquí von Kirchmann con palabras torpes, pero, en general, con exactitud, no es más que el proceso de la capitalización de la plusvalía, de la acumulación capitalista, que constituye el sentido entero del "ahorro" propagado con certero instinto por la economía clásica "de Adam Smith". Desde su punto de vista, es perfectamente consecuente atacando a la acumulación, al "ahorro", ya que, según su concepción (igual que la de Sismondi), las crisis resultan directamente de la acumulación. Rodbertus es, también aquí, el "más profundo". Para desdicha suya, ha sacado de la teoría del valor de Ricardo la idea de que el trabajo es la única fuente del valor, y por tanto también del capital. Y este saber elemental le basta plenamente para deslumbrarle, no dejándole ver las relaciones complicadas de la producción del capital y de los movimientos del capital. Como el capital surge por el trabajo, la acumulación del capital, es decir, "el ahorro", es capitalización de plusvalía.

Para desembrollar esta complicada red de errores "de los economistas desde Adam Smith" recurre, como era de esperar, a un "hombre aislado" y, en una larga vivisección de la desgraciada criatura, averigua todo lo que le hace falta. Así encuentra ya aquí el "capital", es decir, el famoso "primer bastón", con el que la economía política "desde Adam Smith" coge del árbol del conocimiento los frutos de su teoría del capital. ¿Acaso el bastón surge del "ahorro"?, pregunta Rodbertus. Y como todo hombre normal comprende que del "ahorro" no sale ningún bastón, sino que Robinson tiene que hacerse el bastón de madera, queda también probado que la "teoría del ahorro" es completamente falsa. Sigamos: el "hombre aislado" tira con el bastón

[128] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo I, página 240.
[129] Von Krichmann, *Hojas Democráticas*, página 25.

un fruto del árbol, este fruto es su "renta". "Si el capital fuese la fuente de la renta, esta relación debía manifestarse ya en este primer proceso originario y el más simple. ¿Pero cabe, sin forzar cosas y conceptos, llamar al bastón la fuente de la renta o de una parte de la renta que consiste en el fruto tirado al suelo?, ¿cabe referir esta renta en todo o en parte al bastón como a su causa, considerarla en todo o en parte como producto del bastón?"[130] Seguramente, no; y como el fruto no es el producto "del bastón" con que ha sido arrojado al suelo, sino del árbol en que se ha criado, Rodbertus ha demostrado que todos los economistas "desde Adam Smith" se habían equivocado groseramente al afirmar que la renta provenía del capital. Una vez que se han esclarecido, dentro de la "economía" de Robinson, todos los conceptos fundamentales de la economía política, Rodbertus traslada la verdad así adquirida primeramente a una sociedad supuesta "sin capital ni propiedad de la tierra", es decir, con propiedad comunista, luego a la sociedad "con capital y propiedad de la tierra", esto es, a la sociedad actual y, lo que son las cosas, todas las leyes de la economía de Robinson se cumplen también punto por punto en estas dos formas de sociedad. Aquí formula Rodbertus una teoría del capital y de la renta en la que culmina su fantasía utópica. Como ha descubierto que en Robinson "el capital" está constituido sencillamente por los medios de producción, identifica también, en la economía capitalista, capital y medios de producción y una vez reducido así, con un ademán, el capital a capital constante, protesta en nombre de la justicia y de la moral de que los medios de subsistencia de los obreros, sus salarios, sean considerados como capital. Contra el concepto de capital variable lucha ardorosamente, pues este concepto es el culpable de todo el mal. "¡Ojalá los economistas [implora] me presten atención en este punto y examinen desapasionadamente quién tiene razón, si ellos o yo! Aquí está el núcleo de todos los errores del sistema vigente sobre el capital, aquí el último fundamento de la injusticia, tanto teórica como práctica, de que son víctimas las clases trabajadoras."[131] La "justicia" pide que los "bienes reales de salario" de los trabajadores no se consideren como capital, sino que se inserten en la categoría de las rentas. Cierto que Rodbertus sabe muy bien que, para los capitalistas, una parte de los salarios "adelantados por ellos", son una parte de su capital, exactamente lo mismo que la otra parte adelantada en medios de producción coagulados. Pero, según Rodbertus, esto se refiere únicamente al capital individual. Tan pronto como tiene a la vista el producto total social y la producción total, declara que las categorías capitalistas de la producción son ilusión, mentira perversa e "injusticia". "Algo completamente distinto que el capital en sí, los objetos de capital, el capital, desde el punto de vista de la nación, es el capital privado, el capital *patrimonio*, el capital *propiedad*, lo que hoy se comprende ordinariamente por "capital"."[132] Los capitalistas individuales producen en forma capitalista, pero la sociedad total produce como Robinson, esto es, como un propietario único, en forma comunista: "Que ahora el producto nacional total en todos los diversos grados de la producción, pertenezca en partes mayores o menores a personas privadas, que no pueden contarse entre los productores propiamente dichos; que los productores propiamente dichos elaboren este producto nacional al servicio de estos pocos propietarios, sin ser copropietarios de su propio producto, no constituye diferencia alguna desde este punto de vista general y nacional." Ciertamente, resultan, de aquí, ciertas particularidades de la relación, incluso para la sociedad en conjunto, en primer término "el cambio" con sus intermediarios, y en segundo lugar, la desigual distribución del producto. "Pero así como estas consecuencias no impiden que, antes y

---

[130] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo II, página 250.

[131] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo I, página 295. En este punto, Rodbertus no hizo, a lo largo de toda su vida, más que rumiar las ideas que había expuesto ya en 1842 en su artículo "Zur Erkenntnis": "… con referencia al estado actual se ha llegado a contar entre los costos del bien no sólo el salario, sino también la renta y el beneficio del empresario. Por eso, esta opinión merece ser ampliamente refutada. Se basa en dos cosas:

a) Una falsa representación del capital, en la que el salario se computa al capital del mismo modo que el material y los instrumentos, siendo así que se halla en el mismo plano que la renta y el beneficio del empresario.

b) Una confusión de los costos del bien con los gastos del empresario o costos de explotación (*Zur Erkenntnis*, Neubrandenburg y Friedland, G. Barneuitz 1842, p. 14).

[132] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*. Exactamente lo mismo ya en "Zur Erkenntnis"; "hay que distinguir el capital en sentido estricto, del capital en sentido amplio o fondo de la empresa. Aquél abarca el acopio efectivo de instrumentos y materiales, éste todo el fondo necesario para la explotación de una empresa conforme a las circunstancias actuales de la división del trabajo. Aquél es el capital absolutamente necesario para la producción, éste sólo tiene una necesidad relativa que le dan las circunstancias actuales. Aquella parte es, por tanto, el capital en su sentido estricto y sólo con él se confunde el concepto del capital nacional." (páginas 23-24.)

después, el movimiento de la producción nacional y la conformación del producto nacional sea, en general, el mismo [que bajo el régimen del comunismo], tampoco alteran desde el punto de vista nacional, en ningún sentido, la oposición anteriormente formulada entre capital y renta." Sismondi se esforzó, como Smith y otros muchos, en desembrollar, con el sudor de su frente, los conceptos de capital y renta sacándolos de las contradicciones de la producción capitalista; Rodbertus simplifica la cosa; prescinde, dentro de la sociedad, de todas las determinaciones formales de la producción capitalista y llama "capital" a los medios de producción y "renta", a los medios de consumo; con esto basta. "La propiedad de la tierra y del capital sólo tiene un influjo esencial con relación a los individuos que comercian. Si se considera, pues, la nación corno una unidad, desaparecen sus efectos sobre los individuos."[133] Se ve que tan pronto como Rodbertus llega al verdadero problema de la producción total capitalista y su movimiento, muestra el tímido menosprecio del utopista por las particularidades históricas de la producción. A él le va, como anillo al dedo, la observación que hace Marx a propósito de Proudhon, reprochándole que tan pronto como habla de la sociedad en conjunto, hace como si dejase de ser capitalista. En el ejemplo de Rodbertus se ve, por otra parte, una vez más, cuán torpemente se movía la economía política anterior a Marx, en sus esfuerzos para armonizar puntos de vista materiales del proceso de trabajo con puntos de vista valorativos de la producción capitalista; formas de movimiento del capital individual, con las del capital total. Estos esfuerzos oscilan, de ordinario, entre dos extremos: la concepción vulgar al estilo de Say y Mac Culloch, para la que no hay más que puntos de vista del capital individual; la concepción utópica al estilo de Proudhon y Rodbertus, para la que no hay más que puntos de vista del proceso de trabajo. Sólo así se aprecia qué enorme luz arrojó Marx sobre el asunto con el esquema de la reproducción simple, donde se conciertan todos los puntos de vista en sus armonías y sus contradicciones, y donde la confusión irremediable de incontables tomos se resuelve en dos series numéricas de desconcertante sencillez.

Fácilmente se comprende que, con semejante concepción de capital y renta, la apropiación capitalista resulta inexplicable. Rodbertus la declara sencillamente "robo" y la acusa ante el foro del derecho de propiedad cuya radical vulneración representa. "Pues bien, esta libertad personal (del trabajador) que jurídicamente envuelve la propiedad del valor y el producto del trabajo, a consecuencia de la presión ejercida sobre los trabajadores por la propiedad de la tierra y del capital (que en la práctica conduce, a su vez, a la enajenación de aquella pretensión de propiedad), es como si un temor instintivo a que la historia pudiera deducir de aquí sus severos silogismos implacables impidiese a los propietarios confesar esta grande y general injusticia."[134] "Por eso, finalmente, esta teoría [la de Rodbertus] es, en todas sus particularidades, una prueba plena de que aquellos panegiristas del actual régimen de propiedad, que por otra parte no pueden por menos que fundar la propiedad sobre el trabajo, se hallan en plena contradicción con su propio principio. Ella demuestra que el régimen actual de propiedad descansa justamente sobre una violación general de este principio y que aquellos grandes patrimonios individuales que se acumulan hoy en la sociedad, aumentan, con cada nuevo trabajador, el latrocinio acumulado de antiguo en la sociedad."[135] Y si de esta manera se declara como un "robo" la plusvalía, la cuota creciente de plusvalía aparece como "una grave falta en la actual organización económica nacional". Proudhon ha tejido al menos la frase paradójica y brutal, pero de resonancia revolucionaria, de Brissot: la propiedad es un robo. Rodbertus demuestra que el capital es un robo a la propiedad. Compárese con esto, en el primer tomo de *El Capital* de Marx, el capítulo sobre la transformación de las leyes de propiedad en leyes de la apropiación capitalista que constituye una obra maestra de dialéctica histórica, y se comprobará una vez más la "prioridad" de Rodbertus. En todo caso, Rodbertus, con sus declamaciones contra la apropiación capitalista, desde el punto de vista del "derecho de propiedad", se ha cerrado la comprensión del nacimiento de la plusvalía por obra del capital, como anteriormente, con sus declamaciones contra el "ahorro", se había cerrado la comprensión del origen del capital procedente de la plusvalía. Así, Rodbertus pierde todos los supuestos para la comprensión de la acumulación capitalista y logra incluso quedar en este punto por debajo de von Kirchmann.

En suma, Rodbertus quiere una ampliación limitada de la producción pero sin "ahorro" alguno, es decir, sin acumulación capitalista. Quiere un aumento ilimitado de las fuerzas productivas, y

[133] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo I, página 292.
[134] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo I, página 136.
[135] Dr Karl Rodbertus-Jagetzow, *Schriften*, Berlín, 1899, Tomo II, página 225.

que las leyes del Estado fijen un coeficiente de plusvalía. En una palabra, muestra que no comprende en absoluto los fundamentos propiamente dichos de la producción capitalista que quiere reformar, ni los resultados más importantes de la economía política clásica, contra la cual se dirige su crítica.

Por eso, naturalmente, dice el profesor Diehl, que Rodbertus ha hecho época en la economía política teórica con su “nueva teoría de la renta” y con la distinción de las categorías lógicas e históricas del capital (de aquel “capital en sí” consciente en contraposición al capital individual). Y por eso, naturalmente, Adolfo Wagner le llama “el Ricardo del socialismo económico”, para probar, así, de un solo golpe, su propia ignorancia con respecto a Ricardo, Rodbertus y el socialismo. Y por su parte, Lexis encuentra que Rodbertus es, por lo menos, igual “a su rival británico” en la fuerza del pensamiento abstracto, pero que le supera, ampliamente, en el “virtuosismo del descubrimiento de las conexiones más profundas de los fenómenos”, en la “viveza de la fantasía” y, ante todo, en su “punto de vista ético frente a la vida económica”. En cambio, lo que realmente ha hecho Rodbertus en economía teórica, aparte de su crítica de la renta de Ricardo (su distinción a veces completamente clara entre plusvalía y beneficio del capital; tratar la plusvalía como un todo, distinguiéndola conscientemente de sus manifestaciones parciales; su crítica, excelente en parte, del dogma de Smith sobre la conexión de valor de las mercancías; su formulación precisa de la periodicidad de las crisis y el análisis de las formas en que se presentan valiosos puntos de arranque para sobrepasar en el análisis a Smith-Ricardo, que hubieron de fracasar por la confusión de los conceptos fundamentales), todo esto queda desconocido por la mayoría de los admiradores oficiales de Rodbertus. Franz Mehring ha aludido ya a la curiosa suerte que le ha cabido a Rodbertus: la de haber sido alzado a las nubes por sus supuestos merecimientos en economía política, mientras las mismas gentes le trataban, por sus méritos políticos efectivos, “como a un pobre muchacho”. Pero, en nuestro caso, no se trata siquiera de la oposición entre su obra económica y política. En el campo mismo de la economía política teórica, allí donde trabajaba con el entusiasmo inútil de un utopista, sus panegiristas le han levantado un gran monumento sobre arena, mientras los modestos trozos de terreno en que había dejado algunas semillas fecundas, se han llenado de maleza y han sido dados al olvido.[136]

[136] Por lo demás, el peor monumento es el que le han erigido sus editores póstumos. Estos sabios caballeros: el profesor Wagner, el doctor Kozak, Moritz Wirth y demás, que en los prólogos de los tomos de Rodbertus se pelean como una tropa de servidores maleducados en la antecámara, sacan a relucir sus desavenencias personales y sus celos, y se injurian públicamente entre ellos mismos. Ni siquiera han sabido observar el cuidado y la piedad necesarios para determinar la fecha de los diversos manuscritos de Rodbertus. Así, por ejemplo, Mehring ha tenido que hacerles ver que “el manuscrito más antiguo de Rodbertus no puede provenir del año 1837, como había decretado soberanamente el profesor Wagner, sino, cuando menos, del año 1839, puesto que ya en las primeras líneas se habla de acontecimientos históricos del movimiento cartista, acontecidos en el año 1839, y cuyo conocimiento era, por decirlo así, deber ineludible para un profesor de economía política. El profesor Wagner, que en los prólogos a Rodbertus no cesa de darse importancia y de hablar de sus abrumadoras ocupaciones, y que, en general, habla con sus colegas por sobre las cabezas del resto del populacho, ha recibido en silencio, como un gran hombre, la elegante lección de Mehring. Por su parte, el profesor Diehl ha corregido, simplemente, en silencio, en el *Diccionario de las ciencias del Estado*, la fecha de 1837, sustituyéndola por la de 1839, sin indicar al lector ni con una sílaba cuándo y cómo lo había averiguado.
Lo que constituye el colmo, sin embargo, es la “nueva edición económica”, sin duda destinada “al pueblo”, y publicada por Puttkammer y Muhlbrecht en 1899, que reúne en amigable consorcio a alguno de les señores editores que se habían peleado, recogiendo, en los prólogos, sus discusiones; edición en la que, por ejemplo, el antiguo tomo II de Wagner se convierte en tomo I, pero dejando que Wagner en la introducción al tomo III siga hablando tranquilamente del “tomo II”; traducción en la que la *Primera Carta Social* ha ido a parar al tomo III, la segunda y tercera al II y la cuarta al I, en la que en general, la sucesión de las *Cartas Sociales*, *Controversias*, conexiones cronológicas y lógicas, fechas de la edición y del origen de los escritos constituyen un caos aún más inexplicable que las capas de la corteza terrestre tras varias erupciones volcánicas, y en la que (en el año 1899) sin duda por consideración al profesor Wagner se conserva, para el escrito más antiguo de Rodbertus, la fecha de 1837, a pesar que la rectificación de Mehring se había publicado ya en 1894. Compárese con esto los escritos póstumos de Marx en las ediciones al cuidado de Mehring y Kautsky, y se verá cómo, en cosas sin importancia aparente, se reflejan conexiones hondas; así se cuida la herencia científica del maestro del proletariado consciente, y así los sabios oficiales de la burguesía destrozan la herencia de un hombre que, conforme a su propia leyenda interesada, era un genio de primer orden. *Suum cuique*, era el lema de Rodbertus.

En general, no puede afirmarse que el problema de la acumulación haya adelantado desde la primera controversia en la discusión prusiano-pomerania. Si la doctrina de la armonía económica había caído, entre tanto, de la altura de Ricardo hasta Bastiat-Schulze, también la crítica social ha bajado de Sismondi a Rodbertus. Y si la crítica de Sismondi en el año 1819 era un acto histórico, las ideas de reforma emitidas por Rodbertus eran un lamentable retroceso ya en su primera forma y mucho más en sus posteriores repeticiones.

En la polémica entre Sismondi y Say-Ricardo, una de las partes probó la imposibilidad de la acumulación a consecuencia de las crisis y advirtió el peligro del desarrollo de las fuerzas productivas. La otra demostró la imposibilidad de las crisis y propugnó por el desarrollo ilimitado de la acumulación. Cada una de ellas era consecuente, a su modo, no obstante lo absurdo del punto de partida. Kirchmann y Rodbertus parten ambos, no era posible de otro modo, del hecho de las crisis. Pero a pesar que en ese entonces, tras la experiencia histórica de medio siglo, las crisis, justamente por su periodicidad, habían mostrado claramente que no eran sino formas de movimiento de la reproducción capitalista, identificaron también plenamente el problema de la reproducción ampliada del capital total, de la acumulación, con el problema de las crisis y fueron a parar así a la vía muerta del descubrimiento de un remedio contra las crisis. Una parte ve el remedio en el consumo total de la plusvalía por los capitalistas, esto es, en la renuncia a la acumulación; la otra, en la fijación legal de la cuota de plusvalía, esto es, igualmente, en la renuncia a la acumulación. Aquí, la manía especial de Rodbertus consiste en esperar que sin acumulación capitalista se produzca un aumento ilimitado capitalista de las fuerzas productivas, y lo recomienda así. En una época en que el elevado grado de madurez de la producción capitalista haría pronto posible su análisis fundamental por Marx, el último intento de la economía burguesa de resolver el problema de la reproducción acababa en una utopía infantil de mal gusto.

TERCER ASALTO
Struve-Bulgakow- Tugan-Baranowski contra Woronzof-Nicolai-on

CAPITULO XVIII
Nuevo planteamiento del problema

La tercera controversia en torno a la cuestión de la acumulación capitalista se desarrolló en un marco histórico completamente distinto que el de las otras dos. Esta vez la época de la acción era el comienzo del noveno decenio hasta mediados del décimo, y su teatro Rusia. La evolución capitalista había llegado ya en la Europa occidental a su madurez. La concepción rosada de los clásicos Smith-Ricardo, cuando la sociedad burguesa estaba en sus primeros brotes, se había disipado hacía bastante tiempo. También había enmudecido el optimismo interesado de la doctrina de la armonía de la escuela vulgar de Manchester bajo la impresión aplastante de la catástrofe mundial de los años 70, así como de los golpes impetuosos de la lucha de clases entablada desde los años 60 en todos los países capitalistas. Incluso de las teorías de reforma social, que particularmente en Alemania habían florecido a comienzos de los años 80, pronto no hubo quedado más que el recuerdo; los doce años de prueba de la ley de excepción contra la socialdemocracia habían traído consigo un cruel enfriamiento, habían rasgado decisivamente todos los velos de armonía, descubriendo en toda su crudeza la realidad desnuda de las contradicciones capitalistas. Desde entonces, el optimismo sólo era posible en el campo de la clase obrera ascendente y de sus representantes teóricos. No un optimismo respecto al equilibrio natural o artificial de la economía capitalista y su duración eterna, sino en el sentido que el desarrollo de las fuerzas productivas por ella fomentadas poderosamente ofrecía justamente, por sus contradicciones internas, un excelente terreno histórico para el desarrollo productivo de la sociedad con nuevas formas económicas y sociales. La tendencia negativa, deprimente, del primer período del capitalismo, que sólo Sismondi vio primeramente y que Rodbertus percibió después en los años 40 y 50, se hallaba ahora compensada por el ascenso triunfante y lleno de esperanza de la clase obrera en su acción sindical y política.

Tal era la atmosfera en la Europa occidental. Pero otra era la situación, por la misma época, en Rusia. Allí, los años 70 y 80 representan en todo sentido una época de transición, un período de crisis interna con todos sus dolores. La gran industria acababa de triunfar por la acción propia del período de la protección aduanera elevada. En el fomento forzado del capitalismo por el gobierno absolutista, que entonces se inicia, la introducción de los aranceles sobre el oro, en el año 1877, constituyó el comienzo de una etapa. La “acumulación primitiva” del capital florecía en Rusia favorecida por todo género de subsidios, garantías, premios y encargos del Estado y cosechaba beneficios que en Occidente pertenecían, en aquella época, ya al reino de la fábula. Al mismo tiempo, la situación interior de Rusia ofrecía un cuadro que no era precisamente atractivo ni adecuado para engendrar esperanzas. En el campo, la decadencia y descomposición de la economía campesina bajo la presión fiscal y de la economía monetaria daba origen a situaciones horribles, hambres y motines periódicos de campesinos. Por otra parte, el proletariado fabril de las ciudades no se había consolidado aún social e intelectualmente para formar una clase obrera moderna. Particularmente en el gran distrito industrial central Moscú-Wladimir, la aglomeración más importante de la industria textil rusa, la población obrera estaba mezclada en parte con la agricultura y era medio campesina. Tales formas primitivas de explotación dieron lugar a manifestaciones primitivas de defensa. A principios de los años 80 surgieron los tumultos fabriles espontáneos del distrito de Moscú, durante los cuales se destruyeron máquinas y dieron el impulso a las primeras bases de una legislación fabril en el Imperio de los zares.

Si, de esta manera, el aspecto económico de la vida pública en Rusia mostraba a cada paso las disonancias de un período de transición, correspondía a él una crisis en la vida intelectual.

El socialismo ruso "populista" nacional, que teóricamente se basaba en las peculiaridades de la constitución agraria rusa, se encontró en quiebra política después del fracaso de su máxima expresión revolucionaria: el partido terrorista del Narodnaja Wolja. Por otra parte, los primeros escritos de Jorge Plejanov, que habían de dar entrada al marxismo en Rusia, no se publicaron hasta 1883 y 1885, i durante un decenio tuvieron, al parecer, escaso influjo. Durante los años 80 y principios de los 90, la vida espiritual de la intelectualidad rusa, particularmente de los oposicionistas, socialistas, se hallaba dominada por una extraña mezcla de restos "nacionales" del populismo con elementos sueltos de la doctrina de Marx; mezcla cuyo rasgo más sobresaliente era el escepticismo con respecto a las posibilidades de desarrollo del capitalismo en Rusia.

La cuestión de si Rusia había de seguir la evolución capitalista conforme al ejemplo de la Europa occidental, preocupó desde muy temprano a la intelectualidad rusa. Esta no vio al principio en la Europa occidental, más que los lados malos del capitalismo: su acción disolvente sobre las formas de producción patriarcales tradicionales, sobre el bienestar y la seguridad de la existencia de amplias masas de pueblo. De otro lado, parecía que la propiedad comunal rusa de la tierra, la famosa *obschtschine*, podría llegar a ser un posible punto de partida para un desarrollo social más elevado de Rusia, que, ahorrando el estadio capitalista con sus dolores, llegase por un camino más breve y menos doloroso que el recorrido por los países de la Europa occidental a la tierra prometida del socialismo. ¿Iba a perderse esa afortunada situación excepcional, esa ocasión única, aniquilando las formas de propiedad y producción campesinas por un trasplante forzado de la producción capitalista a Rusia bajo la protección del Estado, abriendo de par en par las puertas a la proletarización, a la miseria y a la inseguridad de la existencia de las clases trabajadoras? Este problema fundamental dominaba a la intelectualidad rusa desde la reforma agraria, e incluso antes, desde Herzen y sobre todo desde Chernichevski; constituía el eje central en torno al cual se había formado toda una concepción singular del mundo: la "populista". Esta corriente espiritual, manifestada en las diversas clases y tendencias (desde las doctrinas claramente reaccionarias de la eslavofobia hasta la teoría revolucionaria del partido terrorista) ha producido en Rusia una enorme literatura. Por un lado, fomentó la aparición de un abundante material de investigaciones acerca de las formas económicas de la vida rusa, particularmente sobre la "producción popular" y sus formas peculiares; sobre la agricultura de las comunidades campesinas, la industria doméstica campesina, el "artel", así como sobre la vida espiritual de los campesinos, sus sectas y otras manifestaciones análogas. Por otro lado, surgió una literatura peculiar como reflejo artístico de las circunstancias sociales contradictorias, en la que contendían lo antiguo y lo nuevo, y en la que a cada paso veíase el planteamiento de problemas difíciles. Finalmente, en los años 80 y 90 brotó de la misma raíz una original filosofía casera de la historia: el "método subjetivo en la sociología", que quería hacer del "pensamiento crítico" el factor decisivo de la evolución social, o, más exactamente, de la intelectualidad desarraigada de toda clase, el portador del progreso histórico y cuyos representantes fueron Peter Lawroff, Nicolay Michailowski, profesor Kareief, V. Woronzof.

De toda esta literatura "populista" tan amplia y ramificada, sólo nos interesa aquí un aspecto: la contienda de opiniones acerca de las posibilidades de la evolución capitalista en Rusia, y esto, tan sólo en cuanto se apoyaba sobre consideraciones generales, sobre las condiciones sociales de la forma de producción capitalista. Pues también estas consideraciones iban a desempeñar un gran papel en la literatura polémica rusa de los decenios noveno y último.

Se trataba, por lo pronto, del capitalismo ruso y sus posibilidades, pero el debate aquí originado pasó, naturalmente, a los problemas generales de la evolución del capitalismo: el ejemplo y las experiencias de Occidente desempeñaron entonces el papel más importante como material probatorio.

Un hecho tuvo importancia decisiva en el contenido teórico de la subsiguiente descripción: no sólo el análisis marxista de la producción capitalista, tal como se expresa en tomo I de *El Capital*, era ya el patrimonio común de la Rusia culta, sino que el tomo II del mismo, con el análisis de la reproducción del capital total, se había publicado ya en 1885. En adelante, el problema de las crisis no ocultaba, como en los casos anteriores, el verdadero eje de la discusión. Por primera vez pasó a convertirse en el punto central de la polémica la cuestión de la reproducción del capital total, de la acumulación pura. Tampoco el análisis se perdió ya en

tanteos en torno a los conceptos de renta y capital, capital individual y capital total. La polémica se alzaba sobre el firme andamiaje del esquema marxista de la reproducción total. Y, finalmente, no se trata esta vez de una polémica entre manchesterismo y reforma social, sino entre dos matices de socialismo. El escepticismo con respecto a la posibilidad de la evolución capitalista está representado en el espíritu de Sismondi, y en parte de Rodbertus, por el matiz pequeñoburgués confuso y "populista" de socialismo ruso, el cual, no obstante, apela con frecuencia a Marx; el optimismo, por la escuela marxista rusa. Se había producido, pues, una mudanza total de decoración.

De los dos representantes principales de la dirección "populista" uno de ellos, Woronzof, era conocido en Rusia principalmente bajo su seudónimo de escritor "V. W." (sus iniciales); era un tipo singular de santo que tenía ideas muy confusas de economía política y no podía ser tomado en serio como teórico. En cambio, el otro, Nicolai-on (Danielson), era un hombre de amplia cultura y conocía a fondo el marxismo; era el editor de la traducción rusa del tomo I de *El Capital*, amigo personal de Marx y Engels, con quienes mantenía activa correspondencia (impresa en ruso en 1908). Principalmente, Woronzof había ejercido, sin embargo, en los años 90, una gran influencia sobre la intelectualidad rusa y contra él tenía que dar la batalla, en primer lugar, el marxismo en Rusia. En la cuestión de las posibilidades generales de desarrollo del capitalismo que a nosotros nos interesan, ambos representantes del escepticismo por los años 90 se encontraron ante una serie de contradicciones. Una nueva generación de marxistas rusos, pertrechados en la experiencia histórica y el saber de la Europa occidental, entraron en la batalla al lado de Jorge Plejanov: el profesor Kablukof, el profesor Manuilof, el profesor Issaieff, el profesor Skworzof, Wladimir Ilich, Peter von Struve, Bulgakof, Tugan-Baranowski y otros. En lo sucesivo nos limitaremos principalmente a los tres últimos, ya que cada uno de ellos ha suministrado una crítica más o menos acabada de aquella teoría en el terreno que aquí nos interesa. Este torneo, que en parte fue brillante, mantuvo en tensión, hacia fines del siglo, a la intelectualidad socialista rusa y terminó con un triunfo indiscutible de la escuela marxista, inaugurando oficialmente el ingreso del marxismo como teoría económica en la ciencia rusa. El marxismo "legal" en ese entonces tomó públicamente posesión de la cátedra, de las revistas y del mercado económico de libros. De aquella pléyade de optimistas marxistas, diez años más tarde, cuando las posibilidades de desarrollo del capitalismo ruso mostraron su reverso optimista con el alzamiento revolucionario del proletariado, no se hallaba casi ninguna en el campo de proletariado.

CAPÍTULO XIX
El señor Woronzof y su "excedente"

Lo que condujo a los representantes de la teoría "populista" en Rusia al problema de la reproducción capitalista, fue el convencimiento de que el capitalismo no tenía futuro en Rusia, y ello a consecuencia de la falta de mercados. V. Woronzof había expuesto su doctrina a este respecto en la revista *Memorias patrióticas* y en otras revistas; en una serie de artículos que, reunidos en un libro, se publicaron en 1882 bajo el título *El destino del capitalismo en Rusia*; después, en un artículo del cuaderno de mayo de la misma revista bajo el título "El excedente en el aprovisionamiento del mercado con mercancías"; en el cuaderno de la revista *Pensamiento ruso* en 1889; en un artículo sobre "Militarismo y capitalismo" en 1893 en el libro *Nuestras corrientes*; finalmente, en 1895, en forma de libro, bajo el título *Elementos de la economía política teórica*. La actitud de Woronzof frente a la evolución capitalista en Rusia, no es fácil de comprender del todo. No está ni al lado de la teoría puramente eslavófila, que deducía de las "peculiaridades" de la estructura económica de Rusia y del particular "espíritu del pueblo" que el capitalismo era absurdo y nocivo para Rusia, ni de parte de los marxistas, que veían en la evolución capitalista una etapa histórica inevitable, que podría abrir también, para la sociedad rusa, el único camino transitable de progreso social. Por su parte, Woronzof sostenía que el capitalismo era completamente imposible en Rusia; que no tenía en ella arraigo ni porvenir. Según él era tan absurdo maldecirlo como desearlo, pues faltaban en Rusia las condiciones de vida de una evolución capitalista, por lo cual todos los esfuerzos unidos a los más grandes sacrificios para hacer que surgiese en Rusia el capitalismo, por obra del Estado, eran tiempo perdido. Pero si se considera la cosa más de cerca, Woronzof limita muy claramente esta afirmación por él sentada. Si no se piensa en la acumulación de la riqueza capitalista, sino en la proletarización capitalista de los pequeños productores, en la inseguridad de la existencia de los obreros, en las crisis periódicas, Woronzof no duda que todos estos fenómenos se presentarían en Rusia. Antes al contrario, declara expresamente en el prólogo a *El destino del capitalismo en Rusia*: "Al negar la posibilidad del dominio del capitalismo en Rusia como una forma de producción, nada digo sobre su porvenir como forma de explotación de las fuerzas del pueblo." Por tanto, Woronzof pensaba que el capitalismo no podía alcanzar en Rusia el grado de madurez que en Occidente, pero, en cambio, podía apreciarse en Rusia el proceso de separación de los productores inmediatos de los medios de producción. Y va más lejos Woronzof. No discute la posibilidad del desarrollo de formas de producción capitalistas en ciertas ramas de la industria rusa, y ni incluso siquiera la exportación capitalista de Rusia a los mercados extranjeros. Véase si no su artículo "El excedente en el aprovisionamiento del mercado", donde dice: "La producción capitalista se desarrolla muy aprisa [entiéndase en el sentido ruso de la palabra] en algunas ramas de la industria."[137] "Es muy posible que Rusia tenga, como otros países ciertas ventajas naturales, a consecuencia de las cuales pueda ser proveedor de determinados géneros de mercancías en mercados extranjeros; es muy posible que el capital se aproveche de esto y quiera tener en su poder las ramas de producción correspondientes, esto es, la división nacional del trabajo. Así facilitará a nuestro capitalismo la tarea de tomar posesión de ciertas ramas. Pero no se trata de eso ahora. No hablamos de la participación casual del capital y la organización industrial del país, sino que preguntamos si es verosímil que la producción total rusa pueda establecerse sobre base capitalista."[138]

En esta forma, el escepticismo del señor Woronzof adquiere una fisonomía bastante diferente de lo que pudiera creerse a primera vista. Duda acerca de si la forma de producción capitalista llegará a apoderarse alguna vez del total de la producción en Rusia. Pero a esto no ha llegado aún del todo en ningún país del mundo, ni siquiera en Inglaterra. Por consiguiente, semejante escepticismo respecto al porvenir del capitalismo ruso debiera considerarse, en primer término, en un sentido internacional. Y de hecho, la teoría de Woronzof en este punto se manifiesta en consideraciones generales sobre la naturaleza y condiciones de vida del capitalismo; se apoya en concepciones teóricas generales sobre el proceso de reproducción del capital total social. Woronzof formula, con toda claridad, la particular conexión de la forma de producción capitalista con la cuestión de los mercados: "La división nacional del trabajo, la distribución de

[137] *Memorias patrióticas*, 1883, página 4.
[138] *Memorias patrióticas*, 1883, página 4.

todas las ramas industriales entre los países que intervienen en el comercio mundial, nada tienen que ver con el capitalismo. El mercado que se forme de este modo, la demanda de productos de diversos países que resulta de semejante división del trabajo entre los pueblos, nada tiene de común, en su carácter, con el mercado que necesita la forma de producción capitalista. Los productos de la industria capitalista van al mercado con otro fin: no tocan la cuestión de si están satisfechas todas las necesidades del país; no necesitan sino suministrar incondicionalmente al empresario otro producto material que sirva para el consumo. Su fin principal es realizar la plusvalía escondida en ellos. ¿Pero qué plusvalía es ésta que interesa por sí misma a los capitalistas? Desde este particular punto de vista, la plusvalía mencionada es el exceso de la producción sobre el consumo en el interior del país. Todo obrero produce más de lo que consume y todos estos excedentes se reúnen en pocas manos; los poseedores de estos excedentes los consumen ellos mismos, sean cualesquiera los fines por virtud de los cuales los cambien dentro del país o en el extranjero contra los más diversos medios de subsistencia y objetos de lujo, pero por mucho que coman, beban y bailen, no consiguen dilapidar toda la plusvalía, queda un resto importante que no cambian por otro producto, sino que tienen que convertir en dinero. Como en el país no hay nadie a quien endosar todo esto, ha de exportarse al extranjero, y aquí tenemos la causa de que países de capitalización ascendente, no pueden vivir sin mercados extranjeros para sus productos."[139]

El lector tiene en la cita anterior, que traducimos literalmente, con todas las peculiaridades de la terminología de Woronzof, una muestra que le puede dar una idea del ingenioso teórico ruso, cuya lectura suministra los más deliciosos momentos.

Woronzof reunió más tarde (en 1895) estas mismas opiniones en su libro *Elementos de la economía teórica*. Woronzof polemiza contra las doctrinas Say-Ricardo, y muy especialmente también contra J. Stuart Mill, que niegan la posibilidad de una superproducción general. Al hacerlo descubre lo que nadie había percibido antes de él; halla la fuente de todos los extravíos de la escuela clásica con respecto a las crisis. Esta fuente está en la errónea teoría de los costos de producción profesada por la economía burguesa. Según él, desde el punto de vista de los costos de producción (que Woronzof supone sin beneficio, lo que tampoco había hecho nadie antes de él), no puede pensarse en explicar ni el beneficio del empresario, ni las crisis. Pero este original pensador merece ser gozado en sus propias palabras: "Conforme a la doctrina de la economía política burguesa, el valor del producto se halla determinado por el trabajo empleado en su elaboración." Pero después de dar esta determinación de valor, la olvida en seguida, y en todas las explicaciones siguientes de los fenómenos de cambio se apoya en otra teoría: en la que el trabajo se halla sustituido por los costos de producción. "Así, dos productos se cambian entre sí en cantidades tales que hay por ambas partes iguales costos de producción. Con semejante concepción del cambio no hay de hecho lugar alguno para un excedente de mercancías en el país. Un producto del trabajo anual de un trabajador aparece desde este punto de vista como representación de una cantidad de la materia de que está hecho, del desgaste de los instrumentos y de los productos que sirvieron para el sostenimiento del trabajador durante el período de producción y al parecer en el mercado tiene [sin duda "el producto", R. L.] la finalidad de modificar su forma de uso, de volver a transformarse en materia, en productos para los obreros y en el valor necesario para la renovación de los instrumentos, y tras este proceso de su descomposición, comenzará el proceso de su recomposición, el proceso de producción, durante el cual se consumen todos los valores enumerados, pero surge en cambio un nuevo producto que constituye un lazo de unión entre la producción pasada y la futura." A este intento singular de representarse la producción social como un proceso continuado desde el punto de vista de la teoría de los costos de producción, sigue, inesperadamente, la siguiente conclusión; "Si consideramos, pues, la masa total de los productos del país, no hallaremos ninguna mercancía sobrante que exceda a la demanda de la sociedad; el sobrante que no halla salida es, por tanto, imposible desde el punto de vista de la teoría del valor de la economía política burguesa." Una vez que Woronzof ha eliminado así (maltratando soberanamente a la "teoría burguesa del valor"), de los costos de producción el beneficio del capital, convierte esta omisión, inmediatamente después, en un magnífico descubrimiento: "Pero el análisis aducido descubre todavía otro rasgo en la teoría del valor dominante hasta hace poco; resulta que en el campo de esta teoría no hay espacio para el beneficio del capital." Sigue luego una demostración, desconcertante por su brevedad y sencillez: "En efecto, si mi producto, cuyos costos de producción se expresan con 5 rublos, se

[139] *Memorias patrióticas*, página 14.

cambia contra otro producto del mismo valor, lo percibido por mí sólo bastará para cubrir mis gastos, pero en cambio nada percibiré por mi *abstención* [literalmente, R. L.].” Y ahora Voronzof ha llegado a la raíz del problema:

“Resulta así, que sobre el terreno de un desarrollo rigurosamente lógico de las ideas de la economía política burguesa, el destino del sobrante de mercancías en el mercado y el destino del beneficio capitalista es el mismo. Esta circunstancia nos autoriza a sacar la conclusión de que ambos fenómenos se hallan en mutua dependencia; de que la posibilidad del uno está condicionada por la presencia del otro. Y, en efecto, mientras no hay beneficio, no hay tampoco excedente de mercancías. Pero otra cosa ocurre cuando en el país se forma beneficio del capital. Este no se halla en ninguna conexión orgánica con la producción; es un fenómeno que no está unido a la última por condiciones técnico-naturales, sino por su forma exterior, social. La producción sólo necesita para su prosecución materia prima, instrumentos, medios de subsistencia para los obreros, y, por eso, sólo consume la parte correspondiente de los productos; para el excedente, que forma el beneficio, y para el que en el elemento constante de la vida industrial [en la producción], no hay espacio, han de buscarse otros consumidores que no estén ligados orgánicamente a la producción, consumidores, hasta cierto punto, de carácter ocasional. Puede hallar [el excedente] tales consumidores, pero también es posible que no los halle en la medida requerida y, en este caso, tendremos un excedente de mercancías en el mercado.”[140] Muy satisfecho con esta “sencilla” explicación, por virtud de la cual ha convertido al plusproducto en una invención del capital, y a los capitalistas en consumidores “casuales”, no ligados “orgánicamente” a la producción capitalista, Woronzof explica las crisis, directamente, por la plusvalía, sobre la base de la teoría del valor “consecuente” de Marx, que conforme a su declaración ha “utilizado”, en lo que sigue, del siguiente modo:

“Si lo que entra en los costos de producción en forma de salario es consumido por la parte trabajadora de la población, la plusvalía, exceptuada la parte destinada a la ampliación de la producción exigida por el mercado, es consumida por los capitalistas mismos [literalmente, R. L.]. Si están en situación de hacerlo y lo hacen, no habrá excedente alguno de mercancías; en el caso contrario, sobrevendrán superproducción, crisis industrial, expulsión de los obreros de las fábricas y demás males.” Pero lo que en último término tiene la culpa de estos males es, según el señor Woronzof, “la insuficiente elasticidad del organismo humano, que no puede ampliar su capacidad de consumo con la rapidez con que crece la plusvalía”. Repetidas veces formula este pensamiento genial en las siguientes palabras: “Así, pues, el talón de Aquiles de la organización industrial capitalista reside en la incapacidad del empresario para consumir toda su renta.”

Por consiguiente, después de haber “utilizado” la teoría del valor de Ricardo en la forma “consecuente” de Marx, Woronzof llega a la teoría sismondiana de las crisis, de la cual se apropia, además, en la forma más grosera y simplista. Pero mientras repite la concepción de Sismondi, cree natural aceptar la de Rodbertus: “El método inductivo de investigación ha conducido a la misma teoría de las crisis y el pauperismo, formulada objetivamente por Rodbertus”,[141] declara triunfalmente. Lo que Woronzof comprende por “métodos inductivos de investigación” que contrapone a los “objetivos”, no es del todo claro, pero es posible que se trate de la teoría de Marx, ya que en el señor Woronzof todo es posible. Pero tampoco Rodbertus sale sin corrección de manos del original pensador ruso. La corrección que hace a su teoría se reduce a eliminar lo que en Rodbertus constituiría el punto central de todo el sistema: la fijación de la cuota del salario con proporción al valor del producto total. Según el señor Woronzof, esta medida contra las crisis es un paliativo, pues “la causa inmediata de los fenómenos mencionados (sobreproducción, paro, etc.), no está en que la participación de las clases trabajadoras en la renta nacional sea demasiado pequeña, sino en que la clase capitalista no está en situación de consumir anualmente la masa de productos que le toca”.[142] Pero a raíz de haber rechazado la reforma propuesta por Rodbertus de la distribución de la renta, desemboca Woronzof, finalmente, en la “rigurosa consecuencia lógica” que le es propia.

“Si después de todo lo dicho, la organización industrial que reina en la Europa occidental ha de continuar floreciendo y prosperando, será sólo a condición que se encuentren medios para

[140] *Elementos de economía política teórica*, Petersburgo, 1895, páginas 157 y siguientes.
[141] *Militarismo y capitalismo. Pensamiento ruso*, 1889, Tomo IX, página 78.
[142] *Ibídem*, página 80.

aniquilar [literalmente, R. L.] aquella parte de la renta nacional que excede a la capacidad de consumo de la clase capitalistas y que, sin embargo, cae en sus manos. La solución más sencilla de esta cuestión sería una modificación correspondiente de la distribución de la renta nacional entre los copartícipes de la producción. El régimen capitalista se habría asegurado larga vida si los empresarios sólo se reservasen lo que necesitan para la satisfacción de todas sus ocurrencias y caprichos, dejando el resto de todo incremento de la renta nacional a la clase obrera, esto es, a la masa de la población."[143] Así, la ensalada formada con Ricardo, Marx, Sismondi y Rodbertus, acaba en el descubrimiento de que la producción capitalista quedaría radicalmente curada de la sobreproducción y sería "florecer y prosperar" por toda la eternidad, si los capitalistas renunciasen a la capitalización de la plusvalía e hiciesen a los obreros donativos de la parte correspondiente de ella. Entretanto, mientras los capitalistas se hacen lo bastante razonables para seguir el buen consejo del señor Woronzof, recurren a otros medios para "aniquilar" anualmente una parte de su plusvalía. A estos medios probados pertenece, entre otros, el moderno capitalismo, y ello, ya que el señor Woronzof sabe invertirlo todo con seguridad mortal, justamente en la medida en que los costos del militarismo salgan, no de los medios de la clase popular obrera, sino de la renta de la clase capitalista. Pero, en primer lugar, el medio de salvación del capitalismo consiste en el *comercio exterior*. Y aquí tenemos el "talón de Aquiles" del capitalismo ruso. Llegado el último a la mesa del mercado mundial, no puede alternar en la competencia con los países capitalistas occidentales más antiguos, y, así, el capitalismo ruso pierde, con la posibilidad de mercados extranjeros, la condición más importante para su vida. Rusia sigue siendo el "reino de los campesinos" y de la "producción popular".

"Si todo esto es exacto [así termina V. W. su artículo acerca de "El excedente en el aprovisionamiento del mercado con mercancías"] resultan de aquí también los límites para la implantación del capitalismo en Rusia: la agricultura no puede confiarse a su dirección; al mismo tiempo, en el campo de la industria, su desarrollo no ha de ser demasiado aniquilador para la industria doméstica, que dadas nuestras condiciones climáticas (!), es indispensable para el bienestar de una gran parte de la población. Si ante esto, el lector objetase que el capitalismo no se avendrá a contraer tales compromisos, responderemos: tanto peor para él." Así, el señor Woronzof se lava al final las manos y rechaza toda responsabilidad personal con respecto a los destinos interiores de la evolución económica rusa.

[143] *Militarismo y capitalismo. Pensamiento ruso*, página 83.

CAPÍTULO XX
Nikolai-on

Con muy distinta formación económica y mayor conocimiento de la materia procede el segundo teórico de la crítica “populista”, Nikolai-on. Era éste uno de los conocedores más profundos de la situación económica rusa, y ya en 1880 había llamado la atención por su trabajo sobre la capitalización de la renta agrícola (en la revista *Eslovo*). Trece años más tarde, estimulado por la gran miseria rusa del año 1891, dio a luz un libro bajo el título *Bosquejo de nuestra economía social desde la reforma*, en el que prosigue aquella primera investigación y, sobre la base de un cuadro de amplias proporciones, fundado en un abundante material de hechos y cifras referentes a la evolución del capitalismo en Rusia, trata de demostrar que esta evolución fue la causa de todos los males del pueblo ruso y también del hambre de la época. Nikolai-on basa sus ideas sobre los destinos del capitalismo en Rusia en una teoría determinada relativa a las condiciones de desarrollo de la producción capitalista en general, y esta teoría es, justamente, la que tiene interés para nosotros.

Para la economía capitalista, el mercado es de importancia decisiva. Toda nación capitalista trata, por ello, de asegurarse el mercado más amplio posible para sus productos. Para conseguirlo recurre, como es natural, ante todo, a su propio mercado interior. Pero llegada a una cierta altura de la evolución, una nación capitalista no puede conformarse con el mercado interior, y ello por las siguientes razones: todo el producto anual nuevo del trabajo social puede dividirse en dos partes: una, que los obreros reciben en sus salarios, y otra, que los capitalistas se apropian. La primera parte sólo es capaz de retirar de la circulación una cantidad de medios de subsistencia, cuyo valor corresponde a la suma de los salarios pagados en el país. Pero la economía capitalista tiene la tendencia declarada a rebajar, cada vez más, esta parte. Los métodos de que para ello se sirve son: prolongación de la jornada de trabajo, aumento de la intensidad del trabajo, aumento de su productividad por medio de perfeccionamientos técnicos que hacen posible sustituir por mujeres y niños a los hombres y expulsar, en parte, completamente del trabajo a los obreros adultos. Aunque los salarios de los demás obreros ocupados aumenten, el aumento no será nunca igual al importe de los ahorros que los capitalistas obtienen por aquella transformación. De todo ello resulta que el poder de la clase obrera como compradora en los mercados interiores es cada vez menor. Paralelamente, se realiza otro proceso: la producción capitalista se va apoderando, paso a paso, de las industrias que eran, para la población agrícola, una ocupación suplementaria, y de este modo priva a los campesinos de una fuente de adquisición tras otra. De esta manera, el poder de compra de la población campesina frente a los productos de la industria disminuye cada vez más, contrayéndose también al mismo tiempo, cada vez más, el mercado interior. Pero si ahora examinamos la participación de la clase capitalista, resultará que ésta tampoco puede consumir todo el nuevo producto. Por grandes que puedan ser las necesidades de consumo de esta clase, no puede consumir personalmente todo el plusproducto anual, primeramente porque una parte de él ha de dedicarse al aumento de la producción, a las mejoras técnicas a que todo empresario se ve forzado por la concurrencia; en segundo lugar, porque con el incremento de la producción capitalista crecen también aquellas ramas dedicadas a elaborar medios de producción, como la minería, la fabricación de máquinas, etc., y cuyo producto excluye, de antemano, por su constitución de uso, el consumo personal y lo hace funcionar como capital, y en tercer lugar, porque la mayor productividad del trabajo y el mayor ahorro de capital que pueden lograrse en la producción en serie de mercancías baratas, se encamina, justamente, cada vez en mayor escala, hacia la fabricación de aquellos productos destinados a las masas, y no pueden ser consumidos por un puñado de capitalistas.

Ahora bien, aunque la plusvalía de un capitalista puede ser realizada en el plusproducto de otros capitalistas y a la inversa, sólo se refiere a productos de una rama determinada, de la producción de medios de subsistencia. Pero el motivo fundamental de la producción capitalista no es la satisfacción de las necesidades personales de consumo. Esto se manifiesta también en que la producción de medios de subsistencia pierde cada vez más terreno frente a la producción de medios de producción. “De este modo, vemos cómo el producto de cada fábrica sobrepuja con exceso a las necesidades de los obreros ocupados en ella y de las del mismo

empresario con respecto a este producto; asimismo, el producto total de una nación capitalista sobrepuja con creces las necesidades de la totalidad de la población industrial ocupada, y la sobrepuja precisamente porque la nación es capitalista, porque la distribución social de sus fuerzas no se encamina a la satisfacción de las necesidades reales de la población, sino simplemente a la satisfacción de necesidades con capacidad de pago. Así, pues, del mismo modo que un fabricante individual no podría existir ni un día como capitalista si su mercado estuviera limitado a las necesidades de sus obreros y a las suyas personales, tampoco una nación desarrollada con economía capitalista puede conformarse con su propio mercado interior."

Así, pues, la evolución capitalista tiene la tendencia a ponerse obstáculos a sí misma, a partir de cierta altura. Estos obstáculos proceden, en último término, de que la productividad progresiva del trabajo, por virtud de la separación que existe entre los productores inmediatos y los medios de producción, no beneficia a toda la sociedad, sino únicamente a algunos empresarios, mientras la masa de fuerzas de trabajo y jornadas de trabajo "liberadas por este proceso", quedan sobrantes, y no sólo resultan pérdidas para la sociedad, sino que, incluso, significan un peso para ella. Las necesidades reales de las masas populares sólo pueden ser mejor satisfechas implantando la forma de producción "populista" basada en la unión de los productores con los medios de producción. Pero el capitalismo tiene la aspiración de apoderarse justamente de estas esferas de producción, destruyendo así el factor principal de su propia prosperidad. Así, por ejemplo, las hambres periódicas de la India que se producían cada diez u once años, eran una de las causas de la periodicidad de las crisis industriales en Inglaterra. En esta contradicción cae, más tarde o más temprano, toda nación que ha entrado en el camino de la evolución capitalista, pues ella va implícita en esta forma de producción. Por otra parte, cuanto más tarde entra una nación en el camino del capitalismo, tanto más intensa será la contradicción, pues una vez aprovisionado el mercado interior, no puede hallar sustitución en el exterior, ya que de éste se han adueñado ya países competidores más antiguos.

De todo esto se sigue que los límites del capitalismo están dados por la pobreza creciente que determina su propia evolución; por el aumento de obreros sobrantes que no poseen ningún poder de compra. A la productividad creciente del trabajo que satisface con extraordinaria rapidez toda necesidad con capacidad de pago de la sociedad, corresponde un aumento de masas populares cada vez más incapaces de satisfacer sus necesidades más apremiantes; el exceso de mercancías que no hallan salida en el mercado; el espectáculo de masas numerosas que carecen de lo necesario.

Estas son las opiniones generales de Nikolai-on.[144] Se ve que Nicolai-on conoce a Marx y ha aprovechado los dos primeros tomos de *El Capital*. Y, no obstante, toda su argumentación es genuinamente sismondiana: el capitalismo conduce a la contracción del mercado interior por el empobrecimiento de las masas, todas las desdichas de la moderna sociedad vienen de la destrucción de la forma de producción "populista", es decir, de la pequeña industria, tales son sus temas preferidos. Incluso el elogio de la pequeña industria salvadora, se manifiesta como lo fundamental, más claro aún en la crítica de Nikolai-on que en la de Sismondi.[145] En último término, la venta total del producto capitalista en el interior de la sociedad, es imposible; sólo puede lograrse gracias a los mercados exteriores. Aquí Nikolai-on llega, a pesar de haber partido de puntos de vista teóricos completamente distintos, al mismo resultado que Woronzof; resultado cuya moral aplicada a Rusia constituye la fundamentación económica del escepticismo con relación al capitalismo. En Rusia, la evolución capitalista, que tiene cortados de antemano los mercados exteriores, no ha tenido más que inconvenientes, sólo ha producido el empobrecimiento de las masas populares, y por ello, favorecer el capitalismo en Rusia, fue un "error" fatal.

Llegado aquí, Nikolai-on clama como un profeta del Antiguo Testamento: "En vez de mantenernos fieles a los siglos de antiguas tradiciones; en vez de desarrollar el principio heredado de la unión sólida entre los productores inmediatos y los medios de producción; en

---

[144] *Bosquejo de nuestra economía social*, especialmente páginas 202-205, 338-341.

[145] La visible semejanza entre la posición del "populista" ruso y la concepción de Sismondi la ha puesto de manifiesto en detalle Wladimir Illich, 18797, en un artículo titulado "Características del romanticismo económico".

vez de aprovechar los progresos de la ciencia occidental europea para aplicarlos a formas de producción que descansen en la posesión de los medios de producción por los campesinos; en vez de elevar la productividad de su trabajo por la concentración de los medios de producción en sus manos; en vez de aprovecharnos, no de la forma europea occidental de la producción, pero sí de su organización, de su fuerte cooperación, de su división del trabajo, de sus máquinas, etc.; en vez de desarrollar el principio básico de la propiedad territorial campesina y aplicarlo al cultivo del suelo por los campesinos; en vez de abrir, para este fin, a la clase campesina las puertas que conducen a la ciencia y su aplicación; en lugar de todo esto, hemos seguido el camino opuesto. No sólo no hemos impedido el desarrollo de las formas capitalistas de producción, a pesar de que se basan en la expropiación del campesino, sino que, a la inversa, hemos favorecido con todas nuestras fuerzas el trastorno de toda nuestra vida económica, que ha conducido al hambre del año 1871." Según él, el daño es ya grande, pero aún no es tarde para rectificarlo. Por el contrario, ante la proletarización y desmoronamiento que amenaza, una reforma total de la política económica es para Rusia tan urgentemente necesaria como lo fueron, en su época, las reformas de Alejandro después de la guerra de Crimea. La reforma social que Nikolai-on recomienda es totalmente utópica y pone de manifiesto, mucho más crudamente que la de Sismondi, el aspecto pequeño burgués y reaccionario de la concepción, tanto más cuanto que el "populista" ruso escribe setenta años más tarde. En su opinión, la única tabla de salvación de Rusia ante la inundación capitalista, es la antigua *obschtschina*, la comunidad rural sobre la base de la posesión en común de la tierra. A ésta debieran aplicarse (por medidas que Nikolai-on ha mantenido en secreto) los resultados de la moderna gran industria y de la moderna técnica científica, para que pudiera servir de base a una forma de producción "socializada" más elevada. A Rusia no le queda más opción que esta alternativa: o renunciar a la evolución capitalista o perecer.[146]

[146] *Bosquejo de nuestra economía social*, páginas 322 y siguientes. No así enjuiciaba Engels la situación de Rusia. Repetidas veces trató de hacer ver a Nikolai-on que para Rusia la evolución industrial era inevitable, y que los males de Rusia no eran más que las contradicciones típicas del capitalismo. Así, el 22 de septiembre de 1892 escribe: "Así, pues, sostengo que la producción industrial, actualmente, significa, en absoluto, gran industria con aplicación de vapor, electricidad, husos y telares mecánicos y, finalmente, fabricación con maquinaria de las máquinas mismas. Desde el momento en que Rusia introdujo los ferrocarriles, la introducción de los medios de producción más modernos era una cosa resuelta de antemano. Tenéis que hallaros en condiciones de reparar y mejorar vuestras propias locomotoras, vagones, ferrocarriles, etc.; pero para hacer esto barato, tenéis que estar en condiciones de construir también en casa todas aquellas cosas que necesitáis reparar. Desde el momento en que la técnica de guerra se ha convertido en una de las ramas de la gran industria (acorazados, artillería moderna, ametralladoras y fusiles de repetición, balas blindadas, pólvora sin humo, etc.), la gran industria, sin la que no pueden producirse todas esas cosas, es para los otros una necesidad política. Todas estas cosas no pueden producirse sin una industria metalúrgica bien desarrollada, y ésta no puede llegar a estarlo sin un desarrollo correspondiente de las demás ramas industriales, particularmente de la industria textil."

Y en la misma carta decía, más adelante: "Mientras la industria rusa sólo esté atenida a su propio mercado interior, sus productos sólo podrán cubrir esa demanda. Así, crecerá muy lentamente y me parece incluso que, dadas las condiciones actuales de la vida rusa, más bien habrá de disminuir. Pues una de las consecuencias inevitables del desarrollo de la gran industria es precisamente el destruir su propio mercado interior por medio del mismo proceso con que lo ha creado. Lo crea, destrozando la base de la industria doméstica campesina. Pero los campesinos no pueden vivir sin la industria doméstica Y se ven arruinados como campesinos; su poder de compra se limita al mínimo y hasta que arraigan como proletarios en nuevas condiciones de vida, sólo constituyen un mercado extremadamente reducido para las fábricas y talleres de nueva creación."

"La producción capitalista es una fase económica de transición llena de contradicciones internas que sólo se desarrollan y se hacen perceptibles en el transcurso de su propia evolución. Esta tendencia a crearse el mercado y anularlo al mismo tiempo, es justamente una de tales contradicciones. Otra contradicción es la "situación sin salida" a que conduce, y que en un país sin mercado exterior como Rusia, sobreviene antes que en países que se hallan más o menos capacitados para competir en el mercado mundial. Sin embargo, en estos últimos países esta situación, en apariencia sin salida se remedia con las medidas heroicas de la política comercial; esto es, en la apertura violenta de nuevos mercados. El último mercado nuevo que se ha abierto de este modo al comercio inglés y que se ha manifestado apto para animar temporalmente dicho comercio es China. Por eso el capital inglés insiste tanto en la construcción de ferrocarriles en China. Pero los ferrocarriles chinos significan la destrucción de toda la base de la pequeña industria rural china y de la industria moderna; aquí este mal ni siquiera es compensado en cierta medida por el desarrollo de una gran industria propia, y cientos de millones se hundirán en la miseria. La consecuencia será una emigración en masa como el mundo no ha visto todavía y que inundará, con los odiados chinos, América, África, Asia y Europa. Este nuevo competidor del trabajo hará competencia al trabajo americano, australiano y europeo sobre la base del concepto chino de un nivel de vida

Nikolai-on llega, pues, tras una crítica acerba del capitalismo al mismo remedio universal del "populismo" que ya por los años 50 (entonces, ciertamente, con mayor razón) es ensalzado como un hallazgo "específico ruso" de la evolución social superior, cuyo carácter reaccionario es denunciado por Engels en 1875 en un artículo del *Volksstaats* titulado "Literatura de fugitivos", como una supervivencia inútil de instituciones antiquísimas. "El desarrollo de la burguesía en Rusia [escribe Engels por entonces] arruinaría gradualmente la propiedad comunal sin necesidad de que el gobierno ruso intervenga con "bayonetas y knuts". [como se figuraban los populistas revolucionarios. R. L.] Bajo la presión de diversos impuestos, la propiedad común de la tierra deja de ser un beneficio y se convierte en una cadena. Los campesinos huyen de ella con frecuencia, con sus familias o sin ellas, para subsistir como obreros y abandonan su tierra. Se ve que la propiedad comunal en Rusia ha dejado atrás, hace mucho tiempo, su florecimiento y, según todas las apariencias, camina rápidamente a su disolución." Con estas palabras Engels había puesto el dedo en la llaga en la cuestión de la *obschtschina*, dieciocho años antes del escrito principal de Nikolai-on. El que Nikolai-on tuviese valor para evocar el mismo espectro, era un anacronismo histórico, tanto mayor, cuanto que un decenio más tarde el Estado enterró oficialmente la *obschtschina*. El gobierno absolutista que durante medio siglo había tratado de sostener oficialmente, con toda su fuerza, para fines fiscales, el aparato de la comunidad rural campesina, se vio forzado a abandonar este trabajo de Sísifo. Pronto se vio claramente en la cuestión agraria el factor más potente de la revolución rusa. Hasta tal punto se había disipado, por la marcha real económica de las cosas, la antigua ilusión de los "populistas" y, en cambio, con qué potencia manifestaba su vitalidad y su labor fructífera el desarrollo capitalista de Rusia, al que consideraban como incapaz de vida y al que maldecían. Este curso de las cosas había de mostrar, de nuevo y por última vez, en un medio histórico completamente distinto, que una crítica social del capitalismo, que teóricamente parte de la duda sobre su capacidad de desarrollo, acaba con lógica fatal en una utopía reaccionaria, tanto en 1819 en Francia, como en 1842 en Alemania y en 1893 en Rusia.[147]

---

satisfactorio, y, como es sabido, el nivel de vida chino es el más bajo de cuantos existen en el mundo. Ahora bien, si el sistema de producción europeo no ha sido revolucionado hasta entonces, en ese momento será necesario iniciar la transformación." (Cartas de Carlos Marx y Federico Engels a Nikolai-on.) A pesar de que Engels seguía, como se ve, atentamente la marcha de las cosas en Rusia y manifestaba el mayor interés por ellas, rechazaba toda intervención en la polémica rusa. Acerca de ello dice en su carta del 24 de noviembre de 1894, esto es, poco antes de su muerte:

"Mis amigos rusos me instan casi diaria y semanalmente con ruegos para que intervenga contra las revistas y libros rusos en las que las palabras de nuestro autor [así se llamaba a Marx en la correspondencia. R. L.] no sólo se interpretan falsamente, sino que se reproducen con inexactitud; al mismo tiempo, estos amigos aseguran que mi intervención bastaría para poner en orden las cosas. Pero yo rechazo constante e inmutablemente tales proposiciones, pues no puedo mezclarme (sin abandonar mi trabajo propio y serio) en una polémica que tiene lugar en un país lejano, en un idioma, que, en todo caso, no puedo leer como las lenguas europeas occidentales, y en una literatura de la que, en el mejor caso, sólo conozco fragmentos aislados. sin hallarme en situación de seguir la polémica, sistemática y exactamente, en sus diversas fases. En todas partes hay gentes, que cuando han tomado una posición determinada, no tienen inconveniente en recurrir a la caricatura de pensamientos ajenos y a todo género de manipulaciones deshonrosas para defenderla; y si esto ha ocurrido con relación a nuestro autor, temo que tampoco se me trate mejor a mí y se me obligue de ese modo a intervenir en la polémica, primero para defender a otros y después a mí mismo."

[147] Por lo demás, los defensores supervivientes del pesimismo populista, particularmente Woronzof. se mantuvieron fieles a su concepción, no obstante todo lo que, entretanto, había pasado en Rusia. Este hecho dice más en favor de su tozudez que de su inteligencia. En el año 1902 escribe el Sr. V. W. refiriéndose a la crisis de los años 1900-1902: "La doctrina dogmática del neomarxismo perdió pronto su influencia sobre los espíritus y la falta de arraigo de los últimos éxitos del individualismo se puso en claro, incluso para sus apologistas oficiales… En el primer decenio del siglo XX volvemos, pues, a la misma concepción del desarrollo económico de Rusia que la generaci6n del año 70 del siglo pasado legó a sus sucesores." (Véase la revista *La economía actual de Rusia*, 1890 a 1910. Petersburgo 1911, página 2) Por consiguiente, en vez de culpar a la falta de "arraigo" de sus propias teorías, los últimos mohicanos del populismo siguen culpando aún hoy a "la falta de arraigo…" de la realidad económica; he aquí una refutaci6n viva de la frase de Berère: *il n'y a que les morts qui ne revienent pas*.

CAPÍTULO XXI
Las “terceras personas” y los tres imperios mundiales de Struve

Vamos a ocuparnos ahora de la crítica que de las anteriores opiniones han hecho los marxistas rusos.

Struve, que en 1894 había publicado en la *Hoja central político-social* (año 3, número 1) bajo el título “Sobre la apreciación del desarrollo capitalista de Rusia”, un estudio detenido del libro de Nikolai-on, publicó en 1894 en lengua rusa un libro, *Notas críticas acerca de la cuestión del desarrollo económico de Rusia*, en el cual somete a una crítica que abarca varios aspectos las teorías “populistas”. Pero en la cuestión que aquí nos preocupa, Struve se limita a demostrar, tanto frente a Woronzof como a Nikolai-on, que el capitalismo no reduce, sino que, al contrario, amplía su mercado interior. El error de Nikolai-on, que éste había tomado de Sismondi, es, en efecto, patente. Ambos se limitaban a describir el aspecto del proceso de la destrucción de las formas de producción tradicionales de la pequeña industria por el capitalismo. Sólo veían la depresión del bienestar que de aquí resultaba, el empobrecimiento de amplias capas productoras. No advertían lo que significa el otro aspecto del proceso económico: la abolición de la economía natural y su sustitución por la economía de mercado en el campo. Pero esto significa que el capitalismo incluye en su esfera cada vez más círculos de productores antes independientes; que a cada paso transforma en compradoras de sus mercancías nuevas capas que antes no lo eran. Así, pues, la marcha de la evolución capitalista es, justamente, contraria de la que imaginaban los “populistas” conformándose al modelo de Sismondi: el capitalismo no aniquila su mercado interior, sino que primeramente lo crea por la difusión de la economía del dinero.

En lo que atañe especialmente a la teoría de Woronzof, según la cual la plusvalía no es realizable en el mercado interior, Struve la refuta del siguiente modo: “La base de la teoría de Woronzof consiste en que una sociedad capitalista desarrollada se compone únicamente de empresarios y obreros. Nikolai-on opera igualmente todo el tiempo con este principio. Desde este punto de vista, no puede, en efecto, comprenderse la realización del producto total capitalista. La teoría de Woronzof es exacta en cuanto “demuestra el hecho de que la plusvalía no puede ser realizada ni por el consumo de los capitalistas ni por el de los obreros, sino que presupone el consumo de “terceras personas”.”[148] Pero frente a esto hay que afirmar, que en toda sociedad capitalista existen tales “terceras personas”. El razonamiento de Woronzof y Nikolai-on no es más que una ficción “que no puede hacernos adelantar un paso en la comprensión de ningún proceso histórico”.[149] No hay ninguna sociedad capitalista, por desarrollada que esté, que se componga exclusivamente de empresarios y obreros. “Incluso en Inglaterra y Gales, de 1.000 habitantes que trabajan, corresponden 545 a la industria, 172 al comercio, 140 a la agricultura, 81 a trabajos asalariados indeterminados y variables y 72 a funcionarios del Estado, profesiones liberales, etcétera.” Por consiguiente, incluso en Inglaterra hay masas de “terceras personas”, y éstas son las que, con su consumo, ayudan a realizar la plusvalía en la parte que no es consumida por los patronos. Struve deja abierta la cuestión de si el consumo de las “terceras personas” es suficiente para la realización de toda la plusvalía, diciendo, que en todo caso “habría que demostrar primero lo contrario”.[150] “Con referencia a Rusia, que es un gran país con una enorme población, seguramente no puede probarse. Rusia se halla precisamente en la feliz situación de poder pasarse sin mercados exteriores, favorecida en esto [aquí Struve toma prestado del acopio de ideas de los profesores Wagner, Schaffle y Schmoller] por el mismo destino que los Estados Unidos de Norteamérica. Si el ejemplo de la Unión Norteamericana prueba algo, es el hecho de que, en ciertas condiciones, la industria capitalista puede alcanzar un gran desarrollo apoyándose, casi exclusivamente, en el mercado interior.”[151] Esta afirmación se ilustra aduciendo la escasa exportación industrial de

[148] *Notas críticas acerca de la cuestión del desarrollo económico de Rusia*, página 251.
[149] *Ibídem*, página 255.
[150] *Ibídem*, página 252.
[151] *Ibídem*, página 260. “Struve no tiene razón, decididamente, al comparar la situación de Rusia con la de los Estados Unidos para refutar lo que llama su visión pesimista del porvenir. Dice que las malas consecuencias de la moderna evolución capitalista en Rusia, se salvarán con la misma facilidad que en

los Estados Unidos en el año 1882. Como tesis general formula Struve el aserto: "Cuanto mayor sea el territorio y más numerosa la población de un país, tanto menos necesitará del mercado exterior para su desarrollo capitalista." De este punto de vista deduce (a la inversa que los "populistas") un porvenir más brillante para el capitalismo en Rusia que en otros países. "El desarrollo progresivo de la agricultura sobre la base de la producción de mercancías, tiene que crear un mercado en el que se apoyará el desarrollo del capitalismo industrial ruso. Este mercado puede crecer indefinidamente a medida que progrese la elevación económica y cultural del país, y venga con ella la eliminación de la economía natural. En este aspecto, el capitalismo se encuentra en Rusia en condiciones más favorables que en otros países."[152] Y Struve describe, con todo detalle, un cuadro magnífico de la apertura de nuevos mercados: en Siberia, gracias al ferrocarril transiberiano; en el Asia central, en el Asia Menor, en Persia, en los países balcánicos. En el ardor de sus profecías, Struve no se ha dado cuenta que ha pasado del mercado interior "que crece indefinidamente" a mercados exteriores perfectamente definidos. Pocos años después, se colocaba políticamente al lado de este capitalismo ruso esperanzado, cuyo programa liberal de expansión imperialista había fundamentado ya, como "marxista".

La argumentación de Struve sólo respira, en efecto, un fuerte optimismo con respecto a la capacidad ilimitada de desarrollo de la producción capitalista. En cambio, la fundamentación de este optimismo es bastante floja. Los principales sostenes de la acumulación son, para Struve, las "terceras personas". No ha expuesto con suficiente claridad qué entiende por terceras personas, pero sus referencias a las estadísticas de profesiones inglesas muestra que se refiere a los funcionarios privados y públicos, a las profesiones liberales; en suma, al famoso "gran público" al que suelen aludir los economistas vulgares burgueses con gesto vago, cuando no saben por dónde salir, y que fue definido por Marx, quien dijo que había prestado a los economistas "el servicio de explicarles cosas para las que ellos no encontraban ninguna explicación". Es claro que cuando se habla del consumo de los capitalistas y de los obreros en sentido categórico, no se piensa en los empresarios como personas individuales, sino en la clase capitalista en conjunto, con sus anejos de empleados, funcionarios públicos, profesiones liberales, etc. Todas estas "terceras personas" que, en efecto, no faltan en ninguna sociedad capitalista, son, en su mayoría, copartícipes de la plusvalía, cuando no se manifiestan copartícipes del salario. Estas capas sólo pueden obtener sus medios de compra: o del salario del proletario, o de la plusvalía, o de ambas cosas a la vez; pero, en conjunto, han de ser consideradas como copartícipes en el consumo de la plusvalía. Por ello, su consumo está incluido en el consumo de la clase capitalista, y si Struve los hace volver a la escena por una puerta trasera y los presenta al capitalista como "terceras personas" para sacarle del apuro y ayudarle a realizar la plusvalía, el beneficiario avisado reconocerá, a primera vista, en este "gran público" a la mesnada de parásitos que le sacan primero el dinero del bolsillo, para comprar después con este dinero sus mercancías. Nada puede hacerse, por consiguiente, con las "terceras personas" de Struve.

Igualmente insostenible es su teoría del mercado exterior y su significación para la producción capitalista. Struve sigue aquí estrictamente a los "populistas" en su concepción mecánica conforme a la cual un país capitalista, con arreglo al esquema de un manual de profesor, esquilma, primero, lo mejor que puede, el "mercado interior" para buscar luego, cuando éste está agotado o casi agotado, mercados exteriores. Partiendo de aquí, Struve camina siguiendo las huellas de Wagner, Schiiffle y Schmoller, y llega a la conclusión que un país con "gran territorio" y mucha población puede constituir, en su producción capitalista un "todo cerrado", y

---

los Estados Unidos. Pero olvida que los Estados Unidos constituyeron, desde el comienzo, un nuevo Estado burgués; que fueron fundados por pequeños burgueses y campesinos que habían huido del feudalismo europeo para formar una sociedad burguesa pura. Por el contrario, en Rusia tenemos una base de estructura comunista primitiva, una sociedad gentilicia anterior, por decirlo así, a la civilización, que ciertamente está ahora en ruinas, pero que, no obstante, sirve de base sobre la que opera y actúa la revolución capitalista (pues ésta es de hecho una revolución social). En América la economía monetaria se ha estabilizado totalmente hace más de un siglo, mientras que en Rusia la economía natural hasta hace poco era casi una regla general sin excepción. Por eso, todo el mundo debe ver claro que la revolución indicada, habrá de tener en Rusia un carácter mucho más duro y violento que en América y habrá de ir acompañada de sufrimientos incomparablemente mayores." (Carta de Engels a Nikolai-on, 17 de octubre, 1893)

[152] *Notas críticas acerca de la cuestión del desarrollo económico de Rusia*, página 284.

bastarse a sí mismo por un "tiempo indeterminado" con el mercado interior solo.[153] La producción capitalista es, de hecho, desde el comienzo una producción mundial, y a la inversa de la receta pedante de la sabiduría de los catedráticos alemanes, empieza a producir ya desde su infancia para el mercado mundial. Sus principales ramas como la industria textil, la industria metalúrgica y del carbón en Inglaterra buscaron mercados en todos los países del mundo cuando todavía no se había terminado, ni con mucho, en el interior, el proceso de descomposición de la propiedad campesina, la ruina del oficio y de la antigua producción doméstica. Váyase, por ejemplo, a la industria química alemana y a la electrotécnica alemana con el consejo de que en vez de trabajar, como en efecto lo han hecho desde su aparición, para las cinco partes del mundo, débense limitar, por ahora, al mercado interior alemán, que en muchas otras ramas no está agotado todavía por la industria nacional, a pesar de lo cual es aprovisionado desde afuera con toda variedad de productos. O aconséjese a la industria de maquinaria alemana que no debe recurrir todavía a los mercados extranjeros, porque, como demuestra claramente la estadística de la importación alemana, una gran parte de la demanda de productos de esta rama se satisface con suministros extranjeros en la misma Alemania. Desde el punto de vista de este esquema del "comercio exterior" no pueden percibirse tales relaciones del mercado mundial con sus miles de ramificaciones y sus matices de división de trabajo. El desarrollo industrial de los Estados Unidos (que son hoy un competidor peligroso de Inglaterra en el mercado mundial, y hasta en su mismo suelo), venciendo en la electrotécnica a la competencia alemana en el mercado mundial y en Alemania misma, ha demostrado la falsedad de las deducciones de Struve, que, por lo demás, resultaban ya anticuadas cuando las escribía.

Struve acepta también la grosera concepción de los populistas rusos, conforme a la cual se reducen, en lo fundamental, a preocupaciones ordinarias del comerciante por el "mercado" las relaciones internacionales de la economía capitalista mundial con su tendencia histórica a formar un organismo vivo, unitario con división del trabajo social, que se apoye en toda la variedad de la riqueza natural y de las condiciones de producción del planeta. El papel fundamental del aprovisionamiento ilimitado de las industrias capitalistas con substancias alimenticias, materias primas y auxiliares y obreros, calculado sobre el mercado mundial, lo mismo que la venta de las mercancías elaboradas, desaparece o se reduce artificialmente con la visión de los tres imperios mundiales que para Wagner y Schmoller se bastan a sí mismos: Inglaterra y sus colonias, Rusia y los Estados Unidos, que Struve recoge. Sólo la historia de la industria inglesa algodonera, que encierra la síntesis del desarrollo del capitalismo, y cuyo campo de acción durante todo el siglo XIX fueron las cinco partes del mundo, es, a cada paso, una burla contra esta teoría infantil de profesores, cuyo único sentido real está en que suministra la justificación teórica del sistema de protección aduanera.

---

[153] El aspecto reaccionario de la teoría de los profesores alemanes referente a los "tres imperios mundiales": Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos, está claramente expresado por el profesor Schmoller (entre otros). En su consideración peculiar de la política comercial, mueve amargamente su cabeza gris de sabio ante las apetencias "neomercantilistas", es decir, imperialistas, de los tres principales malvados y pide para "los fines de toda cultura elevada, moral y estética, así como de progreso social"… una fuerte escuadra alemana y una unión aduanera europea dirigida contra Inglaterra y América:
"De esta tensión de la economía mundial surge para Alemania, como primer deber, el de procurarse una escuadra fuerte, bien dispuesta a luchar para ser deseada eventualmente como aliada por las potencias mundiales. No puede ni debe hacer una política de conquista como las tres potencias mundiales [a las cuales Schmoller, sin embargo, no quieres hacer "reproches porque emprendan de nuevo el camino de las grandes conquistas coloniales" como dice en otro lugar]. Pero tiene que estar en condiciones de romper eventualmente un bloqueo del mar del Norte, tiene que proteger sus colonias y su gran comercio y ha de ofrecer a los estados que se alíen con ella la misma seguridad. Alemania, unida en la triple alianza con Austria-Hungría e Italia, tiene junto con Francia la misión de imponer a la política, demasiado amenazadora para todos los estados cercanos a las tres potencias mundiales, la moderación deseable en interés del equilibrio político, de la conservación de todos los estados; la moderación en la conquista, en la adquisición de colonias, en la política aduanera unilateral y exagerada, en la explotación de los débiles… También los fines de toda cultura elevada son espirituales, morales y estéticos, y de todo progreso social depende que en el siglo XX la Tierra no sea repartida entre los tres imperios mundiales y se funde por ellos un neomercantilismo brutal." (*Las alternativas en la política comercial europea del siglo XIX*, Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volksvirtschaft, Tomo XXIV, página 381)

CAPITULO XXII
Bulgakof y su complemento del análisis marxista

El segundo crítico del escepticismo "populista", S. Bulgakof, rechaza resueltamente las "terceras personas" de Struve como tabla de salvación de la acumulación capitalista. Sólo tiene para ellas un encogimiento de hombros. "La mayoría de los economistas (hasta Marx) [dice] resolvían la cuestión apelando a terceras personas para cortar en calidad de *deus ex machina* el nudo gordiano, es decir, para consumir la plusvalía. Tales personas aparecen tan pronto como terratenientes que se dedican al lujo (como en Malthus), tan pronto como capitalistas que hacen lo mismo. Otras veces en forma del militarismo, etc. Se asegura que, sin estos medios extraordinarios, la plusvalía no puede encontrar venta, se atasca en los mercados y es causa de superproducción y crisis."[154] "Así, Struve supone que la producción capitalista puede apoyarse, en su desarrollo, sobre el consumo de terceras personas fantásticas. ¿Pero dónde se encuentra la fuente del poder de compra de este gran público, cuya misión especial consiste en consumir la plusvalía?"[155] Bulgakof, por su parte, plantea el problema de antemano en el terreno del análisis del producto total social y su reproducción, tal como lo había hecho Marx en el segundo tomo de *El Capital*. Comprende muy bien que, para resolver la cuestión de la acumulación, tenía que comenzar por la reproducción simple y ver claramente su mecanismo. En este punto, lo importante para él es darse claramente cuenta del consumo de la plusvalía y de los salarios en aquellas ramas de la producción que no elaboran productos para el consumo, y comprender claramente también la circulación de aquella parte del producto total social que representa el capital social invertido. Es ésta una tarea nueva de la que los economistas no tenían idea y que no se planteó hasta Marx.

"Para resolver este problema divide Marx todas las mercancías elaboradas por la producción capitalista en dos grandes categorías esencialmente distintas: producción de medios de producción y producción de medios de consumo. En esta sola clasificación, hay más sentido teórico que en todas las vacías discusiones anteriores acerca de la teoría de los mercados."[156]

Se ve que Bulgakof es un partidario declarado y entusiasta de la teoría marxista. Formula, asimismo, como objeto de su estudio, el examen teórico de la doctrina conforme a la cual el capitalismo no puede existir sin mercados extranjeros. "Con este objeto, el autor ha utilizado el muy valioso análisis de la reproducción social dado por Carlos Marx en la segunda parte del segundo tomo de *El Capital*, que (no se sabe por qué) apenas ha sido aprovechado en la ciencia. Aunque este análisis no puede considerarse terminado, a mi entender ofrece en su forma inacabada una base suficiente para la solución del problema de los mercados, completamente distinta de la dada por los señores Nikolai-on, V. Woronzof y otros, y que atribuyen a Carlos Marx."[157] La solución que Bulgakof dedujo de Marx fue formulada por él mismo del siguiente modo: "El capitalismo puede, en ocasiones, existir exclusivamente gracias al mercado interior; no hay ninguna necesidad interna propia de la forma de producción capitalista, por virtud de la cual sólo el mercado exterior pueda ofrecer salida para el sobrante de la producción capitalista. Este es el resultado al que ha llegado el autor sobre la base del estudio del mencionado análisis del proceso reproductivo."

Y ahora aguardamos con interés la argumentación empleada por Bulgakof en defensa de su tesis.

Primeramente adquiere una simplicidad inesperada. Bulgakof reproduce fielmente el esquema marxista de la reproducción simple que ya conocemos, con comentarios que honran su capacidad de comprensión. Luego aduce asimismo el esquema marxista de la reproducción

[154] S. Bulgakof, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, Moscú, 1897, página 15.
[155] S. Bulgakof, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, Moscú, 1897, página 32, nota.
[156] S. Bulgakof, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, Moscú, 1897, página 27.
[157] S. Bulgakof, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, Moscú, 1897, páginas 2 y 3.

ampliada, que también conocemos, y con ello ya está expuesta la argumentación buscada. "Sobre la base de lo dicho, no ofrece dificultad alguna determinar en qué habrá de consistir la acumulación: I (sección de los medios de producción) ha de elaborar los medios de producción suplementarios necesarios para el incremento de la producción para sí, y para II (sección de medios de consumo), mientras, a su vez, II habrá de suministrar los medios de consumo suplementarios para el incremento del capital variable de I y de II. Si se prescinde de la circulación del dinero, el incremento de la producción se reduce al cambio de los productos suplementarios I que necesita II y de los productos suplementarios II que necesita I." Así, pues, Bulgakof, sigue aquí fielmente a Marx y no se da cuenta de que su tesis está hasta ahora, únicamente, sobre el papel. Cree haber resuelto con estas famosas matemáticas la cuestión de la acumulación. Que se deben aceptar las proporciones que copia de Marx, está fuera de duda, así como, también, que si ha de verificarse la ampliación de la producción, podrá expresarse en estas fórmulas. Pero Bulgakof olvida la cuestión fundamental: ¿para quién se realiza la ampliación cuyo mecanismo investiga? Como la acumulación puede expresarse en proporciones matemáticas sobre el papel, se considera ya realizada. Pero apenas Bulgakof declara resuelta la cosa, al intentar introducir en el análisis la circulación del dinero tropieza con el problema: ¿de dónde les viene a I y II el dinero para la compra de los productos suplementarios? Hemos visto que en Marx, como el punto vulnerable de su análisis, la cuestión acerca de los consumidores de la producción ampliada se presenta siempre en la forma de cuestión acerca de las fuentes de dinero suplementarias. Bulgakof sigue aquí fielmente a Marx y acepta el planteamiento equivocado de la cuestión, sin advertir el desplazamiento que en él se contiene. Es cierto que afirma: "Marx mismo no ha dado una respuesta a este problema en los apuntes de los que se ha redactado el segundo tomo de *El Capital*." Tanto más interesante debe ser la respuesta que el discípulo ruso de Marx trata de dar por su propia cuenta.

"A nosotros [dice Bulgakof] nos parece que la solución que mejor corresponde a toda la doctrina marxista es la siguiente: el nuevo capital variable en forma de dinero que II suministra, tanto para I como para sí mismo, halla su equivalente en mercancías en la plusvalía II. Ya hemos visto en la consideración de la reproducción simple, que los capitalistas tienen que poner en circulación el dinero necesario para realizar su plusvalía y que este dinero vuelve finalmente al bolsillo de los capitalistas. La cantidad de dinero necesaria para la circulación de la plusvalía se determina, conforme a la ley general de la circulación de mercancías, por el valor de las mercancías en que se halla contenida dividido por el promedio de los giros del dinero. La misma ley halla también aquí su aplicación. Los capitalistas II han de tener una cierta suma de dinero para la circulación de su mercancía y, por tanto, necesitan una cierta provisión de dinero; provisión que ha de ser suficiente tanto para la circulación de aquella parte de la plusvalía expresada en el fondo de consumo, como para aquella otra que ha de ser acumulada como capital." A continuación, Bulgakof dice que para la cuestión de cuánto dinero hace falta para la circulación de una determinada cantidad de mercancías en el país, no influye para nada el que una parte de estas mercancías represente o no plusvalía. "En cuanto a la cuestión general acerca de dónde viene el dinero al país, se resuelve en el sentido de que ese dinero es suministrado por los productores de oro." Si para el desarrollo de la producción en el país hace falta más dinero, dicho desarrollo se hará en proporciones correspondientes a la producción de oro.[158] Desembocamos, pues, al fin, felizmente, en el productor de oro que ya desempeña en Marx el papel de *deus ex machina*. Hemos de confesar que Bulgakof ha defraudado gravemente todas las esperanzas puestas en su nueva solución. "Su" solución de la cuestión no ha ido ni un paso más allá del análisis de Marx. Se reduce a los siguientes tres asertos extremadamente sencillos: 1ª cuestión: ¿Cuánto dinero es necesario para realizar la plusvalía capitalizada? Respuesta: Tanto como sea necesario conforme a la ley general de la circulación de mercancías. 2ª cuestión: ¿De dónde sacan los capitalistas este dinero para realizar la plusvalía capitalizada? Respuesta: Han de tenerlo ellos mismos. 3ª cuestión: ¿De dónde viene, en general, el dinero al país? Respuesta: Del productor de oro. He aquí una explicación cuya extraordinaria sencillez es más sospechosa que atractiva.

Pero sería superfluo refutar esta teoría del productor de oro como *deus ex machina* de la acumulación capitalista. El propio Bulgakof la ha refutado perfectamente 80 páginas más adelante, a propósito de la teoría del fondo de salarios, contra el cual emprende, sin motivo

[158] S. Bulgakof, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, Moscú, 1897, páginas 50 a 55.

visible, un amplio ataque, vuelve sobre los productores de oro, y aquí desarrolla de pronto la siguiente clara explicación:

“Ya sabemos que, entre otros productores, existe también el productor de oro, que, por una parte, incluso bajo el imperio de la reproducción simple, aumenta la masa absoluta del dinero circulante en el país, y, por otra, compra medios de producción y de consumo sin vender por su parte mercancías, pagando directamente las mercancías compradas con el equivalente general de cambio representado por su propio producto. Ahora bien, ¿no podrá el productor de oro prestar el servicio de comprar a II toda su plusvalía acumulada pagándola con oro, que luego empleará II en adquirir medios de producción de I y en ampliar el capital variable, es decir, en comprar fuerza de trabajo suplementaria? Según esto, el mercado exterior efectivo, sería el productor de oro.

“Pero ésta es una suposición enteramente absurda. Aceptarla significa hacer depender el aumento de la producción social del aumento de la producción de oro. [¡Bravo!] Esto, a su vez, presupone un crecimiento de la producción de oro que no corresponde, en modo alguno, a la realidad. Obligar al productor de oro a comprar, a través de sus obreros, toda la plusvalía acumulada de II, significaría que su capital variable tendría que aumentar en días y en horas. En tal caso, tendría que crecer también en proporción correspondiente al capital constante y a la plusvalía. La producción de oro adquiriría entonces dimensiones monstruosas. [¡Bravo!] En vez de examinar esta suposición pueril con datos estadísticos (cosa, por lo demás, difícilmente posible) le basta indicar un hecho que por sí solo destruye esta suposición. Este hecho es el desarrollo del crédito, que acompaña al desarrollo de la economía capitalista.”· ¡Bravo! “El crédito tiene la tendencia a disminuir la cantidad del dinero en circulación (disminución relativa y no absoluta, como es natural) y constituye un complemento necesario para el desarrollo del cambio, que de otro modo se encontraría limitado por la falta de dinero metálico. Me parece superfluo demostrar aquí, con números, cuán escaso es ahora el papel del dinero metálico en los negocios de cambio. Por consiguiente, la hipótesis formulada encuentra su contradicción directa y definitiva en los hechos, y hay que rechazarla.”[159]

¡Bravísimo! ¡Muy bien! Pero con esto, Bulgakof mismo ha “rechazado” la única explicación dada por él, hasta ahora, sobre cómo y por quién se realiza la plusvalía capitalista. Por lo demás, en esta refutación de sí mismo, no ha hecho más que exponer, con mayor detalle, lo que Marx había dicho ya con una palabra, calificando de “errónea” la hipótesis del productor de oro que consume toda la plusvalía social.

La verdad es que la solución propiamente dicha de la cuestión, en Bulgakof, como en casi todos los marxistas rusos que se han ocupado detenidamente de la cuestión, se halla en otra parte. Tanto él, como Tugan-Baranowski, como Ilich, insisten principalmente en que sus adversarios (los escépticos) han cometido un error capital con respecto a la posibilidad de la acumulación en el análisis del valor del producto social total. Los escépticos (sobre todo Woronzof) suponían que el producto social total consistía en medios de consumo y partían del supuesto erróneo de que el consumo era el fin exclusivo de la producción capitalista. Aquí (decían los marxistas) se halla la fuente de toda la confusión, y de esta fuente brotan las dificultades imaginarias para la realización de la plusvalía, que preocupaban a los escépticos. “A causa de este falso planteamiento, esta escuela se creó a sí misma dificultades inexistentes. Como las condiciones normales de la producción capitalista suponen que el fondo de consumo de los capitalistas no constituye más que una parte de la plusvalía (una parte escasa), al mismo tiempo que la parte mayor se destina al incremento de la producción, es evidente que las dificultades que aquella escuela (los populistas) imaginaba, no existían.”[160] Es extraña la naturalidad con que Bulgakof elude aquí el problema, y ni siquiera parece adivinar que el supuesto de la reproducción ampliada hace justamente inevitable el planteamiento de la cuestión: *¿para quién*?, aquella cuestión que es bastante secundaria en el supuesto de consumo personal de toda la plusvalía.

[159] S. Bulgakof, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, Moscú, 1897, páginas 132 y siguientes.
[160] S. Bulgakof, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, Moscú, 1897, página 20.

Todas estas “dificultades imaginarias” se disipan como el humo ante los descubrimientos de Marx, que sus discípulos no se cansan de contraponer a sus adversarios. En primer término, el hecho de que la composición del producto social no es v + p, sino c + v + p, y, en segundo lugar, el que con el progreso de la producción capitalista, en esta composición, la parte c es cada vez mayor en relación con v, mientras al mismo tiempo crece constantemente en la plusvalía la parte capitalizada en relación con la consumida. Partiendo de aquí, Bulgakof elabora toda una teoría sobre la relación de la producción con el consumo en la sociedad capitalista. Esta teoría desempeña un papel tan importante entre los marxistas rusos, y particularmente en Bulgakof, que es necesario conocerla *in extenso*.

“El consumo [dice Bulgakof], la satisfacción de necesidades sociales, sólo representa un aspecto secundario de la circulación del capital. La magnitud de la producción se determina por la del capital y no por la de las necesidades sociales. El desarrollo de la producción no sólo no va acompañado del crecimiento del consumo, sino que, incluso, hay entre ambos un antagonismo. La producción capitalista no conoce más consumo que el que tiene capacidad de pago; pero consumidores con capacidad de pago, sólo pueden ser los que perciben salario o plusvalía, y su capacidad de compra corresponde, exactamente, a la magnitud de esta renta. Pero hemos visto que las leyes fundamentales de la producción capitalista tienen la tendencia a disminuir la magnitud relativa del capital variable, así como la del fondo de consumo de los capitalistas (formas que, en absoluto, crecen). Por eso puede decirse, que *el desarrollo de la producción aminora el consumo*.[161] De este modo, las condiciones de la producción y las de consumo se hallan en contradicción. El incremento de la producción no puede realizarse, ni se realiza, por cuenta del consumo. Pero este incremento es una ley interna fundamental de la producción capitalista, que frente a cada capitalista individual adopta la forma del mandamiento riguroso de la competencia. La salida de esta contradicción consiste en que el mercado mismo representa la producción ampliada necesaria para esta masa sobrante de productos. “La contradicción se resuelve por la ampliación del campo exterior de la producción.” (*El Capital*, Tomo III.) [Aquí cita Bulgakof, en un sentido completamente equivocado, un aserto de Marx, del cual hemos de hablar ahora] Acabamos de demostrarlo en lo posible. [Bulgakof se refiere al análisis del esquema de la reproducción ampliada.] Ahora bien, la mayor parte de esta ampliación corresponde, evidentemente, a la sección I, es decir, a la producción del capital constante, y sólo la parte menor (relativamente), a la sección II, que produce bienes para el consumo inmediato. En este desplazamiento de la relación de los capítulos I y II, se manifiesta con claridad suficiente el papel que desempeña el consumo en la sociedad capitalista, y se indica también dónde ha de buscarse el mercado más importante para las mercancías capitalistas.”…[162] “En estos estrechos límites (del interés del capital y de las crisis), también por este camino de espinas, puede incrementarse ilimitadamente la producción capitalista, no obstante la disminución del consumo, e incluso a pesar de ella. En la literatura rusa se alude, repetidas veces, a la imposibilidad de un crecimiento importante de la producción capitalista y de los mercados exteriores, y ello, mirando a la distribución del consumo. Pero, al hacerlo así, se estimaba falsamente el papel que desempeña el consumo en la sociedad capitalista. Se ha visto que el consumo no es, en modo alguno, la finalidad de la producción capitalista; que ésta no existe por el crecimiento del consumo, sino por la ampliación del campo exterior de la producción, que constituye el mercado; por los productos elaborados en forma capitalista. Una serie de investigadores de la escuela de Malthus, que no podrían satisfacerse con la superficial teoría de la armonía de la escuela de Ricardo-Say, se han atormentado tratando de resolver el problema insoluble: hallar medios para ampliar el consumo que la producción capitalista tiende a disminuir. Sólo Marx ha dado el análisis verdadero, mostrando que el incremento del consumo es, fatalmente, inferior. Y tiene que serlo, cualesquiera que sean las “terceras personas” inventadas. Por eso, el consumo y su magnitud no pueden ser la barrera inmediata del incremento de la producción. La producción capitalista paga con crisis el desviarse de esta verdadera finalidad de la producción, que es independiente del consumo. El incremento de la producción sólo encuentra límites en la magnitud del capital y depende exclusivamente de éste.”[163]

---

[161] Subrayado por Bulgakof.

[162] S. Bulgakof, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, Moscú, 1897, página 161.

[163] S. Bulgakof, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, Moscú, 1897, página 132.

Aquí se atribuye directamente a Marx la teoría de Bulgakof y Tugan-Baranowski; hasta tal punto los marxistas rusos creían seguir la doctrina marxista y acogerla orgánicamente. Todavía más claramente está la fórmula Bulgakof en otro pasaje que da una interpretación directa del esquema marxista de la reproducción ampliada. Una vez que la producción capitalista ha entrado en el país, su movimiento interior comienza a desarrollarse conforme a este esquema: "La producción del capital constante constituye el capítulo I de la reproducción social, que abre ya una demanda independiente de medios de consumo con arreglo a la magnitud del propio capital variable de este capítulo, así como del fondo de consumo de sus capitalistas. Por su parte, el capítulo II abre la demanda de productos I. *De esta manera, ya en los comienzos de la producción capitalista, surge un círculo en el que la producción capitalista no depende de ningún mercado extranjero, sino que se basta a sí misma, y dentro del cual se halla en situación de crecer, por decirlo así, automáticamente por medio de la acumulación*."[164] En otro lugar llega, incluso, a formular su teoría en estos términos radicales: "El único mercado para los productos de la producción capitalista es esta producción misma."[165]

Sólo puede apreciarse como merece el atrevimiento de esta teoría (que fue en manos de los marxistas rusos el arma principal con que vencieron a sus adversarios, los escépticos "populistas" en la cuestión del mercado), si se tiene en cuenta la asombrosa contradicción en que se encuentra diariamente con todos los hechos conocidos de la realidad capitalista. Pero hay que admirar más todavía esta teoría, propagada con tal seguridad como la más pura verdad marxista, si se tiene presente que se basa en un sencillo *quid pro quo* capital. Trataremos más adelante esta cuestión, al hablar de Tugan-Baranowski.

Sobre esta falsa interpretación de la relación en que se hallan el consumo y la producción en la sociedad capitalista, erige luego Bulgakof una teoría totalmente equivocada del comercio exterior. Desde el punto de vista de la concepción de la reproducción arriba expuesta no hay, en efecto, espacio alguno para el comercio exterior. Si el capitalismo crea al comienzo de su evolución en cada país aquel "círculo cerrado" consciente, en que da vueltas como un gato alrededor de su propia cola, y "se basta a sí mismo", se crea un mercado ilimitado y se acucia a sí mismo para ampliar la producción. Todo país capitalista es también, económicamente, un todo cerrado "que se basta a sí mismo". Sólo en un caso sería comprensible el comercio exterior: como medio de cubrir, por la importación, el déficit natural de un país en ciertos productos del suelo y del clima; sólo como importación forzada de materias primas o substancias alimenticias. Y, en efecto, Bulgakof, invirtiendo la tesis de los comunistas, elabora una teoría del comercio internacional de los Estados capitalistas, en la cual la exportación de productos de la agricultura es el elemento activo y fundamental, y la explotación industrial no representa más que la cobertura forzada de aquella importación. El comercio internacional de mercancías no aparece aquí fundado en la esencia de la producción, sino en las condiciones naturales de los países; teoría que no procede de Marx, sino de autores alemanes de la economía política burguesa. Así como Struve tomó de Wagner y Schaffle su esquema de los tres imperios mundiales, Bulgakof toma del bienaventurado List la división de los estados en categorías, según el "estado de la agricultura" y el "estado de la manufactura agrícola", ésa que él con el progreso de los tiempos cambia en el "estado de la manufactura", y en el "estado de la manufactura agrícola". La primera categoría es castigada por la naturaleza con una insuficiencia de materias primas y substancias alimenticias propias, y se ve obligado a recurrir al comercio exterior; la última categoría se halla provista de todo por la naturaleza, y puede reírse del comercio exterior. Tipo de la primera categoría es Inglaterra; de la segunda, los Estados Unidos. Para Inglaterra, la supresión del comercio exterior equivaldría a la agonía económica y a la muerte; para los Estados Unidos, sólo significaría una crisis pasajera, tras de la cual estaría asegurada su plena salud: "Aquí, la producción puede ampliarse ilimitadamente sobre la base del mercado interior."[166] Esta teoría, herencia, hasta hoy respetada, de la economía política alemana, no tiene, evidentemente, la menor idea de las relaciones de la economía mundial capitalista y hace retroceder el actual comercio mundial, aproximadamente, a la época de los fenicios. Así explica también, por ejemplo, el profesor Bücher: "Es un error creer que de las facilidades obtenidas durante la época liberal por el tráfico internacional, puede deducirse que se termina el período de la economía nacional para dejar lugar al período de la

[164] *Ibídem*, página 210.Subrayado por nosotros.
[165] *Ibídem*, página 238.
[166] S. Bulgakof, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, Moscú, 1897, página 132.

economía mundial. Cierto que vemos hoy en Europa una serie de estados que carecen de independencia nacional en cuanto a su provisión de bienes, porque se ven obligados a recibir del extranjero cantidades considerables de artículos de alimentación y lujo, mientras su actividad industrial productora excede con mucho a las necesidades nacionales y suministra, permanentemente, excedentes que han de realizarse en esferas de consumo extranjeras. Pero la coexistencia de semejantes países industriales y productores de materias primas que se hallan ligados unos a otros; esta "división del trabajo internacional" no es más que un síntoma de que la humanidad se halla a punto de alcanzar un nuevo grado de desarrollo, que bajo el nombre de economía mundial debiera ser opuesto a grados anteriores. Pues, por una parte, ningún grado de desarrollo económico ha garantizado a la larga la satisfacción plenamente autónoma de las necesidades; todos dejaban ciertos huecos que había que llenar de un modo o de otro. Por otra parte, la llamada economía mundial no ha puesto de manifiesto, hasta ahora, al menos, fenómeno alguno que se distinga, por cuestiones esenciales, de la economía política; y hay que dudar que se produzca en un futuro previsible."[167] De esta concepción se deduce en Bulgakof una conclusión inesperada: su teoría de la capacidad ilimitada de desarrollo del capitalismo se reduce tan sólo a ciertos países que poseen condiciones naturales favorables. En Inglaterra, el capitalismo ha de fenecer, en tiempo relativamente breve, por el agotamiento del mercado mundial; en los Estados Unidos, en la India y en Rusia, tiene ante sí un desarrollo ilimitado, gracias a que "se bastan a sí mismos".

Pero prescindiendo de estas evidentes extravagancias, la argumentación de Bulgakof, con respecto al comercio exterior, encierra una conclusión fundamental. El argumento principal de Bulgakof contra los escépticos desde Sismondi a Nikolai-on, que han creído tener que recurrir al mercado exterior para la realización de la plusvalía capitalista, es el siguiente: estos teóricos consideraban, evidentemente, al comercio exterior como "un abismo sin fondo", en el que desaparecía el excedente de la producción capitalista que no podía colocarse en el interior. Frente a esto, Bulgakof objeta triunfante que el comercio exterior no es ningún "abismo" y mucho menos "sin fondo"; que él constituye un arma de dos filos y que la exportación requiere siempre importación, ya que ambas tienen que equilibrarse aproximadamente. Por tanto, lo que sale por una frontera entra de nuevo por la otra, aunque en distinta forma. "Para las mercancías importadas que representan el equivalente de las exportadas hay que hallar espacio dentro del mercado interior; pero como no existe este espacio, recurrir al mercado exterior sólo sirve para presentar nuevas dificultades."[168] En otro pasaje dice que el recurso hallado por los populistas rusos para la realización de la plusvalía (el de los mercados exteriores) "es mucho menos afortunado que el hallado por Malthus, von Kirchmann y Woronzof mismo, en su artículo sobre

[167] K. Bücher, *Entstehung der Volkswirtschaft*, 5ª edición página 147. La última hazaña en este terreno, es la teoría del profesor Sombart, conforme a la cual no sólo no vamos hacia la economía mundial, sino que, a la inversa, no hacemos más que alejarnos de ella: "Sostengo que los países civilizados no están ligados unos a otros por relaciones comerciales en mayor grado (en relación con la totalidad de su economía), sino en menor grado, hoy que antes. Las diversas economías nacionales no están hoy más encadenadas que hace 100 o 50 años. al mercado mundial, por eso es falso sostener que las relaciones comerciales internacionales adquieran una importancia relativamente mayor para la moderna economía política. Lo cierto es lo contrario." Sombart se burla del supuesto de una necesidad creciente de mercados exteriores, porque el mercado interior no es capaz de ampliación; por su parte está convencido de que "las diversas economías nacionales se convierten en microcosmos cada vez más perfectos, y que el mercado interior gana en importancia, en todas las industrias frente al mercado mundial." (*La economía política alemana en el siglo XIX*, 2ª edición, 1909, páginas 399-420.) Este descubrimiento aplastante presupone, por lo demás, la aceptación del bizarro esquema inventado por el señor profesor, por virtud del cual sólo ha de considerarse como país de exportación (no se sabe por qué) aquel país que pague su importación con su excedente de productos agrícolas. Con arreglo a este esquema, Rusia, Rumania, los Estados Unidos, Argentina, son "países de exportación", y en cambio, no lo son Alemania, Inglaterra, Bélgica. Como la evolución capitalista, a la corta o a la larga, necesitará para el consumo interior el excedente de productos agrícolas en los Estados Unidos y en Rusia, resulta claro que habrá cada vez menos "países de exportación en el mundo" y la economía mundial desaparecerá, por tanto. Otro descubrimiento de Sombart es que los grandes países capitalistas que no son "países de exportación" reciben cada vez más su importación "gratis", esto es, como intereses de los capitales exportados. Pero para el profesor Sombart la explotación de capital, no cuenta; como tampoco, la exportación industrial de mercancías: "con el tiempo llegaremos, sin duda, a importar sin exportar". (Lugar citado, página 432.) Muy moderno, sensacional y pintoresco.
[168] S. Bulgakof, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, Moscú, 1897, página 132.

militarismo y capitalismo."[169] Bulgakof revela aquí, que, no obstante su entusiasta repetición del esquema marxista de la reproducción, no ha comprendido en qué consiste el verdadero problema en torno al cual giran los escépticos desde Sismondi a Nikolai-on; rechaza el comercio exterior como solución de la dificultad, porque vuelve a importar al país la plusvalía vendida, "aunque en otra forma". Por consiguiente, Bulgakof cree, de acuerdo con la grosera opinión de von Kirchmann y Woronzof, que se trata de cancelar una cierta cantidad de plusvalía, de borrarla del planeta; no se da cuenta de que se trata de la realización; de la metamorfosis de las mercancías, esto es, justamente, de la plusvalía "en otra forma".

Así, Bulgakof, lo mismo que Struve, acaba por llegar, aunque por otro camino, a la misma Roma: sostiene que la acumulación capitalista se basta a sí misma; que devora como Cronos a sus hijos y se engendra, cada vez más potente, a sí misma. Desde aquí sólo quedaba un paso para volver del marxismo a la economía burguesa. Este paso lo dio con toda felicidad Tugan-Baranowski.

[169] Ibídem, página 236. Aún más resueltamente formula el mismo punto de vista Ilich: "Los románticos [así llama a los escépticos] dicen: los capitalistas no pueden consumir la plusvalía, por consiguiente, tienen que colocarla en el extranjero. Y yo pregunto: ¿es que los capitalistas les dan gratis su producto a los extranjeros o lo echan al mar? Si los venden es que reciben un equivalente; si exportan ciertos productos, es que a su vez importan otros" (*Estudios y trabajos económicos*, página 26). Por lo demás, Ilich da una explicación del papel que desempeña el comercio extranjero en la producción capitalista, que resulta mucho más justa que la de Struve y Bulgakof.

CAPÍTULO XXIII
La "desproporcionalidad" del señor Tugan-Baranowski

Tratamos de este tórico al final (a pesar de que él había formulado su concepción en ruso en 1894, antes de Struve y Bulgakof), en parte, porque posteriormente desarrolló su teoría en lengua alemana, en los *Estudios sobre la teoría y la historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, 1901, y en forma más completa en los *Fundamentos teóricos del marxismo*, y además, porque es él quien ha sacado consecuencias más amplias de los críticos marxistas mencionados.

También Tugan-Baranowski parte, como Bulgakof, del análisis marxista de la reproducción social. Sólo en este análisis ha encontrado también la clave para guiarse en el complejo, confuso y desconcertante conjunto de problemas. Pero mientras Bulgakof es un adepto entusiasta de la doctrina marxista, que se limita a desarrollarla fielmente, imputando con toda sencillez sus conclusiones al maestro, Tugan Baranowski, a la inversa, amonesta a Marx por no haber sabido utilizar su propia brillante investigación del proceso de reproducción. La conclusión general más importante a que llega Tugan, sobre la base de los asertos marxistas, y que convierte en punto cardinal de toda su teoría, es que la acumulación capitalista (contra la suposición de los escépticos) no sólo es posible en las formas capitalistas de la renta y el consumo, sino que es, en general, independiente de la renta y el consumo. Su mejor mercado no es el consumo, sino la producción misma. Por eso, la producción es idéntica con el mercado, y como el aumento de la producción es, en sí misma, ilimitada, la capacidad de adquisición de sus productos, el mercado, no tiene límites. "Los esquemas aducidos [dice] debían mostrar el principio, evidente en sí mismo; pero fácilmente objetable cuando no se comprende suficientemente el progreso de la reproducción del capital social y de la producción capitalista creadora del mercado para sí misma. Si es posible ampliar la producción social; si las fuerzas productivas son suficientes para ella, dada la división proporcional de la producción social, la demanda ha de experimentar también una ampliación correspondiente. Según estas condiciones, cada nueva mercancía producida representa un nuevo poder de compra para la adquisición de otras mercancías. De la comparación de la reproducción simple del capital social con su reproducción en escala ampliada, puede deducirse la conclusión altamente importante de que, en la economía capitalista, la demanda de mercancías es, en cierto sentido, independiente de la magnitud del consumo social. Puede, pues, decrecer la magnitud del consumo total y aumentar al mismo tiempo la demanda social de mercancías, por absurdo que esto pueda parecer desde el punto de vista del "buen sentido".[170] E igualmente, más adelante, "como resultado de nuestro análisis abstracto del proceso de la reproducción del capital social, ha resultado la conclusión de que, dada una distribución proporcional de la producción social, no puede haber ningún producto social excedente".[171] Partiendo de aquí, Tugan somete a revisión la teoría marxista de las crisis, que a él le parece descansar sobre el "subconsumo" de Sismondi: "La creencia difundida, compartida hasta cierto punto por Marx, de que la miseria de los trabajadores, que constituyen la gran mayoría de la población, hace imposible una realización de los productos de la producción capitalista que aumenta constantemente a causa de la insuficiencia de la demanda, ha de ser calificada de falsa. Hemos visto que la producción capitalista se crea a sí misma un mercado; el consumo no es más que uno de los momentos de la producción capitalista. Si la producción social estuviera organizada conforme a un plan; si los directores de la producción tuvieran un conocimiento completo de la demanda y el poder de trasladar libremente el trabajo y el capital de una rama de producción a otra, por escaso que fuera el consumo social, la oferta de mercancías no podría exceder de la demanda."[172] Según él, la única circunstancia que engendra periódicamente el exceso de productos en el mercado, es la falta de proporcionalidad en el aumento de la producción. La marcha de la acumulación capitalista, bajo este supuesto, es descrita por Tugan del siguiente modo: "Dada una

[170] Tugan-Baranowski, *Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, Gema, 1901, página 25.
[171] Tugan-Baranowski, *Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, Gema, 1901, página 34.
[172] Tugan-Baranowski, *Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, Gema, 1901, página 33.

distribución proporcional de la producción, ¿qué producirían los obreros? Evidentemente, sus propios medios de subsistencia y de producción en el segundo año. ¿La producción de qué productos? Nuevamente la de medios de producción y medios de subsistencia de los trabajadores, y así sucesivamente, *ad infinitum*."[173] Este juego de preguntas y respuestas, nótese, es completamente serio y no tiene ninguna intención humorística. Y así se abren perspectivas infinitas para la acumulación del capital. "Si la extensión de la producción es trágicamente ilimitada, tenemos que admitir que la extensión del mercado es igualmente ilimitada, pues *dada la distribución proporcional de la producción social, no hay otros límites para la extensión del mercado que las fuerzas productivas de que dispone la sociedad*."[174]

Como, de este modo, la producción crea su propio mercado, se adjudica al comercio exterior de los estados capitalistas el singular papel mecánico que ya le hemos visto atribuir a Bulgakof. Así, por ejemplo, el mercado exterior es absolutamente necesario para Inglaterra. "¿No prueba esto que la producción capitalista crea un producto sobrante para el cual no hay espacio en el mercado interior? ¿Por qué necesita Inglaterra un mercado exterior? La respuesta no es difícil. Porque una parte considerable del poder de compra de Inglaterra se gasta en la adquisición de mercancías extranjeras. La importación de mercancías extranjeras para el mercado interior de Inglaterra hace también absolutamente necesaria la exportación de mercancías inglesas al mercado extranjero. Como Inglaterra no puede existir sin ninguna importación extranjera, la exportación es una necesidad vital para este país, pues, de otro modo, no tendría con qué pagar la importación."[175] Aquí vuelve a aparecer la importación agrícola como el factor estimulante, decisivo; e igualmente hallamos las dos categorías de países "de un tipo agrícola y un tipo industrial", destinados, por la naturaleza, al intercambio de productos, exactamente igual al esquema de los profesores alemanes.

Ahora bien, ¿cuál es la argumentación en que se funda la atrevida solución del problema de la acumulación que da Tugan-Baranowski y con la cual esclarece también el problema de la crisis y una serie de otros problemas? Es apenas creíble, pero es, por lo mismo, tanto más importante analizarla: la argumentación de Tugan consiste única y exclusivamente en el esquema marxista de la reproducción ampliada. Ni más ni menos. Tugan-Baranowski habla, es cierto, en varios pasajes, en tono pomposo, de su "análisis abstracto del proceso de la reproducción del capital social"; de la "lógica irresistible" de su análisis. Pero todo el "análisis" se reduce a copiar el esquema marxista de la reproducción ampliada, cambiando tan sólo los números. En todo el estudio de Tugan no se hallará ni la huella de otra demostración. Ahora bien, en el esquema de Marx, la acumulación, la producción, la realización, el cambio, la reproducción, marchan como una seda. Y además, efectivamente, puede proseguirse *ad infinitum* esta "acumulación". Puede proseguirse todo lo que den de sí papel y tinta. Y este ejercicio inofensivo, con ecuaciones aritméticas, sobre el papel, es aducido por Tugan-Baranowski, completamente en serio, como una prueba de que las cosas ocurren igualmente en la realidad. "Los esquemas aducidos deben probar con evidencia"… Y en otro pasaje refuta a Hobson, que es un convencido de la imposibilidad de la acumulación, del siguiente modo: "El… esquema número 2 de la reproducción del capital social en escala ampliada corresponde al caso de acumulación del capital tratado por Hobson. ¿Pero vemos aparecer, en este esquema, un producto excedente? De ninguna manera."[176] Así, porque en "el esquema" no aparece ningún producto excedente, queda refutado Hobson y resulta clara la cuestión.

Claro está que Tugan-Baranowski sabe perfectamente que, en la áspera realidad, las cosas no ocurren tan llanamente. Hay constantes oscilaciones en el cambio, y crisis periódicas. Pero las crisis sólo sobrevienen por no haber proporcionalidad en el incremento de la producción, es decir, por no atenerse de antemano a las proporciones del esquema núm. 2. Si se hubiera procedido así, no tendríamos crisis, y, en la producción capitalista, sucedería todo tan llanamente como sobre el papel. Ahora bien, hemos de concederle a Tugan que, cuando estudiamos el proceso de reproducción en conjunto, como un proceso continuado, cabe

[173] Tugan-Baranowski, *Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, Gema, 1901, página 191.
[174] Tugan-Baranowski, *Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, Gema, 1901, página 231.Subrayado en el original.
[175] Tugan-Baranowski, *Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, Gema, 1901, página 35.
[176] Tugan-Baranowski, *Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, Gema, 1901, página 151.

prescindir de las crisis. La “proporcionalidad” puede salirse, a cada momento, del carril, por oscilaciones diarias de los precios, y, periódicamente, por crisis vuelve a restablecerse la “proporcionalidad”. Y que se guarda esta proporcionalidad lo prueba, en suma, la circunstancia de que la economía capitalista continúa viviendo y desarrollándose, pues, de lo contrario, hace mucho tiempo que habría sobrevenido el desconcierto general y la catástrofe. Por consiguiente, en el resultado final, mantiene por término medio la proporcionalidad de Tugan, de lo cual deduce el autor que la realidad procede conforme al esquema número 2. Y como este esquema puede proseguirse indefinidamente, la acumulación del capital puede continuar también *ad infinitum*.

Lo chocante en todo esto no es el resultado a que llega Tugan-Baranowski, esto es, el supuesto de que el esquema corresponde de hecho al curso de las cosas (ya hemos visto que también Bulgakof compartía esta creencia), sino la circunstancia de que Tugan ni siquiera cree necesario plantearse la cuestión de si el “esquema” está de acuerdo con la realidad; el hecho que, en vez de probar el esquema, acepta el ejercicio aritmético sobre el papel, como una demostración de que las cosas acontecen así en la realidad. Bulgakof trataba de proyectar, con honrado esfuerzo, sobre las circunstancias concretas reales de la economía capitalista y del cambio capitalista, el esquema marxista; trataba de abrirse camino por entre las dificultades que de aquí resultaban, aun cuando no pudo lograrlo y quedó finalmente detenido en el análisis de Marx, que él mismo consideraba con razón como inacabado y sin continuidad. Tugan-Baranowski no necesita prueba alguna, no quiere quebraderos de cabeza: que las proporciones aritméticas se resuelvan a satisfacción y puedan prolongarse a voluntad, es para él una prueba de que la acumulación capitalista (a reserva de la “proporcionalidad” consciente, que, sin embargo, interviene antes o después, como Tugan no pone en duda), puede continuar igualmente de forma infinita.

Tugan-Baranowski tiene, es cierto, una prueba indirecta de que el esquema, con sus extraños resultados, corresponde a la realidad; representa su espejo fiel. Es el hecho de que en la sociedad capitalista, completamente en armonía con el esquema, se pone al consumo humano en segundo término con respecto a la producción; aquél se considera como medio, ésta como fin en sí misma, del mismo modo que el trabajo humano se equipara al “trabajo” de la máquina: “El progreso técnico se manifiesta en que la importancia de los instrumentos de trabajo, de la máquina, aumenta cada vez más en comparación con el trabajo vivo, con el trabajador mismo. Los medios de producción desempeñan un papel cada vez más importante en el proceso de producción y en el mercado de mercancías. El obrero queda en segundo término frente a la máquina, y al mismo tiempo pasa a segundo término la demanda originada por el consumo del obrero en comparación con la demanda que proviene del consumo productivo de los medios de producción. Todo el engranaje de la economía capitalista toma el carácter de un mecanismo que existiese por sí mismo, y en el cual el consumo de los hombres aparece como un simple momento del proceso de la reproducción y de la circulación del capital.”[177] Tugan considera su descubrimiento como la ley fundamental de la economía capitalista, y su confirmación se manifiesta en un fenómeno que él considera como perfectamente asequible: “Con el progreso de la evolución capitalista, aumenta, cada vez más, el capítulo de los medios de producción en relación con el de los medios de consumo “y a su costa”.” Como es sabido, ha sido justamente Marx quien ha formulado esta ley, y su exposición esquemática de la evolución descansa sobre ella, aunque no la haya tenido en cuenta en el desarrollo ulterior de su esquema y para simplificar las modificaciones por ella determinadas. Así, pues, aquí, en el crecimiento automático del capital de los medios de producción, comparado con el de los medios de consumo, ha hallado Tugan la única prueba objetiva exacta de su teoría, conforme a la cual en la sociedad capitalista el consumo humano es cada vez menos importante, y la producción, cada vez en mayor grado, fin en sí misma. Estas constituyen la base de todo su edificio teórico. “En todos los estados industriales [dice] aparece el mismo fenómeno; en todas partes la evolución de la economía política sigue la misma ley fundamental. La industria metalúrgica, que suministra los medios de producción para la industria moderna, adquiere cada vez más importancia. Así, en el descenso relativo de la exportación de aquellos productos ingleses fabricados, destinados al consumo inmediato, se manifiesta también la ley fundamental de la evolución capitalista: a medida que la técnica progresa, los medios de consumo pasan a

[177] Tugan-Baranowski, *Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, Gema, 1901, página 27.

segundo plano frente a los de producción. El consumo de los hombres desempeña un papel cada vez más reducido comparado con el consumo de los medios de producción."[178]

Incluso cuando Tugan ha tomado esta "ley fundamental" directamente de Marx, lo mismo que el resto de sus leyes "fundamentales" en cuanto representan algo tangible y exacto, tampoco está conforme con ella y se apresura a adoctrinar a Marx con la sabiduría de él recogida. Una vez más, Marx ha encontrado, como una gallina ciega, una perla, pero no sabe qué hacer con ella. Sólo Tugan-Baranowski ha sabido hacer fructífero para la ciencia el "fundamental" descubrimiento; en sus manos la ley hallada ilumina, de pronto, todo el engranaje de la economía capitalista. En esta ley del crecimiento de los medios de producción, a costa de los medios de consumo, se manifiesta de un modo claro, patente, exacto, mensurable, que para la sociedad capitalista el consumo de los medios de producción es cada vez más importante; que el capitalismo equipara al hombre a dichos medios de producción; que, por tanto, se equivocaba fundamentalmente Marx al suponer que sólo el hombre creaba plusvalía y la máquina no; que el consumo humano representa un límite para la producción capitalista, de donde tenían que resultar, hoy crisis periódicas, y mañana el derrumbamiento espantable de la economía capitalista.

En suma, en la "ley fundamental" del crecimiento de los medios de producción a costa de los medios de consumo, se refleja la sociedad capitalista con su ser específico, que Marx no había comprendido, y que ha sido descifrado, con fortuna, por Tugan-Baranowski.

Ya antes hemos visto qué papel decisivo desempeñaba la indicada "ley fundamental" capitalista en la controversia de los marxistas rusos con los escépticos. Sabemos lo que decía Bulgakof. Exactamente igual se expresa, en su polémica contra los "populistas", otro marxista, el ya citado Wladimir Ilich:

"Es sabido que la ley del desarrollo del capital estriba en que el capital constante crece más de prisa que el capital variable, o sea, que una cantidad mayor cada día de capitales de nueva formación va al sector de la economía pública que fabrica medios de producción. Por consiguiente, este sector crece necesariamente más de prisa que el de los artículos de consumo, es decir, ocurre precisamente lo que Sismondi declara "imposible", "peligroso", etc. Por lo tanto, los productos de consumo individual van ocupando un lugar menor cada día en la masa total de la producción capitalista. Y ello corresponde por entero a la "misión" histórica del capitalismo y a su específica estructura social: la primer estriba justamente en desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad (producción para la producción); la segunda excluye su utilización por la masa de la población."[179]

Como es natural Tugan-Baranowski va también en este punto más allá que los otros. Su afición a las paradojas le lleva, incluso, a suministrar matemáticamente la prueba de que la acumulación del capital y la ampliación de la producción son posibles, incluso con un retroceso absoluto del consumo. Aquí Kautsky le ha sorprendido en una maniobra poco correcta, que consiste en acomodar su atrevida deducción, exclusivamente, a un momento específico: al tránsito de la reproducción simple a la ampliada, momento que, teóricamente, sólo puede ser tomado como excepción, pero que, prácticamente, no hay por qué tener en cuenta.[180]

---

[178] Tugan-Baranowski, *Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, Gema, 1901, página 27.

[179] [Wladimir Illich, Lenin, *Obras Escogidas*, en doce tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1979. Tomo I, páginas 254-255 N d E] Wladimir Ilich. *Estudios y artículos económicos. Contribución a la caracterización del romanticismo económico*, Petersburgo, 1899, página 20. Al propio autor corresponde, por lo demás, la afirmación de que la reproducción ampliada sólo comienza con el capitalismo. Ilich no ha advertido que con la reproducción simple, que supone ley de todas las formas de producción precapitalista, probablemente no habríamos salido aún de la miseria paleolítica.

[180] *Die Neue Zeit*, año 2, "Teorías acerca de las crisis", página 116. Kautsky demuestra, con cifras, a Tugan, que por la prosecución del esquema de la reproducción ampliada, el consumo tiene que crecer necesaria y ciertamente, "y en la misma proporción exacta que el valor de los medios de producción." Esto requiere dos observaciones. En primer lugar, Kautsky no tiene en cuenta, como tampoco Marx en su esquema, el progreso de la productividad del trabajo, con lo cual, el consumo aparece, relativamente, mayor de lo que correspondería a la realidad. Pero, en segundo lugar, el crecimiento del consumo, a que Kautsky se refiere aquí, es consecuencia, resultado de la reproducción ampliada, no base y fin suyo: resulta principalmente del aumento del capital variable, del empleo creciente de nuevos obreros. El

Lo último, esto es, la opinión de que la producción de medios de producción es independiente del consumo, es, naturalmente, una ilusión propia de la economía vulgar de Tugan-Baranowski. Pero no así el hecho con el que quiere fundamentar este sofisma: el de que la sección de medios de producción crece más rápidamente que la de los medios de consumo. Este hecho no puede discutirse; no sólo con respecto a los países industriales antiguos, sino dondequiera que la producción esté dominada por el progreso técnico. En él descansa la ley fundamental más justa de la tendencia descendente de la tasa de beneficio. Pero, no obstante, o justamente por eso, es un gran error suponer, como Bulgakof, Ilich y Tugan-Baranowski, que con esta ley han descubierto la esencia específica de la economía capitalista, creyendo que, en ella, la producción es fin en sí misma y el consumo humano, meramente secundario.

---

sustento de estos obreros no puede considerarse como fin y misión de la ampliación de la reproducción, como tampoco el consumo personal creciente de la clase capitalista. Por tanto, la indicación de Kautsky destruye, sin duda, la particular ocurrencia de Tugan, que consiste en construir una reproducción ampliada junto con un descenso absoluto del consumo; en cambio, no toca la cuestión fundamental de la relación entre producción y consumo desde el punto de vista del proceso de reproducción. Es verdad que en otro pasaje del mismo trabajo leemos:

"Los capitalistas, y los obreros por ellos explotados, forman un mercado que crece constantemente con el aumento de la riqueza de los primeros y el numero de los últimos, pero no tan rápidamente como la acumulación del capital y la productividad del trabajo; y no constituye por si solo, mercado suficiente para los medios de consumo creados por la gran industria capitalista. Dicha industria ha de buscarse en un mercado suplementario, fuera de su terreno, en las sociedades y naciones que no producen todavía bajo forma capitalista. Lo encuentra, en efecto, y lo va ampliando cada vez más, pero tampoco con bastante rapidez. Pues este mercado suplementario no posee, ni con mucho, la elasticidad y capacidad de extensión del proceso de producción capitalista. Tan pronto como la producción capitalista se ha convertido en gran industria, como ocurría ya en Inglaterra en el primer cuarto del siglo XIX, adquiere la posibilidad de esta extensión a saltos, que al cabo de poco sobrepasa toda ampliación del mercado. Así todo período de prosperidad que sigue a una ampliación considerable del mercado, se halla condenado, de antemano, a vivir poco y la crisis es su fin necesario. Tal es, en breves rasgos, la teoría de las crisis fundada por Marx y aceptada por la generalidad de los marxistas "ortodoxos"." (lugar citado, página 80). Pero Kautsky no se ocupa de poner en armonía la concepción de la realización del producto total con el esquema marxista de la reproducción ampliada, quizá porque, como se deduce de la cita, trata exclusivamente el problema desde el punto de vista de las crisis; es decir, del producto social considerado como una masa indiferenciada de mercancías en su magnitud total; no desde el punto de vista de su engranaje en el proceso de reproducción.

L. Budín trata más de cerca esta última cuestión. "El plusproducto producido en los países capitalistas no ha dificultado (con algunas excepciones que se mencionarán más tarde) la marcha de las ruedas de la producción, porque la producción se halla distribuida más adecuadamente en las diversas esferas, o porque la producción de tejidos de algodón se haya convertido en una producción de máquinas, sino, porque, en virtud del hecho de que algunos países se han desarrollado en sentido capitalista antes que otros, y porque hay aún todavía países sin desarrollo capitalista, los países capitalistas cuentan con un mundo situado realmente fuera de ellos, al que pueden arrojar los productos que ellos no consumen, sin que importe que estos productos sean tejidos de algodón o artículos metalúrgicos." Con esto no se quiere, dice, que no tenga importancia el hecho de que en los principales países capitalistas los tejidos hayan dejado el puesto directivo a los productos metalúrgicos. Por el contrario, ello tiene la mayor importancia, pero su significación es completamente distinta de la que le atribuye Tugan Baranowski. Significa el principio del fin del capitalismo. "Mientras los países capitalistas exportaban mercancías para el consumo, había esperanza para el capitalismo en aquellos países. No se hablaba aún de cuál seria la capacidad adquisitiva del mundo no capitalista para las mercancías producidas por el capitalismo y del tiempo que duraría aún. El crecimiento de la fabricación de máquinas, a costa de los bienes de consumo, muestra que territorios que antes estaban fuera del capitalismo y servían, por tanto, de salida para su plusproducto, han entrado ahora en el engranaje del capitalismo; muestra que se desarrolla su propio capitalismo; que producen por sí mismos sus propios medios de consumo. Como se hallan. de momento, en el estado inicial de su desarrollo capitalista, necesitan todavía las máquinas producidas por el capitalismo. Pero pronto no las necesitarán ya. Fabricarán sus productos metalúrgicos del mismo modo que ahora fabrican sus tejidos y otros artículos de consumo. Entonces, no sólo dejarán de ser una salida para el plusproducto de los países propiamente capitalistas, sino que engendrarán a su vez un plusproducto, que difícilmente podrán colocar." (*Die Neue Zeit*, XXV, año 1. "Fórmulas matemáticas contra Carlos Marx", página 604.) Boudin abre, en este artículo, grandes horizontes en el aspecto del desarrollo del capitalismo internacional. Después llega, lógicamente, por este camino a la cuestión del imperialismo. Desgraciadamente, al final, desvía su agudo análisis confundiendo la producción militarista y el sistema de la exportación internacional de capital a países no capitalistas, bajo el mismo concepto de "dilapidación". Por lo demás, debe tenerse en cuenta que Boudin, lo mismo que Kautsky, considera como

El crecimiento del capital constante a costa del variable no es más que la expresión capitalista de los efectos de la productividad creciente del trabajo. La fórmula c + v, traducida del lenguaje capitalista al lenguaje del proceso del trabajo social, no significa más que esto: cuanto más elevada sea la productividad del trabajo, tanto más breve será el tiempo que se emplee para transformar una determinada cantidad de medios de producción en productos elaborados. Es ésta una ley general del trabajo humano que ha regido igualmente en todas las formas de producción precapitalista, como regirá, en el porvenir, en el orden social socialista. Expresada en la forma material que el producto total social adopte para el uso, esta ley ha de manifestarse en el aumento cada vez mayor de la jornada de trabajo social; en la elaboración de medios de producción y en la comparación con la elaboración de medios de consumo. Más aún; este desplazamiento habría de verificarse con bastante más rapidez aún, en una economía organizada con un criterio socialista y dirigida con arreglo a un plan, que en la actual sociedad capitalista. En primer término, la aplicación de la técnica racional científica en amplia escala dentro de la agricultura, sólo resulta posible una vez abolidos los límites territoriales de la sociedad privada. De aquí que habrá de sobrevenir, en una amplia esfera de la producción, una poderosa revolución cuyo resultado general será una amplia sustitución del trabajo vivo por el trabajo de la máquina y la promoción de grandes tareas de orden técnico, para las que hoy faltan las condiciones necesarias. En segundo lugar, el empleo de la máquina, en general, y el proceso de producción, tendrán una nueva base económica. Actualmente, la máquina no compite con el trabajo vivo, sino simplemente con la parte pagada del trabajo vivo. El límite inferior de la posibilidad del empleo de máquinas en la producción capitalista está dado por los gastos del trabajo por ellas sustituido. Es decir: para el capitalista, la máquina sólo tiene aplicación cuando sus gastos de producción (con el mismo rendimiento) son menores que los salarios de los obreros a quienes sustituyen. Desde el punto de vista del proceso del trabajo social (el único que puede decidir en la sociedad capitalista), la máquina ha de competir, no con el trabajo necesario para el sustento de los obreros, sino con el trabajo por ellos realizado. Esto quiere decir que para una sociedad en la que no decidan puntos de vista de beneficio de capital, sino el ahorro del trabajo humano, el empleo de la máquina sería ya económico cuando su fabricación costase menos trabajo que el ahorro que significa el trabajo vivo. Y prescindimos de que, en muchos casos en que entran en juego la salud y otros intereses de los trabajadores, las máquinas podrán aplicarse, incluso sin llegar a este límite mínimo del ahorro. En todo caso, la distancia entre la posibilidad de emplear económicamente las máquinas en la sociedad capitalista y en la socialista, es, por lo menos, igual a la diferencia de su trabajo vivo y su parte pagada, es decir, que ha de ser medida, exactamente, por la totalidad de la plusvalía capitalista.

Se sigue de aquí que, con la supresión del beneficio capitalista y la implantación de la organización social del trabajo, el límite de aplicación de las máquinas se desplaza de pronto en proporción a toda la magnitud de la plusvalía capitalista. Así se abrirá a su empleo un enorme campo inabarcable. Se mostrará entonces, palpablemente, que la forma de producción capitalista, que al parecer estimula el desarrollo extremo de la técnica, tiene de hecho, en el interés de su beneficio fundamental, una barrera social elevada frente al progreso técnico; y que derribada esta barrera, el progreso técnico aumentará con una potencia tal, que las actuales maravillas técnicas de la producción capitalista, parecerán juegos de niños.[181]

---

una ilusión de Tugan-Baranowski la ley conforme a la cual la sección de medios de producción crece más rápidamente que la de medios de consumo.

[181] Prescindiendo de las condiciones naturales, tales como la fertilidad del suelo, etc. Y de la destreza de los productores independientes y aislados (destreza que, sin embargo, suele traducirse más bien en la calidad que en la cantidad del producto), el *grado social de productividad del trabajo* se refleja en el *volumen relativo de medios de producción* que el obrero convierte en producto durante cierto tiempo y con la misma tensión de la fuerza de trabajo. La masa de medios de producción con que un obrero opera crece al crecer la productividad es su trabajo. Los medios de producción desempeñan aquí un doble papel. El incremento de unos es *efecto*, el de otros *condición* determinante de la creciente productividad del trabajo. Así, por ejemplo, con la división manufacturera del trabajo y la aplicación de maquinaria, se elabora más materia prima durante el mismo tiempo; es decir, el proceso de trabajo absorbe una masa mayor de materias primas y materias auxiliares. Esto es *efecto* de la creciente productividad del trabajo. De otra parte, la masa de maquinaria puesta en movimiento, de ganado de labor, de abonos minerales, de tubos de drenaje, etc., es *condición* de aquella productividad creciente. Y lo mismo la masa de medios de producción concentrados en los edificios, altos hornos, medios de transporte, etc. Pero se *condición* o *efecto*, el volumen creciente de los medios de producción comparado con la fuerza de trabajo que absorben expresa siempre la *productividad creciente del trabajo*. Por consiguiente, el *aumento* de esta se revela en la *disminución de la masa de trabajo, puesta en relación con la masa de medios de producción*

Expresado en la composición del producto social, este ímpetu técnico sólo puede significar que la producción de medios de producción en la sociedad capitalista (medida en jornadas de trabajo) ha de aumentar, con rapidez mayor que hoy, en comparación con la producción de medios de consumo. De este modo, la relación entre secciones de la producción social en que los marxistas rusos se figuraban haber descubierto una expresión específica de la maldad capitalista, del menosprecio de las necesidades del consumo humano, es, más bien, la expresión exacta del dominio progresivo de la naturaleza por el trabajo social; expresión que habrá de mostrarse con mayor relieve, justamente, cuando las necesidades humanas sean el único punto de vista decisivo de la producción. Así, pues, la única prueba objetiva de la "ley fundamental" de Tugan-Baranowski se desmorona como un *quid pro quo* "fundamental" y toda la construcción de que ha deducido la "nueva teoría de las crisis" junto con la "desproporcionalidad", se reduce a su base escrita, febrilmente copiada de Marx: al esquema de la reproducción ampliada.

---

movidos por ella, o sea, en la disminución de magnitud del factor subjetivo del proceso de trabajo, comparado con su factor objetivo." (Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, páginas 525 y 526. Y en otro pasaje: "Ya hemos visto que, al desarrollarse la productividad del trabajo y, por consiguiente, al desarrollarse también el sistema capitalista de producción (que contribuye más que todos los sistemas de producción anteriores al desarrollo de la fuerza social productiva del trabajo), crece constantemente la masa de los medios de producción (edificios, máquinas, etc.) incorporados de una vez para siempre al proceso y que figuran constante y reiteradamente en él, durante períodos más largos y más cortos, y que el incremento de estos medios es al mismo tiempo premisa y efecto del desarrollo de la fuerza social productiva del trabajo. El crecimiento no solo absoluto, sino relativo de la riqueza bajo esta forma (cfr. Libro I, cap. XXIII, 2 [pp. 525 ss.]) es lo que caracteriza, sobre todo, al sistema capitalista de producción. Pero las modalidades materiales de existencia del capital constante, los medios de producción, no consisten exclusivamente en estos medios de trabajo, sino también en materias primas en los más diversos grados de elaboración y en materias auxiliares. A medida que aumenta la escala de la producción y que se acentúa la fuerza productiva del trabajo a través de la cooperación, de la división del trabajo, de la maquinaria, etc., crece la masa de las materias primas, de las materias auxiliares, etc., absorbidas por el proceso diario de reproducción." (Carlos Marx, *El Capital*, Tomo II, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, página 125)

CAPÍTULO XXIV
El ocaso del marxismo "legal" ruso

Es un mérito del marxismo "legal" ruso y, en particular, de Tugan-Baranowski, haber hecho fructífero para la ciencia el análisis del proceso de reproducción social y su exposición esquemática hechos por Marx en el segundo tomo de *El Capital.* Pero como Tugan-Baranowski tomó como solución del problema esa exposición esquemática que no era más que su planteamiento, llegó a conclusiones que contradicen los fundamentos mismos de la doctrina de Marx.

La concepción de Tugan, conforme a la cual la producción capitalista puede crear por sí sola un mercado ilimitado, siendo al mismo tiempo independiente del consumo, le lleva directamente a la teoría Say-Ricardo del equilibrio natural entre producción y consumo, demanda y oferta. La diferencia está sólo en que la teoría Say-Ricardo se movía exclusivamente en el terreno de la circulación simple de mercancías, al paso que Tugan traslada, sencillamente, la misma concepción a la circulación del capital. Su teoría de que las crisis proceden de "desproporcionalidad" no es, en el fondo, más que una paráfrasis de la antigua vulgaridad de Say: "Que se haya producido demasiado de alguna mercancía, sólo prueba que se ha producido demasiado poco de otras mercancías." Sólo que Tugan recita esta vulgaridad en el lenguaje del análisis marxista del proceso de reproducción. Y si, frente a Say, declara posible la superproducción general, haciendo referencia a la circulación del dinero, completamente olvidada por aquél, las operaciones que Tugan realiza con el esquema de Marx se basan, de hecho, sobre el mismo olvido de la circulación del dinero en que cayeron Say y Ricardo, al plantear el problema de las crisis. El esquema número 2 se llena en seguida de espinas cuando se comienza a transportarlo a la circulación de dinero. Con ellas ha tropezado Bulgakof al intentar llevar a su término el análisis interrumpido de Marx. A esta combinación de fórmulas tomadas de Marx y animadas con teorías de Say y Ricardo, es a lo que Tugan-Baranowski ha llamado modestamente el "intento de síntesis de la teoría marxista y la economía política clásica."

Así, la teoría optimista, que defendía la posibilidad y capacidad de desarrollo de la producción capitalista contra las dudas pequeño burguesas, vino a parar, al cabo de un siglo, y por sobre la teoría de Marx, a manos de sus defensores legales, a su punto de partida: a Ricardo. Los tres "marxistas" desembarcan al lado de los "armonistas" burgueses de la buena época, muy cerca del pecado original que acaba con el paraíso de la inocencia de la economía política burguesa; se ha cerrado el círculo.

Los marxistas rusos "legales" han vencido, indiscutiblemente, a sus adversarios, los "populistas"; pero han ido muy lejos. Los tres (Struve, Bulgakof, Tugan-Baranowski), en el ardor de la refriega, han probado más de lo que era menester. Se dilucidaba si el capitalismo en general, y en particular en Rusia, era susceptible de desarrollo, y los mencionados marxistas han expuesto tan profundamente esta capacidad, que han probado incluso la posibilidad de la eterna duración del capitalismo. Está claro que, aceptada la acumulación ilimitada del capital, queda probada también la viabilidad ilimitada de éste. La acumulación es el método capitalista específico de ampliación de la producción; de desarrollo de la productividad del trabajo de las fuerzas productivas; de progreso económico. Si la forma de producción capitalista es capaz de asegurar el incremento ilimitado de las fuerzas productivas, o el proceso económico, es insuperable. La fundamentación objetiva más importante de la teoría socialista científica se viene abajo. La acción política del socialismo, el contenido ideal de la lucha de clases proletaria, cesa de ser un reflejo de fenómenos económicos; el socialismo cesa de ser una necesidad histórica. La argumentación que había partido de la posibilidad del capitalismo, desemboca en la imposibilidad del socialismo.

Los tres marxistas rusos se daban perfectamente cuenta del cambio de terreno que se había producido en la contienda. Struve no se preocupa gran cosa de la pérdida de su creencia

jubilosa en la misión cultural del capitalismo.[182] Bulgakof trató de tapar, de cualquier modo, el agujero abierto en la teoría socialista con otros fragmentos de esta teoría: esperaba que la economía capitalista se viniese abajo, a pesar del equilibrio inmanente entre producción y mercado, por el descenso de la tasa de beneficio. Pero este consuelo, un tanto nebuloso, es destruido, al final, por el propio Bulgakof, cuando olvidando, de pronto, la última tabla de salvación que ofrecía al socialismo, le enseña a Tugan-Baranowski que el descenso relativo de la tasa de beneficio, en los grandes capitales, se compensa con el crecimiento absoluto del capital.[183]

Finalmente, Tugan-Baranowski, el más consecuente de todos, derriba, con la recia alegría de un hijo primitivo de la naturaleza, todas las columnas económicas objetivas sobre las que se asienta la teoría socialista, y reconstruye "un mundo más bello" sobre la base de la "ética". "El individuo protesta contra un orden económico que transforma el fin (el hombre) en medio, y el medio (la producción) en fin."[184]

Los tres marxistas mencionados han podido comprobar en sus propias personas, cómo de inconsistentes eran los nuevos fundamentos del socialismo, pues apenas habían fundado un nuevo socialismo, le volvieron la espalda. Mientras las masas rusas luchaban exponiendo su vida por los ideales de un orden social que ha de poner al fin (el hombre) sobre el medio (la producción), "el individuo" se apartó de la pelea y halló en Kant entera tranquilidad filosófica y ética. Los marxistas legales y rusos acabaron, prácticamente, allí donde les llevaba su posición teórica: en el campo de las "armonías" burguesas.

---

[182] En una colección de sus artículos publicada en 1901 dice en el prólogo: "El año 1894, cuando el autor publicó sus *Notas críticas acerca de la cuestión del desarrollo económico de Rusia* era, en filosofía, positivista crítico, en sociología y economía política, marxista declarado, aunque en modo alguno ortodoxo. Desde entonces, tanto el positivismo como el marxismo sobre él asentado (!) han dejado de ser la verdad para el autor; han dejado de determinar plenamente su concepción del mundo. Se ha visto obligado a buscar y elaborar, por su cuenta, un nuevo sistema de pensamientos. El dogmatismo perverso, que, no sólo contradice a los que piensan de otro modo, sino que además les somete a un espionaje moral y psicológico, no ve, en semejante trabajo, más que "inestabilidad epicúrea de las ideas". No es capaz de comprender que el derecho de la crítica de sí mismo, es uno de los derechos más caros del individuo vivo pensante. El autor no piensa renunciar a este derecho aunque le amenace el peligro de verse acusado de "inestabilidad"." (*Sobre diversos temas*, Petersburgo, 1901)

[183] S. Bulgakof, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, Moscú, 1897, página 252.

[184] Tugan-Baranowski, *Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, Gema, 1901, página 229.

TERCERA PARTE
Las condiciones históricas de la acumulación

CAPÍTULO XXV
Contradicciones del esquema de la reproducción ampliada

En el primer capítulo hemos establecido que el esquema marxista de la acumulación no da respuesta alguna a la cuestión de saber para quién se realiza en realidad la reproducción ampliada.

Si se toma el esquema literalmente, tal como se desarrolla al final del segundo tomo, parece que la producción capitalista realizase exclusivamente, ella misma, la totalidad de su plusvalía y dedicase a sus necesidades propias la plusvalía capitalizada. Marx lo confirma después con su análisis del esquema en el que intenta, repetidas veces, realizar la circulación de este esquema sólo con dinero, es decir, con la demanda de los capitalistas y los obreros; intento que le conduce, finalmente, a introducir los productores de oro, como *deus ex machina*, en la reproducción. Se agrega también aquel pasaje tan importante del primer tomo de *El Capital* que ha de ser interpretado en el mismo sentido: “En primer lugar, la producción anual debe suministrar todos aquellos objetos (valores de uso) con los que han de reponerse los elementos materiales del capital consumidos en el transcurso del año. Deducidos estos elementos, queda el producto neto o producto excedente que encierra la plusvalía. ¿En qué consiste este producto excedente? ¿Acaso en objetos destinados a satisfacer las necesidades y los apetitos de la clase capitalista y a entrar, por tanto, en su fondo de consumo? Si fuese así, la plusvalía se gastaría toda ella alegremente, sin dejar rastro, y no habría margen más que para la reproducción simple. Sin dejar rastro, y no habría margen más que para la reproducción simple.”

“Para acumular, es forzoso convertir en capital una parte del trabajo excedente. Pero, sin hacer milagros, sólo se pueden convertir en capital los objetos susceptibles de ser empleados en el proceso de trabajo, es decir, los medios de producción, y aquellos otros con que pueden mantenerse los obreros, o sean, los medios de vida. Por consiguiente, una parte del trabajo excedente anual deberá invertirse en crear los medios de producción y de vida adicionales, rebasando la cantidad necesaria para reponer el capital desembolsado. En una palabra, la

plusvalía sólo es susceptible de transformarse en capital, porque el producto excedente cuyo valor representa aquélla, encierra ya los elementos materiales de un nuevo capital."[185]

Aquí se exigen las siguientes condiciones para la acumulación:

1.- La plusvalía destinada a la capitalización se presenta, desde su origen, bajo la forma material de medios de producción suplementarios y de medios de subsistencia adicionales para los obreros.

2.- La ampliación de la producción capitalista se realiza, exclusivamente, con medios de producción y de subsistencia propios, es decir producidos por capitalistas.

3.- Las dimensiones de la ampliación de la producción (de la acumulación) están dadas, de antemano, por la cantidad de plusvalía destinada a ser capitalizada. No puede sobrepasarla puesto que está ligada a la cantidad de medios de producción y de subsistencia que constituyen el plusproducto; menos aun puede ser inferior ya que una parte del plusproducto quedaría sin poder usarse bajo su forma material. Las oscilaciones, ya sean por debajo ya sean por arriba, de esta norma pueden provocar fluctuaciones y crisis periódicas que dejamos aquí a un lado. De media, el plusproducto destinado a la capitalización debe corresponder a la acumulación efectiva.

4.- Como la producción capitalista compra ella misma en exclusiva su plusproducto, no hay límite a la acumulación del capital.

A estas condiciones corresponde también el esquema marxista de la reproducción ampliada. Según él, la acumulación se verifica sin que se perciba lo más mínimo, para quién ni para qué nuevos consumidores se amplía cada vez más la producción. El esquema presupone esta marcha: la industria carbonífera es incrementada para ampliar la producción de hierro; ésta se amplía para ampliar la producción de maquinaria; ésta se amplía para ampliar la producción de medios de consumo; ésta, a su vez, se amplía para sostener el ejército creciente de obreros del carbón, del hierro y de la maquinaria. Y, así, en círculo *ad infinitum* conforme a la teoría de Tugan-Baranowski. Que el esquema de Marx, considerado en sí mismo permite, de hecho tal interpretación, no prueba más que la mera circunstancia de que Marx, según sus propias y repetidas afirmaciones, trata de exponer el proceso de acumulación del capital total en una sociedad compuesta únicamente de capitalistas y obreros. Los pasajes que hacen a ello referencia se encuentran en todos los tomos de *El Capital*.

En el primer tomo, justamente en el capítulo acerca de la "Conversión de la plusvalía en capital" dice: "Para enfocar el objeto de nuestra investigación en toda su pureza, libre de todas las circunstancias concomitantes que puedan empañarlo, tenemos que enfocar aquí todo el mundo comercial como si fuese una sola nación y admitir que la producción capitalista se ha instaurado ya en todas partes y se ha adueñado de todas las ramas industriales sin excepción."[186]

En el segundo tomo vuelve a presentarse la suposición. Así, se dice en el capítulo XVII acerca de la circulación de la plusvalía:

"A partir de ahora, sólo existen dos puntos de partida: el capitalista y el obrero. Todas las demás categorías de personas tienen que obtener el dinero para los servicios que presten de estas dos clases o son en la medida en que lo perciban sin contraprestación alguna, coposeedores de plusvalía en forma de renta, de interés, etc. […] Por consiguiente, para nuestro caso es como si el capitalista fuese poseedor único y exclusivo de la plusvalía."[187]

Más adelante, en el mismo capítulo, refiriéndose especialmente a la circulación de dinero bajo el supuesto de la acumulación, se dice:

---

[185] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1972, página 489.
[186] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1972, página 489, nota 2 a pie de página.
[187] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, páginas 298 y 299.

"Pero la dificultad surge cuando partimos del supuesto no de una acumulación parcial, sino de la acumulación general del capital-dinero entre la clase capitalista en su conjunto. Fuera de esta clase no existe, según el supuesto de que aquí se parte (régimen general y exclusivo de producción capitalista), más clase que la obrera."[188]

Lo mismo se repite una vez más en el capítulo XX: "… aquí sólo existen dos clases: la clase obrera, que no dispone más que de su fuerza de trabajo, y la clase capitalista, monopolizadora tanto de los medios de producción como de dinero."[189]

En el tercer tomo, al exponer el proceso total de la producción capitalista, dice Marx claramente:

"Supongamos que toda la sociedad esté formada simplemente por capitalistas industriales y obreros asalariados. Prescindamos asimismo de los cambios de precios, que impiden a grandes porciones del capital total de la sociedad reponerse en sus proporciones medias y que, dada la trabazón general de todo el proceso de reproducción, tal como se desarrolla gracias al crédito, tiene necesariamente que provocar siempre paralizaciones generales transitorias. Prescindamos también de los negocios ficticios y de las operaciones especulativas, que el sistema de crédito estimula. En estas condiciones, las crisis sólo podrían explicarse por una desproporción entre las diversas ramas de a producción y por la desproporción entre el consumo de los capitalistas mismo y su acumulación. Pero, tal como se plantean en realidad las cosas, la reposición de los capitales invertidos en la producción dependen en gran parte de la capacidad de consumo de las clases no productivas, mientras que la capacidad de consumo de los obreros se halla limitada en parte por la leyes del salario y en parte por el hecho de que estas leyes sólo se aplican en la medida en que su aplicación sea beneficiosa para la clase capitalista."[190] Esta última cita se refiere también a la cuestión de las crisis, que a nosotros no nos interesan, pero que nos sirven en cuanto muestran de un modo inequívoco que Marx, "tal como están las cosas", sólo hace depender el movimiento del capital total, de tres categorías de consumidores: capitalistas, obreros y "clases no productivas"; es decir, del séquito de la clase capitalista ("rey, cura, profesor, prostituta soldado"), que en el tomo II son considerados, con pleno derecho, como meros representantes de un poder de compra derivado y, por tanto, como cooperante en el consumo de la plusvalía o del salario.

Finalmente, en las *Teorías sobre la plusvalía*, tomo II, 2ª parte, Marx formula del modo siguiente las hipótesis generales bajo las cuales considera la acumulación en el capítulo "Acumulación de capital y crisis".

"Sólo tenemos que considerar aquí las formas porque atraviesa el capital en sus diversas etapas de desarrollo. No exponemos, pues, las circunstancias reales dentro de las cuales se realiza el proceso de producción efectivo. Se supone siempre que la mercancía se vende conforme a su valor. No se tiene en cuenta la concurrencia de los capitalistas, ni el crédito, ni la constitución real de la sociedad, que no está compuesta, en modo alguno, exclusivamente, de las clases obrera y capitalista, y en la que, por consiguiente, consumidores y productores no son idénticos, sino que la primera categoría (la de los consumidores), cuyos ingresos derivados del beneficio y el salario son, en parte, secundarios, no primitivos, es mucho más amplia que la segunda (la de los productores), por lo cual, la manera como gasta sus ingresos y la cuantía de los mismos son causa de grandes modificaciones en el presupuesto económico y, particularmente, en el proceso de circulación y reproducción del capital." Por consiguiente, también aquí, cuando habla de la "constitución real de la sociedad", Marx sólo considera a los que colaboran en el consumo de la plusvalía y del salario, es decir, únicamente, al séquito de las categorías capitalistas fundamentales.

Así, pues, no cabe duda alguna de que Marx quería exponer el proceso de la acumulación en una sociedad compuesta exclusivamente de capitalistas y trabajadores, bajo el dominio general y exclusivo de la forma de producción capitalista. En tales términos, su esquema no puede tener otra interpretación que la de la producción por la producción misma.

---

[188] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 311.
[189] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo II, FCE, México, 1972, página 375.
[190] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo III, FCE, México, 1972, páginas 454 y 455.

Recordemos el segundo ejemplo del esquema marxista de la reproducción ampliada.

Primer año

5.000 c + 1.000 v + 1.000 p = 7.000 (medios de producción)
1.430 c + 285 v + 285 p = 2.000 (medios de consumo)
9.000

Segundo año

5.417 c + 1.083 v + 1.083 p = 7.583 (medios de producción)
1.583 c + 316 v + 316 p = 2.215 (medios de consumo)
9.798

Tercer año

5.869 c + 1.173 v + 1.173 p = 8.215 (medios de producción)
1.715 c + 342 v + 342 p = 2.399 (medios de consumo)
10.614

Cuarto año

6.358 c + 1.271 v + 1.271 p = 8.900 (medios de producción)
1.858 c + 371 v + 371 p = 2.600 (medios de consumo)
11.500

Aquí la acumulación progresa, ininterrumpidamente, de año en año, de manera que la mitad de la plusvalía conseguida es consumida por los capitalistas, y la mitad capitalizada. En la capitalización se postula, constantemente, la misma base técnica, tanto para el capital adicional, como para el original, es decir, la misma composición orgánica o división en capital constante y variable, y la misma cuota de explotación (igual siempre al 100 por 100). La parte capitalizada de la plusvalía conforme al supuesto marxista del primer tomo de *El Capital*, viene al mundo, de antemano, en forma de medios de producción adicionales y medios de subsistencia de los trabajadores. Ambos sirven para aumentar, cada vez más, la producción, tanto en el capítulo primero como en el segundo. De las suposiciones del esquema marxista, no se deduce para quién se realiza este aumento de la producción. Cierto que, junto con la producción, aumenta también el consumo de la sociedad; aumenta el consumo de los capitalistas (en el primer año asciende en valor a 500 + 142, en el segundo a 542 + 158, en el tercero a 586 + 171, en el cuarto a 635 + 185) y aumenta también el consumo de los trabajadores; su expresión exacta, en valor, es el capital variable que crece, de año en año, en ambos capítulos. Pero (prescindiendo de todo lo demás), en todo caso, el consumo creciente de la clase capitalista no puede considerarse como fin de la acumulación; por el contrario, en tanto este consumo se realiza y crece, no se verifica acumulación alguna; el consumo personal de los capitalistas cae en el punto de vista de la reproducción simple. Más bien se pregunta: ¿para quién producen los capitalistas lo que ellos no consumen; aquello de que se "privan", es decir, lo que acumulan? Menos puede ser aún el sustento de un ejército cada vez mayor de obreros, el fin de la acumulación constante de capital. El consumo de los trabajadores es, en el régimen capitalista, una consecuencia de la acumulación; nunca su medio ni su fin. Lo contrario sería invertir los fundamentos de la producción capitalista. En todo caso, los obreros sólo pueden consumir aquella parte del producto que corresponde al capital variable, y nada más. ¿Quién realiza, pues, la plusvalía que crece constantemente? El esquema responde: los capitalistas mismos y sólo ellos. ¿Y qué hacen con su plusvalía creciente? El esquema responde: la utilizan para ampliar más y más su producción. Estos capitalistas son, pues, fanáticos de la ampliación de la producción por la ampliación de la producción misma. Hacen construir constantemente nuevas máquinas para construir con ellas, a su vez, nuevas máquinas. Pero lo que de este modo resultará no es una acumulación del capital, sino una producción creciente de medios de producción sin fin alguno, y es necesaria la osadía de Tugan-Baranowski, y su amor a las paradojas, para suponer que este carrusel incesante, en el espacio vacío, puede ser fiel espejo teórico de la realidad capitalista y una verdadera consecuencia de la doctrina marxista.[191]

[191] "No son nunca los pensadores originales los que sacan consecuencias absurdas. Dejan esta tarea a los Say y MacCuclloch." (*El Capital*, Tomo II). Y a los… Tugan-Baranowski, añadimos nosotros.

Aparte del proyecto de análisis de la reproducción ampliada, interrumpido en sus comienzos, y que encontramos en el segundo tomo de *El Capital*, Marx ha expuesto muy detallada y claramente su propia concepción del curso característico de la acumulación capitalista en toda su obra, particularmente en el tomo tercero. Y basta ahondar en esta concepción para percibir que el esquema inserto al final del segundo tomo, es insuficiente.

Si se examina el esquema de la producción ampliada, desde el punto de vista de la teoría de Marx, necesariamente se ha de ver que se encuentra en varios aspectos en contradicción con ella.

Ante todo, el esquema no tiene para nada en cuenta la productividad creciente del trabajo. Presupone de año a año, a pesar de la acumulación, la misma composición del capital, es decir, los mismos fundamentos técnicos del proceso de producción. Este procedimiento, es, en sí mismo, aceptable para simplificar el análisis. Pero haber prescindido de las modificaciones de la técnica, que corren paralelas al proceso de la acumulación del capital y son inseparables de él, ha de tenerse en cuenta, por lo menos ulteriormente, cuando se investigan las circunstancias objetivas de la realización del producto social total y de la reproducción. Pero, si se tienen en cuenta los progresos de la productividad del trabajo, se ve que la masa material del producto social (medios de producción y de consumo) crece todavía mucho más rápidamente que su valor, como muestra el esquema. El otro aspecto de este crecimiento de la masa de los valores de uso es, también, una modificación de las relaciones de valor. Según la argumentación marxista, que constituye una de las bases capitales de su teoría, el desarrollo progresivo de la productividad del trabajo se manifiesta en que, al aumentar la acumulación del capital, no pueden permanecer constantes la composición del capital ni el coeficiente de plusvalía, como se supone en el esquema marxista.

Por el contrario, con el progreso de la acumulación, *c* (capital constante) hace crecer en ambas secciones, no sólo en absoluto, sino también relativamente, a *v* + *p*, o sea, al valor nuevo total creado (expresión social de la productividad de trabajo); al mismo tiempo, tiene que crecer el capital constante en relación con el capital variable, y, asimismo, la plusvalía en relación con el capital variable o coeficiente de plusvalía (expresión capitalista de la productividad del trabajo). No importa que estos desplazamientos no se verifiquen literalmente todos los años, del mismo modo que las designaciones "primero, segundo, tercer año, etc.", del esquema de Marx no se refieren, necesariamente, al año astronómico, pudiendo significar períodos de tiempo cualesquiera. Finalmente, las modificaciones en la composición del capital, así como en el co-eficiente de plusvalía, pueden situarse, a voluntad, en el primero, tercero, quinto, etc., año, o en el segundo, sexto, noveno, etcétera. Sólo importa que, en general, y en cuanto a su aparición periódica, se les tenga en cuenta. Si se completa así el esquema, resultará que, incluso con este método de acumulación, habrá de surgir, cada año, un déficit creciente de medios de producción y un excedente creciente de medios de consumo. Ciertamente, Tugan-Baranowski, que sobre el papel vence todas las dificultades, recurre, sencillamente, a construir un esquema con otras proporciones, disminuyendo el capital variable de año a año en un 25 %. Como el papel soporta pacientemente este ejercicio aritmético, Tugan se cree con derecho a considerar "probado" que, incluso con una disminución absoluta del consumo, la acumulación marcha como una seda. Pero, finalmente, el propio Tugan tiene que aceptar que su afirmación de la disminución absoluta del capital variable se encuentra en crasa contradicción con la realidad. A la inversa, el capital variable crece en términos absolutos en todos los países capitalistas, sólo que decrece relativamente en proporción con el crecimiento más rápido aún del capital constante. Si suponemos, conforme a la verdadera marcha de las cosas, que de año a año se verifica un crecimiento más rápido del capital constante y uno más lento del capital variable, y aumenta asimismo el coeficiente de plusvalía, se pondrá de manifiesto una desproporción entre la composición material del producto social y la composición de valor del capital. Supongamos, por ejemplo, que en el esquema de Marx, en vez de la proporción permanente entre el capital constante y el variable = 5 : 1, ponemos una composición progresiva más elevada para el crecimiento del capital: en el segundo año, 6 : 1; en el tercero, 7 : 1; en el cuarto, 8 : 1. Supongamos también que, correspondiendo a la mayor productividad del trabajo, aceptamos un coeficiente de plusvalía creciente, en vez de la tasa estable de 100 por 100, y pongamos, a pesar del crecimiento relativo del capital variable, la plusvalía aceptada, en cada caso, en el esquema de Marx. Partamos, finalmente, de la capitalización de la mitad de la plusvalía

apropiada, (exceptuado el sección II, que en primer año ha capitalizado, según el supuesto de Marx, más de la mitad, esto es, 184 de 285 *p*). En tal caso obtendremos el siguiente resultado:

Primer año

5.000 c + 1.000 v + 1.000 p = 7.000 (medios de producción)
1.430 c + 285 v + 285 p = 2.000 (medios de consumo)

Segundo año

5.428 4/7 c + 1.071 3/7 v + 1.083 p = 7.583
1.587 5/7 c + 311 2/7 v + 316 p = 2.215

Tercer año

5.903 c + 1.139 v + 1.173 p = 8.215
1.726 c + 331 v + 342 p = 2.399

Cuarto año

6.424 c + 1.205 v + 1.271 p = 8.900
1.879 c + 350 v + 371 p = 2.600

Si la acumulación se hiciera de este modo resultaría un déficit de medios de producción de 16 en el segundo año; en el tercero, de 45; en el cuarto, de 88, y, al mismo tiempo, un excedente de medios de consumo en el segundo año de 16, en el tercero, de 45, en el cuarto, de 88.

El déficit en medios de producción puede ser, en parte, aparente. A consecuencia de la creciente productividad del trabajo, el crecimiento de la masa de los medios de producción es más rápido que el de su valor; o dicho de otro modo: sobreviene el abaratamiento de los medios de producción. Pero como en el desarrollo de la técnica de la producción, lo que importa, ante todo, no es el valor, sino el valor de uso, los elementos materiales del capital, a pesar del déficit de valor, pueden ser aceptados hasta cierto punto, con tal que haya una masa suficiente de medios de producción para una acumulación progresiva. Es el mismo fenómeno que, entre otras cosas, contiene la caída de la tasa de beneficio y hace que sólo sea una tendencia. Según nuestro ejemplo, sin embargo, el descenso de la tasa de beneficio no estaría contenido, sino totalmente suprimido. En cambio, la misma circunstancia indica que es mucho mayor el excedente de medios de consumo sin salida, que el que se deduce de la suma de valores de este excedente. No cabría más solución que, o bien obligar a los capitalistas de la sección II a consumir ellos mismos este excedente, lo que suele hacer con ellos Marx, con lo cual la ley de la acumulación para estos capitalistas tomaría la dirección de la reproducción simple, o bien declarar que no hay salida para este excedente.

Cabe replicar, ciertamente, que puede remediarse con facilidad el déficit de medios de producción que resultaba en nuestro ejemplo: bastaría con suponer que los capitalistas de la sección I capitalizan, en mayor grado, su plusvalía. De hecho, no hay ninguna razón para suponer que los capitalistas sólo conviertan en capital la mitad de su plusvalía, como supone Marx en su ejemplo. Al progreso de la productividad del trabajo puede corresponder una tasa creciente de la plusvalía capitalizada. Esta conclusión es tanto más admisible, cuanto que una de las consecuencias del progreso técnico es el abaratamiento de los medios de consumo de la clase capitalista, de tal modo, que la relativa disminución de valor de la renta por ellos consumida (en relación con la parte capitalizada), puede manifestarse en el mismo nivel de vida o incluso en un nivel más elevado. Así, pues, podemos suponer, por ejemplo, que el déficit de medios de producción de la sección I, se cubre por el traslado correspondiente de una parte de la plusvalía consumida (que, como todas las partes del valor del producto, viene aquí, al mundo, en forma de medios de producción) en capital constante; en el segundo año, en la cuantía de 11 417; en el tercero, de 34; en el cuarto, de 66.[192] Pero la solución de una dificultad

[192] Estas cifras resultan como diferencia entre la magnitud supuesta al capital constante de la sección I con una técnica progresiva y la magnitud que se la atribuye en el esquema de Marx (*El Capital*, Tomo II), en el que permanece sin alterar la técnica.

sólo sirve para aumentar la otra. Claramente se ve que, cuanto más limiten, relativamente, su consumo los capitalistas de la sección I, para hacer posible la acumulación, tanto más aparecerá en la sección II un resto de medios de consumo que no encontrará salida, y aumentará, por tanto, la dificultad de incrementar el capital constante, ni incluso siquiera sobre la base técnica anterior. El supuesto: relativa limitación progresiva del consumo por los capitalistas de la sección I, debiera complementarse con otro supuesto: relativo aumento productivo del consumo privado de los capitalistas de la sección II; el aceleramiento de la acumulación en la primera sección, por su retraso en la segunda; el progreso de la técnica en una, por el retroceso en la otra.

Estos resultados no son casuales. Lo que nos proponíamos ilustrar en nuestros anteriores intentos con el esquema de Marx es lo siguiente: según el mismo Marx, el progreso de la técnica ha de expresarse en el crecimiento relativo del capital constante en comparación con el variable. Resulta de aquí la necesidad de una modificación constante en la distribución de la plusvalía capitalizada entre *c* y *v*. Pero las capitalistas del esquema marxista no están en situación de alterar a su antojo esta distribución; pues, en la capitalización, se hallan ligados de antemano a la forma real de su plusvalía. Como, según el supuesto de Marx, toda la ampliación de la producción se verifica, exclusivamente, con los propios medios de producción y consumo elaborados en forma capitalista (no existen otros centros ni formas de producción); como no existen tampoco más consumidores que los capitalistas y obreros de ambos capítulos, y como, por otra parte, se supone que el producto total de ambos capítulos entre, completo, en la circulación, el resultado es el siguiente: la conformación técnica de la reproducción ampliada le está rigurosamente prescrita, de antemano, a los capitalistas con la forma real del plusproducto. O en otras palabras: la ampliación de la producción, según el esquema marxista, sólo puede realizarse, en cada caso, sobre una base técnica tal, que toda la plusvalía elaborada en las secciones I y II encuentre aplicación, debiendo tenerse en cuenta, además, que ambas secciones sólo pueden llegar a sus respectivos elementos de producción, por cambio mutuo. De este modo, la distribución de la plusvalía que ha de capitalizarse entre el capital constante y el variable, así como la distribución de los medios de producción y de consumo (de los trabajadores) excedentes entre las secciones I y II, se hallan en cada caso predeterminadas, de antemano, por las relaciones reales y de valor de ambas secciones del esquema. Pero estas relaciones reales y de valor expresan ya, por sí solas, una conformación técnica de la producción perfectamente determinada. Queda dicho con esto que, al proseguirse la acumulación bajo los supuestos del esquema marxista, la técnica de la producción dada para cada caso determina ya, de antemano, la técnica de los períodos siguientes de la reproducción ampliada. Es decir: si suponemos, con el esquema de Marx, que la ampliación de la producción capitalista sólo se realiza con la plusvalía previamente producida en forma de capital; si suponemos, además (lo que no es más que otro aspecto del mismo supuesto), que la acumulación de una sección de la producción capitalista progresa con rigurosa dependencia de la acumulación de la otra sección, resultará que es imposible una modificación de las bases técnicas de la producción (tal como se expresa en la relación de *c* a *v*).

Esto mismo puede decirse también de otro modo. Es claro que la composición orgánica progresivamente superior del capital, es decir, el mayor crecimiento del capital constante en comparación con el variable, tiene que hallar su expresión material en el mayor crecimiento de la producción de medios de producción (sección I) en comparación con la producción de medios de consumo (sección II). Semejante discrepancia, en el ritmo de la acumulación de ambos ambas secciones, queda absolutamente excluida por el esquema de Marx, que descansa en su rigurosa uniformidad. Nada se opone a suponer que, con el progreso de la acumulación y su base técnica, la sociedad invierta constantemente una porción mayor de plusvalía capitalizada en la sección de los medios de producción, en vez de invertirla en la de los medios de consumo. Puesto que ambas secciones de la producción sólo son ramas de la misma producción social total, o, si se quiere, explotaciones parciales del capitalista total, nada puede objetarse, al supuesto del desplazamiento constante de una parte de la plusvalía acumulada (conforme a las exigencias técnicas) de una sección a otra. Esto corresponde también a la práctica efectiva del capital. Pero este caso sólo es posible cuando se trate de la plusvalía destinada a la capitalización como dimensión del valor. Pero en el esquema marxista y sus derivaciones, esta parte de plusvalía está ligada a una forma material destinada, directamente, a la capitalización. Así, la plusvalía de la sección II se expresa en medios de consumo. Y como éstos sólo pueden ser realizados por la sección I, el desplazamiento

propuesto de una parte de la plusvalía capitalizada de la sección II a la I, tropieza, en primer lugar, con la forma material de esta plusvalía con la que, evidentemente, nada puede hacer la sección I, y, en segundo lugar, con las relaciones de cambio entre ambas secciones, que dan como resultado que al desplazamiento de una parte de la plusvalía en productos de la sección II a la I, haya de responder un desplazamiento de igual valor de productos de la sección I a la II. Por tanto, el mayor crecimiento de la sección I, en comparación con la II, no puede conseguirse, en ningún caso, dentro del esquema marxista.

Por consiguiente, sea cualquiera la manera como consideremos el desplazamiento técnico de la forma de producción en el curso de la acumulación, el esquema de Marx no puede imponerse sin sacar de quicio sus relaciones fundamentales.

Pero, además de esto, conforme al esquema de Marx, la plusvalía capitalizada, en cada caso pasa, inmediata y totalmente, en el período de producción siguiente, a la producción, ya que para ello asume de antemano la forma natural que sólo permite su empleo (salvo la porción consumible) de esta manera. Conforme a este esquema no hay posibilidad de formar y atesorar plusvalía en forma de dinero como capital que busca inversión. El propio Marx enumera para el capital individual las siguientes formas monetarias libres, en cada caso, del capital: en primer lugar, la lenta obtención de dinero que corresponde al desgaste del capital fijo y se halla destinado a su renovación ulterior; en segundo lugar, las sumas de dinero que representan la plusvalía realizada, pero que no han alcanzado aún la magnitud mínima exigible para su inversión. Ambas fuentes del capital libre en forma de dinero, no tienen importancia desde el punto de vista del capital total. Pues, si consideramos sólo una parte de la plusvalía social realizada en forma de dinero y que busca colocación, surgirá, en seguida, la cuestión: ¿quién le ha quitado a esta parte la forma natural y quién ha dado el dinero para ello? Se puede responder: otros capitalistas. Pero en la clase de los capitalistas, tal como se expresa en el esquema, esta parte de la plusvalía ha de considerarse como de hecho invertida, como empleada en la producción, y volvemos, así, a la inversión inmediata y total de la plusvalía.

O bien, que una parte de la plusvalía se fije en ciertos capitalistas, en forma de dinero, significa que una parte correspondiente de plusproducto ha quedado, en su forma material, en manos de otro capitalista. El almacenamiento del valor de la plusvalía realizada en el uno, significa que el otro no ha podido realizar la suya, pues los capitalistas son los únicos adquirentes posibles de la plusvalía. Pero con esto quedaría interrumpida la marcha normal de la reproducción y, por tanto, de la acumulación tal como la describe el esquema. Tendríamos una crisis, pero no una crisis por sobreproducción, sino por mera carencia de la acumulación; una crisis como la que, confusamente, adivinaba Sismondi.

En un pasaje de sus *Teorías sobre la plusvalía* declara Marx, expresamente, que “este punto no entra en el caso de que se acumule más capital del que puede emplearse en la producción, dejándolo, por ejemplo, en forma de dinero depositado en el Banco. De aquí los empréstitos al extranjero, etc.”. Marx sitúa estos fenómenos en el capítulo de la competencia. Pero es importante notar que su esquema excluye, directamente, la formación de semejante capital sobrante. La competencia, por amplio que sea el concepto que nos formemos de ella, no puede evidentemente crear valores, y, por tanto, tampoco capital, que no resulten del proceso de la reproducción.

Por tanto, el esquema excluye, de este modo, el incremento de la producción a saltos. Sólo permite el incremento continuado, que marcha, exactamente, al compás de la formación de la plusvalía, y descansa en la identidad entre realización y capitalización de ella.

Por la misma razón, el esquema contiene una acumulación que abarca uniformemente ambas secciones, esto es, todas las ramas de la producción capitalista. Una ampliación del mercado a saltos parece aquí tan imposible como el desarrollo unilateral de ramas aisladas de la producción capitalista, que superen a las otras.

Por consiguiente, el esquema presupone un movimiento del capital total, que contradice la marcha efectiva de la evolución capitalista. La historia de la forma de producción capitalista se caracteriza, a primera vista, por dos hechos: de una parte expansión periódica de todo el campo de la producción a saltos; por otra parte, desarrollo enteramente desigual de diversas

ramas de la producción. La historia de la industria de los tejidos de algodón ingleses (capítulo, éste, el más característico de la historia de la producción capitalista desde el último cuarto del siglo XVIII hasta el último decenio del XIX), resulta, totalmente, inexplicable desde el punto de vista del esquema de Marx.

Finalmente, el esquema contradice la concepción del proceso total capitalista y su curso tal como aparece en el Tomo III de *El Capital* de Marx. El pensamiento fundamental de esta concepción es la contradicción inmanente entre la capacidad ilimitada de expansión de la fuerza productiva y la capacidad limitada de expansión del consumo social bajo una distribución capitalista. Oigamos cómo lo describe Marx, detenidamente, en el capítulo XV: "Desarrollo de las contradicciones internas de la ley" (de la tasa decreciente de beneficio):

"La creación de plusvalía no tropieza, descontados los necesarios medios de producción, es decir, la suficiente acumulación del capital, con más límite que la población obrera, siempre y cuando que se pata como de una factor dado de la cuota de la plusvalía, es decir, del grado de explotación del trabajo, y con el grado de explotación del trabajo, cuando se parte como de un factor dado de la población obrera. Y el proceso capitalista de producción consiste esencialmente en la producción de plusvalía, representada por el producto sobrante o por la parte alícuota de las mercancías producidas en que se materializa el trabajo no retribuido. No debe olvidarse jamás que la producción de esta plusvalía (y la reversión de una parte de ella a capital, o sea, la acumulación, constituye una parte integrante de esta producción de la plusvalía) es el fin directo y el motivo determinante de la producción capitalista. Por eso no debe presentarse nunca ésta como lo que no es, es decir, como un régimen de producción que tiene como finalidad directa el disfrute o la producción de medios de disfrute para el capitalista. Al hacerlo así, se pasa totalmente por alto, su carácter específico, carácter que se imprime en toda su fisonomía interior y fundamental."

"La obtención de esta plusvalía constituye el proceso directo de producción, el cual, como queda dicho, no tiene más límites que los señalados más arriba. La plusvalía se produce tan pronto como la cantidad de trabajo sobrante que puede exprimirse se materializa en mercancías. Pero con esta producción de plusvalía finaliza solamente el primer acto del proceso capitalista de producción, que es un proceso de producción directo. El capital ha absorbido una cantidad mayor o menos de trabajo no retribuido. Con el desarrollo del proceso que se traduce en la baja de la cuota de ganancia, la masa de la plusvalía así producida se incrementa en proporciones enormes. Ahora empieza el segundo acto del proceso. La masa total de mercancías, el producto total, tanto la parte que repone el capital constante y el variable como la que representa plusvalía, necesita ser vendida. Si no logra venderse o sólo se vende en parte o a precios inferiores a los de producción, aunque el obrero haya sido explotado, su explotación no se realiza como tal para el capitalista, no va unida a la realización, o solamente va unida a la realización parcial de la plusvalía estrujada, pudiendo incluso llevar a aparejada la pérdida de su capital en todo o en parte. Las condiciones de la explotación directa y las de su realización no son idénticas. No sólo difieren en cuanto al tiempo y al lugar, sino también, en cuanto al concepto. Unas se hallan limitadas solamente por la capacidad productiva de la sociedad, otras por la proporcionalidad entre las distintas ramas de producción y por la capacidad de consumo de la sociedad. Pero ésta no se halla determinada ni por la capacidad productiva absoluta ni por la capacidad absoluta de consumo, sino por la capacidad de consumo a base de las condiciones antagónicas de distribución que recuden el consumo de la gran masa de la sociedad a un mínimo susceptible sólo de variación dentro de límites muy estrechos. Se halla limitada, además, por el impulso de acumulación, por la tendencia a acrecentar el capital y a producir plusvalía en una escala ampliada. Es ésta una ley de la producción capitalista, ley que obedece a las constantes revoluciones operadas en los propios métodos de producción, la depreciación constante del capital existente que suponen la lucha general de la competencia y la necesidad de perfeccionar la producción y extender su escala, simplemente como medio de conservación y so pena de perecer. El mercado tiene, por tanto, que extenderse constantemente, de modo que sus conexiones y las condiciones que lo regulan van adquiriendo cada vez más la forma de una ley natural independiente de la voluntad de los productores, cada vez más incontrolable. La contradicción interna tiende a compensarse mediante la expansión del campo externo de la producción. Pero cuanto más se desarrolla la capacidad productiva, más choca con la angosta sobre que descansan las condiciones del consumo. Partiendo de esta base contradictoria, no constituye en modo alguno una

contradicción el que el exceso de capital vaya unido al exceso creciente de población, pues si bien combinando ambos factores la masa de la plusvalía producida aumentaría, con ello se acentúa al mismo tiempo la contradicción entre las condiciones en que esta plusvalía se produce y las condiciones en que se realiza."[193]

Si se compara esta descripción con el esquema de la reproducción ampliada, se hallará que no coinciden en modo alguno. Conforme al esquema, entre la producción de la plusvalía y su realización no hay contradicción inmanente alguna, sino más bien identidad inmanente. La plusvalía viene aquí de antemano, al mundo, en una forma natural adecuada a las necesidades de la acumulación. Sale de la producción como capital adicional. Con ello resulta ya realizable en el impulso de acumulación de los mismos capitalistas. Estos, como clase, dejan, de antemano, que la plusvalía de que se han apropiado se produzca exclusivamente en la forma material que posibilita y condiciona su empleo para una acumulación ulterior. La realización de la plusvalía y su acumulación, no son aquí más que dos aspectos de un mismo proceso; conceptualmente son idénticas. Por eso, en el proceso de la reproducción, tal como se expresa en el esquema, el poder de consumo de la sociedad no constituye un límite para el proceso de la producción. La ampliación de la producción prosigue automáticamente, de año a año, sin que el poder de consumo de la sociedad haya ido más allá de sus "relaciones antagónicas de distribución". Ciertamente, este progreso automático de incremento de acumulación, es "ley para la producción capitalista, bajo pena de ruina". Pero, según el análisis del tercer tomo, "el mercado ha de ser, por ello, constantemente ampliado", evidentemente, por encima del consumo de los capitalistas y obreros. Y cuando Tugan-Baranowski, al tomar el aserto de Marx: "La contradicción interna tiende a compensarse mediante la expansión del campo externo de la producción", cree que al decirse "campo externo de la producción", se habla de la producción misma, no sólo violenta el lenguaje, sino también el claro razonamiento de Marx. El "campo externo de la producción", clara e "inequívocamente, no es aquí la producción misma, sino el consumo, que tiene que ser constantemente aumentado. De que Marx pensaba así y no de otro modo, da testimonio suficiente, entre otros, el siguiente pasaje de las *Teorías acerca de la plusvalía*: "De aquí que Ricardo niegue, consecuentemente, la necesidad de que se amplíe el mercado con el incremento de la producción y el crecimiento del capital. Todo el capital existente en un país dado, puede emplearse ventajosamente en este país. Por eso polemiza contra Adam Smith, quien, por su parte, había formulado su opinión (la de Ricardo) y con su ordinario instinto razonable, la había contradicho."[194]

Todavía hay otro pasaje en Marx, por el que se ve claramente que la ocurrencia de una producción por la producción misma de Tugan-Baranowski, le era ajena: "Por otra parte, como hemos visto (libro II, sección 3ª), tiene lugar una circulación continua entre capital constante y capital variable (aun prescindiendo de la acumulación acelerada), que de momento es independiente del consumo individual, en cuanto que no entra nunca en éste, pero que se halla definitivamente limitada por él, en cuanto que la producción de capital constante no se hace nunca por sí misma, sino que viene de las esferas de producción, cuyos productos entran en el consumo individual."[195]

Ciertamente, conforme al esquema del tomo II, al que se aferra Tugan-Baranowski, el mercado es idéntico a la producción. Ampliar el mercado equivale a incrementar la producción, pues la producción es, aquí, su exclusivo mercado (el consumo de los obreros no es más que un elemento de la producción y reproducción del capital variable). Por eso, la extensión de la producción y del mercado tiene un solo límite: la magnitud del capital social o el grado de la acumulación ya conseguida. Cuanto más plusvalía (en la forma natural del capital) se logre, tanto más se podrá acumular, y cuanto más se acumule, tanto más plusvalía se podrá realizar en forma de capital, que es su forma natural. Así, por consiguiente, conforme al esquema, no existe la contradicción señalada en el análisis del tercer tomo. No hay aquí (en el proceso tal como manifiesta el esquema) ninguna necesidad de extender constantemente el mercado más allá del consumo de los capitalistas y obreros, y la capacidad limitada de consumo de la sociedad no es obstáculo para una marcha normal y un incremento ilimitado de la producción. El esquema permite, sin duda, las crisis, pero, exclusivamente, por falta de proporcionalidad de la producción, es decir, por falta de control social del proceso de producción. Excluye, en

[193] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo III, FCE, México, 1972, páginas 242, 243 y 244.
[194] Marx, Carlos, *Teorías sobre la plusvalía*, Tomo II, parte 2ª, página 305.
[195] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo III.

cambio, la profunda discrepancia fundamental entre la capacidad de producción y de consumo de la sociedad capitalista, discrepancia que resulta, justamente, de la acumulación del capital, que se resuelve, periódicamente, en crisis, e impulsa al capital a extender constantemente el mercado.

CAPÍTULO XXVI
La reproducción del capital y su medio ambiente

Por consiguiente, el esquema marxista de la reproducción ampliada no logra explicarnos el proceso de la acumulación tal como se produce en la realidad histórica. ¿A qué se debe esto? Simplemente a los supuestos del mismo esquema. Este esquema pretende exponer el proceso de acumulación, bajo el supuesto de que capitalistas y obreros son los únicos consumidores. Hemos visto que Marx sitúa consecuente y conscientemente, en los tres tomos de *El Capital*, como supuesto teórico de su análisis, el dominio general y exclusivo de la producción capitalista. Bajo estas condiciones no hay, en efecto, lo mismo que en el esquema, más clases sociales que capitalistas y trabajadores; todas las "terceras personas" de la sociedad capitalista: empleados, profesiones liberales, sacerdotes, etc., deben incluirse, como consumidores, en aquellas dos clases, y, preferentemente, en la capitalista. Pero este supuesto es un recurso teórico; en realidad no ha habido ni hay una sociedad capitalista que se baste a sí misma, en la que domine exclusivamente la producción capitalista. Sólo que es perfectamente legítimo, como recurso teórico, cuando no altera las condiciones del problema mismo, sino que ayuda a exponerlo en su pureza. Tal ocurre en el análisis de la reproducción simple del capital social total. Aquí, el problema mismo descansa sobre la ficción siguiente: en una sociedad que produce en forma capitalista, esto es, que engendra plusvalía, la plusvalía entera es consumida por la clase capitalista, que se la apropia. ¿Cómo han de conformarse, en estas condiciones, la producción y reproducción sociales? Aquí, el propio planteamiento del problema presupone que la producción no conoce más consumidores que capitalistas y obreros; se halla, pues, plenamente de acuerdo con el supuesto marxista: dominio general de la producción capitalista. Ambas ficciones coinciden teóricamente. También es legítimo suponer absoluto el dominio del capitalismo al tratar del análisis de la acumulación del capital individual, como se hace en el primer tomo de *El Capital*. La reproducción del capital individual es el elemento de la reproducción social total. Pero es un elemento cuyo movimiento es independiente y se halla en contradicción con los movimientos de los demás. El movimiento total del capital social no es una suma mecánica de los movimientos individuales de los capitales, sino que produce un resultado singularmente modificado. Aunque la suma de valor de los capitales individuales (así como de sus partes respectivas: capital constante, capital variable y plusvalía) coincida exactamente con la magnitud de valor del capital social total, de sus dos elementos y de la plusvalía total, la expresión material de estas dimensiones de valor, en las respectivas partes del producto social, es completamente diversa a la que se obtiene en las relaciones de valor de los capitales individuales. Así, pues, las proporciones de reproducción de los capitales individuales, en cuanto a su forma material, no coinciden ni unos con otros, ni con las del capital total. Cada capital individual lleva a cabo su circulación y, por tanto, su acumulación, por su propia cuenta y (si el proceso de circulación transcurre normalmente) sólo depende de otros en cuanto que necesita realizar su producto y tiene que hallar los medios de producción necesarios para su actuación individual. Que aquella realización y estos medios de producción procedan o no de círculos en los que impere la producción capitalista, le es totalmente indiferente al capital individual. Por el contrario, el supuesto teórico más favorable para el análisis de la acumulación del capital individual, consiste en que la producción capitalista constituye el único medio en que se realiza este proceso, es decir, en que ha llegado a imperar de un modo general y exclusivo.[196]

Surge ahora la cuestión de si podemos considerar como legítimos, referidos al capital total, los supuestos que dominan cuando se trata del capital individual.

Que Marx identificaba, de hecho, las condiciones de acumulación del capital total con las del capital individual, lo confirma él mismo, expresamente, en el siguiente pasaje:

[196] "Cuanto mayor sea el capital, cuanto más desarrollada esté la productividad del trabajo, y en general, cuanto más amplia sea la esclavitud en que se verifica la producción capitalista, tanto mayor será también la masa de mercancías que se encuentran en circulación en el mercado, al sobrevenir el tránsito de la producción al consumo (individual e industrial). Mayor seria también la seguridad que tendrá cada capital particular de encontrar, en el mercado, sus condiciones propicias de reproducción." (Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, tomo II, parte 2ª, página 251.)

"La cuestión ha de formularse ahora de este modo: supuesta la acumulación general, esto es, supuesto que en todas las ramas de la producción se acumula capital en mayor o menor grado, lo que en realidad es condición de la producción capitalista, siendo para el capitalista un instinto análogo al que lleva al avaro a amontonar dinero [pero siendo también necesario para que prosiga la producción capitalista], ¿cuáles son las condiciones de esta acumulación general, en las cuales se resuelve?"

Y responde: "*Por consiguiente, las condiciones para la acumulación del capital son, exactamente, las mismas que para su producción originaria y su reproducción*. Pero estas condiciones consistían en que con una parte del dinero se comprase trabajo, con la otra, mercancías (materias primas y maquinaria, etc.). Por tanto, la acumulación de nuevo capital sólo puede verificarse en las mismas condiciones de la reproducción del capital existente."[197]

En realidad, las condiciones reales que imperan en la acumulación del capital total son completamente distintas de las que actúan tratándose de un capital individual y de la reproducción simple. El problema estriba en lo siguiente: ¿cómo se conforma la reproducción social, teniendo por condición que una parte creciente de la plusvalía no se consuma por los capitalistas, sino que se destine a la ampliación de la producción? Se excluye, de antemano, que la producción social, salvo el reemplazo del capital constante, vaya a parar al consumo de los trabajadores y capitalistas, y esta circunstancia es el elemento esencial del problema. Pero con esto se excluye también que los trabajadores y capitalistas mismos puedan realizar el producto total. No pueden realizar más que el capital variable, la parte gastada del capital constante y la parte consumida de la plusvalía. Pero, de este modo, sólo se pueden asegurar las condiciones necesarias para que la producción sea renovada conforme a la antigua escala. Por el contrario, la parte de la plusvalía destinada a capitalizarse no puede ser realizada por los obreros y capitalistas mismos. Por consiguiente, la realización de la plusvalía para fines de acumulación es un problema insoluble en una sociedad que sólo conste de obreros y capitalistas. Es curioso que todos los teóricos que han analizado el problema de la acumulación, desde Ricardo y Sismondi hasta Marx, hayan partido, justamente, de este supuesto, que hacía imposible la solución del problema. La intuición exacta de que eran necesarias "terceras personas", esto es, consumidores distintos de los agentes inmediatos de la producción capitalista: de los obreros y capitalistas, para la realización de la plusvalía, condujo a buscar todo género de escapatorias: el "consumo improductivo" encarnado por Malthus en la persona del propietario feudal; por Woronzof, en el militarismo; por Struve, en las "profesiones liberales"; en el séquito de la clase capitalista; a recurrir al comercio exterior, que, en todos los escépticos de la acumulación desde Sismondi a Nikolai-on, desempeñaba un papel preponderante como válvula de seguridad. Por otra parte, lo insoluble del problema condujo a renunciar a la acumulación, como en Von Kirchmann y Rodbertus, o, al menos, a la supuesta necesidad de atenuar, en lo posible, la acumulación, como en Sismondi y sus epígonos rusos, los "populistas".

Pero sólo el análisis profundo y la exacta exposición esquemática del proceso de la reproducción total de Marx, y, particularmente, su genial exposición del problema de la reproducción simple, podían poner de manifiesto el punto principal del problema de la acumulación, y descubrir en qué pecaban los anteriores intentos de solución. El análisis de la acumulación del capital total que se interrumpe en Marx, apenas comenzado, y que, además, se halla dominado, como queda dicho, por la polémica desfavorable para el problema contra el análisis de Smith, no ha dado directamente ninguna solución; antes bien, la ha dificultado al suponer como exclusivo el imperio de la producción capitalista. Pero el análisis que Marx hace de la reproducción simple, así como la caracterización del proceso total capitalista, con sus contradicciones internas y su desarrollo (en el tomo tercero de *El Capital*), contienen, implícitamente, una solución del problema de la acumulación, de acuerdo con las demás partes de la doctrina marxista y, asimismo, con la experiencia histórica y la práctica diaria del capitalismo. Ofrecen también, de este modo, la posibilidad de completar las deficiencias del esquema. El esquema de la reproducción ampliada, considerado de cerca, hace referencia, en sus relaciones, a circunstancias que se encuentran fuera de la producción y acumulación capitalistas.

[197] Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, Tomo I, parte 2ª, página 280. "Acumulación de capitales y crisis". Subrayado por Marx.

Hasta ahora, sólo hemos considerado la reproducción ampliada en un aspecto: partiendo de la cuestión de cómo se realiza la plusvalía. Esta era la dificultad que ocupaba exclusivamente a los escépticos. La realización de la plusvalía es, en efecto, la cuestión vital de la acumulación capitalista. Si, para simplificar, prescindimos totalmente del fondo de consumo de los capitalistas, la realización de la plusvalía requiere, como primera condición, un círculo de adquirentes que estén fuera de la sociedad capitalista. Decimos de adquirentes, y no de consumidores, pues la realización de la plusvalía nada dice previamente de la forma material de ésta. Lo decisivo es que la plusvalía no puede ser realizada por obreros ni capitalistas, sino por capas sociales o sociedades que no producen en forma capitalista. Cabe pensar dos casos distintos. La producción capitalista suministra medios de consumo que exceden a las necesidades propias (de los trabajadores y capitalistas) y cuyos compradores son capas sociales y países no capitalistas: la industria inglesa de tejidos de algodón, por ejemplo, suministró, durante los primeros 2/3 del siglo XIX y suministra, en parte, ahora, tela de algodón a los campesinos y a la pequeña burguesía ciudadana del continente europeo y, asimismo, a los campesinos de la India, América, África, etc. Fue el consumo de capas sociales y países no capitalistas el que constituyó la base del enorme desarrollo de esta industria en Inglaterra.[198] Pero, a su vez, esta industria desarrolló, en la misma Inglaterra, una extensa industria de máquinas que suministraba husos y telares. Favoreció también a las industrias metalúrgicas y carboníferas relacionadas con ella, etc. En este caso, la sección II (medios de consumo) realizaba, en cantidad creciente, sus productos en capas sociales no capitalistas, creando, por la propia acumulación, una demanda creciente de productos nacionales de la sección I (medios de producción), ayudándole, así, a realizar su plusvalía y a lograr una acumulación creciente.

Veamos, ahora, el caso inverso. La producción capitalista suministra medios de producción que exceden a las propias necesidades y encuentra compradores en países no capitalistas. Por ejemplo: la industria inglesa suministró en la primera mitad del siglo XIX material de construcción de ferrocarriles a los países americanos y australianos. (La construcción de un ferrocarril no significa, por sí sola, el dominio de la forma de producción capitalista en un país. De hecho, en estos casos, los ferrocarriles sólo fueron una de las condiciones previas para la implantación capitalista.) O bien, la industria química alemana, que suministra medios de producción, como substancias colorantes, que hallan un enorme mercado en países con producción no capitalista de Asia, África, etc. Aquí, la sección I de la producción capitalista realiza sus productos en círculos no capitalistas. La ampliación progresiva de la sección I, que de aquí dimana, es causa de una ampliación correspondiente de la sección II en el país de producción capitalista que suministra medios de consumo para el ejército creciente de los trabajadores de la misma sección, es decir, de la sección de medios de producción.

Ambos casos se diferencian del esquema de Marx. En uno de ellos, el producto de la sección II, medido por el capital variable y la parte consumida de la plusvalía en ambas, excede a las necesidades de las dos secciones; y en el segundo caso, el producto de la sección I, excede a la magnitud del capital constante de ambas secciones, incluso teniendo en cuenta su aumento para fines de ampliación de la producción. En ambos casos, la plusvalía no viene al mundo en la forma natural que haría posible y condicionaría su capitalización dentro de una de las dos secciones. En realidad, los dos casos típicos se cruzan a cada paso, se complementan y evidentemente influye uno sobre otro.

---

198 La importancia de la industria de tejidos de algodón inglesa está expresada en las siguientes cifras: 1893: exportación total de productos fabricados, 5.540 millones de marcos, de los cuales, correspondían a los tejidos de algodón 1.280 millones de marcos = 23 por 100; los hierros y demás artículos metalúrgicos no llegaban al 17 por 100.
1898: exportación total de productos fabricados, 4.668 millones de marcos, de los cuales correspondían a los tejidos de algodón 1.300 millones de marcos = 28 por 100; hierro y artículos metalúrgicos, 22 por 100.
Comparadas con éstas, las cifras correspondientes a Alemania son: 1898: exportación total, 4.010 millones de marcos, de los que corresponden a los tejidos de algodón 231,9 millones de marcos = 53/4 por 100.
La cantidad de algodón exportado en 1898 ascendió a 5 ¼ millones de yardas, de las cuales, 2 ¼ lo fueron a la India. (E. Jaffe, *La industria inglesa de tejidos de algodón y la organización del comercio de exportación*, Schomellers Jahrbucher, XXIV, página 1033).
En 1908, sólo la exportación británica de hilo de algodón ascendió a 272 millones de marcos (*Statist. Jahrbücher für das Deutsche Reich*, 1910).

En todo ello hay un punto que no parece claro. Cuando, por ejemplo, se coloca un sobrante de medios de consumo, supongamos de tejidos de algodón, en países no capitalistas, es evidente que dichos tejidos, como mercancía capitalista, no representan sólo plusvalía, sino capital constante y variable. Parece completamente arbitrario suponer que, justamente estas mercancías, colocadas fuera del mercado interior, no representan más que plusvalía. Por otra parte, resulta que en este caso, la otra sección (I) no sólo realiza su plusvalía, sino que puede también acumular, sin colocar, no obstante, su producto, fuera de las dos secciones de la producción capitalista. Pero ambas objeciones son sólo aparentes, y se refutan teniendo en cuenta la expresión proporcional del valor de la masa de productos en sus partes correspondientes. Dentro de la producción capitalista, contiene plusvalía no sólo el producto total, sino también cada mercancía suelta. Pero esto no impide que, de la misma manera que el capitalista individual, al vender sucesivamente sus mercancías calcula primero el reintegro de su capital constante, luego el del capital variable (o, más inexactamente, pero de acuerdo con la práctica: primero su capital fijo, luego su capital circulante), para contabilizar el resto como beneficio, el producto total social pueda ser también dividido en tres partes, que, en su valor, corresponden al capital constante (consumido por la sociedad), al capital variable y a la plusvalía obtenida. En la reproducción simple, la forma material del producto total corresponde también a estas proporciones de valor: el capital constante reaparece en forma de medios de producción; el capital variable en forma de medios de subsistencia para obreros; la plusvalía, en forma de medios de subsistencia para capitalistas. Pero la reproducción simple, en este sentido categórico (el consumo de toda la plusvalía por los capitalistas) es, como sabemos, pura ficción teórica. En cuanto a la reproducción ampliada o acumulación, tiene también, según el esquema marxista, una rigurosa proporcionalidad entre la composición de valor del producto social y su forma material. La plusvalía, en su parte destinada a la capitalización, viene al mundo, de antemano, en la distribución proporcional de medios de producción materiales y medios de vida para los trabajadores, correspondiendo a la ampliación de la producción, desde una base técnica dada. Esta concepción supone que la producción capitalista vive aislada y bastándose a sí misma y fracasa, como hemos visto ya, al tratar de realizar la plusvalía. Supongamos que la plusvalía se realiza fuera de la producción capitalista; ello significa que su forma material nada tiene que ver con las necesidades de la producción capitalista misma. Su forma material corresponde a las necesidades de aquellos círculos no capitalistas que la ayudan a realizarse. Por eso, la plusvalía capitalista puede aparecer, según los casos, en forma de medios de consumo (telas de algodón, por ejemplo) en forma de medios de producción (material de ferrocarril). Que la plusvalía realizada en forma de productos de la otra sección ayude también a realizar la plusvalía en la ampliación siguiente de la producción, no altera el hecho de que la plusvalía social se ha realizado en parte directa, y en parte indirectamente, fuera de las dos secciones. Este hecho prueba que el capitalista puede realizar su plusvalía individualmente, incluso cuando todas sus mercancías sólo reemplacen, primeramente, el capital variable o el constante de otro capitalista.

Pero la realización de la plusvalía no es el único momento de la reproducción que interesa. Supongamos que la sección I ha colocado la plusvalía fuera de las dos secciones y puede poner en movimiento la acumulación. Supongamos, también, que tiene probabilidades de ampliar el mercado en aquellos círculos. Con esto, sólo tenemos la mitad de las condiciones necesarias para la acumulación. Entre el labio y el borde de la copa pueden pasar muchas cosas. Como segundo supuesto de la acumulación aparece la necesidad de hallar elementos materiales correspondientes a la ampliación de la producción. ¿De dónde los sacamos, ya que acabamos de colocar la plusvalía, justamente en forma de productos de la sección I, es decir, de medios de producción transformándolos en dinero, y ello fuera de la producción capitalista? La transacción que nos ha ayudado a realizar la plusvalía, nos ha escamoteado, por decirlo así, por la otra puerta, los elementos para la transformación de esta plusvalía realizada en la forma de capital productivo. Y de este modo parece que hemos salido de una dificultad para entrar en otra. Examinemos la cosa más de cerca.

Operamos aquí con *c* en las dos secciones, tanto en la I como en la II, lo mismo que si fuese la parte íntegra y constante del capital de la producción. Pero, como sabemos, esto es falso. Mirando sólo a la simplificación del esquema, se ha prescindido de que el *c* que figura en la primera y segunda secciones del esquema, no es más que una parte del capital constante total: la parte anualmente circulante, consumida en el período de producción y trasladada a los productos. Pero sería perfectamente absurdo suponer que la producción capitalista (o cualquier

otra) iba a gastar en aquel período de producción la totalidad de su capital constante y crearlo de nuevo en aquel período. Por el contrario, en el fondo de la producción, tal como se expresa en el esquema, se presupone toda la gran masa de medios de producción, cuya renovación total periódica se indica en el esquema, por la renovación anual de la parte consumida. Con el incremento de la productividad del trabajo y el incremento de la producción, esta masa crece, no sólo en absoluto, sino también relativamente con respecto a la parte contenida en cada caso en la producción. Pero, con esto, crece también la eficacia potencial del capital constante. Para el incremento de la producción, lo primero que importa, es la mayor intensidad de movimiento de esta parte del capital constante, sin necesidad de que aumente el valor de este capital.

"En la industria extractiva, en las minas por ejemplo, la materia prima no forma parte integrante del capital desembolsado. Aquí, el objeto trabajado n es un producto de un trabajo anterior, sino regalo *de la naturaleza*. Es lo que acontece con el cobre en bruto, los minerales, el carbón de hulla, la piedra, etc. En estas explotaciones, el capital constante se invierte casi exclusivamente en medios de trabajo, que pueden tolerar muy bien una cantidad de trabajo suplementario (*v. gr.*, mediante un turno diario y otro nocturno de obreros). En igualdad de circunstancias, la masa y el valor del producto aumentan en relación directa al volumen del trabajo empelado. Los creadores primitivos del producto y, por tanto, los creadores de los elementos materiales del capital, el hombre y la naturaleza, aparecen unidos aquí como en los primeros días de la producción. Gracias a la elasticidad de la fuerza de trabajo, la esfera de la acumulación se ha dilatado sin necesidad de aumentar previamente el capital constante."

"En la agricultura, no cabe ampliar el área cultivada sin desembolsar nuevo capital para simiente y abonos. Pero, una vez hecho este desembolso, hasta el cultivo puramente mecánico de la tierra ejerce un efecto milagroso sobre el volumen del producto. Al aumentar la cantidad de trabajo suministrada por el mismo número de obreros, aumenta la fertilidad del suelo, sin necesidad de realizar nuevas inversiones en medios de trabajo. Aquí, aparece también como fuente inmediata de nueva acumulación la acción directa del hombre sobre la naturaleza, sin que se interponga para nada un nuevo capital."

"Finalmente, en la verdadera industria toda inversión complementaria para adquirir un nuevo trabajo supone un desembolso complementario proporcional para adquirir nuevas materias primas, pero no necesariamente para adquirir nuevos medios de trabajo. Y, como la industria e3xtractiva y la agricultura suministran, en realidad, las primeras materias a la industria fabril y a sus medios de trabajo, ésta se beneficia también con el remanente de productos que aquéllas crean sin nuevo desembolso de capital."

"Resultado de todo esto es que, al anexionarse los dos factores primigenios de la riqueza, la fuerza de trabajo y la tierra, el capital adquiere una fuerza expansiva que le permite extender los elementos de su acumulación más allá de los límites trazados aparentemente por su propia magnitud, trazados por el valor y la masa de los medios de producción ya producidos, en que toma cuerpo el capital."[199]

Por otra parte, no hay ninguna razón por virtud de la cual todos los medios de producción y consumo necesarios hayan de ser elaborados exclusivamente en producción capitalista. Precisamente, este supuesto es básico para el esquema marxista de la acumulación, pero no corresponde a la práctica diaria, ni a la historia del capital, ni al carácter específico de esta forma de producción. En la primera mitad del siglo XIX, la plusvalía salía del proceso de producción, en su mayor parte, en forma de telas de algodón. Pero los elementos materiales de su capitalización: algodón procedente de los Estados esc1avistas de la Unión Americana o cereales (medios de subsistencia para los obreros ingleses) procedentes de los campos de la Rusia con servidumbre de la gleba, representaban, sin duda, plusproducto, mas, de ningún modo, plusvalía capitalista. Hasta qué punto la acumulación capitalista depende de estos medios de producción, no producidos por el capitalismo, lo prueba la crisis algodonera inglesa, causada por el abandono de las plantaciones de algodón sobrevenido durante la guerra de Secesión americana; o la crisis de la lencería europea causada por la interrupción de la importación de lino ruso durante la guerra de Oriente. Por lo demás, basta recordar el papel que en Europa desempeña la importación de cereales no producidos en forma capitalista para el sustento de la masa de obreros industriales (es decir, como elemento del capital variable)

[199] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1972, páginas 508 y 509.

para comprender hasta qué punto la acumulación del capital, en sus elementos materiales, se halla ligada, de hecho, a esferas no capitalistas.

Por lo demás, el mismo carácter de la producción capitalista excluye la limitación a los medios de producción elaborados en forma capitalista. Un medio esencial, empleado por el capital individual para aumentar sus beneficios, es la aspiración al abaratamiento de los elementos del capital constante. Por otra parte, el incremento de la productividad del trabajo, que es el método más importante para acrecentar el beneficio, encierra la utilización ilimitada de todas las materias y condiciones que la tierra pone a nuestra disposición, y está ligado a ella. El capital no consiente, por su esencia y su manera de existir, ninguna limitación en este sentido. La producción capitalista, como tal, al cabo de varios siglos de desarrollo, sólo abarca una parte de la producción total de la Tierra; su asiento es, hasta ahora, preferentemente, la pequeña Europa, en la que no ha podido dominar aún esferas completas, como la agricultura campesina, el artesanado independiente. Grandes regiones de Norteamérica y del resto del mundo están también todavía intocadas.

En general; la forma de producción capitalista se halla limitada, hasta ahora, principalmente a los países de la zona templada, y no ha hecho, por ejemplo, en Oriente y en el Sur, sino progresos relativamente escasos. Por consiguiente, si hubiera tenido que atenerse, exclusivamente, a los elementos de producción suministrados dentro de estos estrechos límites, le hubiera sido imposible llegar a su nivel actual, e incluso no hubiera sido factible su desarrollo. La producción capitalista ha estado calculada, en cuanto a sus formas de movimiento y leyes, desde el principio, sobre la base de la Tierra entera como almacén de fuerzas productivas. En su impulso hacia la apropiación de fuerzas productivas para fines de explotación, el capital recorre el mundo entero; saca medios de producción de todos los rincones de la Tierra; cogiéndolos o adquiriéndolos de todos los grados de cultura y formas sociales. La cuestión acerca de los elementos materiales de la acumulación del capital, lejos de hallarse resuelta por la forma material de la plusvalía, producida en forma capitalista, se transforma en otra cuestión: para utilizar productivamente la plusvalía realizada, es menester que el capital progresivo disponga cada vez en mayor grado de la Tierra entera para poder hacer una selección cuantitativa y cualitativamente ilimitada de sus medios de producción.

La apropiación súbita de nuevos territorios de materias primas en cantidad ilimitada, para hacer frente, así, a todas las alternativas e interrupciones eventuales de su importación de antiguas fuentes, como a todos los aumentos súbitos de la demanda social, es una de las condiciones previas, imprescindibles, del proceso de acumulación en su elasticidad. Cuando la guerra de Secesión interrumpió la importación del algodón americano, produciendo en Inglaterra, en el distrito de Lancashire, la famosa “hambre del algodón”, surgieron en tiempo brevísimo, como por arte de encantamiento, nuevas plantaciones enormes de algodón en Egipto. Aquí, era el despotismo oriental, unido al antiquísimo crédito personal de los campesinos, lo que había creado el campo de actuación al capital europeo. Sólo el capital, con sus medios técnicos, puede crear, por arte de magia, en tan breve plazo, semejantes maravillosas revoluciones. Pero sólo en países precapitalistas, que vivan dentro de condiciones sociales primitivas. Sólo en ellos puede desplegar, sobre las fuerzas productivas materiales y humanas, el poder necesario para realizar aquellos milagros. Otro ejemplo de este género es el enorme incremento del consumo mundial de caucho, que actualmente equivale anualmente a un suministro regular de goma en bruto por valor de 1.000 millones de marcos.

Las bases económicas de esta producción de materias primas son los sistemas primitivos de explotación practicados por el capital europeo, lo mismo en las colonias africanas que en América, países que representan diversas combinaciones de esclavitud y servidumbre de la gleba.[200]

---

[200] Las últimas revelaciones del Libro Azul inglés sobre las prácticas de la Peruvian Amazon Co. Ltd. en Putumayo. han mostrado que el capital internacional sabe colocar a los indígenas, sin necesidad de la forma política del régimen colonial, en el territorio de la república libre del Perú, en una situación lindante con la esclavitud, para arrebatar así, en una explotación en gran escala, medios de producción de países primitivos. Desde 1900, la mencionada sociedad, perteneciente a capitalistas ingleses y extranjeros, había arrojado unas 4.000 toneladas de caucho sobre el mercado de Londres. En el mismo período de tiempo murieron 30.000 indígenas y la mayoría de los 10.000 restantes quedaron convertidos en inválidos.

Ha de hacerse notar que, cuando anteriormente suponíamos que la primera o la segunda sección, sólo realizaban en medios no capitalistas su plusproducto, tomábamos el caso más favorable para el examen del esquema de Marx, que muestra, en su pureza, las relaciones de la reproducción. En realidad, nada nos impide suponer que también es realizado fuera de los círculos capitalistas una parte del capital constante y variable en el producto de la sección correspondiente. Según esto, puede realizarse, tanto la ampliación de la producción como la renovación de parte de los elementos de producción consumidos, con productos de zonas no capitalistas. Lo que nos proponíamos poner en claro con los ejemplos anteriores es el hecho de que, por lo menos, la plusvalía destinada a capitalizarse, y la parte de la masa de productos capitalistas que a ella corresponde, no pueden realizarse dentro de los círculos capitalistas, y, necesariamente, han de buscar su clientela fuera de estos círculos, en capas y formas sociales que no produzcan en forma capitalista.

Así, pues, entre cada uno de los períodos de producción en que se produce plusvalía, y la acumulación siguiente en que ésta se capitaliza, hay dos transacciones distintas: la de la formación de la plusvalía en su pura forma de valor (la realización), y la transformación de esta forma pura de valor en forma de capital productivo. Ambas transacciones se verifican entre la producción capitalista y el mundo no capitalista que la circunda. Así, pues, desde ambos puntos de vista, el de la realización de la plusvalía y el de la adquisición de los elementos del capital constante, el comercio mundial es una condición histórica de vida del capitalismo; comercio mundial que, en las circunstancias concretas, es, esencialmente, un trueque entre las formas de producción capitalistas y las no capitalistas.

Hasta ahora, sólo hemos considerado la acumulación desde el punto de vista de la plusvalía y del capital constante. El tercer factor fundamental de la acumulación es el capital variable. La acumulación progresiva va acompañada de un capital variable creciente. En el esquema de Marx aparece en el producto social como forma material correspondiente a una masa creciente de medios de subsistencia para los trabajadores. Pero el verdadero capital variable, no son los medios de subsistencia de los trabajadores, sino la fuerza de trabajo viva para cuya reproducción son necesarios aquellos medios. Por consiguiente, entre las condiciones fundamentales de la acumulación, figura un incremento de trabajo vivo adecuado a sus necesidades, y que es puesto en movimiento por el capital. El incremento de esta cantidad se consigue en parte en cuanto las circunstancias lo permiten (prolongando la jornada de trabajo e intensificando el trabajo). Pero este aumento del trabajo vivo no se manifiesta en ninguno de los dos casos, o sólo lo hace en escasa medida (como salario por horas extraordinarias) en el crecimiento del capital variable. Aparte de esto, ambos métodos encuentran límites determinados bastante estrechos; obstáculos, en parte naturales, en parte sociales, que no pueden vencer. Por consiguiente, el crecimiento progresivo del capital variable, que acompaña a la acumulación, ha de expresarse en un aumento del número de obreros ocupados. ¿Pero de dónde vienen estos obreros adicionales?

En el análisis de la acumulación del capital individual, Marx responde de este modo a la pregunta: "Ahora bien, para hacer que estos elementos entren en funciones como capital, la clase capitalista necesita contar con nueva afluencia de trabajo. No pudiendo aumentar extensiva o intensivamente la explotación de los obreros que ya trabajan, es forzoso incorporar a la producción fuerzas de trabajo adicionales. El mecanismo de la propia producción capitalista se cuida también de resolver este problema, al reproducir a la clase obrera como una clase supeditada al salario, cuyos ingresos normales bastan no sólo para asegurar su conservación, sino también para garantizar su multiplicación. Lo único que tiene que hacer el capital es incorporar a los medios de producción adicionales contenidos ya en la producción anual estas fuerzas de trabajo supletorias que la clase obrera le suministra todos los años, en diferentes edades, y con ello se habrá operado la conversión de la plusvalía en capital."[201] Aquí,

[201] Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1972, páginas 489 y 490. Análogamente, en este otro pasaje: "Por tanto, una parte de la plusvalía y otra del plusproducto correspondientes han de transformarse primeramente en medios de subsistencia, en capital variable, esto es, hay que comprar con ellas nuevo trabajo. Esto sólo es posible aumentando el número de los trabajadores, o prolongando la jornada de trabajo… Pero esto no puede considerarse como medios constantes de acumulación. La población trabajadora puede aumentar transformando, previamente, trabajadores improductivos en productivos, o trayendo al proceso de producción elementos de población que antes no trabajaban: mujeres y niños, mendigos. (Prescindimos aquí del último punto). Finalmente, por el crecimiento absoluto de la población. Para que la acumulación constituya un proceso constante, continuado, este crecimiento

el incremento del capital variable es reducido, exclusiva y directamente, a la multiplicación natural de la clase obrera dominada también ya por el capital en el aspecto de la procreación. Esto corresponde, también, exactamente, al esquema de la reproducción ampliada, que, conforme al supuesto marxista, no reconoce más que a los capitalistas y a los obreros como clases sociales únicas, y a la producción capitalista como única y absoluta forma de producción. Con estas suposiciones, la procreación natural de la clase obrera es la única fuente del aumento de las fuerzas de trabajo existente a disposición del capital. Pero esta concepción contradice las leyes porque se rige el movimiento de la acumulación. La procreación natural de los trabajadores no se halla, temporal ni cuantitativamente, en proporción a las necesidades del capital acumulado. Particularmente, no puede marchar a compás, como el propio Marx ha comprobado brillantemente, con las súbitas necesidades de expansión del capital. La procreación natural de la clase obrera, como base única de los movimientos del capital, excluiría de la marcha de la acumulación alternativas periódicas, de hipertensión y desfallecimiento. Excluiría también la expansión súbita del campo de la producción y haría, con ello, imposible la acumulación misma. Esta acumulación exige en este aspecto la misma libertad ilimitada de movimientos que con respecto a los elementos de capital constante y al crecimiento del capital variable. Exige, por tanto, posibilidad ilimitada para disponer de la afluencia de fuerza de trabajo. Conforme al análisis marxista, este requisito halla una expresión exacta en la formación del "ejército industrial de reserva de los trabajadores". El esquema marxista de la reproducción ampliada, no conoce, sin duda, tal reserva, ni deja espacio para ella. El ejército industrial de reserva no puede formarse por la procreación natural del proletariado asalariado capitalista. Tiene que contar con otras zonas sociales de los que saque obreros, obreros que hasta entonces no estaban a las órdenes del capital y que, sólo cuando es necesario, se adicionan al proletariado asalariado. Estos obreros adicionales sólo pueden venir, permanentemente, de capas y países no capitalistas. Cierto que, en su análisis del ejército industrial de reserva (*El Capital*, tomo I, cap. XXIII, 3), Marx sólo tiene en cuenta: 1) la eliminación de trabajadores antiguos por la maquinaria; 2) la afluencia de trabajadores rurales a la ciudad, a consecuencia de la implantación de la producción capitalista en la agricultura; 3) los obreros industriales con una ocupación irregular, y, finalmente, 4) el pauperismo, última manifestación de la superpoblación relativa. Todas estas categorías constituyen, en diversa forma, productos eliminados de la producción capitalista; proletarios asalariados, gastados de un modo o de otro y que sobran ya. También los obreros rurales, que constantemente acuden a las ciudades, son, para Marx, proletarios asalariados que ya estaban, antes, a las órdenes del capital agrícola, y que ahora vienen a someterse al capital industrial. Evidentemente, Marx pensaba en la situación de Inglaterra, cuya evolución capitalista se encuentra en grados superiores. En cambio, no trata, en este punto, del origen constante de este proletariado urbano y rural; no se tiene en cuenta la fuente más importante de esta afluencia, dentro del continente europeo, es decir, la proletarización constante de las capas medias rurales y urbanas, la decadencia de la economía campesina y de la pequeña industria artesana, esto es, justamente, el tránsito continuo de obreros que pasan, de medios no capitalistas, al capitalista, como productos de eliminación de formas de producción precapitalistas en el proceso constante de su desmoronamiento y disolución. Pero, en este punto, hay que contar, no sólo con la descomposición de la economía campesina y el artesanado europeos, sino también con la descomposición de las más diversas formas primitivas de producción y organización social en países no europeos.

De la misma manera que la producción capitalista no puede limitarse a los tesoros naturales y fuerzas productivas de la zona templada, sino que requiere, para su desarrollo, la posibilidad de disponer de todas las comarcas y climas, tampoco puede funcionar solamente con los obreros que le ofrece la raza blanca. El capital necesita, para aprovechar comarcas en las que la raza blanca no puede trabajar, otras razas; necesita poder disponer, ilimitadamente, de todos los obreros de la Tierra, para movilizar, con ellos, todas las fuerzas productivas del planeta, dentro de los límites de la producción de plusvalía, en cuanto esto sea posible. Pero estos obreros suelen encontrarse casi siempre encadenados a formas de producción precapitalista. Deben

absoluto de la población es condición necesaria, aunque disminuya relativamente frente al capital empleado. El aumento de población aparece como la base de acumulación de un proceso continuado. Pero esto presupone un salario medio, que permita un crecimiento constante de la población trabajadora, y no la mera reproducción de la misma" (*Teorías sobre la plusvalía*, II, Parte 2ª, "Transformación de la renta en capital.", página 243.)

ser, pues, previamente “libertados”, para enrolarse en el ejército activo del capital. Este proceso es una de las bases históricas inevitables del capitalismo. La industria inglesa de los tejidos de algodón, que ha sido la primera rama genuinamente capitalista de la producción, hubiera sido imposible, no sólo sin el algodón de los Estados del sur de la Unión Norteamericana, sino también sin los millones de negros africanos trasladados a América para trabajar en las plantaciones; millones de negros que después de la guerra de Secesión han ido afluyendo al capitalismo en las filas de los obreros asalariados, como proletariado libre.[202] La importancia del reclutamiento de los obreros necesarios en sociedades no capitalistas, la percibe, muy sensiblemente, el capital en la forma de la llamada “cuestión obrera en las colonias”. Para resolver esta cuestión sirven todos los métodos de la “violencia suave”. Es el caso de arrancar a los obreros de sus condiciones de producción y de su medio, para ponerlos a las órdenes del capital. De estos esfuerzos resultan, en los países coloniales, las más extrañas formas mixtas entre el sistema moderno del salario y los regímenes primitivos.[203] Estos hechos ilustran claramente la afirmación de que la producción capitalista no puede desenvolverse sin obreros procedentes de otras formaciones sociales.

Ciertamente, Marx trata así, detalladamente, el proceso de ampliación de los medios de producción no capitalistas, como del proceso de transformación de los campesinos en proletariado capitalista. Todo el capítulo XXIV del primer tomo de *El Capital* está consagrado a la descripción del nacimiento del proletariado inglés, de la clase de colonos agrícolas capitalistas, así como del capital industrial. En el último proceso, Marx resalta el saqueo de los países coloniales por el capital europeo. Pero todo ello, nótese, sólo desde el punto de vista de

[202] Una estadística publicada poco antes de la guerra de Secesión en los Estados Unidos, contenía los siguientes datos sobre el valor de la producción anual de los Estados esclavistas y el número de los esclavos ocupados en ellos, la mayoría de los cuales trabajaba en plantaciones de algodón:
AlgodónEsclavos1800 5,2 millones de dólares 893.041181015,1 “ “1.191.3641820 26,3 “ “1.543.6881830 34,1 “ “2.009.0531840 75,6 “ “2.487.4551850101,8 “ “3.179.5091851137,3 “ “ 3.200.000

[203] Un ejemplo modelo de semejantes formas mixtas en las minas sudafricanas de diamantes ha sido descrito por el ex ministro inglés Bryce: “Lo más notable que hay que ver en Kimberley (algo único en el mundo) son los dos llamados *Compounds*, donde se alberga y encierra a los indígenas que trabajan en las minas. Son enormes recintos amurallados, sin tejados, pero cubiertos por una red metálica para impedir que tiren cosas por encima de los muros. Una galería subterránea conduce a la mina cercana. Se trabaja en tres turnos de ocho horas, de modo que el obrero no está nunca más de ocho horas seguidas bajo tierra. En el interior de los muros hay cabañas donde los indígenas viven y duermen. Existe, también en el interior del recinto, un hospital. así como una escuela donde los obreros pueden aprender a leer y escribir en sus horas libres. No se venden bebidas alcohólicas. Todas las entradas se hallan rigurosamente vigiladas, y no se permite la entrada a ningún visitante indígena, ni blanco. Las subsistencias son suministradas por una tienda situada dentro del recinto. que pertenece a la sociedad. El *Compound* de la mina De Beers albergaba en la época de mi visita, 2.600 indígenas de todas las tribus existentes, de modo que podían verse, allí, los más distintos tipos de negros, desde el de Natal y Pondoland, al Sur, hasta el del lago Tanganika, en el lejano Este. Vienen de todas partes, atraídos por los elevados salarios (ordinariamente 18-30 Mk por semana) y se están allí tres meses y más. En ocasiones, incluso, por largo tiempo… En este amplio *Compound* cuadrado, se ven zulúes del Natal, fingos, pondos, tembus, basutos, botchuanas, súbditos de Cungunhana de las posesiones portuguesas. algunos matabeles y makalakas y muchos de los llamados zambesiboys, de las tribus que viven a ambas orillas de este río. Hay, incluso, buschmanos, o, al menos. indígenas que proceden de ellos. Viven juntos pacíficamente y se entretienen, a su modo, en sus horas libres. Aparte de juegos de azar, vimos un juego parecido al “zorro y gansos” inglés, que se juega con piedras sobre un tablero; también se hacía música con dos instrumentos primitivos: el llamado piano de los cafres, que se compone de unas tiras de hierro desiguales sujetas, una junto a otra, a un marco, y con otro instrumento, más rudimentario todavía, hecho de trocitos de madera desiguales y duras, de los que golpeándolos, se logra rudimentos de una melodía. Algunos leían o escribían cartas. Los demás se entretenían cocinando o conversando. Algunas tribus charlaban ininterrumpidamente y podían oírse en esta extraña retorta de negros, hasta una docena de idiomas, al recorrer los grupos. Los negros, tras varios meses de trabajo, acostumbran a dejar la mina, para volver con el salario ahorrado a su tribu, comprarse una mujer, y vivir como han vivido antes.” (James Bryce, *Impressions of Sou.th. Africa*, 1897.) Véase en el mismo libro la viva descripción de los métodos que para resolver la “cuestión obrera” se emplean en Sudáfrica. Nos enteramos de que en Kimberley, en Witwateersrand, en Natal, en Matabeleland, se obliga a los negros a trabajar en las minas y plantaciones quitándoles la tierra y el ganado, es decir, sus medios de subsistencia, proletarizándolos, desmoralizándolos con aguardiente. Más tarde, cuando están recogidos en el albergue de la capital. se les prohíben severamente las bebidas alcohólicas, a las que se les ha acostumbrado primero; el objeto de explotación ha de mantenerse en estado utilizable. Así se les hace entrar sencillamente en el “sistema asalariado” del capital por medio de la fuerza, la prisión. los azotes.

la llamada "acumulación primitiva". Los procesos indicados sólo sirven, en Marx, para ilustrar la génesis, el momento en que nace el capital; describen los dolores del parto en el momento en que la producción capitalista brota del seno de la sociedad feudal. Cuando ofrece el análisis teórico del proceso del capital (producción y circulación) vuelve constantemente a su supuesto: dominio general y exclusivo de la producción capitalista. Vemos, no obstante, que el capitalismo está atenido, aun en su plena madurez, a la existencia coetánea de capas y sociedades no capitalistas. Esta relación no se agota por la mera cuestión del mercado para el "producto excedente", que era como planteaban el problema Sismondi y los posteriores críticos escépticos de la acumulación capitalista. El proceso de acumulación del capital está ligado por sus relaciones de valor y materiales: capital constante, capital variable y plusvalía, a formas de producción no capitalistas. Las últimas forman el medio histórico dado de aquel proceso. Pero la acumulación del capital no puede ser expuesta bajo el supuesto del dominio exclusivo y absoluto de la forma de producción capitalista, ya que, sin los medios no capitalistas, es inconcebible en cualquier sentido. Cierto que Sismondi y sus sucesores dieron prueba de poseer un certero instinto con respecto a las condiciones de existencia de la acumulación, al reducir, única y exclusivamente, sus dificultades a la realización de la plusvalía. Entre las condiciones de esta última, y las condiciones de crecimiento del capital constante y variable en su forma material, existe una diferencia importante. El capital no puede desarrollarse sin los medios de producción y fuerzas de trabajo del planeta entero. Para desplegar, sin obstáculos, el movimiento de acumulación, necesita los tesoros naturales y las fuerzas de trabajo de toda la Tierra. Pero como éstas se encuentran, de hecho, en su gran mayoría, encadenadas a formas de producción precapitalistas (este es el medio histórico de la acumulación de capital) surge de aquí el impulso irresistible del capital a apoderarse de aquellos territorios y sociedades. En sí misma, la producción capitalista existiría, por ejemplo, en las plantaciones de caucho de la India. Pero el hecho de que dominen organizaciones sociales no capitalistas en los países de aquellas ramas de producción, hace que el capital se vea impulsado a someter aquellos países y sociedades, en los cuales, por otra parte, lo primitivo de las condiciones permite que la acumulación se desarrolle con una violencia y rapidez extraordinarias, que no serían concebibles en sociedades de tipo capitalista.

Otra cosa ocurre con la realización de la plusvalía. Esta está ligada, de antemano, a productores y consumidores no capitalistas como tales. Por tanto, la existencia de adquirentes no capitalistas de la plusvalía es una condición de vida directa para el capital y su acumulación. En tal sentido, tales adquirentes son el elemento decisivo en el problema de la acumulación del capital. Pero de un modo o de otro, de hecho, la acumulación del capital como proceso histórico, depende, en muchos aspectos, de capas y formas sociales no capitalistas.

Así, pues, la solución del problema en torno al cual gira la controversia en la economía política desde hace casi más de un siglo, se halla entre los dos extremos: entre el escepticismo pequeñoburgués de Sismondi, Von Kirchmann, Woronzof, Nicolai-on, que consideraban imposible la acumulación, y el simple optimismo de Ricardo-Say-Tugan Baranowski, para los cuales el capitalismo puede fecundarse a sí mismo ilimitadamente, y (en consecuencia lógica) -tiene una duración eterna. En el sentido de la doctrina marxista, la solución se halla en esta contradicción dialéctica: la acumulación capitalista necesita, para su desarrollo, un medio ambiente de formaciones sociales no capitalistas; va avanzando en constante cambio de materias con ellas, y sólo puede subsistir mientras dispone de este medio ambiente.

Partiendo de aquí, pueden ser revisados los conceptos del mercado interior y exterior, que han representado un papel tan sobresaliente en la polémica teórica en torno al problema de la acumulación. El mercado interior y el exterior desempeñan, ciertamente, un gran papel en la marcha de la evolución capitalista, pero no como conceptos de la geografía política, sino de la economía social. Mercado interior, desde el punto de vista de la producción capitalista, es mercado capitalista; es esta producción misma como compradora de sus propios productos y fuente de adquisición de sus propios elementos de producción. Mercado exterior para el capital, es la zona social no capitalista que absorbe sus productos y le suministra elementos de producción y obreros. Desde este punto de vista, económicamente, Alemania e Inglaterra, en su mutuo cambio de mercancías, son, principalmente, mercado interior, capitalista, mientras que el cambio entre la industria alemana y los consumidores campesinos alemanes, como productores para el capital alemán, representa relaciones de mercado exterior. Como se ve por el esquema de la reproducción, estos son conceptos rigurosamente exactos. En el comercio

capitalista interior, en el mejor caso, sólo pueden realizarse determinadas partes de producto social total: el capital constante gastado, el capital variable y la parte consumida de la plusvalía; en cambio, la parte de la plusvalía que se destina a la capitalización ha de ser realizada "fuera". Si la capitalización de la plusvalía es un fin propio y un motivo impulsor de la producción, por otra parte, la renovación del capital constante y variable (así como la parte consumida de la plusvalía) es la amplia base y la condición previa de aquélla. Y al mismo tiempo que, con el desarrollo internacional del capitalismo, la capitalización de la plusvalía se hace cada vez más apremiante y precaria, la amplia base del capital constante y variable, como masa, es cada vez más potente en términos absolutos y en relación con la plusvalía. De aquí un hecho contradictorio: los antiguos países capitalistas constituyen mercados cada vez mayores entre sí, y son cada vez más indispensables unos para otros, mientras al mismo tiempo combaten cada vez más celosamente, como competidores, en sus relaciones con países no capitalistas.[204] Las condiciones de la capitalización de la plusvalía y las condiciones de la renovación total del capital, se hallan cada vez más en contradicción entre ellas, lo cual no es, después de todo, más que un reflejo de la ley contradictoria de la tasa decreciente de beneficio.

[204] Es típica en este sentido la relación entre Alemania e Inglaterra.

CAPÍTULO XXVII
La lucha contra la economía natural

El capitalismo se presenta en sus orígenes y se desarrolla históricamente en un medio social no capitalista. En los países europeos occidentales le rodea, primeramente, el medio feudal de cuyo seno surge (la servidumbre de la gleba en el campo, el artesanado gremial en la ciudad); luego, desaparecido el feudalismo, un medio en el que predomina la agricultura campesina y el artesanado, es decir, producción simple de mercancías, lo mismo en la agricultura que en la industria. Aparte de esto, rodea al capitalismo europeo una enorme zona de culturas no europeas, que ofrece toda la escala de grados de evolución, desde las hordas primitivas comunistas de cazadores nómadas, hasta la producción campesina y artesana de mercancías. En medio de este ambiente se abre paso, hacia adelante, el proceso de la acumulación capitalista.

En él hay que distinguir tres partes: la lucha del capital contra la economía natural; su lucha contra la economía de mercancías y la competencia del capital en el escenario mundial en lucha para conquistar el resto de elementos para la acumulación.

El capitalismo necesita, para su existencia y desarrollo, estar rodeado de formas de producción no capitalistas. Pero no le basta cualquiera de estas formas. Necesita como mercados capas sociales no capitalistas para colocar su plusvalía. Ellas constituyen a su vez fuentes de adquisición de sus medios de producción, y son reservas de obreros para su sistema asalariado. El capital no puede lograr ninguno de sus fines con formas de producción de economía natural. En todas las formaciones de economía natural (unidades campesinas primitivas con propiedad comunal de la tierra, relaciones de servidumbre feudal u otras cualesquiera) lo decisivo es la producción para el propio consumo, y de aquí que la demanda de mercancías extrañas no exista o sea escasa, y, por regla general, no haya excedente de productos propios, o al menos, ninguna necesidad apremiante de dar salida a productos sobrantes. Pero lo más importante todavía es que todas las formas de producción de economía natural descansan, de un modo o de otro, en una sujeción, tanto de los medios de producción, como de los trabajadores.

Las comunidades campesinas, como los señoríos feudales, etc., basan su organización económica en el encadenamiento del medio de producción más importante (la tierra) así como de los trabajadores, por el derecho y la tradición. De este modo, la economía natural ofrece rígidas barreras, en todos sentidos, a las necesidades del capital. De aquí que el capital haya de emprender, ante todo y dondequiera, una lucha a muerte contra la economía natural en la forma histórica en que se presente, contra la esclavitud, contra el feudalismo, contra el comunismo primitivo, contra la economía agraria patriarcal. En esta lucha, los métodos principalmente empleados son: la violencia política (revolución, guerra), la presión tributaria del Estado y la baratura de las mercancías. Estos métodos marchan unas veces paralelos, otras se suceden y apoyan mutuamente. Si en la lucha contra el feudalismo en Europa la violencia tomó un carácter revolucionario (las revoluciones de los siglos XVII, XVIII y XIX pertenecían, en último término, a este capítulo), en los países no europeos la lucha contra formas sociales primitivas se manifiesta en la política colonial. El sistema tributario practicado allí, lo mismo que el comercio con colectividades primitivas, constituyen una forma mixta, en la que el poder político y los factores económicos se hallan estrechamente combinados.

Los fines económicos del capitalismo en su lucha con las sociedades de economía natural pueden resumirse de este modo:

1.- Apoderarse directamente de fuentes importantes de fuerzas productivas, como la tierra, la caza de las selvas vírgenes, los minerales, las piedras preciosas, los productos de las plantas exóticas como el caucho, etc.

2.- “Liberación” de las fuerzas de trabajo que se verán obligadas a trabajar para el capital.

3.- Introducción de la economía de mercancías.

4.- Separación de la agricultura del artesanado.

En la acumulación primitiva, esto es, en los primeros comienzos históricos del capitalismo de Europa a fines de la Edad Media y hasta entrado el siglo XIX, la liberación de los campesinos constituye, en Inglaterra y en el continente, el medio más importante para transformar en capital la masa de medios de producción y obreros. Pero en la política colonial moderna el capital realiza, actualmente, la misma tarea en una escala mucho mayor. Es una ilusión esperar que el capitalismo llegue a contentarse alguna vez con los medios de producción que puede obtener por el camino del comercio de mercancías. La dificultad en este punto consiste en que, en grandes zonas de la superficie explotable de la Tierra, las fuerzas productivas están en poder de formaciones sociales que, o no se hallan inclinadas al comercio de mercancías, o no ofrecen los medios de producción más importantes para el capital, porque las formas de propiedad y toda la estructura social las excluyen de antemano. En este grupo hay que contar, ante todo, el suelo, con su riqueza mineral en el interior, y sus praderas, bosques y fuerzas hidráulicas en la superficie, así como los rebaños de los pueblos primitivos dedicados al pastoreo. Confiarse aquí al proceso secular lento de la descomposición interior de estas formaciones de economía natural y en sus resultados, equivaldría para el capital a renunciar a las fuerzas productivas de aquellos territorios. De aquí que el capitalismo considere, como una cuestión vital, la apropiación violenta de los medios de producción más importantes de los países coloniales. Pero como las organizaciones sociales primitivas de los indígenas son el muro más fuerte de la sociedad y la base de su existencia material, el método inicial del capital es la destrucción y aniquilamiento sistemáticos de las organizaciones sociales no capitalistas con que tropieza en su expansión. Aquí no se trata ya de la acumulación primitiva, sino de una continuación del proceso hasta el día de hoy. Toda nueva expansión colonial va acompañada, naturalmente, de esta guerra tenaz del capital contra las formas sociales y económicas de los naturales, así como de la apropiación violenta de sus medios de producción y de sus trabajadores. La esperanza de reducir el capitalismo exclusivamente a la “competencia pacífica”, es decir, al comercio regular de mercancías, que se da como la única base de su acumulación, descansa en creer ilusoriamente que la acumulación del capital puede realizarse sin las fuerzas productivas, y la demanda, de las más primitivas formaciones, que puede confiar en el lento proceso interno de descomposición de la economía natural. Del mismo modo que la acumulación del capital, con su capacidad de expansión súbita, no puede esperar al crecimiento natural de la población obrera ni conformarse con él, tampoco podrá esperar la lenta descomposición natural de las formas no capitalistas y su tránsito a la economía y al mercado. El capital no tiene, para la cuestión, más solución que la violencia, que constituye un método constante de acumulación de capital en el proceso histórico, no sólo en su génesis, sino en todo tiempo, hasta el día de hoy. Pero como en todos estos casos se trata de ser o no ser, para las sociedades primitivas no hay otra actitud que la de la resistencia y lucha a sangre y fuego, hasta el total agotamiento o la extinción. De aquí la constante ocupación militar de las colonias, los alzamientos de los naturales y las expediciones coloniales enviadas para someterlos, como manifestaciones permanentes del régimen colonial. El método violento es, aquí, el resultado directo del choque del capitalismo con las formaciones de economía natural que ponen trabas a su acumulación. El capitalismo no puede prescindir de sus medios de producción y sus trabajadores, ni de la demanda de su plusproducto. Y para privarles de sus medios de producción y sus trabajadores; para transformarlos en compradores de sus mercancías, se propone, conscientemente, aniquilarlos como formaciones sociales independientes. Este método es, desde el punto de vista del capital, el más adecuado, por ser, al mismo tiempo, el más rápido y provechoso. Su otro aspecto es el militarismo creciente, sobre cuya importancia para la acumulación se hablará, con otro motivo, más adelante. Los ejemplos clásicos de la aplicación de estos métodos del capital en las colonias están dados por la política de los ingleses en la India y la de los franceses en Argel.

La antiquísima organización económica de los indios (la comunidad rural comunista) se había mantenido, en sus diversas formas, durante decenios, y había recorrido una larga historia interior, a pesar de todas las tormentas ocurridas “en las regiones políticas de las alturas”. En el siglo VI antes de la era cristiana, penetraron en el territorio del Indus los persas y sometieron una parte del país. Dos siglos más tarde vinieron los griegos y dejaron tras de sí, como testimonio de una cultura completamente extraña, las colonias alejandrinas. Los escitas

salvajes invadieron el país. Durante siglos dominaron los árabes en la India. Más tarde, bajaron de las alturas del Irán los afganos, hasta que, también éstos, fueron ahuyentados por la acometida impetuosa de las hordas tártaras de Transoxania. Después los mogoles sembraron ruina y espanto por donde pasaron. Pueblos enteros fueron pasados a cuchillo, y los campos pacíficos con los tiernos tallos de arroz se tiñeron en color de púrpura por la sangre vertida a raudales. Pero la comunidad rural india ha sobrevivido a todo esto. Pues los conquistadores mahometanos que se fueron sucediendo, dejaron, en último término, intacta la vida social interna de la masa campesina y su estructura tradicional. Se limitaron a enviar a las provincias sus virreyes, que vigilaban la organización militar y recaudaban tributos de la población. Todos los conquistadores se dedicaban al dominio y explotación del país. Ninguno tenía interés en privar al pueblo de sus fuerzas productivas y aniquilar su organización social. El campesino tenía que satisfacer, anualmente, en el Imperio del Gran Mogol, su tributo en especie, al señor extranjero, pero podía vivir a su antojo, en su pueblo, y cultivar el arroz como sus antepasados en su *sholgura*. Luego vinieron los ingleses, y el soplo pestífero de la civilización capitalista realizó, en poco tiempo, lo que no habían logrado milenios, lo que no les había sido dado a los mogoles: destrozar toda la organización social del pueblo. La finalidad del capital inglés era, en última instancia, adquirir la base de subsistencia misma de la comunidad india: la propiedad del suelo.

Para este objeto sirvió, ante todo, aquella ficción, utilizada de antiguo por los colonizadores europeos, conforme a la cual todo el terreno de la colonia era propiedad del soberano político. Los ingleses cedieron toda la India, como propiedad privada, al Gran Mogol y sus virreyes, para heredarla, luego, como sus sucesores “legítimos”. Los sabios más prestigiosos de la economía política, como James Mill, apoyaron celosos con razones “científicas”, particularmente con la famosa conclusión: “Había que aceptar que la propiedad de la tierra pertenecía en la India al soberano, pues si no supusiésemos que era él el propietario, no podríamos responder a la pregunta: ¿quién era, pues, propietario?”[205] Conforme a esto, ya en 1893, los ingleses convirtieron en Bengala a todos los *zemindars*, es decir, los arrendatarios mahometanos de tributos, y también, los jefes hereditarios del mercado en cada uno de los distritos, en propietarios de estos distritos, para contar, así, con fuertes partidarios en su campaña contra la masa campesina. Exactamente del mismo modo procedieron también, más tarde, en sus nue-

[205] Después de haber reunido, sin selección ni crítica, en su historia de la India británica, testimonios de las fuentes más diversas: Mungo, Park, Herodoto, Volney, Acosta, Garcilaso de la Vega, abate Grosier Barrow, Diodoro, Estrabón, etc., para formular el aserto de que, en países primitivos, el suelo había sido siempre y en todas partes propiedad del soberano, Mill saca también, por analogía, para la India la siguiente conclusión: “De estos hechos, sólo puede sacarse una conclusión: la de que la propiedad del suelo reside en el soberano; pues, si no residiese en él, sería imposible mostrar a quién pertenecía.” (James Mill, *The History of British India*, 4ª edición, 1840, volumen I, página 311) A esta clásica consecuencia del economista burgués, hace interesante comentario su editor H. H. Wilson. que, como profesor de sánscrito en la Universidad de Oxford, conocía, exactamente, el derecho de la India antigua. Después que ya en el prólogo caracteriza a su autor como un partidista que acomoda toda la historia de la India británica para justificar las *theoretical views* de Mr. Bentham, haciendo, con medios de dudosa legitimidad, una caricatura del pueblo hindú (un retrato de los hindúes que no tiene ninguna semejanza con el original. y que es casi una injuria para la humanidad), inserta la siguiente nota: “La mayor parte del texto y las notas que le acompañan en este punto, carecen enteramente de valor. Los ejemplos sacados de la práctica mahometana, suponiendo que fuesen exactos, nada tienen que ver con las leyes y derechos de los hindúes. Pero, además, no son exactos y las vías de Mr. Mill le han inducido a error.” A continuación, Wilson niega, en absoluto, particularmente en lo referente a la India, la teoría del derecho de propiedad del soberano sobre el suelo. (L. c. página 305, nota.) También Henry Maine cree que los ingleses han tomado, de sus antecesores musulmanes, su pretensión inicial a la propiedad territorial completa de la India, que para él es completamente falsa. “La afirmación hecha, primeramente, por los ingleses, fue heredada de sus predecesores mahometanos. Era la de que todo el suelo pertenecía, en propiedad absoluta, al soberano y toda la propiedad privada existía en el país por condescendencia suya. La teoría mahometana y su correspondiente práctica van contra la concepción antigua de los derechos del soberano, que, si bien le asignaban una parte mayor del producto del país que la que haya pretendido ningún gobernante occidental, no negaba, en modo alguno, la existencia de propiedad privada en el país.” (*Village communities in the East and West*, 5ª edición, 1890, página 104) Por su parte, Máximo Kowalewsky, ha demostrado que la supuesta “teoría y práctica musulmana” no era más que una fábula inglesa. (Véase su excelente estudio en lengua rusa, *La propiedad común de la tierra, causas, desarrollo y consecuencias de su descomposición*, Moscú, 1879, parte I). Los escritores ingleses, por lo demás, igualmente que sus colegas franceses, sostienen ahora una fábula semejante con respecto a China, afirmando, que, allí, todo el país era propiedad del emperador (Véase la refutación de esta leyenda por el doctor O. Franke, *El derecho de propiedad territorial en China*).

vas conquistas en la provincia de Agra, en Oudh, en las provincias centrales. La consecuencia fue una serie de tumultuosos alzamientos de campesinos, en los que los recaudadores de contribuciones fueron con frecuencia expulsados. Los capitalistas ingleses supieron aprovechar la confusión general de anarquía, derivada de estas revueltas, para apoderarse de una parte considerable de los terrenos.

Por otra parte, se elevaron de tal modo los impuestos, que absorbían casi la totalidad del fruto del trabajo de la población. Las cosas llegaron a tal punto, que (según el testimonio oficial de las autoridades impositivas inglesas en el año 1854) en los distritos de Delhi y Allahabad, los campesinos hallaban preferible arrendar e hipotecar sus predios simplemente por la suma que les correspondía pagar como impuesto. En el terreno de este sistema tributario entró el usurero en el pueblo indio y se asentó sobre él, como un cáncer que roía, desde dentro, la organización social.[206] Para apresurar el proceso, los ingleses promulgaron una ley que contradecía todas las tradiciones y conceptos jurídicos de la comunidad rural: la venta forzosa de los terrenos de los pueblos por débitos tributarios. La antigua sociedad gentilicia trató, en vano, de ampararse en el derecho de preferencia de la marca y de las marcas emparentadas. La disolución estaba en marcha. Subastas forzosas, abandono de las comunidades, campesinos desposeídos eran fenómenos al orden del día.

Mientras los ingleses hacían esto, siguiendo su táctica de siempre en las colonias, trataban de hacer ver que su política de violencia que había causado la total inseguridad de las relaciones de propiedad de la tierra y el desmoronamiento de la economía campesina, había sido necesaria en interés del campesino y para protegerlo contra el tirano y explotador indígena.[207] Primero, Inglaterra creó artificialmente en la India una aristocracia territorial a costa de derechos de propiedad antiquísimos de las comunidades campesinas, para proteger luego a los campesinos contra estos opresores y hacer que la "tierra usurpada contra derecho" pasase a manos de capitalistas ingleses.

Así nació en la India, en breve tiempo, la gran propiedad territorial, mientras los campesinos se transformaban en una masa empobrecida y proletarizada de pequeños arrendatarios con arrendamiento a plazo breve.

Se expresó también, finalmente, en una circunstancia relevante, el método capitalista específico de la colonización. Los ingleses fueron los primeros conquistadores de la India que mostraron una indiferencia brutal frente a las obras públicas civilizadoras de carácter económico. Árabes, afganos y mogoles construyeron y mejoraron en la India magníficos canales; cruzaron el país con calzadas; tendieron puentes sobre los ríos; excavaron pozos. El antepasado de la dinastía mogólica en la India, Timur o Tamerlan, se preocupaba del cultivo del suelo, el regadío, la seguridad de los caminos y el sustento de los viajeros.[208] "Los primitivos

206 "La partición de herencias y la ejecución por deudas destrozando las comunidades, tal es la fórmula que se oye ahora por todas partes en la India" (Henry Maine, lugar citado, página 113).

207 Este esclarecimiento típico de la política oficial inglesa en las colonias se encuentra, por ejemplo, en el representante del poder inglés en la India durante muchos años, lord Roberts de Kandahar, el cual, para explicar el alzamiento de los cipayos, sólo sabe aducir "malas interpretaciones" de las intenciones paternales de los gobernantes ingleses: "A la comisión de colonización interior se la culpaba, falsamente, de injusticia cuando, como era su deber, controlaba el derecho a la propiedad de la tierra y los títulos en que se fundaba, para hacer que el propietario legitimo de un terreno pagase la contribución territorial. Una vez establecidos la paz y el orden, era menester examinar la propiedad territorial, conseguida, en gran parte, por robo y violencia, como es uso de los gobernantes y monarquías indígenas. Por esto se abrieron investigaciones acerca de los derechos de propiedad, etc. El resultado de estas investigaciones fue que muchas familias de rango e influencia se habían apoderado sencillamente de la propiedad de sus vecinos menos influyentes, o les hacían pagar una contribución que correspondía a sus fincas. Esto se modificó de modo justo. Aunque esta medida se tomó con las mayores consideraciones y el mejor deseo, resultó extraordinariamente desagradable a las clases elevadas y, en cambio, no se logró con ella reconciliar a las masas. Las familias reinantes tomaron a mal los intentos de implantar una distribución justa de los derechos y una implantación uniforme de tributos a la propiedad territorial. Aunque, por otra parte, la población rural había sido mejorada por nuestro Gobierno no quiso comprender que con estas medidas queríamos mejorar su posición." (*Forty one years in India*)

208 En las máximas de gobierno de Timur (traducido del persa al inglés en 1783) se dice: "y ordené que construyesen lugares de devoción y monasterios en todas las ciudades; que erigiesen albergues para la recepción de los viajeros en las grandes vías y que construyesen puentes en los ríos.

rajás de la India, los conquistadores afganos o mogoles, crueles en ocasiones para los individuos, realizaron, al menos, durante su gobierno, aquellas maravillosas construcciones que hoy se encuentran a cada paso y parecen la obra de una raza de gigantes… La Compañía (La Compañía Inglesa de las Indias Orientales, que rigió la India hasta 1858) no ha abierto una fuente, ni excavado un pozo, ni construido un canal, ni un puente para provecho de los hindúes."[209]

Otro testigo, el inglés James Wilson, dice: "En la provincia de Madrás todo el mundo se siente impresionado, involuntariamente, por las grandiosas obras hidráulicas, cuyos restos se han conservado hasta nuestros días. Los ríos represados formaban verdaderos lagos, de los cuales partían canales que expandían el agua a 60 y 70 millas en torno. En los grandes ríos, había 30 o 40 de estas esclusas… El agua de lluvia, que bajaba de las montañas, era recogida en pantanos construidos con este objeto; muchos de ellos tienen de 15 a 25 millas de amplitud. Estas construcciones gigantescas fueron terminadas, casi todas, antes del año 1750. En la época de las guerras de la Compañía con los soberanos mogoles y, tenemos que añadirlo, *durante todo el período de nuestro dominio en la India*, han caído en completa decadencia."[210]

Es natural; al capital inglés no le interesaba sostener las comunidades indias en condiciones viables, ni fortalecerlas económicamente, sino, al contrario, destruirlas, arrancarles las fuerzas productivas. La codicia impetuosa de la acumulación que vive esencialmente de "coyunturas" y no es capaz de pensar en el día de mañana, no puede apreciar el valor de las antiguas obras económicas civilizadoras de amplio horizonte. En Egipto, hace poco, los ingenieros del capitalismo inglés se quebraron la cabeza cuando querían construir grandes represas en el Nilo, y buscaban las huellas de aquellos sistemas antiguos de canalización que los ingleses mismos hacía tiempo habían dejado desaparecer con una negligencia estúpida de bárbaros. Los ingleses han podido apreciar, hasta cierto punto, la nobilísima obra de sus propias manos, cuando el hambre terrible, que sólo en el distrito de Olissa hizo perecer en un año a un millón de personas, obligó en 1867 al Parlamento inglés a disponer una investigación acerca de las causas de la miseria. Actualmente, el Gobierno inglés trata de salvar al campesino con procedimientos administrativos de usurero. La *Alienation Act of Punjab* (1900) prohíbe la enajenación o hipoteca de los terrenos de los campesinos en beneficio de individuos de otras castas distintas de la labradora, y hace que las excepciones concedidas en casos particulares dependan de la aprobación del recaudador de contribuciones.[211] Después de haber rasgado los lazos protectores de las antiquísimas corporaciones sociales de la India, y haber hecho nacer una usura, en la que un interés del 15 por 100 es un fenómeno corriente, los ingleses colocan al campesino indio arruinado y empobrecido bajo la tutela del Fisco y sus funcionarios; esto es, bajo la "protección" de sus vampiros inmediatos.

Junto al martirio de la India británica, la historia de la política francesa en Argelia merece un puesto de honor en la economía capitalista colonial. Cuando los franceses conquistaron Argelia, dominaban en la masa de la población árabe y cabila instituciones antiquísimas sociales y económicas, que, a pesar de la larga y movida historia del país, se habían conservado hasta el siglo XIX, y en parte hasta hoy.

"y ordené que los puentes en mal estado fuesen reparados; y debían ser construidos puentes sobre los riachuelos y sobre los ríos y que en las calzadas, a distancia de una jornada uno de otro, se dispongan *caravansarai* y que se pongan en el camino guardias y vigilantes, etc., y que en cada *caravansarai* residan gentes, etc.

"y ordené que cuando alguien emprendiese el cultivo de tierras incultas, o construyese un acueducto, o hiciese un canal, o plantase un bosque, o volviese a cultivar un distrito desierto, nada se le cobrase el primer año; y el segundo, aquello que el sujeto voluntariamente ofreciese, y que en el tercero se percibiesen los impuestos conforme a las reglas." (James Mill, *The History of British India*, 4ª ed., volumen II, páginas 492-498)

[209] Conde Warren, *De l'état moral de la population indigène*, citado por Kowalewski, lugar citado, página 164.

[210] *Historical and descriptive account of British India from the most remote period to the conclusion of the Afghan War* by Hugh Murray, James Wilson, Greville, Prof. Jameson, William Wallace and Captain Dalrymple, Edimburg, 4ª edición, 1843, tomo II, página 427, Citado por Kowaleski, lugar citado.

[211] Víctor v. Leyden, *Constitución agraria y contribución territorial en la India británica oriental*, Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft, XXXVI, cuaderno 4, página 1855.

Sin dudas la propiedad privada existía en las ciudades, entre moros y judíos; entre comerciantes, artesanos y usureros. Sin dudas en el campo los turcos habían usurpado ya en calidad de dominios del Estado grandes territorios, casi la mitad del terreno cultivado pertenecía, no obstante, aún en propiedad indivisa a las tribus arábigas y cabilas, y en ellas reinaban todavía costumbres patriarcales primitivas. La misma vida nómada, sólo inestable e irregular para la mirada superficial, pero en realidad severamente regulada y monótona, llevaba antiguamente todos los veranos (aún en el siglo XIX) a muchas tribus árabes con hombres, mujeres y niños, con rebaños y tiendas de campaña, a la parte de costa refrescada por los vientos marinos del Tell y los volvía a llevar durante el invierno al calor protector de los desiertos. Cada tribu y cada familia tenían sus zonas determinadas de emigración y estaciones determinadas de verano e invierno, donde alzaban sus tiendas de campaña. Los árabes labradores poseían en gran parte, al propio tiempo, la tierra en común. Y en un ambiente asimismo patriarcal, conforme a reglas tradicionales, vivía la gran familia cabila bajo la dirección de su jefe elegido.

La economía doméstica de este gran círculo familiar era dirigida proindiviso por el miembro femenino más antiguo. A veces también sobre la base de la dirección de las familias, o bien por todas las mujeres en turno. La gran familia cabila, cuya organización ofrecía, al borde de los desiertos africanos, una singular semejanza con la famosa *zadruga* de los países eslavos del sur, era propietaria no sólo del suelo, sino también de todos los instrumentos, armas y dinero necesarios para el ejercicio de la profesión de todos sus miembros, y adquiridos por ellos. En forma privada sólo pertenecían a cada hombre un traje, y a cada mujer casada los vestidos y alhajas que formaban su ajuar de novia. En cambio, todos los vestidos costosos y las alhajas se consideraban como propiedad indivisa de la familia, y sólo podían ser usados por los individuos después de un acuerdo general. Cuando la familia no era demasiado numerosa, hacía sus comidas en una mesa común; las mujeres cocinaban por turno; las más viejas se encargaban de la distribución. Si el círculo de personas era demasiado grande, el jefe distribuía todos los meses las subsistencias alimenticias, preocupándose de que hubiera perfecta igualdad en el reparto. Las mismas familias se encargaban de su preparación. Lazos estrechísimos de solidaridad, auxilio muto e igualdad eran las normas de estas comunidades, y los patriarcas, al morir, solían recomendar a los hijos, como postrer encargo, que se mantuvieran fieles a la asociación familiar.[212]

Ya la dominación turca, que se había establecido en el siglo XVI en Argelia, había modificado seriamente estas condiciones sociales. No fue, ciertamente, más que una fábula inventada después por los franceses, decir que los turcos habían conquistado para el Fisco todo el territorio. Esta absurda fantasía, que sólo a los europeos podía ocurrírseles, hallábase en contradicción con todo el fundamento económico del Islam y sus fieles. Por el contrario, las relaciones de propiedad de la tierra de las comunidades rurales y de las grandes familias, no fueron en general tocadas por los turcos. Únicamente robaron a las tribus una gran parte de tierras no cultivadas para convertirlas en dominio del Estado y transformarlas, bajo administraciones locales turcas, en dominios del estado (beylatos) que en parte eran cultivados directamente en beneficio del Fisco con obreros indígenas, y en parte se daban en arrendamiento contra interés o prestaciones en especie. Al mismo tiempo, los turcos aprovechaban todo motín y toda confusión de las tribus sometidas para aumentar, con amplias confiscaciones, las posesiones fiscales, y fundar en ellas colonias militares, o para subastar públicamente los bienes confiscados, que cayeron en su mayor parte en manos de usureros turcos o de otra nacionalidad. Lo mismo que sucedió en Alemania durante la Edad Media. Para huir de las confiscaciones y los impuestos, muchos campesinos se pusieron bajo la protección de la Iglesia, que de este modo se convirtió en propietaria suprema de zonas considerables. Finalmente, la distribución de la propiedad en Argelia, tras todas estas alternativas, ofrecía en la época de la conquista francesa el siguiente cuadro: los dominios abarcaban 1.500.000 hectáreas de terreno; 3.000.000 de hectáreas de terreno baldío pertenecían igualmente al

[212] "Casi siempre, al morir, el padre de familia recomienda a sus descendientes que vivan en la unión perfecta siguiendo el ejemplo de sus abuelos. Es ésta su última exhortación y su voto más caro." (A. Manotaux, A. Letourneux, etc. *La Kabylie et les coutumes Kabyles*, 1873, tomo 2, *Droit civil*, páginas 468-473.) Por lo demás, los autores se atreven a comenzar la descripción reproducida de este comunismo de la gran familia, con la consiguiente sentencia: "En la colmena laboriosa de la familia asociada, todos se hallan reunidos con un fin común; todos trabajan en un interés general, mas ninguno abdica su libertad, ni renuncia a sus derechos hereditarios. En ninguna otra nación se encuentra combinación alguna que esté más cerca de la igualdad y *más lejos del comunismo*.

Estado como “propiedad común de todos los fieles” (*bled el Islam*); la propiedad privada abarcaba 3.000.000 de hectáreas, que desde la época romana se encontraban aún en posesión de los bereberes, y 1.500.000 hectáreas, que, bajo la dominación turca, habían pasado a poder de particulares. En propiedad común indivisa de las tribus árabes quedaban, pues, todavía 5.000.000 de hectáreas de terreno. Por lo que toca al Sahara, unos 3.000.000 de hectáreas de terreno cultivable en la zona de los oasis eran en parte propiedad indivisa de las grandes familias, y en parte propiedad privada. Los restantes 23.000.000 de hectáreas eran en su mayoría terreno improductivo.

Una vez que los franceses convirtieron a Argelia en colonia suya, comenzaron con gran estrépito su obra civilizadora. Téngase en cuenta que Argelia, que a comienzos del siglo XVIII había conseguido su independencia de Turquía, era un nido de piratas que infectaba el Mediterráneo y se dedicaba al tráfico de esclavos con cristianos. Particularmente España y los Estados Unidos, que en aquella época practicaban en alta escala el comercio de esclavos, declararon una guerra implacable contra esta perversidad de los mahometanos. También durante la gran Revolución Francesa se proclamó una cruzada contra la anarquía de Argelia. Por consiguiente, la sumisión de Argelia se había consumado bajo el pretexto de combatir la esclavitud e implantar un orden civilizado. La práctica tenía que mostrar pronto qué había detrás de todo aquello. En los cuarenta años transcurridos después de la sumisión de Argelia, ningún país europeo ha experimentado tan frecuentes cambios del sistema político como Francia. A la restauración siguió la revolución de julio y la monarquía burguesa; a ésta, la revolución de febrero, la Segunda República, el Segundo Imperio; finalmente, la derrota del año 1870 y la Tercera República. La nobleza, la alta finanza, la pequeña burguesía, la amplia capa de la burguesía media fueron sucediéndose en el poder. Pero en medio de todos estos cambios, la política de Francia en Argelia permanecía dominada enteramente por el mismo espíritu. Allí se veía mejor que en ninguna otra parte que todas las revoluciones francesas del siglo XIX giraban en torno al mismo interés fundamental: en torno al dominio de la burguesía capitalista y su forma de propiedad.

“El proyecto de ley sometido a nuestro estudio [decía el diputado Humber el 30 de junio de 1873, en la sesión de la Asamblea Nacional francesa, como ponente de la comisión para el arreglo de la cuestión agraria en Argelia] no es más que la coronación del edificio cuyo fundamento se había puesto por toda una serie de ordenanzas, decretos, leyes dirigidas hacia un mismo objetivo: el establecimiento de la propiedad privada entre los árabes.” La destrucción sistemática, consciente, de la propiedad común y su reparto había sido el polo inmutable sobre el que había girado la política colonial francesa durante medio siglo. Su absoluta indiferencia a todas las conflagraciones en la vida interior del Estado, halla su explicación en unos fines claramente reconocidos: el aniquilamiento de la propiedad común, que debía, ante todo, destruir el poder de las familias árabes, como comunidades sociales, y quebrantar así su resistencia tenaz contra el yugo francés, que, no obstante su superioridad militar, se encontraba incesantemente inquieto por las rebeliones de las tribus.[213]

Por otra parte, la ruina de la propiedad comunal era una condición previa para lograr el disfrute económico del país conquistado, es decir, para arrancar el suelo de manos de los árabes, sus propietarios desde hacía un milenio, y ponerlo en manos de los capitalistas franceses. Para esto se utilizó también, como sabemos, la ficción, conforme a la cual la ley musulmana establecía que el suelo entero era propiedad del soberano. Lo mismo que los ingleses en la India británica, los gobernadores de Luis Felipe en Argelia declararon “imposible” la existencia de una propiedad comunal de familias enteras. Sobre la base de esta ficción, la mayor parte de los terrenos no cultivados, pero principalmente los terrenos comunales, bosques y praderas, fueron declarados propiedad del Estado y empleados para fines de colonización. Se construyó todo un sistema de *cantonnements*, por medio de los cuales, en medio de los terrenos comunales, se colocaban colonos franceses, reduciendo a las tribus a un terreno ínfimo. Por decretos de los años 1830, 1831, 1840, 1844, 1845, 1846 se fundamentaron “legalmente” estos robos a la propiedad comunal árabe. Pero este sistema no condujo en realidad a la colonización, sino que se limitó a producir una especulación y una usura desenfrenadas. En la mayoría de los casos, los árabes lograban volver a comprar las tierras de que se les había

[213] “Tenemos que apresurarnos [declaraba en 1851 en la Asamblea Nacional el diputado Diclier, como ponente] a destruir las asociaciones familiares, pues son la palanca de toda oposición contra nuestra dominación.”

desposeído. Para ello tenían que contraer, generalmente, grandes deudas. La cuestión tributaria francesa actuaba en la misma dirección. Pero, sobre todo, la ley de 16 de junio de 1851 que declaró propiedad del Estado todos los bosques, robaba así a los indígenas 2,4 millones de hectáreas (mitad de pastos, mitad de monte bajo) y quitaba a la ganadería su base. Bajo la acción de todas estas leyes, ordenanzas y medidas, se produjo en las condiciones de la propiedad de la tierra una indescriptible confusión. Aprovechando la febril especulación de terrenos, y esperando volver a adquirirlos pronto, muchos indígenas vendieron sus propiedades a franceses, enajenando con frecuencia la misma finca a dos y tres compradores; finca que luego resultaba no ser propiedad suya, sino propiedad vinculada de la tribu. Así, una sociedad especuladora de Rouen creía haber comprado 20.000 hectáreas, mientras que, al fin, sólo pudo llamar suyas 1.370 hectáreas de terreno. En otro caso, un terreno de 1.230 hectáreas resultó contener, después de dividido, dos hectáreas. Siguió una serie infinita de pleitos, en los cuales los tribunales franceses apoyaban todas las pretensiones de los compradores. Inseguridad de la propiedad, especulación, usura y anarquía, se hicieron generales. Pero el plan del Gobierno francés: crearse un fuerte apoyo con una masa de colonos franceses en medio de la población árabe, experimentó un fracaso lamentable. Por eso, la política francesa siguió, durante el Segundo Imperio otra tendencia: el Gobierno, que después de treinta años de negar tenazmente la existencia de la propiedad comunal, tuvo que convencerse al fin de lo contrario, reconoció oficialmente la existencia de la propiedad indivisa. Esto se hizo con el objeto de proclamar, al mismo tiempo, la necesidad de su reparto por medio de la violencia. Este doble significado tiene la disposición de 22 de abril de 1863. “El Gobierno [declaró el general Allard en el Consejo de Estado] no pierde de vista que el objetivo general de su política es debilitar la influencia de los jefes de las grandes familias para disolverlas. De este modo suprimirá los últimos restos del feudalismo [¡!], al que defienden los adversarios de la propuesta del Gobierno… La implantación de la propiedad privada, el establecimiento de colonos europeos en medio de las tribus árabes…, éstos eran los medios más seguros para apresurar el proceso de disolución de las asociaciones familiares.” La ley del año 1863 creó, para la partición de los terrenos, comisiones especiales, compuestas del siguiente modo: un general de brigada o capitán como presidente, un subprefecto, un funcionario de las autoridades militares árabes y un funcionario de administración de los dominios. Estos, conocedores natos de la situación económica y social de África, tenían que resolver este triple problema: primero, delimitar exactamente los límites de los territorios de las tribus; luego, dividir el territorio de cada tribu entre sus diversas ramas o grandes familias, y, finalmente, dividir también estos terrenos en parcelas privadas. La campaña de los generales de brigada en el interior de Argelia se realizó puntualmente; las comisiones se dirigieron a los hogares donde estaban sitos los terrenos, actuando de medidores, agrimensores y jueces al mismo tiempo en todas las contiendas. El gobernador general de Argelia tenía que confirmar, en última instancia, los planes de reparto. Después que las comisiones trabajaron denodadamente diez años, el resultado fue el siguiente: de 1863 a 1873, de los 700 territorios árabes de tribu, 400 se distribuyeron entre las grandes familias. Ya con esto se pusieron los fundamentos de la futura desigualdad: el latifundio y las parcelas demasiado reducidas, pues según las dimensiones del territorio y el número de miembros de la tribu correspondía a cada persona, tan pronto de 1 a 4 hectáreas, como 100 y hasta 180. Pero el reparto se detuvo en las grandes familias. La distribución del territorio encontró, a pesar de todos los generales de brigada, dificultades insuperables en los dominios árabes. El fin perseguido por la política francesa: la creación de la propiedad individual y su paso a poder de los franceses, había fracasado, pues, una vez más en conjunto.

Fue la Tercera República, el régimen declarado de la burguesía, la que tuvo valor y cinismo bastantes para prescindir de todos los rodeos y, sin los pasos preparatorios del Segundo Imperio, acometer la empresa por otro camino. El reparto directo de los terrenos de las 700 tribus árabes en parcelas individuales, la introducción forzosa de la propiedad privada en el plazo más breve, tal fue el fin abiertamente declarado de la ley elaborada por la Asamblea Nacional en el año 1873. Ofreció el pretexto la situación desesperada de la colonia. Exactamente de la misma manera que sólo la gran hambre india en 1836 hizo ver claramente al pueblo inglés los bellos resultados de la política colonial británica, determinando el nombramiento de una comisión parlamentaria para investigar el mal, así Europa se alarmó, a fines del sexto decenio, ante los gritos de dolor que venían de Argelia, donde una hambre terrible y una mortandad extraordinaria entre los árabes, eran el fruto de cuarenta años de dominación francesa. Para investigar las causas y hacer la dicha de los árabes con nuevas

medidas legales, se nombró una comisión que decidió, por unanimidad, que sólo quedaba una tabla de salvación: ¡la propiedad privada! Sólo merced a ella, todos los árabes estarían en condiciones de vender o hipotecar su finca para protegerse así contra la miseria. De modo que el único medio para remediar la situación angustiosa de los árabes, situación que se había producido por los robos de los franceses, por los insoportables impuestos, por las deudas contraídas para satisfacerlos, era lanzar plenamente al árabe entre las garras del usurero. Esta farsa se hizo con entera seriedad ante la Asamblea Nacional, y la digna corporación la aceptó también seriamente. El descaro de los “vencedores” de la *Commune* parisién se festejaba con orgías.

Dos argumentos sirvieron particularmente en la Asamblea Nacional para justificar la nueva ley. Los defensores del proyecto del Gobierno insistían siempre en que los árabes mismos deseaban con apremio la implantación de la propiedad privada. De hecho la deseaban; la deseaban los especuladores de terrenos y los usureros de Argelia, que tenían un interés apremiante en “liberar” a su víctima de los lazos protectores de las tribus y de su solidaridad. Mientras el derecho musulmán rigiese en Argelia, la hipoteca de los terrenos hallaba un obstáculo infranqueable en el hecho de que la propiedad gentil y familiar no era enajenable. La ley de 1863 había abierto la primera brecha. Se trataba ahora de suprimir por completo el obstáculo para que el usurero pudiera actuar airadamente. El segundo era un argumento “científico”. Procedía del mismo arsenal espiritual del que el venerable James Mill había sacado su incapacidad para comprender las relaciones de propiedad: de la economía política inglesa clásica. La propiedad privada es la condición previa necesaria de todo cultivo intensivo mejorado del suelo en Argelia. “Él impediría las crisis de hambre, pues es evidente que nadie podrá emplear capital o trabajo intensivo en un terreno que no es su propiedad individual, y cuyos frutos no serán exclusivamente suyos”, declaman con énfasis los discípulos de Smith-Ricardo. Claro que los hechos hablaban otro lenguaje. Mostraban que los especuladores franceses utilizaban la propiedad privada, creada por ellos en Argelia, para otras cosas que nada tenían que ver con el cultivo más intensivo y elevado del suelo. De las 400.000 hectáreas de terreno que en el año 1873 pertenecían a los franceses, se encontraban 120.000 en poder de dos sociedades capitalistas: la Compañía Argelina y la Compañía Setif, que no cultivaban directamente sus tierras, sino que se las daban, en arriendo, a los indígenas, los cuales las cultivaban con sus procedimientos tradicionales. Una cuarta parte de los demás propietarios franceses no se ocupaba tampoco de la agricultura. Las inversiones de capital y el cultivo intensivo del suelo no se podían hacer brotar artificialmente, como tampoco la organización capitalista en general. Estas cosas sólo existían en la fantasía ávida de ganancias de los especuladores franceses y en el nebuloso mundo doctrinario de sus ideólogos científicos. Si se prescinde de los pretextos y arabescos empleados en la fundamentación de la ley de 1873, tratábase, simplemente, de privar a los árabes del terreno que era la base de su existencia. Y, a pesar de lo endeble de la argumentación, a pesar de que se hallaba evidentemente fundada en razones falsas, la ley que había de dar el golpe de muerte al bienestar de la población de Argelia fue aprobada casi por unanimidad el 26 de julio de 1873.

Pero el fracaso de este golpe de fuerza no se hizo esperar mucho. La política de la Tercera República se estrelló ante la dificultad de introducir de golpe la propiedad privada burguesa en asociaciones comunistas primitivas, como se había estrellado ya la política del Segundo Imperio. La ley de 26 de julio de 1873, que fue completada por una segunda ley de 28 de abril de 1887, ofrecía, al cabo de diecisiete años de vigencia, el siguiente resultado: hasta 1890 se habían gastado 14 millones de francos para aplicar el procedimiento de partición en 1,6 millones de hectáreas. Se calculaba que la prosecución del procedimiento tendría que durar hasta 1950 y costaría otros 60 millones de francos. En cambio, la finalidad de suprimir el comunismo de las grandes familias no se había logrado. Lo único que se había conseguido, real e indudablemente, era una loca especulación de terrenos, una usura floreciente y la ruina económica de los indígenas.

El fracaso de la implantación violenta de la propiedad privada condujo a un nuevo experimento. Aunque el Gobierno general de Argelia había nombrado, ya en 1890, una comisión que había examinado y condenado las leyes de 1873 a 1887, pasaron otros siete años hasta que los legisladores del Sena se decidieron a hacer una reforma en interés del país arruinado. En el nuevo curso de las cosas, se prescindió de la introducción forzosa de la propiedad privada por obra del Estado. La ley de 27 de febrero de 1897, así como la instrucción del gobernador

general argelino de 7 de marzo de 1898, se refieren principalmente a la implantación de la propiedad privada a instancia voluntaria del propietario o del adquirente.[214] Pero como, no obstante, hay algunas cláusulas que declaran admisible también la implantación de la propiedad privada a instancia de *un* propietario, sin el consentimiento de los demás copropietarios de terreno; y como, por otra parte, una instancia "voluntaria" del propietario cargado de deudas puede producirse a cada momento bajo la presión del usurero, una nueva ley abre también ampliamente las puertas para que continúe el saqueo de los capitalistas franceses e indígenas en los terrenos de las tribus y de las grandes familias.

La mutilación de Argelia dura ya ochenta años ha encontrado tanta menor resistencia en los últimos tiempos, cuanto que los árabes se ha encontrado cada vez más cercados por el capital francés y entregados a él sin salvación con motivo de la sumisión, por una parte, de Túnez en 1881, y, últimamente, de Marruecos. El último resultado del régimen francés en Argelia, es la emigración de los árabes en masa a la Turquía asiática.[215]

[214] V. G. K. Anton, *Neuere Agrarpolitik in Algerien und Tunesien, Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft*, 1900, páginas 1.341 y siguientes.
[215] En su discurso de 20 de junio de 1912 en la Cámara de Diputados francesa, el ponente de la comisión para la reforma del "indígena" (de la justicia administrativa) en Argelia, Albin Rocet, adujo el hecho de que, del distrito de Setif, habían emigrado 1.000 argelinos. De Tlemcen emigraron, el año pasado, en un mes, 1.200 indígenas. El punto de la emigración es Siria. Un emigrante escribe desde su nueva patria: "Me he establecido en Damasco y soy perfectamente feliz. Nos encontramos ahora en Siria numerosos argelinos que han emigrado como yo, y a quienes el Gobierno ha concedido tierras, facilitándoles la adquisición de los medios necesarios para su cultivo. El Gobierno argelino combate la emigración por el procedimiento de negar los pasaportes," (Véase *Journal Officiel* de 21 de julio de 1912, páginas 1.594 y siguientes).

CAPÍTULO XXVIII
La introducción de la economía de mercancías

La segunda condición previa fundamental, tanto para la adquisición de medios de producción, como para la realización de la plusvalía, es la ampliación de la acción del capitalismo a las sociedades de economía natural.

Todas las clases y sociedades no capitalistas deben comprar las mercancías producidas por el capital y venderle sus productos. Parece como si aquí, al menos, comenzase la "paz" y la "igualdad", el *do ut des*, la reciprocidad de los intereses, la "competencia pacífica" y las "influencias civilizadoras". Si el capital puede arrancar por la fuerza medios de producción a otras entidades sociales y obligar a los trabajadores a convertirse en objetos de la explotación, no puede obligarlos por la violencia a hacerse compradores de sus mercancías; no puede forzarles a realizar su plusvalía. Lo que parece confirmar este supuesto es la circunstancia de que ciertos medios de transporte (ferrocarriles, navegación, canales) constituyen la condición previa indiscutible de la difusión de la economía de mercancías en territorios de economía natural. La marcha triunfal de la compra y venta de mercancías suele comenzar con obras grandiosas del tráfico moderno: líneas de ferrocarriles que atraviesan selvas vírgenes y perforan montañas; hilos telegráficos que pasan por los desiertos; vapores que entran en lejanos y apartados puertos. Pero la paz de estas revoluciones es pura apariencia. Las relaciones comerciales de la Compañía de las Indias Orientales con los países que suministran materias primas, fueron el robo y el engaño grosero bajo la bandera del comercio, como lo son hoy las relaciones de los capitalistas norteamericanos con los indios del Canadá, a quienes compran pieles; o de los negociantes alemanes con los negros africanos. El ejemplo clásico del "suave" y "pacífico" comercio de mercancías con sociedades atrasadas, es la moderna historia de China, a través de la cual pasan como un hilo rojo, desde mediados hasta fines del siglo XIX, las guerras de los europeos, cuya finalidad era abrir, por la violencia, las puertas de China al tráfico de mercancías. Persecuciones de cristianos, provocadas por misioneros; tumultos ocasionados por europeos; periódicas matanzas guerreras en las que la debilidad de un pacífico pueblo agricultor había de medirse con la más moderna técnica capitalista de guerra de las grandes potencias unidas; grandes contribuciones de guerra, con todo el sistema de deuda pública; empréstitos europeos; control de las finanzas y ocupación de las fortalezas; aperturas forzosas de puertos libres y concesiones ferroviarias arrancadas a la fuerza para capitalistas europeos, tales fueron los métodos empleados para inaugurar el comercio de mercancías en esa parte de Asia desde el año 40 del siglo pasado hasta que estalló la revolución china.

El período de la apertura de China a la civilización europea, esto es, el cambio de mercancías con el capital europeo, se inicia con la guerra del opio, en la que China se ve obligada a adquirir el veneno de las plantaciones indias para convertirlo en dinero destinado a los capitalistas ingleses. En el siglo XVII, la Compañía inglesa de las Indias Orientales había introducido el cultivo del opio en Bengala, y a través de su sucursal de Cantón había difundido el uso del veneno en China. A comienzos del siglo XIX, el opio bajó de tal modo su precio, que se convirtió rápidamente en medio de consumo para el pueblo. Todavía el año 1821 la importación de opio en China era de 4.628 cajas, al precio medio de 1.325 dólares; luego, el precio se redujo a la mitad y la importación inglesa pasó en 1825 a 9.621 cajas; en 1830 a 26.670 cajas.[216] Los efectos desastrosos del veneno, particularmente el de las peores calidades usadas por la población pobre, se convirtieron en una calamidad pública y determinaron que China prohibiese la importación. Ya en 1828, el virrey de Cantón había prohibido la importación de opio, pero esto sólo sirvió para dirigir el comercio hacia otros puertos. Se encargó a uno de los censores de Pekín estudiar la cuestión, y emitió el siguiente informe:

[216] En 1854 se importaron 77.379 cajas. Más tarde, la importación descendió levemente a causa de la difusión de la producción nacional; no obstante, China continúa siendo el principal cliente de las plantaciones indias. En 1873-1874 se produjeron en la India 6,4 millones de kilos de opio, de los cuales se vendieron a los chinos 6,1 millones. Todavía ahora, India exporta anualmente 4,8 millones de kilos por valor de 150 millones de marcos, casi exclusivamente a China y al archipiélago malayo.

"He venido a saber que los fumadores de opio sienten tan violenta apetencia de ese medicamento nocivo, que están dispuestos a ofrecerlo todo para conseguir su goce. Si no reciben el opio a la hora acostumbrada, sus miembros comienzan a temblar; gruesas gotas de sudor les corren por la frente y la cara, y son incapaces de realizar el menor trabajo. Pero se les da una pipa de opio, fuman unas cuantas chupadas y en seguida están curados."

"Por consiguiente, el opio se ha convertido en una necesidad para los que lo fuman y no hay que asombrarse de que, cuando las autoridades locales les interrogan, prefieran soportar cualquier castigo a declarar los nombres de los que les suministran opio. A veces, las autoridades locales reciben también regalos para tolerar este mal, o para suspender una investigación iniciada. La mayoría de los negociantes que traen artículos de comercio a Cantón venden también opio de contrabando."

"Mi opinión es que el opio constituye un mal mucho mayor que el juego y que, por tanto, a los fumadores de opio no debía imponérseles un castigo menor que a los jugadores."

El censor proponía que se condenase a todo fumador de opio a 80 azotes de bambú, y a los que no quisieran denunciar al vendedor, a 100 azotes y destierro de tres años. Después, con una franqueza extraordinaria, el burócrata encoletado de Pekín, terminaba su informe: "Parece que el opio es importado en su mayoría del extranjero por funcionarios indignos, que de acuerdo con comerciantes codiciosos lo traen al interior del país, donde los jóvenes de buena familia, los particulares y comerciantes ricos se dedican a ese goce. Finalmente, su uso se extiende también a la gente ordinaria. Es sabido que en todas las provincias hay fumadores de opio, no sólo entre los funcionarios civiles, sino también en el ejército. Mientras los funcionarios de los distintos distritos recuerdan con edictos la prohibición legal de la venta de opio, sus padres, sus amigos, sus inferiores y servidores fuman como antes, y los comerciantes utilizan la prohibición para subir el precio. Hasta la policía, que se halla igualmente contagiada, compra este artículo en vez de contribuir a perseguirlo, y ésta es también la razón de que todas las prohibiciones y medidas sean vanas."[217]

Después de esto, fue promulgada una ley que condenaba a todo fumador de opio a 100 azotes y a ser expuesto durante dos meses. Se impuso a los gobernadores de las provincias la obligación de mencionar, en sus informes anuales, los resultados de la lucha contra el opio. El doble resultado de esta lucha fue, que, de una parte, en el interior de China, especialmente en las provincias de Honan, Setschuan y Kweitschan, se establecieron plantaciones de adormideras en gran escala y que, por otra parte, Inglaterra declaró la guerra a China para obligarla a permitir la importación. Así comenzó la gloriosa "apertura" de China a la cultura europea; esa apertura simbolizada por la pipa de opio.

El primer ataque cayó sobre Cantón. La defensa de la ciudad por la entrada principal del río Perla era de lo más primitivo que se puede imaginar. Consistía, principalmente, en unas cadenas de hierro que diariamente y a la puesta del Sol se sujetaban a postes de madera anclados en el río. Hay que tener en cuenta, además, que los cañones chinos carecían de dispositivos para corregir el tiro, esto es, eran completamente inofensivos. Con esta primitiva defensa, que servía justamente para impedir la entrada a un par de barcos mercantes, afrontaron los chinos el ataque inglés. Dos barcos de guerra ingleses fueron suficientes para forzar la entrada el 7 de septiembre de 1839. Los 16 juncos de guerra y los 13 cañones con que los chinos se resistieron fueron destrozados en tres cuartos de hora. Tras esta primera victoria, los ingleses reforzaron considerablemente su flota de guerra, y a principios de 1841 renovaron el ataque. Esta vez fue dirigido, al mismo tiempo, contra la flota y contra los puertos. La flota china consistía en unos cuantos juncos de guerra. Ya la primera granada penetró en el polvorín de un junco y éste voló con toda la tripulación. Al cabo de breve tiempo se habían destruido 11 juncos, entre ellos el barco almirante; el resto buscaba la salvación en la huída. Las operaciones en tierra duraron unas horas más. Dada la absoluta inutilidad de los cañones chinos, los ingleses avanzaron por entre las fortificaciones, escalaron un punto importante que estaba totalmente desguarnecido, e hicieron una gran matanza de chinos indefensos. El balance de la batalla fue: del lado chino, 600 muertos; del inglés… 1 muerto y 30 heridos, de los cuales, más de la mitad provenían de la explosión casual de un almacén de pólvora. Unas semanas más tarde, los ingleses realizaron una nueva hazaña. Se trataba de tomar los fuertes

[217] Citado por el mayor J. Scheibert, *La guerra en China*, 1903, página 179.

de Anunghoy y Wantong del Norte. Para ello disponían nada menos que de 12 barcos completamente preparados. Además, los chinos habían olvidado otra vez lo principal, esto es, fortificar la isla de Wantong del Sur. Así, pues, los ingleses desembarcaron en ella tranquilamente con las baterías; con ellas bombardearon el fuerte por un lado; los barcos de guerra, por el otro. Bastaron pocos minutos para expulsar a los chinos del fuerte y hacer posible el desembarque general sin resistencia. La escena inhumana que luego siguió (dice una referencia inglesa), será siempre un objeto de profundo pesar para los oficiales ingleses. Los chinos, al tratar de huir, cayeron en los fosos, de modo que rápidamente quedaron llenos de soldados inermes que pedían gracia. Los cipayos dispararon incesantemente (al parecer contra las órdenes de los oficiales) sobre esta masa yacente de cuerpos humanos. Así se abrió Cantón al tráfico de mercancías.

Lo mismo ocurrió en los demás fuertes. El 4 de julio de 1861 aparecieron tres barcos de guerra ingleses con 120 cañones ante las islas situadas a la entrada de la ciudad de Mingpó. Otros barcos de guerra llegaron al día siguiente. Por la tarde, el almirante inglés envió un mensaje al gobernador chino, pidiéndole que entregase las islas. El gobernador declaró que le faltaban fuerzas para resistir, pero que no podía efectuar la entrega sin orden de Pekín, por lo cual solicitaba un aplazamiento. No se le concedió, y a las dos y media de la mañana los ingleses comenzaron el ataque a la isla indefensa. A los nueve minutos el fuerte y las casas de la playa eran un montón humeante de ruinas. Las tropas desembarcaron en la costa abandonada y cubierta de venablos, sables, escudos, fusiles y algunos muertos, avanzando hasta los muros de la ciudad de Tinghai, para tomarla. Reforzados por las tripulaciones de los nuevos barcos que habían llegado entretanto, a la mañana siguiente acometieron el asalto de los muros apenas defendidos, y a los pocos minutos se habían apoderado de la ciudad. Esta gloriosa victoria fue anunciada por los ingleses, modestamente, de este modo: “El destino había designado la mañana del 5 de julio de 1841 como el día memorable en que, por primera vez, la bandera de Su Majestad Inglesa flotase, la primera, sobre la más bella isla del Celeste Imperio.” El 25 de agosto de 1841 se presentaron los ingleses ante la ciudad de Amoy, cuyos fuertes estaban armados con varios cientos de cañones del mayor calibre chino. Dada la inutilidad casi completa de estos cañones y la torpeza del jefe, la toma del puerto fue también un juego de niños. Los barcos ingleses se acercaron bajo un fuego continuo a los muros de Kulangsu, luego desembarcaron los soldados de infantería de marina, y, tras breve resistencia, ahuyentaron a las tropas chinas. Los ingleses apresaron en el puerto 26 juncos de guerra con 128 cañones abandonados por las tripulaciones. En una de las baterías, los tártaros resistieron heroicamente el fuego combinado de cinco barcos enemigos, pero los ingleses desembarcados cayeron sobre ellos por la espalda e hicieron otra gran matanza.

Así terminó la gloriosa guerra del opio. Por la paz del 27 de agosto de 1842, los ingleses obtuvieron la isla de Hongkong, Además, los puertos de Cantón, Amoy, Fuchu, Mingpó, Shangai debían abrirse al comercio. Quince años más tarde tuvo lugar la segunda guerra contra China, durante la cual los ingleses procedieron de acuerdo con los franceses; en 1857, la flota aliada se apoderó de Cantón, con el mismo heroísmo que en la primera guerra. En la paz de Tientsin (1858) los chinos concedieron la importación de opio y la entrada, al interior del país, del comercio europeo y las misiones, Poco después, en 1859, los ingleses abrieron de nuevo las hostilidades y resolvieron destruir las fortificaciones de los chinos en el Peiho, pero fueron rechazados tras una batalla en la que tuvieron 464 muertos y heridos.[218] Entonces, Inglaterra y Francia volvieron a operar juntas. Con 12.600 hombres de tropas inglesas y 7.500

[218] Un edicto imperial del día 3 de la luna VIII en el X año Hsien-Feng (6 de septiembre de 1860) dice, entre otras cosas:

“No hemos prohibido nunca a Inglaterra ni a Francia tener comercio con China, y durante muchos años ha habido paz entre ellos y nosotros. Pero hace tres años, los ingleses penetraron con malas intenciones en nuestra ciudad de Cantón e hicieron prisioneros a nuestros funcionarios. Por aquel entonces no tomamos represalias ni medidas, porque nos vimos obligados a reconocer que la obstinación del virrey Yah había dado, en cierto modo, ocasión a las hostilidades. Hace dos años, el jefe de los bárbaros, Eljin, avanzó hacia el Norte y dimos orden al virrey de Chihli, T’an Ting-Hsiang, que examinase los hechos antes de entrar en negociaciones, Pero el bárbaro se aprovechó de que no estábamos preparados: tomó los fuertes de Taki y avanzó sobre Tientsin. Preocupados de ahorrar a nuestro pueblo los horrores de la guerra, prescindimos, una vez más, de tomar represalias y ordenamos a Kuei-Liang que entablase negociaciones de paz. A pesar de las vergonzosas exigencias de los bárbaros, ordenamos a Kuei-Liang dirigirse a Schangai para ocuparse del tratado de comercio propuesto, e incluso lo ratificamos como signo de nuestra buena fe.”

franceses al mando del general Coursin-Montauban, a fines de agosto de 1860, tomaron primeramente sin disparar un tiro los fuertes de Taki; luego avanzaron hacia Tientain y continuaron su avance hacia Pekín. Por el camino, el 21 de septiembre de 1860, tuvo lugar la sangrienta batalla de Paliakao, que ponía a Pekín a disposición de las potencias europeas. Los vencedores entraron en la ciudad, casi vacía y sin defensa alguna; saquearon primeramente el palacio imperial, en cuyo saqueo intervino personalmente, con gran entusiasmo, el general Coursin, que fue después mariscal "conde de Palikiao"; por su parte, lord Eljin mandó prender fuego al palacio, "como expiación".[219]

A consecuencia de todo esto, se permitió a las potencias europeas tener plenipotenciarios en Pekín y Tientsin, y otras ciudades se abrieron al comercio. Mientras, en Inglaterra, la Liga contra el opio trabajaba contra la difusión del tóxico en Londres, Manchester y otros distritos industriales, y una comisión nombrada por el Parlamento declaraba altamente nocivo el consumo de opio, en la Convención de Chifú de 1876 se aseguraba aún la libertad a la importación de opio en China. Al mismo tiempo, todos los tratados de China aseguraron a los europeos (comerciantes y misiones) el derecho a adquirir en China propiedad territorial. En esta tarea colaboraba, con el fuego de los cañones, el engaño consciente. Los términos equívocos en que estaban redactados los tratados ofrecían una cómoda base para ir extendiendo gradualmente las zonas ocupadas por el capital europeo, y los puertos comprendidos en las estipulaciones. Sobre la base de la conocida cínica falsificación del texto chino de la Convención adicional francesa del año 1870, obra del misionero católico abate Delamarre, que había intervenido como intérprete, se obligó, más tarde, al Gobierno chino, a permitir que las misiones adquiriesen terrenos, no sólo en los puertos abiertos, sino en todas las provincias. Tanto la diplomacia francesa como las misiones protestantes condenaron unánimes el refinado engaño del padre católico, pero esto no impidió a la primera exigir, enérgicamente, la aplicación de la ampliación de derechos de las misiones francesas introducida fraudulentamente, y hacer que, en 1887, se extendiese también, expresamente, a las misiones protestantes.[220]

La apertura de China al comercio de mercancías, que había comenzado con la guerra del opio, fue sellada con la serie de pactos y la expedición de China (1900), en los que los intereses comerciales del capital europeo dieron lugar a un público e internacional robo de terrenos. Finalmente, hace resaltar esta contradicción entre la teoría inicial y la práctica final de los "representantes" de la cultura europea en China, el despacho dirigido por la emperatriz viuda a la reina Victoria después de la toma de los fuertes Taku.

"Sin tener en cuenta nada de esto, últimamente, el jefe de los bárbaros, Bruce, con una obstinación completamente irrazonada, apareció en la XVIII luna con una escuadra de barcos de guerra en la bahía de Tako. Acometió violentamente a Seng Ko Liu Ch'in y le obligó a retirarse. De todo esto se deduce que China no ha faltado a la fe prometida, y que los bárbaros no tienen ninguna razón. Ahora, en el año corriente, los jefes bárbaros Eljin y Gros han vuelto a aparecer en nuestras costas, pero China, no deseando recurrir a medidas extremas, les permitió el desembarco y una visita a Pekín para ratificar el tratado."

"¡Quién hubiera creído que los bárbaros no habían hecho más que tendernos trampas durante todo este tiempo y que traían consigo un ejército de soldados y artillería, con el que tomaron por la espalda los fuertes Taku y, después de desalojada la guarnición, marcharon sobre China!" (*China bajo la emperatriz viuda*, Berlín, 1912, página 25. Véase también en la mencionada obra todo el capitulo titulado "La huida a Jehol").

[219] Las operaciones de los héroes europeos para conseguir la apertura de China al comercio de mercancías, están enlazadas con un lindo fragmento de la historia interior de China. Reciente el saqueo del palacio de verano de los soberanos manchúes, el "Gordon chino" emprendió la campaña contra los rebeldes Taiping, y en 1863 tomó, incluso, el mando del ejército imperial. La sofocación del alzamiento fue en realidad obra del ejército inglés. Pero, a pesar de que un número considerable de europeos, entre ellos un almirante francés, perdieron su vida para conservarle China a la dinastía manchú, los representantes del comercio de mercancías europeo aprovecharon la cuestión para hacer un negocio con estas luchas, suministrando armas tanto a los defensores de la apertura de China al comercio, como a los rebeldes contra quienes éstos combatían. "La ocasión de hacer dinero indujo, además, a los honorables comerciantes, a suministrar a ambas partes armas y municiones, y como las dificultades de aprovisionamiento de estos artículos eran mayores para los rebeldes que para los imperiales, y tenían que pagar, por tanto, precios más altos de los que estaban dispuestos a pagar, fueron adquiridos preferentemente por los negociantes. Estos armamentos les permitieron resistir, no sólo a las tropas del propio Gobierno, sino también a las de Inglaterra y Francia." (M. V. Brandt, *88 Jahre in Ostasien*, 1901, tomo 3, "China", página 11)

[220] Dr. V. Franke, *La situación jurídica de la propiedad territorial en China*, Leipzig, 1903, páginas 82 y ss.

"Un saludo a Vuestra Majestad: en todas las negociaciones de Inglaterra con el Imperio Chino desde que éstas se entablaron entre nosotros, no se ha hablado nunca, por parte de Gran Bretaña, de ampliar las posesiones territoriales, sino sólo del deseo vivo de fomentar los intereses de su comercio. Considerando el hecho de que nuestro país se halla ahora en un espantoso estado de guerra, recordamos que una gran parte del comercio de China, el 70 u 80 por cierto, tiene lugar con Inglaterra. Además de esto, vuestras aduanas marítimas son las más bajas del mundo y en vuestros puertos se ponen muy pocas limitaciones a la importación extranjera. Sobre estas bases se han mantenido nuestras relaciones amistosas con comerciantes ingleses en nuestros puertos abiertos al comercio durante el último medio siglo ininterrumpidamente y con ventaja mutua. Pero, ahora, ha sobrevenido un cambio repentino y se ha levantado contra nosotros una sospecha general. Rogamos a Vuestra Majestad, por ello, que reflexione sobre el hecho de que si por cierta combinación de circunstancias hubiera de perderse la independencia de nuestro Imperio, y las potencias se pusieran de acuerdo para realizar su antiguo propósito de adueñarse de nuestro territorio [en un despacho contemporáneo al emperador del Japón, la apasionada Tzu Hsi habla claramente "de las potencias del Oeste, hambrientas de tierra, cuyos ojos de tigres devoradores miran en nuestra dirección"], el resultado sería infortunado y fatal para vuestro comercio. Entretanto, confiamos en los buenos servicios de Vuestra Majestad como intermediaria, y aguardamos vuestra pronto resolución…"[221]

En cada guerra, mientras tanto, los representantes de la cultura europea toman parte en los robos y saqueos de los palacios imperiales chinos, de los edificios públicos, de los monumentos antiguos de civilización. Tanto en el año 1870, en que los franceses saquearon el palacio del emperador con sus tesoros de maravilla, como en 1900, en que "todas las naciones" robaron a porfía bienes públicos y privados. Ruinas humeantes de las mayores y más antiguas ciudades, decadencia de la agricultura en extensas zonas, insoportables gravámenes tributarios para recaudar las contribuciones de guerra, acompañaron a los progresos del comercio de mercancías en todo avance europeo. Cada uno de los cuarenta y tantos *Treaty ports* chinos ha sido adquirido con raudales de sangre, matanzas y ruinas.

[221] *China bajo la emperatriz viuda*, página 334.

CAPÍTULO XXIX
La lucha contra la economía campesina

Un importante capítulo final de la lucha contra la economía natural es el de separar la industria de la agricultura, la eliminación de las industrias rurales dentro de la economía campesina. El artesanado aparece históricamente como una ocupación agrícola secundaria. En los pueblos civilizados sedentarios, es un anejo del cultivo de la tierra. La historia del artesanado europeo en la Edad Media es la historia de su emancipación de la agricultura, de su liberación de las tierras de señorío, de su especialización y desarrollo dentro de la producción gremial urbana. A pesar de que la producción industrial había seguido progresando y había ido del artesanado a la manufactura, y de ésta a la fábrica capitalista de gran industria, en el campo, el artesanado seguía obstinadamente adherido a la economía campesina. El artesanado desempeñaba un papel importante para cubrir las necesidades propias de la economía campesina como producción casera, a la que se dedicaba el tiempo que dejaba libre el cultivo de la tierra.[222] El desarrollo de la producción capitalista fue arrancando a la economía campesina una rama industrial tras otra, para hacer así la concentración de la producción en las fábricas. La historia de la industria textil ofrece un ejemplo típico. Pero lo mismo sucedió, aunque de un modo menos ostensible, con todas las demás ramas industriales de la agricultura. Para convertir a la masa campesina en compradora de sus mercancías, el capital se esfuerza en reducir, en primer lugar, la economía campesina a una rama de la que no puede apoderarse en seguida (dadas las relaciones europeas de propiedad no puede hacerlo sin dificultad): a la agricultura propiamente dicha.[223] Exteriormente, este proceso parece desarrollarse pacíficamente; en el fondo, se halla favorecido, al propio tiempo, por factores puramente económicos. La superioridad técnica de la producción fabril en serie (con su especialización, sus análisis científicos, su adquisición de las materias primas en el mercado mundial y su instrumental perfeccionado), en comparación con la industria campesina primitiva, está fuera de duda. En este proceso, para separar la industria de la agricultura campesina, han intervenido en realidad factores múltiples, como la presión tributaria, la guerra, la dilapidación y monopolización del terreno nacional. Estos factores caen igualmente en el campo de la economía política, del poder político y del código penal. En ninguna parte se ha realizado este proceso tan plenamente como en los Estados Unidos de Norteamérica.

Los ferrocarriles, esto es, el capital europeo, principalmente inglés, fueron conduciendo a los granjeros norteamericanos, paso a paso, a través de los inconmensurables campos del este y oeste de la Unión, donde con armas de fuego, perros, licores y sífilis, exterminaron a los indios. Los trasladaron violentamente del Este al Oeste, para apropiarse de sus terrenos, como si fueran “tierra libre”, para desbravarla y ponerla en cultivo. El granjero americano de la buena época anterior a la guerra de Secesión, el “tras los bosques”, era muy distinto del actual. Sabía aproximadamente todo, y podía arreglárselas en su granja apartada, casi sin recurrir al mundo exterior. “El actual granjero americano [escribía a comienzos de los años 90 el senador Peffer, uno de los directores de la Farmers Alliance] es completamente distinto de su antepasado de hace cincuenta o cien años. Muchos de los que hoy viven recuerdan la época en que los granjeros se ocupaban, en considerable escala, de trabajos industriales, es decir, en que fabricaban por sí solos una parte considerable de lo que les hacía falta para su propio

[222] En China, la industria doméstica se ha conservado en amplia escala hasta la época más moderna, incluso en la burguesía, y hasta en ciudades comerciales tan populosas y antiguas como Mingpó con sus 300.000 habitantes. “Hace sólo una generación, las mujeres hacían, ellas mismas, zapatos, sombreros, camisas y demás artículos de uso para sus maridos y para ellas. En aquel entonces causaba impresión en Mingpó, que una mujer joven comprase en una tienda algo que hubiera debido fabricar con sus propias manos.” (Dr. Nyok-Ching Tsur, *Las explotaciones industriales de la ciudad de Mingpó*, Tubinga, 1909, página 51)

[223] Cierto que el último capitulo de la historia de la economía campesina bajo la influencia de la producción capitalista invierte los términos de esta relación. Es frecuente que los pequeños labradores arruinados, que trabajan en la industria doméstica para un empresario capitalista, o que trabajan sencillamente por el salario en la fábrica, se conviertan en obreros profesionales, mientras las labores agrícolas descansan completamente sobre los hombros de las mujeres, ancianos y niños. Un ejemplo típico lo ofrece el pequeño labrador de Wurtemberg.

consumo. Todo granjero tenía una colección de herramientas, con cuya ayuda hacía utensilios de madera, tales como horquillas para el heno y rastrillos, mangos para las palas y arados, lanzas para el carro y otra serie de aperos de madera. Además, el granjero producía lino y cáñamo, lana de ovejas y algodón. Estas materias textiles se trabajaban en la granja, eran hiladas y tejidas en casa; igualmente, se confeccionaban en la casa vestidos, ropa interior y, en general, cuanto necesitaba el granjero para su consumo personal. En cada granja había un pequeño taller para trabajos de carpintería y cerrajería, y en la casa un cardador de lana y un telar; se tejían alfombras, mantas y otra ropa de cama; en cada granja se criaban gansos, con cuyo plumaje se llenaban almohadas y colchones; el sobrante se vendía en el mercado de la ciudad próxima. En invierno se llevaban a la ciudad trigo, harina, maíz en grandes carros, con seis u ocho caballos, a 100 o 200 millas de distancia: allí se compraban ultramarinos para el año siguiente, determinadas telas, etc. Podían hallarse también, entre los granjeros, distintos artesanos. Los carros se hacían en la granja en uno o dos años. El material se hallaba en las cercanías; la clase de la madera a emplear para la construcción, se determinaba exactamente con el vecino; había de ser suministrada en un tiempo fijo y después puesta a secar durante un período determinado, de manera que, al terminarse el carro, ambas partes contratantes sabían de dónde procedía cada trozo de madera y cuánto tiempo había estado a secar. Durante el invierno, el carpintero de la comarca hacía ventanas, puertas, cornisas y viguería para la próxima temporada. Cuando llegaban las heladas de otoño, se veía al zapatero sentado en un rincón de la casa del granjero confeccionando zapatos para la familia. Todo esto se hacía en casa, y una parte de los gastos se pagaba con los productos de la granja. La llegada del invierno era la época de aprovisionarse de carne, que se preparaba y se conservaba después de ahumarla. El huerto de árboles frutales suministraba fruta para mostos y todo género de conservas, todo ello en cantidad suficiente para las necesidades de la familia durante el año y aún más allá. El trigo era trillado poco a poco, según se necesitaba, con arreglo a la cantidad de dinero que hacía falta. Todo se guardaba y consumía. Una de las consecuencias de semejante género de explotación era que se necesitaba relativamente poco dinero para mantener el negocio en marcha. Por término medio, bastaban unos cien dólares, en las grandes granjas, para pagar a los criados, reparar aperos de labranza y otros gastos ocasionales."[224]

Este idilio debía hallar un fin brusco después de la guerra de Secesión. La enorme deuda pública de 6.000 millones de dólares que impuso a la Unión, trajo consigo una gran elevación de los impuestos. Pero, además, después de la guerra comenzó un febril desarrollo de los medios de transporte modernos y de la industria; particularmente de la industria de maquinaria, con ayuda de los aranceles proteccionistas cada vez más altos. Para impulsar la construcción de ferrocarriles y la colonización del campo con granjeros, se hizo donación de enormes extensiones de terrenos nacionales a las compañías ferroviarias: en 1867 obtuvieron más de 74 millones de hectáreas de tierra. A consecuencia de esto, la red de ferrocarriles creció en proporciones inauditas. En 1860 no llegaba aún a 50.000 kilómetros; en 1870 pasaba de 85.000, y, en 1880 de 150.000 (en la misma época, de 1870 a 1880, la red total de ferrocarriles de Europa pasó de 130.000 a 169.000 kilómetros). Los ferrocarriles y la especulación de terrenos atrajeron a los Estados Unidos grandes masas de emigrantes europeos. La emigración ascendió en los veintitrés años que van de 1879 a 1892 a más de 4 millones y medio de personas. A consecuencia de esto, la Unión se fue emancipando más y más de la industria europea, principalmente de la inglesa, y creó maquinaria, manufactura, industria textil y metalúrgica propias. Lo que más raramente se revolucionó fue la agricultura. Ya en los primeros años que siguieron a la guerra civil, los propietarios de plantaciones de los Estados del Sur se vieron obligados, por la emancipación de los negros, a introducir el arado de vapor. Pero, sobre todo, las nuevas granjas, brotadas en el Oeste por obra de los ferrocarriles, se pusieron inmediatamente a la altura de la técnica más moderna. "En la misma época [se decía en el informe de la Comisión agrícola de los Estados Unidos en el año 1867], mientras la aplicación de la maquinaria en el Oeste revolucionaba la agricultura y rebajaba la proporción de trabajo humano a la menor cantidad a que se había llegado hasta entonces, sobresalientes capacidades administrativas y organizadoras se consagraron a la agricultura. Granjas de algunos miles de hectáreas eran dirigidas con más discreción, con un aprovechamiento más

---

[224] 3 W. A. Peffer. *The Farmer's side. His troubles and their remedy*, Nueva York, 1891, Parte I: "How we got here", Capítulo 1: "Changed condition of the Farmer", páginas 56-57. Ver también A. M. Simons, *The American Farmer*, 2ª edición, Chicago, 1906, páginas 74 y ss.

adecuado y económico de los medios disponibles, y su rendimiento era mayor que el de las granjas de 40 hectáreas."[225]

Al mismo tiempo aumentaba enormemente la presión de los impuestos directos lo mismo que la de los indirectos. En plena guerra civil se hizo una nueva ley de Hacienda. La tarifa de guerra de 30 de junio de 1864, que constituye la base del sistema vigente hasta hoy, elevó extraordinariamente los impuestos de consumo y los impuestos sobre la renta. Al mismo tiempo, comenzó una verdadera orgía de protección aduanera, que tomó como pretexto aquellas elevadas contribuciones de guerra, para compensar con derechos aduaneros la carga que pesaba sobre la producción nacional.[226] Mr. Morrill, Stevens y los demás *gentlemen* que aprovecharon la guerra para imponer su programa proteccionista, fundaron el sistema con arreglo al cual la política arancelaria se convirtió abierta y cínicamente en instrumento de todo interés particular. Todo productor nacional que aparecía ante el Congreso para solicitar unos derechos de aduanas especiales con que llenar sus bolsillos, se veía complacido del mejor grado en sus deseos. Las tarifas se elevaron todo lo que se pedía. "La guerra [escribe el norteamericano Taussig] había ejercido un efecto refrescante y ennoblecedor en varios sentidos sobre nuestra vida nacional, pero su influencia inmediata sobre la vida de los asuntos de legislación referente a intereses de dinero, fue desmoralizadora. Los legisladores perdieron frecuentemente de vista la línea divisoria entre deber público e intereses particulares. Se hicieron grandes peculados, se crearon empresas de las que habían de ser los usufructuarios los mismos autores de las nuevas leyes, y el país vio con dolor que la honra y el decoro de los hombres políticos no se mantenían sin tacha." Y este arancel, que significaba toda una revolución en la vida política del país, que había de mantenerse durante 20 años inalterable, y que, en lo sustancial, forma hasta hoy la base de la legislación aduanera de los Estados Unidos, se aprobó en el Congreso, literalmente en tres días, y en dos días, sin crítica…, sin debate, sin oposición alguna en el Senado.[227]

Con esta revolución en la política de hacienda de los Estados Unidos, comenzó la descarada corrupción parlamentaria de la Unión: el empleo abierto y sin escrúpulos de las elecciones, de la legislación y de la prensa como instrumentos de los intereses exclusivos del gran capital. Enriqueceos, fue la máxima de la vida pública tras la "noble guerra" para liberar a la humanidad de la "mancha de la esclavitud"; el yanqui libertador de los negros celebró orgías como caballero de industria y especulador de Bolsa; se regaló a sí mismo, como legislador, terrenos nacionales; se enriqueció con aduanas e impuestos, con monopolios, acciones fraudulentas, defraudaciones del caudal público. Floreció la industria. Habían pasado los tiempos en que el pequeño y medio granjero podían sostenerse sin dinero metálico y trillar su trigo, conforme a sus necesidades, para convertirlo en dinero. Ahora, el granjero tenía que tener constantemente dinero, mucho dinero, para pagar sus contribuciones; tenía que vender en seguida sus productos, para adquirir, también en seguida, lo que le hacía falta de la mercancía industrial. "Si consideramos ahora el presente [escribe Peffer], hallamos que casi todo se ha modificado. En todo el Oeste los granjeros trillan y venden su trigo al mismo tiempo. El granjero vende su ganado y compra carne fresca o tocino, vende sus cerdos y compra jamón y carne de cerdo, vende sus legumbres y su fruta y vuelve a comprarlas en forma de conservas. Si siembra lino, en vez de hilarlo, tejerlo y hacer ropas para sus hijos, como sucedía hace cincuenta años, hoy vende las semillas; en cuanto a la paja, la quema. De cincuenta granjeros, apenas hay uno que críe ovejas; cuenta con las grandes granjas ganaderas, y obtiene la lana ya terminada en forma de tela o vestido. Su traje no se cose ya en casa, sino que se compra en la ciudad. En vez de confeccionar él mismo los aperos necesarios, horquillas, rastrillos, etc., se va a la ciudad para comprar el mango del martillo; compra sogas y cordeles, telas para vestidos o incluso vestidos

[225] Citado por Lafargue, "El cultivo y comercio de cereales en los Estados Unidos", *Die Neue Zeit*, 1885, página 344 (el artículo se publicó, por primera vez en el año 1883 en una revista rusa).

[226] Las tres leyes tributarias de 30 de junio de 1864 constituyen, prácticamente, una sola, y son, probablemente, las medidas tributarias más grandes que el mundo ha visto. La ley referente a los impuestos Interiores se hizo, como ha dicho Mr. David A. Wels, partiendo del principio del irlandés de la feria de Donnybrook: "Donde veas una cabeza, tásala; donde veas un artículo, imponle una contribución." Todo fue objeto de imposición, y de imposición elevada. (F. W. Taussig, *The Tariff History of the United States*, Nueva York, 1888, página 164)

[227] "Las necesidades de la situación, el crítico estado del país, la necesidad urgente de ingresos pueden haber justificado esta premura, de la que puede decirse, sin temor, que es única en la historia de los países civilizados." (Taussig, lugar citado, página 178)

hechos, frutas en conserva, tocino y carne y jamón; hoy compra casi todo lo que antes producía por sí mismo, y para todo ello necesita dinero. Fuera de esto, y lo que parece más extraño que lo demás, es lo siguiente: mientras, antes, la posesión del norteamericano se mantenía libre de deudas (no había un caso entre mil en que una casa estuviera gravada con hipotecas para garantizar un préstamo en dinero) y dada la escasa necesidad de dinero que requería la explotación, había siempre dinero bastante entre los granjeros; ahora, que se necesita diez veces más dinero, lo hay muy poco, o no lo hay. Aproximadamente, la mitad de las granjas tienen deudas hipotecarias que absorben todo su valor, pues los intereses son exorbitantes. La causa de esta notable transformación está en los manufactureros con sus fábricas de lana y lienzo, de maderas, de tejidos de algodón, de conservas de carne y fruta, etc.; los pequeños talleres de las granjas han tenido que dejar el puesto a las grandes industrias de la ciudad. El taller vecino, donde se construían carros, ha tenido que dejar el puesto a los enormes talleres de la ciudad, donde se hacen ciento o doscientos carros por semana; el taller del zapatero ha sido sustituido por la gran fábrica ciudadana, donde la mayor parte del trabajo se hace por medio de máquinas."[228] Y, finalmente, el propio trabajo agrícola del granjero se ha convertido en trabajo de máquina. "Ahora el granjero ara, siembra y siega con máquinas. La máquina siega, hace gavillas, y se trilla con ayuda del vapor. El granjero puede leer el periódico de la mañana mientras ara, y va cómodamente sentado en la máquina mientras siega."[229]

Esta revolución experimentada por la agricultura norteamericana después de la "gran guerra", no era, sin embargo, el fin, sino el principio del torbellino en que había caído el granjero. Su historia lleva de la mano a la segunda fase del desarrollo de la acumulación capitalista, de la que es, igualmente, un excelente ejemplo; el capitalismo combate y aniquila en todas partes la economía natural, la producción para el propio consumo, la combinación de la agricultura con el artesanado. Necesita imponer la economía de mercado para dar salida a la propia plusvalía. La producción de mercancías es la forma general que el capitalismo necesita para prosperar. Pero una vez que sobre las ruinas de la economía natural se ha extendido la simple producción de mercancías, comienza en seguida la lucha del capital contra dicha producción. El capitalismo entra en competencia con la economía de mercancías; después de haberle dado vida, le disputa los medios de producción, los trabajadores y el mercado. Primeramente, el fin era el aislamiento del productor, apartarlo de la protección de la comunidad; luego, separar la agricultura del artesanado; ahora, la tarea es separar al pequeño productor de mercancías de sus medios de producción.

Hemos visto que la "gran guerra" había inaugurado en la Unión Americana una era de saqueo grandioso de los derechos nacionales por sociedades monopolistas y especuladores individuales. En relación con la construcción febril de ferrocarriles y, aun más, con la especulación ferroviaria, surgió una insensata especulación de terrenos a causa de la cual caudales gigantescos, ducados enteros, fueron botín de compañías y de caballeros de industria aislados. Al mismo tiempo, por medio de un ejército de agentes, empleando los medios de reclamo más descarados, con todo género de engaños, se encaminó hacia los Estados Unidos una fuerte corriente de emigración europea. Esta corriente se estableció primeramente en los Estados del Este, en la costa atlántica. Pero cuanto más se desarrollaba en ellos la industria, tanto más se desplazaba la agricultura hacia el Oeste. El "centro triguero", que en 1850 se encontraba en Columbus, en el Ohio, siguió alejándose en los cincuenta años siguientes 99 millas hacia el Norte y 680 millas hacia el Oeste. En 1850, los estados atlánticos suministraron el 51,4 por ciento de la cosecha total de trigo; en el año 1880 sólo suministraron el 13,6 por ciento, mientras los estados septentrionales del centro suministraron, en 1880, el 71,7 y los occidentales el 9,4.

En 1825, el Congreso de la Unión, durante la presidencia de Monroe, había resuelto trasladar los indios del este del Missisipi hacia el Oeste. Los piel rojas se defendieron a la desesperada, pero fueron barridos como basura molesta (como mínimo el resto que quedaba después de las matanzas de los cuarenta años de guerras indias), fueron empujados como rebaños de búfalos hacia el Oeste, para ser encerrados como bestias dentro de las *reservations*. Los indios tuvie-

[228] W. A. Peffer, lugar citado, página 58.

[229] Ibídem, "Introducción". página 6. Sering calcula para el año 1885 que el dinero necesario para iniciar escasamente la más pequeña granja en el Noroeste son 1.200/ 1.400 dólares. (*Die landwirtschaftliche Komkurrenz Nordamerikas*, Leipzig. 1867, página 431)

ron que ceder el puesto a los granjeros; ahora le tocó el turno al granjero, que tuvo que ceder el puesto al capital, siendo a su vez empujado más allá del Missisipi.

Siguiendo a los ferrocarriles, el granjero norteamericano emigró hacia el Oeste y Noroeste, a la tierra prometida que le pintaban los agentes de los grandes especuladores de terreno. Pero los terrenos más fértiles y mejor situados se destinaban, por las compañías, a grandes explotaciones, regidas con métodos puramente capitalistas. Al lado del granjero arrastrado al desierto, surgió, como su concurrente y enemiga mortal, la granja cultivada con arreglo a los métodos del gran capitalismo en una escala desconocida hasta entonces en el Viejo y en el Nuevo Mundo. En estas granjas se perseguía la producción de plusvalía empleando todos los medios de la ciencia y la técnica moderna. “Olivier Dalrymple, cuyo nombre es conocido en ambos lados del océano Atlántico [escribía Lafargue en 1885] puede ser considerado como el mejor representante de estos financieros agrarios. Desde 1874 dirige, al mismo tiempo, una línea de vapores en el río Rojo y seis granjas, con una extensión total de 30.000 hectáreas, que pertenecen a una sociedad de financieros. Las dividió en secciones de 800 hectáreas, y cada una de ellas, a su vez, se dividió en tres clasificaciones de 275 hectáreas. Estas se hallan colocadas bajo la dirección de capataces y subcapataces. En cada sección se han construido barracas, en las que hay albergue para 50 hombres; cuadras para otros tantos caballos y mulas; cocinas, almacenes de artículos comestibles para hombres y ganado, almacenes para guardar las máquinas, y, finalmente, talleres de herrería y cerrajería. El inventario de cada sección es el siguiente: 20 pares de caballos, 8 arados dobles, 12 máquinas sembradoras que se dirigen desde los caballos, 12 gradas con dientes de acero, 12 máquinas de segar y agavillar, 2 máquinas trilladoras y 16 carros; están tomadas todas las medidas para que máquinas y animales de labor (hombres, caballos, mulas) se mantengan en buen estado y sean capaces de rendir la mayor suma posible de trabajo. Todas las secciones se comunican entre sí y con la dirección, por teléfono.”

“Las seis granjas de 30.000 hectáreas se cultivan por un ejército de 600 obreros, que se hallan organizados militarmente; en la época de la cosecha, la central contrata además 500 o 600 obreros auxiliares que se distribuye entre las secciones. Una vez terminadas las labores, en otoño, los trabajadores son despedidos, exceptuándose el capaz y diez hombres por sección. En algunas granjas de Dakota y Minnesota, los caballos y mulas no pasan el invierno en el sitio donde trabajan. Una vez que se ha arado la tierra, se les conduce en rebaños de 100 a 200 parejas a 1.000 o 1.500 kilómetros hacia el Sur, de donde no vuelven hasta la primavera.”

“Mecánicos a caballo siguen, durante el trabajo, a las máquinas de arar, sembrar y segar; tan pronto como se produce un desperfecto salen a galope hacia la máquina para repararla sin perder tiempo y ponerla nuevamente en marcha. El trigo recogido es llevado a las máquinas trilladoras, que trabajan día y noche sin interrupción; se calientan con manojos de paja empujados por tubos de hojalata. El grano es trillado, medido y metido en sacos, todo por medio de máquinas. Después es llevado al ferrocarril que atraviesa la granja; de allí va a Duluth o Búfalo. Anualmente Dalrymple aumenta el terreno sembrado en 2.000 hectáreas. En 1880 ascendía a 10.000 hectáreas.” A fines de los años 70 había ya capitalistas y compañías que poseían territorios de 14.000 a 18.000 hectáreas sembradas de trigo. Desde que Lafargue escribió esto, los progresos técnicos en la agricultura norteamericana gran capitalista y el empleo de máquinas, han aumentado considerablemente.[230]

[230] El informe del US Commissioner of Labor para 1898 contiene el siguiente cuadro de las ventajas obtenidas por la maquinaria frente al trabajo manual:

Jornada de trabajo empleando máquinas por unidad gastadaJornada de trabajo empleando máquinas por unidad gastadaJornada de trabajo con trabajo manual para la misma unidad del productoJornada de trabajo con trabajo manual para la misma unidad del productoTRABAJOHorasMinutosHorasMinutosSiembra de cereales-32,71055Cosecha de trilla de cereales1-4640Siembra de maíz-37,5615Siega de maíz34,55-Deshacer maíz-3,66640Siembra de algodón1 3848Cultivo de algodón125,160-Siembra heno Hoz/ máquina10,6720Recogida y empaquetado heno113,43530Siembra de patatas12,53530Siembra de tomates1 410-Cultivo y recolección de tomates1345,232420

El granjero norteamericano no podía sostener la competencia con semejantes empresas capitalistas. En la misma época en que la transformación general de las circunstancias, de las finanzas, de la producción y del transporte en la Unión obligaban a prescindir de toda producción para el propio consumo y a producirlo todo para el mercado, los precios de los productos agrícolas se encontraban extraordinariamente rebajados por la extensión colosal del terreno cultivado. Y, al mismo tiempo que la masa de los granjeros veía ligados sus destinos al mercado, el mercado agrícola de la Unión pasó a ser, de pronto, un mercado mundial en el que comenzaron a actuar unos cuantos capitales gigantescos y su especulación.

Con el año 1879, famoso en la historia de la agricultura tanto europea como norteamericana, comienza la exportación del trigo en masa de la Unión a Europa.[231]

Las ventajas de esta ampliación del mercado fueron, naturalmente, monopolizadas por el gran capital; de una parte, aumentaron las granjas gigantescas que con su competencia oprimían al pequeño granjero; de otra parte, éste se convirtió en víctima de los especuladores que le compraban los cereales para hacer presión sobre el mercado mundial. Entregado inerme a las potencias del capital, el granjero acumuló deudas. Esta es la forma típica de la ruina de la economía campesina. El endeudamiento de las granjas se convirtió pronto en calamidad pública. En el año 1890, el ministro de Agricultura de la Unión, Rusck, escribía en una circular especial a propósito de la situación desesperada de los granjeros:

"La carga de hipotecas sobre granjas, casas y terreno adquiere, sin duda, proporciones altamente inquietantes; si bien en algunos casos los préstamos se tomaron con demasiado apresuramiento, en la mayoría de ellos fue la necesidad la que obligó a recurrir a ellos… Estos préstamos concertados con un interés muy alto se han hecho insoportables a consecuencia de la bajada del precio de los productos agrícolas, que amenazan al granjero con la pérdida de la casa y el terreno. Esta es una cuestión extremadamente difícil para los que se esfuerzan en remediar el daño que sufre el granjero. Resulta que, dados los precios actuales, el granjero, para obtener un dólar con que pagar su deuda, tiene que vender muchos más productos que cuando tomó a préstamo este dólar. Crecen los intereses, de tal modo, que cancelar la deuda es imposible. Dada la situación de que hablamos, la renovación de las hipotecas es extraordinariamente difícil."[232] Según el censo de 29 de mayo de 1891, 2,5 millones de explotaciones agrícolas estaban gravadas con deudas; de ellas, dos tercios correspondían a los granjeros, elevándose la deuda total de éstos a cerca de 2,2 miles de millones de dólares. "De esta manera [concluye Peffer], la situación de los granjeros es extraordinariamente crítica; la granja ha dejado de ser productiva; el precio de los productos agrícolas ha bajado en un 50 por ciento desde la gran guerra; el valor de las granjas ha descendido en el último decenio de un 25 a un 50 por ciento; los granjeros están hundidos en deudas garantizadas por hipotecas sobre sus terrenos, y, en muchos casos, no pueden renovar el préstamo, ya que la hipoteca misma se desvaloriza cada vez más; muchos granjeros pierden sus explotaciones y el molino de las deudas sigue triturando. Nos encontramos en manos de una potencia implacable; la granja camina a su ruina."[233]

Al granjero entrampado y arruinado no le quedaban más salidas que estas: obtener, como jornalero, ingresos adicionales, o abandonar su explotación, sacudiendo el polvo de la "tierra prometida", del "paraíso del trigo", que se había convertido para él en infierno. Esto, en el supuesto que su granja no hubiera caído ya por incapacidad de pago en las garras del usurero, lo que acontecía con miles de granjas. Hacia mediados del octavo decenio podían verse muchísimas granjas abandonadas y arruinadas. "Si el granjero no puede pagar la deuda en el

[231] La exportación de trigo de la Unión a Europa ascendió en millones de bussels:
1868-1869 17,91874-1875 71,81879.1880153,21885-1886 57,71890-1891 55,11899-1900101,9(Jurascheck, *Ubersichten der Weltwirtschaft*, Tomo VII, parte I, página 32)
Al mismo tiempo, el precio descendió en la granja, por bushel, del siguiente modo:
1870-18791051880-188983189551189673189781189858
Desde 1898 en que llegó a 58, el precio vuelve a subir:
190072190162190263190370190492(Jurascheck, lugar citado, página 18)
Según los informes mensuales sobre el comercio exterior en 1912, el precio de 1.000 kilos en marcos era en junio de 1912:
plazaTrigoBerlín227,82Mannheim247,93Odesa173,94Nueva York178,08Londres 170,96París243,39
[232] Peffer, lugar citado, parte 1ª, *Where we are?*, capítulo II: "Progress of Agriculture".
[233] Lugar citado, página 42.

término prescrito [escribía Sering en 1887] el interés que tiene que pagar sube al 12, 15 y hasta al 20 por ciento. El Banco, el vendedor de máquinas, el tendero, caen sobre él y le roban los frutos de su duro trabajo. El granjero, o bien se queda como arrendatario en la granja, o bien se traslada más lejos, al Oeste, para volver a probar fortuna. En ninguna parte he encontrado en Norteamérica tantos granjeros entrampados, desilusionados y descontentos, como en los distritos trigueros de las praderías del Noroeste; no he hablado en Dakota con ningún granjero que no estuviera dispuesto a vender su granja."[234]

El comisario de agricultura de Vermont decía en 1889 sobre el hecho muy difundido del abandono de las granjas. "En este Estado [escribía] pueden encontrarse grandes zonas de terreno sin cultivar, pero adecuadas para el cultivo, que pueden adquirirse por precios que se acercan a los de los estados del Este y que se hallan situadas en las cercanías de escuelas, de iglesias, y cuentan, además, con la ventaja de un ferrocarril próximo. El comisario no ha visitado todos los distritos del Estado enumerados en el informe, pero sí bastantes para convencerse de que un espacio considerable de territorio, que antes era terreno cultivado, se ha convertido ahora en desierto, aunque una parte importante del mismo podría rendir un buen ingreso."

El comisario del Estado New Hampshire publicó en 1890 un escrito de 67 páginas en el que se contiene la descripción de granjas que pueden adquirirse por los precios más baratos. "Hay en él 1.442 granjas abandonadas. Lo mismo ocurre en otras comarcas. Miles de hectáreas de terrenos dedicados al cultivo del trigo y del maíz yacían baldíos y se convertían en desiertos. Para volver a poblar la tierra abandonada, los especuladores realizaban una propaganda refinada, merced a la cual atraían nuevas bandas de inmigrantes, víctimas nuevas, que iban a compartir rápidamente el destino de sus predecesores."[235]

"En las cercanías de ferrocarriles y mercados [decía una carta particular], no queda ninguna parte de terreno perteneciente al Estado. Todo él está en manos de especuladores. El colono adquiere tierra libre y paga como granjero. Pero la explotación apenas le asegura la existencia, y no puede competir con la gran granja. Cultiva la parte de su granja a que la ley le obliga, pero para vivir tiene que buscarse una ocupación suplementaria fuera de la agricultura. En Oregón, por ejemplo, he encontrado un colono que era, desde hacía cinco años, propietario de 160 acres, pero cuando llegaba el verano, a fines de junio, trabajaba en la construcción de caminos, ganando un dólar por doce horas de trabajo. También éste figuraba naturalmente entre los 5 millones de granjeros contados por el censo de 180. En El Dorado he visto, por ejemplo, muchos granjeros que sólo cultivaban el terreno necesario para su sustento y el del ganado, pero no para el mercado, pues sería inútil; su principal fuente de ingresos consistía en buscar oro, hacer leña, etc. Estas gentes viven con bienestar, pero su bienestar no procede de la agricultura. Hace dos años trabajábamos en el Gran Cañón, El Dorado, y durante todo el tiempo estuvimos alojados en una casa de una parcela cuyo propietario no venía a habitarla más que una vez al año, durante unos días, y pasaba el resto del tiempo trabajando en Sacramento, en el ferrocarril. Su parcela no se cultivaba. Hace algunos años se cultivó una parte pequeña; para cumplir la ley, hay un trozo cercado con tela metálica y se ha levantado una *log cabin* y una cabaña. Pero en los últimos años, todo está vacío; la llave de la cabaña se encuentra en casa del vecino, que la puso a nuestra disposición. En el transcurso de nuestros viajes hemos visto muchas parcelas abandonadas, en las que se intentaba reanudar el cultivo. Hace tres años se me propuso tomar una granja con vivienda por 100 dólares. Más tarde la casa vacía se hundió bajo el peso de la nieve. En Oregón vimos muchas cabañas con casitas y pequeños huertos abandonados. Una de ellas estaba muy bien construida: era una construcción recia, hecha de mano maestra, con algunos aperos y el granjero lo había abandonado todo. Cualquiera podía apoderarse de ello gratuitamente."[236]

¿Adónde se dirige el granjero arruinado de la Unión? Emprende la marcha en busca del "centro triguero" y del ferrocarril. El paraíso del trigo se prolonga, en parte, hacia el Canadá, por el Saskatschewan y el río Mackenzie, donde se produce el trigo más allá del grado 62 de latitud Norte. Una parte de los granjeros de la Unión[237] se va hacia allá y resulta víctima del mismo destino al cabo de algún tiempo. Canadá figura ya, en el mercado mundial, entre los países

[234] Sering, *Die landwirtschaftliche Konkurrenz Nordamerikas*, página 433.
[235] Peffer, lugar citado, páginas 35-36.
[236] Citado por Nikolai-on, lugar citado, página 224.

exportadores de trigo, pero allí la agricultura está dominada todavía, en mayor escala, por el gran capital.[238]

La dilapidación de los terrenos públicos, cedidos a compañías capitalistas privadas, se ha hecho en el Canadá en proporciones mucho mayores que en los Estados Unidos. Los privilegios concedidos a la compañía de ferrocarriles del Pacífico canadiense son algo sin precedentes en el robo de posesiones públicas por el capital privado. No sólo se aseguró a la compañía el monopolio en la construcción del ferrocarril por veinte años, poniendo a su disposición toda la zona de construcción de unas 713 millas inglesas, por valor de unos 35 millones de dólares, gratuitamente; no sólo el Estado daba por diez años una garantía del 3 por ciento de interés sobre el capital de 100 millones de dólares, y concedía un préstamo de 27 y medio millones de dólares; además de todo esto, se regaló a la compañía 25 millones de acres de terreno que podía elegir entre las tierras más fértiles y mejor situadas, incluso fuera del cinturón inmediatamente anejo al ferrocarril. De este modo, todos los futuros colonos de la enorme superficie quedaban, de antemano, entregados al capital del ferrocarril. Por su parte, la compañía se apresuró a vender en seguida 5 millones de acres a la Compañía Agrícola de Noroeste, un grupo de capitalistas ingleses bajo la presidencia del duque de Manchester. El segundo grupo de capitalistas, al que se le regalaron, a manos llenas, terrenos públicos, es la Hudsonsbay Co., a la que por la renuncia a sus privilegios en el Noroeste se le concedió derecho, nada menos que a la vigésima parte de todo el terreno comprendido entre el lago Winnipeg, la frontera de los Estados Unidos, las Montañas Rocosas y el Saskatschewan septentrional. De este modo, los dos grupos de capitalistas han obtenido reunidos, las 5/9 partes del terreno total del país susceptible de cultivo. El Estado había concedido una parte considerable del resto del terreno a 26 “compañías de colonización” capitalistas. Así, el granjero del Canadá se encuentra casi en todas partes preso en las redes del capital y su especulación. ¡Y no obstante, la emigración continuaba en masa, procedente, no sólo de Europa, sino también de los Estados Unidos!

Tales son los rasgos de la dominación del capital en el mundo. Expulsó al campesino de Inglaterra (después de haberle dejado sin tierras) al este de los Estados Unidos; del Este al Oeste para convertirlo, sobre las ruinas de la economía de los indios, en un pequeño productor de mercancías; del Oeste volvió a expulsarlo, nuevamente arruinado, hacia el Norte; ante él iban los ferrocarriles, y tras él la ruina: le antecedía siempre el capital, como guía, y le seguía el capital para rematarle. La carestía general de los productos agrícolas ha sucedido a la gran bajada de los precios del último decenio del 1.800, pero el pequeño granjero norteamericano ha obtenido tan pocos frutos de ella como el campesino europeo.

Es cierto que el número de las granjas crece incesantemente. En el último decenio del siglo pasado ha pasado de 4,6 millones a 5,7; también últimamente ha aumentado en cifras absolutas. El valor total de las granjas durante los últimos diez años ha aumentado de 751,2 millones a 1.652,8 millones de dólares. La subida general de precios de los productos del suelo

---

[237] La emigración al Canadá ascendió en 1901 a 49.149 personas. En 1911 emigraron más de 300.000 personas, entre ellos 138.000 ingleses y 134.000 norteamericanos. A fines de mayo de 1912, en Montreal continuaba la afluencia de granjeros norteamericanos.
“En mi viaje por el oeste canadiense, no he visto más que una granja que tuviese menos de 1.000 acres. Según un censo de 1881, en Manitoba (Canadá) había 2.384.337 acres de terreno ocupados por sólo 9.067 propietarios; según esto, correspondían 2.047 acres por persona, una media que no alcanzaba, ni remotamente, ninguno de los Estados de la Unión.” (Sering, lugar citado.) Menos difundida estaba, es cierto, en el Canadá, a comienzos del octavo decenio, la explotación en gran escala. Pero ya Sering describe la *Bell-Farm*, una granja perteneciente a una sociedad anónima que abarcaba nada menos que 22.680 hectáreas y estaba evidentemente organizada conforme al modelo de la granja Dalrymple. Sering, que se mostraba frío y escéptico en cuanto a las posibilidades de la competencia canadiense, ha calculado que el “cinturón productivo” del Canadá occidental tenía una superficie de 311.000 kilómetros cuadrados, o sea, tres quintas partes de Alemania; de este total calculaba que sólo podía considerarse verdaderos terrenos de cultivo 38,4 millones de acres, y, a lo sumo, 15 millones de acres como probable zona triguera (Sering, páginas 337 y 338). Según las estimaciones de la “Manitoba Free Press” de mediados de junio de 1912, la superficie propia para el cultivo del trigo temprano en Canadá ascendía en el verano de 1912 a 11,2 millones de acres contra una superficie de 19,2 en los Estados Unidos. (Véase *Berliner Tageblatt*, Hoja comercial, número 305 de 18 de junio de 1912)

[238] Erust Schultze, *La vida económica en los Estados Unidos*, Jahrbuch für Gesetz. Werw, und Volhsw, 1912, capítulo IV, página 1.724.

hubiera debido favorecer al granjero. Sin embargo, vemos que el número de los arrendatarios crece más que el número de los granjeros en total. He aquí la proporción entre granjeros y arrendatarios:

1880	25,5 %
1890	28,4 %
1900	35,3 %
1910	37,2 %

A pesar del aumento de precio de los productos del suelo, los granjeros propietarios ceden cada vez más terreno a los arrendatarios. Pero éstos, que constituyen ya bastante más de la tercera parte de los granjeros de la Unión, son, en los Estados Unidos, la capa social correspondiente a nuestros trabajadores del campo europeo: los verdaderos esclavos asalariados del capital, el elemento siempre fluctuante que, poniendo en máxima tensión sus fuerzas, crea riquezas para el capital, sin poder obtener para sí mismos más que una existencia miserable e insegura.

El mismo proceso, en un marco histórico completamente distinto, en Sudáfrica, pone de manifiesto, más claramente todavía, los "métodos pacíficos del capitalismo en su lucha con el pequeño productor de mercancías".

Hasta el sexto decenio del siglo pasado, en la colonia de El Cabo y en las repúblicas boers, reinaba una vida totalmente campesina. Los boers llevaron durante largo tiempo la vida de ganaderos nómadas, quitándoles los mejores pastos a los hotentotes y cafres, a los que exterminaban o expulsaban. En el siglo XVIII, la peste, transportada por los barcos de la Compañía de las Indias Orientales, les prestó excelentes servicios, extinguiendo tribus enteras de hotentotes y dejando libre el suelo para los inmigrantes holandeses. En su avance hacia el Este tropezaron con las tribus bantús e inauguraron el largo período de las terribles guerras de cafres. Los devotos holandeses, lectores de la Biblia, tan orgullosos de su severidad puritana de costumbres y su conocimiento del Antiguo Testamento, que se consideraban como "pueblo elegido", no se conformaron con robar las tierras de los indígenas, sino que se establecieron para vivir como parásitos a costa de los negros, a quienes obligaron a prestarles trabajo de esclavos, corrompiéndoles y enervándoles sistemáticamente. El aguardiente desempeñó en esta misión un papel tan esencial, que su prohibición por el Gobierno inglés en la colonia de El Cabo fracasó por la oposición de los puritanos. En general, la economía de los boers siguió siendo de preferencia patriarcal y de economía natural durante el sexto decenio. Téngase en cuenta que hasta 1859 no se construyó en Sudáfrica ningún ferrocarril. Cierto que el carácter patriarcal no impidió en modo alguno que los boers dieran muestras de la dureza y brutalidad más extremas. Como es sabido, Livingstone se quejó mucho más de los boers que de los cafres. Creían que los negros eran un objeto destinado por Dios y la naturaleza para prestarles trabajo de esclavos y ser una base tan imprescindible de su vida patriarcal, que respondieron con la emigración a la supresión de la esclavitud en las colonias inglesas en el año 1836, a pesar de la indemnización de 3 millones de libras esterlinas a los propietarios perjudicados. Los boers salieron de la colonia de El Cabo atravesando el Orange y el Vaal; empujaron a los matabeles al Norte, más allá del Limpopo y se tropezaron con los makalakas. De la misma manera que el granjero norteamericano, obligado por el capital, impulsaba a los indios hacia el Oeste, así los boers empujaron a los negros hacia el Norte. Así, pues, las "repúblicas libres", establecidas hoy entre el Orange y el Limpopo, surgieron como protesta contra el ataque de la burguesía inglesa al derecho sagrado de la esclavitud. Las mínimas repúblicas campesinas sostenían una lucha de guerrillas permanente con los negros bantús. Y, con la excusa de los negros, se entabló una guerra de varios decenios entre los boers y el Gobierno inglés. El pretexto para el conflicto entre Inglaterra y las repúblicas fue la cuestión de los negros, es decir, la emancipación de los negros que, al parecer, perseguía la burguesía inglesa. En realidad, la lucha se hacía entre los campesinos y la política colonial gran capitalista en torno a los hotentotes y cafres, esto es, por sus tierras y su capacidad de trabajo. El objeto de ambos competidores era exactamente el mismo: la expulsión o exterminio de las gentes de color, la destrucción de su organización social, la apropiación de sus terrenos y la utilización forzosa de su trabajo para servicios de explotación. Sólo los métodos eran radicalmente distintos. Los

boers representaban la esclavitud anticuada, en pequeño, como base de una economía campesina patriarcal; la burguesía inglesa, la explotación capitalista moderna en gran escala. La ley fundamental de la república del Transvaal declaraba con cruda rudeza: “El pueblo no tolera igualdad alguna entre blancos y negros dentro del Estado y de la Iglesia.” En el Orange y en el Transvaal los negros no podían poseer tierra ni viajar sin pase o dejarse ver en la calle después de oscurecer. Bryce cuenta el caso de un campesino (un inglés por cierto) que en El Cabo oriental azotó a un cafre hasta darle muerte. Cuando el campesino fue absuelto por el tribunal, sus vecinos le acompañaron a casa con música. Frecuentemente, los blancos procuraban evitar la remuneración de trabajadores indígenas libres, obligándoles a emprender la fuga, después de terminado el trabajo, a fuerza de malos tratos.

El Gobierno inglés siguió la táctica opuesta. Durante largo tiempo se presentó como protector de los indígenas; aduló particularmente a los cabecillas, apoyó su autoridad y trató de otorgarles el derecho a disponer de los terrenos. Incluso, siempre que fue posible, siguiendo un método probado, hizo de los cabecillas propietarios del territorio de la tribu, aun cuando estos actos eran contrarios a la tradición y a la organización social efectiva de los negros. El territorio de las tribus era propiedad común, e incluso los soberanos más crueles y despóticos, como el reyezuelo Matabel Lobengula, sólo tenían el derecho y el deber de atribuir a cada familia una parcela para que la cultivase. Esta parcela sólo era posesión de la familia mientras ésta la trabajase efectivamente. El objetivo final de la política inglesa era claro: preparaba, a largo plazo, la expropiación a gran escala, haciendo instrumento suyo a los propios cabecillas de los indígenas. De momento, se limitó a la “pacificación” de los negros por medio de grandes expediciones militares. Nueve sangrientas guerras contra los cafres se sucedieron hasta 1879, para quebrantar la resistencia de los bantús.

El capital inglés sólo dio a conocer enérgicamente sus verdaderas intenciones con ocasión de dos acontecimientos importantes: el descubrimiento de los campos de diamantes de Kimberley, en 1867-1870, y el de las minas de oro del Transvaal, en 1882-1885. Estos acontecimientos inauguraron una nueva época en la historia del África del Sur. Pronto entró en acción la Compañía Británica Sudafricana, es decir, Cecil Rhodes. En la opinión pública inglesa se verificó una rápida mutación. La codicia de los tesoros sudafricanos empujó al Gobierno inglés a dar pasos enérgicos. A la burguesía inglesa no le parecía excesivo ningún gasto ni ninguna sangre para apoderarse de las tierras del África del Sur. Sobre ella cayó súbitamente una enorme corriente de inmigración. Hasta entonces había sido escasa, ya que los Estados Unidos atraían al emigrante europeo. Desde los descubrimientos de los campos de diamantes y oro, el número de los blancos en las colonias sudafricanas creció rápidamente. De 1885 a 1895 sólo residían en Witwatersrand 100.000 ingleses emigrantes. La modesta economía campesina pasó a segundo plano; la minería, y con ella el capital minero, comenzaron a desempeñar el papel principal.

Por su parte, el Gobierno inglés realizó un brusco cambio de frente en su política. Por los años 50, Inglaterra había reconocido a las repúblicas boers por el tratado de Sand-River y por el tratado de Bloemfontein, Ahora comenzó el acoso político de los estados campesinos por la ocupación de todos los territorios en torno a las repúblicas, con el objeto de impedirles toda expansión, mientras al mismo tiempo los negros, largo tiempo protegidos y adulados, iban siendo completamente absorbidos. Golpe tras golpe avanzaba el capital inglés. En 1868, Inglaterra se apoderó del país de los basutos, naturalmente, tras “repetidas súplicas de los indígenas.”[239] En 1871, los campos de diamantes de Witwatersrand fueron quitados al Estado de Orange y convertidos en colonia de la corona con el nombre de “Griqualand occidental”. En 1871 fueron sometidos los zulúes, para ser incorporados más tarde a la colonia de Natal. En 1885 fue sometido el Betschuanaland y anexionado más tarde a la colonia de El Cabo. En 1888 sometió Inglaterra a los matabeles y al Maschonaland. En 1889, la Compañía Británica Sudafricana obtuvo la Carta sobre ambos territorios. Todo esto, naturalmente, sólo en beneficio

[239] Moshesh, el gran jefe basuto, a cuyo valor y condiciones de gobierno debían los basutos su existencia como pueblo, vivía aún en esta época, pero la guerra constante con les boers del Estado libre de Orange le habían precipitado a él y a sus partidarios en la última miseria. Dos mil guerreros basutos habían sido muertos, les habían robado el ganado; sus casas habían sido destruidas, y taladas las cosechas. La tribu se hallaba reducida a una situación desesperada y sólo podía salvarla la protección del Gobierno inglés. que había implorado repetidamente.” (C. P. Lucas, *A Historical Geography of the British Colonies*, Oxford, volumen IV, página 60)

de los indígenas y accediendo a sus insistentes requerimientos.[240] En 1884 y 1887, Inglaterra se anexionó la bahía de Santa Lucía y toda la costa oriental hasta las posesiones portuguesas; en 1894 tomó posesión del Tongaland. Los matabeles y maschonas sostuvieron una lucha desesperada, pero la compañía, con Rhoders a la cabeza, ahogó primeramente en sangre la revuelta, para emplear, luego, el probado medio de civilización y pacificación de los indígenas: dos grandes ferrocarriles fueron construidos en el territorio sublevado.

Las repúblicas boers se sentían cada vez más inquietas ante esta súbita acción que las encerraba en sus límites. Pero también en el interior reinaba la confusión. La impetuosa corriente de la inmigración y el ímpetu de la nueva economía capitalista fabril amenazaron pronto con romper el marco de los pequeños estados campesinos. La contradicción entre la economía campesina en el campo y en la ciudad, y las demandas y necesidades de la acumulación del capital, eran, en efecto, muy grandes. Las repúblicas se manifestaban constantemente impotentes frente a los nuevos problemas. La torpeza y primitivismo de la administración; el peligro constante de los cafres, que, sin duda, no eran mirados por Inglaterra con malos ojos; la corrupción que se había deslizado entre los boers y merced a la cual los grandes capitalistas imponían por soborno su voluntad; la carencia de policía de seguridad para reprimir a los elementos indeseables; la falta de agua y transportes para aprovisionar a una colonia de 100.000 emigrantes súbitamente establecida; la falta de leyes de trabajo para regular y asegurar la explotación de los negros en la minería; los elevados aranceles que encarecían a los capitalistas la mano de obra; las tarifas elevadas para el transporte de carbón, todo esto se reunió para determinar una súbita y estrepitosa bancarrota de las repúblicas campesinas.

En su torpeza para defenderse contra el torrente de lodo y lava del capitalismo que amenazaba tragarse a sus repúblicas, los boers recurrieron a medios de un primitivismo extremo, que sólo podía hallarse en el arsenal del campesino más terco y torpe: excluyeron a la masa de los *uitlander*, muy superiores a ellos en número, y que, frente a ellos, representaban el capital, el poder, la corriente de la época, de todos los derechos políticos. Pero ésta no era más que una broma de mal gusto, y los tiempos eran serios. Los dividendos sufrían las consecuencias de la mala administración de las repúblicas campesinas. El capital minero se levantó. La Compañía Británica Sudafricana construyó ferrocarriles, sometió cafres, organizó revueltas de los *uitlander* y, finalmente, provocó la guerra de los boers. Había sonado la hora de la economía campesina. En los Estados Unidos la guerra había sido el punto de partida de la revolución; en Sudáfrica era su término. El resultado fue el mismo: la victoria del capital sobre la pequeña economía campesina, que a su vez se había alzado sobre las ruinas de la organización primitiva de economía natural de los indígenas. La resistencia de las repúblicas boers contra Inglaterra tenía tan pocas probabilidades de triunfo, como la del granjero norteamericano contra el predominio del capital en los Estados Unidos. En la nueva Unión Sudafricana, en la que se realiza el programa imperialista de Cecil Rhodes, las pequeñas repúblicas campesinas son sustituidas por un gran estado moderno; el capital ha tomado en ellas oficialmente el mando. La antigua oposición entre ingleses y holandeses ha desaparecido ante la nueva oposición entre capital y trabajo. Ambas naciones han sellado una fraternidad conmovedora, haciendo que un millón de explotadores blancos hayan desposeído de sus derechos civiles y políticos a cinco millones de obreros de color, y no sólo han sido perjudicados los negros de las repúblicas boers, sino también los negros de la colonia de El Cabo, a quienes se les ha quitado todos los derechos cedidos antaño por el Gobierno inglés. Y esta obra noble, que ha coronado la política imperialista de los conservadores por un golpe de violencia descarado, había de ser realizada precisamente por el partido liberal, con el aplauso frenético de los "cretinos liberales de Europa", que, orgullosos y conmovidos, veían en la completa autonomía y libertad concedida por Inglaterra al puñado de blancos de África del Sur, la prueba del poder y grandeza creadores que encerraba aún el liberalismo en Inglaterra.

La ruina del artesanado independiente, producida por la concurrencia del capital, es un capítulo aparte, menos ruidoso, pero no menos penoso. La industria doméstica capitalista es la parte más obscura de este capítulo. Vale la pena estudiar aquí con detalle este proceso.

[240] La parte oriental del territorio es Mashonaland, donde, con autorización del rey Lobengula, que decía tener derecho a ella, se había establecido primeramente la Compañía Británica Sudafricana. (Lucas, lugar citado, página 77)

El resultado general de la lucha entre el capitalismo y la economía simple de mercancías es éste: el capital sustituye a la economía simple de mercancías después que ésta había sustituido a la economía natural. Por consiguiente, cuando se dice el capitalismo vive de formaciones no capitalistas, para hablar más exactamente, hay que decir que vive de la ruina de estas formaciones, y si necesita el ambiente no capitalista para la acumulación, lo necesita como base para realizar la acumulación, absorbiéndolo. Considerada históricamente, la acumulación del capital es un proceso de cambio de materias que se verifica entre la forma de producción capitalista y las precapitalistas. Sin ellas no puede verificarse la acumulación del capital, pero considerada en este aspecto, la acumulación se efectúa destrozándolas y asimilándolas. Así, pues, ni la acumulación del capital puede realizarse sin las formaciones no capitalistas, ni aquéllas pueden siquiera mantenerse. La acumulación sólo puede producirse gracias a una constante destrucción preventiva de aquéllas.

Por tanto, lo que Marx ha tomado como supuesto en su esquema de la acumulación, sólo corresponde a la tendencia histórica objetiva del movimiento de la acumulación y a su resultado final teórico. El proceso de acumulación tiende a reemplazar en todas partes la economía natural por la economía simple de mercancías, y a ésta, por las formas capitalistas; a hacer que la producción de capital domine absolutamente, como la forma de producción única y exclusiva en todos los países y ramas.

Pero aquí comienza el callejón sin salida. Una vez logrado el resultado final (lo que no es, sin embargo, más que construcción teórica), la acumulación se hace imposible; la realización y capitalización de la plusvalía se transforman en problemas insolubles. En el momento en que el esquema marxista de la reproducción ampliada corresponde a la realidad, denuncia el final, el límite histórico del movimiento de la acumulación, esto es, el fin de la producción capitalista. La imposibilidad de la acumulación significa, en la producción capitalista, la imposibilidad del desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, y, con ello, la necesidad histórica objetiva del hundimiento del capitalismo. De aquí resulta el movimiento contradictorio de la última etapa imperialista, que es el período final de la carrera histórica del capital.

Por consiguiente, el esquema marxista de la reproducción ampliada no corresponde a las condiciones de la acumulación mientras ésta prosigue su curso; no puede reducirse a las relaciones mutuas y dependencias entre las dos grandes secciones de la producción social (la de los medios de producción y la de los medios de consumo), formuladas en el esquema. La acumulación no es meramente una relación interna entre las ramas de la economía capitalista, sino, ante todo, una relación entre el capital y el medio ambiente no capitalista en el que cada una de las dos grandes secciones de la producción puede localizar el proceso de acumulación, en parte y por su propia cuenta, con independencia de la otra, aun cuando el movimiento de ambas se esté interponiendo y cruzando constantemente. Las complicadas relaciones que de aquí resultan, la diversidad del ritmo y dirección en la marcha de la acumulación en ambas secciones, sus relaciones materiales de valor con formas de producción capitalista, no pueden expresarse en un esquema exacto. El esquema marxista de la acumulación, no es más que la expresión teórica de aquel momento en que la dominación capitalista ha alcanzado su último límite, y, en tal sentido, es una ficción científica, lo mismo que su esquema de la reproducción simple que formula teóricamente el punto de partida de la acumulación capitalista. Pero sólo entre ambas ficciones se puede encontrar el conocimiento de la acumulación del capital y sus leyes.

CAPÍTULO XXX
Los empréstitos internacionales

La fase imperialista de la acumulación del capital, o la fase de la competencia mundial del capitalismo, abarca la industrialización y emancipación capitalista de los antiguos *hinterland* del capital, en los que realizó su plusvalía. Los métodos específicos de esta fase son: empréstitos exteriores, concesión de ferrocarriles, revoluciones y guerra. El último decenio, 1900-1910, es particularmente característico para el movimiento mundial imperialista del capital, sobre todo en Asia y en las partes de Europa lindantes con Asia: Rusia, Turquía, Persia, India, Japón, China, así como el norte de África. Así como la implantación de la economía de mercancías en sustitución de la economía natural, y la de la producción capitalista en sustitución de la segunda se impusieron por medio de guerras, crisis y aniquilamiento de capas sociales enteras, así actualmente la emancipación capitalista de los *hinterland* económicos y colonias, se verifica en medio de revoluciones y guerras. La revolución es necesaria en el proceso de la emancipación capitalista de los *hinterland* para hacer saltar las formas de estado procedentes de las épocas de la economía natural y la economía simple de mercancías, y crear un aparato estatal apropiado a los fines de la producción capitalista. A este tipo pertenecen la revolución rusa, la turca y la china. Estas revoluciones, principalmente la rusa y la china, influenciadas por la dominación capitalista, recogen, en parte, todo género de elementos precapitalistas anticuados; en parte, contradicciones que van contra el régimen capitalista. Ello determina su profundidad y su fuerza, pero al mismo tiempo dificulta y hace más lento su curso victorioso. La guerra es, ordinariamente, el método de un estado joven capitalista para sacudir la tutela del antiguo, el bautismo de fuego y la prueba de la independencia capitalista de un estado moderno, por lo cual la reforma militar y, con ella, la reforma tributaria, constituyen en todas partes la introducción a la independencia económica.

El desarrollo de la red de ferrocarriles refleja aproximadamente la penetración del capital. La red de ferrocarriles se desarrolló con mayor rapidez en el cuarto decenio del siglo XIX en Europa, en el quinto en América, en el sexto en Asia, en el séptimo y octavo en Australia, en el octavo en África.[241]

Los empréstitos públicos para la construcción de ferrocarriles y los armamentos militares acompañan todos los estadios de la acumulación del capital; la introducción de la economía de mercancías, la industrialización de los países y la revolución capitalista de la agricultura, así como la emancipación de los nuevos estados capitalistas. Las funciones de los empréstitos en la acumulación del capital son variadas: transformación del dinero de capas no capitalistas, dinero como equivalencia de mercancías (ahorros de la pequeña clase media), o dinero como fondo de consumo del séquito de la clase capitalista; transformación del capital monetario en capital productivo por medio de construcción de ferrocarriles y aprovisionamientos militares; transporte del capital acumulado en países capitalistas antiguos a países modernos. Los empréstitos trasladaron en los siglos XVI y XVII a Inglaterra el capital de las ciudades italianas; en el XVIII, el de Holanda a Inglaterra; en el XIX, el de Inglaterra a las repúblicas americanas y Australia, el de Francia, Alemania y Bélgica a Rusia; actualmente, el de Alemania a Turquía, el de Inglaterra a Alemania, el de Francia a China y, por intermedio de Rusia, a Persia.

En el período imperialista, los empréstitos exteriores desempeñan el papel principal en la independencia de estados capitalistas modernos. Las contradicciones de la fase imperialista se manifiestan tangiblemente en las contradicciones del sistema moderno de empréstitos exteriores. Estos son indispensables para la emancipación de los estados que aspiran a ser capitalistas y son, al mismo tiempo, el medio más seguro para que los estados capitalistas

[241] La red de ferrocarriles ascendía en kilómetros:
EuropaAméricaAsiaÁfricaAustralia18402.9254.754---185023.50415.064---186051.86253.9351.3934453671870104.91493.1398.1851.7861.7751880168.983174.66616.2784.6467.8471890223.869331.41733.7249.38618.8891900333.348526.382101.31636.85431.014
Según esto, el incremento ascendió en
EuropaAméricaAsiaÁfricaAustralia1840-1850710 %215 %---1850-1860121 %257 %---1860-1870102 %73 %486 %350 %350 %1870-188061 %88 %99 %156 %333 %1880-189032 %89 %107 %104 %142 %1890-190027 %21 %79 % 114 %27 %

antiguos ejerzan su tutela sobre los modernos, controlen su Hacienda y hagan presión sobre su política exterior y sobre su política aduanera y comercial. Son el medio principal para abrir al capital acumulado de los países antiguos nuevas esferas de inversión, y, al mismo tiempo, crean, en aquellos países, nuevos competidores; aumentan en general el espacio de que dispone la acumulación del capital y al mismo tiempo lo estrechan.

Estas contradicciones del sistema de préstamos internacionales son una demostración clásica de hasta qué punto las condiciones de la realización y capitalización de la plusvalía se hallan escindidas en el tiempo y en el espacio. La realización de la plusvalía sólo exige la difusión general de la producción de mercancías, mientras su capitalización exige, por el contrario, el desplazamiento progresivo de la producción simple de mercancías por la producción capitalista. Con esto, tanto la realización como la capitalización de la plusvalía se van reduciendo progresivamente a límites más estrechos. El ejemplo del capital internacional en la construcción de la red mundial de ferrocarriles refleja este desplazamiento. Desde el año 30 hasta el 60 del siglo XIX, la construcción de ferrocarriles y los empréstitos necesarios para ella sirvieron principalmente para el desplazamiento de la economía natural y la difusión de la economía de mercancías. Tal ocurrió con los ferrocarriles norteamericanos construidos con capital europeo, y, asimismo, con los empréstitos ferroviarios rusos del año 70. En cambio, la construcción de ferrocarriles en Asia y África desde hace cerca de veinte años, sirve, casi exclusivamente, a fines de la política imperialista, a la monopolización económica y a la sumisión política de los *hinterland*; así también, las construcciones de ferrocarriles hechas por Rusia en el Asia oriental y central. Como se sabe, la ocupación de Manchuria por Rusia fue preparada por el envío de tropas para velar por la seguridad de los ingenieros rusos que trabajaban en el ferrocarril manchuriano. El mismo carácter tienen las concesiones de ferrocarriles rusos en Persia, las empresas alemanas de ferrocarriles en el Asia Menor y Mesopotamia, las inglesas y alemanas en África.

Hay que salir al paso de una mala interpretación, que se refiere a la colocación de capitales en países extranjeros y a la demanda procedente de estos países. La exportación del capital inglés a América desempeñó, ya a comienzos del tercer decenio del siglo XIX, un enorme papel, y fue en gran parte culpable de la primera genuina crisis industrial y comercial inglesa en el año 1825. Desde 1824, la Bolsa de Londres se vio inundada de valores sudamericanos. En 1824-1825, los nuevos estados de la América meridional y central concertaron empréstitos en Londres por más de 20 millones de libras esterlinas. Al mismo tiempo, se negociaban enormes cantidades de acciones industriales sudamericanas y valores análogos. El súbito florecimiento y la apertura de los mercados sudamericanos determinaron por su parte un gran aumento de la exportación de mercancías inglesas hacia los estados de América del Sur y del Centro. La exportación de mercancías británicas a aquellos países ascendió:

En 1821	2,9 millones libras esterlinas
En 1825	6,4 millones libras esterlinas

El principal artículo de esta exportación lo constituían los tejidos de algodón. Bajo el impulso de la gran demanda, se amplió rápidamente la producción algodonera inglesa y se fundaron muchas fábricas nuevas. El algodón elaborado en Inglaterra ascendió:

En 1821	129 millones libras esterlinas
En 1825	167 millones libras esterlinas

De este modo, se hallaban preparados todos los elementos de la crisis. Tugan-Baranowski formula ahora esta pregunta: “¿De dónde han sacado los Estados sudamericanos los recursos para comprar en 1825 doble cantidad de mercancías que en 1821? Estos recursos se lo suministraron los ingleses mismos. Los empréstitos contratados en la Bolsa de Londres sirvieron para pagar las mercancías importadas. Los fabricantes ingleses se engañaron con la demanda creada por ellos mismos, y hubieron de convencerse pronto, por propia experiencia, de lo infundadas que habían sido sus esperanzas exageradas.”[242]

Aquí, el hecho de que la demanda sudamericana de mercancías inglesas había sido determinada por capital inglés, es considerado como un “engaño”, como un fenómeno

[242] Tugan-Baranowski, *Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales*, página 74

económico anormal. En este punto, Tugan recoge opiniones de un teórico, con el cual, por lo demás, no quiere tener nada de común. La idea que la crisis inglesa del año 1825 se explicaba por el "extraño" desarrollo de la relación entre el capital inglés y la demanda sudamericana, surgió ya en la época de aquella crisis, y fue Sismondi quien planteó la misma cuestión que Tugan-Baranowski. En la segunda edición de sus *Nuevos principios* describió el proceso con toda exactitud:

"La apertura del enorme mercado que la América española ofrecía a los productos de la industria me parece que colaboró esencialmente en el restablecimiento de las manufacturas inglesas. El Gobierno inglés era de la misma opinión, y ha desarrollado una energía, desconocida hasta entonces, en los siete años transcurridos desde la crisis de 1818, para llevar el comercio inglés a las zonas más alejadas de México, Colombia, Brasil, Río de la Plata, Chile y Perú. Aun antes de que el Ministerio se hubiera decidido a reconocer estos nuevos estados, había tomado medidas para proteger al comercio inglés construyendo estaciones navales ocupadas constantemente por barcos de línea, cuyos comandantes tenían objetivos más diplomáticos que militares. Se opuso al griterío de la Santa Alianza, reconociendo a las nuevas repúblicas en el mismo momento en que toda Europa decidía su aniquilamiento. Pero, por grandes que fuesen los mercados que ofrecía la libre América, no hubieran bastado para absorber todas las mercancías producidas por Inglaterra, si los empréstitos de las nuevas repúblicas no hubiesen aumentado súbitamente en proporciones desmedidas sus recursos para comprar mercancías inglesas. Todos los estados de América tomaron a préstamo, de los ingleses, una suma para fortalecer su Gobierno, y a pesar de que esta suma era un capital, lo gastaron inmediatamente como una renta, es decir, lo utilizaron totalmente para comprar, por cuenta del Estado, mercancías inglesas, o para pagar las enviadas a cuenta de particulares. Al mismo tiempo, se fundaron numerosas sociedades con grandes capitales para explotar todas las minas americanas; pero todo el dinero que gastaron fue, al mismo tiempo, un ingreso en Inglaterra para reintegrar inmediatamente el desgaste de las máquinas que utilizaban y las mercancías enviadas a los lugares de trabajo de las máquinas. Mientras duró este extraño comercio, en el que los ingleses sólo pedían de los americanos que comprasen con el capital inglés mercancías inglesas, pareció ser brillante la situación de las manufacturas inglesas. No fue la renta, sino el capital inglés el que determinó el consumo; los ingleses se privaron de disfrutar sus propias mercancías, que enviaban a América y que compraban y pagaban por sí mismos."[243] Sismondi saca de aquí la conclusión original de que sólo la renta, es decir, el consumo personal, constituye el límite verdadero del mercado capitalista, y utiliza también este ejemplo para poner en guardia, una vez más, contra los peligros de la acumulación.

En realidad, el proceso de la crisis del año 1825 ha continuado siendo típico para los períodos de florecimiento y expansión del capital hasta el día de hoy, y la "extraña" relación constituye una de las bases más importantes de la acumulación del capital. Particularmente, en la historia del capital inglés, la relación se repite regularmente antes de todas las crisis, como demuestra Tugan-Baranowski con las siguientes cifras y hechos. La causa inmediata de la crisis de 1836 fue la saturación de mercancías inglesas en los mercados de los Estados Unidos. Pero también, aquí, estas mercancías se pagaron con dinero inglés. En 1834, la importación de mercancías inglesas en los Estados Unidos excedía a su exportación en 6 millones de dólares, pero al mismo tiempo la importación de metales preciosos en los Estados Unidos excedía casi en 16 millones a la exportación. Todavía, en el año mismo de la crisis en 1836, el exceso de importación de mercancías ascendió a 52 millones de dólares, a pesar de lo cual el exceso de la importación de metales preciosos ascendió todavía a 9 millones de dólares. Esta corriente de dinero, lo mismo que la de mercancías, vino principalmente de Inglaterra, donde se compraron en masa acciones de ferrocarriles de los Estados Unidos. En 1835-1836 se fundaron en los Estados Unidos 61 bancos nuevos con 52 millones de dólares de capital (predominantemente de procedencia inglesa). Por consiguiente, también esta vez los ingleses pagaron su propia exportación. Asimismo, el florecimiento industrial sin precedentes que tuvo lugar en el norte de los Estados Unidos a fines del sexto decenio, y que acabó por conducir a la guerra civil, se pagó con capital inglés. Este capital, a su vez, creó en los Estados Unidos el mercado ampliado para la industria inglesa.

[243] Sismondi, *Nouveux principes*, Tomo II, Libro IV, Capítulo IV: "La riqueza comercial sigue al crecimiento de la renta".

Y no sólo para el capital inglés; también el capital europeo restante contribuyó, en la medida de sus fuerzas, al "extraño comercio"; según Schaffle, en los cinco años de 1848 a 1853 se colocaron por lo menos 1.000 millones de florines en valores americanos en las diversas Bolsas europeas. La animación coetánea de la industria mundial tuvo también su desenlace en la catástrofe financiera de 1857. En el año 60, el capital inglés se apresura a crear en Asia la misma relación que en los Estados Unidos. Afluye en masa al Asia Menor y a India, emprende aquí gigantescas construcciones de ferrocarriles (la red de ferrocarriles de India británica ascendía en 1860 a 1.350 kilómetros, en 1870 a 7.683, en 1880 a 14.977, en 1890 a 27.000) y de aquí resulta en seguida una demanda incrementada de mercancías inglesas. Pero, al mismo tiempo, el capital inglés, apenas terminada la guerra de Secesión, afluye nuevamente a los Estados Unidos. El enorme auge de la construcción de ferrocarriles de la Unión Americana en los años 60 y 70 (la red de ferrocarriles ascendía en 1850 a 14.151 kilómetros, en 1860 a 49.292, en 1870 a 85.139, en 1880 a 150.717, en 1890 a 278.409) se pagó principalmente con capital inglés. Pero, al mismo tiempo, estos ferrocarriles traían su material de Inglaterra, lo que constituyó una de las causas principales del rápido desarrollo de las industrias carbonífera y metalúrgica, y la conmoción experimentada en estas ramas por las crisis americanas de 1866, 1873, 1884. Aquí, pues, era literalmente verdadero lo que le parecía a Sismondi una broma evidente: los ingleses construían en los Estados Unidos, con su propio hierro y su propio material, los ferrocarriles; los pagaban con su capital, y se privaban del "goce" de estos ferrocarriles. Esta broma le gustaba tanto, sin embargo, al capital europeo, a pesar de todas las crisis periódicas, que, a mediados del octavo decenio, la Bolsa de Londres sufría una verdadera fiebre de empréstitos extranjeros. De 1870 a 1875 se concertaron en Londres empréstitos por valor de 270 millones de libras esterlinas; la consecuencia inmediata fue el rápido incremento de la exportación de mercancías inglesas a países exóticos; el capital afluyó a ellos en masa, a pesar de que estos estados hicieron temporalmente bancarrota. A fines del octavo decenio suspendieron total o parcialmente el pago de intereses Turquía, Egipto, Grecia, Bolivia, Costa Rica, Ecuador, Honduras, México, Perú, Santo Domingo, Uruguay, Venezuela. No obstante, a fines del decenio siguiente se repitió la fiebre de los empréstitos públicos exteriores. Estados sudamericanos, colonias sudafricanas obtuvieron grandes cantidades de capital europeo. Los empréstitos de la República Argentina, por ejemplo, ascendieron:

En 1874	10 millones libras esterlinas
En 1890	59,1 millones libras esterlinas

También en Argentina, Inglaterra construye ferrocarriles con su propio hierro y su propio carbón y los paga con el propio capital. La red de ferrocarriles argentina ascendía:

En 1883	3.123 kilómetros
En 1893	13.691 kilómetros

Al mismo tiempo, la exportación inglesa aumentaba en

	1886	1890
Hierro	21,8 millones libras esterlinas	31,6 millones libras esterlinas
Máquinas	10,1 millones libras esterlinas	16,4 millones libras esterlinas
Carbón	9,8 millones libras esterlinas	19,0 millones libras esterlinas

La exportación total inglesa a Argentina era en 1885 de 4,7 millones de libras esterlinas; cuatro años más tarde ascendía ya a 10,7 millones de libras esterlinas.

Al mismo tiempo, el dinero inglés afluía por medio de empréstitos públicos a Australia. Los empréstitos de las tres colonias: Victoria, Nueva Gales del Sur y Tasmania ascendían, a fines del penúltimo decenio, a 112 millones de libras, de los cuales 81 millones se habían invertido en la construcción de ferrocarriles. Los ferrocarriles de Australia abarcaban:

En 1880	4.900 millas
En 1895	15.600 millas

También aquí suministraba Inglaterra, al mismo tiempo, el capital y los materiales para la construcción de los ferrocarriles. Por eso se vio arrastrada al torbellino por las crisis de 1890 en Argentina, Transvaal, México, Uruguay, y de 1893 en Australia.

En los últimos decenios, el proceso sólo tiene una diferencia: que, junto al capital inglés, actúan en amplia medida capitales alemanes, franceses y belgas en las inversiones extranjeras y particularmente en los empréstitos. La construcción de ferrocarriles en Asia Menor se realizaba, desde el año 50 y hasta fines de los 90, por el capital inglés. Desde entonces, el capital alemán se ha apoderado de Asia Menor y construye el gran plan de los ferrocarriles de Anatolia y Bagdad. Las inversiones del capital alemán en Turquía han producido un aumento de la exportación de mercancías alemanas hacia este país.

La exportación alemana a Turquía ascendió, en 1896, a 28 millones de marcos, y a 113 en 1911, y, en particular, a la Turquía asiática 12 millones en 1901 y 37 millones en 1911. También en este caso las mercancías alemanas importadas se pagaron en una proporción considerable con capital alemán, y los alemanes sólo consiguieron (según la expresión de Sismondi) privarse del placer de gozar de sus propios productos.

Examinemos más de cerca el fenómeno. La plusvalía realizada, que en Inglaterra o Alemania no puede ser capitalizada y permanece inactiva, se invierte en Argentina, Australia, El Cabo o Mesopotamia en ferrocarriles, obras hidráulicas, minas, etc. Las máquinas, el material y demás, son traídos del país de origen del capital y se pagan con el mismo capital. Pero así se hace también en el país mismo, bajo el imperio de la producción capitalista: el capital tiene que comprar sus elementos de producción, invertirse en ellos antes de poder actuar. Cierto que, en este caso, el goce de los productos queda en el país, mientras en el primer caso es cedido a los extranjeros. Pero el fin de la producción capitalista no es disfrutar de los productos, sino realizar plusvalía, la acumulación. El capital inactivo no tenía en el propio país posibilidad alguna de acumularse, ya que no existía demanda del producto adicional. En cambio, en el extranjero, donde no se ha desarrollado aún una producción capitalista, surge, en capas no capitalistas, una nueva demanda, o es creada violentamente. Justamente, el hecho de que el "goce" de los productos se traslada a otros países es decisivo para el capital. Pues el goce de las clases sociales, capitalista y obrera, no tiene transcendencia para los fines de la acumulación. Cierto que el "goce" de los productos ha de ser realizado, pagado por los nuevos consumidores. Para ello, los nuevos consumidores han de tener dinero. Ese dinero se lo da, en parte, el cambio de mercancías que se produce al mismo tiempo. A la construcción de ferrocarriles, como a la extracción de minerales (minas de oro, etc.) le acompaña un activo comercio de mercancías. Éste realiza, poco a poco, el capital invertido en la construcción de ferrocarriles o la minería junto con la plusvalía. La esencia de la cosa no se modifica porque el capital, que de este modo afluye al extranjero, busque por su cuenta, como capital en acciones, un campo de trabajo, o por intermedio del Estado extranjero, halle, en calidad de empréstito exterior, nueva actividad en la industria o en el transporte, ni tampoco porque, en el primer caso, las empresas fundadas sobre evaluaciones incorrectas o especulaciones quiebren cualquier día, o porque, en el último caso, el Estado deudor caiga en bancarrota, y los accionistas pierdan de un modo o de otro en parte su capital. También en el país de origen, en épocas de crisis, se pierde con frecuencia el capital individual. Lo fundamental es que el capital acumulado del país antiguo, encuentre en el nuevo una nueva posibilidad de engendrar plusvalía y realizarla, esto es, de proseguir la acumulación. Los países nuevos abarcan grandes territorios que viven en condiciones de economía natural, a los que transforma en países con economía de mercancías, o bien zonas con economía de mercancías, de las que hace mercados para el gran capital. La construcción de ferrocarriles y la minería (particularmente las minas de oro) propicias para la colocación del capital de países antiguos en nuevos, provoca, inevitablemente, un activo tráfico de mercancías en países donde hasta entonces había regido la economía natural; y producen la rápida disolución de antiguas formaciones económicas, crisis sociales, renovación de las costumbres, es decir, la implantación de la economía de mercancías primero y, posteriormente, la producción de capital.

El papel de los empréstitos exteriores, como el de la colocación del capital en acciones extranjeras ferroviarias y mineras, es, por eso, la mejor ilustración crítica del esquema marxista de la acumulación. En estos casos, la reproducción ampliada del capital es una capitalización

de la plusvalía anteriormente realizada (siempre que los empréstitos o las acciones extranjeras no se cubran con ahorros pequeñoburgueses o semiproletarios). El momento, las circunstancias y la forma en que se realizó el capital de los países antiguos, y que afluye ahora al nuevo, no tienen nada de común con su campo actual de acumulación. El capital inglés que afluyó hacia Argentina para la construcción de ferrocarriles puede ser opio indio introducido en China. Por otra parte, el capital inglés que construye ferrocarriles en Argentina, no sólo procede de Inglaterra en su pura forma de valor, como capital monetario, sino también en su forma material: hierro, carbón, máquinas, etc. Esto quiere decir que también la forma de uso de la plusvalía viene al mundo en Inglaterra, de antemano, en la forma apropiada para los fines de la acumulación. La fuerza de trabajo, la que propiamente consume el capital variable, es, en la mayoría de los casos, extranjera: son trabajadores indígenas sometidos en los nuevos países por el capital del antiguo, y transformados en nuevos objetos de explotación. Sin embargo, teniendo en cuenta la pureza de la investigación, podemos aceptar que también los obreros tengan el mismo origen que el capital. Nuevas minas de oro, por ejemplo (sobre todo en los primeros tiempos), provocan de hecho una emigración en masa de los antiguos países capitalistas, y, en gran parte, corren a cargo de trabajadores de estos países. Por consiguiente, podemos suponer el caso en que, en un país nuevo, el capital, los medios de producción y los obreros procedan al mismo tiempo de un viejo país capitalista, por ejemplo, de Inglaterra. Por tanto, en Inglaterra se daban todos los elementos materiales de la acumulación: plusvalía realizada en forma de capital monetario, plusproducto en forma productiva y, finalmente, reservas de obreros. Sin embargo, la acumulación no podía verificarse en Inglaterra: ni Inglaterra ni sus clientes anteriores necesitaban ferrocarriles ni ampliación de la industria. Sólo la aparición de un nuevo territorio con grandes zonas de cultura no capitalistas creó el círculo ampliado de consumo para el capital, posibilitándole el incremento de la reproducción, es decir, la acumulación.

Ahora bien, ¿quiénes son, exactamente, estos nuevos consumidores? ¿Quién paga en última instancia los empréstitos exteriores y realiza la plusvalía de las empresas capitalistas fundadas con ellos? La historia de los empréstitos internacionales en Egipto responde a estas preguntas de un modo clásico. Tres series de hechos, que se entrecruzan, caracterizan la historia interior de Egipto en la segunda mitad del siglo XIX: empresas modernas capitalistas de gran amplitud, un aumento enorme de la deuda pública y el desmoronamiento de la economía campesina. En Egipto existía hasta los últimos tiempos prestación personal, y los valíes, y después el kedive, ejercían sobre el suelo la más desconsiderada política de violencia. Pero, justamente, estas condiciones primitivas constituían terreno incomparablemente apropiado para las operaciones del capital europeo. Económicamente, sólo podía tratarse, al principio, de crear condiciones para la economía monetaria. Y éstas se crearon, en efecto, con recursos pecuniarios directos del Estado. Mehmed Alí, el creador del Egipto moderno, empleaba en este sentido, hasta los años de 1830, un método de sencillez patriarcal: compraba a los fellah cada año, por cuenta del Estado, toda su cosecha para venderles luego, más caro, el mínimum que necesitaban para su subsistencia y para la siembra. Al mismo tiempo, traía algodón de la India, caña de azúcar, índigo y pimienta, de América, y prescribía oficialmente al fellah la cantidad que tenía que plantar de cada una de estas cosas; conjuntamente, algodón e índigo, eran declarados monopolio del Gobierno y sólo podían ser vendidos a él; sólo él, por tanto, podía revenderlos. Con semejantes métodos se introdujo en Egipto el comercio de mercancías. Es cierto que Mehmed Alí no hizo poco para elevar la productividad del trabajo; hizo restaurar antiguos canales, ahondar pozos y, sobre todo, inició la gran obra de canalización del Nilo en Kaliub, con la que se inaugura la serie de las grandes empresas capitalistas de Egipto. Estas se extendieron más adelante a cuatro grandes zonas: obras hidráulicas, entre las que ocupa el primer lugar la de Kaliub, construida de 1845 a 1853, y que costó 50 millones de marcos, aparte de la prestación personal no pagada, pero que resultó, de inmediato, inutilizable; vías de comunicación, entre las cuales la más importante y más fatal para el porvenir de Egipto, fue el canal de Suez; finalmente, plantaciones de algodón y producción de azúcar. Con la construcción del canal de Suez, Egipto había metido ya la cabeza en el lazo del capital europeo, del que no podía librarse. Inició el proceso el capital francés, cuyas huellas siguió pronto el inglés; la lucha de ambos ejerce un enorme papel en todas las revueltas interiores de Egipto durante los veinte años siguientes. Las operaciones del capital francés, que construyó tanto la gran obra del Nilo con su inutilidad, como el canal de Suez, fueron quizá los modelos más peculiares de acumulación del capital europeo a costa de poblaciones primitivas. Por el beneficio del canal, que el comercio europeo-asiático iba a hacer pasar por delante de las

narices de Egipto, el país se obligó, en primer lugar, a suministrar el trabajo gratuito de 20.000 campesinos durante años; en segundo lugar, a suscribir 70 millones de marcos en acciones de la Compañía, que equivalían al 40 por ciento del capital total. Estos 70 millones fueron la base de la enorme deuda pública de Egipto. Deuda que veinte años más tarde tuvo por consecuencia la ocupación militar de Egipto por Inglaterra. Se produjo, de pronto, una revolución súbita en las obras hidráulicas: las norias antiquísimas movidas por bueyes, de las cuales sólo en el Delta se movían 50.000 durante siete meses al año, se sustituyeron en parte por potentes bombas de vapor. El tráfico por el Nilo entre el Cairo y Assuan comenzó a hacerse por medio de vapores modernos. Pero la revolución mayor en las condiciones económicas de Egipto fue obra de las plantaciones de algodón. Como consecuencia de la guerra de Secesión americana, que había hecho subir el precio del algodón inglés de 60 a 80 peniques por kilo a 4 o 5 marcos, Egipto se sintió también atacado de una fiebre de plantaciones algodoneras. Todo el mundo se dedicó a plantar algodón, pero particularmente la familia del virrey. Expropiaciones en gran escala, confiscaciones, “compras obligadas”, o sencillos robos, aumentaron rápidamente, en enormes proporciones, las posesiones del virrey. Gran cantidad de pueblos se transformaron súbitamente en propiedad real privada, sin que nadie supiese explicar el fundamento jurídico de tales apropiaciones. Y esta enorme cantidad de bienes había de dedicarse en breve plazo a plantaciones de algodón. Pero, además, este cultivo modificó todos los procedimientos tradicionales egipcios.

La instalación de diques para proteger los campos de algodón contra las inundaciones regulares del Nilo, se reemplazó por un sistema de regadíos artificiales, abundantes y regulados. Se introdujo una labranza profunda e incansable, totalmente desconocida para el fellah, que desde la época de los faraones se limitaba a arañar ligeramente su suelo con el arado. Finalmente, se implantó el trabajo intensivo de la recolección. Todo esto significaba enormes exigencias para los trabajadores de Egipto. Pero estos trabajadores eran los mismos labradores sujetos a prestación personal, sobre los que el Estado se había atribuido derechos ilimitados. Los fellah habían sido empujados ya por millares a las obras de Kaliub, a los trabajos del canal de Suez; ahora se les utilizaba para construir diques, abrir canales y realizar plantaciones en los bienes del soberano. Ahora el kedive necesitaba para sí los 20.000 esclavos que había puesto a la disposición de la Compañía del canal de Suez. Esto determinó el primer conflicto con el capital francés. Un arbitraje de Napoleón III reconoció a la Compañía una indemnización de 67 millones de marcos, con la que el kedive podía conformarse, tanto más fácilmente cuanto que, en último término, iba a salir de la piel de los mismos fellah que eran la causa de la disputa. Y se emprendieron los trabajos de regadío. Para ello se trajeron de Inglaterra y Francia enormes cantidades de máquinas de vapor, de bombas centrífugas y automotoras. Muchos cientos de ellas salieron de Inglaterra para Alejandría y de aquí se distribuyeron por todo el país en vapores, barcas del Nilo y a lomo de camellos. Para cultivar el suelo fueron necesarios arados de vapor, tanto más cuanto que en 1864 una peste había acabado con toda la ganadería. También estas máquinas procedían en su mayor parte de Inglaterra. La empresa Fowler se amplió particularmente, en proporciones enormes, para satisfacer las demandas del virrey a costa de Egipto.[244]

[244] “Comenzó [refiere el representante de la casa Fowler, el ingeniero Eych] un cambio febril de telegramas entre el Cairo, Londres y Leeds. ¿Cuándo puede suministrar Fowler 150 arados de vapor? -Respuesta: en un año. Se necesita empleo de todas las fuerzas. ¡150 arados de vapor han de ser desembarcados en Alejandría antes de la primavera! -Respuesta: ¡imposible! La fábrica Fowler, con sus dimensiones de entonces, apenas podía fabricar tres arados de vapor a la semana. Al mismo tiempo, ha de tenerse en cuenta que un arado de este género costaba 50.000 marcos y que, por tanto, se trataba de un pedido de 7 millones y medio.

Telegrama siguiente de Ismael Pachá: ¿Qué costaría la ampliación Inmediata de la fábrica? El virrey estaba dispuesto a dar el dinero necesario. Pueden ustedes imaginarse que Leeds no desperdició la ocasión. Pero también otras fábricas de Inglaterra y Francia hubieron de suministrar arados de vapor. En el arsenal de Alejandría, el descargadero de las mercancías del virrey se llenó de calderas, ruedas, tambores, cables, cajas y cajones de todo género, y las fondas de segunda clase del Cairo, de conductores de arados de vapor improvisados, sacados a toda prisa de herreros y cerrajeros, de mozos de aldeas y muchachos que prometían. Pues en cada uno de estos arados de vapor debía ir, al menos, un *pionier* experto de la civilización. Todo esto era enviado por los Effendis de Alejandría, en revuelta confusión, al interior, sólo para poder disponer de sitio para continuar la descarga y que, al menos, el barco que iba a llegar pudiera depositar su carga. Es difícil hacerse una idea de cómo llegaba todo esto a su lugar de destino, o, mejor dicho, a cualquier otro lugar que no fuese el de su destino. Aquí yacían diez calderas a la orilla del Nilo, a diez millas de distancia, las máquinas correspondientes; allí una montaña de cables, veinte millas más allá los tambores para ellos. Aquí se veía a un mecánico inglés hambriento y

Una tercera clase de máquinas, que Egipto necesitó de pronto en masa, fueron los aparatos para descascarillar y prensas para empaquetar el algodón. Estas instalaciones se implantaron a docenas en las ciudades del Delta. Sagasig, Tanta, Samanuz y otras ciudades fabriles inglesas comenzaron a aparecer con sus chimeneas humeantes. Grandes caudales circulaban por los Bancos de Alejandría y el Cairo.

El hundimiento de la especulación algodonera sobrevino ya al año siguiente, cuando, concertada la paz en la Unión Americana, el precio del algodón bajó, en pocos días, de 27 peniques la libra a 15,12 y, finalmente, a 6 peniques. Al año siguiente, Ismael Pachá se lanzó a una nueva especulación: la producción de caña de azúcar. Se trataba ahora de hacer la competencia a los estados del sur de la Unión, que habían perdido sus esclavos, con la prestación personal de los fellah egipcios. La agricultura egipcia se vio desconcertada por segunda vez. Capitalistas franceses e ingleses hallaron un nuevo campo para la más rápida acumulación. En 1868 y 1869 se proyectó levantar 18 gigantescas fábricas, capaces de producir cada una de ellas 200.000 kilogramos diarios de azúcar, es decir, con un rendimiento cuádruple que el de los establecimientos más grandes conocidos: 16 se encargaron en Inglaterra y 12 en Francia, pero, a consecuencia de la guerra francoalemana, la mayor parte del pedido fue a parar a Inglaterra. Se quería establecer, cada diez kilómetros a lo largo del Nilo, una de estas fábricas como centro de un distrito de diez kilómetros cuadrados que debía suministrar la caña de azúcar. Cada fábrica necesitaba diariamente 2.000 toneladas de caña para mantenerse en pleno rendimiento. Mientras cientos de antiguos arados de vapor del período del algodón yacían destrozados, se encargaron nuevos centenares para el cultivo de la caña de azúcar. Miles de fellah fueron empujados a las plantaciones mientras otros millares trabajaban en la construcción del canal de Ibrahiniya. El bastón y el látigo funcionaban a pleno rendimiento. Pronto sobrevino el problema de los transportes; para acarrear la caña a las fábricas, se tuvo que construir apresuradamente una red de ferrocarriles y utilizar ferrocarriles transportables, transporte por cables, locomotoras de carretera. También estos enormes pedidos correspondieron al capital inglés. En 1872 se abrió la primera fábrica; 4.000 camellos se encargaban provisionalmente del transporte, pero el suministro de la cantidad necesaria de caña resultó imposible. El personal obrero era totalmente inapropiado, el fellah no podía ser transformado, de pronto, en un obrero industrial moderno. La empresa cayó en quiebra, muchas de las fábricas encargadas no se construyeron. Con la especulación azucarera, se cierra en 1873 el periodo de las grandes empresas capitalistas en Egipto.

¿Quién suministraba el capital para estas empresas? Los empréstitos internacionales. Said Pachá suscribió, un año antes de su muerte (1873), el primer empréstito, de 66 millones nominales de marcos, pero que, de hecho, deducidas comisiones, descuentos, etc., se redujo a 50 millones de marcos. Dejó a Ismael esta deuda y el contrato del canal de Suez, que en última instancia hacía pesar sobre Egipto una carga de 340 millones de marcos. En 1864 se realizó el primer empréstito de Ismael: 114 millones nominales al 7 por ciento, pero que en realidad era de 97 millones al 8 y cuarto por ciento. Este empréstito se gastó en un año. Es verdad que 67 millones se destinaron como indemnización a la Compañía del canal, siendo absorbido el resto, en su mayor parte, por el episodio del algodón. En 1861 se hizo, por intermedio del Banco Egipcio, el primer llamado empréstito de Daira, en el que sirvió de garantía la propiedad privada del kedive; ascendió nominalmente a 68 millones al 9 por ciento, y, en realidad, a 50 millones, al 12 por ciento. En 1866, por intermedio de Frühling y Gotschen, se suscribió un nuevo empréstito de 60 millones nominales, en efectivo 52 millones; en 1867 otro, por intermedio del Banco Otomano, de 40 millones nominales, 34 efectivos. La deuda flotante ascendía en aquella época a 600 millones. Para consolidar una parte de la misma, se hizo por intermedio de la Banca Oppenheimer y sobrinos, en 1868, un gran empréstito de 238 millones nominales al 7 por ciento. En realidad, Ismael sólo percibió 142 millones al 13 y medio por ciento. Pero con ellos pudo celebrarse la suntuosa fiesta de la inauguración del canal de Suez ante las respetables cabezas del gran mundo europeo, y pagarse la fantástica dilapidación realizada, y

---

desesperado, sentado sobre una montaña de cajas francesas; allí otro, desesperado, se entregaba a la bebida. Enffendis y Katibs corrían (llamando a Alá en su auxilio) de aquí para allá, entre Siut y Alejandría, haciendo inacabables listas de cosas de cuyos nombres no tenían la menor idea. Y, sin embargo, al fin, se puso en movimiento una parte de este aparato. El arado de vapor apareció en el alto Egipto. La civilización y el progreso habían avanzado un paso más." (*Fuerzas vivas, siete conferencias sobre asuntos de técnica*, Berlín, 1908, página 219)

hacer al soberano turco, al sultán, un nuevo donativo de 20 millones. Siguió en 1870 el empréstito concertado por la casa Bischoffsheim y Goldschmidt, que importaba nominalmente 142 millones al 7 por ciento, y, en efectivo, 100 millones al 13 por ciento. Sirvió para cubrir los gastos del episodio del azúcar. En 1872 y 1873 siguieron dos empréstitos por intermedio de Oppenheimer, uno pequeño de 80 millones al 14 por 100 y uno grande de 640 millones nominales al 8 por ciento, pero que, como se utilizaron en calidad de pago las letras adquiridas por las bancas europeas, en realidad sólo produjo 220 millones en efectivo y la reducción de la deuda a la mitad.

En 1874 se intentó concertar un empréstito de 1.000 millones de marcos al 9 por ciento, pero sólo produjo 68 millones. Los valores egipcios se cotizaban al 54 por ciento de su valor nominal. Y la deuda pública había aumentado, desde la muerte de Pachá, en trece años, desde 3.293.000 libras esterlinas a 94.110.000 libras esterlinas, es decir, cerca de 2.000 millones de marcos: La bancarrota se acercaba.

A primera vista, estas operaciones constituyen el colmo de la insensatez. Un empréstito sustituía rápidamente al otro; los intereses de los empréstitos antiguos se pagaban con nuevos empréstitos, y los pedidos gigantescos hechos al capital industrial inglés y francés se pagaban con capital tomado a préstamo en Inglaterra y Francia.

En realidad, el capital europeo, mientras Europa movía la cabeza y se asombraba del insensato despilfarro de Ismael, hacía en Egipto fantásticos negocios sin precedente, negocios que eran para el capital una edición moderna de las vacas egipcias de la Biblia bien alimentadas.

Ante todo, cada empréstito era una operación usuraria, en la cual la quinta, la tercera parte, e incluso más, de la suma en apariencia prestada, se la quedaban entre los dedos los banqueros europeos. Los intereses usurarios había que pagarlos de un modo o de otro. ¿De dónde salían los medios para esto? Tenía que tener en Egipto mismo su fuente, y esta fuente era el fellah egipcio, la economía campesina. Esta suministraba, en último término, los elementos más importantes de las grandiosas empresas capitalistas. Suministraba el terreno, ya que las llamadas posesiones privadas del kedive, que en plazo muy breve habían alcanzado dimensiones gigantescas y que constituían la base de las obras hidráulicas, de la especulación algodonera y azucarera, eran producto de robo y saqueo en incontables pueblos. La economía campesina suministraba también la masa obrera, y lo hacía gratuitamente. No había más que cuidarse de sustentarla mientras duraba su explotación. La prestación personal de los fellah era la base de los milagros técnicos hechos por los ingenieros europeos y las máquinas europeas en obras hidráulicas, medios de transporte, en el cultivo de la tierra y en la industria de Egipto. En las obras del Nilo, en Kallub como en el canal de Suez, en la construcción de ferrocarriles y en la de diques, en las plantaciones de algodón y en las fábricas de azúcar, trabajaban incontables fellah, que eran lanzados de un trabajo a otro según convenía, y explotados sin límite alguno. Si las limitaciones técnicas de los trabajadores forzados aparecían constantemente en cuanto a su empleo para fines capitalistas modernos, este inconveniente se compensaba abundantemente por la condición ilimitada de la explotación, y por las formas de vida y trabajo con que aquí contaba el capital.

Pero la economía campesina no suministraba tan sólo terreno y obreros, sino también dinero. De ello se cuidaba el sistema tributario, que, bajo la acción de la economía capitalista, apretaba los tornillos al fellah. La contribución sobre la pequeña propiedad rural, que se eleva cada vez más, ascendía a fines de los años 60 a 55 marcos por hectárea, mientras la gran propiedad sólo pagaba 18 marcos por hectárea, y la real familia no tributaba nada por sus enormes posesiones privadas. A esto se agregaban contribuciones especiales, como, por ejemplo, 2,50 marcos por hectárea para la conservación de las obras hidráulicas que favorecían, casi exclusivamente, a las posesiones del virrey. Por cada palmera tenía que pagar el fellah 1,35 marcos; por cada cabaña, 75 peniques. Se añadía aún un impuesto personal de 6,50 marcos, que debía pagar todo varón de más de diez años. En total, los fellah pagaban en la época de Mehmed Alí 50 millones de marcos, en la de Said 100 millones, en la de Ismael 163 millones.

Cuanto más adeudaba Egipto a Europa, tanto más dinero había que sacar de la economía campesina.[245] En 1869 se elevaron en un 10 por ciento todas las contribuciones; en 1870, la contribución territorial se elevó en 8 marcos por hectárea. En el alto Egipto, los pueblos comenzaron a despoblarse, se echaron abajo cabañas, se dejó de cultivar el terreno para eludir la contribución. En 1876, la contribución sobre las palmeras se elevó en 50 peniques. Pueblos enteros se dispusieron a cortar sus palmeras. Se les impidió a tiros que lo hicieran. En 1879, más allá de Sint murieron, al parecer de hambre, 10.000 fellah que no pudieron pagar la contribución por el riego de sus campos, y después de haber matado el ganado para eludir sus impuestos.[246]

Ya se había sacado al fellah hasta la última gota de su sangre. El Estado egipcio había terminado su función como aparato de absorción en manos del capital europeo, y era superfluo. El kedive Ismael fue enviado de vacaciones. El capital podía ahora liquidar sus operaciones.

En 1875, Inglaterra había adquirido por 80 millones de marcos 172.000 acciones del canal de Suez. Egipto tiene que seguir pagando aún ahora 394.000 libras esterlinas egipcias de intereses. Entraron en acción comisiones inglesas para “poner en orden” la hacienda egipcia. Es curioso que el capital europeo, no asustado por la situación desesperada del país en bancarrota, ofreció conceder para “salvarlo” nuevos grandes empréstitos. Cowe y Stokes propusieron, para transformar todas las deudas, un empréstito de 1.520 millones de marcos al 7 %. Rivers Wilson consideraba necesarios 2.060 millones. El Crédit Fonciere, compró millones de valores flotantes y trató de consolidar la deuda total con un empréstito de 1.820 millones de marcos, lo que fracasó. Pero cuanto más desesperada e insoluble era la situación, tanto más próximo e inevitable era también el momento en que el país entero, con todas sus fuerzas productivas, había de caer en las garras del capital europeo. En octubre de 1878 desembarcaron en Alejandría los representantes de los acreedores europeos. Se impuso un doble control de la Hacienda egipcia por el capital inglés y francés. En nombre del doble control se inventaron nuevos impuestos, se estrujó a los campesinos de modo que el pago de intereses que se había suspendido oficialmente en 1873, se restableció en 1877.[247] Desde este momento, los créditos del capital europeo se convirtieron en el centro de la vida económica y en el único fin del sistema tributario. En 1878 se nombró una nueva comisión y un ministerio en su mitad europeo. En 1879, la Hacienda egipcia pasó al control permanente del capital europeo representado por la Commission de la Dette Publique égyptienne. En 1878, los Tschifliks, los terrenos de la familia del virrey, en una extensión de 431.000 acres, se transformaron en patrimonio del Estado y se hipotecaron a los capitalistas europeos para responder de la deuda pública, e igualmente los bienes Daira, el patrimonio privado del kedive, sito, en su mayor parte, en el alto Egipto, y que abarcaba 485.131 acres, más tarde se vendió a un consorcio. Una gran parte del resto de la propiedad territorial pasó a manos de sociedades capitalistas, particularmente a la Compañía del canal. Los bienes de las mezquitas y escuelas fueron hipotecados por Inglaterra para responder de los gastos de la ocupación. Un alzamiento militar del ejército egipcio, a quien el control europeo hacía pasar hambre, mientras los funcionarios europeos percibían grandes sueldos, y una revuelta de masas provocada en Alejandría, dieron el pretexto deseado para el golpe decisivo. En 1882 entraron en Egipto para someterlo fuerzas militares inglesas. Así quedó coronada la grandiosa maniobra del capital en Egipto, y la liquidación de la economía agraria egipcia por el capital inglés.[248] Se vio así que la transacción

[245] Por lo demás, el dinero que se sacaba del fellah egipcio iba a parar también al capital europeo dando un rodeo por Turquía. Los empréstitos turcos de 1854, 1855, 1871, 1877 y 1886, se basaban en el tributo egipcio varias veces elevado, que se pagaba directamente al Banco de Inglaterra.

[246] “Personas residentes en el Delta [informa el *Times* desde Alejandría el 31 de marzo de 1879] aseguran que aplicando los antiguos métodos se ha recaudado el tercer trimestre de la contribución anual. Esto produce un efecto extraño cuando se sabe que las gentes se mueren de hambre en los caminos, que grandes zonas yacen baldías a causa de las cargas fiscales, que los granjeros han vendido su ganado, las mujeres sus galas y los usureros llenan los registros de hipotecas con sus escrituras y los tribunales con sus demandas de ejecución”. (Citado por Th. Rothstein, *Egypt’s Ruin*, 1910, páginas 69-70)

[247] “Esto procede completamente [escribía el corresponsal del Times desde Alejandría] de impuestos pagados por los campesinos en especie, y si uno piensa en los pobres fellah sobrecargados de trabajo, mal alimentados y que viven en sus miserables cabañas, trabajando día y noche para llenar los bolsillos de sus acreedores, el pago puntual del cupón deja de ser un objeto de plena satisfacción.” (Citado por Th. Rothstein, lugar citado, página 49)

[248] Eyth, un distinguido agente de la civilización capitalista en los países primitivos, termina su magistral bosquejo sobre Egipto, del que hemos tomado los principales datos, con la siguiente profesión de fe

que parecía absurda para una consideración superficial entre el capital prestamista y el capital industrial europeos, cuyos pedidos eran pagados con aquel capital, cubriéndose los intereses de un empréstito con el capital de otro, tenía en su base una relación muy racional y “sana” desde el punto de vista de la circulación del capital. Desaparecidos los intermediarios que enmascaraban la operación, ésta vino a parar al hecho sencillo de que la economía campesina egipcia fue absorbida en gran escala por el capital europeo; enormes zonas de terreno, incontables obreros y una masa de productos de trabajo pagados al Estado en calidad de impuestos, se transformaron, en último término, en acumulación de capital europeo.

Es evidente que semejante transacción, que concentró en dos o tres decenios el curso normal de una evolución histórica de siglos, sólo fue posible gracias al látigo: el primitivismo de la vida egipcia creó al mismo tiempo una base de operaciones incomparable para la acumulación del capital. Frente al crecimiento fantástico del capital, aparece aquí como resultado económico, junto a la ruina de la economía campesina, la aparición del tráfico de mercancías y, por obra suya, la tensión de las fuerzas productivas del país. La tierra egipcia cultivada y defendida con diques pasó, bajo el Gobierno de Ismael, de 2, a 2,7 millones de hectáreas; la red de canales, de 73.000 a 87.000 kilómetros; la red de ferrocarriles, de 410 a 2.020 kilómetros. En Suez y Alejandría se construyeron muelles; en el puerto de Alejandría, grandes instalaciones. Se implantó un servicio de vapores en el mar Rojo, y a lo largo de las costas sirias y del Asia Menor, para servir a los peregrinos de la Meca. La exportación de Egipto, que en 1861 ascendía a 89 millones, pasó en 1864 a 288. La importación, que bajo Said Pachá era de 24 millones, subió bajo Ismael a 100 y 110 millones de marcos. El comercio, que después de la apertura del canal de Suez no se repuso hasta los años 80, ascendió en 1890 a 163 millones de marcos como importación, y 249 millones de marcos como exportación. En 1900, las cifras fueron: 288 millones de importación, 355 millones de exportación, y en 1911: 557 millones de importación, 593 millones de exportación. En cuanto a Egipto, ciertamente, se ha convertido en propiedad del capital europeo al efectuar de golpe su desarrollo, hasta llegar a la economía de mercancías. Como en China, y como ahora en Marruecos, se vio en Egipto que detrás de los empréstitos internacionales, la construcción de ferrocarriles y obras hidráulicas, acecha el militarismo como agente ejecutivo de la acumulación de capital. Los estados orientales realizan con premura febril el desarrollo de la economía natural a la economía de mercancía, y de ésta a la capitalista, siendo absorbidos por el capital internacional, pues sin entregarse a éste no podrían realizar la transformación.

Otro ejemplo excelente de los últimos tiempos lo constituyen los negocios del capital alemán en Turquía asiática. Hace tiempo, el capital europeo, particularmente el inglés, había intentado adueñarse de este territorio, que se encuentra en un camino antiquísimo del tráfico comercial entre Europa y Asia.[249]

En los decenios 5 y 6, el capital inglés construyó las líneas de ferrocarril Esmirna-Aidin-Diner y Esmirna-Kassaba-Alascheir, y consiguió la concesión para proseguir la línea hasta Afiunkarahissar y el primer trozo del ferrocarril de Anatolia-Haidar-Pascha-Ismid. Al mismo

imperialista: “Lo que nos enseña este pasado tiene también un significado forzoso para el porvenir: Europa, aunque no sin luchas de todo género, en las que apenas pueden distinguirse la justicia y la injusticia, y en las que la razón política e histórica equivale a menudo al infortunio de millones, y la injusticia política a su salvación; Europa, tiene que poner su mano firme sobre aquellos países que no son capaces de vivir por sus propias fuerzas la vida de nuestra época, y la mano firme terminará, como en todas partes, con el malestar que reina en las orillas del Nilo.” (Lugar citado, página 247) Acerca del aspecto que ofrece el “orden” que Inglaterra ha creado “en las orillas del Nilo”, nos da Rothstein, lugar citado, datos suficientes.

[249] El Gobierno angloindio dio ya a comienzos del cuarto decenio del siglo pasado al coronel Chesney el encargo de estudiar el Ufrates para conseguir, por medio de su navegación, un camino, lo más corto posible, entre el mar Mediterráneo y el golfo Pérsico o India. Tras un reconocimiento provisional, verificado en el invierno de 1831, y después de detenidos preparativos, la expedición propiamente dicha se verificó en los años 1835-1837. En relación con ella, oficiales y funcionarios ingleses hicieron estudios y levantaron planos de grandes regiones de la Mesopotamia oriental. Estos trabajos se prolongaron hasta el año 1886, sin llegar a un resultado práctico para el Gobierno inglés. La idea de establecer una vía de comunicación entre el Mediterráneo e India por el golfo Pérsico, fue recogida más tarde por Inglaterra, en otra forma, con el plan del ferrocarril del Tigris. En 1899. Cameron hizo un viaje a Mesopotamia, por encargo del Gobierno inglés, con objeto de estudiar el tratado de la proyectada línea. (Max Freiherr von Oppenhein, *Vom Mittelmeer zum Persischen Golf durch den Hauran, die Syrische Wüste und Mesopotamien*, tomo II, páginas 5 y 36)

tiempo el capital francés se apoderaba de una parte del ferrocarril. En 1888 apareció en escena el capital alemán. Gracias a negociaciones particulares con el grupo de capital francés, representado por la *Banque Ottomane*, se llegó a una fusión de intereses internacionales, por virtud de la cual el grupo alemán participaba con el 60 por ciento en la gran empresa del ferrocarril de Anatolia y de Bagdad, y el capital internacional con el 40 por ciento.[250] La Compañía del ferrocarril de Anatolia, detrás de la cual está principalmente el Banco Alemán, se fundó, como sociedad turca, el 14 *Redscheb* del año 1306, es decir, el 4 de marzo de 1899, para retomar los trabajos de la línea de Haidar-Pascha a Ismid, que se hallaba funcionando desde el año 70 y para llevar a cabo la concesión del tramo Ismid-Eskischehir-Angora (845 kilómetros). La Compañía también está autorizada para construir el ferrocarril Haidar-Pascha-Escutari y ramales a Brussa, así como una red complementaria Eskischehir-Konia (unos 445 kilómetros) y, finalmente, el trozo Angora-Kaisarie (245 kilómetros). El Gobierno turco daba a la Compañía la siguiente garantía pública: ingreso bruto de 10.300 francos por año y kilómetro, para el trozo Haidar-Pascha-Ismid, y 15.000 francos para el trozo Ismid-Angora. Para este objeto, el Gobierno ha entregado a la administración de la *Dette Publique Ottomane* la recaudación directa de los ingresos que resulten del arrendamiento de los diezmos de los Sandschaks de Ismid, Ertogrul, Kutahia y Angora. La administración de la *Dette Publique Ottomane* pagará con estos ingresos a la Compañía lo que sea necesario para hacer efectiva la cantidad garantizada por el Gobierno. Para el trozo Angora-Kaisarie, el Gobierno garantiza un ingreso bruto, en oro, de 775 libras turcas = 17.800 francos oro por kilómetro y año, y para el trozo Eskischehir-Konia, 604 libras turcas = 13.741 francos, no pudiendo pasar la subvención en el último caso de 219 libras turcas = 4.995 francos por kilómetro y año. En cambio, en caso de que el ingreso bruto exceda de la suma garantizada, el Gobierno cede de antemano el 25 por ciento de dicho exceso. Los diezmos de los Sandschaks de Trebisonda y Gumuchane se pagarán directamente a la administración de la *Dette Publique Ottomane*, que, por su parte, pagará las subvenciones necesarias a la Compañía del ferrocarril de Bagdad. Todos los diezmos destinados al cumplimiento de la garantía concedida por el Gobierno constituyen un todo. En 1898, la garantía se elevó, para Eskischehir-Konia, de 219 libras turcas a 296.

En 1899, la Compañía obtuvo una concesión para la construcción y explotación de un puerto en Haidar-Pascha, para emisión de Warrant, para la instalación de elevadores de cereales y depósitos de mercancías de todo género, y el derecho a realizar con personal propio todas las operaciones de carga y descarga, y, finalmente, el de establecer una especie de mercado libre.

En 1901, la sociedad obtuvo la concesión del ferrocarril de Bagdad-Konia-Bagdad-Basra-Golfo Pérsico (400 kilómetros), que empalma con el tramo Konia-Erenglo-Burgurlu, de la línea de Anatolia. Para hacer efectiva la concesión, la compañía antigua formó una nueva sociedad por acciones. Esta sociedad cedió, a su vez, la construcción de la línea, hasta Burgurlu, a una sociedad constructora fundada en Francfort.

De 1893 a 1912, el Gobierno turco satisfizo las siguientes subvenciones: por el ferrocarril Haidar-Pascha-Angora, 48,7 millones de francos; por el tramo Eskirchehir-Konia, 1,8 millones de libras turcas. Total, unos 90,8 millones de francos.[251] Finalmente, por la concesión de 1907 se cedieron a la sociedad los trabajos para la desecación del lago Karaviran y para el riego de la llanura de Konia. Estos trabajos han de realizarse por cuenta del Gobierno en el término de seis años. Esta vez, la sociedad adelanta al Gobierno la suma de 19.5 millones de francos, con un interés del 5 % y pago a los treinta y seis años. El Gobierno turco garantiza, en cambio: 1º, 25.000 libras turcas anuales provenientes de los diezmos ferroviarios y de diversos empréstitos que se encuentran bajo la administración de la *Dette Publique Ottomane*; 2º, lo que produzcan de más los diezmos de las zonas regadas en comparación con el producto medio de los últimos cinco años antes de la concesión; 3º, los ingresos brutos obtenidos por las obras hidráulicas; 4º, el importe de la venta de los terrenos desecados o regados.

Para realizar las obras hidráulicas, la sociedad fundó en Francfort una sociedad constructora "para las obras de regadío de la llanura de Konia", con un capital de 135 millones de francos. En 1908, la Compañía obtuvo otra concesión para prolongar el ferrocarril de Konia hasta Bagdad y el golfo Pérsico. También consiguió garantía por kilómetro. El empréstito del ferrocarril de Bagdad al 4 por ciento en tres series (54, 108 y 119 millones de francos), que se

[250] S Schneider, *Der deutsche Bagdadbahn*, 1900, página 3.
[251] Saling, *Börsengahrbuch*, 1911-1912, página 2.211.

hizo para el pago de las subvenciones, se aseguró hipotecando los diezmos de los vilayetos de Aidin, Bagdad, Mossul, Diarbekir, Urfa y Alepo y con el impuesto sobre el ganado lanar de los vilayetos de Konia a Dana y Alepo.[252]

Sobre la totalidad de las subvenciones para la construcción de ferrocarriles en Turquía, que hubo de pagar el Gobierno turco al capital internacional, el ingeniero Presser de Wurttemberg, que intervino en estos negocios como secretario del barón von Hirsch, da las siguientes cifras:

	Longitud	Garantía
	Kilómetros	Pagado / francos
Las tres líneas de la Turquía europea	1.888,8	33.099.352
Red de la Turquía asiática construida hasta 1900	2.513,2	53.811.538
Comisiones y otros gastos de la *Dette Publique* al servicio de la garantía, por kilómetro	“	9.351.209
Total	“	96.262.099

Nótese bien que todo esto sólo fue hasta fines de 1899, desde cuya fecha comienza el pago de una parte de la garantía por kilómetro. De los 74 Sandschaks que comprende la Turquía asiática, tenían ya hipotecados los diezmos de 28. Y con todas estas subvenciones, desde el año 1856 hasta 1900, se habían construido en total 2.513 kilómetros en la Turquía asiática.[253]

Por lo demás, Presse, experto en estas materias, da el siguiente ejemplo de las manipulaciones a que se entregaban las compañías de los ferrocarriles de Turquía. Asegura que la Compañía de Anatolia prometió, en 1893, primero, llevar el ferrocarril por Angora hasta Bagdad; declaró después, que su propio proyecto era irrealizable, para abandonar a su suerte esta línea garantizada y emprender otra vía por Konia. En el momento en que las compañías logren adquirir la línea Esmirna-Aisin-Diner, pedirán su prolongación hasta la línea de Konia. Y una vez que se haya construido este ramal, las compañías moverán cielos y tierra para obligar al tráfico a tomar esta nueva vía que no tiene garantía por kilómetro y que, esto es lo más importante aún, no tiene que repartir sus ingresos con el Gobierno, al mismo tiempo que las otras líneas, desde un cierto importe de la recaudación bruta, tienen que dar al Gobierno una parte del exceso. El resultado es que el Gobierno no percibirá nada de la línea de Aidin y las compañías percibirán millones. El Gobierno tendrá que pagar por las líneas Cassaba y Angora casi el importe total de la garantía por kilómetro, y no podrá esperar obtener nunca el 25 por ciento del exceso sobre el ingreso bruto de 15.000 francos que le asegura el contrato.

Aquí se manifiesta, con plena claridad, el fundamento de la acumulación. El capital alemán construye en la Turquía asiática ferrocarriles, puertos, obras hidráulicas. En estas empresas extrae nueva plusvalía a los asiáticos, a los que utiliza como obreros. Pero esta plusvalía, junto con los medios de producción empleados, ha de ser realizada en Alemania (material de ferrocarriles, máquinas, etc.) ¿Quién contribuye a realizarla? En parte, el tráfico de mercancías originado por los ferrocarriles, puertos, etc., que se fomenta en medio de las condiciones de economía natural existentes en el Asia Menor. En parte, y a causa de que el tráfico de mercancías no crece con bastante rapidez para satisfacer las necesidades del capital, la transformación forzosa de los ingresos naturales de la población en mercancías que por medio de la maquinaria fiscal se convierte en dinero y que, junto con la plusvalía, se destina a la realización del capital. Tal es el sentido de la garantía por kilómetro de los ingresos brutos en empresas independientes del capital extranjero, así como de las garantías con que se aseguran los empréstitos. Los “diezmos” (zehnte) hipotecados en ambos casos con infinitas variaciones, son prestaciones en especie de los labradores turcos que se han ido elevando aproximadamente hasta el 12 o 12 y medio por ciento. El campesino de los vilayetos asiáticos tiene que pagar “diezmos”, porque, si no lo hace, es expulsado por la fuerza con ayuda de los gendarmes y de los funcionarios del Estado. Los diezmos, que son una manifestación amplísima del despotismo asiático, basado en la economía natural, no se recaudan directamente por el Gobierno turco, sino por arrendatarios semejantes a los del *ancien régime*, a quienes el

[252] Saling, *Börsengahrbuch*, 1911-1912, páginas 360 y 381.
[253] W. von Presser, *Les chemins de fer en Turquie d’Asie*, Zurich, 1900, página, 59.

Estado vende el rendimiento probable del impuesto de cada vilayeto (provincia), por subasta pública. Si el diezmo de una provincia es adquirido por un especulador individual o un consorcio, éstos venden los diezmos de cada uno de los distritos (Sandschaks) a otros especuladores, que a su vez distribuyen su parte entre una serie de agentes menores. Como cada uno de ellos quiere cubrir sus gastos y obtener el mayor beneficio posible, el diezmo va aumentando en proporciones enormes a medida que se aproxima al campesino. Si el arrendatario se ha equivocado en sus cálculos, trata de desquitarse a costa del campesino. Este espera, casi siempre lleno de deudas, con impaciencia, el momento de poder vender su cosecha; pero, después de haber segado sus cereales, tiene que esperar a menudo semanas enteras para trillarlos hasta que el arrendatario tenga a bien coger la parte que le corresponde. El arrendatario, que generalmente es tratante en cereales, aprovecha esta situación del campesino, que ve toda su cosecha en peligro de pudrirse en el campo, para obligarle a vendérsela a bajo precio. Por otra parte, sabe acallar las quejas de los descontentos con ayuda del Muktar (alcalde del pueblo).

Al Consejo de administración internacional de la *Dette Publique Ottomane*, que, entre otros, administra directamente los impuestos de sal, tabaco, bebidas espiritosas, el diezmo de la seda y los derechos de pesca, le están hipotecados, como garantía por kilómetro o garantía de un empréstito, los diezmos, con la condición de que el Consejo intervendrá en la celebración de los contratos de arrendamientos de estos diezmos, y que la recaudación será ingresada directamente por los arrendatarios en las cajas del Consejo en los vilayetos. En el caso que fuese imposible hallar un arrendatario para los diezmos, el Gobierno turco los depositará *in natura* en almacenes, cuyas llaves se entregarán al Consejo, quien se encargará de la venta por su propia cuenta.

Así, pues, el cambio entre los campesinos del Asia Menor, Siria y Mesopotamia y el capital alemán se verifica de la manera siguiente: El grano aparece en los campos de los vilayetos de Konia, Basra, etc., como simple producto de uso de la economía campesina primitiva y pasa en seguida, como tributo, a manos del arrendatario de impuestos. Sólo cuando se halle en poder de éste, el grano se convierte en mercancía, y la mercancía en dinero, que pasa a manos del Estado. Este dinero, que no es más que una forma modificada del grano campesino, el cual ni siquiera se ha producido como mercancía, sirve ahora, en calidad de garantía del Estado, para pagar en parte los gastos de construcción y explotación de los ferrocarriles, es decir, para realizar el valor de los medios de producción utilizados, así como la plusvalía extraída a los campesinos y proletarios asiáticos en la construcción y explotación de los ferrocarriles. Como, por otra parte, en la construcción de los ferrocarriles se emplean medios de producción elaborados en Alemania, el grano del campesino asiático, transformado en dinero, sirve para convertir en oro la plusvalía sacada de los obreros alemanes en la elaboración de aquellos medios de producción. El dinero pasa del poder del Estado turco a las cajas del Banco Alemán para acumularse en él como plusvalía capitalista en forma de acciones de fundador, dividendos e intereses para los bolsillos de los señores Gwinner, Siemens y accionistas y clientes del Banco Alemán, así como para toda la red de sus sociedades filiales. Si (como se prevé en las concesiones) desaparece el arrendatario de impuestos, la serie complicada de metamorfosis se reduce a su forma más sencilla y clara: el grano campesino pasa directamente al poder de los administradores de la *Dette Publique Ottomane*, esto es, de la representación del capital europeo y, ya en su forma natural, se convierte en ingreso del capital alemán y del resto del capital extranjero. Así se verifica la acumulación del capital europeo incluso antes de haber perdido su forma de uso campesina asiática. Así se realiza la plusvalía capitalista antes de haberse convertido en mercancía y haber realizado el propio valor. El cambio se verifica aquí en una forma brutal y descarada, de un modo directo, entre el capital europeo y la economía campesina asiática. De esta manera, el Estado turco queda reducido a su verdadero papel de aparato político necesario para la explotación de la economía campesina para los fines del capital: función propiamente dicha de todos los Estados orientales en el período del imperialismo capitalista. El negocio que aparece exteriormente como una tautología sin sentido, como el pago de mercancías alemanas o capital alemán en Asia, en el que los incautos alemanes no hacen más que dejar a los astutos turcos el “goce” de las grandes obras de la civilización, en el fondo es un cambio entre el capital alemán y la economía campesina asiática, un cambio que se realiza empleando los medios coactivos del Estado. Los resultados del negocio son: de una parte, la acumulación progresiva del capital y de “una red de intereses creciente”, y esto, como pretexto para la ulterior expansión política y económica del capital

alemán en Turquía; de otro lado, ferrocarriles y tráfico de mercancías sobre la base de la rápida descomposición, la ruina, la absorción de la economía campesina asiática por el Estado, así como la creciente dependencia financiera y política del Estado turco con respecto al capital europeo.[254]

[254] Por lo demás, todo en este país es difícil y complicado. Si el Gobierno quiere implantar un monopolio sobre papel de fumar o naipes, surgen inmediatamente Francia y Austria-Hungría, e interponen el veto en favor de su comercio. Si se trata de petróleo, hace objeciones Rusia. Por último, las potencias menos interesadas, se unirán para oponerse a cualquier medida de la administración interior. Le ocurre a Turquía lo que a Sancho Panza en su comida: "Cada vez que el ministro de Hacienda quiere coger una cosa, surge algún diplomático para impedírselo, e interponer su veto." (Lugar citado, página 70)

CAPÍTULO XXXI
Aranceles protectores y acumulación

El imperialismo es la expresión política del proceso de la acumulación del capital en su lucha para conquistar los medios no capitalistas que no se hallen todavía agotados. Geográficamente, estos medios abarcan, todavía hoy, los más amplios territorios de la Tierra. Pero comparados con la potente masa del capital ya acumulado en los viejos países capitalistas, que pugna por encontrar mercados para su plusproducto, y posibilidades de capitalización para su plusvalía; comparados con la rapidez con la que hoy se transforman en capitalistas territorios pertenecientes a culturas precapitalistas, o en otros términos: comparados con el grado elevado de las fuerzas productivas del capital, el campo parece todavía pequeño para la expansión de éste. Esto determina el juego internacional del capital en el escenario del mundo. Dado el gran desarrollo y la concurrencia cada vez más violenta de los países capitalistas para conquistar territorios no capitalistas, el imperialismo aumenta su agresividad contra el mundo no capitalista, agudizando las contradicciones entre los países capitalistas en lucha. Pero cuanto más violenta y enérgicamente procure el capitalismo el hundimiento total de las civilizaciones no capitalistas, tanto más rápidamente irá minando el terreno a la acumulación del capital. El imperialismo es tanto un método histórico para prolongar la existencia del capital, como un medio seguro para poner objetivamente un término a su existencia. Con eso no se ha dicho que este término haya de ser alegremente alcanzado. Ya la tendencia de la evolución capitalista hacia él se manifiesta con vientos de catástrofe.

La esperanza en un desarrollo pacífico de la acumulación del capital, en el “comercio e industria que sólo con la paz prosperan”; toda la ideología oficiosa de Manchester de la armonía de intereses entre las naciones del mundo (el otro aspecto de la armonía de intereses entre capital y trabajo) procede del período optimista de la economía política clásica, y pareció encontrar una confirmación práctica en la breve era de librecambio de Europa, durante los años 60 y 70. Contribuyó a extender el falso dogma de la escuela librecambista inglesa, conforme al cual el cambio de mercancías es la única base y condición de la acumulación del capital, que identifica a ésta con la economía de mercancías. Toda la escuela de Ricardo identificaba, como hemos visto, la acumulación del capital y sus condiciones de reproducción con la producción simple de mercancías y las condiciones de la simple circulación de mercancías. Esto se manifestó más acentuadamente todavía entre el librecambista práctico *vulgaris*. Toda la argumentación de la vida de Cobden estaba basada en los intereses particulares de los fabricantes de algodón, futuros exportadores de Lankashire. Su principal preocupación era encontrar compradores, y su profesión de fe rezaba: tenemos que comprar al extranjero para que encontremos clientes como vendedores de los productos industriales, es decir, de los tejidos de algodón. El consumidor para cuyo interés Cobden y Bright pedían el librecambio, o sea, el abaratamiento de sustancias alimenticias, no era el trabajador que consume el pan, sino el capitalista que consume el trabajo del obrero.

Este evangelio no fue nunca la expresión verdadera de los intereses de la acumulación del capital en su totalidad. Hacia mediados de siglo fue desmentido. Ya durante la guerra del opio, Inglaterra probó que la armonía de intereses de las naciones comerciales se implanta a cañonazos.[255] En el continente europeo, el librecambio de esta época no era expresión de los

[255] Y no sólo en Inglaterra. Ya en 1859 se difundía por toda Alemania un folleto, cuyo autor decía ser el fabricante Diergardt, en el que se aconsejaba a Alemania asegurarse a tiempo el mercado del Asia oriental. Según este folleto, sólo había un medio para conseguir comercialmente algo de los japoneses, y en general de los orientales: el despliegue de fuerza militar. “La flota alemana, construida con los ahorros del pueblo, había sido un sueño de juventud. Hacía mucho tiempo que había sido subastada por Hanibal Fischer. Prusia tenía barcos propios, aunque no constituyesen una flota imponente. No obstante, se decidió organizar una escuadra para entablar negociaciones comerciales en el Extremo Oriente. La dirección de la misión, que perseguía también fines científicos, fue confiada a uno de los hombres de Estado prusiano más capaces y prudentes: al conde Eulemburg. El conde cumplió su cometido muy hábilmente en las circunstancias más difíciles. Hubo de renunciar al proyecto de entablar también relaciones con las islas Hawai. Por lo demás, la expedición logró su objetivo. A pesar de que los periódicos de Berlín lo sabían todo por entonces, y que en cada noticia acerca de dificultades sobrevenidas comentaban que todo aquello debía haberse previsto y que semejantes demostraciones

intereses del capital industrial, aunque sólo fuese por la razón que los países dirigentes librecambistas del continente eran todavía, en aquella época, países predominantemente agrarios, cuya gran industria estaba todavía relativamente poco desarrollada. El sistema librecambista se impuso más bien como medida para favorecer la constitución política de los Estados centro-europeos. En Alemania, gracias a la política de Mannteufel y Bismark, fue un medio prusiano específico para expulsar a Austria de la Confederación y de la Zollverein, y constituir el nuevo Imperio alemán bajo la dirección de Prusia. Económicamente, el librecambio se apoyaba aquí tan sólo en los intereses del capital comercial, particularmente del capital de las ciudades anseáticas mezcladas en el mercado mundial y en los intereses de capitalistas agrarios. Costó trabajo arrancar la industria de la producción de hierro propiamente dicha por medio de la supresión de la aduana del Rin, mientras la industria algodonera del sur de Alemania se mantuvo inflexible en la oposición proteccionista.

En Francia, los tratados con cláusula de nación más favorecida, que eran la base del sistema librecambista en toda Europa, se concertaron por Napoleón III sin la compacta mayoría proteccionista del Parlamento, formada por industriales y agrarios; más bien en contra de ella. El camino de los tratados de comercio fue emprendido por el Gobierno del Segundo Imperio como un recurso, y fue aceptado por Inglaterra para soslayar la oposición reglamentaria francesa e imponer internacionalmente el librecambio a espaldas de la corporación legislativa. El primer tratado básico entre Francia e Inglaterra fue una gran sorpresa para la opinión pública francesa.[256] El antiguo sistema protector de Francia fue modificado, de 1853 a 1862, por 32 decretos imperiales, que luego, en 1863, tuvieron confirmación "por la vía legislativa" a fin de mantener las formas. En Italia, el librecambio fue un requisito de la política de Cavour y de la necesidad de apoyarse en Francia. Ya en 1870 se abrió, bajo la presión de la opinión pública, una encuesta que puso de manifiesto la falta de apoyo de los círculos interesados para la política librecambista. Finalmente, en Rusia, la tendencia librecambista de los años 60 no fue más que una introducción, con el objeto de crear una amplia base para el desarrollo de la economía de mercancías y la gran industria; acompañó a la supresión de la servidumbre de la gleba y a la construcción de una red de ferrocarriles.[257]

---

navales sólo conducían a derrochar el dinero de los contribuyentes, el Ministro de la nueva era no cedió en su propósito y los beneficios del éxito les correspondieron a sus sucesores." (W. *Die Ideender deutschen Handelspolitik*, página 80)

[256] "Una negociación oficial se llevó a cabo (entre los gobiernos inglés y francés, una vez que Michel Chevalier hubo preparado el terreno con Ricardo Cobden) en pocos días y en el mayor misterio. El 5 de enero de 1870, Napoleón anunció sus propósitos en una carta programa, dirigida al ministro de Estado M. Foul. Esta declaración cayó como un rayo. Tras los incidentes del año que acababa de terminar, se creía que no se intentaría ninguna modificación del régimen algodonero antes de 1871. La emoción fue general. No obstante, el tratado se firmó el 23 de enero." (Auguste Deevers "La politique commerciale de la France depuis 1863", *Schriften des Vereins für Socialpolitik*, LI, página 136)

[257] La revisión liberal del arancel ruso en 1857 y 1878, la abolición definitiva del insensato sistema proteccionista de Kankrin, fue complemento y expresión de la obra de reforma a que obligó el desastre de la guerra de Crimea. Pero, de un modo inmediato, la rebaja del arancel favorecía, ante todo, los intereses de la propiedad territorial nobiliaria, que, como consumidora de mercancías extranjeras y como productora del trigo exportado al extranjero, tenía interés en que no se pusiesen trabas al tráfico comercial de Rusia con la Europa occidental. La defensora de los intereses agrícolas, la Sociedad Económica Libre, observaba: "Durante los sesenta años transcurridos desde 1822 hasta 1882, la gran productora de Rusia, la agricultura, ha tenido que sufrir cuatro veces daños inconmensurables que la pusieron en una situación extremadamente critica. En los cuatro casos, la causa inmediata estaba en los aranceles desmedidos. Por el contrario, el período de treinta y dos años que va desde 1845 a 1877, durante el cual rigieron aranceles moderados, transcurrió sin semejantes dificultades, a pesar de las tres guerras y de una guerra civil [se refiere al alzamiento polaco de 1863, R. L.] Cada uno de los cuales impuso una tensión mayor o menor a la capacidad financiera del Estado." (*Memorandum de la Sociedad Imperial Económica Libre con motivo de la revisión del arancel ruso*, Petersburgo, 1890, página 148) Que Rusia no ha podido considerarse hasta los últimos tiempos como defensora del librecambio, o, al menos, de un arancel moderado para favorecer los intereses del capital industrial, lo prueba ya el hecho que el apoyo científico de este movimiento librecambista, la mencionada Sociedad Económica Libre se pronunciaba todavía hacia el 90 contra el proteccionismo, calificándolo de medio de "transplante artificial" de la industria capitalista rusa. Los "populistas" reaccionarios denunciaban, por otra parte, al capitalismo como vivero del moderno proletariado: "Aquellas masas de gentes incapaces para el servicio militar, sin propiedad, ni patria, que nada tienen que perder y que, desde hace mucho tiempo, no tienen buena fama…" (Lugar citado, página 171) Véase también K. Lodischensky, *Historia del arancel ruso*, Petersburgo, 1886, páginas 239-258.

Así, el libre cambio como sistema internacional no pudo ser, desde el principio, más que un episodio en la historia de la acumulación del capital. Aunque sólo fuera por esto, es absurdo querer explicar la conversión general al proteccionismo desde fines del octavo decenio, como una simple medida de defensa contra el librecambio inglés.[258]

Contra esta explicación, los hechos dicen que en Alemania, como en Francia e Italia, el papel decisivo en el paso al proteccionismo les correspondió a los intereses agrarios, los cuales no se dirigían contra la competencia de Inglaterra, sino contra la de los Estados Unidos, y que, por lo demás, la necesidad de protección para la industria nacional naciente en Rusia, por ejemplo, se sentía con más fuerza contra Alemania que contra Inglaterra, y en Italia contra Francia. La general depresión del mercado mundial que se extendió desde la crisis de los años 70 y dispuso los ánimos en favor del proteccionismo, tampoco estaba ligada con el monopolio de Inglaterra. La causa general del cambio de frente proteccionista era más honda. El punto de vista puro del cambio de mercancías de que provenía la ilusión librecambista de la armonía de intereses en el mercado mundial, fue abandonada tan pronto como el gran capital de industria arraigó lo suficiente en los países más importantes del continente europeo, para pensar en sus condiciones de acumulación. Pero éstas ponían en el primer plano, frente a la reciprocidad de los intereses de los Estados capitalistas, sus antagonismos y la competencia en la lucha por la conquista del medio no capitalista.

Al comenzar la era librecambista, el Asia oriental acababa de abrirse al comercio con la guerra de China, y en Egipto daba los primeros pasos el capital europeo. En el noveno decenio, la política de expansión se extiende con gran energía paralelamente al proteccionismo; la ocupación de Egipto por Inglaterra, las conquistas coloniales alemanas en África, la ocupación francesa de Túnez y la expedición a Tonkín, los avances de Italia en Assab y Massaba, la guerra abisinia y la constitución de Eritrea, las conquistas inglesas en el África del Sur, todos estos acontecimientos se siguieron como una cadena sin interrupción a lo largo del noveno decenio. El conflicto entre Italia y Francia a causa de intereses encontrados en Túnez, fue el preludio característico de la guerra aduanera francoitaliana entablada siete años más tarde y que acabó, como epílogo sangriento, con el sueño de la armonía de intereses librecambistas en el continente europeo. El monopolio de los territorios de expansión en el interior de los antiguos Estados capitalistas como en los países ultramarinos, se convirtió en solución para el capital, mientras el librecambio, la política de la "puerta abierta", se trocó en forma específica de la indecisión de los países no capitalistas frente al capital internacional, como preludio de su ocupación parcial o total en su calidad de colonias. Si hasta ahora sólo Inglaterra se ha mantenido fiel al librecambio, ello se debe, en primer lugar, a que por ser el imperio colonial más antiguo, halló en sus grandes posesiones de territorios no capitalistas, desde el principio, una base de operaciones que hasta en los últimos tiempos ofrecía a la acumulación de su capital perspectivas casi ilimitadas y la colocaba de hecho fuera de la competencia de otros países capitalistas. De aquí el impulso general de los países capitalistas a aislarse unos de otros por aduanas, a pesar de que al mismo tiempo son, cada vez en mayor escala, compradores mutuos de mercancías; a pesar de que se son cada vez más dependientes unos de otros en el terreno de la renovación de sus condiciones materiales de reproducción, y a pesar de que, desde el punto de vista de la evolución técnica de las fuerzas productivas, hoy puede prescindirse perfectamente de las aduanas que, por el contrario, en muchos casos conducen al mantenimiento artificial de formas de producción anticuadas. La contradicción interior de la política aduanera internacional, lo mismo que el carácter contradictorio del sistema

---

[258] También Federico Engels compartía esta opinión. En una de sus cartas a Nicolai-on (18 de junio de 1892) escribe: "Escritores ingleses, cegados por sus intereses patrios, no pueden comprender por qué el ejemplo librecambista dado por Inglaterra es rechazado en todas partes y sustituido por el principio de las aduanas proteccionistas. Naturalmente, lo que ocurre es que no se atreven, sencillamente, a ver que este sistema proteccionista (hoy casi general) no es más que una medida defensiva más o menos razonable (en algunos casos, incluso, absolutamente estúpida), contra el mismo librecambio inglés, que ha llevado a tanta altura al monopolio industrial británico. (Estúpida es, por ejemplo, esta medida en el caso de Alemania, que, bajo el imperio del librecambio, se ha convertido en un gran Estado industrial, y donde el arancel se extiende ahora a productos agrícolas y materias primas, lo que aumenta el costo de la producción industrial.) Yo considero esta conversión general al proteccionismo, no como una sencilla casualidad, sino como una reacción contra el insoportable monopolio industrial de Inglaterra. La forma de esta reacción puede ser, como ya he dicho, equivocada, inapropiada o incluso peor, pero su necesidad histórica me parece ser completamente clara y evidente." (*Cartas*… etcétera, página 71)

de préstamos internacionales, no son más que un reflejo de la contradicción histórica en que se encuentran los intereses de la acumulación, esto es, de la realización y capitalización de la plusvalía, de la expansión específica del cambio de mercancías.

Lo último encuentra su expresión clara, sobre todo, en el hecho que el moderno sistema de aranceles elevados (que corresponden a la expansión colonial y a la agudización de los antagonismos dentro del medio capitalista) se estableció a través del aumento del gasto en armamentos. En Alemania, en Francia, Italia y Rusia, la conversión al proteccionismo fue de la mano con el aumento del ejército, y se hicieron en su servicio, como base del sistema iniciado, los armamentos europeos en competencia, terrestres primero, y luego, también, marítimos. El librecambio europeo, al que correspondía el sistema militar continental, cuyo centro de gravedad era el ejército de tierra, ha tenido que ceder el puesto al proteccionismo, que tiene como base y complemento, cada vez más declaradamente, la flota.

Por consiguiente, la acumulación capitalista tiene, como todo proceso histórico concreto, dos aspectos distintos. De un lado, tiene lugar en los sitios de producción de la plusvalía (en la fábrica, en la mina, en el fundo agrícola y en el mercado de mercancías). Considerada así, la acumulación es un proceso puramente económico, cuya fase más importante se realiza entre los capitalistas y los trabajadores asalariados, pero que en ambas partes, en la fábrica como en el mercado, se mueve exclusivamente dentro de los límites del cambio de mercancías, del cambio de equivalencias. Paz, propiedad e igualdad reinan aquí como formas, y era menester la dialéctica afilada de un análisis científico para descubrir, cómo en la acumulación el derecho de propiedad se convierte en apropiación de propiedad ajena, el cambio de mercancías en explotación, la igualdad en dominio de clases.

El otro aspecto de la acumulación del capital se realiza entre el capital y las formas de producción no capitalistas. Este proceso se desarrolla en la escena mundial. Aquí reinan, como métodos, la política colonial, el sistema de empréstitos internacionales, la política de intereses privados, la guerra. Aparecen aquí, sin disimulo, la violencia, el engaño, la opresión, la rapiña. Por eso cuesta trabajo descubrir las leyes severas del proceso económico en esta confusión de actos políticos de violencia, y en esta lucha de fuerzas.

La teoría burguesa liberal no abarca más que un aspecto: el dominio de la “competencia pacífica”, de las maravillas técnicas y del simple tráfico de mercancías. Aparte está el otro dominio económico del capital: el campo de las estrepitosas violencias consideradas como manifestaciones más o menos casuales de la “política exterior”.

En realidad, el poder político no es aquí, tampoco, más que el vehículo del proceso económico. Los dos aspectos de la acumulación del capital se hallan ligados orgánicamente por las condiciones de reproducción del capital mismo, y sólo de ambos reunidos sale el curso histórico del capital. Este, no sólo “gotea, de arriba abajo, sangre e inmundicia por todos los poros”, sino que se impone así, paso a paso, al mismo tiempo que prepara de este modo, en medio de convulsiones cada vez más violentas, su propia ruina.

CAPÍTULO XXXII
El militarismo como campo de la acumulación del capital

El militarismo ejerce en la historia del capital una función perfectamente determinada. Acompaña los pasos de la acumulación en todas sus fases históricas. En el período de la llamada “acumulación originaria”, esto es, en los comienzos del capital europeo, el militarismo desempeña un papel positivo en la conquista del Nuevo Mundo y de la India. Asimismo, más tarde, en la conquista de las colonias modernas, en la destrucción de las corporaciones sociales de las sociedades primitivas y en la apropiación de sus medios de producción, en la imposición forzosa del comercio de mercancías en países cuya estructura social es un obstáculo para la economía de mercado, en la proletarización violenta de los indígenas y la imposición del trabajo asalariado en las colonias, en la formación y extensión de esferas de intereses del capital europeo en territorios no europeos, en la implantación forzosa de ferrocarriles en países atrasados y en la ejecución de los créditos del capital europeo provenientes de empréstitos internacionales. Finalmente, como medio de la lucha de los países capitalistas entre sí, por la conquista de territorios de civilización no capitalista.

Hay que agregar a esto, todavía, otra importante función. El militarismo es también, en lo puramente económico, para el capital, un medio de primer orden para la realización de la plusvalía, esto es, un campo de acumulación.

Al estudiar la cuestión de a quién podría considerarse como adquirente de la masa de productos en que está incorporada la plusvalía capitalista, no hemos aceptado repetidas veces ni al Estado ni a sus servidores en la categoría de consumidores. Como representantes de fuentes derivadas de renta, los hemos colocado en la misma categoría de usufructuarios de la plusvalía (o en parte del salario), a la que pertenecen también los representantes de las profesiones liberales y todos los parásitos de la actual sociedad (rey, cura, profesor, prostituta, soldado). Pero esto sólo resuelve la cuestión, bajo dos condiciones. En primer lugar, si, como en el esquema marxista de la reproducción, reconocemos que el Estado no posee más fuentes de impuestos que la plusvalía capitalista y el salario obrero capitalista.[259] Y en segundo lugar, si sólo consideramos como consumidores al Estado y sus instituciones. Los consumos del salario de los funcionarios del Estado (y lo mismo del “soldado”), significan desplazamientos parciales del consumo de la clase obrera al séquito de la clase capitalista (en cuanto sean pagados con recursos de los trabajadores).

Supongamos por un momento que todo el rendimiento sacado en contribuciones indirectas al obrero, que representa una merma de su consumo, se aplicase a pagar sueldos a los funcionarios del Estado y a aprovisionar al ejército permanente. En tal caso, no se producirá desplazamiento alguno en la reproducción del capital social total. La sección de los medios de consumo y, en consecuencia, la de los medios de producción, se mantienen inalteradas, pues no ha habido modificación alguna, ni en cuanto al género ni en cuanto a la cantidad en la demanda social total. Lo único que se ha modificado es la relación de valor entre v, en su calidad de mercancías de trabajo, y la producción de la sección II, esto es, la producción de medios de consumo. La misma v, la misma expresión en dinero del trabajo, se cambia ahora contra una cantidad menor de medios de consumo. ¿Qué acontece con el excedente de productos de la sección II que aquí surge? En vez de ir a manos de los obreros va a parar a los

[259] El doctor Renner, por ejemplo, hace, en efecto, de este supuesto la base de su escrito sobre los tributos. “Todo el valor que se crea en un año [dice] se divide en estas cuatro partes, de las cuales, por consiguiente, hay que sacar los gastos de un año: beneficio, interés, renta y salario. Estas son las cuatro fuentes de tributación particulares.” (*Des arbeitende Volks und die Steuern*, Viena, 1900, página 9) Cierto que Renner se acuerda inmediatamente de la existencia de los campesinos, pero se deshace de ellos fácilmente: “Un labrador, por ejemplo, es al mismo tiempo empresario, obrero y propietario territorial. En el rendimiento de su economía aparecen reunidos el salario, el beneficio y la renta.” Es evidente que semejante escisión de los labradores en todas las categorías de la producción capitalista, y el considerar al campesino como su propio empresario, obrero asalariado y propietario, es una mera abstracción. La peculiaridad económica de los labradores (si es que quiere tratárseles igual que Renner, como una clase indiferenciada) consiste justamente en que no pertenecen ni a los patronos capitalistas ni al proletariado asalariado, y en que no representan producción de mercancías capitalistas, sino simples.

funcionarios públicos y al ejército. En vez del consumo de los trabajadores viene a la misma escala el consumo de los órganos del Estado capitalista. Por consiguiente, si se mantienen iguales las condiciones de reproducción, sobrevendrá una alteración en la distribución del producto total: una parte del producto de la sección II, destinado al consumo de la clase obrera, a *v*, se atribuye en lo sucesivo al consumo del séquito de la clase capitalista. Desde el punto de vista de la reproducción social, este desplazamiento tiene el mismo resultado que si de antemano la plusvalía fuese mayor por el importe de que se trate, y este incremento se atribuye a la parte de la plusvalía destinada al consumo de la clase capitalista y su séquito.

Por tanto, exprimir a la clase obrera por el mecanismo de los impuestos indirectos para mantener con su producto a los sostenes de la maquinaria estatal capitalista es, en suma, aumentar la plusvalía y la parte consumida de la plusvalía; sólo que esta división complementaria entre plusvalía y capital variable, tiene lugar *post festum*, después de realizado el cambio entre capital y fuerza de trabajo. Si tenemos que encontrarnos, pues, con un incremento ulterior de la plusvalía consumida, este consumo del órgano del Estado capitalista (aunque acontezca a costa de la clase obrera) no tiene importancia como medio para la realización de la plusvalía capitalizada. A la inversa, puede decirse: si la clase obrera no soportase en su mayor parte los costos del mantenimiento de los funcionarios del Estado y del ejército, tendrían que soportarlos los capitalistas en su totalidad. Tendrían que destinar una parte correspondiente de la plusvalía al mantenimiento de estos órganos del régimen de clase, haciéndolo, bien a costa del propio consumo que tendrían que limitar proporcionalmente, o bien, lo que sería más verosímil, a costa de la parte de la plusvalía destinada a capitalización. Podrían capitalizar menos, porque tendrían que destinar más, directamente, al sustento de su propia clase. El desplazamiento de la mayor parte de los gastos de sostenimiento de su séquito a la clase trabajadora (y a los representantes de la producción simple de mercancías: campesinos, artesanos), permite a los capitalistas dejar libre una parte mayor de la plusvalía para la capitalización. Pero no crea, en modo alguno, de momento, la posibilidad de esta capitalización, es decir, no crea ningún mercado nuevo para elaborar, con esta plusvalía liberada, nuevas mercancías y poder realizarlas. Otra cosa acontece cuando los recursos concentrados en manos del Estado por el sistema productivo se destinan a la producción de elementos de guerra.

Sobre la base de la imposición indirecta y las aduanas elevadas, los gastos del militarismo se sufragan en su mayor parte por la clase obrera y los campesinos. Hay que considerar por separado las cuotas tributarías de ambos. Por lo que toca a la clase obrera, económicamente el negocio equivale a lo siguiente: suponiendo que no se verifique una baja de salarios hasta equilibrar el encarecimiento de las subsistencias (lo que actualmente es exacto para la gran masa de la clase obrera y especialmente para la minoría organizada en sindicatos presionados por los cartels y asociaciones patronales),[260] la tributación indirecta significa el desplazamiento de una parte del poder de compra de la clase obrera al Estado. El capital variable, como capital monetario de una determinada magnitud, sirve, antes como después, para poner en movimiento la cantidad correspondiente de trabajo vivo, esto es, para utilizar, para fines de producción, el capital constante correspondiente y producir su cantidad de plusvalía. Una vez que se ha verificado esta circulación del capital, sobreviene una división entre la clase obrera y el Estado: una parte de la cantidad de dinero adquirida por los obreros a cambio de su trabajo pasa a poder del Estado. Mientras todo el capital variable invertido es tomado, en su forma material, como fuerza de trabajo por el capital, de la forma monetaria del capital variable sólo queda una parte en poder de la clase obrera, yendo la otra parte a parar a manos del Estado. La transacción se verifica siempre después de realizada la circulación de capital entre capital y trabajo, por decirlo así, a espalda del capital. Este momento fundamental de la circulación del capital no afecta en nada, inmediatamente, a la plusvalía. Pero sí afecta a las condiciones y a la producción del capital total. El desplazamiento de una parte del poder de compra de la clase obrera al Estado, significa que la participación de la clase obrera en el consumo de las subsistencias ha decrecido en la misma proporción. Para el capital total, esto equivale al hecho de que, siendo iguales la magnitud del capital variable (como capital monetario y como fuerza de trabajo) y la cantidad de plusvalía apropiada, tiene que producirse una cantidad menor de medios de consumo para el sostenimiento de la clase obrera. Así da, de hecho, un libramiento

[260] El hablar de los cartel y trust como una manifestación especifica de la fase capitalista, en el terreno de la lucha interna entre los diversos grupos de capital que pretenden la monopolización de las zonas de acumulación existentes y por la distribución del beneficio, está fuera del marco de este trabajo.

contra una parte más pequeña del producto total. Resulta de aquí que, en adelante, en la reproducción del capital total se producirá una cantidad menor de medios de consumo correspondiente a la magnitud de valor del capital variable, puesto que se ha modificado la relación de valor entre el capital variable y la masa de medios de consumo en que se realiza; la cuantía de la imposición directa se manifiesta en la elevación de precios de las subsistencias, mientras la expresión monetaria de la fuerza de trabajo se mantiene fija, conforme a nuestro supuesto, o no se modifica en proporción a la elevación de precios de las subsistencias.

Ahora bien, ¿en qué dirección se verificará el desplazamiento de las proporciones materiales de la producción? Por la disminución relativa de la cantidad de medios de consumo necesarios para la renovación de la fuerza de trabajo, queda libre una cantidad correspondiente de capital y trabajo vivo. Este capital constante y este trabajo vivo pueden dedicarse a otra producción si ésta halla en la sociedad una nueva demanda con capacidad de compra. Pero esta nueva demanda está representada ahora por el Estado, con la parte del poder de compra de la clase obrera de la que se ha apropiado merced a la legislación tributaria. Pero la demanda del Estado no se dirige, esta vez, a los medios de consumo (prescindimos aquí, después de lo dicho anteriormente, acerca de las "terceras personas", de la demanda de medios de consumo para el sostenimiento de los funcionarios del Estado, cubierta igualmente con el importe de los impuestos), sino a un género de productos específicos. Es una demanda de ingenios de guerra terrestres y marítimos.

Para darnos mejor cuenta de los desplazamientos que así resultan en la reproducción social, tomemos, una vez más como ejemplo, el segundo esquema marxista de la acumulación:

5.000 c + 1.000 c + 1.000 p = 7.000 medios de producción
1.430 c + 285 c + 285 p = 2.000 medios de consumo

Supongamos que por las contribuciones indirectas y el encarecimiento producido por ellas en las subsistencias, el salario real, es decir, el consumo de la clase obrera en conjunto, disminuyese por valor de 100. Por tanto, los obreros siguen percibiendo como antes 1.000 v + 285 v = 1.285 v en dinero, pero a cambio de este dinero sólo obtienen medios de consumo por valor de 1.185. La suma de 100, que equivale al aumento de precio de las subsistencias, va a parar en concepto de impuestos al Estado. Este dispone, además, del producto de los impuestos sobre los campesinos, etc., para los armamentos militares, de otros 150, en total 250. Estos 250 constituyen una demanda, y una demanda de ingenios de guerra. De momento sólo nos interesan los 100 que proceden de salarios. Para satisfacer esta demanda de elementos de guerra por valor de 100, surge en la rama de producción correspondiente, según una composición orgánica igual, es decir, media (como se acepta en el esquema de Marx) un capital constante de 71,5, y uno variable de 14,25:

71,5 c + 14,25 v + 14,25 p = 100 (ingenios de guerra)

Para las necesidades de esta rama de producción habrían de elaborarse, además, medios de producción por el importe de 71,5, y medios de consumo por el importe de unos 13 (correspondiendo a la disminución que rige también para el salario real de estos obreros, aproximadamente, en 1/13).

A esto cabe replicar que la ganancia que quedaría para el capital en esta nueva ampliación del mercado no es más que aparente, pues la disminución del consumo efectivo de la clase obrera tendrá como consecuencia inevitable la limitación de la producción de medios de consumo. Esta limitación se expresará en la sección II en la siguiente proporción:

71,5 c + 14,25 v + 14,25 p = 100

Paralelamente, la sección de medios de producción habrá de limitar asimismo su volumen, de modo que, a consecuencia de la disminución del consumo de los obreros, ambas secciones ofrecerán las siguientes proporciones:

4.949 c + 989,75 v + 989,75 p = 6.928,5
1.358,5 c + 270,75 v + 270,75 p = 1.900

Si ahora los mismos 100 hacen surgir por intermedio del Estado una producción de elementos de guerra del mismo valor y vivifican así también la producción de medios de producción, parece, a primera vista, que sólo se ha verificado una alteración exterior en la forma de la producción social: en vez de una cantidad de medios de consumo se produce una cantidad de ingenios de guerra. El capital no ha hecho más que ganar con una mano lo que había perdido con otra. O la cosa puede ser también concebida de este modo: lo que pierde la gran masa de capitalistas que producen medios de subsistencia para la clase obrera, lo gana un pequeño grupo de grandes industriales tomándolo del ramo de guerra.

Pero la cosa sólo se presenta así mientras se considera desde el punto de vista del capital individual. Desde este punto de vista, ciertamente, importa poco que la producción se dirija a este o a aquel campo. Para el capital individual no existen las secciones de la producción total dadas en el esquema, sino sencillamente mercancías y compradores, y por ello les es plenamente indiferente a los capitalistas individuales producir medios de consumo o elementos muertos: planchas de acorazados o conservas de carnes.

Este punto de vista se utiliza frecuentemente por los adversarios del militarismo, para hacer ver que los armamentos, como inversión económica para el capital, no hace más que dar a unos capitalistas lo que se había quitado a los otros.[261] Por otra parte, el capital y sus apologistas tratan de hacer aceptar este punto de vista a la clase obrera, procurando persuadirla de que, con las contribuciones indirectas y la demanda del Estado, sólo se verifica una modificación en la forma material de la reproducción; en vez de otras mercancías, se producen cruceros y cañones, con los cuales los obreros hallan ocupación y pan en la misma medida que antes o incluso en mayor medida.

Por lo que toca a los obreros, una ojeada al esquema muestra lo que de verdad hay en ello. Si para facilitar la comparación suponemos que la producción de material de guerra ocupa exactamente los mismos obreros que la producción de medios de consumo para los trabajadores asalariados, resultará que ahora perciben, por un rendimiento de trabajo que corresponde a 1.285 *v*, medios de consumo por 1.185.

Otra cosa acontece desde el punto de vista del capital total. Para éste, los 100 de que dispone el Estado y que representan una demanda de material de guerra, constituyen un nuevo mercado. Esta suma de dinero era originariamente capital variable. Como tal ha prestado servicio, se ha cambiado por trabajo vivo, que ha engendrado plusvalía. Después interrumpe la circulación del capital variable, se separa de él y aparece en poder del Estado como nuevo poder de compra. Salido, como quien dice, de la nada, actúa exactamente como un mercado nuevo. Es cierto que el capital se encontrará, de momento, con una distribución en 100 de la venta de medios de consumo para los obreros. Para el capitalista individual, el obrero es tan buen consumidor y adquirente de mercancías como otro cualquiera: como un capitalista, el Estado, el campesino, "el extranjero", etc. Pero no olvidemos que para el capital total el sustento de la clase obrera no es más que un mal necesario, un rodeo para ir al fin propio de la producción: a la creación y realización de plusvalía. Si se consigue extraer la misma cantidad de mercancías sin tener que entregar a los obreros la misma cantidad de medios de consumo el negocio es redondo. De momento, el resultado es el mismo que si el capital hubiera logrado (sin encarecer el consumo) rebajar los salarios en dinero sin disminuir el rendimiento de los

[261] En una respuesta a Woronzof, muy celebrada por los marxistas rusos de su época. escribía, por ejemplo, el profesor Manuilof:
"Aquí hay que distinguir rigurosamente entre el grupo de patronos que fabrican artículos de guerra y la totalidad de la clase capitalista. Para los fabricantes que producen cañones, fusiles y demás material de guerra, la existencia del ejército es indudablemente provechosa e indispensable. Es muy posible que la desaparición del sistema de la paz armada significase la ruina para la casa Krupp. Pero no se trata de un grupo particular de patronos, sino de los capitalistas como clase de la producción capitalista. Y desde este último punto de vista, es de notar que, cuando la carga tributaria pesa de preferencia sobre la masa de la población trabajadora, todo aumento de esta carga disminuye el poder de compra de la población, y al mismo tiempo la demanda de mercancías." Esto prueba, "que el militarismo, considerado desde el punto de vista de la producción de material de guerra, si enriquece a unos capitalistas perjudica en cambio a otros; significa, por una parte, un beneficio, pero, por la otra, una pérdida", (*El Mensajero de la Jurisprudencia*, 1890, cuaderno I, "Militarismo y capitalismo",)

obreros. La reducción duradera de salarios trae aparejada la limitación de la producción de medios de consumo. De la misma manera que al capital no le preocupa producir menos medios de consumo para los obreros cuando puede cercenar sus salarios (antes bien, realiza siempre con placer este negocio en cualquier ocasión) tampoco le molesta que la clase obrera, gracias a los impuestos indirectos no compensados por reclamaciones de salarios, determine una menor demanda de medios de consumo. Es cierto que cuando se trata de reducción indirecta de salarios, la diferencia de capital variable se queda en el bolsillo del capitalista. Así, permaneciendo igual el precio de las mercancías, aumenta la plusvalía relativa, que ahora va a parar a la caja del Estado. Pero, de otra parte, las reducciones generales y duraderas de los salarios en dinero, han sido, en todas las épocas, y más con el desarrollo de las organizaciones sindicales, difícilmente realizables. El buen deseo del capital tropieza con grandes trabas sociales y políticas. En cambio, la reducción de los salarios reales por vía de tributación indirecta se realiza con rapidez y generalidad, y la resistencia sólo se manifiesta al cabo de algún tiempo, en el terreno político y sin resultado económico inmediato. Si después resulta de aquí una limitación de los medios de consumo, el negocio, desde el punto de vista del capital total, no parece una pérdida de mercados, sino un ahorro de gastos en la producción de plusvalía. La elaboración de medios de consumo para los obreros es una condición *sine qua non* de la producción de la plusvalía, es la reproducción de la fuerza de trabajo viva, pero no es nunca un medio de realización de la plusvalía.

Volvamos nuevamente a nuestro ejemplo:

5.000 c + 1.000 v + 1.000 p = 7.000 medios de producción
430 c + 285 v + 285 p = 2.000 medios de consumo

A primera vista, parece como si, en este caso, la sección II engendrase y realizase también plusvalía en la elaboración de los medios de consumo para los trabajadores, e igualmente la sección I en cuanto elabora medios de producción necesarios para la elaboración de medios de consumo. Pero la apariencia desaparece si analizamos el producto social. Este se descompone así:

6.430 c + 1.285 v + 1.285 p = 9.000

Supongamos que sobrevenga una disminución en 100 del consumo de los obreros. El desplazamiento de la reproducción a consecuencia de la limitación correspondiente de ambas secciones, se expresará de este modo:

4.949 c + 989,75 v + 989,75 p = 6.928,5
1.358,5 c + 270,75 v + 270,75 p = 1.900

El producto total social:

6.307,5 c + 1.260,5 v + 1.260,5 p = 8.828,5

A primera vista se advierte un descenso general en el volumen de la producción y también en la producción de plusvalía. Pero esto sólo ocurre mientras no tenemos a la vista más que dimensiones abstractas de valor en la composición del producto total, y no sus conexiones materiales. Si consideramos con más detenimiento la cosa, se verá que el descenso afecta a los gastos de sostenimiento del obrero, y sólo a éstos. En adelante, se elaborarán menos medios de consumo y menos medios de producción, pero éstos servían exclusivamente para mantener obreros. Ahora operará un capital menor y se elaborará un producto menor, Pero el fin de la producción capitalista no consiste en emplear el mayor capital posible, sino en obtener la mayor plusvalía posible. Aquí, el déficit en capital sólo se ha producido porque el sostenimiento de los trabajadores requiere un capital menor. Si antes 1.285 era la expresión de valor de la totalidad del costo de sostenimiento de los obreros empleados en la sociedad, toda la disminución del producto total que ha sobrevenido = 171,5 (9.000-8.828,5) habrá de deducirse enteramente de estos gastos, y tendremos entonces la siguiente composición modificada del producto social:

6.430 c + 1.113,5 v + 1.285 p = 8.828,5

El capital constante y la plusvalía permanecen fijos; sólo ha disminuido el capital variable de la sociedad, el trabajo pagado. O, puesto que la dimensión fija del capital constante puede sorprender, tomemos, lo que corresponde también al proceso indicado, una disminución de capital constante proporcional a la de los medios de consumo del trabajador y, en tal caso, obtendremos la siguiente composición del producto social total:

6.307, 5 c + 1.236 v + 1.285 p = 8.282,5

La plusvalía permanece fija en ambos casos, a pesar de la disminución del producto total, pues lo que se ha disminuido son los gastos de sostenimiento de los obreros, y sólo esto.

Cabe plantear también la cuestión de este modo. El producto social total puede dividirse en tres partes proporcionales, que representan exclusivamente el capital constante de la sociedad, el capital total variable y la plusvalía total. Y ello, de tal modo, como si en la primera porción del producto no se contuviera ni un átomo de nuevo trabajo adicional; en la segunda y tercera, ni un átomo de medios de producción. Como, en si, esta masa de productos, por virtud de su forma material, es plenamente el resultado del período de producción dado, puede dividirse también (a pesar que el capital constante como dimensión de valor es el resultado de períodos de producción anteriores y sólo se traslada a nuevos productos) el número total de obreros ocupados en tres categorías: aquellos que elaboran exclusivamente el capital constante de la sociedad, aquellos cuya función exclusiva es velar por el sustento de la totalidad de los trabajadores y, finalmente, aquellos que crean exclusivamente la plusvalía total de la clase capitalista.

Si se produce una limitación del consumo de los obreros, sólo se despedirá un número correspondiente de obreros de la segunda categoría. Pero estos obreros no crean plusvalía ninguna para el capital, y, por consiguiente, su despido no es, desde el punto de vista del capital, una pérdida, sino una ganancia, una disminución de los gastos de la producción de plusvalía.

En cambio, el mercado que se ofrece al mismo tiempo por parte del Estado, actúa con todos los atractivos de un nuevo campo de realización de la plusvalía. Una parte de la cantidad de dinero empleada en la circulación del capital variable sale de la órbita de esta circulación y constituye, en manos del Estado, una nueva demanda. El hecho que, desde el punto de vista de la técnica tributaria, el proceso ocurra de otro modo, es decir, que el importe de las contribuciones indirectas es adelantado, de hecho, al Estado por el capital, y sólo vuelve a los capitalistas en la venta de mercancías al consumidor, no influye para nada en el aspecto económico del proceso. Económicamente, lo que importa es que la suma de dinero que actuaba de capital variable, primero sirva de puente para el cambio entre capital y trabajo, para pasar después, en parte, de manos del obrero a manos del Estado en forma de impuesto durante el cambio que se verifica entre el trabajador como consumidor y el capitalista como vendedor de mercancías. La suma de dinero lanzada por el capital a la circulación cumple primeramente su función, en el cambio con el trabajo. Después comienza, en manos del Estado un nuevo curso: en calidad de poder de compra extraño, que está fuera del capital y del obrero; que se dirige a nuevos productos, a una rama particular de la producción; que no sirve para el sostenimiento de la clase capitalista ni para el sostenimiento de la clase obrera, y en la que, por tanto, el capital halla una ocasión, tanto de engendrar plusvalía, como de realizarla. Antes, cuando nos referíamos al empleo de las contribuciones indirectas sacadas al obrero, para pagar sueldos a los funcionarios del Estado y para los gastos del ejército, se vio que el “ahorro” en el consumo de la clase obrera conduce económicamente a que los capitalistas carguen sobre los obreros los gastos del consumo personal del séquito de la clase capitalista, reduzcan la parte del capital destinado al capital variable, con objeto de dejar en la misma proporción, plusvalía libre para fines de capitalización. Ahora vemos cómo el empleo de los impuestos sacados al obrero para la elaboración de material de guerra, ofrece al capital una nueva posibilidad de acumulación.

Prácticamente, el militarismo, sobre la base de los impuestos indirectos, actúa en ambos sentidos: asegura, a costa de las condiciones normales de vida de la clase trabajadora, tanto el

sostenimiento del órgano de la dominación capitalista (el ejército permanente) como la creación de un magnífico campo de acumulación para el capital.[262]

Pasemos ahora a la segunda fuente del poder de compra del Estado, constituida, en nuestro ejemplo, por los 150, que dentro del total de 250, se destinan a ingenios de guerra. Los 150 se diferencian esencialmente de la suma 100 hasta ahora considerada. No proceden ya de los obreros, sino de la pequeña burguesía (artesanos y campesinos). (Prescindimos aquí de la pequeña participación relativa a la clase capitalista misma en los impuestos).

La suma de dinero proveniente de la masa campesina (a la que tomaremos aquí como representante de la masa de consumidores no proletarios) en forma de impuestos al Estado, no ha sido adelantada originariamente por el capital, ni se ha separado de la circulación del mismo. En manos de la masa campesina, es el equivalente de mercancías realizada, el valor obtenido merced a la producción simple de mercancías. Lo que en este caso se traspasa al Estado es una parte del poder de compra de consumidores no capitalistas; un poder de compra, que sirve, por tanto, de antemano al capital, para realizar la plusvalía con fines de acumulación. Se pregunta si el traslado del poder de compra de estas capas al Estado, para fines militares, es causa de alteraciones económicas que afecten al capital, y de qué naturaleza son éstas. Se ve, a primera vista, que también aquí se trata de modificaciones en la forma material y en la reproducción. En vez de una masa de medios de producción y de consumo para los consumidores campesinos, el capital producirá valor material de guerra para el Estado. De hecho, el desplazamiento es profundo. Ante todo, el poder de compra de los consumidores no capitalistas que el Estado lanza a la circulación, gracias al mecanismo del impuesto, será cuantitativamente mucho mayor que el que tendría para su propio consumo.

El moderno sistema de impuestos es, en gran medida, lo que ha obligado a los campesinos a producir mercancías. La presión del impuesto obliga al campesino a transformar en mercancías una parte cada vez mayor de su producto, pero al mismo tiempo le convierte, cada vez más, en comprador; lanza a la circulación el producto de la economía campesina y transforma al campesino en comprador forzado de productos capitalistas. Por otra parte, incluso bajo el supuesto de una producción agrícola de mercancías, el sistema tributario hace que la economía campesina despliegue un mayor poder de compra del que desplegaría en otro caso.

Lo que de otro modo se acumularía, como ahorro de los campesinos y de la clase media modesta, para aumentar en cajas de ahorros y bancos el capital disponible, se encuentra ahora, por obra del impuesto, en poder del Estado como una demanda y una posibilidad de inversión para el capital. Además, en vez de un gran número de pedidos de mercancías diseminadas y separadas en el tiempo, que en buena parte serían satisfechos por la simple producción de mercancías y, por tanto, no influirían en la acumulación del capital, surge aquí un solo y voluminoso pedido del Estado. Pero la satisfacción de este pedido supone, de antemano, la existencia de una industria en gran escala y, por tanto, condiciones favorables para la producción de plusvalía y de acumulación. Por otra parte, en forma de pedidos militares del Estado, el poder de compra concentrado en una enorme cuantía de las masas consumidoras, se salva de la arbitrariedad de las oscilaciones subjetivas del consumo personal, y está dotado de una regularidad casi automática, de un crecimiento rítmico. Finalmente, la palanca de este movimiento automático y rítmico de la producción capitalista para el militarismo, se encuentra en manos del capital mismo, merced al aparato de la legislación parlamentaria y de la organización de la prensa destinada a crear la llamada opinión pública. Merced a ello, este campo específico de la acumulación del capital parece tener, al principio, una capacidad ilimitada de extensión. Mientras cualquiera otra ampliación del mercado y de la base de operación del capital depende, en gran parte, de elementos históricos, sociales, políticos, que se hallan fuera de la influencia del capital, la producción para el militarismo constituye una esfera cuya ampliación sucesiva parece hallarse ligada a la producción del capital.

[262] En suma, el empeoramiento de las condiciones normales en que el obrero renueva su fuerza de trabajo, conduce a la disminución de la fuerza de trabajo misma, a la disminución de su intensidad y productividad media, y, por tanto, pone en peligro la producción de plusvalía. Pero estos resultados lejanos, que sólo son sensibles para el capital tras largos períodos de tiempo, no influyen para nada, por lo pronto, en sus cálculos económicos. En cambio, se manifiesta inmediatamente una reacción más acentuada de los obreros asalariados.

Las necesidades históricas que conlleva la competencia mundial intensificada para la conquista de condiciones de acumulación, se transforman así, para el capital mismo, en un magnífico campo de acumulación. Cuanto más enérgicamente emplee el capital al militarismo para asimilarse los medios de producción y trabajadores de países y sociedades no capitalistas, por la política internacional y colonial, tanto más enérgicamente trabajará el militarismo en el interior de los países capitalistas para ir privando, sucesivamente, de su poder de compra a las clases no capitalistas de estos países, es decir, a los sostenedores de la producción simple de mercancías, así como a la clase obrera, para rebajar el nivel de vida de la última y aumentar en grandes proporciones, a costa de ambos, la acumulación del capital. Sólo que, en ambos aspectos, al llegar a una cierta altura, las condiciones de la acumulación se transforman para el capital en condiciones de su ruina.

Cuanto más violentamente lleve a cabo el militarismo, tanto en el exterior como en el interior, el exterminio de capas no capitalistas, y cuanto más empeore las condiciones de vida de las capas trabajadoras, la historia diaria de la acumulación del capital en el escenario del mundo se irá transformando más y más en una cadena continuada de catástrofes y convulsiones políticas y sociales que, junto con las catástrofes económicas periódicas en forma de crisis, harán necesaria la rebelión de la clase obrera internacional contra la dominación capitalista, incluso antes de que haya tropezado económicamente con la barrera natural que se ha puesto ella misma.

El capitalismo es la primera forma económica con capacidad de desarrollo mundial. Una forma que tiende a extenderse por todo el ámbito de la Tierra y a eliminar a todas las otras formas económicas; que no tolera la coexistencia de ninguna otra. Pero es también la primera que no puede existir sola, sin otras formas económicas de qué alimentarse, y que al mismo tiempo que tiene la tendencia a convertirse en forma única, fracasa por la incapacidad interna de su desarrollo. Es una contradicción histórica viva en sí misma. Su movimiento de acumulación es la expresión, la solución constante y, al mismo tiempo, la graduación de la contradicción. A una cierta altura de la evolución, esta contradicción sólo podrá resolverse por la aplicación de los principios del socialismo; de aquella forma económica que es, al mismo tiempo, por naturaleza, una forma mundial y un sistema armónico, porque no se encaminará a la acumulación, sino a la satisfacción de las necesidades vitales de la humanidad trabajadora misma y a la expansión de todas las fuerzas productivas del planeta.